

Bernard
Cornwell

STONEHENGE

Una novela del año 2000 a. C.



Lectulandia

Hace unos cuatro mil años, una tribu del sudoeste de Gran Bretaña llevó a cabo una de las mayores hazañas arquitectónicas de todos los tiempos: Stonehenge, un santuario hecho a base de inmensos bloques de piedra traídos de tierras lejanas. La grandiosidad de la obra ha dejado perplejos a los investigadores a lo largo de los siglos. ¿Qué llevó a aquellos hombres a acometer semejante empresa? ¿Cuáles eran sus nombres, sus motivaciones, sus dioses?

Bernard Cornwell responde a estas y muchas otras preguntas a través de la historia de los tres hijos del jefe de la tribu de Ratharryn: Lengar, Camaban y Saban; el guerrero, el visionario y el constructor. Tres hermanos muy diferentes entre ellos, tres hermanos que, cada uno a su modo, osaron desafiar al mismísimo dios del Sol.

Lectulandia

BERNARD CORNWELL

STONEHENGE

UNA NOVELA DEL AÑO 2000 A. C.

ePub r1.0

NoTanMalo 2.10.17

Título original: *Stonehenge*
Bernard Cornwell, 1999
Traducción: Eduardo Iriarte Goñi
Retoque de cubierta: gilba

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

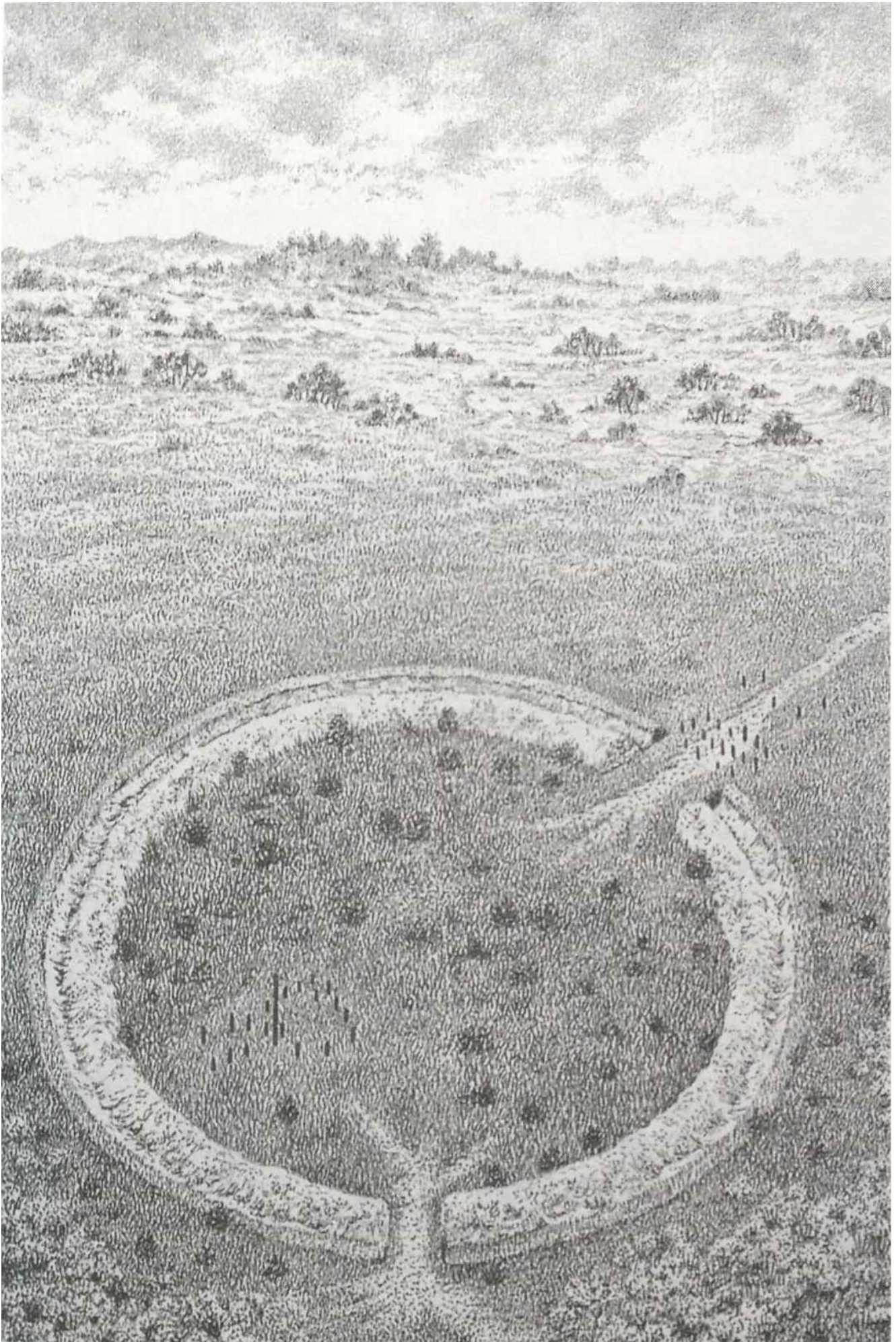
EN MEMORIA DE
BILL MOIR
1943-1998

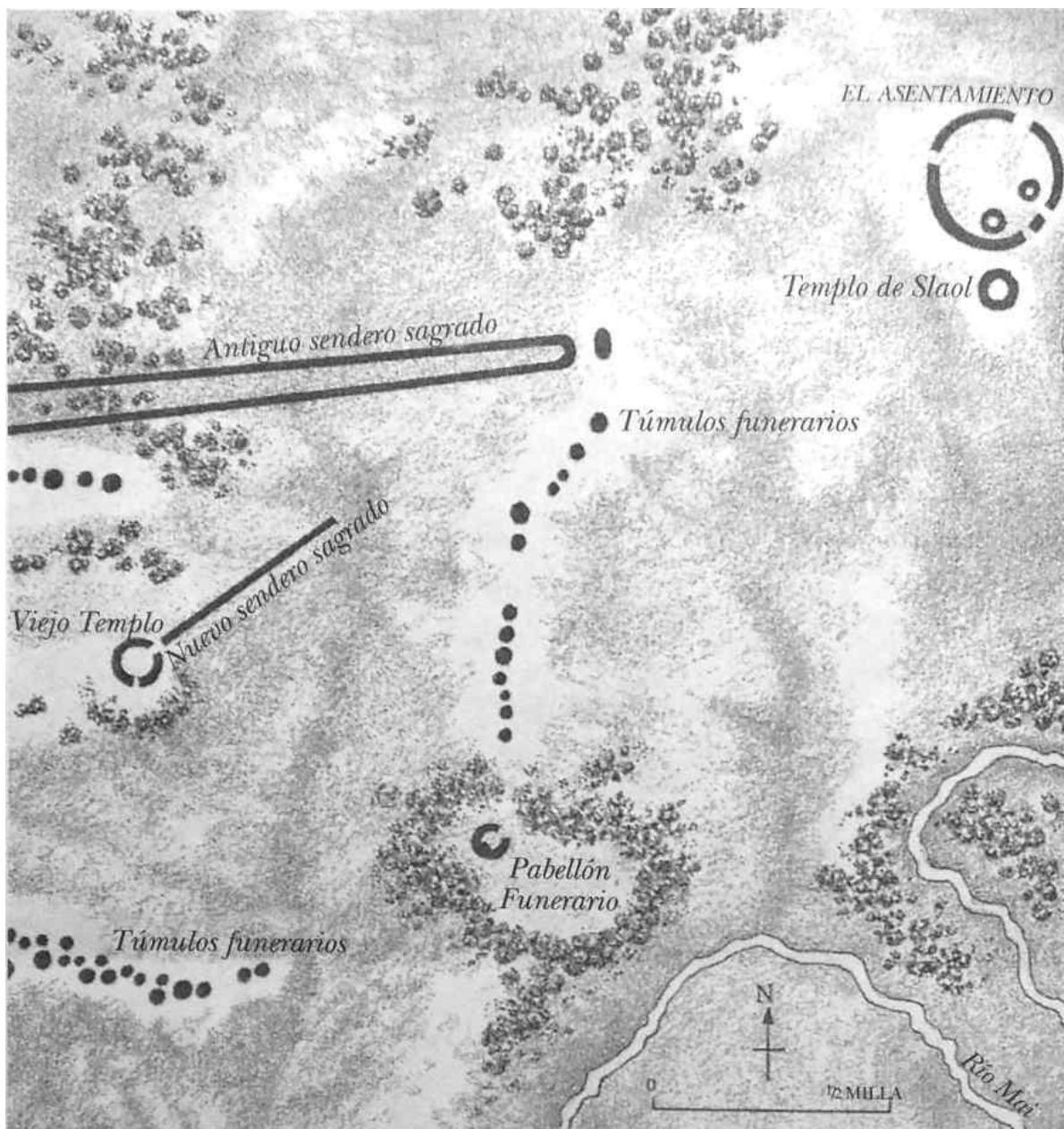
Las arboledas de los druidas han desaparecido;
tanto mejor:
Stonehenge sigue ahí; pero ¿qué diablos es?

Lord Byron, *Don Juan*
Canto XI, verso XXV

PRIMERA PARTE

EL TEMPLO DEL CIELO





Mapa del asentamiento y los templos de Ratharrin, h. 2000 a. C.



CAPÍTULO 1

Los dioses hablan por medio de señales. Quizá sea una hoja que cae en verano, el gañido de una bestia agonizante o el rielar del agua en calma producido por el viento. Tal vez sea el humo que flota a ras de tierra, un claro entre las nubes o el vuelo de un pájaro.

Sin embargo, ese día los dioses enviaron una tormenta. Fue una tormenta inmensa, una tormenta que quedaría en la memoria, aunque la tribu no designó el año como el de la tormenta. En vez de eso lo llamaron el Año que Llegó el Forastero.

Pues un forastero llegó a Ratharryn el día de la tormenta. Era un día de verano, el mismo día en que Saban estuvo a punto de morir a manos de su hermanastro.

Ese día los dioses no hablaban, sino que clamaban.

* * *

Al igual que todos los niños, Saban iba desnudo en verano. Era seis años menor que Lengar, su hermanastro, y, puesto que aún no se había sometido a las pruebas de iniciación a la edad viril, no lucía cicatrices tribales ni tatuajes de muerte. Sin embargo, solo quedaba un año para que tuviera que presentarse a las pruebas, y su padre había dado instrucciones a Lengar de que se llevara a Saban al bosque y le enseñara dónde encontrar venados, dónde andaban al acecho los jabalíes y dónde tenían los lobos sus guaridas. A Lengar no le había hecho ninguna gracia el cometido, y en vez de instruir a su hermanastro le hizo adentrarse por una espesura de espinos hasta que la bronceada piel del chico estuvo cubierta de sangre. «Nunca serás un hombre», se mofó Lengar.

Saban, prudente, no dijo nada.

Hacía cinco años ya que Lengar era hombre y ostentaba las cicatrices azules de la tribu en el pecho y las marcas del cazador y el guerrero en los brazos. Llevaba un arco de tejo con puntas de cuerna tensado con fibras de ligamento y lubricado con

grasa de cerdo. Su túnica era de piel de lobo y llevaba el largo cabello moreno trenzado y atado con una tira de piel de zorro. Era alto, tenía el rostro enjuto y se le consideraba uno de los grandes cazadores de la tribu. Su nombre significaba Ojos de Lobo, pues su mirada tenía un matiz amarillento. Al nacer se le había dado otro nombre, pero, como muchos miembros de la tribu, al llegar a la edad viril había elegido un apelativo distinto.

Saban también era alto y tenía el pelo largo y moreno. Su nombre significaba El Favorecido, y a muchos miembros de la tribu les parecía adecuado, pues ya a sus doce veranos escasos, Saban prometía ser bien parecido. Era fuerte y ágil, trabajaba duro y sonreía a menudo. Lengar rara vez esbozaba una sonrisa. «Tiene una nube en el rostro», comentaban las mujeres sobre él, aunque no cuando pudiera oírlas, pues era probable que Lengar fuese el siguiente jefe de la tribu. Lengar y Saban eran hijos de Hengall, y este era el jefe del pueblo de Ratharryn.

Lengar obligó a Saban a caminar por el bosque durante todo aquel largo día. No encontraron venados, jabalíes, lobos, uros ni osos. Se limitaron a andar, y por la tarde llegaron a los confines de las tierras altas y vieron que todo el paisaje hacia el oeste estaba ensombrecido por una masa de nubes negras. El culebreo de un relámpago dio un matiz pálido a las oscuras nubes, se precipitó hacia el extremo más alejado del bosque y dejó el cielo chamuscado. Lengar se acuclilló con una mano apoyada en el arco pulido y contempló la tormenta que se aproximaba. Debería haberse quedado en casa pero quería poner a Saban en un brete, de modo que fingió que no le importaba la amenaza que enviaban los dioses en forma de tormenta.

Fue mientras contemplaban la tempestad cuando llegó el forastero.

Iba a lomos de un caballito pardo que estaba blanco de sudor. Su montura era una manta de lana plegada y las riendas eran tiras de fibra de ortiga entretejidas, aunque, de todos modos, apenas le servían de nada, pues estaba herido y parecía cansado, razón por la que había permitido al caballo escoger su propia ruta por la pista que ascendía la empinada escarpadura. El forastero tenía la cabeza gacha y los talones le colgaban casi hasta rozar el suelo. Llevaba un manto de lana teñido de azul y mientras que con la mano derecha sujetaba un arco, del hombro izquierdo le colgaba un carcaj de cuero lleno de flechas con plumas de gaviota y cuervo. Su barba rala era morena y las marcas tribales que adornaban sus mejillas, de color gris.

Lengar siseó a Saban que permaneciera en silencio y echó a andar tras el forastero en dirección al este. Lengar había colocado una flecha en la cuerda del arco, pero el forastero no se volvió ni una sola vez para ver si lo seguían y el guerrero se alegró de dejar la flecha apoyada contra la cuerda. Saban se preguntó si el jinete estaba vivo siquiera, pues parecía un cadáver inerte a lomos de su caballo.

El forastero era un extranjero. Hasta Saban había reparado en ello, ya que solo los pobladores de las tierras exteriores montaban aquellos caballitos lanudos y tenían cicatrices grises en la cara. Los pobladores de las tierras exteriores eran el enemigo, y sin embargo Lengar no lanzaba la flecha. Se limitó a seguir al jinete, y Saban siguió a

su hermanastro hasta que, al cabo, el extranjero llegó al punto donde se acababan los árboles y crecían helechos. Allí el forastero detuvo el caballo y alzó la cabeza para contemplar el terreno, que ascendía en una pendiente poco pronunciada, mientras Lengar y Saban permanecían ocultos a su espalda.

El forastero vio el helecho y, más allá, donde la tierra era esponjosa sobre la capa subyacente de creta, la pradera. La hierba de la pequeña creta estaba salpicada de túmulos funerarios. Unos puercos hocicaban entre los helechos mientras el ganado pastaba en la dehesa. Allí aún lucía el sol. El forastero se quedó un buen rato en el linde del bosque, atento a la aparición de algún enemigo pero sin llegar a ver ninguno. Hacia el norte desde su posición, muy a lo lejos, había trigales cercados con espinos sobre los que las primeras nubes, avanzadilla de la tormenta, perseguían sus propias sombras, pero delante de él resplandecía el sol. Al frente había vida, detrás oscuridad, y el caballito, por voluntad propia, se metió de un salto entre los helechos. Su jinete se dejó llevar.

El caballo ascendió la suave pendiente hasta los túmulos funerarios. Lengar y Saban esperaron hasta que el forastero desapareció por la línea del horizonte, lo siguieron y, una vez en la cima, se acuclillaron en la oquedad de una tumba y vieron que el jinete se había detenido junto al Viejo Templo.

Resonó el estruendo de un trueno y otra ráfaga de viento alisó la hierba donde pastaba el ganado. El forastero se bajó de lomos de su caballo, cruzó el foso lleno del maleza del Viejo Templo y desapareció entre los avellanos que tan abundantes crecían dentro del círculo sagrado. Saban supuso que el hombre buscaba refugio.

Sin embargo, Lengar iba tras los pasos del extranjero, y Lengar no era proclive a la clemencia.

El caballo abandonado, atemorizado por el trueno y las reses de gran tamaño, echó a trotar hacia el oeste, en dirección al bosque. Lengar esperó a que el caballo hubiera vuelto a adentrarse entre los árboles y entonces salió de la oquedad y echó a correr hacia los avellanos adonde había ido el forastero.

Saban le siguió, adentrándose en un lugar en el que no había estado en sus doce años de vida.

En el Viejo Templo.

* * *

Una vez, muchos años antes, tanto tiempo atrás que nadie vivo alcanzaba a recordar aquella época, el Viejo Templo había sido el mayor santuario de la región interior. En aquellos tiempos, cuando los hombres venían de tierras lejanas para bailar entre los anillos del templo, el elevado terraplén de creta era tan blanco que daba la impresión de resplandecer a la luz de la luna. De un lado al otro del radiante anillo había unos

cien pasos, y en los viejos tiempos aquel espacio sagrado había sido hollado hasta quedar raso por los pies de los bailarines que rodeaban el Pabellón Funerario, constituido por tres anillos de troncos de roble trabajados. Habían lubricado los troncos pulidos con grasa de animales y colgado de ellos esquejes de acebo y hiedra.

Ahora el terraplén estaba cubierto de césped y cuajado de malas hierbas. En la zanja crecían pequeños avellanos, y más arbustos de esta misma especie habían invadido el amplio espacio interior del terraplén circular de modo que, desde lejos, el santuario semejava un bosquecillo de pequeños arbustos. Donde antaño bailaran los hombres, anidaban pájaros. Un poste de roble del Pabellón Funerario despuntaba por encima del entramado de avellanos, pero el pilar estaba ahora ladeado y su madera, lisa en otros tiempos, cacarañada, ennegrecida y recubierta de hongos.

El templo había sido abandonado, y sin embargo los dioses no olvidan sus santuarios. A veces, en días de quietud en los que se posaba una bruma sobre los pastos, o cuando la Luna henchida permanecía suspendida sobre el anillo de creta, las hojas de avellano temblaban como si las meciera el viento. Los danzarines ya no estaban, pero el poder continuaba allí.

Y ahora el extranjero había entrado en el templo.

Los dioses clamaban.

* * *

La sombra de las nubes engulló el pasto mientras Lengar y Saban corrían hacia el Viejo Templo. Saban tenía frío y estaba asustado. Lengar también estaba atemorizado, pero los moradores de las tierras exteriores eran famosos por su riqueza, y la avaricia de Lengar se impuso a su temor a entrar al templo.

El forastero había atravesado a gatas el foso y trepado el terraplén, pero Lengar fue a la vieja entrada del lado sur donde un estrecho caminillo elevado conducía al interior invadido por la maleza. Una vez hubo atravesado el sendero de entrada, Lengar se puso a cuatro patas y se arrastró entre los avellanos. Saban le siguió a regañadientes, decidido a no quedarse solo en el prado cuando se desatara la ira del dios de la tormenta.

Para sorpresa de Lengar, la maleza no invadía por completo el Viejo Templo sino que había un espacio despejado donde se erigiera el Pabellón Funerario. Alguien de la tribu debía de seguir visitando el Viejo Templo, pues se había limpiado de matojos y podado la hierba con un cuchillo, y en el Pabellón Funerario donde ahora estaba sentado el forastero, con la espalda apoyarla en el poste del templo que quedaba en pie, yacía un único cráneo de buey. El hombre tenía la cara pálida y los ojos cerrados, pero el pecho se le movía arriba y abajo impelido por una respiración trabajosa. Llevaba una lámina de piedra negra sujeta por tiras de cuero en el envés de la muñeca

izquierda. Sus calzones de lana estaban impregnados de sangre. El hombre había dejado caer el arco y el carcaj junto al cráneo de buey y tenía una bolsa de cuero aferrada contra el vientre herido. Había caído en una celada en el bosque tres días antes. Sin llegar a ver a sus atacantes, había acusado el dolor lacerante y repentino de la lanza que le habían arrojado, y entonces hincó los talones al caballo para que lo alejara del peligro.

—Voy a buscar a nuestro padre —susurró Saban.

—Nada de eso —le espetó Lengar entre dientes, y el herido debió oírlo, pues abrió los ojos e hizo un gesto de dolor al inclinarse hacia delante para recoger el arco. Sin embargo, el dolor entorpecía los movimientos del forastero y Lengar fue mucho más veloz. Dejó caer el arco, salió a la carrera de su escondrijo y cruzó el Pabellón Funerario para hurtarle al forastero el arco con una mano y el carcaj con la otra. La celeridad le hizo tirar las flechas de tal modo que solo quedó una en el carcaj de cuero.

Un murmullo de trueno resonó proveniente del oeste. Saban se estremeció, temeroso de que el estruendo creciera hasta llenar el aire con la ira del dios, pero el trueno remitió, sumiendo el cielo en una profunda calma. «Sannas», farfulló el forastero, y luego añadió unas palabras en una lengua que no conocían Lengar ni Saban.

—¿Sannas? —preguntó Lengar.

«Sannas», repitió el hombre con ansia. Sannas era la gran hechicera de Cathallo, famosa en toda la región, y Saban dio por sentado que el forastero quería que lo curara.

Lengar sonrió.

—Sannas no es de los nuestros —le informó—. Sannas vive al norte de aquí.

El forastero no entendió lo que Lengar le decía.

—Erek —respondió, y Saban, que todavía estaba entre la maleza, se preguntó si era el nombre del forastero, o quizás el nombre de su dios—. Erek —repitió el herido con más firmeza, pero la palabra no significaba nada para Lengar, que había sacado la única flecha del carcaj del forastero y la había colocado contra la cuerda del arco corto. El arco estaba hecho de tiras de madera y cuerna, encoladas y atadas con fibras de ligamento, y el pueblo de Lengar nunca había usado un arma semejante. Preferían un arco de mayor longitud tallado en madera tejo, pero a Lengar le llamó la atención la inusual arma. Tensó la cuerda para poner a prueba su fuerza.

—¡Erek! —gritó el forastero.

—Eres un extranjero —replicó Lengar—. No se te ha perdido nada aquí. —Volvió a tensar el arco, sorprendido por la resistencia que ofrecía un arma tan corta.

—Trae a la curandera. Trae a Sannas —le pidió el forastero en su propia lengua.

—Si estuviera aquí Sannas —contestó Lengar, que no entendía más que el nombre—, preferiría matarla. —Escupió—. Esa es la opinión que me merece Sannas. Es una raposa marchita, un hollejo de maldad, un excremento de escarabajo hecho

mujer. —Volvió a escupir.

El forastero se echó hacia delante y, no sin gran esfuerzo, recogió las flechas que habían caído del carcaj, que juntó en un haz para alzarlo a modo de cuchillo como si quisiera defenderse.

—Trae a la curandera —rogó en su propia lengua.

El trueno retumbó hacia el oeste y las hojas de avellano se estremecieron debido a una ráfaga de viento que se había adelantado a la tormenta, cada vez más próxima. El forastero volvió a mirar a Lengar a los ojos y no vio ni rastro de piedad. La muerte no era sino un deleite para Lengar.

—No —suplicó—. No, por favor.

Lengar dejó ir la flecha. Estaba a solo cinco pasos del forastero y el pequeño proyectil alcanzó su objetivo con una fuerza repugnante que hizo caer al hombre de costado. La flecha se hundió hasta tal punto que solo sobresalía del costado izquierdo del pecho del forastero un palmo del astil con plumas negras y blancas. A Saban le pareció que el extranjero había muerto, porque no se movió en un buen rato, pero luego el haz de flechas que con tanto cuidado había hecho se le derramó de la mano al empezar a incorporarse lenta, muy lentamente.

—Por favor —suplicó en voz queda.

—¡Lengar! —Saban salió de entre los avellanos—. Deja que vaya a buscar a nuestro padre.

—¡Cállate! —Lengar había cogido una de sus flechas de pluma negra de su propio carcaj y la había colocado en la cuerda del arco. Se acercó a Saban con el arco dirigido hacia él y sonriendo al ver el terror en el rostro de su hermanastro.

El desconocido también se quedó mirando a Saban, y lo que vio fue un chico alto y bien parecido con el cabello moreno enmarañado y ojos despiertos y ansiosos.

—Sannas —suplicó el forastero a Saban—. Llévame hasta Sannas.

—Sannas no vive aquí —le explicó Saban, que solo había entendido el nombre de la hechicera.

—Aquí vivimos nosotros —anunció Lengar, que ahora apuntaba con la flecha al forastero— y tú eres un extranjero que nos roba el ganado, esclaviza a nuestras mujeres y engaña a nuestros mercaderes.

Dejó ir una segunda flecha y, al igual que la primera, quedó clavada en el pecho del forastero, aunque esta vez entre las costillas del lado derecho. El hombre volvió a caer de costado, pero, una vez más, se incorporó como si su espíritu se negara a abandonar el cuerpo maltrecho.

—En mi mano está darte poder —aseguró, y un reguerillo de sangre rosada y espumosa le cayó a la barba rala desde la comisura del labio—. Poder —repitió en un susurro.

Sin embargo, Lengar no entendía su lengua. Había disparado dos flechas y el hombre se negaba a morir, de modo que el joven guerrero recogió su largo arco, colocó una flecha en la cuerda y se encaró con el forastero. Echó atrás el enorme

arco.

El forastero meneó la cabeza de lado a lado, pero sabía cuál era su suerte y le sostuvo la mirada a Lengar para demostrarle que no temía morir. Maldijo a su asesino, aunque dudaba que los dioses fueran a escuchar a un ladrón fugitivo como él.

Lengar soltó la cuerda y la flecha de plumas negras se hundió en el corazón del forastero. Debió haber muerto al instante, y sin embargo todavía sacó pecho como para repeler la punta de flecha de sílex; luego cayó hacia atrás, se estremeció durante unos instantes y quedó inerte.

Lengar se escupió en la mano derecha y frotó la saliva contra el envés de la muñeca izquierda, donde la cuerda del arco del forastero le había rozado la piel provocándole una escocedura. Al ver a su hermanastro, Saban entendió por qué el forastero llevaba la lámina atada al antebrazo. Lengar bailoteó unos cuantos pasos para celebrar la muerte, pero estaba nervioso. De hecho, no tenía la certeza de que el hombre estuviera muerto de veras, pues se acercó al cadáver con grandes precauciones y le propinó un empujón con la punta de cuerna de su arco antes de dar un salto atrás, por si el fallecido volviera a la vida y se le abalanzara, pero el forastero no se movió.

Lengar volvió a acercarse con cuidado, le arrebató la bolsa de la mano al forastero muerto y se apartó precipitadamente del cadáver. Durante un instante se quedó mirando la cara pálida del muerto, y luego, convencido de que el espíritu del hombre había abandonado su cuerpo, rasgó la cuerda que cerraba el cuello de la bolsa. Miró en su interior, permaneció inmóvil un instante y luego lanzó un grito de alegría. Le había sido concedido poder.

Saban, aterrorizado ante el grito de su hermanastro, dio un salto atrás, y luego volvió a acercarse poco a poco mientras Lengar vertía el contenido de la bolsa sobre la hierba, junto al cráneo blanquecino del buey. A Saban le dio la impresión de que caía una cascada de luz de la bolsa.

Había docenas de pequeños adornos de oro en forma de rombo, cada uno de ellos del tamaño del pulgar de un hombre, y cuatro placas romboidales del tamaño de una mano. Los rombos, tanto los grandes como los pequeños, tenían diminutos agujeros en las puntas más estrechas, de modo que pudieran colgarse de una fibra de ligamento o coserse a una prenda de vestir, y estaban hechos de finísimas láminas de oro en las que había talladas líneas rectas. Pero aquellos dibujos no le decían nada a Lengar, que recuperó de un manotazo uno de los rombos pequeños que Saban había osado coger de la hierba. Lengar hizo un montón con los rombos, grandes y pequeños.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó a su hermano menor, señalando el montón con un gesto.

—Oro —respondió Saban.

—Poder —puntualizó Lengar. Miró al muerto—. ¿Sabes lo que se puede hacer con oro?

—¿Lucirlo? —sugirió Saban.

—¡Imbécil! Con el oro se compran hombres. —Lengar echó atrás el cuerpo apoyando todo su peso sobre los talones. Ahora las sombras de las nubes eran oscuras y los avellanos se mecían movidos por un viento cada vez más fresco—. Se compran lanceros —dijo—, se compran arqueros y guerreros. ¡Se compra poder!

Saban cogió uno de los rombos pequeños y se zafó cuando Lengar intentó recuperarlo. El chico se batió en retirada por el reducido espacio despejado y, cuando tuvo la sensación de que Lengar no iba a perseguirle, se puso en cuclillas y contempló el trozo de oro. Le pareció extraño que con eso se pudiera comprar poder. Saban alcanzaba a imaginar hombres que trabajaran a cambio de comida o vasijas, a cambio de pedernales o esclavos, o a cambio de bronce con el que se pudieran hacer cuchillos, hachas, espadas y puntas de lanza, pero ¿por ese trozo de metal? No servía para cortar, sino que simplemente estaba ahí, y sin embargo, incluso en un día encapotado como aquel, Saban apreciaba el brillo del metal. Brillaba como si un trozo de Sol estuviera atrapado dentro del metal, y de pronto se estremeció no porque fuera desnudo, sino porque nunca había tocado el oro; nunca había tenido en la mano un trozo del todopoderoso Sol.

—Debemos llevárselo a nuestro padre —dijo con reverencia.

—¿Para que el viejo imbécil lo pueda añadir a su tesoro? —preguntó Lengar con desdén. Regresó hacia el cadáver y alzó el manto por encima de los cabos de flecha que sobresalían, para revelar que el muerto llevaba sujetos los calzones con un cinturón cuya hebilla era un buen pedazo de oro amazacotado y que en torno a su cuello colgaban más rombos pequeños ensartados en un tendón.

Lengar miró a su hermano menor de reojo, se pasó la lengua por los labios y cogió una de las flechas que se le habían caído de la mano al forastero. Aún llevaba su arco largo y colocó la flecha con plumas negras y blancas contra la cuerda. Tenía la vista puesta en la maleza de avellanos, evitando deliberadamente la mirada de su hermanastro, pero de pronto Saban cayó en la cuenta de lo que a Lengar le pasaba por la cabeza. Si Saban sobrevivía para contarle a su padre lo del tesoro del extranjero, Lengar lo perdería, o al menos tendría que luchar por él; pero si descubrían a Saban muerto con una de las flechas con plumas negras y blancas del extranjero clavada, nadie sospecharía que Lengar era culpable de su asesinato, ni que se había apropiado de un gran tesoro. Un trueno resonó hacia el oeste y el viento frío ladeó las copas de los avellanos. Lengar tensaba ya el arco, aunque seguía sin mirar a Saban.

—¡Fíjate! —gritó Saban de repente, al tiempo que alzaba el pequeño rombo—. ¡Mira!

Lengar redujo la presión sobre la cuerda del arco mientras miraba con los ojos entornados, y en ese instante el chico echó a correr como una liebre salida de entre la hierba. Se adentró entre los avellanos y cruzó a la carrera el amplio sendero elevado que conducía a la entrada del Sol del Viejo Templo. Allí había más postes carcomidos semejantes a los que se alzaban en torno al Pabellón Funerario. Se vio obligado a

realizar bruscos giros para esquivar sus tocones y, justo en el momento en que los sorteaba, la flecha de Lengar le pasó silbando junto a la oreja.

El trueno hizo jirones el cielo, a la vez que empezaba a llover. Las gotas eran enormes. Un rayo se precipitó contra la ladera de la colina de enfrente. Saban siguió corriendo en zigzag sin atreverse a volver la mirada para ver si Lengar seguía tras sus pasos. La lluvia caía cada vez con más fuerza, llenando el aire con su malévolos bramido pero levantando al mismo tiempo una pantalla para esconder al chico en su huida hacia el noroeste, en dirección al asentamiento. Gritaba sin dejar de correr, con la esperanza de que algún pastor siguiera en la dehesa, pero no vio a nadie hasta que hubo dejado atrás los túmulos funerarios en la cima de la colina y descendía por el fangoso sendero entre los pequeños trigales que sufrían el embate del fuerte chaparrón.

Galeth, el tío de Saban, y cinco hombres más regresaban al asentamiento cuando oyeron los gritos del chico. Volvieron colina arriba y Saban atravesó la lluvia a la carrera para aferrarse al jubón de piel de ciervo de su tío.

—¿Qué ocurre, chico? —le preguntó Galeth.

Saban seguía agarrado a su tío.

—Ha intentado matarme —jadeó—. ¡Ha intentado matarme!

—¿Quién? —indagó Galeth. El hermano menor del padre de Saban era alto, de poblada barba y famoso por sus demostraciones de fuerza. Se contaba que en una ocasión Galeth había levantado el poste de un templo, y no uno de los pequeños, sino un enorme tronco desbastado que descollaba por encima de los demás postes. Al igual que sus compañeros, que estaban talando árboles cuando estalló la tormenta, Galeth llevaba una pesada hacha con hoja de bronce.

—¿Quién ha intentado matarte? —le preguntó.

—Él —contestó Saban a voz en cuello al tiempo que señalaba colina arriba, hacia el lugar donde había aparecido Lengar con el arco largo entre las manos y otra flecha apoyada contra la cuerda.

Lengar se detuvo. No dijo nada, sino que se quedó mirando al grupo de hombres que ahora protegían a su hermanastro y retiró la flecha de la cuerda.

Galeth miró de hito en hito a su sobrino mayor.

—¿Has intentado matar a tu propio hermano?

Lengar lanzó una carcajada.

—Ha sido un extranjero, no yo. —Fue descendiendo la ladera de la colina poco a poco. Su largo cabello moreno estaba húmedo de lluvia, lo que le daba una apariencia aterradora.

—¿Un extranjero? —repitió Galeth, y escupió para ahuyentar la mala suerte. Había muchos en Ratharryn que decían que el próximo jefe debería ser Galeth en vez de Lengar, pero la rivalidad entre tío y sobrino palidecía ante la amenaza de una incursión de extranjeros—. ¿Hay forasteros en la dehesa? —le preguntó Galeth.

—Solo uno —contestó Lengar con despreocupación, y metió la flecha del

extranjero en el carcaj—. Solo uno —repitió—, y ahora está muerto.

—De modo que estás a salvo, chico —le dijo Galeth a Saban—, estás a salvo.

—Ha intentado matarme él —insistió Saban—, por causa del oro. —Alzó el rombo como prueba.

—Oro, ¿eh? —indagó Galeth, cogiendo a Saban de la mano el diminuto fragmento—. ¿Eso es lo que tenéis? ¿Oro? Más vale que se lo llevemos a vuestro padre.

Lengar lanzó a Saban una mirada de profundo odio, pero ya era tarde. Saban había visto el tesoro y había sobrevivido, y por tanto su padre se enteraría del asunto del oro. Lengar escupió, dio media vuelta y regresó colina arriba. Se perdió entre la lluvia, enfrentándose a la ira de la tormenta, para recuperar el resto del oro.

Aquel fue el día que llegó el forastero al Viejo Templo en plena tormenta, y el día que Lengar intentó matar a Saban, y el día que todo cambió en el mundo de Ratharryn.

* * *

Aquella noche el dios de la tormenta descargó su ira sobre la tierra. La lluvia aplastó los cultivos y convirtió los senderos en riachuelos. Inundó las marismas al norte de Ratharryn y el río Mai se salió de su cauce y arrastró árboles caídos por el pronunciado valle que serpenteaba por las tierras altas hasta alcanzar el amplio recodo donde se construyera Ratharryn. El foso que rodeaba Ratharryn quedó inundado y el viento arremetió contra las techumbres de paja de las chozas y ululó entre los postes de madera de los anillos de sus templos.

Nadie sabía cuándo habían llegado los primeros pobladores a las tierras junto al río, ni cómo habían descubierto que Arryn era el dios del valle. Sin embargo, Arryn debía de haberse mostrado ante aquellas gentes, pues habían bautizado su nuevo hogar en honor a él y ribeteado de templos las colinas en torno a su valle. Eran templos sencillos, poco más que claros en el bosque donde se alzaba un círculo de troncos, y durante años, nadie sabe cuántos, las gentes seguían los senderos entre los bosques hasta aquellos anillos de madera donde rogaban a los dioses que los mantuvieran a salvo. Con el tiempo, el pueblo de Arryn despejó la mayor parte de los bosques, talando robles y olmos, fresnos y avellanos, y plantando cebada o trigo en los pequeños campos. Pescaban en el río que habían bautizado en honor a la esposa de Arryn, Mai, tenían ganado en los pastos y cerdos en las zonas boscosas que había entre los campos, y los jóvenes de la tribu cazaban jabalíes, ciervos, uros, osos y lobos en los bosques vírgenes que ahora habían hecho retroceder hasta más allá de los templos.

Los primeros templos se deterioraron, y construyeron otros nuevos; con el tiempo

los nuevos envejecieron, y sin embargo seguían siendo anillos de madera, aunque ahora los círculos los formaban postes desbastados y erigidos dentro de un terraplén y una zanja que constituían un círculo más amplio en torno a los anillos de troncos. Siempre en círculo, pues la vida era un círculo y el cielo era un círculo, el borde del mundo era un círculo y el Sol era un círculo, la Luna crecía hasta convertirse en un círculo y esa era la razón de que los templos de Cathallo y Drewenna, de Maden y Ratharryn, de hecho, de prácticamente todos los asentamientos que había dispersos por las tierras, tuvieran forma de círculo.

Cathallo y Ratharryn eran las tribus gemelas del interior. Tenían lazos de sangre y se mostraban tan celosas como dos esposas. Una ventaja para una constituía una afrenta para la otra, y esa noche Hengall, jefe de las gentes de Ratharryn, meditaba sobre el oro de los extranjeros. Había esperado a que Lengar le trajera el tesoro, pero aunque su hijo mayor regresó a Ratharryn con un zurrón de cuero, no fue a la choza de su padre, y cuando Hengall envió a un esclavo para que exigiera a su hijo que le llevase los tesoros, Lengar le contestó que estaba muy cansado para obedecer. De modo que ahora Hengall consultaba al sumo sacerdote de la tribu.

—Te desafiará —anunció Hirc.

—Los hijos deben desafiar a sus padres —respondió Hengall. El jefe era un hombre alto y corpulento, con la cara surcada por cicatrices y una impresionante barba enmarañada y manchada de grasa. Su piel, como la de la mayor parte de la gente, estaba oscurecida por el profundo arraigo del hollín y la suciedad, la tierra, el sudor y el humo. Debajo de la mugre, sus gruesos brazos llevaban innumerables marcas azules para demostrar los muchos enemigos que había matado en combate. Su nombre significaba sencillamente el Guerrero, aunque Hengall el Guerrero prefería con mucho la paz a la guerra.

Hirc era mayor que Hengall. Se le veía delgado, le dolían las articulaciones y su barba canosa era más bien escasa. Tal vez Hengall estuviera a la cabeza de la tribu, pero Hirc hablaba con los dioses y, por tanto, sus consejos eran cruciales.

—Lengar se enfrentará a ti —advirtió Hirc a Hengall.

—No lo hará.

—Es posible que sí. Es joven y fuerte —insistió Hirc. El sacerdote iba desnudo, aunque llevaba la piel cubierta por una mezcla reseca de creta y agua en la que una de sus esposas había trazado con los dedos extendidos figuras arremolinadas. Mientras que en torno a su cuello colgaba de una correa el cráneo de una ardilla, a la cintura llevaba un adorno circular hecho de cascara de nuez y dientes de oso. Llevaba el cabello y la barba impregnados de un barro rojizo que se estaba secando y agrietando al intenso calor de la hoguera de Hengall.

—Yo soy viejo y fuerte —se jactó Hengall—, y si se enfrenta a mí, lo mataré.

—Si lo matas —le dijo Hirc en un susurro—, solo te quedarán dos hijos.

—Me quedará un hijo —gruñó Hengall, y fulminó con la mirada al sumo sacerdote, pues aborrecía que le recordaran el escaso número de hijos que había

engendrado. Kital, el jefe de las gentes de Cathallo, tenía ocho hijos; Ossaya, que había sido nombrado jefe de Maden antes de que Kital la conquistara, había engendrado seis, y Melak, el jefe de las gentes de Drewenna, tenía once. De modo que Hengall se avergonzaba de haber tenido solo tres hijos, y se avergonzaba más incluso de que uno de esos hijos fuese tullido. También había tenido hijas, claro, y algunas seguían con vida, pero las hijas no eran comparables a los hijos. Ya su segundo hijo, el tullido, el necio balbuciente llamado Camaban, no estaba dispuesto a contarlo como propio. A Lengar lo reconocía, también a Saban, pero no al hijo del medio.

—Y Lengar no me desafiará —aseguró Hengall—, no se atreverá.

—No es ningún cobarde —le previno el sacerdote.

Hengall esbozó una sonrisa.

—No, no es ningún cobarde, pero solo lucha cuando sabe que tiene posibilidades de ganar. Por eso será buen jefe si sobrevive.

El sacerdote estaba sentado en cuclillas junto al poste central de la choza. Entre sus rodillas había un montón de finos huesecillos, las costillas de un niño que había muerto el invierno anterior. Las empujó con un largo dedo blanquecino para que adoptaran distribuciones aleatorias que analizó con la cabeza ladeada.

—Sannas querrá el oro —dijo un rato después, e hizo una pausa para dejar que la ominosa afirmación surtiera efecto. Hengall, como cualquier otro mortal, tenía un miedo reverencial a la hechicera de Cathallo, pero se limitó a encogerse de hombros como para ahuyentar su imagen—. Y Kital cuenta con muchos lanceros —añadió Hirc como segunda advertencia.

Hengall propinó un empujón al sacerdote, que a punto estuvo de perder el equilibrio.

—Deja que me ocupé yo de las lanzas, Hirc. Tú dime qué significa el oro. ¿Por qué ha llegado hasta aquí? ¿Quién lo ha enviado? ¿Qué hago con él?

El sacerdote paseó la mirada por la gran choza. A un lado colgaba una mampara de cuero tras la que se ocultaban las esclavas que atendían a la nueva esposa de Hengall. Hirc estaba al tanto de que en el interior de la cabaña ya había un enorme tesoro enterrado bajo el suelo, u oculto bajo las pieles amontonadas. Hengall había sido siempre un acaparador que en absoluto se caracterizaba por su tendencia al derroche.

—Si conservas el oro —aseguró Hirc—, habrá hombres que intentarán arrebatártelo. No es un oro cualquiera.

—Ni siquiera sabemos si el oro es de Sarmennyn —respondió Hengall, aunque sin mucha convicción.

—Lo es —afirmó Hirc, al tiempo que señalaba el pequeño rombo traído por Saban, que relucía en el suelo entre ambos. Sarmennyn era una región extranjera muchos kilómetros hacia el oeste, y durante las dos últimas lunas habían corrido rumores de que las gentes de Sarmennyn habían perdido un gran tesoro.

—Saban vio el tesoro —dijo Hirc—, y es el oro de los extranjeros, que adoran a Slaol, aunque lo llaman por otro nombre... —Hizo una pausa, en un intento de recordar dicho nombre, pero no le vino a las mientes.

Slaol era el dios del Sol, un dios poderoso aunque su poder rivalizaba con el de Lahanna, la diosa de la Luna, y los dos, que antaño fueran amantes, estaban ahora peleados. Esa era la rivalidad dominante en Ratharryn, que convertía cada decisión en una agonía, ya que un gesto a favor de uno de los dioses provocaba el resentimiento del otro, y la tarea de Hirc consistía en mantener satisfechos a todos los dioses rivales, no solo al Sol y la Luna, sino al viento, la tierra, el arroyo, los árboles, las bestias, la hierba, el helecho y la lluvia; a todos los innumerables dioses, espíritus y poderes ocultos.

—Slaol nos ha enviado el oro —aseguró— y el oro es el metal de Slaol, pero el rombo es el símbolo de Lahanna.

Hengall profirió un siseo de desaprobación.

—¿Me estás diciendo que el oro es de Lahanna?

Hirc permaneció callado durante un rato. El jefe aguardó. El sumo sacerdote tenía entre sus cometidos el de determinar el significado de los sucesos extraños, aunque Hengall hacía todo lo que estaba en su mano para que ese significado obrara en beneficio de la tribu.

—Slaol podría haber hecho que el oro permaneciera en Sarmennyn —dijo, al cabo, Hirc—, pero no ha sido así. De modo que son esas gentes las que sufrirán su pérdida. Su llegada a estos pagos no es un mal presagio.

—Bien —se congratuló Hengall con un gruñido.

—Pero la forma del oro —continuó Hirc con tiento—, nos dice que perteneció a Lahanna, y creo que intentó recuperarlo. ¿No dijo Saban que el forastero preguntaba por Sannas?

—Así es.

—Y Sannas venera a Lahanna por encima de cualquier otro dios —continuó el sacerdote—, de modo que Slaol debe habérselo enviado para evitar que llegue hasta ella. Pero Lahanna estará celosa, y nos pedirá algo a cambio.

—¿Un sacrificio? —preguntó Hengall con recelo.

El sacerdote asintió y Hengall puso mal gesto al pensar en la cantidad de animales que querría sacrificar el sacerdote en el templo de Lahanna, pero Hirc no se proponía infligir semejante merma a la riqueza de la tribu. El oro era importante, su llegada, extraordinaria, y la respuesta debía ser de una generosidad proporcional.

—La diosa querrá un espíritu —sentenció el sumo sacerdote.

Hengall se animó al reparar en que su ganado quedaba a salvo.

—Te puedes llevar a ese necio de Camaban —propuso el jefe, refiriéndose a ese segundo hijo que había repudiado—. Aplástale el cráneo y haz que sirva de algo.

Hirc, que seguía en cuclillas, se echó hacia atrás con los ojos entrecerrados.

—Lleva la señal de Lahanna —dijo en voz queda. Camaban había salido de su

madre con una marca de nacimiento en forma de medialuna en el vientre, y la medialuna, al igual que el rombo, era un símbolo sagrado de la Luna—. Es posible que Lahanna se ponga furiosa si lo matamos.

—Quizá le agrade su compañía —sugirió astutamente Hengall—. Quizá lo marcó por esa razón, para que se lo enviáramos, ¿no crees?

—Cierto —convino Hircac, y la idea le animó a tomar una decisión—. Nos quedaremos con el oro —anunció—, y aplacaremos a Lahanna con el espíritu de Camaban.

—Bien —se alegró Hengall. Se volvió hacia la mampara de cuero y gritó un nombre. Una esclava se acercó nerviosa hasta quedar iluminada por el resplandor de la hoguera—. Si voy a enfrentarme a Lengar por la mañana —informó el jefe al sumo sacerdote—, más vale que engendre ahora otro hijo. —Indicó a la chica con un gesto que fuera hacia el montón de pieles que constituía su lecho.

El sumo sacerdote recogió los huesos de niño y se fue apresuradamente hacia su propia choza bajo la lluvia, cada vez más densa, que le deslavó la creta de la piel.

El viento seguía soplando. Los rayos zigzagueaban hasta la tierra, tornando el mundo de colores negro hollín y blanco creta. Los dioses clamaban y los hombres no podían sino guarecerse, presos del terror.



CAPÍTULO 2

Saban temía dormirse, no porque el dios de la tormenta estuviera martillando la tierra, sino porque le preocupaba que Lengar aprovechara la noche para castigarle por haberse llevado el rombo. Sin embargo, su hermano mayor no le molestó, y al amanecer Saban salió a hurtadillas de la cabaña de su madre para encontrarse con un viento frío y húmedo. Los restos de la tormenta empujaban retazos de bruma por la vasta zona comprendida dentro del terraplén que rodeaba el asentamiento, mientras el Sol escondía el rostro detrás de las nubes, mostrándose únicamente como un ocasional disco mate entre el gris vaporoso. Una techumbre de paja, empapada de agua de lluvia, se había venido abajo en el transcurso de la noche, y todos se maravillaban de que la familia no hubiera resultado aplastada. Una sucesión de mujeres y esclavas atravesaban el sendero sur del terraplén para coger agua del río crecido, mientras los niños llevaban los recipientes de orina de la noche a los fosos de los curtidores que se habían desbordado, pero todos se apresuraban a regresar, ya que no estaban dispuestos a perderse la confrontación entre Lengar y su padre. Incluso las gentes que vivían más allá del gran muro, en las cabañas de las tierras altas, habían oído las noticias, y de pronto encontraban alguna razón para acudir a Ratharryn esa mañana. Lengar había encontrado el oro de los extranjeros, Hengall lo quería, y uno de los dos tenía que salir vencedor.

Hengall apareció el primero. Salió de su choza con un gran manto de oso y se paseó con aparente despreocupación por el asentamiento. Saludó a Saban revolviéndole el cabello, habló con los sacerdotes sobre los problemas que planteaba la sustitución de uno de los grandes postes del templo de Lahanna, y después se sentó en un taburete a la salida de su cabaña y escuchó los angustiados relatos de los daños que había causado la lluvia nocturna en los trigales.

—Siempre podemos comprar grano —anunció Hengall en voz bien alta para que lo oyera la mayor cantidad de gente posible—. Hay quien dice que habría que utilizar la riqueza escondida en mi cabaña para contratar armas, pero es posible que nos sea de más provecho si compramos grano. Y tenemos cerdos que comer, y la lluvia no mata el pescado del río. No nos moriremos de hambre. —Abrió el manto y se palmeó

el vientre desnudo—. Este año no voy a adelgazar. —La gente rio.

Galeth llegó con media docena de hombres y se sentó en cuclillas cerca de la choza de su hermano. Todos ellos llevaban lanzas y Hengall entendió que habían venido en su apoyo, pero no hizo mención del previsible enfrentamiento. En vez de eso, preguntó a Galeth si había encontrado un roble lo bastante grande como para sustituir el poste podrido en el santuario de Lahanna.

—Lo encontramos —respondió Galeth—, pero no lo talamos.

—¿No lo talasteis?

—Se hacía tarde y teníamos las hachas desafiladas.

Hengall esbozó una sonrisa.

—Sin embargo, he oído que tu mujer está embarazada, ¿no es así?

Galeth adoptó una expresión de tímida satisfacción. Su primera mujer había muerto un año atrás, dejándole con un hijo un año menor que Saban, y acababa de tomar otra mujer.

—Así es —admitió.

—Entonces, al menos una de tus armas está afilada —bromeó Hengall, provocando más carcajadas.

Las risas callaron repentinamente, pues Lengar escogió ese momento para salir de su propia choza, y aquella mañana gris brillaba como el mismísimo Sol. Ralla, su madre y la esposa más antigua de Hengall, debía de haber pasado toda la noche enhebrando los pequeños rombos en fibras de ligamento, en plena oscuridad tormentosa, para que su hijo se los pudiera poner el cuello, y había cosido las cuatro piezas de oro más grande sobre su jubón de piel de ciervo, encima del que llevaba el cinturón con hebilla de oro del forastero. Una docena de jóvenes guerreros, todos ellos compañeros de caza de Lengar, le seguían mientras a la zaga del grupo de lanceros iba un enjambre de niños entusiasmados que blandían palos a imitación de la lanza de caza de Lengar.

En un primer momento, Lengar hizo caso omiso de su padre. Se paseó entre las cabañas hasta más allá de los dos templos construidos en el área circunscrita dentro del gran terraplén, y luego en dirección a las chozas de los alfareros y los fosos de los curtidores al norte del cercado. Sus seguidores entrechocaban las lanzas y cada vez se iba reuniendo más gente tras él, de tal modo que, al cabo, encabezaba una exaltada procesión por un intrincado camino que serpenteaba entre las techumbres de paja, empapadas por la lluvia, de las achaparradas chozas circulares. Solo después de haber recorrido el asentamiento dos veces se dirigió hacia su padre.

Hengall se puso en pie en cuanto se acercó su hijo. Había dejado que Lengar disfrutara de su momento de gloria, y ahora se levantó, se despojó con un movimiento de los hombros del manto de oso que llevaba y lo lanzó, con la piel hacia abajo, sobre el barro a sus pies. Se enjugó del rostro la humedad de la bruma con los cabos de su lengua barba y esperó a pecho descubierto para que las gentes de Ratharryn pudieran ver cómo se arracimaban sobre su piel las marcas azules de los

enemigos muertos y las bestias abatidas. Permaneció en silencio mientras el viento le azotaba el cabello moreno y revuelto.

Lengar se detuvo delante de su padre. Tenía la misma estatura que Hengall, aunque no era tan musculoso. Probablemente, en una pelea sería el contendiente más rápido mientras que Hengall sería el más fuerte, y sin embargo Hengall no demostraba ningún temor ante una lucha semejante. Se limitó a bostezar e hizo un ademán con la cabeza a su hijo mayor.

—Me has traído el oro del forastero. Eso está bien. —Señaló con un gesto el manto de oso que yacía en el suelo entre ambos—. Ponlo todo ahí, hijo —gruñó.

Lengar se puso tenso. La mayor parte de la tribu era de la opinión de que pelearía, pues sus ojos reflejaban un amor a la violencia que rayaba en la locura, pero la mirada de su padre era firme y Lengar prefirió hablar en vez de utilizar la lanza.

—Si un hombre encuentra una cornamenta en los bosques —exigió saber—, ¿debe dársela a su padre? —Se pronunció lo bastante alto como para que lo oyera el gentío. Las gentes de Ratharryn se habían agolpado entre las chozas más cercanas dejando espacio suficiente para la confrontación, y ahora algunos expresaron en voz alta su apoyo a Lengar—. O si encuentro la miel de las abejas silvestres —preguntó Lengar, envalentonado por el respaldo recibido—, ¿debo soportar los picotazos y luego entregar la miel a mi padre?

—Sí —afirmó Lengar, y luego volvió a bostezar—. En el manto, chico.

—Viene un guerrero a nuestra tierra —gritó Lengar—, un forastero de una tribu extranjera, y trae oro. Mato al forastero y cojo el oro. ¿Acaso no es mío? —Algunas personas entre el gentío gritaron que el oro era sin duda suyo, aunque no tantas como se habían manifestado antes. La mole de Hengall y su aire de despreocupación eran inquietantes.

El jefe metió la mano en un zurrón que llevaba al cinto y sacó el pequeño rombo que había traído Saban del Viejo Templo. Dejó caer el trozo de oro sobre el manto.

—Ahora pon el resto ahí —ordenó a Lengar.

—¡El oro es mío! —insistió Lengar, y esta vez únicamente Ralla, su madre, y Jegar, uno de sus amigos más íntimos, le manifestaron su apoyo. Jegar era un individuo pequeño y nervudo, de la misma edad que Lengar, que ya se había erigido entre los más grandes guerreros de la tribu. En batalla mataba con un abandono comparable al del propio Lengar y ahora deseaba con avidez pelear, pero ninguno de los demás compañeros de caza de Lengar tenía agallas para enfrentarse a Hengall. Confiaban en Lengar para alzarse con la victoria y todos tuvieron la impresión de que iba a hacerlo por medio de la violencia, pues de pronto alzó la lanza; pero, en vez de atacar con la punta, la blandió en el aire para que se prestara atención a sus palabras—. El oro lo encontré yo. He sido yo quien ha matado por el oro. El oro ha venido a mí. Y ahora, ¿ha de quedarse en la cabaña de mi padre a acumular polvo? —Las palabras provocaron murmullos de aprobación, ya que muchos pobladores de Ratharryn no aceptaban con agrado que Hengall acumulara tesoros. En Drewenna o

Cathallo el jefe ostentaba su riqueza, recompensaba a los guerreros con bronce, hacía que sus mujeres se adornaran con metales preciosos y construía grandes templos, pero Hengall almacenaba la riqueza de Ratharryn en su choza.

—¿Qué harías tú con el oro? —terció Galeth. Ahora estaba de pie y se había soltado la coleta para dejar que su moreno pelo le cayera revuelto sobre el rostro, dándole el aspecto de un guerrero a punto de entrar en combate. Tenía el filo de la lanza a la altura del pecho—. Dinos, sobrino —instó a Lengar—, ¿qué harías con el oro?

Jegar alzó la lanza para arrostrar el desafío de Galeth, pero Lengar hizo bajar el filo a su amigo.

—Con este oro —anunció a voz en cuello mientras acariciaba los rombos que llevaba al pecho—, deberíamos reclutar guerreros, lanceros, arqueros y acabar de una vez por todas con Cathallo. —Las voces que le habían apoyado en un primer momento volvieron a alzarse, ya que había muchos en Ratharryn que temían la expansión de Cathallo. Apenas el verano anterior los guerreros de Cathallo habían tomado el asentamiento de Maden que se erigía entre Ratharryn y Cathallo, y rara vez pasaba una semana sin que los guerreros de Cathallo recorrieran las tierras de Hengall en busca de vacas o cerdos, y una buena parte de la tribu se tomaba a mal que, al parecer, Hengall no estuviera haciendo nada para poner fin a las insultantes algaradas—. Hubo un tiempo en que Cathallo nos rendía tributo —gritó Lengar, animado gracias al apoyo del gentío—. En que sus mujeres venían a bailar a nuestros templos. Ahora nos ponemos a cubierto cuando se acerca un guerrero de Cathallo. Nos humillamos ante esa sucia perra de Sannas. ¿Y dónde están el oro, el bronce y el ámbar que podrían liberarnos? ¿Y adónde irá este oro si me desprendo de él? ¡Ahí! —Con esta última palabra se volvió y dirigió la lanza hacia su padre—. ¿Y qué hará Hengall con el oro? —inquirió Lengar—. ¡Lo enterrará! Oro para los topos. Un tesoro para los gusanos. Escarbamos en busca de sílex y resulta que tenemos oro.

Hengall meneó la cabeza apesadumbrado. El gentío que había jaleado las últimas palabras de Lengar quedó mudo y espero que comenzara la pelea. Los hombres de Lengar debían de creer que el momento se acercaba, pues se armaron de coraje y cerraron filas tras su líder con las lanzas a la altura del pecho. Jegar se mecía adelante y atrás con los dientes al descubierto y la punta de su arma dirigida hacia el vientre de Hengall. Galeth se arrimó a Hengall dispuesto a defender a su hermano, pero este le apartó con un gesto, dio media vuelta, se agachó y recogió su maza de guerra de donde la había tenido escondida, bajo la paja del alero de su choza. La maza era una rama de roble, del grosor de la muñeca de un guerrero, rematada con un pedazo deforme de piedra gris capaz de aplastar el cráneo de un hombre adulto como si de un huevo de troglodita se tratara. Hengall blandió la maza y luego indicó con un gesto el manto de piel de oso.

—Todo el tesoro, chico —dijo, como deliberado insulto a su hijo—, todo, en el manto.

Lengar se le quedó mirando. La lanza llegaba más lejos que la maza, pero si erraba el primer embate era consciente de que el remate de piedra le partiría el cráneo. De modo que Lengar vaciló y Jegar le hizo a un lado para abrirse paso. Hengall dirigió la maza hacia Jegar.

—Maté a tu padre, chico —bufó—, cuando me desafió para obtener la jefatura, y le aplasté los huesos para echárselos a los cerdos, pero me guardé la mandíbula. ¡Hirac!

El sumo sacerdote, con la piel moteada de tierra y creta, asomó entre el gentío.

—¿Sabes dónde está escondida la mandíbula? —le preguntó Hengall.

—Lo sé —contestó Hirc.

—Entonces, si este gusano no se echa atrás —dijo Hengall sin apartar la mirada de Jegar—, obra un maleficio contra su sangre. Cuájale las entrañas. Llénale la barriga de gusanos negros.

Jegar vaciló un instante. Aunque no temía la maza de Hengall, el maleficio de Hirc le atemorizaba, de modo que se hizo atrás. Hengall miró de nuevo a su hijo.

—En el manto, hijo —le instó en voz queda—, y aprisa. Quiero desayunar.

La insolencia de Lengar se desmoronó. Durante un momento dio la impresión de que iba a arremeter contra su padre, prefiriendo la muerte al deshonor, pero luego se arredró y, con un ademán de abatimiento, dejó caer la lanza, se quitó el oro que llevaba colgado al cuello y cortó las puntadas que sujetaban los grandes rombos al jubón. Dejó las piezas de oro sobre el manto de oso, se desató el cinturón y lo lanzó con su imponente hebilla dorada encima de los rombos.

—El oro lo encontré yo —rezongó sin convicción cuando hubo acabado.

—Lo encontrasteis tú y Saban —reconoció Hengall—, pero lo encontrasteis en el Viejo Templo, no en los bosques, y eso significa que el oro nos fue enviado a todos. ¿Y por qué? —El jefe había alzado la voz para que todos alcanzaran a oírle—. Los dioses no han revelado su propósito, así que debemos esperar a averiguar la respuesta. Pero es el oro de Slaol y él nos lo ha enviado, de modo que debe tener una buena razón. —Enganchó el manto de oso con el pie y lo arrastró junto con los tesoros hacia la puerta de la cabaña, de la que salieron un par de manos de mujer para acarrear al interior el montón resplandeciente. Un tenue gimoteo recorrió el gentío, pues todos eran conscientes de que pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a ver el oro. Hengall hizo caso omiso de la queja—. Hay algunos entre nosotros —gritó—, que querrían verme conducir a nuestros guerreros contra las gentes de Cathallo, y hay miembros del pueblo de Cathallo que querrían que sus jóvenes nos atacaran. Sin embargo, no todos los de Cathallo desean entrar en guerra con nosotros. Saben que muchos de sus jóvenes morirían y que, incluso si ganaran la guerra, la lucha los debilitaría. De modo que no habrá guerra —concluyó de repente. Había sido un discurso muy largo para tratarse de Hengall, y muy poco común, pues había expresado bien a las claras lo que pensaba. Si le cuentas a alguien lo que piensas, había dicho en cierta ocasión, le entregas el alma, pero la verdad es que no revelaba

ningún secreto al declarar lo mucho que detestaba la guerra. Hengall el Guerrero aborrecía la guerra. La razón de la vida, le gustaba repetir, es plantar semillas, no filos. No le importaba encabezar expediciones bélicas contra los extranjeros, pues eran forasteros y ladrones, pero detestaba combatir contra las tribus vecinas, que estaban emparentadas con ellos y compartían la lengua y los dioses de Ratharryn. Posó la mirada en Lengar—. ¿Dónde está el extranjero muerto? —inquirió.

—En el Viejo Templo —respondió Lengar a regañadientes.

—Coge a un sacerdote —instó Hengall a Galeth—, y líbrate del cadáver. — Volvió a entrar en su cabaña y dejó a Lengar vencido y humillado.

Los últimos vestigios de bruma se difuminaron y el Sol brilló entre las tenues nubes. Las techumbres de paja empezaron a humear levemente. La emoción reinante en Ratharryn había concluido por el momento, aunque aún cabía maravillarse ante las secuelas de la tormenta. El río había desbordado sus riberas, la gran zanja que había en el interior del terraplén circundante estaba inundada y los campos de trigo y cebada habían quedado anegados por la fuerza del aguacero.

Y Hengall seguía siendo el jefe.

* * *

A Ratharryn lo definía el amplio terraplén. Las gentes todavía se maravillaban de que sus antepasados hubieran construido un muro semejante, ya que alcanzaba cinco veces la altura de un hombre y rodeaba las chozas donde vivían cerca de un centenar de personas. El terraplén se había formado a base de tierra y creta excavadas con cuernas y paletillas de buey y estaba coronado por cráneos de reses, lobos y lanceros enemigos para mantener alejados a los espíritus del bosque tenebroso. Todo asentamiento, incluso las casas más modestas en las tierras altas, ostentaba cráneos para arredrar a los espíritus, pero Ratharryn acumulaba sus cráneos sobre el muro de tierra, que también servía para disuadir y atemorizar a los enemigos de la tribu.

Mientras que todas las familias vivían en la parte sur del recinto, al norte estaban las chozas de los alfareros y carpinteros, la forja del único herrero de la tribu y los fosos de los curtidores. Todavía quedaba espacio dentro del terraplén donde guardar los rebaños de reses y cerdos si acechaba un enemigo, y en esas ocasiones la gente se lanzaba en tropel hacia los dos templos construidos en el interior del anillo de tierra. Ambos santuarios eran círculos de postes de madera. El mayor tenía cinco anillos y era el templo de Lahanna, la diosa de la Luna; el más pequeño, con solo tres anillos, estaba dedicado a Arryn, el dios del valle, y a Mai, su esposa, que era la diosa del río. Los postes más altos de los templos alcanzaban tres veces la estatura de Galeth, que era el hombre más alto de la tribu, pero quedaban ensombrecidos por el tercer templo, que se erigía al sur del terraplén circundante. El tercer templo tenía seis anillos de

madera, dos de los cuales contaban con dinteles del mismo material sobre las cúspides de los postes, y estaba consagrado a Slaol, el dios del Sol. El Templo del Sol se había construido a posta fuera del asentamiento porque Slaol y Lahanna eran rivales y sus templos debían estar separados para que un sacrificio ofrecido a uno de ellos no se viera desde el otro.

Slaol, Lahanna, Arryn y Mai eran las deidades principales de Ratharryn, pero las gentes sabían que había un millar de dioses más en el valle, y otros tantos en las colinas, e incontables más allende las colinas, y una miríada a los cuatro vientos. Ninguna tribu podía construir templos para todos y cada uno de sus dioses, ni siquiera saber quiénes eran, y además de la multitud de dioses desconocidos estaban los espíritus de los muertos, espíritus de animales, espíritus de las corrientes, espíritus de los árboles, espíritus del fuego, espíritus del aire, espíritus de todo lo que se arrastraba y respiraba, mataba o crecía. Si un hombre permanecía en silencio sobre una colina en la calma del atardecer, a veces alcanzaba a oír el murmullo de los espíritus, y ese murmullo podía volverle loco a menos que rezara constantemente en los santuarios.

Después estaba el cuarto templo, el Viejo Templo, que se erigía sobre la colina sur, donde lo habían invadido los avellanos y sofocado las malas hierbas. El templo había sido consagrado a Slaol, aunque años antes, nadie alcanzaba a recordar cuándo, la tribu había erigido en honor a Slaol el nuevo templo cerca del asentamiento y el viejo santuario se había abandonado. Estaba muy deteriorado, pero aún debía de albergar cierto poder, pues allí había ido a parar el oro de los extranjeros. A la mañana siguiente a la gran tormenta, Galeth se llevó tres hombres al antiguo templo para encontrar y enterrar el cadáver del forastero. Los cuatro hombres iban acompañados por Neel, el sacerdote más joven de Ratharryn, que acudía para protegerlos del espíritu del desconocido muerto.

El grupo se detuvo en la cresta de la colina e hizo una reverencia ante los túmulos funerarios que había entre el Viejo Templo y el asentamiento. Neel aulló como un perro para llamar la atención de los espíritus de los ancestros y luego anunció a esos espíritus la tarea que llevaba a los hombres a las tierras altas. Mientras Neel proclamaba con cánticos las nuevas ante los muertos, Galeth contemplaba el sendero sagrado que se prolongaba con la rectitud del vuelo de una flecha en dirección al oeste. Los ancestros habían construido ese sendero pero, al igual que el Viejo Templo, ahora estaba abandonado y cubierto de malas hierbas, y ni siquiera los sacerdotes habrían sabido decir por qué sus zanjas y márgenes, caracterizados por su amplitud y simetría, habían sido borrados de la faz de la Tierra. Hirc daba por sentado que el motivo había sido aplacar a Rannos, el dios del trueno, pero la verdad es que ni lo sabía ni le importaba. Ahora, mientras Galeth permanecía apoyado contra la lanza a la espera de que Neel detectara algún presagio, tuvo la sensación de que el mundo iba mal. Se estaba viniendo abajo, del mismo modo que se estaba viniendo abajo, el sendero sagrado y el Viejo Templo. Del mismo modo que Ratharryn se estaba viniendo abajo, asediado por cosechas escasas y enfermedades pertinaces.

Había un cierto agotamiento en el aire, como si los dioses se hubieran hastiado de dar vueltas eternamente en torno al mundo cubierto de verde, y ese hastío atemorizaba a Galeth.

«Podemos ir», anunció Neel, aunque ninguno de los hombres que le acompañaban se había apercebido del indicio que el joven sacerdote había detectado en el paisaje. Quizá fuera el roce de un zarcillo de bruma contra la rama de un árbol, o el vuelo ladeado de un halcón, o el salto de una liebre entre la hierba crecida, pero Neel tenía la seguridad de que los espíritus ancestrales habían dado su aprobación. De modo que el pequeño grupo se adentró en un achaparrado valle y continuó el ascenso hacia el Viejo Templo.

Neel encabezó la comitiva a través de los postes podridos de la calzada elevada hasta internarse entre los avellanos. El joven sacerdote, con la túnica de piel de ciervo empapada a causa de las hojas húmedas, se detuvo sorprendido al llegar al antiguo Pabellón Funerario. Frunció el ceño y siseó, y después se tocó la ingle para apartar de sí el mal. No fue el cadáver del desconocido lo que le llevó a tomar semejantes precauciones, sino más bien el que hubieran despejado de malas hierbas y arbustos el espacio central del santuario. Era como si alguien rezara allí en secreto, aunque la presencia del cráneo de buey indicaba que quienquiera que acudiese al lugar olvidado rezaba a Slaol, pues el buey era la bestia de Slaol, del mismo modo que el tejón, el murciélago y el búho pertenecían a Lahanna.

Galeth también se tocó la ingle, pero él se estaba protegiendo del espíritu del forastero muerto que yacía boca arriba con tres flechas todavía clavadas en el pecho. Neel se puso a cuatro patas y profirió ladridos y aullidos durante un buen rato, después se puso en pie de repente, se limpió las manos y anunció que el cadáver ya no revestía peligro. «Desnudadlo y cavadle una tumba en el foso» ordenó Galeth a sus hombres. Puesto que no era de Ratharryn, no se iba a celebrar ninguna ceremonia en honor al forastero. Era un extranjero. Nadie bailarían ni cantarían por él, pues sus ancestros no eran los de Ratharryn.

A pesar de su tremenda fuerza, a Galeth no le fue fácil extraer las flechas, ya que la carne fría del desconocido se había endurecido en torno a los astiles de madera, pero al cabo los astiles salieron, aunque sus puntas de sílex, tal como era de esperar, quedaron dentro del cadáver. Ninguna tribu fijaba la punta de las flechas con excesiva firmeza, para que el animal o el enemigo no pudieran sacarse el sílex afilado que, en lugar de eso, se quedaba dentro de la herida y la infectaba. Galeth lanzó lejos de sí los tres astiles y despojó al cadáver de sus vestiduras, dejándole solo el trozo de piedra plana que llevaba atado a la muñeca. Neel temía que esa piedra, pulida con esmero, fuera un amuleto mágico con poder para infectar Ratharryn con el espíritu tenebroso de las pesadillas de los extranjeros, y aunque Galeth insistió en que solo servía para proteger la muñeca del roce de la cuerda del arco, el joven sacerdote no las tenía todas consigo. Se tocó la ingle para aventar el mal y luego escupió sobre la piedra. «Enterradla».

Los hombres de Galeth utilizaron picos de cornamenta y paletillas de buey para dar más profundidad al foso practicado junto a la entrada del templo encarada al Sol, y luego Galeth arrastró el cadáver desnudo por entre los avellanos y lo lanzó al hoyo de escasa profundidad. Hicieron pedazos las flechas restantes del forastero y las arrojaron junto a él, y acto seguido cubrieron el cadáver con tierra ayudándose de los pies y hollaron la tumba hasta dejarla plana. Neel orinó sobre la sepultura, masculló una maldición contra el espíritu del muerto y volvió a entrar al templo.

—¿No hemos acabado? —preguntó Galeth.

El joven sacerdote alzó una mano para exigir silencio. Avanzaba con sigilo entre los avellanos, con las rodillas flexionadas, deteniéndose cada pocos pasos como si fuera al acecho de una bestia de grandes proporciones. Galeth le dejó ir, convencido de que Neel se estaba asegurando de que el espíritu del forastero no seguía en el templo, pero entonces oyó pasos apresurados, un gañido y un alarido lastimero que venían de entre los avellanos, y Galeth se precipitó hacia el centro del santuario para encontrarse con que Neel sujetaba por la oreja a una criatura que no dejaba de debatirse. El cautivo del sacerdote era un sucio jovencillo con una mata de cabello moreno y revuelto cayéndole sobre un rostro tan mugriento que igual podría haber pertenecido a una bestia como a un ser humano. El chico, que estaba en los huesos, propinaba patadas en las piernas a Neel y gruñía como un cochinito mientras el sacerdote lo zarandeaba con furia para intentar hacerle callar.

—Suéltalo —le ordenó Galeth.

—Hirac quiere que se lo lleve —dijo Neel, que por fin acertó a atizar un rotundo mamporro en plena cara al joven—. Y quiero saber por qué estaba aquí escondido. He descubierto a esta bestezuela asquerosa por el olor. —Escupió sobre el chico y luego le dio otro tortazo—. Ya sabía yo que alguien había estado metiendo las narices por aquí —continuó Neel en tono triunfante, al tiempo que con la mano desocupada señalaba el espacio minuciosamente escardado donde estaba el cráneo de buey—, y resulta que es este apestoso granujilla.

La última palabra se tornó un grito agónico en el mismo momento que el sacerdote soltó repentinamente la oreja del chaval y se dobló de dolor. Galeth vio que el chico había metido la mano por debajo de la túnica orlada de huesos de Neel para retorcerle la entrepierna, y luego, como una cría de zorro que se hubiera visto de pronto libre de las fauces de un mastín, se había puesto a cuatro patas para huir a la carrera hacia los avellanos.

—¡Cogedle! —gritó Neel. Se había llevado las manos a la entrepierna y se mecía adelante y atrás para mitigar el punzante dolor.

—Dejadle en paz —le contravino Galeth.

—¡Hirac quiere que se lo llevemos! —insistió Neel.

—Entonces que venga Hirac a cogerlo —respondió furioso Galeth—. Y vete, ¡vete! —Apartó al maltrecho sacerdote del centro despejado del templo y se acuclilló junto a los avellanos por donde la extraña criatura había desaparecido—. ¿Camaban?

—musitó Galeth en dirección a las hojas—. ¿Camaban? —No hubo respuesta—. No voy a hacerte daño.

—T-t-todo el mundo me hace daño —respondió Camaban desde lo más profundo de los arbustos.

—Yo no —le aseguró Galeth—, ya sabes que yo no. —Se produjo una pausa y poco después Camaban salió azogado de entre la espesura de avellanos. Tenía el rostro alargado y enjuto, una mandíbula prominente y grandes ojos verdes que revelaban fatiga—. Ven a hablar conmigo —le animó Galeth, retirándose hacia el centro del claro—. No voy a hacerte daño. Nunca te lo hago.

Camaban avanzó a cuatro patas. Era capaz de levantarse, incluso podía correr, pero sus andares eran grotescamente asimétricos debido al pie zopo con que había nacido, razón por la que se le había dado el nombre de Camaban, que significaba Niño Tullido, aunque la mayoría de los niños de la tribu le llamaban cerdo o cosas peores. Era el segundó hijo de Hengall, pero este lo había repudiado y desterrado fuera de los muros de Ratharryn, abocándole a buscarse la vida entre las gentes que vivían allende el gran terraplén. Camaban tenía diez años cuando fue expulsado, de eso hacía ya cuatro veranos, y muchos se asombraban de que Camaban hubiera sobrevivido al destierro. La mayoría de los tullidos morían muy jóvenes o eran escogidos para ser sacrificados a los dioses, pero Camaban seguía con vida. A estas alturas, si no hubiera sido un tullido proscrito, se habría sometido a las pruebas de iniciación a la edad viril, pero la tribu no estaba dispuesta a aceptarlo como hombre, de modo que seguía siendo un niño, el niño tullido.

Hengall habría preferido acabar con Camaban en cuanto nació porque un hijo tullido era un presagio desastroso, peor que una hija, pero el chico había nacido con la marca roja en el vientre y la marca tenía forma de luna creciente, indujo a Hirc a declarar que el niño llevaba la señal de Lahanna. Aún cabía la posibilidad de que el niño caminara, había dicho el sumo sacerdote, así que le concedieron más tiempo. La madre de Camaban también había suplicado que no lo mataran. Por aquel entonces era la esposa más antigua de Hengall y llevaba tanto tiempo yerma que se creía que nunca procrearía. Había rezado a Lahanna, como todas las mujeres sin descendencia, e ido en peregrinación a Cathallo, donde Sannas, la hechicera, le había dado a comer unas hierbas y la había hecho yacer toda una noche envuelta en el pellejo sanguinolento de un lobo recién cazado. Camaban llegó nueve lunas después, pero nació tullido. Su madre rogó por su vida, pero fue la señal de la Luna en el vientre de Camaban lo que convenció a Hengall de perdonar al chico. La madre de Camaban no había vuelto a tener hijos, pero había criado con adoración a su hijo lobo. Al morir su progenitora, Camaban había aullado como un cachorro huérfano. Hengall golpeó a su hijo hasta hacerle callar, y luego, asqueado, ordenó que arrojaran al tullido fuera de los muros de Ratharryn.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Galeth al chico—. Sé que puedes hablar —dijo tras esperar una respuesta—, acabas de hablar hace un momento. ¿Tienes hambre?

—Siempre tengo hambre —respondió Camaban, mirando con recelo desde detrás de la maraña de pelo revuelto.

—Haré que Lidda te traiga comida —dijo Galeth—. ¿Dónde quieres que la deje?

—J-j-junto al río —respondió Camaban—, donde murió el hijo de Hirac. —Todo el mundo conocía el aciago lugar, río abajo del asentamiento. Allí se había ahogado el hijo del sacerdote y crecía entre los alisos y los sauces un endrino que, según afirmaba Hirac, era el espíritu de su hijo.

—¿No prefieres aquí? —se aseguró Galeth.

—Esto es secreto —replicó Camaban con furia, y luego señaló hacia el cielo—. Mira —dijo emocionado. Galeth alzó la vista y no vio nada—. El p-p-poste —tartamudeó Camaban—. El p-p-poste.

Galeth volvió a mirar.

—¿El poste? —preguntó, y entonces recordó que en el Pabellón Funerario del Viejo Templo quedaba un poste. Había sido un punto de referencia familiar que se alzaba ladeado entre la espesura de avellanos, pero ahora estaba partido. La mitad inferior seguía clavada en la tierra, pero la superior yacía chamuscada y hecha astillas entre la maleza—. Lo alcanzó un rayo —explicó Galeth.

—Slaol —dijo Camaban.

—Slaol, no —le aclaró Galeth—. Rannos. —Rannos era el dios del rayo.

—¡Slaol! —insistió Camaban con furia—. ¡Slaol!

—De acuerdo, Slaol —cedió Galeth de buen talante. Bajó la vista hacia el chico de cabello revuelto, que tenía el rostro crispado de ira—. ¿Y qué sabes tú de Slaol?

—M-m-me habla —aseguró Camaban.

Galeth se tocó la ingle para evitar el enojo del dios.

—¿Te habla?

—A veces durante toda la noche —explicó Camaban—. Y estaba furioso porque L-L-Lengar regresó y se llevó el tesoro. Ese tesoro es de Slaol, ¿entiendes? Esto último me lo dijo muy en serio.

—¿Cómo sabes que Lengar se llevó el tesoro? —indagó Galeth.

—P-p-porque le vi. Estaba aquí. In-t-t-tentó matar a Saban y no me vio. Estaba aquí. —Camaban dio media vuelta para volver a internarse entre los avellanos. Galeth le siguió, arrastrándose por un pasadizo hollado entre la maleza hasta donde Camaban había entrelazado unas cuantas ramas flexibles en una suerte de choza—. Vivo aquí —aseguró Camaban, lanzando una mirada desafiante a su tío—. Soy el g-g-guardián del templo.

Galeth se vio tentado de proferir una exclamación de lástima ante el patético alarde del niño. El lecho de Camaban era un montón de helechos empapados junto al que yacían sus escasas pertenencias: un cráneo de zorro, un cuenco roto y un ala de cuervo. Su única vestimenta era una piel de oveja podrida que apestaba como el foso de un curtidor.

—Así que nadie sabe que vives aquí, ¿eh? —preguntó Galeth.

—Solo tú —le respondió el chico en confianza—. No se lo he dicho ni siquiera a S-S-Saban. A veces me trae comida, p-p-pero le hago llevármela al río.

—¿Saban te trae comida? —le preguntó Galeth, gratamente sorprendido—. ¿Y dices que Slaol te habla aquí?

—Todos los d-d-días —farfulló Camaban.

A Galeth le hizo sonreír el disparate, pero Camaban no lo vio, porque se había vuelto para adentrarse más entre las hojas hasta un escondite del que sacó un arco corto. Era un arco de los extranjeros, el arco del forastero con la envoltura de fibras de ligamento que rodeaba las tiras de madera y cuerna.

—L-L-Lengar lo uso anoche —le dijo Camaban—. El hom-m-m-bre estaba m-m-muriendo de todos modos. —Hizo una pausa, con expresión preocupada—. ¿Para qué me q-q-quiére Hirc? —preguntó.

Galeth vaciló. No quería decir que iban a sacrificar a Camaban, aunque no podía haber ninguna otra razón para el encargo de Hirc.

—Quiere m-m-matarme —dijo Camaban con calma—, ¿verdad?

Galeth asintió a regañadientes. Le habría gustado decirle a su sobrino desterrado que huyera, que fuera hacia el oeste o el sur, bosque adentro, pero ¿de qué habría servido semejante consejo? El chico moriría de todos modos, atrapado por alguna bestia o capturado por los tratantes de esclavos. Saldría mejor parado si se le entregaba a Lahanna.

—Irás con la diosa, Camaban —le animó Galeth—, te convertirás en estrella y nos contemplarás desde las alturas.

—¿Cuándo? —preguntó Camaban, aparentemente impasible a la promesa de su tío.

—Mañana, me parece.

El chico lanzó a Galeth una sonrisa maliciosa.

—Le p-p-puedes decir a Hirc que mañana por la mañana estaré en Ratharryn. — Se volvió para depositar el precioso arco en su escondite, donde también había algunos otros objetos: el carcaj vacío del forastero, una piel de serpiente, los huesos de un niño asesinado, otros huesos con pequeñas muescas en los costados y, ante todo y sobre todo, dos pequeños rombos de oro que había recogido Camaban mientras Lengar iba en pos de Saban. Cogió los rombos y los sujetó con fuerza en el puño, pero no se los enseñó a Galeth—. Crees que soy un necio, ¿verdad?

—No —aseguró Galeth.

—P-p-pues lo soy —afirmó Camaban. Era un necio al servicio de Slaol y tenía sueños.

Sin embargo, nadie se daba cuenta debido a su tullidez. Así que iban a matarlo.

* * *

A la mañana siguiente, Neel hizo que dos hombres cavasen una tumba no muy profunda en el templo de Lahanna, junto al anillo de postes exterior. Era, según coincidieron todos, un día propicio para el sacrificio, ya que las nubes que habían traído la tormenta se estaban disipando a toda prisa y Lahanna mostraba su pálido rostro en el cielo de Slaol.

Aparecieron algunos nubarrones más oscuros mientras la muchedumbre se arracimaba en torno los cinco anillos del templo y hubo quien temió que Hirc demorase el sacrificio, pero no debían preocuparle mucho las nubes, pues al cabo salieron las bailarinas de la cabaña del sumo sacerdote. Las bailarinas eran mujeres que llevaban frondosas ramas de fresno con las que barrían la tierra, al tiempo que hacían cabriolas unos pasos por delante de los siete sacerdotes cuyos cuerpos desnudos habían sido blanqueados con un fango hecho a base de creta por el que serpenteaban dibujos trazados con los dedos. Hirc llevaba una cornamenta atada a la cabeza con cinchas de cuero y sus cuernos se mecían peligrosamente al bailar detrás de las mujeres. Llevaba un círculo de huesos en torno a la cintura y algunos más colgados del cabello enlodado, así como un brillante talismán de ámbar al cuello. Neel, el sacerdote más joven, tocaba una flauta elaborada con el hueso de la pata de un cisne y sus notas se deslizaban en furiosa sucesión a medida que bailaba. Gilan, el más viejo después de Hirc, llevaba a Camaban de la mano. Al chico le habían permitido la entrada en Ratharryn para ese único día, y una vez dentro de los confines del terraplén las mujeres le habían entrelazado flores en el cabello moreno tras desenredárselo con peines de hueso de modo que ahora le caía recto hasta la delgada cintura. Él también estaba desnudo, y su piel lavada tenía un aspecto inusualmente limpio. Sobre su vientre plano se veía la señal de Lahanna. Al igual que los otros dos hijos de Hengall, era alto, aunque cada vez que pisaba con el pie izquierdo todo su cuerpo se hundía con un grotesco amago de giro. Hengall y los mayores de la tribu iban detrás de los sacerdotes.

Cuatro hombres empezaron a tañer tambores de madera conforme la procesión se acercaba, y la tribu empezó a danzar en derredor del templo. Al principio solo se mecían de un lado a otro, pero, a medida que los tambores incrementaron la velocidad de su tañido, empezaron a desplazarse siguiendo la dirección del Sol en torno al círculo. Solo se detuvieron para franquear el paso a los sacerdotes y los mayores y, una vez hubo pasado entre ellos la procesión, el círculo de figuras danzantes se volvió a cerrar.

Únicamente a los sacerdotes y a la víctima se les permitía pasar a través de la oquedad en el pequeño terraplén que rodeaba el templo. Hirc entró el primero y se dirigió hacia la tumba recién abierta, donde aulló a la Luna desleída para llamar la atención de la diosa. Mientras, Gilan llevaba a Camaban hacia el otro lado del círculo los demás sacerdotes hacían cabriolas en torno a los anillos del templo. Uno de ellos mantenía bien alto el estandarte de la tribu, coronado por un cráneo, para que los ancestros alcanzaran a ver lo importante que era el acontecimiento que se estaba

celebrando ese día en Ratharryn, y otro blandía el impresionante fémur de un uro. Un extremo del hueso era una masa nudosa y retorcida pintada de un color ocre rojizo: Era la maza para el sacrificio de niños de la tribu, y los pequeños que estaban presentes y bailaban con sus padres al son de los tambores, la miraban con recelo.

Hengall se detuvo a la entrada del templo. Era el único que no bailaba. A sus pies yacían ofrendas a la diosa: una maza de piedra, un lingote de bronce y un jarrón de los extranjeros decorado con líneas grabadas en la arcilla con cordeles. Los sacerdotes, que no trabajaban los campos ni criaban aves ni reses, se quedarían con estas ofrendas y las cambiarían por comida.

La tribu bailó hasta que se les cansaron las piernas, hasta que casi habían entrado en un trance inducido por los tambores y sus propios cánticos. Gritaban el nombre de Lahanna mientras las barrenderas, que habían ahuyentado cualquier espíritu que se pudiera entrometer en la ceremonia, dejaban caer sus ramas de fresno y entonaban la repetitiva canción que invocaba a la diosa de la Luna. «Míranos —cantaban—, mira lo que te traemos, míranos», y sus voces reflejaban alegría, pues sabían que la ofrenda agradaría a la diosa.

Hirac danzaba con los ojos cerrados. El sudor abría grietas en los dibujos de creta sobre su piel y hubo quien temió que, en pleno éxtasis, se precipitara en la tumba recién excavada, pero de pronto se paró en seco, abrió los ojos y volvió a aullar a la Luna, que todavía brillaba con luz trémula entre las nubes.

Un profundo silencio se cernió sobre el templo. Los bailarines moderaron su danza y luego se detuvieron, la canción quedó acallada, quienes tañían los tambores dieron descanso a sus dedos y Neel dejó que la flauta de hueso de cisne quedara en silencio.

Hirac volvió a aullar y luego cogió la maza para el sacrificio de niños. El sacerdote con el estandarte del cráneo se puso detrás del sumo sacerdote para que los ancestros vieran todo lo que ocurría.

Gilan instó a Camaban a que se adelantara. Nadie esperaba que el chico fuera de buen grado, pero, para sorpresa suya, el joven desnudo renqueó sin vacilar hacia la tumba y un murmullo de aprobación se propagó por toda la tribu. Era mejor cuando el sacrificio se hacía de buena gana, aunque semejante disposición no se debiera más que a la estupidez.

Camaban se detuvo junto a su tumba, exactamente donde debía hacerlo, e Hirac forzó una sonrisa para mitigar los miedos que pudiera albergar el chico. Camaban pestañeó en dirección al sacerdote, pero no dijo ni palabra. No había abierto la boca en todo el día, ni siquiera cuando las mujeres le habían hecho daño al tirar de los nudos de su cabello con los peines de largas púas. Sonreía.

—¿Quién habla en nombre del chico? —exigió saber Hirac.

—Yo —rezongó Hengall desde la entrada del templo.

—¿Cómo se llama?

—Camaban.

Furioso al ver que no se seguía el ritual, Hirc hizo un alto.

—¿Cómo se llama? —repitió, esta vez en voz más alta.

—Camaban —repitió Hengall, y después, tras una pausa, añadió—: hijo de Hengall, hijo de Lock.

Una nube cubrió el Sol y proyectó una sombra sobre el templo. Algunos miembros de la tribu se tocaron la ingle para ahuyentar la mala suerte, pero otros observaron que Lahanna aún seguía en el cielo.

—¿Quién tiene en su poder la vida de Camaban, hijo de Hengall, hijo de Lock? —preguntó Hirc.

—Yo —respondió Hengall, y abrió una bolsa de cuero que llevaba al cinto y sacó de ella una bolita de creta. Se la entregó a Neel, que, a su vez, se la dio a Hirc.

La bolita, no mayor que un ojo, era la prenda labrada en el momento del nacimiento de un niño, que se destruía cuando este llegaba a adulto; hasta ese momento, estaba en posesión del espíritu del chico. Si el niño moría, se desmenuzaba la piedra hasta hacerla polvo, y después se mezclaba el polvo con agua o leche para beberlo de modo que el espíritu pasara a otro cuerpo. Si el niño desaparecía, arrebatado por los espíritus o por una expedición de extranjeros en busca de esclavos, se enterraba la bolita junto a uno de los postes del templo para que los dioses protegieran al niño perdido.

Hirc cogió la bola, se la frotó contra la ingle y la alzó en dirección a la Luna.

—¡Lahanna! —vociferó—. Te atraemos una ofrenda. Te entregamos a Camaban, hijo de Hengall, hijo de Lock.

Lanzó la bola sobre la hierba, más allá de la tumba. Camaban volvió a sonreír, y durante un instante dio la impresión de que iba a dar un salto hacia delante para recogerla, pero Gilan le susurró que permaneciera quieto y el chico obedeció.

Hirc avanzó hacia la tumba.

—Camaban —vociferó—, hijo de Hengall, hijo de Lock, te ofrezco a Lahanna. Tu carne será la suya, tu sangre será la suya y tu espíritu el de ella. Camaban, hijo de Hengall, hijo de Lock, te destierro de la tribu para que vayas a hacer compañía a la diosa. ¡Te destruyo! —Y con esas palabras alzó la maza para el sacrificio de niños sobre su cabeza.

—¡No! —imploró una voz atemorizada, y el asombro hizo que toda la tribu se volviera para ver que quien había hablado era Saban. El propio joven parecía pasmado, pues se llevó una mano a la boca, pero su angustia resultaba evidente. Camaban era su hermanastro—. No —susurró con la mano delante de los labios—, no, por favor.

Hengall frunció el ceño, pero Galeth le puso a Saban la mano en el hombro a modo de consuelo.

—No hay otro remedio —musitó Galeth al joven.

—Es mi hermano —protestó Saban.

—No hay otro remedio —insistió Galeth.

—¡Silencio! —bufó Hengall, y Lengar, que había estado taciturno desde que fuera humillado la mañana anterior, sonrió al ver que su hermano menor también estaba indispuerto con su padre.

—Camaban —gritó Hirc—, hijo de Hengall, hijo de Lock, te entrego a Lahanna. —Molesto por la interrupción de Saban, propinó un buen golpe con el garrote de hueso a la bola de creta para aplastarla y hacerla pedazos. Machacó los fragmentos hasta convertirlos en polvo y el gentío presente profirió un murmullo al ver que el espíritu de Camaban quedaba así anulado.

Mientras que Lengar esbozó una sonrisa, el rostro de Hengall no demostró emoción alguna. Galeth se encogió de miedo y Saban rompió a llorar, pero no había nada que hacer. El asunto era entre los dioses y los sacerdotes.

—¿Cuál es el nombre del chico? —exigió saber Hirc.

—No tiene nombre —respondió Gilan.

—¿Quién es su padre? —preguntó Hirc.

—No tiene padre —dijo Gilan.

—¿Cuál es su tribu?

—No tiene tribu —salmodió Gilan—. No existe.

Hirc miró a Camaban a sus ojos verdes y no vio un chico, pues el chico ya estaba muerto, el espíritu de su vida hecho pedazos y aplastado hasta convertirse en polvo blanco.

—Arrodíllate —le ordenó.

El joven, obediente, se hincó de rodillas. A algunos miembros de la tribu les parecía extraño que un chico tan alto se le fuera a arrebatar la vida con el hueso de uro, pero, aparte de Saban, pocos habitantes de Ratharryn lamentaban la muerte de Camaban. Los tullidos traían mala suerte, de modo que más valía librarse de ellos. Con ese fin, Hirc alzó la maza bien alto por encima de su cabeza, levantó la vista hacia Lahanna y luego la bajó hacia Camaban. El sumo sacerdote tensó el cuerpo para asestar el golpe mortal, pero, no llegó a darlo. Estaba inmóvil y un repentino terror se reflejaba en su rostro, terror que se agravó al abrirse en ese momento una hendidura en las nubes que cubrían a Slaol y caer un rayo de sol en el interior del templo. Un cuervo se posó en uno de los postes más altos y lanzó un fuerte graznido.

A Hirc le temblaba entre las manos la maza, pero no se atrevía a bajarla.

—Mátalo —susurró Gilan—, mátalo. —Sin embargo, Gilan estaba detrás de Camaban y no alcanzaba a ver lo que Hirc tenía ante sus ojos. Hirc miraba de hito en hito a Camaban, que había sacado la lengua. Mostraba encima de la lengua dos fragmentos de oro: el oro de los extranjeros, el oro de Slaol.

El cuervo volvió a graznar e Hirc levantó la vista hacia el pájaro preguntándose qué presagiaba su presencia.

Camaban volvió a esconder los dos trozos de oro en la mejilla, se humedeció un dedo y lo untó en la creta pulverizada de su alma.

—Slaol se pondrá furioso si me matas —le dijo a Hirc sin tartamudear, y acto

seguido lamió la creta del dedo. Siguió recogiendo polvillo para recomponer su espíritu hecho pedazos y comérselo.

—¡Mátalo! —gritó Neel.

—¡Mátalo! —Le hizo eco Hengall.

—¡Mátalo! —le instó Lengar.

—¡Mátalo! —bramó la muchedumbre.

Sin embargo, Hirac no se movió. Camaban engulló más creta y después levantó la vista hacia el sacerdote.

—Slaol te ordena que me perdones —dijo con una calma pasmosa y sin asomo de tartamudeo.

Hirac retrocedió hasta casi precipitarse en la tumba y dejó caer la maza.

—La diosa —anunció con voz ronca—, ha rechazado el sacrificio.

El gentío prorrumpió en una algarabía de protesta. Saban reía con los ojos arrasados en lágrimas.

Y el niño tullido quedó libre.



CAPÍTULO 3

C undió el miedo en Ratharryn tras el sacrificio frustrado, pues pocos presagios había peores que el que un dios rechazara una ofrenda. Hirc no quiso explicar por qué se había negado a matar al chico, únicamente que se le había enviado una señal, y luego se fue a su choza donde sus esposas aseguraron que estaba aquejado de fiebre. Dos noches después esas mismas esposas se lamentaban a gritos en la oscuridad porque el sumo sacerdote había muerto. Culpaban a Camaban, asegurando que el tullido había maldecido a Hirc, pero Gilan, que ahora era el sacerdote de más edad de Ratharryn, afirmó que había sido una imprudencia intentar acabar con la vida de un niño marcado con la señal de Lahanna. Hirc solo podía culparse a sí mismo, aseguró Gilan, por haber interpretado de un modo lamentable el mensaje de los dioses. El oro había ido al Viejo Templo y sin duda ello constituía una señal de que Slaol quería que se rehiciese el santuario. Hengall prestó oídos a Gilan, que era un hombre alegre y eficiente pero del que la gente recelaba debido a la admiración que profesaba a Cathallo.

—En Cathallo —urgió Gilan a Hengall—, tienen un gran templo para todos los dioses y les ha dado buen resultado. Deberíamos imitarles.

—Los templos cuestan un gran tesoro —contestó Hengall en tono melancólico.

—Si no haces caso de los dioses —replicó Gilan—, ¿de qué te van a servir todo ese oro, bronce y ámbar?

Gilan codiciaba el puesto de sumo sacerdote, pero no bastaba con la edad para acceder a semejante honor. Hacía falta una señal de los dioses y los sacerdotes la buscaron antes de disponerse todos juntos a elegir uno de entre los suyos para suceder a Hirc. Sin embargo, todos los indicios parecían negativos, ya que en los días posteriores al sacrificio frustrado los guerreros de Cathallo se mostraron más osados de lo habitual en sus incursiones por el territorio de Ratharryn. Un día tras otro Hengall recibía noticias de reses y cerdos robados, y Lengar era partidario de que se hiciera sonar el tambor de guerra y se enviara una partida de lanceros al norte para interceptar a los incursores, pero Hengall seguía mostrándose reacio a entrar en guerra. En vez de enviar lanceros mandó a Gilan a hablar con los soberanos de

Cathallo, aunque todo el mundo sabía que eso significaba hablar con Sannas, la aterradora hechicera. Tal vez Cathallo tuviera un jefe, quizá contase con grandes líderes guerreros, pero quien estaba al mando era Sannas, y muchos miembros de la tribu de Hengall temían que hubiera lanzado una maldición contra Ratharryn. ¿Por qué, si no, había salido mal el sacrificio?

Los presagios empeoraron. Se ahogó un niño en el río, una nutria destrozó una docena de trampas de pesca, se vio una víbora en el templo de Arryn y Mai y la nueva esposa de Hengall perdió la criatura que esperaba. Grises cortinas de lluvia barrían la tierra desde el oeste. Gilan regresó de Cathallo, habló con Hengall y después regresó camino del norte; la tribu se preguntó qué noticias habría traído y cuál sería la respuesta que Hengall le había hecho llevar a Cathallo, pero el jefe no soltó prenda y las gentes de Ratharryn continuaron con su trabajo. Tenían que elaborar vasijas, extraer sílex, curtir pieles, llevar a pastar los cerdos, ordeñar las vacas, recoger agua, reparar edificaciones, trenzar avíos de pesca de sauce y hacer embarcaciones a partir de los árboles de los extensos bosques. Llegó una expedición de mercaderes desde la costa sur con bueyes cargados de marisco, sal y hachas de piedra pulida, y Hengall les cobró su tributo antes de dejarles continuar hacia el norte camino de Cathallo. Hengall enterró una de las hachas en el templo de Slaol y otra en el de Lahanna, pero los regalos no surtieron ningún efecto, pues al día siguiente los lobos entraron en los pastos de las tierras altas y se llevaron un ternero, tres ovejas y una docena de cerdos.

Lengar era el único al que al parecer no afectaban los terribles presagios. Había sufrido la humillación de entregar el oro a su padre, pero recuperó su reputación gracias a su destreza como cazador. Día tras día él y sus compañeros traían reses muertas, colmillos y pieles. Lengar colgaba los colmillos a ambos lados de su puerta como prueba de que los dioses le sonreían. Hengall, sirviéndose de los últimos despojos de autoridad que le quedaban, había prohibido terminantemente a Lengar que se acercara a los bosques del norte, con objeto de evitar cualquier confrontación con los lanceros de Cathallo; pero, un día, Lengar se cruzó con unos extranjeros en las tierras del sur y trajo seis cabezas de enemigos que colocó sobre unos postes en la cresta del terraplén. Los cuervos se dieron un banquete con las cabezas tatuadas de gris y, al ver los trofeos en su horizonte, cada vez había más miembros de la tribu convencidos de que los dioses favorecían a Lengar y de que Hengall estaba condenado al perdición.

Sin embargo, fue entonces cuando llegaron los emisarios extranjeros. Aparecieron en el momento en que Hengall administraba justicia, acto que se realizaba cada luna nueva cuando el jefe, el sumo sacerdote y los ancianos de la tribu se reunían en el templo de Arryn y Mai y prestaban oídos a los pleitos originados por el latrocinio, las amenazas, el asesinato, la infidelidad y las promesas incumplidas. Podían condenar a muerte a un hombre, aunque no era habitual, ya que preferían condenar al culpable a trabajar para la parte ofendida. Esa mañana Hengall escuchaba con el ceño fruncido

una queja acerca del desplazamiento de la señalización de los límites de un campo. La disputa era acalorada, pero quedó interrumpida cuando Jegar, el amigo de Lengar, anunció que desde el oeste se acercaban jinetes extranjeros.

Los forasteros hicieron sonar un cuerno de carnero para proclamar que viajaban en son de paz, y Hengall ordenó a Lengar que salieran a recibir a los desconocidos con un grupo de guerreros pero no les permitiera acercarse a Ratharryn más allá del templo de Slaol. Hengall necesitaba tiempo para consultar con los sacerdotes y los ancianos, y los sacerdotes querían lucir sus galas. Hacía falta preparar comida, pues, aunque a los extranjeros se les consideraba enemigos, esos visitantes venían en son de paz y por tanto había que alimentarlos.

Los sacerdotes más jóvenes dispusieron un lugar de encuentro en la ribera del río, a las afueras del asentamiento. Plantaron el estandarte con la calavera en el césped y vertieron agua para marcar un círculo dentro del que se pudieran sentar los visitantes. Fuera de ese círculo colocaron cráneos de buey, hachas de creta y ramas de acebo para poner barrera a la malevolencia que hubieran podido traer consigo los extranjeros. Las gentes de Ratharryn se reunieron con gran animación en torno al círculo, pues nadie recordaba un acontecimiento semejante. Los mercaderes extranjeros constituían visitas habituales, y había gran cantidad de esclavos forasteros en el asentamiento, pero nunca habían llegado emisarios extranjeros cuya llegada prometiera erigirse en una historia que contar una y otra vez en las largas noches.

Hengall estaba por fin preparado. Se encargó a los mejores guerreros de la tribu que escoltaran a los forasteros hasta el lugar de encuentro mientras Gilan, que acababa de regresar de su reciente misión en Cathallo, urdía encantamientos para evitar que la magia de los extranjeros provocara mal alguno. Los forasteros tenían su propio hechicero, un cojo que llevaba el pelo endurecido con arcilla roja; lanzó un aullido a Gilan y este aulló en respuesta, y luego el cojo se puso una costilla de ciervo entre las piernas, la mantuvo allí un instante y la lanzó lejos de sí para dar a entender que renunciaba a sus poderes.

El hechicero cojo se tumbó en el lugar de encuentro y a partir de ese momento no hizo otra cosa que mirar fijamente el cielo, mientras los ocho extranjeros restantes se acuclillaban en una hilera de cara a Hengall y los ancianos de la tribu. Los forasteros habían traído su propio intérprete, un mercader conocido y temido por muchos de los moradores de Ratharryn. Se llamaba Haragg y era un gigante; un hombre enorme con un rostro brutal que viajaba con su hijo sordomudo, más alto y amedrentador incluso. El hijo no había venido con la embajada, y Haragg, que por lo general llegaba a Ratharryn con afiladas hachas de piedra y sólidas hojas de bronce, no había traído sino palabras, aunque sus compañeros llevaban pesados macutos de cuero que los súbditos de Hengall observaban con expectación.

El Sol estaba en su cénit cuando empezaron las conversaciones. En primer lugar, los extranjeros anunciaron que venían de Sarmennyn, un lugar tan al oeste como se podía llegar antes de toparse con el pavoroso mar y una región, dijeron, de dura

piedra, altas colinas y tierra fina. Sarmennyn, continuaron, estaba muy muy lejos, lo que suponía que habían recorrido una larga distancia para hablar con el gran Hengall, jefe de Ratharryn. Sin embargo, estos halagos pasaron desapercibidos a Hengall, causando apenas el mismo efecto que el rocío al caer sobre un poste del templo. A pesar de la calidez del día, el jefe se había puesto sobre los hombros la piel de oso negro y portaba la voluminosa maza de piedra.

El líder de los extranjeros, un hombre alto y desvaído, tuerto y con el rostro lleno de cicatrices, explicó que uno de los suyos, un joven imprudente, había robado unos insignificantes tesoros propiedad de la tribu. El ladrón había huido. Había llegado a oídos de los forasteros que se había desplazado hasta las tierras de Hengall y allí había muerto, cosa que tenía bien merecida. A pesar de lo baladí de los tesoros, los extranjeros querían recuperarlos y estaban dispuestos a pagar bien por ellos.

Hengall escuchó la larga traducción de Haragg y después objetó que a su llegada estaba durmiendo y no entendía por qué le habían despertado si lo único que querían era intercambiar fruslerías. Aun así, continuó en tono de concesión, ya que los forasteros habían perturbado su sueño, y teniendo en cuenta que se estaban mostrando respetuosos, estaba dispuesto a malgastar un rato en ver qué ofrendas habían traído. Hengall no confiaba en Haragg para hacer las veces de intérprete, de modo que eligió para encargarse de la traducción a Valan, un extranjero capturado como esclavo unos cuantos años atrás. Valan llevaba al servicio de Hengall mucho tiempo y ahora era más amigo que esclavo del jefe, e incluso se le permitía tener choza, ganado y esposa propios.

El tuerto se disculpó por haber despertado al gran Hengall y dijo que se habría dado por satisfecho realizando la transacción con uno de los súbditos de Hengall, pero, puesto que el jefe había tenido la deferencia de prestar oídos a su ruego, quizá tuviera también la amabilidad de confirmar que los tesoros desaparecidos estaban en su poder.

—Por lo general nos deshacemos de las fruslerías —se jactó Hengall—, pero es posible que los hayamos guardado. —Señaló con un gesto en dirección al terraplén donde un grupo de niños, aburridos de la charla, jugueteaban entre la hierba que crecía justo debajo de las cabezas de forasteros que había traído Lengar. Aunque estas cabezas no pertenecían a extranjeros de Sarmennyn, sino de otras tribus extranjeras que moraban más cerca de Ratharryn, su presencia seguía resultando incómoda a los forasteros—. A los niños les gustan las cosas brillantes —dijo Hengall, asintiendo en dirección a las testas empaladas—, de modo que tal vez hayamos guardado vuestros tesoros para divertir a los pequeños. Pero decís que habéis traído otras cosas para realizar un trueque, ¿no es así?

Los forasteros dejaron sus ofrendas sobre la hierba. Había delicados pellejos de nutria y pieles de foca, un cesto de marisco, tres lingotes de bronce, una barra de cobre, unos curiosos dientes afilados que según ellos provenían de monstruos oceánicos, un trozo de un brillante caparazón de tortuga y, lo mejor de todo, unos

pedazos de ámbar tan poco comunes como el oro. Hengall debió de notar que los macutos seguían medio llenos, porque estiró los brazos, volvió a bostezar, se tiró de los nudos de la barba y al cabo dijo que, ya que estaba despierto, iba a consultar con la diosa Mai la posibilidad de pescar algún pez en su río.

—Ayer vimos un lucio de buen tamaño, ¿verdad? —le comentó a Galeth.

—Un lucio bien grande.

—Me gusta comer lucio —aseguró.

Los forasteros añadieron con impaciencia más lingotes de bronce y las gentes de Ratharryn proclamaron con un murmullo su asombro ante la valía de los regalos. Y, sin embargo, continuaron apareciendo ofrendas: unas agujas de hueso con finos grabados, una docena de peines de hueso, un puñado de anzuelos, tres exquisitos cuchillos de bronce y, por último, un hacha de piedra con una hoja maravillosamente pulida que tenía un tinte azulado y estaba salpicada de minúsculas motas destellantes. A Hengall le habría encantado echar mano al hacha, pero hizo un esfuerzo por mostrarse poco impresionado, al tiempo que se preguntaba en voz alta por qué se habían molestado los extranjeros en llevar ofrendas tan míseras a tanta distancia de su región.

El líder de los forasteros añadió un último tesoro: una barra de oro. La barra tenía el tamaño de un punta de lanza y era lo bastante pesada como para tener que sujetarla con ambas manos. El gentío presente lanzó un grito de asombro. El brillante trozo contenía por sí solo más oro que todos los rombos. Era bien sabido que los forasteros no se mostraban generosos con su oro, y, sin embargo, ahora ofrecían una buena parte del mismo, lo que fue un error, ya que contradecía su afirmación de que los tesoros desaparecidos eran meras fruslerías. Hengall, que seguía fingiendo indiferencia, presionó a los forasteros hasta que, a regañadientes, confesaron que los tesoros desaparecidos no eran triviales en absoluto, sino objetos sagrados que ataviaban a la prometida del Sol todos los años. Los tesoros, admitió Haragg con rostro ceñudo, habían sido regalos de su dios del mar al mismísimo Erek y las gentes de Sarmennyn temían que su pérdida les trajera mala suerte. Los extranjeros habían pasado a la súplica. Querían recuperar sus tesoros y estaban dispuestos a pagar un alto precio por ellos porque les aterrorizaba el enojo de Erek.

—Erek es el nombre con que designan a Slaol —explicó Valan a Hengall.

El jefe, satisfecho al haber logrado que los forasteros admitieran sus motivos, se puso en pie.

—Vamos a sopesar el asunto —anunció.

Se trajeron alimentos del asentamiento: cerdo frío, tortas de pan, pescado ahumado y cuencos de pamplina y acedera. Los forasteros comieron con recelo, temerosos de que los fueran a envenenar pero al mismo tiempo amedrentados ante la posibilidad de ofender si rechazaban la comida. Su sacerdote, que seguía tumbado mirando el cielo, fue el único que no comió. Gilan y los sacerdotes de Ratharryn se apiñaron al tiempo que proferían temibles susurros, mientras Lengar y sus amigos

formaban otro pequeño grupo al otro lado del círculo. Los miembros de la tribu se acercaron a echar un vistazo a los regalos ofrecidos, aunque ninguno cruzó el círculo que abarcaba el hechizo para tocarlos porque los sacerdotes de Ratharryn aún no habían expurgado los regalos de la brujería de los extranjeros. Hengall hablaba con los ancianos y a veces dirigía alguna pregunta a los sacerdotes, aunque el grueso de la conversación lo mantuvo con Gilan. El sacerdote ya había hecho dos visitas a Cathallo y hablaba en tono apremiante con Hengall, que escuchaba, asentía y al cabo dio la impresión de quedar convencido de aquello a lo que le instaba Gilan, fuera lo que fuese.

El Sol descendía hacia su morada en el oeste cuando Hengall retomó su lugar, pero regía la costumbre de que cualquier miembro de la tribu que quisiera expresar su opinión podía hacerlo antes de que Hengall se pronunciara. Algunos hombres se hicieron oír y la mayor parte aconsejaron aceptar el pago de los extranjeros.

—El oro no es nuestro —dijo Galeth—, sino que le fue robado a un dios. ¿Cómo iba a traernos buena suerte? Que se queden con sus tesoros los extranjeros. — Algunas voces mostraron su apoyo con un rumor, pero entonces Lengar golpeó el suelo con el cabo de la lanza y los murmullos cesaron, al tiempo que el hijo de Hengall se alzaba para dirigirse al gentío.

—Galeth tiene razón —dijo Lengar a voz en cuello, provocando sorpresa entre quienes pensaban que era imposible el acuerdo entre los dos hombres—. Los extranjeros deben recobrar sus tesoros. Pero tendríamos que exigir un precio más elevado que estas sobras de sus chozas. — Señaló con un gesto los bienes apilados delante de los forasteros—. Si los extranjeros quieren que les devolvamos sus riquezas, que vengan desde su lejana región con todas sus lanzas y arcos y se pongan a nuestro servicio durante un año.

Haragg, el intérprete de los forasteros, se comunicó en un susurro con sus compañeros, que se mostraron inquietos, pero Hengall negó con la cabeza.

—Y, ¿cómo íbamos a alimentar semejante horda de hombres armados? —le preguntó a su hijo.

—Se alimentarán con las cosechas y las reses que capturen con sus armas.

—¿A qué cosechas y reses te refieres? —inquirió Hengall.

—A las que crecen y apacientan al norte de nuestro poblado —replicó Lengar con insolencia, y muchos miembros de la tribu se manifestaron de acuerdo con él. La tribu de Sarmennyn era famosa por sus guerreros, hombres enjutos y hambrientos de una tierra baldía que tomaban con sus espadas lo que su región no podía ofrecerles. Guerreros tan temidos conquistarían Cathallo en un abrir y cerrar de ojos, y más súbditos de Hengall alzaron la voz para mostrar su apoyo a Lengar.

Hengall alzó la voluminosa maza para pedir silencio.

—El ejército de Sarmennyn —dijo—, nunca se ha aventurado tanto tierra adentro. ¿Y ahora queréis invitarles a que lo hagan? Si llegan con sus lanzas, arcos y hachas, ¿cómo nos vamos a librar de ellos? ¿Qué impedirá que se vuelvan contra nosotros?

—Somos más numerosos —declaró Lengar con toda confianza.

Hengall se mostró desdenoso.

—¿Sabes cuántos lanceros son? —insistió, señalando a los forasteros.

—Sé que con su ayuda podemos destruir a nuestros enemigos —le espetó Lengar.

Hengall se puso en pie, señal de que a Lengar se le había acabado el tiempo de hablar. Lengar permaneció de pie unos instantes y después se acuclilló a regañadientes. Hengall se pronunció en una voz sonora que alcanzó hasta los miembros más alejados de la muchedumbre.

—La tribu de Cathallo no es nuestra enemiga. Cathallo es poderosa, cierto, pero también lo somos nosotros. Somos como perros. Podemos pelear y lisiarnos, pero las heridas que nos infligiríamos serían tan profundas que no sobreviviría ninguno de los dos. Sin embargo, si cazamos juntos nos alimentaremos a placer. —La tribu se le quedó mirando en medio de una sorpresa contenida. Esperaban una decisión sobre los rumbos y en vez de eso el jefe hablaba del problema de Cathallo.

—¡Juntos! —gritó Hengall—. Juntos, Cathallo y Ratharryn serán tan fuertes como cualquier territorio de esta tierra. Así que nos uniremos en un matrimonio entre tribus. —La noticia arrancó un grito sofocado a la multitud—. En la fiesta del solsticio de verano iremos a Cathallo y bailaremos con sus gentes. —El gentío sopesó la idea y poco a poco se fue propagando entre ellos un murmullo de aprobación. Apenas unos momentos antes apoyaban con ansia la idea de Lengar de conquistar Cathallo y ahora les seducía la perspectiva de la paz anunciada por Hengall—. Gilan ha hablado con su jefe y este ha accedido a que no seamos una tribu —declaró Hengall—, sino dos tribus unidas como hombre y mujer en matrimonio.

—¿Y qué tribu es el hombre? —Osó preguntar Lengar a voz en cuello.

Hengall no le hizo ningún caso.

—No habrá guerra —anunció terminantemente, y bajó la vista hacia los forasteros—. Y no habrá trueque —continuó—. Estos tesoros le fueron ofrecidos a vuestro dios, pero los perdisteis y llegaron a nosotros. Vinieron a nuestro Viejo Templo, lo que indica que deben quedarse allí. Si devolvemos el oro, será un insulto para los dioses que enviaron los tesoros a nuestras manos. Su llegada es una señal de que tenemos que restaurar el templo, y así se hará. Lo reconstruiremos. —Gilan, que había instado al jefe a que se pronunciara en este sentido, se mostró satisfecho.

El tuerto protestó y profirió amenazas de guerra contra Ratharryn.

—¿Guerra? —Hengall blandió la voluminosa maza—. ¡Guerra! —gritó—. Ya os daré yo guerra si venís a Ratharryn. Me mearé sobre vuestras almas, haré esclavos de vuestros hijos, reduciré a vuestras mujeres a meros juguetes y os machacaré los huesos hasta convertirlos en polvo. ¡Así concebimos nosotros la guerra! —Escupió en dirección a los extranjeros—. Coged vuestras pertenencias y marchad —les ordenó.

El sacerdote de los forasteros clamó al cielo y su líder probó a hacer una última súplica, pero Hengall no estaba dispuesto a escucharle. Había rechazado el trueque y

los extranjeros no tuvieron otra opción que recoger sus regalos y volver a montar a lomos de sus caballos.

Sin embargo, esa tarde, cuando el Sol estaba entreverado, con los árboles del oeste como un pez atrapado en una trampa de ramas de sauce trenzadas, Lengar y una docena de sus más fieles seguidores salieron de Ratharryn. Llevaban arcos y lanzas y mastines atados con largas cuerdas de cuero, y aseguraron que regresaban a las tierras de caza. Pero hubo quien reparó en que Lengar también llevaba consigo una esclava extranjera, cosa que asombró a la tribu porque las mujeres no iban a las expediciones de caza. Y esa noche media docena de mujeres jóvenes salieron de Ratharryn a hurtadillas, de modo que a la mañana siguiente la tribu, aterrorizada, comprendió que Lengar no se había ido de caza en absoluto y que las mujeres habían seguido a sus amantes guerreros. La ira de Hengall se desbordó como el cauce de un río incrementado por el agua de una tormenta. Maldijo el maligno destino que le había enviado semejante hijo mayor, y después envió una partida de guerreros tras la pista de Lengar, aunque nadie tenía esperanzas de alcanzar a los fugitivos, que tanta ventaja llevaban. Entonces Hengall oyó que Jegar, a quien todo el mundo tenía por el amigo más íntimo de Lengar, seguía en Ratharryn. El jefe convocó a Jegar a la puerta de su cabaña y allí le ordenó que se postrara ante él.

Jegar se tumbó en el suelo cuan largo era, mientras Hengall alzaba la maza de guerra sobre la cabeza del joven.

—¿Adónde ha ido mi hijo? —exigió saber con frialdad.

—A Sarmennyn —respondió Jegar—, con los extranjeros.

—Sabías lo que planeaba —continuó Hengall, cada vez más furioso—, ¿y no me lo hiciste saber?

—Tu hijo maldijo el resto de mis días si lo traicionaba —se defendió Jegar.

Hengall mantenía la maza en alto.

—¿Y por qué no te fuiste con él? ¿Acaso no eres su amigo del alma?

—No fui —respondió Jegar con humildad—, porque eres mi jefe, esta es mi casa y no viviría en una región lejana a orillas del mar.

Hengall vaciló. A todas luces le habría gustado asestarle un golpe con la maza y teñir la tierra de sangre, pero era un hombre justo y sabía controlar su ira, de modo que bajó el arma. Jegar había respondido bien a sus preguntas y, aunque a Hengall no le caía nada bien el joven, le hizo ponerse en pie, le abrazó y le hizo entrega de un pequeño cuchillo de bronce como recompensa por su lealtad.

Sin embargo, Lengar se había ido con los extranjeros, de modo que Hengall quemó la choza de su hijo e hizo añicos sus recipientes. Mató a la madre de Lengar, que había sido su primera esposa, y ordenó a Gilan que utilizara la maza de sacrificio contra un niño que, según suponía todo el mundo, era hijo de Lengar. La madre de la criatura suplicó clemencia a gritos, pero el hueso de uro surcó el aire y el pequeño murió.

—Nunca llegó a vivir —decretó Hengall con respecto a Lengar—. Ya no existe.

Al día siguiente era la víspera del solsticio de verano y la tribu caminaría hasta Cathallo para hacer las paces y también para enfrentarse a Sannas.

* * *

Al amanecer del día en que la tribu debía ponerse camino del norte, el padre de Saban ofreció a su hijo menor una túnica de piel de ciervo, un collar de dientes de jabalí y un cuchillo con hoja de sílex y empuñadura de madera que llevar al cinto.

—Eres mi hijo —le dijo Hengall—, mi único hijo. Debes tener el aspecto del hijo de un jefe. Átate el pelo a la espalda. Ponte derecho. —Hizo un brusco gesto con la cabeza a la madre de Saban, su tercera esposa, a la que hacía ya tiempo que no llamaba a su choza, y luego procedió a examinar la ternera blanca que sería conducida a Cathallo para su sacrificio.

Incluso Camaban se puso en camino hacia Cathallo. Hengall no quería que fuese, pero Gilan insistió en que Sannas quería ver a Camaban con sus propios ojos. De modo que Galeth había ido a buscar al niño tullido a su guarida en el Viejo Templo, y ahora Camaban iba unos pasos por detrás de Saban, Galeth y la esposa embarazada de este, Lidda. Caminaron hacia el norte por las colinas que se alzaban sobre el valle fluvial y les llevó toda una mañana alcanzar el extremo de las tierras altas que marcaban la mitad del trayecto hacia Cathallo. Para la mayoría de la gente que estaba sobre la cresta y contemplaba los bosques y las marismas camino adelante, era la primera vez que se alejaban tanto de su hogar.

La ruta se tornó una acusada pendiente que descendía hasta unos tupidos bosques salpicados de pequeños campos. Aquella era la tierra de Maden, un lugar de tierra fértil, árboles altos y extensos pantanos.

Los hombres de la tribu de Hengall se acercaron a sus mujeres al adentrarse entre los árboles y a los niños se les dieron haces de paja firmemente atados a palos a los que se prendió fuego con las brasas que transportaban en vasijas de arcilla perforadas. Los chicos corrían arriba y abajo por el sendero, zarandeando los palos humeantes al tiempo que lanzaban agudos gritos para espantar los malévolos espíritus que, de otro modo, podrían haberse acercado para dejar preñadas a las mujeres. Los sacerdotes entonaban cánticos, las mujeres se aferraban a talismanes y los hombres golpeaban los troncos de los árboles con las astas de las lanzas. Fueron necesarios más cánticos incluso para congraciarse con los espíritus mientras la tribu cruzaba un entramado de pequeñas corrientes en las proximidades de Maden.

Hengall iba a la cabeza de su tribu, pero aguardó en la ribera de una de las corrientes más caudalosas a que Saban les alcanzara.

—Tenemos que hablar —le dijo a su vástago, y luego miró de soslayo a Camaban, que cojeaba unos pasos por detrás. El chico había encontrado otro pellejo

de oveja putrefacto como sustitución de su vieja túnica, y llevaba una tosca bolsa de cuero en la que había almacenado sus escasas pertenencias: los huesos, la piel de serpiente y los talismanes. Apestaba y su cabello volvía a estar enredado y sucio. Levantó la vista hacia su padre, se estremeció y escupió sobre el sendero.

Hengall volvió la mirada asqueado y se adelantó con Saban. Un rato después preguntó a su hijo si había reparado en lo lozano que se veía el trigo de Maden. Al parecer, la tormenta había respetado aquellos campos, señaló Hengall con envidia, y después comentó que en los bosques junto al río había visto unos verracos bien rollizos y hermosos. Cerdos y trigo, dijo, era todo lo que necesitaba el hombre para subsistir, y daba gracias a los dioses por ello.

—Quizá solo cerdo —reflexionó—, quizá no necesitemos comer otra cosa. Cerdo y pescado. El trigo no es más que un fastidio. No se reproduce por sí solo, eso es lo malo.

Hengall llevaba una bolsa de cuero que tintineaba al ritmo de sus andares y Saban supuso que contenía parte de las riquezas de la tribu. La gente que iba en vanguardia había empezado a entonar un cántico que fue adquiriendo intensidad a medida que se sumaban voces a la melodía. Los que caminaban detrás se unieron a la canción, cosa que no hicieron Hengall ni Saban.

—Dentro de unos años —dijo Hengall de repente—, serás lo bastante mayor como para convertirte en jefe.

—Si así lo quieren los sacerdotes y el pueblo —convino Saban con precaución.

—A los sacerdotes basta con sobornarlos —aseguró Hengall—, y el pueblo hace lo que se le dice.

Un pichón aleteó entre las hojas, y Hengall alzó la vista para ver en qué dirección volaba con la esperanza de que fuera un buen augurio. Lo era, ya que el pájaro remontó el vuelo hacia el Sol.

—Sannas querrá verte —le advirtió Hengall en tono ominoso—. Arrodíllate ante ella e inclina la cabeza. Ya sé que es una mujer, pero trátala como a un jefe. —Frunció el entrecejo—. Es una mujer de armas tomar, cruel y dura de pelar, pero tiene poderes. Cuenta con el favor de los dioses, o si no les inspira terror. —Sacudió la lanuda melena en un ademán de asombro—. Ya era anciana cuando yo no era más que un crío.

Saban sintió temor ante la perspectiva de conocer a Sannas.

—¿Por qué querrá verme?

—Porque vas a casarte con una chica de Cathallo —le explicó Hengall tajantemente—, y Sannas la escogerá. En Cathallo no se toma ninguna decisión sin consultar con Sannas. Dicen que Kital es el jefe, pero él se limita a mamar de las tetas de la vieja, como todos los demás.

Saban no dijo ni palabra. Era consciente de que no podía desposarse con nadie hasta que no hubiera superado los ritos de iniciación a la edad viril, pero la idea era de su agrado.

—Así que tienes que desposarte con una joven de Cathallo —insistió Hengall—, como prueba de que nuestras tribus están en paz. ¿Lo entiendes?

—Sí, padre.

—Sin embargo, en Cathallo no saben que ahora eres mi único hijo —continuó Hengall—, y no les hará ninguna gracia que todavía seas un muchacho. Por eso debes causar buena impresión a Sannas.

—Sí, padre —volvió a asentir Saban. Había caído en la cuenta de que Kital y Sannas esperaban que fuera Lengar quien llegara a Cathallo para reclamar a la prometida, pero Lengar estaba en paradero desconocido, de modo que él debía ocupar su lugar.

—Y serás jefe —dijo Hengall, consciente del peso de su afirmación—, y eso significa que tienes que erigirte en un líder para nuestro pueblo. Pero ser jefe no significa que puedas hacer lo que te venga en gana. La gente no se da cuenta de eso. Quieren héroes, pero los héroes no consiguen más que abocar a la muerte a los suyos. Los mejores jefes son conscientes de ello. Saben que no pueden convertir la noche en día. En mi mano no está hacer más que aquello que es posible. Puedo romper las presas de los castores para evitar que se sequen las trampas de pesca, pero no puedo ordenar al río que lo haga por mí.

—Ya entiendo —asintió Saban.

—Y no nos podemos permitir entrar en guerra —dijo Hengall enérgicamente—. No me preocupa salir derrotado, sino que quedaríamos debilitados tanto si ganáramos como si perdiésemos. ¿Me comprendes?

—Sí.

—No es que tenga intención de morirme todavía —continuó Hengall—. Debo rondar los treinta y cinco veranos. Treinta y cinco, ¡casi nada! Pero aún me queda un buena cantidad de años. Mi padre pasó de los cincuenta.

—Y tú también pasarás; espero —le animó Saban con torpeza.

—Sin embargo, debes prepararte —dijo Hengall—. Supera tus pruebas, vete de caza, captura cabezas de extranjeros. Demuestra a la tribu que los dioses están de tu parte.

Asintió con brusquedad y, sin decir una palabra más, se volvió e hizo seña a su amigo Valan para que se uniera a él.

Saban espero a Galeth llegara a su altura.

—¿Qué quería? —preguntó Galeth.

—Decirme que debo casarme con una chica de Cathallo —le explicó Saban.

Galeth esbozó una sonrisa.

—Claro que sí. —Galeth era consciente de que esa decisión suponía que Saban contaba con el favor de su padre para convertirse en el siguiente jefe, pero Galeth no le guardaba rencor. El hombretón era feliz por completo cuando trabajaba la madera, y no albergaba deseo alguno de suceder a su hermano mayor. Propinó un cachete a Saban en la cabeza—. Espero que la chica sea guapa.

—Claro que lo será —dijo Saban, aunque de repente le asaltó el temor de que no lo fuera.

La tribu cruzó las últimas marismas y luego subió por unas colinas cubiertas por un tupido manto de árboles, aunque poco a poco los bosques iban mermando de espesor para revelar los esplendores de Cathallo. Dejaron atrás un antiguo santuario con los postes de madera podridos y el círculo invadido por los avellanos, igual que el Viejo Templo de Ratharryn, y después vieron los túmulos funerarios en las laderas de las colinas frente a ellos. Aquellas colinas tenían la misma altura que las pendientes en torno a Ratharryn, pero eran más acusadas, y entre ellas se erigía el famoso túmulo sagrado. No había nada parecido en Ratharryn, y aunque algunos viajeros de la tribu había regresado con relatos acerca de otros túmulos sagrados, todos coincidían en que ninguno tenía el tamaño del de Cathallo. Era vasto, una colina digna de figurar entre las demás, solo que esta había sido erigida por el hombre; se alzaba desde el valle para tocar el cielo y era de un blanco deslumbrante, ya que se había levantado a base de apilar creta sobre creta. Era alto, mucho más que el terraplén de Ratharryn; de hecho, era tan alto como las colinas circundantes.

—¿Para qué lo levantaron? —le preguntó Lidda a Galeth.

—Es la imagen de Lahanna —le dijo Galeth con la voz impregnada de un temor reverencial, y le explicó que la diosa de la Luna, al mirar desde las estrellas, se podía ver reconstruida sobre la Tierra y de ese modo sabía que Cathallo la veneraba. Lidda, tras oír la explicación, se llevó la mano a la frente en ademán de reverencia a la diosa, porque ella, como la mayoría de mujeres, veneraba a Lahanna por encima de todos los dioses y espíritus, pero Camaban, que aún cojeaba unos pasos por detrás de ellos, se echó a reír de pronto—. ¿Qué te parece tan gracioso? —le preguntó Galeth.

—En C-C-Cathallo tienen topos gigantes —se mofó Camaban.

Lidda se tocó la ingle. Le incomodaba estar tan cerca del tullido, temerosa por la criatura que llevaba en el vientre, y le habría gustado que Camaban quedase rezagado, pero se había empeñado en permanecer cerca de ella todo el día y todavía seguía tras sus pasos cuando atravesaron el cauce de un riachuelo y subieron una colina hacia el este del túmulo. La colina estaba coronada por un templo que supuso un cierto alivio a muchos de los súbditos de Hengall, ya que era mucho más pequeño que cualquiera de los templos de Ratharryn, aunque, eso sí, tenía pilares de piedra en vez de postes de madera. Los rechonchos pilares eran de una talla muy tosca, apenas tocones de piedra, y algunos estimaron que eran feos en comparación con un poste pulido con maña. En el templo esperaba un grupo de sacerdotes de Cathallo, y fue a ellos a quienes se hizo entrega del primero de los regalos de Ratharryn: la ternera blanca que había quedado ensangrentada debido a los golpes de aguijada recibidos por el camino y ahora era conducida por la abertura en la foso del templo. Los sacerdotes de Cathallo examinaron la bestia con cautela. Quizá no fuera la ternera más blanca de Ratharryn, pero aun así era un buen animal, con una piel casi sin tacha, y se oyeron murmullos de resentimiento entre las gentes de Hengall al ver que los

sacerdotes parecían dudar de la calidad de la bestia. Al cabo, tras pinchar y oler el animal, lo juzgaron aceptable a regañadientes y lo arrastraron hasta el centro de su pequeño templo, donde un joven sacerdote, que por toda vestimenta llevaba un par de cuernos atados a la cabeza, esperaba con una maza de matarife. La ternera, que al parecer entendía lo que estaba a punto de ocurrir, hacía esfuerzos por escapar de los hombres que la sujetaban, de modo que los sacerdotes le cortaron los tendones de las piernas y la bestia, inmovilizada, lanzó un mugido lastimero al cernirse sobre ella la gran maza.

Las gentes de Hengall entonaron el lamento de Lahanna mientras desfilaban hollando la sangre húmeda de la ternera y seguían a los sacerdotes por un sendero de piedras emparejadas. Quizás el templo no les había causado gran impresión, pero no ocurrió lo mismo con el sendero de piedras, pues los mojones eran mayores que los pilares del templo y se prolongaban hasta el campo abierto. El sendero bordeado de piedras bajaba del templo al valle, pero se curvaba antes de llegar al gran túmulo de creta para dirigirse hacia el norte en dirección a la cresta de una amplia colina. Había tal cantidad de piedras flanqueando la sagrada pista que no podían contarse, y todas ellas eran tanto o más altas que un hombre. Algunas eran pilares que simbolizaban a Slaol, y cada pilar iba emparejado con una gran losa romboidal que rendía honores a Lahanna. Las maravillas que se contaban de Cathallo eran ciertas, y los súbditos de Hengall se sumieron en el silencio mientras seguían a los sacerdotes camino del norte. Bailaban al tiempo que iban ascendiendo, con desmaña, debida al cansancio, pero meciéndose ordenadamente de un lado a otro del sendero para ascender en zigzag hasta la cima, donde se habían reunido algunos habitantes de Cathallo con objeto de ver a los visitantes. Un grupo de guerreros, con el cuerpo cubierto de grasa y el cabello trenzado, permanecían apoyados sobre sus lanzas para ver pasar a las mujeres, pero la visión de Camaban hizo que los jóvenes se cubrieran los ojos y escupieran por si su pie zopo les traía mala suerte.

Saban, que no había estado nunca en Cathallo, había dado por sentado que las enormes piedras emparejadas bordeaban un sendero que llevaba desde el asentamiento de Cathallo hasta el pequeño templo de piedra donde había sido sacrificada la ternera, pero al dejar atrás la cresta de la colina cayó de repente en la cuenta de que el pequeño templo, lejos de ser el final del sendero sagrado, no era más que su punto de partida, y que las auténticas maravillas de Cathallo aún estaban más allá.

El asentamiento, sin muros, estaba hacia el oeste, y no era esa la dirección que tomaba el sendero. Se dirigía más bien hacia un enorme terraplén de creta que se alzaba en las tierras del valle. Corrió la voz por la columna de viajeros de que el terraplén blanco rodeaba el santuario de Cathallo, y los súbditos de Hengall perdieron el habla al contemplar maravillados el amplio muro, que parecía tan alto y extenso como el terraplén que rodeaba Ratharryn. Mientras que la larga cima del muro estaba coronada por cráneos humanos y animales, procedente del interior del gran recinto se

oía el pertinaz batir de tambores de madera.

El sendero no llevaba directamente al vasto templo, sino que, justo a la entrada del santuario, realizaba un doble giro de forma que las maravillas ocultas por el elevado círculo de creta no se revelaran hasta el último momento. Saban recorrió bailando la doble curva y, de pronto, más allá de los lomos del gran terraplén circundante, vio el santuario de Cathallo. La primera impresión que se llevó Saban fue que era de piedra. Había piedras por todas partes; el amplio espacio que abarcaba el alto muro de creta parecía lleno a rebosar de pesados mojones grises, algunos de los cuales acababan de ser humedecidos para que sus toscas superficies centellearan. Las gigantescas piedras se alzaban rodeadas por una zanja tan profunda como elevada era la muralla, y el área comprendida dentro de la zanja y el muro era casi tan extensa como Ratharryn, y eso que, mientras Ratharryn era el asentamiento de la tribu con espacio para el ganado en invierno, esto no era más que un templo.

Algunas mujeres de Ratharryn vacilaron antes de entrar en el templo porque a las mujeres no se les permitía acceder a los santuarios de su propia tribu a menos que estuvieran casadas, pero las mujeres de Cathallo las animaron a seguir. Al parecer, en Cathallo tanto los hombres como las mujeres tenían derecho a entrar en el círculo, de modo que todos los súbditos de Hengall atravesaron la zanja bailando para entrar en el santuario de piedra.

Había un amplio anillo de mojones que bordeaba la zanja, y cada uno de estos mojones tenía el tamaño de los montones de paja que se hacían en verano en Ratharryn. Había docenas de piedras gigantescas, demasiadas para contarlas, y dentro del amplio círculo que constituían había dos anillos más de piedra, cada uno del tamaño del templo de Slaol en Ratharryn, y más piedras aún entre esos anillos interiores. Una de las piedras era una dovela, un mojón con un gran agujero, y dicha piedra horadada había sido colocada encima de otra. Cerca de allí se erigía un Pabellón Funerario compuesto de tres impresionantes losas de piedra. Saban se quedó mirando con un asombro rayano en la estupefacción. No entendía cómo podía ningún hombre alzar piedras semejantes, y estaba convencido de que había llegado a un lugar en el que los dioses obraban maravillas. Camaban, que hacía una mueca de dolor cada vez que pisaba con el pie zopo, era el único que no parecía impresionado.

Los habitantes de Cathallo estaban apiñados en la ladera interior del terraplén y lanzaron un sonoro grito de bienvenida al ver que los visitantes entraban bailando en el anillo sagrado. El grito resonó por el amplio recinto y antes de que se apagara empezaron a cantar.

Kital, el jefe de Cathallo, aguardó para recibir a las gentes de Hengall. Kital quería causar impresión; y lo consiguió, ya que iba cubierto hasta los tobillos con una piel de ciervo que había sido blanqueada con creta y orina y después profusamente recubierta con aros de bronce que reflejaban el Sol, de modo que parecieron destellar cuando avanzó para recibir a Hengall. El jefe de Cathallo era alto, tenía un rostro enjuto y recién afeitado y llevaba el cabello rubio rodeado por un filete de bronce en

el que había introducido una docena de largas plumas de cisne. Kital era más o menos de la misma edad que Hengall, pero su rostro reflejaba una vivacidad que le restaba años y caminaba con unos andares ágiles y briosos. Abrió los brazos en un ademán de bienvenida y al hacerlo alzó los orillos de su manto para dejar al descubierto una larga espada de bronce que colgaba de un cinturón de cuero.

—Hengall de Ratharryn —anunció—, bienvenido a Cathallo.

Al lado de Kital, Hengall tenía aspecto desharrapado. Era más alto y corpulento que el jefe de Cathallo, pero su rostro barbado era tosco en comparación con los rasgos afilados de Kital y sus vestimentas estaban sucias y raídas, pues Hengall nunca se había preocupado mucho por mantos ni jubones. Mantenía la lanza afilada, se despjojaba la barba con el peine y estaba convencido de que hasta ahí llegaba el deber de un hombre para con su apariencia. Los dos jefes se abrazaron y las tribus murmuraron en señal de reconocimiento, pues cualquier abrazo en público de dos grandes hombres constituía un anuncio de paz. Los jefes permanecieron abrazados durante un instante, luego Kital se apartó y, cogiendo a Hengall de la mano, lo llevó adonde esperaba Sannas, junto a una de las grandes losas que constituían el Pabellón Funerario.

Le hechicera llevaba un manto hecho de pieles de tejón en el que iba envuelta por completo y un chal de lana cubría su largo cabello blanco. Saban la miró de hito en hito y durante un momento horripilante ella le devolvió la mirada; él se estremeció, pues los ojos que le atravesaban desde las sombras de su capucha eran avispados, malévolos y aterradores. Era vieja, eso lo sabía Saban, más vieja de lo que había llegado a ser ningún hombre o mujer.

Kital y Hengall se hincaron de rodillas para hablar con Sannas. Unos hombres que batían grandes troncos de árbol huecos mantenían el ritmo y un grupo de chicas, todas desnudas de cintura para arriba y con escaramujos, reinas de los prados y amapolas en el cabello, bailaban siguiendo el estruendo: mecían los pies adelante y atrás, ejecutaban pasos laterales, avanzaban y retrocedían en señal de bienvenida a los forasteros que habían llegado a su gran santuario. La mayoría de los recién llegados miraban a las chicas con los ojos abiertos de par en par, pero Galeth contemplaba las piedras invadido por una inmensa tristeza. No era de extrañar que Cathallo fuera tan poderosa. Ninguna otra tribu habría sido capaz de hacer un templo así, y, por tanto, ninguna otra tribu podía aspirar a ganarse el favor de los dioses como estas gentes. Ratharryn, pensó Galeth apesadumbrado, quedaba a la altura del barro en comparación con esto, sus templos eran risibles y sus ambiciones mezquinas.

Saban observaba a la hechicera y resultó evidente que a Sannas no le placieron las noticias traídas por Hengall, pues le dio la espalda en un ademán desdeñoso. Hengall miró a Kital, que se encogió de hombros; pero, en ese momento, Sannas se volvió y le masculló algo antes de dirigirse hacia una choza que estaba junto al círculo de piedras más cercano. Hengall se puso en pie y regresó con Saban.

—Tienes que entrar a la choza de Sannas —le indicó—. Recuerda lo que te dije.

Saban, al tanto de que lo estaban observando dos tribus, se acercó a la cabaña que se levantaba entre los dos círculos de piedra más pequeños y constituía la única edificación dentro del templo. Era una choza redonda, poco mayor que la mayoría de las viviendas, con un tejado elevado que acababa en punta, pero tenía unas paredes tan bajas que Saban tuvo que ponerse a cuatro patas para entrar por la puerta. Puesto que apenas entraba luz a través de la entrada o del agujero que servía de chimenea en la cúspide del tejado sostenida por un grueso poste, el interior estaba en penumbra. El poste era un tronco descortezado al que se le habían dejado los tocones de sus muchas ramas, de los que colgaban redes llenas de cráneos humanos. Saban se alarmó al oír un murmullo de risillas y miró en derredor para ver una docena de rostros que le miraban desde el achaparrado contorno de la choza.

—No les hagas caso —le ordenó Sannas en una voz ronca y queda—. Ven aquí.

La hechicera se había sentado sobre un montón de pieles junto al poste y Saban se arrodilló obediente ante ella. Cerca del poste ardía un pequeño fuego del que se desprendía un humo de olor acre que provocó que a Saban le lloraran los ojos mientras mantenía la cabeza gacha en señal de respeto.

—Mírame —le espetó Sannas.

Alzó la vista hacia ella. Estaba al tanto de que era vieja, tanto que nadie sabía la edad que tenía, más vieja de lo que ella misma sabía, tanto que ya era vieja cuando nació la persona más vieja de Cathallo. Había quienes decían que no moriría nunca, que los dioses habían concedido a Sannas una vida exenta de muerte, y a Saban, invadido de un temor reverencial, le pareció que así debía de ser, pues nunca había visto un rostro tan marchito, arrugado y asilvestrado. Se había quitado la capucha y el cabello suelto le caía ceniciento y lacio sobre una cara que parecía una calavera, solo que con verrugas. Los ojos de la calavera eran negros como el azabache y solo le quedaba un diente, un colmillo amarillento en el centro de la mandíbula superior. Las manos sobresalían de los extremos de su manto de piel de castor como garras ganchudas. De su garganta descarnada colgaba un trozo de ámbar; a Saban le produjo la misma impresión que una gema engarzada en un cadáver reseco.

Mientras seguía con la mirada clavada en él, Saban, cuyos ojos iban acostumbrándose a la humeante semioscuridad de la choza, echó un vistazo en derredor para ver que desde los márgenes de la choza le observaban una docena de chicas. Había alas de murciélago atadas al poste de la cabaña entre vasijas de fondo curvo que colgaban con los cráneos en sus redecillas de cuerda. Un par de cornamentas estaban suspendidas a cierta altura en el poste central, y del tejado pendían haces de plumas y manojos de hierbas, todas ellas recubiertas de telarañas. En una cesta de mimbre junto al fuego había un montón de huesos de pajarillos. Aquel lugar, pensó Saban, no era una vivienda, sino una suerte de almacén para los tesoros rituales de Cathallo, la clase de lugar donde debían de guardar la maza para el sacrificio de niños de la tribu.

—Dime —comenzó Sannas en una voz hosca como el hueso—, dime, Saban, hijo

de Hengall, hijo de Lock, parido por una perra extranjera atrapada en una incursión, dime por qué los dioses miran Ratharryn con malos ojos.

Agarrotado por el miedo, Saban no respondió.

—Aborrezco los niños estúpidos —gruñó Sannas—. Habla, necio, o te convertiré la lengua en un gusano y te verás lamiendo su baba el resto de tus miserables días.

Saban hizo un esfuerzo por responder.

—Los dioses —empezó, y entonces cayó en la cuenta de que susurraba, de modo que alzó la voz, decidido a defender a su tribu—, los dioses nos han enviado oro, señora, ¿cómo iban a mirarnos con malos ojos?

—Os han enviado el oro de Slaol —replicó Sannas con acritud—, y desde entonces, ¿qué ha ocurrido? Lahanna rechazó un sacrificio y tu hermano mayor ha huido con los extranjeros. Si los dioses enviaran a Ratharryn un caldero de oro, no se os ocurriría otra cosa que mearos dentro. —Las chicas dejaron escapar unas risillas. Saban permaneció mudo y Sannas lo miró ceñuda—. ¿Ya eres hombre? —exigió saber.

—No, señora.

—Llevas una túnica de hombre. ¿Acaso es invierno?

—No, señora.

—Entonces, quítatela —le ordenó—. ¡Quítatela!

Saban se desabrochó el cinturón a toda prisa y se sacó la túnica por encima de la cabeza, lo que provocó otro coro de risas en la choza. Sannas lo miró de arriba abajo y se mofó:

—¿Eso es lo mejor que puede enviarnos Ratharryn? Miradle, chicas. Parece algo viscoso salido de la concha de un caracol.

Saban se sonrojó al tiempo que se alegraba de que hubiera tan escasa luz en el interior de la choza. Sannas le miró con desdén, y luego metió la mano en un zurrón y sacó un paquete envuelto en hojas. Retiró las hojas para dejar al descubierto un panal del que tomó una porción que se metió en la boca.

—Ese necio de Hirc —le dijo a Saban—, intentó sacrificar a tu hermano Camaban, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Pero tu hermano sigue vivo. ¿Por qué?

Saban frunció el entrecejo.

—Lleva la marca de Lahanna, señora.

—Entonces, ¿por qué intentó matarlo Hirc?

—No lo sé, señora.

—No sabes gran cosa, ¿verdad? No eres más que un crío miserable. Y ahora Lengar ha huido y tú tienes que ocupar su lugar. —Lo atravesó con la mirada y después escupió un trozo de cera sobre el fuego—. Sin embargo, nunca le hemos caído muy bien a Lengar —continuó—. Lengar quería declararnos la guerra. ¿Qué tenía contra nosotros?

—No le cae bien nadie —dijo Saban.

Sannas recompensó el comentario con una sonrisa torcida.

—Temía que le arrebatáramos la jefatura, ¿no es así? Temía que engulléramos a la pequeña Ratharryn. —Señaló con un dedo en dirección a las sombras del contorno de la choza—. Lengar iba a desposarse con ella. Derrewyn, hija de Morthor, que es el sumo sacerdote de Cathallo.

Saban miró hacia donde señalaba Sannas y se le cortó la respiración. Tenía ante sus ojos una chica delgada con una larga melena morena y un rostro hermoso y anhelante. No sería mayor que el propio Saban, tenía grandes ojos y al parecer estaba tan nerviosa que temblaba como si la choza, impregnada de olor a humo, la incomodara en la misma medida que a Saban. Sannas miró al joven y se echó a reír.

—Te gusta, ¿eh? Pero ¿por qué habrías de casarte con ella en vez de tu hermano?

—Para que podamos seguir en paz, señora —arguyó Saban.

—¡Paz! —Le escupió el rostro cadavérico—. ¡Paz! ¿Por qué íbamos a comprar vuestra miserable paz con el cuerpo de mi bisnieta?

—No compráis la paz, señora —se atrevió a replicar Saban—. Mi tribu no está en venta.

—Tu tribu. —Sannas se arqueó hacia atrás entre carcajadas y después se echó de pronto hacia delante y extendió una mano nervuda para coger a Saban por la ingle. Le dio tal apretón que le hizo lanzar un grito sofocado—. Tu tribu, chico —respondió con desdén—, no vale nada. ¡Nada! —Apretó con más fuerza, escudriñando sus ojos en busca de lágrimas—. ¿Quieres suceder a tu padre como jefe?

—Si así lo quieren los dioses, señora.

—Han propiciado cosas más raras —se mofó Sannas, soltándole al fin. Se mecía adelante y atrás mientras le caían babas de la boca desdentada. Miró a Saban juzgándole y decidió que probablemente era un buen chico. Tenía valor, eso le gustaba, y sin duda era bien parecido, lo que suponía que contaba con el favor de los dioses; pero aún era un muchacho, y el que presentaran a un niño al matrimonio constituía un insulto para los suyos. Sin embargo, unas nupcias entre Cathallo y Ratharryn tendrían sus ventajas, de modo que Sannas optó por tragarse el insulto.

—Así que te casarás con Derrewyn para mantener la paz, ¿eh? —le preguntó.

—Sí, señora.

—Entonces eres un necio —le espetó Sannas—, porque la paz y la guerra no están a tu alcance, chico, y desde luego no yacen entre las piernas de Derrewyn. Son cosa de los dioses, y ocurrirá lo que los dioses quieran, y si deciden que Cathallo se alce con el poder de Ratharryn podrías llevarte a todas las chicas de este asentamiento a tu apestoso lecho sin que eso supusiera ninguna diferencia. —Cerró los ojos y volvió a mecerse adelante y atrás. Un reguero de miel y saliva le cayó barbilla abajo por donde le crecían pelos blancos de oscuros lunares. Era hora, decidió, de asustar al chico de Ratharryn, de infundirle tal pavor que nunca se atreviera a contravenir sus deseos—. Soy Lahanna —dijo con una voz profunda apenas por encima del suspiro

— y si te opones a mis deseos engulliré a tu mezquina tribu, me la beberé para que se mezcle con la bilis de mi vientre y la mearé en una zanja llena de excrementos. — Lanzó una carcajada y la risa se tornó en un ataque de tos que la obligó a boquear para recobrar el aliento. Gimió mientras pasaba el acceso de tos y después abrió sus ojos negros—. Vete —le ordenó en tono desdeñoso—. Envía a tu hermano Camaban ante mí, pero tú, vete. Vete mientras decido tu futuro.

Saban salió a cuatro patas a la luz del sol y se volvió a poner la túnica a toda prisa. Las bailarinas seguían meciéndose de aquí para allá, los tambores continuaban sonando y Saban sintió un escalofrío. Detrás de él, provenientes del interior de la choza, oyó risas y se avergonzó. Qué pequeña era su tribu, qué débiles sus gentes, y qué fuerte era Cathallo. Los dioses, le pareció a Saban, habían vuelto la espalda a Ratharryn. ¿Por qué, si no, se había marchado Lengar? ¿Por qué había rechazado Lahanna el sacrificio? ¿Por qué se veía obligado a arrastrarse ante una bruja en Cathallo? Saban había creído sus amenazas, estaba convencido de que su tribu corría peligro de ser engullida y no veía cómo salvarla. Su padre le había advertido contra los héroes, pero Saban creía que Ratharryn necesitaba un héroe. Hengall había tenido un comportamiento heroico en su juventud, pero ahora se mostraba cauto, Galeth no tenía ninguna ambición y Saban todavía no era hombre; ni siquiera sabía si sería capaz de superar las pruebas de iniciación a la edad viril. Sin embargo, estaba decidido a ser un héroe si estaba en su mano, pues sin un héroe no preveía sino amargura para su pueblo. Se verían engullidos, sin más.



CAPÍTULO 4

Esa noche las gentes de Cathallo encendieron las hogueras del solsticio de verano, que chispeaban y llenaban de humo el paisaje. Las hogueras ardían para alejar los espíritus malignos de los campos y había más fuegos encendidos en el interior del gran templo de Cathallo, donde doce hombres vestidos con pieles de res brincaban entre las piedras. Las pieles, al llevar unidas las cabezas y las pezuñas de las bestias, constituían grotescos atuendos. Las monstruosas figuras astadas arremetían entre las llamas mientras los hombres, debajo de las pieles, bramaban en desafío a los espíritus del mal que podían portar enfermedades a la tribu y sus rebaños. Las bestias humanas protegían la prosperidad de Cathallo y se había dado una gran rivalidad entre los jóvenes guerreros para hacerse con el honor de bailar con la piel de toro, ya que, cuando la noche se cerró por completo y las furiosas llamas ascendían hacia las estrellas, se empujó al interior del círculo a una docena de chicas para que los hombres las persiguieran entre alaridos. El gentío, que hasta entonces danzaba en torno al círculo de llamas, se detuvo para ver a las chicas agacharse y zafarse con pánico fingido de sus perseguidores astados, que debido a las engorrosas pieles andaban medio ciegos y se movían con ademanes desmañados. Sin embargo, las chicas fueron atrapadas una tras otra, arrojadas al suelo y cubiertas allí mismo por los monstruos astados mientras los espectadores los jaleaban.

Ambas tribus saltaron las hogueras cuando la danza del toro hubo acabado. Los guerreros competían para ver cuál era capaz de saltar la hoguera más alta y ancha, y más de uno cayó a las llamas y hubo de ser sacado a rastras del fuego mientras profería gritos de dolor. Los ancianos y los niños saltaban las hogueras más pequeñas, y a las reses recién nacidas de la tribu se las obligaba a pasar sobre lechos incandescentes de brasas. Algunos demostraron su valentía caminando descalzos sobre las ascuas, pero solo después de que los sacerdotes hubieran pronunciado un encantamiento para evitar que se les quemaran los pies. Sannas, que miraba desde la puerta de su choza, se mofaba del ritual.

—No tiene nada ver con ningún encantamiento —comentó en tono áspero—. Mientras tengan los pies secos, no les duele, pero si les humedeces los pies los verás

brincar como corderillos. —Se acuclilló junto a la techumbre y Camaban hizo lo propio a su lado—. Tú puedes saltar las llamas, niño —le dijo Sannas.

—No p-p-puedo saltar —respondió Camaban, que torció el rostro en un esfuerzo por no tartamudear. Extendió la pierna izquierda para que la luz del fuego relumbrara sobre el muñón retorcido que era su pie—. Y si lo intentara —continuó, mirándose el pie—, se reirían d-d-de mí.

Sannas tenía un sus manos un fémur humano. Había pertenecido a su segundo marido, un hombre convencido de que sería capaz de meterla en vereda. Extendió el brazo con el hueso y dio un leve golpecito al grotesco pie.

—Eso puedo arreglarlo yo —aseguró. Esperó la reacción de Camaban y se llevó un chasco al no decir este ni palabra—. Aunque solo si me place —añadió sin miramientos—, y es posible que no me apetezca. —Se envolvió en la capa—. Una vez tuve una hija tullida —le contó—. Qué cosilla tan rara era: una enana jorobada, retorcida por todas partes. —Lanzó un suspiro al recordar—. Mi marido esperaba que la enmendara.

—¿Y lo hiciste?

—La sacrificué a Lahanna. Está enterrada en esa zanja de ahí. —Señaló con el hueso hacia la entrada sur del santuario.

—¿Para qué iba querer Lahanna a una t-t-tullida? —indagó Camaban.

—Para reírse de ella, claro —saltó Sannas.

A Camaban la respuesta le hizo sonreír. Había ido a la choza de Sannas a plena luz del día y las chicas habían lanzado exclamaciones horrorizadas ante su pie izquierdo, se habían estremecido al oler la peste que despedía su asqueroso pellejo y después se habían mofado de su tartamudeo y de lo enredado que llevaba el pelo, pero Sannas no se había sumado a sus burlas. Había examinado la marca de la Luna sobre su vientre y después había ordenado a todas las chicas que salieran de la choza. Una vez se hubieron ido, se quedó mirando a Camaban durante un buen rato.

—¿Cómo es que no te mataron? —le preguntó al cabo.

—Los d-d-dioses cuidan de mí.

Le había propinado un golpe en la cabeza con el fémur.

—Si tartamudeas al hablar conmigo, niño —le amenazó—, te convertiré en sapo.

Camaban había mirado en los ojos negros de su calavera y luego, con suma calma, se había inclinado para coger el panal envuelto en hojas de la hechicera.

—Devuélvemelo —le había exigido Sannas.

—Si voy a ser un sapo —respondió Camaban—, seré un sapo meloso.

Sannas le rio la gracia con la boca abierta de par en par para enseñar su único diente cariado. Le había ordenado que echara fuera de la cabaña la túnica de piel de oveja podrida y le había dado un jubón de piel de nutria. Después había insistido en que se desenredara el cabello y se lo limpiara de mugre con un peine.

—Eres un chico bien parecido —le dijo a regañadientes, y era cierto, ya que tenía un rostro delgado y atractivo, la nariz larga y recta y los ojos de un color verde oscuro

rebosaban de energía.

Le había interrogado. ¿Cómo vivía? ¿Cómo encontraba comida? ¿Dónde aprendió lo que sabía acerca de los dioses? Y Camaban le había respondido con parsimonia, sin amedrentarse ante ella, razón por la que Sannas había decidido que el niño le gustaba. Era fiero, tenaz, no tenía miedo y, ante todo, era listo. Sannas vivía en un mundo de necios, y aquí, aunque no fuera más que un crío, veía una gran inteligencia, de modo que la anciana y el niño tullido habían hablado mientras se ponía el Sol, se encendían las hogueras y los bailarines de la danza del toro perseguían a las chicas de cabello alborotado hasta el césped umbrío entre los mojones.

Ahora estaban sentados mirando a los bailarines pasar fugaces junto a las hogueras. En algún punto de la oscuridad una chica lanzó un gemido.

—Háblame de Saban —le ordenó Sannas.

Camaban se encogió de hombros.

—Es honrado y muy trabajador —le aseguró, sin que ninguno de los dos atributos sonara a virtud—; no muy distinto de su padre.

—¿Será jefe?

—Con el tiempo, es posible —respondió Camaban sin darle más vueltas.

—¿Y mantendrá la paz?

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó Camaban.

—Entonces, ¿qué crees?

—¿Qué importa lo que yo crea? —preguntó a su vez Camaban—. Todo el mundo me tiene por un necio.

—¿Y lo eres?

—Eso es lo que quiero que c-c-crean —dijo Camaban—. Así me dejan en paz.

Sannas asintió en señal de aprobación. Los dos permanecieron sentados en silencio durante un rato, mirando cómo el brillo de las llamas teñía las losas pulidas. Las chispas danzaban por el aire, meciéndose entre las sólidas estrellas blancas. Resonó un grito entre las sombras donde dos jóvenes, uno de Ratharryn y el otro de Cathallo, se habían enzarzado en una pelea. Sus amigos los separaron, pero cuando se ponía fin a esa pelea, empezaron otras. Las gentes de Cathallo habían sido generosas con el aguamiel que habían destilado especialmente para la fiesta del solsticio.

—Cuando mi madre era niña —le contó Sannas—, no había licor. Los extranjeros nos enseñaron a elaborarlo y todavía destilan el mejor aguamiel. —Pensó en lo que había dicho durante un rato y se encogió de hombros—. Sin embargo, no saben hacer pociones. Yo puedo darte un bebedizo que te hará volar y alimentos que te provocarán intensos sueños. —Le brillaron los ojos bajo la capucha del chai.

—Quiero aprender de ti —le dijo Camaban.

—Yo enseño a las chicas, no a los chicos —le respondió la anciana con severidad.

—Pero yo no tengo alma —insistió Camaban—. Me la destrozó la m-m-maza para el sacrificio de niños. No soy ni niño ni hombre. No soy nada.

—Si no eres nada, ¿qué puedes aprender?

—Todo lo que seas c-c-capaz de enseñarme. —Camaban se volvió para mirar a la hechicera—. Te p-p-pagaré —aseguró.

Sannas se echó a reír con sonoros resuellos, mientras se mecía adelante y atrás.

—¿Y qué es lo que puede pagarme un tullido proscrito del pueblecillo de Ratharryn? —le preguntó cuando se hubo recuperado.

—Esto. —Camaban abrió la mano derecha para dejar a la vista un rombo de oro—. Parte del oro de los extranjeros —dijo—, el tesoro de la prometida de Slaol.

Sannas extendió la mano para coger el rombo, pero Camaban cerró el puño.

—Dámelo, niño —protestó la anciana.

—Si aceptas enseñarme —respondió Camaban—, te lo daré.

Sannas cerró los ojos.

—Si no me lo das, engendro tullido —entonó con una voz que había aterrado a tres generaciones de su tribu—, daré tu cuerpo a los gusanos y enviaré tu alma al bosque infinito. Haré que se te cuaje la sangre y te machacaré los huesos hasta convertirlos en una pasta. Haré que los pájaros te saquen los ojos, que las víboras te sorban los intestinos y que los perros te coman las entrañas. Suplicarás clemencia y yo me reiré de ti y usaré tu cráneo como orinal. —Se interrumpió de repente al ver que Camaban se había puesto en pie y se alejaba cojeando—. ¿Adónde vas? —le espetó.

—He oído que en Drewenna hay un hechicero —respondió Camaban—. Él me enseñará.

Le lanzó una mirada de odio con los ojos encendidos en el rostro cadavérico, pero él mantuvo la calma y Sannas se estremeció de furia.

—Da un solo paso más, tullido —le amenazó—, y haré que tus huesos retorcidos hagan compañía a los de la enana en la zanja.

Camaban alzó el rombo de oro.

—Esto es tu p-p-paga p-p-por enseñarme —dijo, y sacó un segundo rombo—. Y esta p-p-pieza de oro —continuó—, es tu p-p-paga por enmendarme el pie.

—¡Ven aquí! —le ordenó Sannas. Camaban no se movió, sino que se limitó a mantener en alto los trozos de oro que destellaron a la luz del fuego. Sannas se quedó mirándolos, sabedora del mal que podría obrar con talismanes tan poderosos. Esperaba obtener más oro por la mañana, pero cada pieza era preciosa para ella y, por tanto, dominó su ira—. Te enseñaré —le aseguró con voz tranquila.

—Gracias —dijo Camaban igualmente tranquilo, se arrodilló delante de ella y colocó los dos rombos en su palma abierta.

Sannas escupió sobre el oro y se volvió a meter con paso lento en la profunda oscuridad de su choza, donde el fuego no era más que un montoncillo de rescoldos casi consumidos.

—Puedes dormir dentro —dijo desde la oscuridad—, o fuera. Me da igual.

Camaban no respondió sino que se quedó mirando las grandes piedras del templo.

Las sombras de los amantes estaban inmóviles, pero la luz del fuego menguante seguía destellando y le dio la impresión de que el anillo de piedras resplandecía entre el humo que impregnaba la noche. Era como si las piedras estuvieran vivas y la gente muerta, y eso le hizo pensar en el Viejo Templo, que era su hogar, y se inclinó para apoyar la cabeza en el suelo y jurar a cualesquiera dioses que le escucharan que devolvería la vida al Viejo Templo. Lo haría bailar, lo haría cantar, le devolvería la vida.

* * *

Hengall quedó satisfecho con los resultados de sus negociaciones con Kital. La paz estaba garantizada, y esa paz se sellaría con el matrimonio entre Saban y Derrewyn.

—No es que sea la chica que habría escogido para ti —refunfuñó Hengall a su hijo, mientras iban camino del sur hacia Ratharryn—. Está muy delgada.

—¿Muy delgada? —preguntó Saban. Derrewyn le había parecido preciosa.

—Las mujeres no son diferentes de las reses —aseguró Hengall—. Las mejores tienen una buena grupa. No tiene sentido casarse con una cosita delgada que vaya a morir en el parto. Sin embargo, Sannas ha decidido que vas a casarte con Derrewyn y el matrimonio sellará nuestra paz, así que no hay más que hablar.

Hengall no solo había accedido a que se celebrara el matrimonio, sino que había comprado ocho grandes piedras para que Gilan reconstruyera el Viejo Templo. El precio de las piedras había sido uno de los rombos de oro de mayor tamaño y nueve de los pequeños, y a Hengall le había parecido barato. Era un acierto, pensó, cambiar una pequeña parte del oro de Sarmennyn por las piedras, pues ahora estaba seguro de que la llegada de los tesoros había sido un mensaje de Slaol para que reconstruyeran el Viejo Templo y Gilan le había convencido de que Ratharryn debía poseer un templo de piedra.

En Ratharryn no había piedra. Había guijarros en el río y unas cuantas rocas de mayor tamaño a las que se podía dar forma de martillos o hachas, pero en el asentamiento no había grandes rocas a la altura de los pilares y las losas que rodeaban el templo de Cathallo. Mientras que Ratharryn era una zona de creta, hierba y árboles, en la región de Cathallo abundaban las grandes rocas, que salpicaban las colinas de tal modo que desde lejos daba la impresión de estar viendo un rebaño de gigantescas ovejas grises. Sannas sostenía que las piedras las había arrojado allí Slaol en un vano intento por evitar que el pueblo de Cathallo erigiera el sagrado túmulo en honor a Lahanna, aunque otros aseguraban que quien había arrojado las rocas sobre las colinas era Gewat, el dios de las nubes, que deseaba ver reflejada su apariencia sobre la verde superficie de la Tierra; pero, fuera cual fuese el origen de las rocas, eran las que más cerca estaban de Ratharryn.

A Saban le agradaba la idea de construir algo nuevo e impresionante en Ratharryn. Algunos súbditos de Hengall murmuraban que los templos de madera siempre habían hecho un buen servicio a Ratharryn, pero los mercaderes, los hombres que llevaban pieles, sílex y vasijas para cambiarlos por hachas, marisco y sal, señalaron que Drewenna poseía un gran templo de piedra y que prácticamente todos los santuarios del lejano oeste estaban hechos de pilares, y la perspectiva de un templo de piedra propio sirvió como acicate para el ánimo de la mayoría de las gentes de Hengall. Un nuevo templo construido con piedra restituiría la buena suerte a la tribu, y ese convencimiento fue suficiente para persuadir a los sacerdotes de que Gilan debía ser el nuevo sumo sacerdote. Eso comunicaron a Hengall, y el jefe, que había sobornado a cuatro sacerdotes con barras de bronce, esclavas extranjeras y trozos de ámbar para que tomaran precisamente esa decisión, aceptó el veredicto con la misma solemnidad que si procediera de los dioses.

De modo que Gilan se convirtió en el nuevo sumo sacerdote y su primera orden fue que la tribu limpiara el Viejo Templo de malas hierbas y avellanos, de modo que el santuario quedara preparado para la llegada de las piedras de Cathallo en el nuevo año.

Los hombres se encargaron de la tarea mientras las mujeres se quedaban fuera del terraplén y bailaban en un círculo. Cantaban al tiempo que ejecutaban las danzas y su cántico era la melodía nupcial de Slaol. Las mujeres eran las únicas que entonaban esa hermosa tonada, y solo en ocasiones de la más profunda solemnidad. Se interpretaba a retazos, con largas pausas entre un fragmento y el siguiente, y durante esas pausas las bailarinas permanecían inmóviles, antes de, al parecer sin que nadie les diera ninguna señal, iniciar de nuevo cánticos y movimientos. Las voces se solapaban en una intrincada armonía y, aunque nunca ensayaban la canción, siempre tenía una belleza inolvidable y los movimientos empezaban y acababan invariablemente en perfecta sincronización. Las madres enseñaban parte de la canción a sus hijas, unas aprendían un fragmento y otras aprendían otro, y después se juntaban y todo encajaba a la perfección. Puesto que la canción era un lamento, muchas mujeres lloraban al tiempo que bailaban. La víspera del matrimonio entre Slaol y Lahanna, el dios del Sol se había peleado con su prometida y la había abandonado, pero las mujeres vivían con la esperanza de que Slaol cediese y regresara con ella.

Gilan era el encargado de supervisar el trabajo. Unas veces se paraba a escuchar la canción de las mujeres y otras ayudaba a los hombres a arrancar hierbajos y arbustos. Algunos avellanos eran árboles de buen tamaño y había que desenterrar las raíces con picos de cornamenta antes de arrancarlas del suelo. No hubiera bastado con talar los árboles, ya que el avellano vuelve a crecer a partir del tocón, de modo que se arrancaron los árboles de mayor tamaño y los agujeros de sus raíces se llenaron con cascajo gredoso extraído de la zanja. El cráneo de buey que había colocado Camaban en el centro del templo fue enterrado en el foso, se derribó su

guarida, se arrancaron las malas hierbas, se cortó el césped con cuchillos de sílex y se quemaron los desechos. El humo de la hoguera molestaba a las bailarinas, así que se alejaron un poco del templo mientras los hombres limpiaban de hierbajos y arbustos la zanja y la parte interior del terraplén de modo que el santuario volviera a quedar rodeado por un lustroso círculo blanco.

Los viejos postes podridos que se alzaban robustos en la entrada encarada al Sol y en torno al Pabellón Funerario se echaron al fuego. Algunos eran enormes y parte de ellos estaba enterrada a gran profundidad: esos se talaron a ras de tierra para que sus tercetos se pudrieran. Y una vez se hubo acabado con las malas hierbas, los árboles y los postes, los hombres cruzaron el amplio círculo danzando al ritmo del cántico de las mujeres. El templo volvía a estar despejado. Estaba constituido por una loma de escasa altura cubierta de hierba, una zanja y un alto terraplén en torno a un círculo que no contenía nada.

La tribu regresó a Ratharryn a la luz del atardecer. Galeth fue uno de los últimos en partir e hizo una pausa en la cresta de la colina que se alzaba sobre el asentamiento para volver la vista hacia el templo. El macizo de avellanos que interrumpía el horizonte hacia el sur había desaparecido y ahora solo se veían los túmulos funerarios de los ancestros en lontananza, pero delante de los túmulos, blanco en contraste con el tono cada vez más oscuro de la colina, el anillo del templo brillaba bajo la luz menguante. Las sombras del terraplén eran alargadas y Galeth reparó por primera vez en que el círculo de creta se había erigido sobre una pendiente que se alzaba suavemente hacia el lugar donde salía el Sol en el solsticio de verano.

—Qué hermosura —exclamó Lidda, la mujer de Galeth.

—Sí que es hermoso —reconoció Galeth. Era él, práctico, fuerte y eficiente, quien tendría que colocar las piedras. Intentó imaginar qué aspecto tendrían los ocho grandes pilares en aquel amplio marco de hierba y creta—. Slaol estará contento —decidió.

Esa noche se oyeron truenos, pero no llovió. Nada más que truenos, a lo lejos, y en la oscuridad murieron dos niños de la tribu. Ambos estaban enfermos, pero nadie había creído que fueran a morir. Sin embargo, por la mañana el Sol salió para hacer brillar el círculo de creta recién despejado, y los dioses, en opinión de las gentes, sonreían de nuevo sobre Ratharryn.

* * *

Derrewyn no era mujer todavía, pero tanto en Ratharryn como en Cathallo existía la costumbre de que las chicas prometidas vivieran con la familia de su futuro marido, de modo que Derrewyn fue a Ratharryn para vivir en la choza de la esposa más antigua de Hengall de entre las que quedaban con vida.

Su llegada supuso una conmoción para la tribu. Quizá le quedara todavía un año para ser mujer, pero su belleza había aflorado temprano y los jóvenes guerreros de Ratharryn la miraban sin disimular sus ansias, pues Derrewyn de Cathallo era una chica capaz de perturbar los sueños de cualquier hombre. El cabello moreno le llegaba por debajo de la cintura y el Sol había bronceado sus largas piernas. En torno a los tobillos y el cuello llevaba delicadas cadenas de conchas de mar del blanco más puro, todas similares y del mismo tamaño. Tenía los ojos castaños, el rostro delgado y con los pómulos marcados y el ánimo vivo como el vuelo de un martín pescador. Los jóvenes guerreros de la tribu de Hengall repararon en ella, la observaron y decidieron que era demasiado buen partido para Saban, que no era más que un crío todavía. Hengall, al reparar en sus ansias, ordenó a Gilan que obrase un hechizo protector sobre la chica, así que el sumo sacerdote colocó un cráneo humano encima del tejado de la choza de Derrewyn y puso junto a él un falo de arcilla sin cocer para que todo hombre que viera el amuleto entendiese la amenaza que conllevaba. Si alguien toca a Derrewyn sin permiso, daban a entender el cráneo y el falo, morirá. A partir de ese momento los hombres la miraron, pero no pasaron de ahí.

Saban también miraba y ansiaba, y algunos observaron que Derrewyn devolvía la mirada a Saban, pues prometía convertirse en un hombre atractivo. Todavía se estaba desarrollando, pero ya era tan alto como su padre y tenía la rapidez de mirada y gesto de su progenitor. Tenía buena puntería con el arco de tejo y era uno de los más veloces de la tribu y, sin embargo, era modesto, de temperamento tranquilo y bien querido en Ratharryn. Se vislumbraba como un buen hombre, pero si no conseguía superar las pruebas de iniciación a la virilidad no sería reconocido como adulto, así que, durante los meses posteriores a su primer encuentro con Derrewyn, estuvo ocupado en el aprendizaje de los secretos de los bosques y las costumbres de las bestias. Observó a los ciervos luchar y copular, descubrió dónde tenían las nutrias sus guaridas y aprendió a robar miel a las furiosas abejas. No se le permitía dormir en los bosques porque todavía era un niño, pero mató su primer lobo a principios de invierno, derribándolo de un certero flechazo para luego acabar con la vida del animal herido con un golpe de su hacha de piedra. La mujer de Galeth, Lidda, perforó las garras del lobo, pasó una fibra de ligamento a través de ellas y regaló el collar a Saban.

Tal vez Saban fuera hijo del jefe, pero tenía que trabajar como cualquier otra persona. «Un hombre ocioso —acostumbraba a decir Hengall—, no come».

Galeth era el mejor carpintero de la tribu, y durante siete años Saban se había ido formando en el oficio de su tío. Había aprendido los nombres de los dioses de los árboles y cómo aplacarlos antes de arremeter con el hacha contra el tronco, y había aprendido a hacer vigas, postes y techumbres a partir del roble y el fresno. Galeth le enseñó a hacer una hoja de azuela con sílex y a sujetarla al mango con tiras de piel de buey húmedas que al secarse encogían, tensándose de tal modo que la hoja no se aflojaba durante el trabajo. A Saban se le permitía utilizar herramientas de sílex, pero

ni a él ni al hijo de Galeth, nacido de su primera mujer, se les permitía tocar las dos preciosas hachas de bronce que se habían traído de tierras muy lejanas y habían costado al carpintero un alto precio en cerdos y reses.

Saban aprendió a tallar cuencos a partir del haya y remos a partir del sauce. Aprendió a tallar una rama de tejo dura como la piedra hasta convertirla en un arco para cazar ciervos. Aprendió a encajar piezas de madera y perforarlas con puntas de sílex, hueso o acebo. Aprendió a coger un tronco de olmo y darle la forma de un bote ahuecado que podía flotar sobre las aguas del río hasta el mar para traer de regreso sacas de sal, conchas y pescado desecado. Aprendió a enclavijar piezas de roble verde para que al secarse encajaran a la perfección; y aprendió bien, ya que el invierno previo a las pruebas de Saban, Galeth le encargó la tarea de poner una nueva techumbre a la cabaña donde dormía Derrewyn.

Saban retiró el techado podrido, pero antes entregó el cráneo a Derrewyn que, sabedora de que la protegía, lo besó en la frente y luego levantó la vista hacia Saban.

—Lo otro también —dijo con una sonrisa.

—¿Lo otro?

—La arcilla —señaló. El falo de arcilla sin cocer se había desmenuzado a la intemperie, pero Saban recogió lo que pudo de entre la techumbre medio podrida y se lo dio. Ella hizo una mueca al ver los sucios pedazos de arcilla, pero encontró un fragmento algo más limpio que los demás y alargó la mano para devolvérselo a Saban —. Trágatelo —le ordenó.

—¿Que me lo trague?

—Hazlo —insistió, y luego se echó a reír al ver su expresión mientras intentaba engullir el fragmento.

—¿Para qué lo he hecho? —le preguntó Saban, pero ella se limitó a reír y luego la risa menguó al aparecer Jegar por detrás de la choza.

Ahora Jegar se había convertido en el mejor cazador de la tribu. Iba al bosque durante días a la cabeza de un grupo de jóvenes y traía cadáveres de reses y colmillos. Algunos miembros de la tribu eran de la opinión de que Jegar debía ser el sucesor de Hengall, pues resultaba evidente que los dioses le favorecían; aunque si Jegar compartía su parecer desde luego no lo demostraba. En vez de eso se mostraba respetuoso con Hengall y se cuidaba de ofrecer al jefe las mejores porciones de carne de sus presas y Hengall, a su vez, se mostraba cauto con el hombre que antaño había sido el compañero más fiel de Lengar.

El avezado guerrero miraba a Derrewyn sin tapujos. Al igual que a otros hombres de la tribu, el cráneo encima del tejado lo había mantenido a raya, pero no podía ocultar su deseo por ella, ni sus celos de Saban. En el nuevo año, cuando Saban se presentara a las pruebas para entrar en la edad viril, sería perseguido por lo más profundo del bosque y toda la tribu sabía que Jegar y sus mastines irían tras su pista. Y si Saban fracasaba, no podría contraer matrimonio.

Jegar ofreció una sonrisa a Derrewyn, que apretó el cráneo contra sus pechos y

escupió. Jegar se echó a reír, lamió la hoja de su lanza y señaló con ella a Saban.

—El año que viene, pequeño —le advirtió—, nos encontraremos entre los árboles. Tú, yo, mis compañeros de caza y mis sabuesos.

—¿Te hacen falta compañeros y perros para vencerme? —le preguntó Saban. Derrewyn le observaba y su presencia le hizo adoptar una actitud temeraria—. Háblame del año que viene, Jegar —le retó. Sabía que era una imprudencia mofarse de Jegar, pero temía que Derrewyn lo despreciara si permitía que Jegar lo hiciera objeto de sus baladronadas—. ¿Qué harás si me atrapas en el bosque? —le preguntó al tiempo que saltaba al suelo.

—Te daré una paliza, pequeñajo —aseguró Jegar.

—No eres lo bastante fuerte —dijo Saban, y cogió una larga vara de fresno que se utilizaba para medir las longitudes de los maderos del techado que había que sustituir. Era más alto que Jegar y también sabía que Jegar no osaría darle muerte allí, en pleno asentamiento, donde había tanta gente presente, pero aun así se exponía a recibir una buena tunda—. No podrías zurrar ni a un gatito —añadió desdeñoso.

—Vuelve al trabajo, chico —le instó Jegar, pero Saban cortó el aire con la vara y obligó al hombre, de menor estatura, a retroceder un paso. Saban volvió a cortar el aire y la tosca arma silbó al pasar junto al rostro de Jegar. Esta vez el cazador lanzó un gruñido y puso la lanza en alto—: Ándate con cuidado —le advirtió.

—¿Por qué iba a andarme con cuidado contigo? —inquirió Saban. En su interior rivalizaban el miedo y la exaltación. Era consciente de que cometía una estupidez, pero la presencia de Derrewyn le había abocado a ello y su orgullo no le permitía dar marcha atrás—. Eres un fanfarrón, Jegar —le dijo, retirando la vara—, y te molere a palos.

—¡No eres más que un crío! —se mofó Jegar, y se abalanzó contra Saban, pero este había intuido sus intenciones y bajó el extremo de la vara para que se le trabara a Jegar entre las piernas, la hizo girar de tal forma que el guerrero perdiera el equilibrio y mientras se precipitaba al suelo saltó sobre él y golpeó la cabeza de su enemigo con los puños cerrados. Le asestó dos buenos mamporros antes de que Jegar se las arreglara para volverse y contraatacar. Jegar no podía utilizar la lanza porque Saban estaba encima de él, de modo que primero intentó desembarazarse del muchacho a golpes y luego lanzó un zarpazo a los ojos de Saban, que le mordió uno de los dedos con que le atacaba hasta hacerle sangrar. Entonces, unas manos lo desmontaron de Jegar y otras apartaron al guerrero.

Quien se había encargado de Saban era Galeth.

—Necio —le reprendió Galeth—, ¿acaso quieres morir?

—Estaba dándole una paliza.

—Es un hombre y tú, un niño. Y ese ojo se te va a poner morado. —Galeth apartó a Saban y se volvió hacia Jegar—. Déjale en paz —le ordenó—. Ya tendrás oportunidad el año que viene.

—Me ha atacado —se defendió Jegar. Le sangraba la mano donde Saban se la

había mordido. Se lamió la sangre y recogió la lanza. Sus ojos reflejaban furia por haberse visto humillado—. Si un niño ataca a un hombre debe recibir su merecido — insistió.

—Nadie ha atacado a nadie —sentenció Galeth. Era enorme y su ira, aterradora—. Aquí no ha ocurrido nada. ¿Me oís? ¡No ha ocurrido nada! —Hizo retroceder a Jegar—. ¡No ha ocurrido nada! —Se volvió hacia Derrewyn, que había presenciado la trifulca con los ojos abiertos de par en par—. Ponte a trabajar, muchacha —le ordenó, y volvió a aupar a Saban a la techumbre—. Y tú tienes trabajo por hacer, así que al tajo.

Hengall lanzó una risilla al oír lo de la pelea.

—¿De veras iba ganando? —le preguntó a Galeth.

—No habría durado mucho —respondió este—, pero sí, iba ganando.

—Es un buen chico —dijo Hengall en tono de aprobación—, un buen chico.

—Sin embargo, Jegar intentará por todos los medios que no supere las pruebas —le advirtió Galeth.

Hengall restó importancia a los miedos de su hermano menor.

—Si Saban ha de ser jefe —dijo—, tendrá que ser capaz de enfrentarse a hombres como Jegar. —Volvió a lanzar una risilla sofocada, encantado de que Saban demostrase semejante coraje—. ¿Echarás un ojo al chico durante el invierno? —le pidió—. Se merece algo mejor que un lanzazo en la espalda.

—Lo tendré vigilado —prometió Galeth con gesto severo.

Resultó ser un invierno de una crudeza terrible, y la única buena noticia de una estación tan fría fue que los guerreros de Cathallo cejaron en sus incursiones por las tierras de Hengall. La paz que quedaría sellada con el matrimonio de Saban se mantenía, aunque había quien era de la opinión de que Cathallo solo esperaba la muerte de Hengall para atacar Ratharryn tal como habían hecho con Maden. Otros estaban convencidos de que era el tiempo lo que mantenía a raya a los hombres de Kital, ya que la nieve cubría el paisaje durante días y el río se cubría de tal capa de hielo que las mujeres tenían que romperla a diario para sacar agua. Había días en los que el viento levantaba la nieve de las achatadas crestas de las colinas como si de humo se tratara, días en los que daba la impresión de que el fuego no calentaba y las chozas recubiertas de hielo se agazapaban en una tierra de color blanco grisáceo que no ofrecía atisbo de calor ni de vida. Los débiles de la tribu, los viejos, los pequeños, los enfermos y los malditos morían. A pesar del hambre, los guerreros cazaban en los bosques. Ninguno hacía sombra a Jegar y su grupo, que, un día tras otro, traía cadáveres de reses que se descuartizaban a las afueras del asentamiento, donde las entrañas despedían vapor al contacto con el aire gélido mientras los perros de la tribu daban vueltas con la esperanza de llevarse algún despojo. Los cazadores daban los cráneos de ciervo a sus mujeres, que alimentaban el fuego de la cocina con madera hasta que ardía con furia y después sujetaban las raíces de las cornamentas sobre las llamas para que se desgajaran limpiamente del hueso. En primavera habría que

trabajar en el Viejo Templo, y la tribu necesitaría docenas de picos de cuerna para cavar agujeros en los que introducir las nuevas piedras que iban a traerse de Cathallo.

Ese invierno se hizo interminable. Se vieron lobos junto al río, pero Gilan aseguró a la tribu que todo se solucionaría cuando estuviera erigido el nuevo templo. Ese invierno sería su última adversidad, afirmó el sumo sacerdote, su último infortunio antes de que el nuevo templo cambiara el destino de Ratharryn. Volvería a aflorar la vida y el amor, el calor y la dicha, y, según aseguró Gilan a la tribu, todo cambiaría para mejor.

* * *

Camaban había ido a Cathallo a formarse. Había pasado años en soledad, dedicado a buscarse la vida de cualquier manera más allá del terraplén de Ratharryn, y durante esa época había escuchado las voces que le hablaban y meditado sobre lo que le decían. Ahora quería poner a prueba sus conocimientos frente a la sabiduría del mundo y nadie era más sabio que Sannas, la hechicera de Cathallo, y por tanto Camaban prestaba atención.

Al principio, le explicó Sannas, Slaol y Lahanna eran amantes. Circundaban el mundo en una danza interminable, el uno muy cerca de la otra, pero Slaol había visto a Garlanna, la diosa de la Tierra e hija de Lahanna, y al enamorarse de Garlanna rechazó a Lahanna. Como consecuencia, Lahanna perdió su brillo y así es como llegó la noche al mundo.

Sin embargo, continuó Sannas, Garlanna se mantuvo leal a su madre al negarse a tomar parte en la danza de Slaol, y a resultas de ello el dios del Sol se amohinó y llegó el invierno al mundo. Y Slaol no salía de su tristeza, y no estaba dispuesto a prestar oídos a las gentes de la Tierra porque le recordaban a Garlanna. Y esa es la razón, insistió Sannas, de que haya que honrar a Lahanna por encima de cualquier otro dios, pues es la única que tiene poder para proteger al mundo de la petulancia de Slaol.

Camaban la escuchaba, del mismo modo que escuchaba a Morthor, el padre de Derrewyn, sumo sacerdote de Cathallo. Morthor le contó una historia similar, aunque en su relato era Lahanna la que se amohinaba y la que escondía el rostro avergonzada porque había intentado sin éxito enturbiar el brillo de su amante. Todavía intentaba restar esplendor a Slaol, y el miedo se apoderaba de todos cuando Lahanna se deslizaba delante de Slaol para oscurecer el mundo en pleno día. Morthor aseguraba que Lahanna era la diosa petulante, y a pesar de ser nieto de Sannas y de que ambos estaban en desacuerdo, no se peleaban.

—Los dioses deben guardar equilibrio —afirmaba Morthor—. Es posible que Lahanna intente castigarnos por vivir en la Tierra de Garlanna, pero sigue teniendo

mucho poder y hay que aplacarla.

—Los hombres no están dispuestos a condenar a Slaol —se lamentaba Sannas a Camaban—, ya que no ven nada malo en que ame a una madre y a la hija de esta. —Escupió—. Los hombres son como cerdos que se revuelcan en sus propios excrementos.

—Si visitas una tribu desconocida —le explicó Morthor—, ¿a quién acudes? A su jefe. Por tanto, debemos adorar a Slaol por encima de cualquier otro dios.

Había, no obstante, un punto en el que Sannas y Morthor estaban de acuerdo: el sufrimiento había llegado a este mundo al separarse Slaol y Lahanna y desde entonces las tribus de hombres se habían esforzado por adorar con ecuanimidad a los dos celosos dioses. Eran las mismas creencias que había defendido Hirc, unas creencias que cohibían a las tribus del interior y las obligaban a guardarse de todos los dioses.

Camaban escuchaba y planteaba preguntas, pero se guardaba para sí sus propias opiniones. Había venido para aprender, no para discutir, y Sannas tenía mucho que enseñarle. Era la curandera más famosa de aquellas tierras y las gentes de una docena de tribus acudían a ella. Se servía de hierbas, hongos, fuego, huesos, sangre, pieles y amuletos. Las mujeres yermas caminaban durante días para suplicarle ayuda y cada mañana se encontraba un desesperado grupo de enfermos, tullidos, lisiados y afligidos que aguardaba en la entrada norte del santuario. Camaban cogía las hierbas de Sannas, recolectaba setas y recogía hongos de los árboles en estado de putrefacción. Secaba sustancias curativas en redes colocadas encima del fuego, las troceaba, preparaba infusiones con ellas y aprendía los nombres que les daba Sannas. Escuchaba la descripción que hacía la gente de sus enfermedades y observaba lo que les daba Sannas, y luego seguía su progreso en pos de la recuperación o la muerte. Muchos llegaban quejándose de dolores, simplemente dolores, y a menudo se frotaban el vientre y Sannas les daba a masticar tiras de hongo, o les hacía beber una densa mezcla de hierbas, hongos y sangre fresca. Prácticamente un número similar se quejaban de dolores en las articulaciones, un dolor intenso que los doblegaba e imposibilitaba a un hombre para labrar un campo o a una mujer para hacer uso de una piedra de moler, y si el dolor los dejaba del todo lisiados, Sannas tumbaba a la persona aquejada entre dos hogueras, cogía un cuchillo de sílex recién afilado y abría con él la articulación dolorida. Cortaba arriba y abajo, provocando grandes tajos para que brotara la sangre, y después Camaban frotaba las heridas con hierbas secas y aplicaba más hierbas desecadas sobre los cortes recientes hasta que dejaba de manar sangre. A continuación, Sannas prendía fuego a las hierbas de modo que las llamas crepitaran y despidiesen humo y la choza se llenara de olor a carne quemada.

Un hombre se volvió loco durante aquel invierno tan duro, golpeó a su mujer hasta matarla y arrojó a su hijo menor al fuego de su choza. Sannas decretó que había sido poseído por un espíritu maligno. Lo llevaron ante ella, lo sujetaron entre dos guerreros y Sannas le practicó una hendidura en el cuero cabelludo, retiró la piel y le

hizo un agujero en el cráneo con un pequeño martillo y una fina hoja de sílex. Retiró toda una porción circular de hueso, escupió sobre su cerebro y ordenó al espíritu del mal que saliera. El hombre sobrevivió, aunque quedó en tal estado que más le habría valido morir.

Camaban aprendió a enmendar huesos, a rellenar heridas con moho y tela de araña y a elaborar pociones que producían sueños a los hombres. Llevaba esas pociones a los sacerdotes de Cathallo, que lo trataban con respeto porque Sannas lo había elegido. Aprendió a elaborar el veneno pegajoso que untaban los guerreros en las puntas de sus flechas cuando cazaban extranjeros en los vastos bosques al norte de Cathallo. El veneno se elaboraba con una mezcla de orina, heces y el zumo de una hierba en flor que Sannas tenía en gran estima como instrumento asesino. Preparaba la comida de Sannas reduciéndola a una papilla, ya que, al tener un solo diente, no podía masticar. Aprendió sus hechizos, memorizó sus cánticos, retuvo los nombres de un millar de dioses y cuando no estaba aprendiendo de Sannas prestaba oídos a los mercaderes que regresaban con extrañas historias de sus largos viajes. Lo escuchaba todo, no olvidaba nada y mantenía sus opiniones a buen recaudo en su cabeza. Esas opiniones no habían cambiado un ápice. Las voces que se le habían manifestado seguían resonando en su interior, continuaban despertándole por las noches y le provocaban gran asombro. Había aprendido a curar, a infundir pavor y a cambiar el mundo según los designios de los dioses, pero él no había cambiado. La sabiduría del mundo había dejado la suya propia indemne.

En lo más crudo del invierno, cuando más débil estaba Slaol y Lahanna brillaba con fuerza sobre el santuario de Cathallo para dar a los mojones una pátina de luz fría y reluciente, Sannas trajo a dos guerreros al templo.

—Ha llegado la hora —le dijo a Camaban.

Los guerreros tumbaron a Camaban boca arriba junto a una de las piedras más altas del templo. Un hombre sujetó al niño por los hombros mientras el otro le alzaba el pie tullido hacia la Luna llena.

—Esto acabará contigo —anunció Sannas—, o te curará. —Cogió un martillo de piedra y una hoja hecha a partir de la escápula de un hombre fallecido y puso el filo de hueso sobre el calcañar grotescamente retorcido del pie de Camaban—. Te va a doler —le advirtió, y se echó a reír como si el padecimiento de Camaban fuera a hacerla disfrutar.

El guerrero que le sujetaba el pie se encogió cuando la hechicera descargó un martillazo sobre el hueso. Sannas volvió a propinarle otro martillazo, haciendo gala de una fuerza notable para una mujer tan anciana. La sangre, oscura a la luz de la luna, comenzó a manar del pie, empapó las manos al guerrero y se deslizó por la pierna de Camaban. Sannas volvió a golpear la hoja con el martillo, después movió la escápula de un lado a otro hasta arrancarla e hizo rechinar los dientes mientras enderezaba el apretado nudo que era el pie de Camaban.

—Tienes dedos —se maravilló, y los dos guerreros se estremecieron y apartaron

la mirada al oír cómo chasqueaba el cartílago, se astillaba el hueso y crujía el miembro quebrado al desencorvarse—. ¡Lahanna! —gritó Sannas, y volvió a hincar la hoja en el pie de Camaban, forzando la entrada de su delgado filo en otra porción agarrotada de carne bulbosa y hueso deforme.

Sannas forzó el pie hasta dejarlo recto y lo entablilló entre huesos de ciervo que luego vendó ajustadamente con tiras de piel de lobo.

—He usado hueso para enmendar hueso —le dijo a Camaban—, y, por tanto, es tu sino morir o caminar.

Camaban se quedó mirándola pero no dijo nada. El dolor había sido peor de lo que esperaba, había sido un dolor suficiente para colmar todo el ancho mundo iluminado por la luz de la luna, pero no se había quejado en absoluto. Tenía los ojos arrasados en lágrimas, pero no había emitido ningún sonido y sabía que no iba a morir. Viviría porque esa era la voluntad de Slaol. Porque había sido elegido. Porque era el niño tullido que había sido enviado para enderezar el mundo. Era Camaban.



CAPÍTULO 5

Pasó el invierno. El salmón regresó al río y los grajos a los altos olmos que crecían al oeste de Ratharryn. El cuco cantaba y las libélulas pasaban fugaces por donde el hielo invernal cubriera el río. Las ovejas balaban entre los túmulos funerarios de los antepasados y las garzas se regalaban con polluelos en el río Mai. La melodía del mirlo se propagaba por los bosques donde, una vez entrada la primavera, los ciervos perdían sus grises pieles invernales y mudaban la cornamenta. En cierta ocasión el padre de Hengall afirmó haber visto a un ciervo comerse sus antiguos cuernos, pero lo cierto era que Syrax, el dios de los venados que vagaba por los bosques, se los quedaba para sí. Las cornamentas constituían preciadas herramientas y, por tanto, los hombres intentaban encontrarlas antes que Syrax.

Se araron los campos. Mientras que los miembros de la tribu con más posibles ataban un buey a un arado forjado al fuego, otros utilizaban a sus familias para arrastrar el puntiagudo aladro por el campo. Desmenuzaban la tierra de este a oeste y luego de norte a sur antes de que vinieran los sacerdotes a esparcir los primeros puñados de semillas. Las cosechas anteriores habían sido malas, pero Hengall había ido acumulando en su choza semillas que ahora sacaba para sembrar los campos. Algunos terrenos se abandonaron a las malas hierbas porque la tierra estaba agotada, pero la primavera anterior los hombres habían anillado árboles en las afueras del bosque y después habían quemado los árboles muertos en otoño, y la tierra recién despejada fue arada y sembrada mientras las mujeres sacrificaban un cordero. Los cernícalos volaban por encima del Viejo Templo, donde florecían las orquídeas y revoloteaban mariposas de alas azules.

En verano, cuando callaban los zorzales, los chicos de la tribu de Hengall se enfrentaban a las pruebas de iniciación a la edad viril. No todos las pasaban, y algunos ni siquiera sobrevivían. De hecho, decían en la tribu, más les valía morir que regresar fracasados, porque con el fracaso se exponían a caer en la ignominia para el resto de sus vidas. Durante toda una luna después de las pruebas, se obligaba al niño que no las había superado a llevar ropa de mujer, hacer tareas de mujer y agacharse como una mujer para orinar. Y ya no tendría nunca derecho a desposarse o poseer

esclavos, reses ni cerdos. Entre los que fracasaban, quizás algunos mostraran cierto talento para los augurios y los sueños. Esos niños podían convertirse en sacerdotes y entonces se hacían acreedores de los privilegios de quienes habían pasado las pruebas, pero la mayor parte de los que veían malogradas sus aspiraciones eran despreciados durante toda su vida. Más les valía morir.

—¿Estás listo? —le preguntó Hengall a Saban la mañana del primer día.

—Sí, padre —respondió Saban nervioso. No estaba seguro de que fuera cierto, porque, ¿cómo podía uno prepararse para que lo persiguieran Jegar y sus sabuesos? Lo cierto es que Saban estaba aterrado, pero no osaba dejar que su padre se percatara de ello.

Hengall, cuyo cabello se había vuelto entrecano el invierno anterior, había llamado a Saban para invitarle a comer.

—Carne de oso —dijo Hengall—, para cobrar fuerzas.

Saban no tenía apetito, pero comió obedientemente y Hengall observó cómo tomaba cada bocado.

—No he tenido suerte con mis hijos —confesó poco después. Saban, con la boca llena de carne de sabor acre, no dijo nada, y Hengall lanzó un gruñido mientras pensaba en Lengar y Camaban—. Sin embargo, en ti tengo a un hijo como es debido —felicitó a Saban—. Da prueba de ello durante estos próximos días.

Saban asintió.

—Si muriera mañana —rezongó Hengall, al tiempo que se tocaba la ingle para espantar la mala suerte implícita en sus palabras—, supongo que Galeth se convertiría en jefe, pero no sería un buen líder. Es un buen hombre, pero se muestra confiado en exceso. Se creería todo lo que nos dijeran los de Cathallo, y nos mienten tan a menudo como nos dicen la verdad. Aseguran que hoy en día son amigos nuestros, pero estoy convencido de que aún les gustaría engullirnos. Quieren nuestras tierras. Quieren nuestro río. Quieren nuestra comida, pero temen el precio que tendrían que pagar. Saben que les infligiríamos graves pérdidas, de modo que cuando te conviertas en jefe debes erigirte, en un guerrero contra el que temen luchar, pero también debes ser lo bastante sabio como para saber cuándo no presentar batalla.

—Sí, padre —respondió Saban. Apenas había oído una palabra, pues no dejaba de pensar en Jegar y sus perros lanudos con la lengua colgando entre los afilados colmillos.

—Cathallo debe temerte —insistió Hengall—, del mismo modo que me teme a mí.

—Sí, padre —asintió Saban. La sangre de oso le resbalaba por la barbilla. Se sintió indispuerto.

—Nuestros antepasados tienen la mirada puesta en ti —continuó Hengall—, así que déjanos en buen lugar. Y, una vez seas hombre, te casarás con Derrewyn. Haremos que la boda sea la primera ceremonia celebrada en el nuevo templo, ¿eh? Eso hará que te ganes el favor de Slaol.

—Derrewyn me gusta —confesó Saban con timidez.

—Da igual que te guste o la odies, tienes que darle hijos, muchos hijos. ¡Agótala! Haz que procee y luego haz que procreen otras mujeres, pero ten hijos. La sangre lo es todo.

Con estos consejos bien presentes y el gazzate áspero a causa del sabor rancio del oso, Saban se dirigió hacia el templo de Slaol, justo al otro lado de la entrada del asentamiento. Iba desnudo, igual que veintiún otros chicos que se habían reunido bajo los altos postes del templo. Ahora todos los muchachos tendrían que internarse en los bosques durante cinco noches y sobrevivir a pesar de ser perseguidos, y sus perseguidores, que eran los hombres de la tribu, rodearon el templo y empezaron a abuchear a los aspirantes. Todos los cazadores llevaban arcos o lanzas y se mofaban de los chicos diciéndoles que tenían corazón de mujer. Les auguraban el fracaso y les advertían que los demonios, espíritus y bestias de los bosques los despellejarían. Los hombres instaban a los chicos a darse por vencidos antes de empezar, asegurándoles que no tenía mucho sentido que intentaran convertirse en hombres cuando a todas luces eran tan encanijados y debiluchos.

Gilan, el sumo sacerdote, hacía caso omiso de las mofas y las pullas mientras rezaba al dios. Las bolitas que creta que simbolizaban las vidas de los chicos estaban esparcidas por el centro del templo, encima de la tumba de un niño que había sido sacrificado al dios en el momento de la consagración del templo. Las bolas permanecerían allí hasta el final, cuando a los que se convirtieran en hombres se les permitiría romperlas y los que fracasaran se verían obligados a devolver los símbolos de creta a sus humilladas familias.

Gilan escupió sobre los chicos a modo de bendición. A cada uno se le permitía llevar un arma. La mayoría tenían entre las manos lanzas o arcos, pero Saban había escogido llevarse un cuchillo de sílex que había elaborado él mismo con uno de los excepcionales trozos de sílex de la zona lo bastante grandes para obtener una hoja de la longitud de su mano. Había pulido la oscura piedra hasta conseguir una hoja blanca y afilada. No esperaba cazar con el cuchillo, ya que, aun cuando lograra matar a una bestia, no se atrevería a encender un fuego para cocinar su carne por temor a que el humo atrajera a los cazadores.

—Eso es como si no te llevaras nada —le advirtió Galeth, pero Saban quería el pequeño cuchillo porque su tacto le infundía confianza.

Jegar insultaba a Saban desde el límite del templo. El cazador había colgado un puñado de plumas de águila de la punta de la lanza y llevaba más plumas de águila entreveradas en el largo cabello.

—Voy a azuzar los perros contra ti, Saban —le gritó Jegar—. ¿Qué posibilidades de pasar las pruebas tiene un crío como tú? No vas a durar ni un día.

—Te traeremos de vuelta a rastras y humillado —se mofó uno de los amigos de Jegar—, y podrás ponerte la túnica de mi hermana y ayudar a mi madre a coger agua.

Hengall oyó las amenazas pero no hizo nada por ponerles remedio. Esa era la

costumbre de la tribu, y si Saban sobrevivía a la hostilidad de Jegar y sus amigos, crecería su reputación. Hengall tampoco podía intentar proteger a Saban en los bosques, pues de hacerlo así la tribu declararía que el chico no había pasado la prueba limpiamente. Saban debía sobrevivir gracias a su ingenio, y si se venía abajo sería señal de que los dioses no lo consideraban digno de erigirse en jefe.

A los chicos se les daba media jornada de ventaja. Después, durante cinco noches de estío, tenían que sobrevivir en el bosque, donde sus enemigos no serían solo los cazadores, sino también los osos, los enormes uros salvajes, los lobos y los grupos de extranjeros que estaban al tanto de que los chicos merodeaban entre los árboles y salían en busca de esclavos. Los extranjeros les afeitaban la cabeza a los chicos, les cortaban un dedo y los abocaban a una vida de servidumbre bajo la amenaza del látigo.

Gilan concluyó por fin sus invocaciones y empezó a batir palmas para alejar a los asustados chicos del templo.

—Corred bien lejos —les gritó Jegar—, voy a por vosotros.

Aullaron los mastines atados y Saban sintió pavor de aquellos perros, porque los dioses les habían otorgado el don de seguir el rastro de los hombres en la profundidad del bosque. Los sabuesos eran capaces de percibir el espíritu de un hombre con tal intensidad que daban con él incluso en la oscuridad. Podían perseguir a cualquier criatura con espíritu y, por tanto, los enormes mastines lanudos serían el peor enemigo de Saban en los próximos días.

Saban se dirigió a la carrera hacia el sur a través de las tierras de pasto y su camino lo llevó hasta las cercanías del Viejo Templo, que permanecía a la espera de las piedras de Cathallo. Cuando pasaba a todo correr junto a la zanja le pareció oír la voz de Camaban llamándole por su nombre y se detuvo, perplejo, para mirar hacia el santuario despejado, pero no había otra cosa que dos vacas blancas pastando en la hierba. Sus temores lo instaron a seguir huyendo hacia los árboles, pero un instinto más fuerte le hizo cruzar el bajo terraplén exterior, atravesar la zanja de creta y trepar por el terraplén interior de mayor altura.

El Sol le calentaba la piel desnuda. Permaneció inmóvil preguntándose por qué se había detenido, y entonces otro impulso lo hizo hincarse de rodillas sobre la hierba en el interior del santuario donde se sirvió del cuchillo de sílex para cortarse un mechón de su larga melena morena. Dejó la guedeja sobre la hierba y agachó la cabeza hasta tocar el suelo con la frente.

—Slaol —musitó—, Slaol.

Era allí donde había intentado matarlo Lengar y Saban había escapado del aprieto, de modo que ahora rezaba al dios del Sol para que le ayudara a escapar del odio de otro hombre. Saban llevaba días rezando a tantos dioses como había sido capaz de recordar, pero en ese momento, en el cálido círculo de creta sobre la colina a merced del viento, Slaol le envió una respuesta. Llegó procedente de la nada, y de pronto Saban tuvo el convencimiento que sobreviviría a la prueba y que incluso saldría

victorioso. Comprendió que, a causa de su ansiedad, había estado pidiendo en sus oraciones algo equivocado. Había rogado a los dioses que lo ocultaran de Jegar, pero Jegar era el mejor cazador de la tribu y Slaol había imbuido en Saban la idea de que tenía que dejar que Jegar lo encontrara. Así lo recompensaba el dios. Que Jegar diera con su presa y que después se vieran frustradas sus expectativas. Saban alzó la cabeza hacia la claridad del cielo y manifestó a grito herido su agradecimiento.

Se adentró a la carrera en el bosque, donde notó cómo se volvían a acrecentar sus miedos. Aquel era un lugar silvestre, el oscuro territorio donde acechaban lobos, osos y uros. Había grupos de extranjeros a la búsqueda de esclavos y, peor aún, había proscritos. Cuando se expulsaba a un hombre de Ratharryn la tribu no decía que se había ido del asentamiento, sino que se había ido a los bosques, y Saban era consciente de que muchos proscritos merodeaban entre los árboles, hombres que, según se contaba, eran tan feroces como cualquier bestia. Se rumoreaba que se alimentaban de carne humana, estaban al tanto de cuándo los chicos de las tribus debían esconderse entre los árboles e iban a por ellos. Todos esos miedos torturaban a Saban, pero aún había peligros más terribles entre las hojas: las almas muertas que no quedaban bajo el cuidado de Lahanna acechaban en los bosques. A veces algún cazador se esfumaba sin dejar rastro y los sacerdotes reconocían que se lo habían llevado los envidiosos muertos, que tanto odiaban a los vivos.

El bosque en su totalidad era un oscuro peligro, razón por la que se talaban árboles sin descanso y se impedía la entrada de las mujeres en el mismo. Tenían permitido ir a buscar hierbas por los bosquecillos próximos al asentamiento, o viajar por los bosques si iban acompañadas de hombres, pero no podían adentrarse solas entre los árboles que crecían allende los campos más alejados, por miedo a que las asaltaran demonios y espíritus o las capturasen los proscritos. Algunas mujeres, muy pocas, huían para unirse a esos fugitivos y, una vez allí, escondidas entre los árboles en lo más profundo del bosque, constituían pequeños clanes salvajes que vivían a costa de las cosechas ajenas y robaban niños, pjaras y rebaños.

Sin embargo, Saban no apreció peligro alguno en su trayecto hacia el este a través de los bosques. El sol hacía brillar las hojas verdes y el cálido viento susurraba entre las ramas. Siguió el mismo camino por el que Lengar y él habían perseguido al forastero que había traído el tesoro a Ratharryn, y aunque sabía que era arriesgado ir por un sendero sin tomar mayores precauciones, con el bosque infestado de enemigos, corrió el peligro porque no quería que los perros de Jegar tuvieran ningún problema para seguir su espíritu a través de la maraña de árboles.

Por la tarde, cuando hubo llegado a la alta cresta desde la que se dominaban los bosques del oeste, Saban oyó el lejano ulular de cuernos de buey. El ominoso resonar le indicó que los cazadores de Ratharryn se habían puesto en marcha. Llevarían ascuas encendidas en vasijas para que, en caso de que decidieran quedarse de noche en el bosque, pudiesen encender grandes hogueras que ahuyentaran a los espíritus y las bestias. Saban no tenía al alcance de la mano semejante defensa. Solo contaba con

la ayuda de Slaol y un pequeño cuchillo de frágil sílex.

Pasó un buen rato buscando un árbol que le sirviera para cumplir los designios de Slaol. Era consciente de que los perros de Jegar debían de estar recorriendo el sendero a la carrera, pero le habían dado mucha ventaja y disponía de tiempo suficiente. Un rato después se había acomodado encima de un roble achaparrado y frondoso en mitad de cuyo tronco había una zona de la que no brotaba ninguna rama. Un hombre no tendría problema para trepar por la parte inferior del tronco, pero luego se vería obligado a dar un salto para aferrarse a una oportuna rama que tenía el grosor de un brazo de adulto. Esa rama constituía un asidero perfecto, y si Jegar consideraba que Saban se escondía entre las hojas más altas del árbol se lanzaría a por ella. Eso es lo que hizo Saban, y se agarró con fuerza mientras sacudía los pies en el aire buscando apoyo en el tronco. Después se aupó y se puso a horcajadas sobre la estrecha rama del árbol.

Se sentó de cara al tronco del roble, rezó una breve oración al árbol para que le perdonara la herida que estaba a punto de infligirle y acto seguido utilizó la punta del cuchillo para practicar una estrecha hendidura sobre la superficie de la rama más próxima al tronco. Cuando el corte fue lo bastante ancho y profundo, hincó la hoja de sílex en la madera de modo que el puntiagudo filo moteado quedara a ras de la corteza. Realizó con maña la tarea que se había propuesto, pues la hoja quedó bien clavada en el árbol. Tras escupir sobre el sílex para que le diera suerte, se dejó caer de la rama. Levantó la vista para asegurarse de que la pequeña trampa resultara invisible y recogió las virutas de madera recién cortada que habían caído junto al tronco del roble.

Se lanzó a la carrera colina abajo en busca del río que corría a los pies de la estribación, y una vez allí empezó a caminar por donde menos cubría porque todo el mundo sabía que cruzar el agua no estaba entre las habilidades de los espíritus. Mientras estuviera en el cauce, su propio espíritu se refugiaría dentro de su cuerpo, evitando de ese modo dejar ningún rastro para los perros de Jegar. Vadeó un buen trecho, murmurando de vez en cuando una oración para aplacar el espíritu de la corriente, y luego volvió a subir colina arriba para dar con un lugar donde descansar.

Encontró un sitio donde dos sólidas ramas salían del tronco de un olmo y colocó ramas más menudas encima de las primeras para construir una plataforma en la que tumbarse con tranquilidad. Estaba oculto, pero lo bastante alto como para ver entre las hojas hasta donde las nubes blancas surcaban el luminoso cielo y, con solo alargar el cuello, alcanzaba a ver un trozo de tierra mohosa a los pies del árbol. Durante un buen rato no ocurrió, nada. El viento mecía las hojas, una ardilla hacía chasquear los dienteceillos y dos abejas pasaron de largo. En algún lugar un pájaro carpintero que picoteaba madera se detuvo un momento y continuó con su tarea. Un crujido de hojas secas hizo que Saban bajara la vista temeroso de que lo descubrieran, pero lo único que vio fue un zorro con un somorgujo entre las mandíbulas.

Entonces todos los sonidos vivos del bosque, todos los ruidillos de garras, picos y

pezuñas se interrumpieron de pronto, y quedó solo el susurro del viento entre las hojas y el crujir de los árboles. Todo lo que había estado respirando permanecía agazapado e inmóvil; había llegado algo nuevo y desconocido. Se había presentado un peligro; el bosque contuvo la respiración y Saban aguzó el oído hasta que por fin escuchó el ruido que había silenciado al mundo. Un sabueso lanzó un aullido.

Era un día cálido, pero de repente Saban sintió frío en su piel desnuda. Notó cómo se le erizaban los pelos de la nuca. Ladró otro perro y Saban oyó voces de hombres a lo lejos. Los hombres estaban en la ladera, muy por encima de él. Eran cazadores.

No le costó trabajo imaginárselos. Habría media docena de jóvenes, con Jegar a la cabeza; todos altos, fuertes y bronceados, con el pelo largo arreglado en trenzas de cazador y adornado con plumas. Estarían mirando la copa del roble, apoyados sobre las lanzas mientras proferían insultos en dirección a donde creían que Saban estaba escondido. Quizá dispararan alguna flecha hacia las hojas con la esperanza de obligarle a bajar para llevarlo de regreso a Ratharryn y pasear su vergüenza ante la choza de su padre, pero en cuestión de poco tiempo se aburrirían y uno de ellos —«ojalá sea Jegar», rogaba Saban— treparía por el tronco para dar con él.

Saban permanecía tumbado, a la escucha con los ojos cerrados. Entonces oyó un grito. No solo un grito, sino un gañido de queja, dolor e ira, y comprendió que su pequeña trampa había dado resultado, cosa que le hizo sonreír.

Jegar cayó del árbol profiriendo maldiciones porque se había hecho un profundo corte en la palma de la mano. Chilló y se llevó la mano sangrante entre las piernas, al tiempo que se inclinaba hacia delante para aliviar el dolor. Uno de sus amigos le puso moho sobre la herida y le envolvió la mano en hojas, y después, enfurecidos, se precipitaron estribación adelante, pero ni ellos ni sus estridentes sabuesos se acercaron a Saban. Siguieron su espíritu río abajo, pero allí los perros lo perdieron y un rato después cejaron en su búsqueda. El barullo de los perros perdió intensidad y la miríada de ruidillos del bosque volvieron a hacerse audibles.

Saban esbozó una sonrisa. Recordó el momento en que había oído el grito y dio gracias a Slaol. Se echó a reír; había vencido.

Había vencido, pero no se movió de su sitio. Ahora estaba hambriento, y sin embargo no se atrevía a buscar alimento por si Jegar seguía al acecho en la falda de la colina, de modo que se quedó en su pequeña plataforma y observó el regreso de los pájaros a sus nidos y cómo el cielo se tornaba rojizo debido a la ira de Slaol al ver que el mundo quedaba al cuidado de Lahanna. El frío se propagaba a partir de las aguas. Una cierva y su cervato cruzaron a paso lento y delicado por debajo del olmo, camino del río, y su aparición confirmó que no había cazadores escondidos en la estribación por encima de su cabeza, y sin embargo Saban no se movió. El hambre y la sed podían esperar. En los huecos entre las hojas más altas vio cómo el cielo adquiría un cariz grisáceo y brumoso, y entonces apareció la primera estrella de la bandada de Lahanna. Esa estrella, que la tribu denominaba Merra, recordó a Saban que todos sus antepasados tenían la vista puesta en él, pero también reavivó sus

temores frente a aquellos que habían muerto humillados y ahora despertaban de su sueño diurno para dejar que sus famélicos espíritus pulularan entre los oscuros árboles. Al desatarse los terrores nocturnos del bosque, salían a relucir extrañas garras y quedaban al descubierto colmillos rabiosos.

Saban apenas durmió. En vez de eso permaneció tumbado y escuchó los ruidos de la noche. En una ocasión oyó el crujido de unas ramas, el sonido de un cuerpo de gran tamaño que avanzaba entre la maleza y luego otra vez el silencio, en el que imaginó una monstruosa cabeza con los colmillos al aire que husmeaba olmo arriba. Se oyó un grito procedente de una cota más alta de la estribación y Saban se hizo un ovillo y gimió. Ululó un búho. El único consuelo del chico eran las estrellas de sus antepasados, la fría luz de Lahanna que tornaba plateadas las hojas, y sus recuerdos de Derrewyn. Pensaba en ella a menudo. Intentó componer una imagen de su rostro. Mientras la recordaba, levantó la mirada y vio un rayo de luz surcar el firmamento entre las estrellas; y supo que un dios descendía a la Tierra, cosa que tomó como indicio de que Derrewyn y él estaban hechos el uno para el otro.

Permaneció escondido durante cinco días y cinco noches, permitiéndose salir a cazar únicamente a la media luz del amanecer y el anochecer. Encontró un claro al fondo de la estribación donde el río hacía un amplio meandro en su curso y allí dio con perifollo y ajo. Arrancó hojas de acedera y consuelda y halló algunos capullos de retama, aunque estaban amargos porque la temporada de esa planta casi había tocado a su fin. Lo mejor de todo fueron las dulcamaras que encontró colina arriba, donde había caído un enorme árbol. Las llevó de regreso a su plataforma en el olmo y antes de comérselas sacó de sus grietas las cochinillas. Un día incluso atrapó una pequeña trucha entre las hierbas del río y comió su pulpa cruda a ávidas dentelladas. Por la noche mascaba la goma que rezuma la corteza del abedul para escupirla una vez agotado el sabor.

Jegar había cejado en la persecución, aunque Saban no lo sabía, y un anochecer, mientras buscaba más dulcamaras junto a un olmo podrido, oyó una pisada sobre las hojas y se detuvo. El gran árbol caído lo ocultaba, pero se trataba de un escondite precario y el corazón empezó a latirle a toda prisa.

Poco después pasó una fila de extranjeros armados con lanzas. Eran todos hombres cuyas lanzas llevaban punta de bronce y lucían franjas de color gris tatuadas en la cara. No les acompañaban perros y al parecer tenían más interés en dejar atrás la estribación que en dar con una presa. Saban oyó el ruido que hacían al vadear el río, seguido por el aleteo de las aves acuáticas al huir de ellos; a continuación volvió a hacerse el silencio.

La última noche fue la peor que pasó Saban. Llovió y el viento era tan fuerte que el ruido que producían los árboles al mecer sus copas en el cielo desgajado era más intenso que nunca. Crujían las ramas y, a lo lejos, Rannos, el dios del trueno, asestaba golpes a la negrura. Y reinaba la oscuridad, una oscuridad absoluta, sin que el más leve haz de la luz de Lahanna perforase o aclarase las nubes. Esa oscuridad era peor

que una choza fría, pues aquella era una noche infinita llena de horrores y en su tenebroso corazón Saban oyó que algo enorme y pesado se desplomaba en pleno bosque. Se agazapó en la plataforma pensando en las almas de los muertos y su ansia de carne humana hasta que, empapado, aterido y hambriento, vio que un gris amanecer diluía la húmeda oscuridad que cubría la estribación. La lluvia escampó conforme se fue aclarando el cielo y entonces sonaron los cuernos de buey para anunciar que había concluido la primera prueba.

Habían salido de Ratharryn veintidós chicos, pero solo regresaron diecisiete. Mientras que uno desapareció y no volvió a saberse de él y dos habían sido localizados por los cazadores y llevados de regreso a Ratharryn, a otros dos los había aterrorizado hasta tal punto la oscuridad de los árboles que habían regresado por voluntad propia a sufrir la humillación que les aguardaba. Sin embargo, a los diecisiete que se reunieron en el templo de Slaol se les permitió atarse el cabello en un holgado nudo en la nuca y después siguieron a los sacerdotes por el sendero que llevaba a la entrada de Ratharryn, a ambos lados del cual había mujeres con bandejas de tortas de pan, cerdo frío y pescado desecado. «Comed —instaban a los chicos—, debéis de estar hambrientos, comed». Pero a pesar del hambre que sentían, ninguno de ellos tocó la comida porque se trataba de otra prueba, aunque a esta no fuera tan difícil sobrevivir.

Los hombres de la tribu esperaban junto a una gran hoguera en el interior del gran muro y golpeaban el suelo con el cabo de las lanzas para dar la bienvenida a los diecisiete. Los chicos aún tenían que enfrentarse a dos pruebas, y algunos todavía fracasarían, pero ya no se mofaban de ellos. Saban vio a Jegar y, al apreciar las hojas que llevaba atadas con guita a la mano, no pudo menos que dar unos saltitos en ademán de triunfo. Jegar escupió en dirección a él, pero no era más que mera petulancia. Había perdido su oportunidad y Saban había sobrevivido a los bosques.

Para su siguiente prueba, el chico tenía que pelear con hombres. Daba igual que ganara o perdiera; de hecho, nadie esperaba que un chaval medio muerto de hambre venciera a un hombre hecho y derecho, pero era importante que pelearan bien y demostraran valor. A Saban le tocó en suerte enfrentarse a Dioga, un esclavo extranjero manumitido al que se conocía por su fuerza osuna. La muchedumbre se echó a reír ante emparejamiento tan desigual entre chico y hombre, pero Saban era más rápido de lo que nadie esperaba. Se zafó del ataque de Dioga, le propinó una patada, volvió a escapar de milagro, le soltó un manotazo, se rio de él y le asestó un puñetazo en la cara que lo dejó dolorido, pero entonces el hombre cogió por fin al chico, lo tiró al suelo y empezó a estrangularlo con sus manazas. Saban lanzaba zarpazos a la cara tatuada de Dioga en un intento de meterle los dedos en las cuencas de los ojos, pero Dioga siguió gruñendo y apretando con los pulgares la tráquea de Saban hasta que Gilan le golpeó con un bastón y lo echó de allí. «Bien hecho, muchacho», le felicitó el sumo sacerdote. Saban tosió al intentar responder, luego se sentó con los demás chicos y tomó aire a bocanadas en sus maltrechos pulmones.

En último lugar los chicos se vieron sometidos a la prueba del fuego. Debían permanecer de espaldas a las llamas mientras un sacerdote calentaba la punta afilada de una rama de fresno hasta que se ponía al rojo vivo. Entonces se la ponía sobre el omóplato y la dejaba allí hasta que la piel burbujeaba. Gilan les miraba a la cara para asegurarse de que no lloraran. Saban entonó la canción de la ira de Rannos mientras el fuego le abrasaba la espalda, y el calor era tal que creyó que iba a gritar, pero pasó y Gilan sonrió a modo de aprobación. «Bien hecho —volvió a decir el sumo sacerdote—, bien hecho», y a Saban se le llenó el corazón de dicha hasta tal punto que podría haber alzado el vuelo como un pájaro.

Era un hombre. Podía tomar esposa, ser propietario de un esclavo, tener su propio ganado, adjudicarse un nuevo nombre y hablar en las reuniones tribales. Neel, el joven sacerdote, entregó a Saban la bola de creta que albergaba el espíritu de su infancia, y Saban bailoteó sobre ella quebrándola y reduciéndola a polvo mientras lanzaba gritos de alegría. Su padre, incapaz de disimular su satisfacción, le hizo entrega de una túnica de piel de lobo, una hermosa lanza y un cuchillo de bronce con mango de madera. Su madre le dio un amuleto de ámbar que había sido un regalo de Lengar, y Saban intentó que lo conservara porque estaba enferma, pero ella se negó a aceptarlo. Galeth le regaló un arco de tejo y después le hizo sentarse y le tatuó las marcas de la virilidad en el pecho. Utilizó un peine de hueso que mojó en glasto para luego introducirlo en la piel a pequeños martillazos; ahora que era hombre, el dolor no significaba nada para Saban.

—Ya puedes elegir un nuevo nombre —le recordó Galeth.

—«Rajamanos» —propuso Saban en tono guasón.

Galeth se echó a reír.

—Ya me parecía que eso había sido obra tuya. Bien hecho; pero te has ganado un enemigo de por vida.

—Un enemigo —puntualizó Saban— que tendrá problemas para sujetar un arco o blandir una lanza.

—Pero un hombre peligroso, al fin y al cabo —le previno Galeth.

—Ahora es un hombre tullido —insistió Saban, ya que había llegado a sus oídos que el cuchillo de sílex le había cortado a Jegar los tendones de la mano.

—Entonces, peor enemigo si cabe —concluyó Galeth—. ¿Así que vas a cambiar de nombre?

—Mantendré el que tengo —afirmó Saban. Su nombre de pila significaba El Favorecido y, a su juicio, era adecuado. Observó cómo le caía por la piel sangre y glasto. Era un hombre. Entonces, con los otros dieciséis que habían pasado las pruebas, Saban tomó a sientos para hartarse de carne, pan y miel, y, mientras comían, las mujeres de la tribu entonaron el himno de batalla de Arryn. Para cuando concluyó el banquete el Sol ya se estaba poniendo, y las chicas que llevaban todo el día aisladas en el Templo de Lahanna fueron trasladadas al Templo de Slaol. Los miembros de la tribu se dispusieron a ambos lados del sendero que iba del

asentamiento al templo y bailaron y batieron palmas mientras los diecisiete seguían a las chicas que ahora se iban a convertir en mujeres.

Derrewyn no estaba entre ellas. Era demasiado valiosa como prometida para que se abandonara al jolgorio de esa noche, pero a la mañana siguiente, cuando Saban entró de regreso al asentamiento para buscar un lugar en el que erigir su propia cabaña, Derrewyn salió a recibirle. Le hizo entrega de sus preciosos collares de conchas blancas. Saban se sonrojó ante el regalo y Derrewyn se echó a reír al verlo azorado.

Ese mismo día Gilan empezó a planificar el emplazamiento de las ocho piedras.

* * *

Nadie esperaba que los chicos que acababan de convertirse en hombres trabajaran el día posterior a sus pruebas de iniciación, de modo que Saban se llegó hasta la colina para ver cómo Gilan empezaba a trabajar en el Viejo Templo. Había mariposas por todas partes, multitud de pequeños fragmentos azules y blancos surcaban el césped sembrado de flores, donde un grupo de gente excavaba en la creta con picos de cuerna para hacer zanjas y terraplenes que flanquearían un nuevo sendero sagrado hasta la puerta del templo orientada al Sol.

Saban fue hasta el lado oeste del templo y se sentó en la hierba. Tenía junto a él su nueva lanza y se preguntó cuándo sería su bautismo de batalla. Ahora era un hombre, pero la tribu esperaba de él que matara un enemigo antes de reconocerlo como un adulto hecho y derecho. Sacó el cuchillo de bronce que le había regalado su padre y lo admiró a la luz del sol. La hoja era corta, apenas de la longitud de la mano de Saban, pero el metal había sido grabado con un millar de minúsculas muescas que constituían un complejo entramado. Un cuchillo de hombre, pensó Saban, y movió la hoja de un lado a otro para que el sol se reflejase en el metal.

Oyó la voz de Derrewyn a su espalda.

—Mi tío tiene una espada igual. Dice que la forjaron en las tierras que están al otro lado del mar del oeste.

Saban se volvió para mirarla.

—¿Tu tío? —inquirió.

—Kital, el jefe de Cathallo. —Hizo una pausa—. Claro. —Se acuclilló a su lado y posó con delicadeza un dedo sobre las cicatrices de color rojo azulado de sus recientes tatuajes—. ¿Te ha dolido? —le preguntó.

—No —se jactó Saban.

—Pues debe haber sido muy doloroso.

—Un poco —confesó.

—Mejor esas cicatrices que morir a manos de Jegar —señaló Derrewyn.

—No me habría matado —dijo Saban—. Solo quería traerme a rastras de vuelta a Ratharryn y obligarme a llevarle la bola de creta a mi padre.

—Creo que te habría matado —insistió Derrewyn, y luego le miró de soslayo—. ¿Le hiciste tú la herida en la mano?

—En cierto modo —admitió Saban con una sonrisa.

Ella se echó a reír.

—Geil dice que quizá no vuelva a utilizar la mano como es debido. —Geil era la esposa más vieja de Hengall y la mujer con quien vivía Derrewyn, y era famosa por sus aptitudes de curandera—. Le dijo a Jegar que acudiera a Sannas porque ella es mucho más poderosa. —Derrewyn arrancó unas margaritas—. ¿Sabías que Sannas ha enderezado el pie de tu hermano?

—Ah, ¿sí? —preguntó Saban sorprendido.

—Le abrió el pie de un tajo —explicó Derrewyn—. Había sangre por todas partes. Lo hizo la noche de Luna llena y Camaban no se quejó en absoluto. Después le inmovilizaron el pie con unos huesos de ciervo y le subió la fiebre. —Empezó a trenzar una guirnalda con las margaritas—. Luego mejoró —añadió.

—¿Cómo lo sabes? —indagó Saban.

—Un mercader trajo la noticia mientras estabas en los bosques —aclaró, e hizo una pausa para hendir el tallo de una margarita con una afilada uña—. Y dijo que Sannas está furiosa con tu hermano.

—¿Por qué?

—Pues porque Camaban se fue sin más ni más —contestó Derrewyn con el ceño fruncido—. Antes de que sanara siquiera la herida del pie, se largó y nadie sabe adonde ha ido. Sannas creía que quizás hubiera vuelto aquí.

—No le he visto —aseguró Saban, y sintió una punzada de contrariedad al no haber tenido noticias de su hermano antes, o quizá fuera decepción al no haber regresado Camaban a Ratharryn, aunque no se le ocurría ninguna razón para que visitara la tribu de su padre. Sin embargo, Saban sentía cariño por su hermanastro desmañado y tartamudo y le afligía que Camaban se hubiera ido sin despedirse—. Ojalá hubiera venido —comentó Saban.

Derrewyn se estremeció.

—Solo lo vi una vez —dijo—, y me dio miedo.

—No es más que un poco patoso —respondió Saban con una media sonrisa—. Antes le llevaba comida y él intentaba asustarme. Farfullaba y daba saltos de aquí para allá fingiéndose loco. —¿Fingiéndolo?

—Le gusta fingir.

Derrewyn se encogió de hombros y sacudió la cabeza de lado a lado como si la suerte que corriera Camaban la trajese sin cuidado. Al sur del templo, un grupo de hombres trasquilaba ovejas provocando que las bestias profirieran lastimosos balidos. La chica se rio al ver a los animales medio desnudos, y Saban la contempló, maravillado ante la delicadeza de su rostro y la suavidad de sus piernas bronceadas.

No era mayor que él, y sin embargo a Saban le dio la impresión de que Derrewyn tenía la seguridad de que él carecía. La propia Derrewyn fingió no darse cuenta de que la observaba y se volvió para contemplar el Viejo Templo donde Gilan trabajaba con la ayuda de Galeth y su hijo, Mereth, que no era más que un año menor que Saban. Nada más que un año, aunque, puesto que ahora Saban era un hombre, la distancia entre él y Mereth parecía mucho mayor.

Gilan y sus dos ayudantes intentaban encontrar el centro del santuario, y para hacerlo habían dispuesto a través del círculo de hierba que delimitaba el terraplén interior una cuerda de fibra de corteza de árbol entretejida. Una vez se hubieron cerciorado de haber descubierto el mayor diámetro del círculo, doblaron la cuerda y ataron un manojito de hierba a su extremo combado. De ese modo tenían la seguridad de que contaban con una línea tan larga como ancho era el círculo, y de que el nudo de hierba señalaba el centro exacto de la línea; ahora estaban extendiendo una y otra vez esa línea a lo ancho del círculo en un intento de dar con el centro del templo. Galeth sujetaba un extremo de la cuerda, Mereth el otro y Gilan se mantenía en el centro comprobando en todo momento si sus dos ayudantes estaban junto al terraplén, encima del mismo o al otro lado, y cuando quedaba satisfecho con su colocación marcaba el punto que coincidía con el manojito de hierba atado a la cuerda plantando un palo en el suelo. Ahora había una docena de palos, todos a escasos palmos de distancia unos de otros, aunque ninguno marcaba exactamente el mismo lugar, y Gilan continuaba realizando mediciones con la esperanza de encontrar dos puntos coincidentes.

—¿Para qué necesitan hallar la mitad del templo? —preguntó Saban.

—Porque la mañana del solsticio de verano —le explicó Derrewyn—, averiguarán por dónde sale Slaol y trazarán una línea desde allí hasta el centro del templo. —Era hija de sacerdote y sabía de esos asuntos. Gilan se había decidido por uno de los palos, de modo que arrancó los demás del suelo antes de clavar sin mucha maña una estaca en el suelo para señalar el centro del santuario. Al parecer, hasta ahí llegaba el trabajo del día, pues Gilan hizo un ovillo con la cuerda y, tras murmurar una oración, emprendió el camino de regreso hacia Ratharryn.

—¿Quieres ir de caza? —invitó Galeth a Saban sin llegar a acercarse.

—No —respondió Saban a voz en cuello.

—¿Te estás volviendo perezoso ahora que eres hombre? —le preguntó Galeth sin mala intención, y después se despidió de él con la mano y siguió al sumo sacerdote.

—¿No quieres ir de caza? —le preguntó Derrewyn.

—Ahora que soy hombre —dijo Saban—, puedo tener mi propia choza, ganado y esclavos y puedo llevar a una mujer al bosque.

—¿Una mujer?

—Tú —afirmó. Se puso en pie, cogió la lanza y extendió la mano.

Derrewyn lo miró durante un instante.

—¿Qué ocurrió anoche en el templo de Slaol?

—Había diecisiete hombres —contestó Saban—, y catorce chicas. De modo que dormí.

—¿Por qué?

—Te estaba esperando —contestó, y notó el corazón henchido y trémulo porque lo que estaba haciendo le parecía mucho más peligroso que dormir entre los tenebrosos árboles rodeado de enemigos extranjeros y proscritos. Se tocó el collar de conchas que le había regalado la chica—. Te estaba esperando —repitió.

Derrewyn se puso en pie y por un instante a Saban le dio la impresión de que iba a volverle la espalda, pero entonces sonrió y le cogió la mano.

—No he ido al bosque nunca —confesó.

—Entonces ya va siendo hora —aseguró Saban, y la llevó hacia el este. Era un hombre.



CAPÍTULO 6

Saban y Derrewyn fueron hacia el este a través del río Mai, luego hacia el norte más allá del asentamiento hasta llegar a un lugar donde el valle era estrecho y escarpado y la espesura de los árboles se arqueaba muy por encima del cauce del río. La luz del sol salpicaba el suelo a través de las hojas. La llamada de los guiones de las bandadas de codornices en los campos de trigo hacía rato que había callado, y ahora no oían sino el murmullo del agua del río, el susurro del viento, el garrapatear de pezuñas de ardilla y el aleteo entrecortado de algún pichón que alzaba el vuelo entre las hojas más altas. Mientras que las orquídeas se tornaban de color púrpura entre la hierbabuena a la orilla del agua, el aroma de las campanillas ya casi marchitas impregnaba las sombras bajo los árboles. Los martines pescadores sobrevolaban con destellos brillantes el río donde las crías de polla de agua chapaleaban entre los juncos.

Saban llevó a Derrewyn a una isla en el río, un lugar en el que se alzaba una espesura de sauces y fresnos sobre una ribera cubierta de hierba crecida y tupido musgo. Vadearon la corriente hasta la isla, se tumbaron sobre el musgo y Derrewyn observó las burbujas que aparecían en el agua cubierta de hojas allí donde las nutrias perseguían peces. Se acercó una liebre a la ribera opuesta, pero salió corriendo antes de beber porque Derrewyn lanzó un suspiro de admiración demasiado sonoro. Entonces a la chica le entraron ganas de pescar, así que cogió la nueva lanza de Saban y se metió en las aguas menos profundas. De vez en cuando asestaba un lanzazo a una trucha o una dorada, pero siempre fallaba.

—Apunta debajo del pez —la instruyó Saban.

—¿Debajo?

—¿Ves cómo se tuerce la lanza bajo el agua?

—Sí, esa es la impresión que da —dijo, volvió a probar suerte, falló de nuevo y se echó a reír. La lanza era pesada y se cansó, de modo que la lanzó sobre la orilla y se quedó allí de pie dejando que el río fluyera en torno a sus rodillas bronceadas—. ¿Quieres ser jefe de estas tierras? —le preguntó a Saban al cabo de un rato.

—Eso creo, sí —asintió él.

Derrewyn se volvió para mirarle.

—¿Por qué?

Saban no tenía respuesta. Se había acostumbrado a la idea, nada más. Su padre era jefe y, aunque eso no suponía necesariamente que uno de sus hijos fuera a ser el siguiente jefe, la tribu los tendría en cuenta antes que a ningún otro, y ahora Saban era el único que podía sucederlo en el cargo.

—Creo que quiero ser como mi padre —dijo con tiento—. Es un buen jefe.

—¿Qué hace que alguien sea buen jefe?

—Debe mantener con vida a la gente durante el invierno —explicó Saban—, hay que talar los bosques, juzgar las disputas con equidad y proteger a la tribu de los enemigos.

—¿De Cathallo? —inquirió Derrewyn.

—Solo si Cathallo nos amenaza.

—No lo hará. Me aseguraré de ello. —Ah, ¿sí?

—Le caigo bien a Kital. Uno de sus hijos será el siguiente jefe y son mis primos, y a ellos también les caigo bien. —Le miró con timidez, como si eso fuera a sorprenderlo—. Insistiré en que seamos amigos —dijo con decisión—. Es una estupidez ser enemigos. Si los hombres quieren luchar deberían hacerlo contra los extranjeros. —De pronto le salpicó con agua—. ¿Sabes nadar?

—Sí.

—Enséñame.

—Basta con que te tires —la animó Saban.

—Me ahogaré. Una vez se ahogaron dos hombres en Cathallo y nos costó varios días encontrarlos, y además estaban muy hinchados. —Fingió estar a punto de perder el equilibrio—. A mí me pasará lo mismo. Quedaré hinchada y mordisqueada por los peces y será culpa tuya porque no me quisiste enseñar a nadar.

Saban se echó a reír y se despojó de su nueva túnica de piel de lobo. Hasta pocos días antes acostumbraba a ir desnudo en verano, pero ahora se sentía incómodo sin la túnica. Se apresuró a meterse en el agua, que estaba deliciosamente fría bajo los árboles, y se apartó a nado de Derrewyn en dirección a un profundo remanso donde el agua rielaba en oscuras ondas. Sin dejar de mover los brazos para mantener la cabeza fuera del agua, una vez hubo llegado al centro del remanso se volvió para llamar a Derrewyn, pero, para su sorpresa, comprobó que ya estaba allí, muy cerca de él. Se echó a reír al ver su expresión de asombro.

—Aprendí a nadar hace mucho tiempo —confesó, y acto seguido cogió aire, metió la cabeza bajo el agua y se dio impulso con las piernas desnudas para pasar buceando por debajo de Saban. Ella también iba en cueros.

Saban volvió chapoteando a la isla, donde se tumbó boca abajo sobre la hierba. Contempló zambullirse y nadar a Derrewyn y no apartó la vista cuando llegó a la orilla del río y empezó a salir lentamente del agua con el largo cabello moreno liso y empapado. A Saban le pareció la mismísima Mai, diosa del río, que salía del agua con

una hermosura pasmosa, y entonces se arrodilló junto a él e hizo que un escalofrío le recorriera la piel de la espalda, allí donde su cabello entró en contacto con las cicatrices de las quemaduras en sus omóplatos. Permaneció quieto por completo, consciente de su tacto, pero sin osar moverse por si la asustaba. Para esto le había pedido que le acompañara al bosque, se dijo, aunque ahora que había llegado el momento lo consumían los nervios. Derrewyn debía de saber lo que le pasaba por la cabeza, porque le tocó el hombro para hacerle dar la vuelta y se dejó caer suavemente en sus brazos.

—Te comiste la arcilla, Saban —susurró ella, mientras su cabello húmedo y frío caía sobre los hombros del joven—, de modo que la maldición de la calavera no puede alcanzarte.

—¿Estás segura?

—Te lo prometo —dijo con un susurro, y Saban se estremeció porque le dio la sensación de que la propia Mai había salido del agua en todo su esplendor. La abrazó con todas sus fuerzas y pensó como un necio que aquella dicha duraría siempre.

* * *

Esa tarde, mientras Derrewyn y Saban esperaban a que se pusiera el Sol y el crepúsculo trajera las sombras al resguardo de las cuales regresar a casa a hurtadillas, oyeron cantos procedentes de las colinas que se asomaban a la orilla oeste del río. Se vistieron, vadearon el brazo del río y subieron en dirección al sonido que cobraba más fuerza a cada paso que daban. Los dos avanzaron con lentitud y precaución, pero no tenían de qué preocuparse porque las cantantes estaban demasiado enfrascadas en su tarea para reparar en los dos amantes entre las hojas.

Las intérpretes eran mujeres de Cathallo y flanqueaban a setenta hombres sudorosos que tiraban de largas sogas de cuero trenzado, unidas a una gran narria de roble sobre la que iba la primera de las ocho piedras de Ratharryn. Era una de las más pequeñas y aun así su peso era tal que los hombres gruñían y resoplaban debido a los esfuerzos que hacían por mantener la engorrosa narria en movimiento a través del accidentado sendero entre los bosques. Otros iban por delante para despejar el camino, cortaban raíces y aplastaban con los pies montecillos de hierba, pero un rato después los hombres que tiraban de las cuerdas estaban demasiado cansados para continuar. Llevaban todo el día arrastrando la carga, incluso habían subido la enorme narria por la colina al sur de Maden, y ahora estaban agotados, de modo que dejaron la narria en medio del bosque y se fueron hacia el sur en dirección a Ratharryn, donde esperaban que les diesen de comer. Derrewyn cogió a Saban por el brazo.

—Me voy con ellos —susurró.

—¿Por qué?

—Así podré decir que he salido a su encuentro y nadie se preguntará dónde he estado. —Alargó el cuello, le dio un beso en la mejilla y echó a correr tras la gente que ya se alejaba.

Saban aguardó a que se hubieran ido y luego fue a acariciar la piedra sobre la narria de roble. Era cálida al tacto y, allí donde los rayos de sol atravesaban las hojas para alumbrar el mojón, destellaban sobre la roca minúsculos puntos de luz. Su entrada en contacto con la piedra coincidió con una intensa oleada de felicidad. Era un hombre y tenía una de las mujeres más bellas de la Tierra. Había tenido en sus brazos a Derrewyn en la orilla del río; a Saban le parecía que la vida no podría haber sido más plena y prometedora. Los dioses le favorecían.

Hengall no pensaba precisamente que los dioses le favorecieran, pues esa tarde había llegado a Ratharryn una gran multitud de gentes de Cathallo y todos necesitaban comida y lugar donde dormir, y al pagar las piezas de oro por las ocho piedras no había reparado en que le costarían tanto en comida. También tendría que enviar más hombres para ayudar con el acarreo de la piedra, hombres que se reclutaron entre las familias más pobres y a los que habría que pagar en carne y cereales. Hengall vio mermados sus rebaños y empezó a dudar del acierto de su trato, pero no hizo nada por echarse atrás. Envió hombres para que arrastraran las piedras y, un día tras otro a medida que el verano se acercaba a su cénit, los grandes mojones fueron aproximándose a Ratharryn.

Las cuatro piedras más grandes plantearon mayores problemas. Cerca de Maden, había un sendero que atravesaba las tierras pantanosas surcadas por corrientes, pero era estrecho para las piedras de mayor tamaño, y los hombres de Kital acarrearón los pilares un buen trecho hacia el oeste antes de girar hacia el sur en dirección a Ratharryn. Sin embargo, se alzaba a su paso una colina, no tan pronunciada como la colina por la que ya se habían subido las cuatro piedras más pequeñas, pero, aun así, un obstáculo formidable que resultó excesivo para los hombres que acarreaban el primero de los mojones más grandes. Se cogieron más cuerdas y se ató con arneses a la narria a más hombres, pero la piedra se resistía a subir la pendiente. Intentaron arrastrar la narria con bueyes, pero, al tirar, las bestias se apiñaban y estorbaban unas a otras, y hasta que Galeth no desarrolló el sistema de enganchar los bueyes a un tranca de roble de buen tamaño para luego echar las cuerdas de la tranca de roble a la narria, no se las arreglaron para mover la inmensa piedra y acarrearla hasta la cima de la colina, desde donde, con los patines aplastando el uniforme manto de hierba, continuó su avance. Las otras tres pesadas piedras se llevaron del mismo modo. Los sacerdotes colgaron flores de los cuernos de los bueyes, las bestias se vieron rodeadas de mujeres que cantaban, y estalló el júbilo en Ratharryn porque el verano era propicio, las piedras habían llegado sin contratiempos y, al parecer, los malos presagios del pasado se habían esfumado.

Llegó el solsticio. Se encendieron hogueras y los hombres de Ratharryn se pusieron las pieles de toro y persiguieron a las mujeres por el templo de Slaol. Saban

no corrió con los hombres toro, aunque tenía derecho a ello, sino que permaneció sentado con Derrewyn y, cuando fueron menguando las llamas, saltaron por encima de ellas cogidos de la mano. Gilan dispensó el licor destilado para las celebraciones de esa noche; mientras algunos lanzaban gritos al tener visiones, otros se pusieron violentos o se sintieron indispuestos, pero al cabo todos cayeron dormidos a excepción de Saban, que permaneció despierto porque Jegar lo había estado buscando en plena borrachera con una lanza en la mano izquierda y el deseo de venganza en su mente nublada por la bebida. Esa noche Saban permaneció cerca del templo, sentado ojo avizor junto a Derrewyn, que dormía. Poco antes del amanecer descabezó un breve sueño del que lo despertaron unos pasos, y alzó la lanza de inmediato. Se acercaba un hombre por el sendero desde el asentamiento y Saban se agazapó listo para atacar, pero entonces vio el destello de las ascuas casi extinguidas reflejado en su calva y cayó en la cuenta de que era Gilan, no Jegar.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el sumo sacerdote.

—Saban.

—Me puedes ser de ayuda —respondió Gilan con entusiasmo—. Necesito que me echen una mano. Iba a pedírselo a Neel, pero duerme como un tronco.

Saban despertó a Derrewyn y ambos acompañaron a Gilan hasta el Viejo Templo. Era la noche más corta del año y Gilan no dejaba de escudriñar el horizonte hacia el noreste, temeroso de que el Sol saliera antes de que él alcanzara el Viejo Templo.

—Tengo que señalar por dónde sale el Sol —explicó conforme pasaban entre los túmulos funerarios. Hizo una reverencia ante los ancestros y continuó a toda prisa hacía donde aguardaban las piedras en sus narrias de madera a este lado de la zanja del Viejo Templo. El cielo del noreste se estaba aclarando a ojos vista, pero los rayos del Sol aún tenían que asomar por detrás de las lejanas colinas boscosas—. Necesitamos algo que sirva de referencia —añadió Gilan, y Saban bajó a la zanja y recogió media docena de buenos trozos de creta. Luego se quedó en el sendero de entrada, mientras Gilan se llegaba hasta la estaca que marcaba el centro del templo. Derrewyn, que tenía prohibida la entrada al santuario por ser mujer, esperó entre las zanjas y los márgenes del sendero sagrado recién construido.

Saban se volvió de cara al noreste. El horizonte estaba brumoso y las colinas que lo ocultaban tenían un tono grisáceo y estaban tamizadas por el humo de las hogueras del solsticio, ya casi extinguidas, que surgía del valle de Ratharryn. Las reses en las laderas más próximas no eran sino blancas siluetas fantasmales.

—Pronto —anunció Gilan—, pronto. —Y rezó para que las nubes dispersas que había en el cielo no ocultaran la salida del Sol.

Las nubes se tornaron de un color rosado y el rosa se hizo más intenso y se propagó convirtiéndose en rojo. Saban, que contemplaba el cielo encendido allí donde entraba en contacto con la tierra de color negro azabache, vio una franja de cielo por encima de los árboles y, de pronto, una intensa luminosidad impregnó aquellos bosques lejanos y el margen superior del Sol se abrió paso entre las hojas.

—A tu izquierda —le indicó Gilan—. A tu izquierda. Un paso. No, atrás. Ahí. ¡Ahí!

Saban colocó una señalización de creta a sus pies y se incorporó para ver al Sol ahuyentar las estrellas. Al principio Slaol apareció como una bola aplastada que rezumaba un cieno ígneo sobre la cadena de colinas boscosas, y la primera luz del nuevo año brilló directamente sobre el flamante sendero sagrado que llevaba hasta la entrada al Viejo Templo. Saban se hizo visera con la mano y observó mermar en los valles las sombras de la noche.

—¡A tu derecha! —le gritó Gilan—. ¡A tu derecha!

Hizo que Saban colocara otra señalización en el punto donde el Sol resultaba por fin completamente visible sobre el horizonte y esperó a que el astro asomara por encima de la cabeza de Saban para hacerle colocar una tercera señalización. Los cánticos de la tribu dieron la bienvenida a la luz del Sol que se acercaba lentamente por encima de la hierba.

Gilan examinó las señalizaciones que había colocado Saban y lanzó un gruñido de satisfacción al ver que algunos de los viejos postes que se habían podrido en sus agujeros marcaban sin lugar a dudas la misma alineación.

—Hemos hecho un buen trabajo —admitió satisfecho.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Saban.

Gilan señaló con un gesto ambos lados de la entrada del templo.

—Vamos a plantar ahí dos de las piedras más grandes a modo de puerta —anunció, y luego señaló hacia donde se encontraba Derrewyn en el sendero sagrado—, y otras dos allí para enmarcar la salida del Sol en el solsticio de verano.

—¿Y las cuatro piedras más pequeñas? —inquirió Saban.

—Señalarán el ciclo de Lahanna —respondió el sacerdote, y apuntó hacia el otro lado del valle fluvial—. Señalaremos su punto de aparición más al sur —explicó, y acto seguido se volvió y señaló en dirección opuesta—, y donde desaparece hacia el norte. —El rostro de Gilan resplandecía de felicidad iluminado por la primera luz del día—. Será un templo sencillo —continuó en voz queda—, pero hermoso. Muy hermoso. Una línea para Slaol y dos para Lahanna como indicación de un lugar en el que pueden reunirse bajo el cielo.

—Pero si están enemistados —señaló Saban.

Gilan se echó a reír. Era un hombre amable, calvo y corpulento, que nunca había albergado el miedo de Hirc a ofender a los dioses.

—Tenemos que honrar a Slaol y Lahanna por igual —explicó—. Ya tienen un templo cada uno en Ratharryn. ¿Cómo le sentaría a Lahanna que construyéramos un segundo templo únicamente para Slaol? —Dejó la pregunta en el aire—. Y creo que no hemos hecho bien al mantener separados a Slaol y Lahanna. En Cathallo usan un templo para todos los dioses, así que, ¿por qué no habríamos nosotros de honrar a Slaol y Lahanna en un mismo lugar?

—Pero sigue siendo un templo en honor a Slaol, ¿no? —preguntó Saban con

inquietud, recordando cómo le había ayudado el dios del Sol al inicio de su prueba.

—Sigue siendo un templo en honor a Slaol —asintió Gilan—, pero ahora también reconocerá la presencia de Lahanna, igual que el santuario de Cathallo. —Sonrió—. Y en la inauguración te casaremos con Derrewyn como anticipo de la reconciliación de Slaol y Lahanna.

Cuando los tres regresaban camino del asentamiento, el Sol estaba lo bastante alto como para proporcionar calor. Gilan hablaba de sus esperanzas y Saban cogía de la mano a su prometida. El humo de las hogueras del solsticio de verano se había desvanecido, y todo iba a pedir de boca en Ratharryn.

* * *

Galeth era el constructor del templo y Saban se convirtió en su ayudante. Colocaron primero los cuatro mojones más pequeños. Gilan había previsto la posición de las piedras y había que colocarlas más por cálculo que por observación, porque las cuatro piedras constituían dos pares y cada uno de esos pares señalaba hacia Lahanna. En su devenir por el cielo, permanecía dentro del mismo amplio cinturón un año tras otro, pero una vez en la vida de un hombre se alejaba hacia el norte y otra se alejaba hacia el sur. Los postes en su templo erigido dentro del asentamiento señalaban los límites de esos errabundeos hacia el norte y el sur, y si un hombre trazara una línea entre los puntos en el horizonte donde salía y se ponía la Luna en los extremos más alejados de su devenir, cruzaría en ángulo recto la trayectoria del Sol al salir el día del solsticio de verano, cosa que facilitaba la tarea de Gilan.

—No ocurre lo mismo en todas partes —le explicó a Saban—. Las trayectorias solo se cruzan en ángulo recto aquí en Ratharryn. Ni en Drewenna, ni en Cathallo, ni en ninguna otra parte. ¡Solo aquí! —El hecho infundía temor y respeto a Gilan—. Eso demuestra que los dioses nos consideran especiales —dijo en tono suave—. Demuestra, según creo, que este es el centro del mundo entero.

—¿De veras? —preguntó Saban, impresionado.

—De veras —afirmó Gilan—. En Cathallo, como es natural, dicen lo mismo sobre su Montículo Sagrado, pero me temo que están en un error. El centro del mundo es este —confirmó al tiempo que señalaba con un gesto el Viejo Templo—, el lugar en el que cobró vida el primer hombre. —Aguijoneado por la dicha que le producía, se estremeció al pensarlo.

El sumo sacerdote tendió una cuerda de ortiga sobre la trayectoria de la salida del Sol en el solsticio, desde la señalización de creta que marcaba dónde salía el Sol hasta el terraplén del sudeste, atravesando el mismo centro del templo. Galeth había unido dos finas tablas de madera en un ángulo recto de modo que, apoyando la madera sobre la cuerda para luego extender otra cuerda a lo largo de la tabla cruzada,

marcaran una línea que cortase la trayectoria del Sol formando un ángulo recto. Esa nueva línea señalaba hacia los puntos más alejados del itinerario de la Luna, pero Gilan quería dos líneas paralelas, una que apuntara al extremo más septentrional y otra al más meridional, así que trazó la segunda línea y le dijo a Galeth que las cuatro piedras más pequeñas debían colocarse dentro del terraplén en los puntos exteriores de las dos líneas que había trazado en el suelo. Una piedra de cada dos iba a ser el pilar y la otra la losa, de forma que por el procedimiento de colocarse junto al pilar y mirar hacia la losa opuesta un sacerdote pudiese ver dónde salía o se ponía Lahanna y calcular su aproximación al extremo más distante de su trayectoria.

Galeth había puesto a trabajar a una treintena de hombres que al principio se limitaron a cavar los agujeros para las piedras. Retiraron la hierba, golpearon la dura creta con picos y la rompieron en pedazos que pudieran retirar con palas. Excavaron profundos hoyos y Galeth les hizo convertir uno de los lados del agujero en una rampa por la que deslizar las piedras hasta sus fosas. Según le dijo a Saban, no era distinto de levantar uno de los grandes postes del templo. Cuando estuvieron abiertos los cuatro agujeros, se llamó a más hombres del asentamiento, y la primera piedra, el pilar de menor tamaño, se arrastró sobre su narria a través de la entrada del Sol. Saban estaba convencido de que se celebraría alguna clase de ceremonia al llevar la piedra a su nuevo hogar sagrado, pero no se siguió otro ritual que la silenciosa oración ofrecida por Gilan con los brazos extendidos hacia el cielo. Los patines de la narria dejaron cicatrices en la hierba. Galeth alineó la piedra con el hoyo e hizo que los hombres siguieran tirando hasta que la punta de la narria asomó a la rampa en la que Saban había colocado tres tablas pulidas y lubricadas con grasa de cerdo de forma que hicieran las veces de tobogán.

Hicieron falta doce hombres provistos de largas palancas de roble para alzar la piedra de la narria. Saban creyó que las palancas se quebrarían, pero en vez de eso la piedra se fue desplazando poco a poco, una acometida tras otra, y cada embate alzaba y hacía avanzar la piedra otro dedo. Los hombres acompañaban sus esfuerzos de cánticos y sudaban a raudales, pero, al cabo, el propio peso de la piedra la hizo caer de la narria a la rampa. Los hombres se dispersaron temerosos de que la piedra se desplomara hacia atrás y los aplastara, pero, tal como había planeado Galeth, se deslizó pesadamente sobre las tablas engrasadas para quedar encajada al fondo de la rampa. Galeth se enjugó el sudor de la frente y dejó escapar un suspiro de alivio.

Cuando erigiera los grandes postes del templo, Galeth los izaría tirando de su extremo superior hacia el cielo por medio de un gran trípode sobre el que pasaría una serie de cuerdas, pero calculó que este pilar de piedra era lo bastante pequeño como para incorporarlo sin necesidad de apoyo semejante. Escogió a los doce hombres más fuertes, que tomaron posiciones junto a la cúspide de la piedra que ahora asomaba del extremo de la rampa. Los trabajadores metieron los hombros bajo la piedra y aunaron esfuerzos. «¡Empujad!», gritó Galeth. «¡Empujad!»; y así lo hicieron, pero la piedra seguía estancada a medio camino. «¡Levantadla!», les urgió Galeth, y sumó su

imponente fuerza a la de sus hombres, pero la piedra seguía sin moverse. Saban echó un vistazo dentro del agujero y vio que la piedra se había quedado trabada encima de unos cascotes de creta. Galeth también reparó en ello, lanzó una maldición y cogió un hacha de piedra con la que golpeó la superficie de la creta para dejar espacio a la piedra.

La docena de hombres no tuvieron problema para sostener el peso de la piedra y, una vez eliminada la obstrucción, la pusieron el pie. El pilar, que ahora sobresalía un poco por debajo de la estatura de un hombre, tenía un tramo de igual longitud enterrado en el hoyo, y lo único que quedaba por hacer era volver a llenar la rampa y comprimir la tierra y la creta en el agujero en torno al mojón. Galeth había recogido unas cuantas piedras de río de gran tamaño que se colocaron alrededor de la base del pilar.

Después se echaron unas paletadas de cascotes de creta acompañados de las cuernas que se habían roto al excavar el agujero y se aplastó y pisoteó el amasijo hasta que por fin quedaron colmados el agujero y la rampa y la primera piedra del templo estuvo en pie. Los hombres, a pesar de la fatiga, estallaron en gritos de júbilo.

Las otras tres piedras lunares no estuvieron en pie hasta la época de la cosecha, pero, al cabo, quedaron instaladas y los cuatro mojones grises se alzaron formando un rectángulo. Galeth había montado un trípode no muy elevado de tablas de roble para izar las losas, pues eran más pesadas que los pilares, pero lo que facilitó en gran medida el alzamiento de esas piedras fue la idea de Saban de revestir la parte superior del agujero con tablas lubricadas, de modo que, en el momento de penetrar en la tierra, el canto de la piedra no quedara alojado en la creta. La cuarta piedra que levantaron, a pesar de ser una de las losas más pesadas, no les llevó ni la mitad de tiempo que el primer pilar.

—Los dioses te han otorgado inteligencia —le felicitó Galeth.

—A ti también.

—No —Galeth negó con la cabeza—. Los dioses me hicieron fuerte.

Las piedras lunares habían quedado colocadas. Ahora, si un hombre trazara una línea que atravesase cada par y la extendiera hacia ambos lados hasta los confines de la Tierra, donde las brumas cubrían los tenebrosos mares a perpetuidad, vería dónde salía y se ponía la Luna en los límites de su trayectoria. Lahanna, en su viaje interminable entre las estrellas, podría bajar la vista y comprobar que las gentes de Ratharryn habían señalado su camino. Sabría que la observaban, comprendería que la adoraban y prestaría oídos a sus oraciones.

Las cuatro piedras de mayor tamaño permanecieron fuera del templo mientras las gentes de Ratharryn segaban el trigo y la cebada del año. Fue una cosecha bastante buena, tras la que las mujeres entonaron sus cánticos en la era donde se había llevado a cabo la trilla, hollada y endurecida tras el baile de la recolección, que duró todo el día. Saban y Derrewyn abrieron el baile, y las mujeres se entregaron a la danza sonrientes porque Derrewyn era joven y dichosa y Saban, estaban convencidas, era

un buen chico honrado y fuerte; el inminente matrimonio de ambos se interpretaba como un buen augurio. Jegar, que todavía no era capaz de utilizar la lanza con su desmañada mano izquierda, era el único que les guardaba rencor, pero no podía hacer gran cosa. La envidia de Jegar se acrecentó cuando un grupo de extranjeros hicieron una incursión para robar la cosecha de Cheol, un asentamiento de Ratharryn erigido fuera de sus límites, y Hengall encabezó una partida de guerreros contra ellos, los venció y trajo de regreso seis cabezas. Una de esas cabezas la obtuvo Saban, aunque lo cierto es que Galeth había sujetado al aterrado guerrero extranjero para que Saban pudiera acabar con él. Fuera como fuese, a Saban se le concedió el honor de lucir una marca azul en el pecho como señal de que había matado a un enemigo.

Tras la escaramuza, y una vez se hubo almacenado la cosecha, los hombres regresaron para acabar el trabajo restante, y Saban, que iba con ellos para iniciar la segunda parte de las obras, se detuvo para contemplar el Viejo Templo con sus cuatro nuevas piedras. De pronto parecía distinto. Era un día en el que el primer frío del otoño se percibía ya en el aire, pero el Sol resplandeció por un hueco entre las nubes para iluminar los nuevos márgenes blancos del sendero sagrado y el nítido círculo de creta de la zanja y el terraplén del templo. Dentro de ese círculo se erigían las cuatro piedras, sus sombras bien perfiladas bajo la luz matinal.

Galeth se detuvo junto a Saban.

—Tiene buen aspecto —dijo, como si le sorprendiera, y así era. Tenía un aspecto espléndido. Tenía un aspecto pulcro, resuelto, incluso sosegado. El templo no era enorme y grandioso como el santuario de Cathallo, sino que se levantaba sobre el regazo verde de la colina, de modo que las piedras parecían flotar en el cielo. Mientras que el templo de Cathallo, con los grandes y achaparrados mojones que quedaban empequeñecidos por el gigantesco terraplén, era una edificación terrestre, este santuario era más etéreo y delicado.

—Es un templo del cielo —dijo Saban.

A Galeth le agradó el comentario.

—Un templo del cielo —repitió—, ¿por qué no? Es un buen nombre. —Palmeó a Saban en la espalda—. ¡Es el nombre adecuado, el Templo del Cielo! —Alzó un madero y siguió caminando sin dejar de escrutar el horizonte hacia el sur. Buscaba una columna de humo que delatara dónde había acampado una partida de caza, pero no vio nada. Corrían rumores de que en el bosque había un numeroso grupo de extranjeros, y eso que Hengall, a la cabeza de otra partida de guerreros que había ido hacia el oeste y el sur, no había encontrado ni el menor indicio—. Esperemos que hayan seguido su camino —dijo Galeth, al tiempo que se tocaba la ingle—. Que encuentren las tierras de algún otro, no las nuestras.

Los extranjeros llevaban varias generaciones asentados en aquella región. De hecho, nadie alcanzaba a recordar cuándo habían llegado de las tierras allende el mar del este, pero todos el mundo sabía que hablaban otra lengua y tenían costumbres distintas. Algunos, como los hombres de Sarmennyn que habían perdido sus rombos

de oro, habían encontrado grandes extensiones de tierra deshabitada para erigir sus hogares, pero otros seguían deambulando por los bosques en busca de lugares para vivir y eran esas bandas sin hogar las que causaban problemas a Ratharryn, pues los asentamientos más grandes de extranjeros estaban todos muy lejos.

—No se acercarán a nosotros —aseguró Saban—, al menos mientras las cabezas de los hombres de su tribu sigan expuestas en nuestro terraplén.

—Ruego a los dioses que así sea —dijo Galeth, tocándose de nuevo la ingle, pero no apartaba la mirada del sur. Quizás Hengall no hubiera dado con los hambrientos extranjeros, pero una partida de caza había encontrado un campamento con cenizas aún calientes y un mercader había avistado un numeroso grupo de hombres tatuados de gris que rondaban por lo más profundo del bosque—. Hemos tenido una buena cosecha —sentenció Galeth—, y si a los extranjeros no les ha ido tan bien, seguro que nos tienen vigilados.

Caminaron hasta el templo, y una vez allí las dificultades que planteaba el levantamiento de las piedras restantes ahuyentaron los miedos ante una incursión de los extranjeros. Dos de los mojones iban a levantarse a ambos lados de la entrada del Sol, y esos dos eran el doble de largos, el doble de gruesos y, al parecer, muchas veces más pesados que los pilares lunares. Les llevó cuatro días levantar el primero, sin contar los días que costó cavar el agujero, y otros tres días colocar el segundo. Las últimas dos piedras, las piedras solares que iban a servir como puerta en el sendero para el Sol naciente del solsticio de verano, eran más grandes todavía. La piedra de mayor tamaño la dejaron para el final, y el agujero que cavaron era tan profundo que un hombre podía ponerse de pie en su interior sin alcanzar a ver por encima del borde. Construyeron la rampa, la revistieron de tablas y murió otro cerdo para que su grasa lubricara la madera. Entonces, cuando todo estuvo listo, se dispusieron a colocar la piedra.

Hicieron falta sesenta hombres para levantar la enorme piedra solar de la narria en que había sido transportada. Galeth ató cuerdas en torno al mojón, sujetó a ellas con arneses a cuarenta hombres e hizo que tiraran con todas sus fuerzas mientras los demás se servían de palancas para alzar la gran piedra de su lecho de madera. Les llevó todo un día levantar la piedra de la narria y la mayor parte del siguiente colocarla debidamente en la rampa, ya que había quedado torcida y tuvieron que enderezarla con las palancas; pero al cabo, tras dos jornadas de trabajo, quedó tumbada sobre la rampa.

Galeth había construido un nuevo trípode de roble para levantar las piedras de mayor altura. El trípode alcanzaba cuatro veces la altura de un hombre y, temeroso de que las cuerdas de cuero que pasaban por encima de la cúspide quedaran atascadas, colocó una pieza pulida de olmo en la horcajadura y la lubricó con grasa. Rodeó con las cuatro cuerdas la parte superior de la piedra, las pasó por encima de la cuña de olmo y las aseguró a una viga de roble a la que enganchó, por medio de arneses, dieciséis bueyes. Entonces los hombres azuzaron y dieron latigazos a las bestias y la

pedra empezó a moverse, aunque con una lentitud agónica; de modo que se ataron más cuerdas a la viga de roble y se dispusieron más hombres con arneses al lado de las bestias. De nuevo restallaron los látigos y acometieron las agujadas, y los hombres buscaron apoyo en la hierba y lenta, muy lentamente, la enorme piedra fue irguiéndose. Cuanto más se alzaba, más sencilla resultaba la operación, porque ahora las cuerdas tiraban en línea recta de la parte superior de la piedra hacia la cúspide del trípode y no como al principio del alzamiento, cuando las cuerdas formaban un cerrado ángulo entre sí mismas y la piedra. La base del mojón aplastó e hizo astillas las tablas lubricadas que revestían el agujero, y de pronto Galeth empezó a gritar a los hombres que azuzaban a los bueyes que contuvieran los látigos. «Ahora con cuidado», les ordenó. «¡Con cuidado!». La piedra casi estaba vertical. «¡Tirad de nuevo!». Galeth se desgañitaba, las cuerdas crujían, el trípode se estremecía y Saban se temió que la piedra hubiera quedado alojada contra alguna obstrucción oculta en la base del agujero, pero entonces se precipitó hacia el costado del agujero forrado de madera y Galeth gritó a los hombres que dejaran de tirar, no fuera que derribasen la piedra hacia el otro lado del agujero. Las cuerdas se aflojaron, pero la gran piedra solar no cayó. Se quedó donde estaba, enorme y gris, con una altura superior a dos veces la de un hombre.

Calzaron la base del mojón con cascotes, llenaron el agujero, soltaron las cuerdas y así se concluyó el trabajo. Ya no existía el Viejo Templo y Ratharryn tenía su santuario de piedra. Tenían el Templo del Cielo.

* * *

El día elegido para la consagración del Templo del Cielo resultó ser propicio, pues amaneció cálido y despejado, un día que el otoño a punto de acabar había robado al verano. Todos los súbditos de Hengall acudieron a la ceremonia. Llegaron de los asentamientos exteriores y de las alquerías de las tierras altas, y las mujeres se reunieron en el santuario de Lahanna, mientras los hombres bailaban en torno a los postes del templo donde habían apilado las lanzas y amontonado los arcos, pues ningún hombre debía ir armado en día tan señalado. Era una jornada dedicada a los dioses.

A última hora de la tarde, Gilan salió del poblado al frente de toda la tribu. Se detuvieron en los túmulos funerarios, ante los que se presentó el estandarte con la calavera y se comunicó a los antepasados lo que estaba ocurriendo. Después se llegaron bailando hasta donde el nuevo sendero sagrado hendía la pradera. Los sacerdotes de la tribu iban desnudos. Llevaban el cuerpo blanqueado por una capa de creta decorada a base de dibujos trazados con los dedos extendidos, la cabeza coronada con cuernas y el cabello y las barbas adornados con huesos y colmillos de

animales. Las gentes que seguían a los sacerdotes se habían vestido con sus mejores galas. Saban y Derrewyn iban a casarse una vez se pusiera el Sol. Derrewyn lucía un vestido de pieles de ciervo cosidas de un tono muy pálido que resaltaba más si cabe su tez morena y llevaba el cabello entreverado de reinas de los prados de color amarillo. Sus padres habían venido a presenciar la ceremonia y su padre, Morthor, sumo sacerdote de Cathallo, bailaba con los sacerdotes de Ratharryn, que llevaban consigo a una niña, una criatura rubia de apenas tres años que había nacido sorda. La pequeña lucía reinas de los prados en el cabello al igual que Derrewyn.

El sol alumbró los rostros de las gentes cuando cruzaron la cresta de la colina desde la que el sendero sagrado se prolongaba blanco y pulcro hasta las ocho piedras recién instaladas del Templo del Cielo. Gilan era el portador del estandarte de la calavera, que se había decorado con hiedra, y Neel, el sacerdote más joven, llevaba un hacha con una hoja de roca verde perfectamente pulida que Galeth había afilado esa misma tarde.

La gente iba danzando con paso firme entre las orillas recién construidas del sendero sagrado, y en su avance espantaba las ovejas que estaban pastando. Cuatro hombres llevaban tambores de piel de cabra con los que marcaban el ritmo de la danza y, conforme los sacerdotes se acercaban a las cuatro piedras más altas, el toque de los instrumentos se tornó más frenético y la tribu entera empezó a abalanzarse de un lado a otro. Las mujeres llevaban la voz cantante en su alabanza a Slaol, y los hombres repetían como un eco la última frase de cada estrofa.

Al llegar al templo, los habitantes de Ratharryn dieron un giro para bailar en torno a su perímetro. Los sacerdotes entraron y, una vez hubieron ahuyentado a las ovejas y reses que pastaban en la hierba del templo, formaron un círculo donde ejecutaron los complicados pasos de su propia danza. Los hombres se dispusieron en círculo al borde de la zanja con las mujeres un poco más atrás, y todos danzaron siguiendo la dirección del Sol mientras Slaol se hundía en el horizonte. Los cánticos y las danzas indujeron a la tribu a un estado de trance que fue acrecentándose a medida que se ponía el Sol. Algunas mujeres manifestaban su éxtasis a grito herido mientras bailaban sin parar, ajenas al cansancio de sus piernas e inmersas en la música, y solo se detuvieron cuando los hombres que habían traído vasijas con fuego desde el asentamiento aplicaron las brasas a grandes montones de madera que se habían apilado a ambos lados del templo. Las llamas prendieron sin tardanza, crepitaron las ramas más pequeñas y el humo zarandó chispas en su estela. Galeth había desmontado las grandes narrias para colocar en las pilas los grandes troncos con que estaban hechas. Lamentó semejante desperdicio de buena madera, pero las narrias habían cumplido un cometido sagrado y, por tanto, había que devolvérselas a los dioses. Las llamas ganaron intensidad mientras la tribu se reunía en torno a los dos idénticos pilares de piedra que constituían la puerta del Sol erigida en el centro del sendero sagrado. Los tambores habían callado, pero la gente todavía llevaba el baile en el cuerpo y algunos no podían permanecer quietos, sino que se mecían de un lado

a otro, y algunas mujeres gemían mientras contemplaban la gran bola henchida del Sol allí donde quedaba aplastada en lontananza. «Slaol», clamaban. «Slaol».

«¡Slaol!», gritó Gilan al Sol con los brazos en alto, y Hengall cogió la mano de la niña sorda y la llevó al mismo centro del templo, donde Galeth había cavado un agujero. No era muy profundo, tampoco largo, pero sí lo bastante grande, y llevaron a la niña con flores en el pelo hasta el borde del agujero y allí le sacaron la túnica por encima de la cabeza de forma que quedara desnuda por completo. Gilan se arrodilló y le hizo entrega de un cuenco. «Bebe», le dijo en voz queda y, puesto que era sorda, le indicó con un gesto lo que debía hacer. La niña cogió la vasija con ambas manos y sonrió al ver el rostro bondadoso del sumo sacerdote.

La vasija contenía una poción para provocar sueños: una poción elaborada con hongos y hierbas, una poción para llevar a la niña sorda a los dioses, y todos los miembros de la tribu la miraron beber en el más absoluto silencio. Hizo una mueca de repugnancia, porque el líquido era amargo, pero luego volvió a sonreír y dejó caer la vasija. Gilan se incorporó y se apartó de ella, atento para ver qué presagios traía la poción.

La niña empezó a boquear como si le estuvieran robando el aire, llamó a gritos a su madre con una voz amorfa e intentó echar a correr hacia el gentío que la contemplaba, pero Neel la atrapó y la obligó a regresar junto al agujero, donde volvió a prorrumpir en gritos. La madre, que presenciaba la escena, se lamentaba a voz en cuello por la suerte de su hija. No eran buenos presagios. Debería de haber estado riendo a carcajadas mientras bailaba, pero en vez de eso se resistía con ferocidad y sus gritos eran como zarpazos en el alma de la tribu. Para acallarla, Gilan la zarandéó con fuerza, tanto así que la niña quedó petrificada de miedo. En ese momento Gilan la apartó de sí hasta donde le alcanzaba el brazo y cogió el hacha de piedra verde que llevaba Neel.

Gilan alzó el filo hacia el Sol poniente, hizo una pausa y luego asestó tal golpe que cayeron sobre la hierba flores ensangrentadas, mientras la niña, con el cráneo casi partido en dos, moría sin emitir sonido alguno.

Había ido al cielo. Había ido con Slaol. No habría tumba para la niña ni ofrendas en su honor porque ella misma era un ofrenda. Esa era la razón de que no hubieran acabado con ella con la maza para el sacrificio de niños, pues, en realidad, no estaba muerta sino que, mientras la tribu miraba en medio de un silencio arredrado, su alma iba alzándose hacia el cielo para llevar noticias a Slaol del santuario que le habían construido. La niña de cabello dorado era la mensajera de Ratharryn y velaría por el Templo del Cielo hasta el fin de los tiempos.

Gilan introdujo el cuerpecillo en la tumba. Quebró la vasija que había contenido la poción y la dejó caer a su lado. Le colocó la bola de creta que representaba su vida encima del pecho ensangrentado, y los sacerdotes volvieron a cubrirla con tierra ayudándose de los pies. La madre de la niña seguía gimiendo de dolor y las demás mujeres la rodearon para consolarla con el argumento de que su hija no había muerto

en absoluto, sino que estaba feliz en el mundo de los cielos donde era compañera de juegos de los dioses.

El Sol se hundió en el horizonte a la vez que Lahanna, enorme y pálida, salía por detrás de los árboles hacia el oeste. Las hogueras habían cogido brío y las entrañas de los grandes maderos ardían con tal intensidad que el humo formaba un palio tiznado de rojo sobre el templo. En cualquier instante daría comienzo la ceremonia, con la ejecución de unos pasos de baile en el centro del santuario a cargo de Derrewyn y Saban, pero primero Hengall se acercó a la tumba de la criatura del Sol y alzó la mano.

Era tarea suya contar a la tribu lo que habían hecho. Narrar la historia del Templo del Cielo para que sus súbditos la recordasen y se la transmitieran a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Se irguió con los brazos extendidos como si evocara las palabras y la muchedumbre, que hasta poco antes no cesaba de murmurar, guardó silencio. Anochecía y el brillo deslumbrante del Sol se había esfumado para dejar tras de sí un cielo con rebordes rojizos impregnado de humo. Entre la cárdena neblina Saban vio un destello. Al principio pensó que era el espíritu de la niña muerta y se alegró, porque eso venía a demostrar que el sacrificio había surtido efecto.

El destello se tornó rojo, un reflejo de la luz del Sol poniente, y entonces Saban cayó en la cuenta de que no era el alma de la niña, sino una flecha lanzada desde la negra cresta de las tierras altas del sur, donde había más huesos de antepasados enterrados en túmulos. Le dio la sensación de que el vuelo de la flecha era muy prolongado, aunque en realidad duró un instante. De hecho, apenas si tuvo tiempo de abrir la boca, y mucho menos de avisar a nadie, y sin embargo siempre lo recordaría como un momento muy, pero que muy largo. Vio la flecha alcanzar el cielo para luego iniciar su caída. Brilló la punta, el sílex negro reflejó la luz del fuego y se clavó en la espalda de Hengall.

El jefe trastabilló hacia delante. La mayor parte de los presentes todavía no entendía qué estaba ocurriendo, pero advirtieron un mal presagio y lanzaron un gemido. Entonces Hengall se precipitó al suelo y vieron la flecha en su espalda, las plumas de un negro intenso; y aun así no entendían lo que estaba ocurriendo, y no fue hasta que los sacerdotes se acercaron al jefe a la carrera cuando empezaron los llantos.

Saban echó a correr y luego levantó la vista, ya que surcaban el cielo más flechas destellantes. Se clavaron en la hierba, alcanzaron a los sacerdotes y una rebotó en una de las piedras lunares con un ruido metálico. Entonces Saban vio cargar a las criaturas desnudas procedentes del horizonte meridional, que estaba tiznado de un llameante color rojizo.

Las propias criaturas eran rojas. Aullaban en su acometida y, al verlas, las gentes de Ratharryn comenzaron a gritar, pero cuando dieron media vuelta para emprender la huida hacia el asentamiento, se encontraron con más criaturas. Algunos atacantes iban montados sobre caballitos lanudos que cruzaron al galope el escaso desnivel de

las orillas de creta del sendero sagrado.

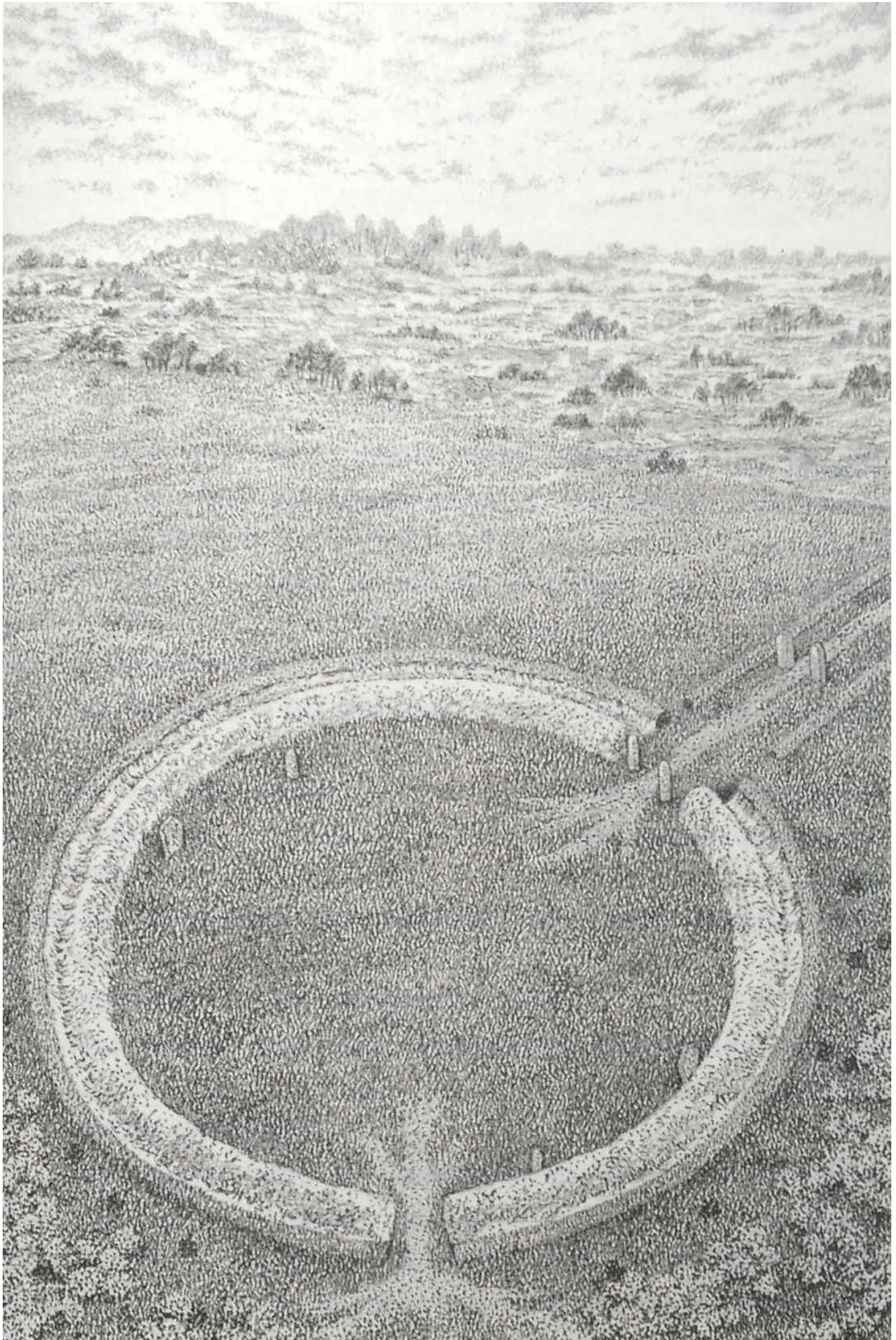
Eran guerreros extranjeros y se habían untado el cuerpo de ocre rojizo, la misma sustancia que a veces se utilizaba para colorear la piel de los muertos de renombre, y ahora esos muertos vivientes se desgañifaban mientras iban rodeando a la tribu desarmada. Había docenas de enemigos y los súbditos huérfanos de Hengall no pudieron sino agazaparse aterrorizados. Morthor, el padre de Derrewyn, estaba herido, Gilan yacía muerto y Neel, el joven sacerdote, se arrastraba por la hierba del templo con una flecha clavada en el muslo.

El líder de los guerreros rojos apareció en último lugar. Era el único que iba vestido y el único que no había usado ocre para dar un aspecto más aterrador a su rostro. Se acercó a grandes zancadas hacia el templo con el largo arco de tejo que había utilizado para matar al padre de Saban.

Y para matar a su propio padre al mismo tiempo, pues el hombre que entró sonriente en el Templo del Cielo era Lengar, que regresaba a casa.

SEGUNDA PARTE

EL TEMPLO DE LAS SOMBRAS





CAPÍTULO 7

Los extranjeros cejaron pronto en su carnicería, pues Lengar no había regresado para convertirse en jefe de una tribu masacrada. Cuando acabó el griterío, se puso encima del cuerpo de su padre y alzó el hacha manchada de sangre que había enviado a la niña a los cielos. Se había despojado del manto para dejar al descubierto un jubón cubierto de láminas de bronce que destellaban a la luz del fuego y una larga espada de bronce al cinto.

—Soy Lengar —anunció—. ¡Lengar! Y si alguien quiere disputarme el derecho a ser jefe de Ratharryn, que lo haga ahora.

Nadie de la tribu miró a Saban porque se le tenía por alguien demasiado joven para enfrentarse a Lengar, pero algunos volvieron la vista hacia Galeth.

—¿Me desafías, tío? —preguntó Lengar.

—Has matado a tu padre —señaló Galeth, mirando horrorizado el cadáver, de su hermano, que había caído sobre la tumba de la criatura sacrificada.

—¿Qué mejor modo de convertirse en jefe? —preguntó Lengar, y se acercó unos pasos a su rival. Sus compañeros, los hombres que se fueron de Ratharryn con él el día que partieran desairados los emisarios de Sarmennyn, salieron de la zanja en el extremo opuesto del templo, pero Lengar les detuvo con un gesto—. ¿Me desafías? —volvió a preguntarle a Galeth, y aguardó la respuesta en silencio. Cuando quedó claro que ni Galeth ni ningún otro hombre de la tribu iba a plantarle cara, se echó el hacha sobre el hombro y se dirigió hacia la entrada del templo orientada al Sol, donde se detuvo, alto y amedrentador, entre las dos imponentes piedras, con el hacha ensangrentada en la mano—. Galeth y Saban, venid aquí —les ordenó.

Tío y sobrino se adelantaron azogados, ambos casi esperando un flechazo de alguno de los compañeros de Lengar que aguardaban en el extremo opuesto del templo, pero no se oyó la cuerda de ningún arco. Lengar desenvainó la espada conforme se aproximaban.

—Quizás haya quien espere que uno de vosotros me desafíe —dijo Lengar—. Incluso tú, hermanito. —Enseñó los dientes a Saban en un remedo de sonrisa.

Saban no dijo nada. Vio que Lengar llevaba tatuados un par de cuernos en la cara,

uno en el rabillo de cada ojo, y los tatuajes le daban un aspecto más siniestro si cabe. Lengar extendió la espada de modo que la punta quedara apoyada contra el pecho de Saban.

—Me alegro de verte, hermano —le saludó.

—Ah, ¿sí? —preguntó Saban con toda la frialdad de que fue capaz.

—¿Crees que no he echado de menos Ratharryn? —inquirió Lengar—. Sarmennyn es un lugar sin bosques. Frío y raso.

—¿Has venido en busca del calor del hogar? —preguntó Saban, con un punto de sarcasmo.

—No, pequeño, he venido a casa para hacer de Ratharryn un gran pueblo de nuevo. Hubo un tiempo en que Cathallo nos rendía tributo, en que se enorgullecían de que sus mujeres se casaran con un hombre de Ratharryn, en que venían a bailar a nuestros templos y rogaban a nuestros sacerdotes que los librarán de todo mal, pero ahora nos venden pedruscos. —Palmeó la piedra que tenía más cerca—. ¡Pedruscos! —Volvió a lanzar la palabra como un escupitajo—. ¿Por qué no les comprasteis hojas de roble? ¿O agua? ¿O aire? ¿O excrementos?

Galeth bajó la vista hacia el cadáver de su hermano.

—¿Qué quieres de nosotros? —le preguntó a Lengar en voz queda.

—Tienes que arrodillarte ante mí, tío —dijo Lengar—, delante de toda la tribu, para demostrar que me aceptas como jefe. En caso contrario, te enviaré con nuestros antepasados. Si lo hago, salúdales en mi nombre.

Galeth frunció el entrecejo.

—Y si me arrodillo, ¿qué?

—Entonces te nombraré consejero honorario, caballero y amigo —respondió Lengar con efusividad—. Serás lo que siempre has sido, el constructor de nuestra tribu y el consejero de su jefe. No he regresado para dejar que manden aquí los extranjeros. He venido para devolver a Ratharryn su grandeza. —Señaló con un gesto a los guerreros rojos—. Cuando hayan concluido su tarea, tío, se irán a casa. Pero, hasta entonces, son tus servidores.

Galeth volvió a mirar el cadáver de su hermano.

—¿No habrá más muertes en la tribu? —preguntó.

—No mataré a nadie que se someta a mi autoridad —prometió Lengar, lanzando una mirada de soslayo a Saban.

Galeth asintió. Vaciló durante unos instantes y se hincó de rodillas. Los miembros de la tribu lanzaron un suspiro de asombro al verle inclinar la cabeza y posar las manos sobre los pies de Lengar.

—Gracias, tío —dijo Lengar. Tocó la espalda a Galeth con la espada y se volvió hacia Saban—. Ahora tú, hermano.

Saban no se movió.

—Arrodíllate —le instó Galeth entre dientes. Lengar clavó los ojos amarillentos, dotados de un extraño fulgor en la oscuridad reinante, en la cara de su hermano—.

Me trae sin cuidado, hermanito —le advirtió en voz queda—, que vivas o mueras. Hay quienes dicen que debería matarte, pero ¿acaso teme el lobo al gato? —Tendió la espada y acarició el rostro a Saban con la fría hoja—. Si no te arrodillas ante mí, te cortaré la cabeza y utilizaré tu cráneo de jarra.

Saban no quería humillarse ante él, pero estaba al tanto de la locura de Lengar, y no le cabía duda de que lo mataría como a un perro enfermo si no cedía. Se tragó el orgullo e hincó la rodilla, y la tribu profirió otro suspiro al verle agacharse para tocar los pies de Lengar, quien, a su vez, le tocó la nuca con la hoja de bronce.

—¿Me quieres, hermanito? —preguntó Lengar.

—No —aseguró Saban.

Lengar se echó a reír y apartó la espada.

—Levanta —le ordenó, y dio un paso atrás para contemplar la muchedumbre, que le miraba en silencio—. Volved a casa —les mando—. Volved a casa. Vosotros también —añadió, dirigiéndose a Saban y Galeth.

La mayor parte del gentío obedeció, pero Derrewyn y su madre echaron a correr hacia la zanja del templo donde yacía herido Morthor. Saban se sumó a ellas para ver que una flecha había alcanzado al sacerdote en el hombro con tal fuerza que la punta lo había atravesado de parte a parte. Saban quebró la punta de sílex, pero dejó el astil donde estaba.

—La flecha saldrá sin problemas —tranquilizó a Derrewyn. La capa de creta que cubría el pecho de Morthor estaba impregnada de una sustancia rosada. Acuciado por el miedo, respiraba con dificultad—. La herida sanará —aseguró Saban al aterrado sacerdote, y acto seguido se volvió porque Derrewyn había lanzado un grito.

Lengar la había cogido por el brazo y la estaba zarandeando para poder verle el rostro a la luz de las grandes hogueras. Saban se puso en pie, pero de inmediato se encontró ante sus ojos la punta de la espada de Lengar.

—¿Quieres algo, hermanito? —le desafió Lengar.

Saban miró a Derrewyn, que lloraba y se encogía a causa del dolor que le provocaba Lengar al tenerla firmemente cogida por el brazo.

—Vamos a casarnos —dijo Saban—, ella y yo.

—Y, ¿quién lo ha decidido? —inquirió Lengar.

—Nuestro padre —respondió Saban—, y la bisabuela de ella, Sannas.

Lengar esbozó una feroz sonrisa.

—Nuestro padre está muerto, Saban, y ahora mando yo. Y, además, los deseos de esa bruja lunática de Cathallo no tienen ningún valor en Ratharryn. Lo que importa, hermanito, es lo que yo quiera. —Dio una orden en la áspera lengua de los extranjeros y acudieron a su lado media docena de guerreros rojos. Uno le quitó la espada a Lengar mientras los otros dos se ponían delante de Saban con las lanzas en alto.

Lengar puso ambas manos en el cuello de la túnica de piel de ciervo de Derrewyn. La miró a los ojos, sonrió al apreciar en ellos miedo y le rasgó la prenda

de un fuerte tirón. Derrewyn profirió un grito; Saban, instintivamente, saltó hacia delante, pero una de las lanzas de los extranjeros se le trabó entre los pies y otra le propinó un golpe en la cabeza y quedó apoyada sobre su vientre una vez hubo caído al suelo.

Lengar arrancó los jirones de túnica para dejar a Derrewyn desnuda por completo. La joven intentó ocultar su cuerpo, pero Lengar la hizo erguirse y extender los brazos.

—Una cosita de Cathallo —dijo, al tiempo que la miraba de arriba abajo—, pero una cosita muy hermosa. ¿Qué hace uno con algo tan hermoso? —Dirigió la pregunta a Saban, aunque no esperaba ninguna respuesta—. Esta noche —continuó—, tenemos que demostrar a Cathallo lo que significa el poder de Ratharryn. —Y con esas palabras cogió a Derrewyn por la muñeca y se la llevó casi a rastras hacia el asentamiento.

—¡No! —gritó Saban, al que la lanza del extranjero tenía todavía clavado al suelo.

—Calla, hermanito —le respondió Lengar. Derrewyn intentó zafarse, pero el guerrero le cruzó la cara con tal fuerza que se le cayeron del cabello algunas reinas del prado y, cuando tuvo la seguridad de que se mostraría obediente, volvió a tirar de ella. La joven intentó apartarse otra vez, pero le propinó un segundo golpe, mucho más fuerte que el primero; Derrewyn lanzó un gemido y esta vez le siguió aturdida. Su madre, arrodillada todavía junto a su marido, protestó con gritos estridentes, pero un guerrero pintado de rojo le dio una patada en la boca y la hizo callar.

Y Saban, desarmado en el Templo del Cielo, no pudo hacer otra cosa que llorar. Lo vigilaban dos guerreros extranjeros. Se llevaron a Neel y Morthor, los sacerdotes heridos, y dejaron los cadáveres de Hengall y Gilan a la luz de la Luna, donde Saban sollozaba como un niño. Entonces los extranjeros le obligaron a ponerse en pie y lo llevaron hacia el asentamiento como si fuera una res.

El Templo del Cielo había sido inaugurado, pero había llegado a Ratharryn el desastre. El mundo de Saban se había sumido en la oscuridad. Los dioses volvían a clamar.

* * *

La mayoría de los guerreros extranjeros se aposentaron en la cresta del terraplén, desde donde, con sus arcos cortos y sus afiladas flechas, tenían bajo amenaza a las gentes dentro del asentamiento de Ratharryn, pero un puñado de lanceros montaban guardia a la puerta de la choza de Hengall, adonde Lengar se había llevado a Derrewyn. La mayor parte de la tribu se había reunido a la entrada del templo de Arryn y Mai; oyeron un golpe y los gritos de Derrewyn, y después nada más.

—¿Nos enfrentamos a ellos? —preguntó Mereth, el hijo de Galeth.

—Son demasiados —respondió Galeth en voz queda—, demasiados. —Sentado en el centro del templo con la cabeza gacha, parecía deshecho—. Además —continuó—, si nos enfrentamos a ellos, ¿cuántos moriremos? ¿Cuántos quedaríamos? ¿Los suficientes para resistir ante Cathallo? —Lanzó un suspiro—. Me he arrodillado ante Lengar, de modo que es mi jefe... —Se interrumpió—. De momento. —Las dos últimas palabras las pronunció en voz tan queda que ni siquiera Mereth llegó a oírlas. En el exterior del templo las mujeres lloraban a Hengall, pues había sido un buen jefe, y en el interior los hombres contemplaban al enemigo encima del elevado terraplén. Lahanna miraba desde las alturas, impertérrita ante la tragedia. Un rato después las aterradas gentes de la tribu se fueron a dormir, aunque sus sueños se vieron perturbados por los que proferían gritos en sus pesadillas.

Lengar salió poco antes del amanecer. La tribu despertó poco a poco y fue cobrando conciencia de que su nuevo jefe pasaba por encima de los cuerpos dormidos para llegar al centro del templo de Arryn y Mai. Seguía llevando la cota de láminas de bronce y la larga espada al cinto, pero no portaba lanza ni arco.

—No deseaba la muerte de Gilan —dijo sin saludo previo. Mientras los hombres se incorporaban y salían de debajo de los mantos con que se habían cubierto durante la noche, las mujeres, fuera de los círculos del templo, se echaron hacia delante para oír las palabras de Lengar, pronunciadas en voz queda—. Mis compañeros han mostrado más celo del que deseaba —continuó con tristeza—. Una flecha habría bastado, pero estaban asustados y creyeron que eran necesarias más.

Ahora todo el mundo estaba despierto. Hombres, mujeres y niños —toda la tribu— se agruparon a la defensiva en un racimo dentro del pequeño templo y en sus inmediaciones y escucharon a Lengar.

—Mi padre —continuó el guerrero, ahora en voz un poco más alta—, era un buen hombre. Nos mantuvo con vida a lo largo de duros, inviernos y taló muchos árboles para darnos tierra. El hambre era poco común y su justicia laudable. Por todo ello deberíamos rendirle honores, así que le construiremos un túmulo. —La gente respondió por primera vez murmurando en señal de asentimiento, y Lengar dejó que los murmullos continuaran durante un rato antes de levantar una mano—. Sin embargo, mi padre se equivocaba con Cathallo. —Ahora hablaba con una voz más fuerte y teñida de severidad—. Les temía, de modo que dejó que os dirigieran Kital y Sannas. Iba a celebrarse una boda entre dos tribus, pero en una boda es el hombre quien debe estar por encima y, con el tiempo, Cathallo habría acabado por dominaros. Habrían llevado a sus almacenes vuestras cosechas, vuestras hijas habrían bailado la danza del toro en su templo y vuestras lanzas habrían librado sus batallas. ¡Pero esta tierra es nuestra! —gritó Lengar, y algunos corearon su conformidad.

—Es nuestra —gritó Mereth con furia—, y está llena de extranjeros.

Lengar se interrumpió con una sonrisa.

—Mi primo tiene razón —dijo poco después—. He traído extranjeros, pero no

son muchos. Tienen menos lanzas que vosotros. ¿Qué os impide matarlos ahora? ¿O matarme a mí? —Aguardó una respuesta, pero ninguno de los hombres se manifestó—. ¿Os acordáis de cuando vinieron los extranjeros a rogarnos que les devolviéramos sus tesoros? —preguntó Lengar—. Nos ofrecieron un alto precio. ¿Y qué hicimos? Rechazamos su oferta y utilizamos parte del oro para comprar piedras a Cathallo. ¡Piedras! Utilizamos el oro de Slaol para comprar pedruscos. —Se echó a reír y muchos de los que escuchaban se avergonzaron de cómo había actuado la tribu.

—No volveremos a comprar nada a Cathallo —proclamó Lengar—. Aseguran querer la paz, pero en sus corazones anida la guerra. No soportan pensar que Ratharryn recuperará su grandeza, y por tanto intentarán aplastarnos. En tiempos de nuestros antepasados esta tribu era más fuerte que la de Cathallo. Nos rendían tributo y suplicaban nuestra aprobación. Sin embargo, ahora nos desprecian. Quieren que quedemos indefensos, y por tanto tendremos que enfrentarnos a ellos. ¿Cómo los derrotaremos? —Señaló hacia el terraplén donde permanecían acucillados los guerreros extranjeros—. Los derrotaremos con la ayuda de los extranjeros, pues estarían dispuestos a pagar el precio que sea para que les devolvamos el oro. Sin embargo, para recuperar el oro tienen que plegarse a nuestra voluntad. Los que mandamos aquí somos nosotros, no ellos. Y nos serviremos de los guerreros extranjeros para convertirnos en la tribu más poderosa de la Tierra. —Paseó la mirada por la muchedumbre que le escuchaba, sopesando el efecto de sus palabras—. Y esa es la razón de que haya regresado —concluyó otra vez en voz queda—, y de que mi padre haya tenido que reunirse con sus antepasados: que Ratharryn sea conocida por toda la Tierra, temida por toda la Tierra y ensalzada tanto en la Tierra como en el cielo.

La tribu empezó a batir palmas sobre la tierra, y luego los hombres se fueron poniendo en pie mientras proferían gritos de júbilo. Lengar los había convencido.

Lengar se había alzado con la victoria.

* * *

Saban pasó la noche en su cabaña, vigilado por dos de los lanceros embadurnados de rojo de Lengar. Lloró por Derrewyn, y saber lo que había tenido que aguantar en la oscuridad le hizo sufrir hasta tal punto que se vio tentado de coger el cuchillo que le había regalado su padre y cortarse el cuello, pero el aliciente de la venganza detuvo su la mano. Se había arrodillado ante Lengar a la entrada del Templo del Cielo, pero el gesto no había sido sincero. Mataría a su hermano. Eso juró en la agobiante oscuridad, y después se maldijo por no haberse resistido con más ahínco en el templo. Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? Sin arma ninguna, ¿cómo iba a enfrentarse a guerreros pertrechados con espadas, lanzas y arcos? El destino lo había maltratado y

estaba a punto de desesperar. Solo cuando empezó a acercarse el amanecer se sumió en un sueño inquieto y poco profundo.

Gundur, uno de los hombres que se habían ido de Ratharryn con Lengar, lo despertó.

—Te llama tu hermano —le dijo.

—¿Para qué? —preguntó Saban, resentido.

—Levántate —le ordenó Gundur con desdén. Saban se metió el cuchillo de bronce en el cinturón y cogió una de las lanzas de caza antes de salir de la choza detrás de Gundur. Había decidido que mataría a su hermano sin más dilación. Lancearía a Lengar sin previo aviso y, si los filos de sus compañeros acababan con él, al menos habría vengado a su padre. Los antepasados aprobarían su conducta y le darían la bienvenida a la otra vida. Asíó con fuerza el asta de la lanza y se reafirmó en su decisión de asestar el golpe mortal en cuanto entrara en la gran choza del jefe.

Sin embargo, un guerrero extranjero que aguardaba a la entrada de la choza se hizo con la lanza de Saban antes de que se hubiera detenido bajo el dintel. Saban intentó mantener asido el asta de fresno, pero el hombre era muy fuerte y el breve forcejeo dejó a Saban ignominiosamente despatarrado en el suelo. Según vio, le esperaba Galeth, y detrás de Lengar, que había presenciado la refriega con sumo agrado, estaban sentados tres guerreros extranjeros.

—¿Tenías pensado vengar a tu padre? —le preguntó Lengar a Saban.

El joven se frotó la muñeca, dolorida a causa de la presión del extranjero.

—Lo vengarán los antepasados —aseguró.

—¿Cómo sabrán los antepasados siquiera quién es? —se interesó Lengar—. Esta mañana le he arrancado la mandíbula. —Sonrió con malicia y señaló la barbilla barbuda y ensangrentada de Lengar, ensartada en uno de los postes de la choza. Si se le arrancaba la mandíbula a un hombre, no podía contar historias a los antepasados—. A Gilan también se la he arrancado, para que ambos farfullen en el más allá. Siéntate junto a Galeth y alegra esa cara.

Lengar estaba arropado con el manto de piel de oso de su padre y rodeado de tesoros, todos ellos desenterrados del suelo o rebuscados entre los montones de pieles en los que Hengall guardaba su fortuna.

—Somos ricos, hermanito —dijo Lengar con toda despreocupación—. Ricos. Pareces cansado. ¿No has dormido bien? —Gundur, que se había sentado junto a Lengar, sonrió. Los tres guerreros extranjeros, que no entendían lo que se decía, miraban fijamente a Saban.

El joven desvió la mirada hacia la cortina de cuero que ocultaba la parte de la choza destinada a las mujeres, pero no vio rastro de Derrewyn. Se acuclilló delante de los tesoros amontonados de la tribu. Había barras de bronce, cuchillos de piedra y sílex perfectamente pulidos, bolsas de ámbar, trozos de azabache, grandes hachas, rollos de cobre, huesos tallados, conchas y, como objeto más curioso, una caja de madera llena de guijarros con extraños grabados. Las piedras eran pequeñas y

suavemente redondeadas, ninguna de ellas mayor que la yema del pulgar de un hombre, pero todas estaban surcadas por profundas espirales y líneas rectas.

—¿Sabes qué son? —preguntó Lengar a Galeth.

—No —respondió este secamente.

—Magia, supongo —aventuró Lengar, mientras se pasaba una de las piedras de una mano a otra—. Camaban lo sabría. Al parecer, ahora lo sabe todo. Es una pena que no esté aquí.

—¿Le has visto? —inquirió Galeth.

—Vino a Sarmennyn en primavera —contestó Lengar, sin darle mayor importancia—, y hasta donde yo sé, debe de seguir allí. Caminaba como es debido, o casi. Le invité a venir conmigo, pero se negó. Siempre lo había tenido por un necio, pero no lo es en absoluto. Se ha vuelto muy raro, pero no es tonto. Es muy inteligente. Quizá sea cosa de familia. ¿Qué ocurre, Saban? No irás a llorar, ¿verdad? Se trata de la muerte de nuestro padre, ¿no?

A Saban se le pasó por la cabeza hacerse con una de las preciosas hachas de bronce y abalanzarse hacia el otro extremo de la choza, pero los lanceros extranjeros lo vigilaban con las armas prestas. No habría tenido ninguna oportunidad.

—Ya te habrás dado cuenta, tío —comentó Lengar—, de que las piezas de oro de Sarmennyn no están aquí, ¿verdad?

—Ya lo he visto.

—Las tengo a buen recaudo —aseguró Lengar—, pero no voy a mostrarlas porque no quiero tentar a nuestros amigos extranjeros. Solo han venido para recuperar el oro. —Lengar volvió la cabeza hacia los guerreros extranjeros que permanecían sentados en silencio tras él, sus rostros tatuados como máscaras en la penumbra indefinida—. No hablan nuestra lengua, tío —continuó Lengar—, así que insúltales cuanto quieras, pero sonríe cuando lo hagas. Es necesario que crean que somos auténticos amigos.

—¿No lo somos? —preguntó Galeth.

—Por el momento —respondió Lengar. Sonrió, satisfecho de sí mismo—. En un principio había decidido devolverles el dinero si me ayudaban a derrotar a Cathallo, pero Camaban tuvo una idea mucho mejor. Es listo de veras. Entró en trance y curó a una de las esposas de su jefe de una odiosa enfermedad. ¿Le habéis visto alguna vez en trance? Se le ponen los ojos en blanco, saca la lengua y se sacude como un perro mojado, y cuando todo ha acabado regresa con mensajes de Slaol. —Lengar esperó a que Galeth manifestara su asombro, pero el hermano del difunto jefe no dijo ni palabra. Lengar lanzó un suspiro—. Bueno, el espabilado de Camaban curó a la esposa del jefe y ahora este cree que mi hermano no puede cometer ningún error. Imagínatelo. Camaban el tullido convertido en un héroe. De modo que nuestro héroe les dijo a los extranjeros que para recuperar su oro no solo tendrían que derrotar a Cathallo, sino también cedernos uno de sus templos. Eso significa que tienen que trasladar un templo de una punta a otra de la región, cosa que, como es natural, no

pueden hacer porque sus templos son de piedra. —Se echó a reír—. Así que aplastaremos Cathallo y nos quedaremos con el oro.

—Quizá te traigan un templo —comentó Galeth secamente.

—Y quizá Saban llegue a sonreír —se mofó Lengar—. Saban, sonrío cuando me mires. ¿Has perdido la lengua?

Saban se estaba hincando las uñas en los tobillos con la esperanza de que el dolor le impidiera echarse a llorar o manifestar el odio que sentía.

—Querías verme, hermano —dijo con aspereza.

—Para despedirme —contestó Lengar en tono ominoso, con el deseo de ver miedo reflejado en el rostro de su hermano; pero la expresión de Saban no delató nada. La muerte, pensaba Saban, sería mejor que esta humillación, y la mera idea de la muerte le hizo tocarse la ingle, un gesto que hizo gracia a Lengar—. No voy a matarte, hermanito —le aseguró—. Debería hacerlo, pero soy misericordioso. En vez de eso, ocuparé tu lugar. Derrewyn se casará conmigo como símbolo de que ahora Ratharryn es superior a Cathallo, y me dará muchos hijos. Y tú, hermano mío, te convertirás en esclavo. —Dio una palmada y gritó—: ¡Haragg!

El mercader extranjero, el terrible gigante que había hecho las veces de intérprete cuando los enviados de Sarmennyn suplicaron a Hengall la devolución de sus tesoros, se inclinó para entrar en la cabaña. Tuvo que doblar el espinazo para pasar por una entrada tan baja, y cuando volvió a ponerse en pie dio la sensación de que ocupaba toda la choza con su estatura y su anchura de hombros. Se estaba quedando calvo y tenía una poblada barba negra y un rostro que era una máscara implacable.

—Tu nuevo esclavo, Haragg —anunció Lengar con amabilidad, al tiempo que señalaba a Saban con un gesto.

—¡Lengar! —suplicó Galeth.

—¿Preferirías que matara al canalla? —inquirió Lengar con una entonación insidiosa.

—No puedes convertir en esclavo a tu propio hermano —protestó Galeth.

—Hermanastro —puntualizó Lengar—. Y claro que puedo. ¿Crees que Saban era sincero cuando se arrodilló ante mí anoche? En ti sí confío, tío, ¿pero en él? Me mataría en un abrir y cerrar de ojos. No piensa en otra cosa desde que ha entrado en la cabaña, ¿verdad, Saban? —Sonrió, pero Saban se quedó mirando los ojos tatuados con cuernos de su hermano. Lengar escupió—. Llévatelo, Haragg.

El mercader se inclinó, cogió con su enorme manaza a Saban por el brazo y le hizo ponerse en pie. Saban, humillado y afligido, se sacó el pequeño cuchillo del cinturón y arremetió con él contra el gigante, pero Haragg, sin grandes aspavientos, le cogió la muñeca y se la apretó hasta dejársela de pronto como muerta. El cuchillo cayó al suelo. Haragg recogió el arma y sacó a Saban a rastras de la choza.

El hijo de Haragg, un sordomudo más grande incluso que su gigantesco padre, esperaba fuera. Cogió a Saban y lo lanzó al suelo mientras su padre volvía a entrar en la choza de Lengar, y el infeliz joven oyó que Lengar hacía prometer al enorme

mercader que el nuevo esclavo no tendría ninguna oportunidad de huir. A Saban se le pasó por la cabeza intentar la fuga en ese mismo instante, pero el sordomudo no le quitaba ojo y, mientras sopesaba la idea, un gemido le hizo volverse para ver a la esposa de Morthor ayudando a su marido a salir de la antigua choza de Gilan. Unos guerreros extranjeros empujaban a la pareja hacia la entrada norte de Ratharryn.

—Morthor —gritó Saban, y acto seguido se le cortó la respiración, pues cuando el sumo sacerdote de Cathallo se volvió, Saban reparó en que le habían arrancado los ojos—. ¿Ha sido Lengar quien te ha hecho eso? —le preguntó.

—Sí, Lengar —respondió Morthor con amargura. El brazo le colgaba lánguido al costado y tenía una gruesa capa de sangre coagulada en el hombro del que le habían arrancado el astil de la flecha, pero su rostro no era más que una horrible máscara. Señaló con un gesto sus ojos maltrechos—. Este es el mensaje que envía Lengar a Cathallo —dijo, y los lanceros le obligaron a seguir caminando.

Saban cerró los ojos como si así fuera a borrar el horror que le producía el rostro de Morthor, y entonces le asaltó la imagen de Derrewyn desnuda en plena noche, y los hombros se le empezaron a mover espasmódicamente mientras intentaba contener las lágrimas.

—Llora, pequeño —le dijo una voz desdeñosa, y Saban abrió los ojos para ver que Jegar estaba encima de él. Dos de los amigos de Lengar acompañaban a Jegar, y cuando le pusieron las lanzas contra el pecho creyó por un momento que iban a matarlo, pero las lanzas eran una mera precaución para mantenerlo donde estaba—. Llora —repitió Jegar.

Saban se quedó mirando el suelo y se estremeció al notar que Jegar había empezado a meársele encima. Los dos lanceros se echaron a reír y, cuando Saban intentó hacerse a un lado, utilizaron las puntas de las lanzas para mantenerlo en su lugar de modo que la orina le calase el pelo.

—Lengar se desposará con Derrewyn —le recordó Jegar sin dejar de mear—, pero cuando se haya cansado de ella, y te aseguro que se cansará, me la ha prometido. ¿Sabes por qué, Saban?

El joven no respondió. El líquido le goteaba del cabello, le corría por el rostro y había formado un charco entre sus rodillas, mientras el sordomudo le miraba con una expresión de leve perplejidad en el ancho rostro.

—Porque desde que Lengar se fue a Sarmennyn —continuó Jegar—, he sido sus ojos y oídos en Ratharryn. ¿Cómo es que vino Lengar anoche? Pues porque yo se lo dije. ¿No es así? —La última pregunta se la dirigió a Lengar, que acababa de salir de la cabaña para presenciar la humillación de su hermano.

—Eres mi amigo más leal, Jegar —reconoció Lengar.

—Y un amigo con la mano derecha tullida. —Jegar se agachó de pronto y le cogió a Saban una mano—. Dame un cuchillo —pidió a Lengar.

—Déjale marchar —dijo Haragg.

—Tengo una cuenta pendiente con él —bufó Jegar.

—Es mi esclavo —replicó Haragg—, y vas a dejarle en paz.

El hombretón no había hablado muy fuerte, pero su grave voz tenía tal intensidad que Jegar obedeció. Haragg se agachó delante de Saban con el cuchillo de bronce del joven en la mano derecha y Saban creyó que el enorme extranjero iba a llevar a cabo lo que había intentado Jegar, pero en vez de eso Haragg cogió en su mano un mechón de cabello. Le lanzó un tajo, lo cortó y lo lanzó a un lado. Se aplicó sin miramientos, cortando grandes mechones de pelo y rasguñándole el cuero cabelludo hasta hacerle sangrar. A todos los esclavos se les afeitaba así, y aunque el cabello volvería a crecer, era una forma de demostrar que el cautivo recién rapado no era nadie. Ahora Saban no era nadie, y se estremeció mientras la dura hoja le desollaba el cuero cabelludo y la sangre la caía por las mejillas donde quedaba diluida en la orina de Jegar. La madre de Saban salió de su choza mientras Haragg le cortaba el pelo, le gritó al hombrachón que parara y le lanzó terrones hasta que dos de los lanceros de Lengar, sin dejar de reírse de su furia, se la llevaron a rastras.

Cuando Haragg acabó de cortar el pelo a Saban, le cogió la mano izquierda y la apoyó abierta contra el suelo.

—Deja que lo haga yo —se ofreció Jegar impaciente.

—Es mi esclavo —respondió Haragg, y una vez más la intensidad de su voz hizo retroceder a Jegar—. Mírame —ordenó a Saban, e hizo una señal a su hijo para que sujetara con su manaza la muñeca del desafortunado joven.

Saban, con los ojos arrasados en lágrimas, levantó la vista hacia el despiadado rostro de Haragg. Tenía la mano izquierda sujeta contra el suelo y no alcanzaba a ver el cuchillo, pero sintió un horrible dolor en la mano, un dolor que se propagó hasta el hombro y le hizo lanzar un grito. Haragg levantó la mano sangrante y puso un trozo de lana encima del muñón del dedo meñique de Saban.

—Sujeta la lana —le ordenó el mercader.

Saban sujetó firmemente la lana con la mano derecha. El dolor era pungente y le hizo marearse, pero apretó los dientes y se acunó adelante y atrás mientras Haragg recogía el pelo cortado y el dedo ensangrentado y los llevaba hacia una hoguera. Jegar volvió a entrometerse para exigir al mercader que le diera el cabello con objeto de utilizarlo en un maleficio contra Saban, pero el inflexible Haragg hizo caso omiso de la petición y lanzó tanto el pelo como el dedo a una hoguera para verlos arder.

El sordomudo arrastró a Saban hacia el norte a través de las chozas en dirección a donde tenía la forja Morcar, el herrero de Ratharryn. Morcar era amigo de Galeth y por lo general se ocupaba de hacer puntas de lanza a partir de barras de bronce, pero en ese momento estaba fundiendo el bronce que le había dado Haragg. El herrero procuró evitar la mirada de Saban mientras trabajaba. Haragg tiró a Saban al suelo, donde el joven cerró los ojos y se sugestionó para menguar el dolor de su mano, pero entonces sintió un dolor más punzante todavía en el tobillo derecho y lanzó un gemido, abrió los ojos y vio que le colocaban un grillete de bronce en la pierna. El grillete estaba doblado de modo que formara un círculo casi cerrado, y Morcar

empezó a martillar el bronce caldeado para que se uniesen los dos extremos de la barra curvada. El grillete iba unido por una cadena de bronce a otro igual que le fue colocado en el tobillo izquierdo para después cerrarlo a martillazos. El metal estaba a una temperatura abrasadora e hizo que Saban lanzara un grito sofocado.

Morcar vertió agua sobre el metal.

—Lo siento, Saban —susurró.

—Levántate —le ordenó Haragg.

Saban se puso en pie. Una pequeña muchedumbre de miembros de la tribu de Ratharryn miraban desde cierta distancia. Tenía los pies encadenados de tal modo que podía caminar pero no correr, llevaba la cabeza rapada y en ese momento Haragg se situó tras él y le rasgó la túnica hasta abajo con un cuchillo. Se la arrancó a tirones para que quedara desnudo. Por último, cortó el collar de conchas que Saban llevaba al cuello, lo aplastó contra el suelo con un enorme pie y se embolsó el amuleto de ámbar que la madre de Saban había regalado a su hijo. Mientras que Jegar se desternillaba de risa, Lengar aplaudía.

—Ahora eres mi esclavo —anunció Haragg sin asomo de emoción—, y vivirás o morirás a mi antojo. Sígueme.

Saban, humillado por completo, obedeció.

* * *

Lengar temía a los dioses. No los entendía, pero se entendía a sí mismo y era consciente de que traicionar a los dioses superaba cualquier otra cosa que pudiera tramar el hombre, de modo que los temía y se cuidó de aplacar su ira lo mejor que sabía. Hizo regalos a los sacerdotes; enterró simbólicas hachas de creta en todos los templos de Ratharryn; permitió que las esposas de Hengall que quedaban vivas siguieran con vida e incluso prometió asegurarse de que no murieran de hambre.

El espíritu de su padre estaba a punto de trasladarse al más allá, donde viviría con los antepasados y los dioses, pero iría sin mandíbula ni pie derecho, de modo que no podría hablar de su asesinato ni, en caso de que su espíritu quedara anclado en la Tierra, perseguir a Lengar. Echaron a los cerdos la mandíbula y el pie, pero el resto del cadáver fue tratado con todo respeto. Hengall fue inmolado en una gran pira al modo de los extranjeros. Tres días después de la muerte de Hengall se prendió fuego a una hoguera que permaneció encendida durante otros tres días, y solo entonces se echó un montón de creta y tierra sobre las brasas.

La noche en que se levantó el túmulo, Lengar se arrodilló sobre su cima y apoyó la frente contra los cascotes blanquecinos. Estaba solo porque no quería que nadie presenciara esa conversación con su padre.

—Tenías que morir —le dijo a Hengall—, porque eras demasiado precavido. Eras

un buen jefe, pero ahora Ratharryn necesita un gran jefe. —Lengar se interrumpió—. No he matado a tus esposas —continuó—, e incluso Saban sigue con vida. Siempre fue tu preferido, ¿verdad? Bueno, pues sigue con vida, padre, todavía sigue con vida.

Lengar no estaba convencido de que dejar con vida a Saban hubiera sido una buena idea, pero Camaban lo había convencido de que matar a su hermanastro resultaría fatal. Cuando Camaban acudió a Lengar en Sarmennyn ya no era el necio tartamudo al que siempre había despreciado. Se había convertido en un hechicero y Lengar sentía un curioso nerviosismo en su presencia.

—Es posible que los dioses te perdonen por la muerte de Hengall —le había dicho Camaban—, pero no por la de Saban. —Y cuando Lengar le preguntó por qué, Camaban afirmó haber hablado con Slaol en un sueño. Lengar se había plegado al mensaje del sueño. Aún estaba medio arrepentido, pero temía las artes de Camaban. Al menos Camaban había sugerido que Saban pasara a ser esclavo de Haragg, y Lengar estaba convencido de que los esclavos del enorme mercader no vivían mucho.

Lengar apoyó la cabeza sobre la cima del túmulo. La tierra y la creta se habían apilado sobre los restos de la hoguera de cualquier modo y a través del túmulo seguían filtrándose humos que produjeron a Lengar escozor en los ojos, pero mantuvo la cabeza gacha en señal de sumisión.

—Estarás orgulloso de mí, padre —aseguró a Hengall—, porque llevaré a Ratharryn a la gloria y humillaré a Cathallo. Seré un gran jefe... —Se interrumpió al oír pasos.

Las pisadas se acercaron y luego subieron al mismo túmulo, y a pesar de haberle cortado el pie a su padre, a Lengar lo atenazó el miedo a que se tratara del espíritu de Hengall que había venido para vengarse.

—No —susurró—, no.

—Sí —le contradijo una voz grave, y Lengar lanzó un suspiro de alivio e irguió la espalda para mirar a Camaban—. Después de todo, decidí seguir tus pasos desde Sarmennyn —explicó Camaban.

Lengar se encontró con que no tenía nada que decir. Estaba sudoroso de miedo.

Ahora Camaban era un hombre. Tenía el rostro más enjuto que antes y mucho más curtido, con los pómulos pronunciados, los ojos hundidos y separados y la boca torcida en una mueca sardónica. El cabello, que solía ser una mata de mugre enredada, lo llevaba ahora pulcramente anudado en la base de la nuca con una tira de cuero de la que colgaba una borla de huesecillos que emitía una especie de cascabeleo. Lucía un collar de costillas de niño y un bastón coronado por una mandíbula humana. Golpeó el túmulo funerario con el cabo del bastón y preguntó:

—¿Has notado eso, padre?

—No hagas eso —le previno Lengar.

—¿Temes a Hengall? —preguntó Camaban en tono burlón. Volvió a golpear el túmulo con el bastón y escupió—. ¿Has notado eso? Te he escupido. —Hincó el bastón entre los cascotes de creta—. ¿Lo notas, Hengall? ¿Notas cómo quema? Soy

Camaban.

Lengar se bajó del túmulo a toda prisa.

—¿Para qué has venido? —le preguntó.

—Para asegurarme de que hagas lo que es debido, claro —le respondió Camaban, y luego, con un esputo de despedida a su padre, descendió del túmulo y se dirigió hacia el Templo del Cielo. Aún cojeaba un poco, pero resultaba mucho menos evidente que antaño. Aunque Sannas le había desencorvado el pie enderezándole los huesos, no se le doblaban adecuadamente, y por tanto tenía unos andares un tanto irregulares, aunque en absoluto se parecían al grotesco amago de media vuelta en que antes hacía al caminar.

Lengar, a la zaga de Camaban, protestó:

—No necesito que me digas qué es lo que tengo que hacer.

—Has recuperado la valentía, ¿eh? —se mofó Camaban—. Cuando te he encontrado tiritabas de miedo. Has creído que era el espíritu de Hengall, ¿eh? —Se echó a reír.

—Ándate con cuidado —le previno Lengar.

Camaban se volvió y le escupió.

—¿Te atreverías a matarme aun a sabiendas de que soy un siervo de Slaol, Lengar, un amigo de Slaol? Mátame, necio, y el cielo te abrasará, la tierra rechazará tus huesos y hasta las bestias se apartarán ante el hedor de tu muerte. Incluso los gusanos y las larvas retrocederán ante tu carne putrefacta, hermano, y te secarás hasta convertirte en cascabillo amarillento que los vientos arrastrarán hasta los pantanos hediondos en los confines del mundo. —Blandió el bastón hacia Lengar mientras hablaba, y el guerrero retrocedió ante las amenazas. Quizá Lengar fuera mayor, tal vez tuviera una reputación envidiable en el campo de batalla, pero Camaban manejaba a su antojo poderes que Lengar no entendía.

—¿Has matado a Saban? —le preguntó Camaban.

—Se lo he entregado a Haragg como esclavo.

—Bien hecho —comentó Camaban con despreocupación.

—Y me he quedado con su prometida.

—¿Y por qué no? —le reafirmó Camaban—. Alguien tenía que hacerlo. ¿Es hermosa? —No esperó respuesta, sino que se adentró en el Templo del Cielo donde cruzó el terraplén exterior más bajo, atravesó la zanja con su leve cojera y subió al elevado terraplén interior, donde se detuvo con la mirada puesta en las cuatro piedras lunares—. ¿Esto es obra de Gilan?

Lengar se encogió de hombros porque no sabía nada del templo.

—Gilan está muerto.

—Me alegro —aseguró Camaban—, porque esto tiene que ser obra suya. Suya o de algún apestoso sacerdote de Cathallo. No tuvieron el valor de erigir un templo a Slaol sin honrar también a Lahanna.

—¿Lahanna?

—Esas son piedras lunares —le explicó Camaban, señalando con el bastón los pilares y las losas emparejados en el interior del anillo.

—¿Quieres que las retiren? —le preguntó Lengar.

—Es la voluntad de Slaol —aseguró Camaban—, yo lo dispondré todo y tú no moverás un dedo a menos que así te lo indique. —Se situó en el centro del templo, donde la Luna, en lo alto del cielo, proyectaba una pequeña sombra sobre el montículo que marcaba la tumba de la niña sorda. Camaban hincó el bastón en la tierra esponjosa e intentó sacar el cadáver haciendo palanca, pero, aunque revolvió el terreno, no pudo levantar el cuerpo inerte.

Lengar se apartó al percibir el hedor que salía del suelo desgajado.

—¿Qué haces? —le preguntó a modo de protesta.

—Quiero sacarla de aquí —explicó Camaban.

—No puedes hacer eso —le advirtió Lengar, pero Camaban hizo caso omiso y se puso de rodillas para apartar con las manos la mezcla de tierra y creta que cubría el cadáver y, una vez lo tuvo casi desenterrado, se incorporó y volvió a servirse del bastón para sacar el cadáver medio descompuesto a la luz de la luna.

—Ahora habrá que enterrarla de nuevo —señaló Lengar.

Camaban se volvió hacia él con furia.

—Este templo es mío, Lengar, no tuyo. ¡Mío! —Pronunció la última palabra en un susurro que arredró a Lengar—. Lo dejé bien claro cuando era niño. Me encantaba este lugar, adoraba a Slaol en este círculo mientras los demás mamabais de las tetas de Lahanna. Este sitio es mío. —Arremetió con el cabo del bastón contra el cadáver de la niña muerta y le quebró la caja torácica—. Eso es un mensajero enviado antes de tiempo, porque el templo no está acabado todavía. —Escupió sobre el cadáver y luego tiró del bastón para sacarlo del cuerpo destrozado—. Que se ocupen de ella los pájaros y las bestias —dijo sin darle mayor importancia, y se dirigió hacia la entrada orientada al Sol. No hizo ningún caso de los dos pilares que flanqueaban la entrada y fue directamente hacia las piedras lunares emparejadas. Frunció el ceño ante las dos piedras—. Esta nos la quedaremos —indicó, al tiempo que posaba una mano sobre la mayor de las dos—, pero esta la puedes derribar. —Señaló la piedra más pequeña—. Una piedra es suficiente para el Sol. —Hizo un lacónico gesto de despedida a su hermano y, con tan escasa ceremonia como había llegado, echó a andar hacia el norte.

—¿Adónde vas? —le gritó Lengar.

—Todavía tengo que aprender algunas cosas —respondió Camaban—. Cuando las sepa, volveré.

—¿Para qué?

—Para construir el templo, claro —le aseguró Camaban, dándose media vuelta—. Quieres que Ratharryn recupere su grandeza, ¿verdad? Pero ¿crees que puedes llegar a alguna parte sin los dioses? Voy a darte un templo, Lengar, que encumbrará a esta miserable tribu hasta los cielos. —Continuó su camino.

—Camaban —le gritó Lengar.

—¿Qué quieres? —respondió Camaban irritado, al tiempo que se volvía otra vez.

—Estás de mi parte, ¿verdad? —le preguntó Lengar no sin cierta ansiedad.

Camaban sonrió.

—Te quiero, Lengar —le aseguró—, como a un hermano. —Y siguió caminando hacia la oscuridad.

* * *

Saban averiguó que había sido Haragg quien había guiado a Lengar y sus hombres desde Sarmennyn a Ratharryn, pues solo un mercader con experiencia podía conocer los caminos y saber dónde se escondían los peligros y cómo evitarlos, y Haragg era uno de los mercaderes con más experiencia. Llevaba diez años cruzando el mundo con su reata de tres caballos lanudos cargados de bronce, hachas y cualquier otra cosa que fuera capaz de cambiar por el sílex, el azabache, el ámbar y las hierbas de que carecía Sarmennyn. A veces, según le dijo Haragg a Saban, llevaba dientes y huesos de monstruos marinos arrojados a las costas de Sarmennyn que podían cambiarse por valiosos metales y piedras preciosas.

La mayor parte de esta información se la transmitió a Saban entre gruñidos mientras se dirigían hacia el norte. A veces hablaba en la lengua de Saban, pero la mayor parte del tiempo insistía en hablar en el idioma de los extranjeros y golpeaba a Saban con una vara si no entendía o no contestaba en la misma lengua.

—Aprenderás mi idioma —insistía, y Saban lo hizo por miedo a la vara.

Las tareas de Saban eran sencillas. Mientras que por la noche encendía un fuego para preparar la comida y evitar que les atacaran las bestias del bosque, durante el día conducía a los tres caballos, iba a por agua, cortaba forraje y hacía sonar el cuerno de buey de Haragg a medida que se acercaban a un asentamiento para avisar de la llegada de unos forasteros. Eran tareas al alcance del sordomudo, que se llamaba Cagan, pero Saban cayó en la cuenta de que el enorme muchacho, apenas unos años mayor que él, había nacido tonto. Cagan tenía una magnífica disposición y observaba en todo momento a su padre, atento a una señal que le permitiera ser de utilidad, pero luego era incapaz de hacer nada bien. Si encendía una hoguera, se quemaba; si intentaba conducir a los caballos, lo hacía con excesiva dureza, y sin embargo, Haragg, según apreció Saban, trataba a su hijo con extraordinaria delicadeza, como si el sordomudo, que sacaba a Saban medio cuerpo de estatura, fuera un perro muy querido, y Cagan respondía al cariño de su padre con una alegría enternecedora. Si su padre sonreía, se estremecía de dicha, o, se mecía adelante y atrás, le devolvía la sonrisa y profería débiles gemidos desde el fondo de la garganta. Todas las mañanas Haragg arreglaba el cabello a su hijo, se lo peinaba, trenzaba y ataba con una tira de cuero, y luego le peinaba la barba y Cagan se retorció de alegría mientras que a

Haragg, según apreció Saban, le asomaba alguna lágrima a los ojos.

El mercader no derramaba ninguna lágrima por Saban. Los grilletos de bronce le provocaban verdugones en la piel y estos producían sangre y pus. Haragg los trataba con hierbas y metía hojas bajo los grilletos para evitar las rozaduras, pero las hojas siempre acababan por caerse. Tras varios días le facilitó a regañadientes una mísera piel de lobo que anudarse en torno a la cintura, pero le molestaba que Saban aplastara los piojos que salían de la piel. «Deja de rascarte —le reprendía como preludeo a un varazo—. No soporto que te rasques. No eres un perro».

Se desplazaron hacia el este y luego hacia el norte, por lo general en busca de la protección que suponía la compañía de otros mercaderes, pero en ocasiones a solas porque, a pesar de estar los bosques llenos de proscritos y cazadores, Haragg era consciente de que no había gran peligro de caer en una emboscada. «Si fuera atacado un mercader —le explicó a Saban— serían atacados todos los mercaderes, de modo que los jefes nos protegen. Sin embargo, hay lugares peligrosos por los que siempre paso acompañado». Muchos mercaderes, le explicó Haragg, iban por mar, remando en sus embarcaciones de madera sin alejarse mucho de tierra, para intercambiar mercancías únicamente con las tribus que vivían en la costa, pero esos comerciantes marítimos pasaban por alto los asentamientos interiores, mucho más poblados, en los que Haragg se ganaba la vida.

Cuando llegaban a una población, Saban se encargaba de desempaquetar las mercancías de Haragg y exponerlas sobre pieles de nutria delante de la choza del jefe. Cagan descargaba las pesadas alforjas de lomos de los caballos y se sentaba a mirar, mientras las gentes iban a verlo porque era un auténtico gigante. Las mujeres proferían risitas y a veces los hombres, al advertir que Cagan tenía la mentalidad de un niño, intentaban provocarle, pero entonces Haragg les lanzaba un grito y retrocedían amedrentados ante su estatura y ferocidad.

Algunas mercancías no se desempaquetaban nunca: sobre todo trozos de oro y un puñado de elegantes prendedores de bronce que se guardaban para los jefes que, en opinión de Haragg, mejor precio estaban dispuestos a pagar. El regateo duraba toda una jornada, a veces dos, y cuando acababa Saban colocaba los bienes destinados a Sarmennyn en una voluminosa alforja de cuero y las mercancías restantes en otra, y Cagan las colocaba a lomos de los caballos. Una alforja de menor tamaño no contenía sino grandes conchas marinas envueltas en unas extrañas algas que, según aseguraba Haragg, crecían en el océano; pero como Saban no había visto el mar, la explicación no le aclaraba gran cosa. Las conchas se cambiaban por comida.

Haragg no andaba falto de compasión. Saban tardó mucho tiempo en entenderlo porque temía el rostro inexpresivo y la vara siempre presta del mercader, pero descubrió que Haragg no sonreía a nadie aparte de su propio hijo, aunque tampoco ponía mala cara; en vez de eso se enfrentaba a todo hombre, mujer y circunstancia con la misma porfiada determinación, y si bien hablaba poco, escuchaba con atención. Conversaba con Saban, aunque solo para aliviar el tedio de los largos

viajes, pero le hablaba en un tono exento de emoción, como si la información que le facilitaba careciese de interés.

Estaban muy al norte cuando los primeros indicios del invierno se manifestaron en forma de fríos vientos y lloviznas. Allí las gentes hablaban una lengua extraña que le costaba entender hasta al mismo Haragg. A estas alturas cambiaba barras de bronce y hachas de piedra negra por bolsitas de hierba que, según decía, daban un sabor característico al licor que destilaban en Sarmennyn, aunque cambió a regañadientes una pequeña punta de lanza de bronce por una túnica de lana y un par de botas de piel de buey bien cosidas que entregó a Saban.

Las botas no le entraban a causa de los grilletes, así que Haragg le hizo sentarse, cogió un hacha con filo de piedra de una de sus alforjas y luego, a base de hacer palanca y propinar algunos golpes, aflojó los grilletes lo bastante como para quitárselos de los tobillos. «Si escapas ahora —le dijo en tono apagado— te matarán. Esta es una región peligrosa».

Guardó los grilletes con el resto de las mercancías y en el siguiente poblado las cambió por veinte bolsas de preciadas hierbas. Aquel era uno de los asentamientos en los que, al sonar el cuerno que anunciaba la llegada del mercader, escondían a todas las mujeres en sus cabañas para que los forasteros no les vieran el rostro. «Aquí se comportan de un modo muy extraño», le advirtió Haragg.

A estas alturas Haragg y Saban hablaban solo en la lengua de los extranjeros. Ratharryn era un recuerdo; un recuerdo intenso, claro, pero cada vez más lejano. Incluso el rostro de Derrewyn había perdido nitidez en la memoria de Saban. Todavía experimentaba una fuerte sacudida de remordimiento cuando pensaba en ella, pero ahora, en vez de compadecerse de sí mismo, le acuciaba un deseo candente de vengarse. Una noche tras otra se consolaba con imágenes de la muerte de Lengar y la humillación de Jegar, pero semejantes consuelos fueron diluyéndose gracias a las nuevas maravillas que veía y a las cosas tan extrañas que aprendía.

Vio templos. Muchos eran grandes santuarios: algunos de madera, los más de piedra. Mientras que los mojones conformaban amplios círculos, los templos de madera se alzaban hacia los cielos y estaban adornados con acebo y hiedra. Vio sacerdotes que se infligían cortes con sílex para que el pecho les quedara cubierto de sangre mientras oraban. Vio un lugar en el que la tribu adoraba a un río, y Haragg le explicó que las gentes de aquel sitio ahogaban a un niño en su remanso cada luna nueva. En otro lugar, los hombres adoraban a un buey, un buey distinto cada año, y en el solsticio sacrificaban la bestia y se comían su carne antes de escoger un nuevo dios. Mientras que una tribu tenía un sumo sacerdote loco que hacía aspavientos, babeaba y farfullaba disparates, en otras solo permitían ser sacerdotes a los tullidos. En ese lugar adoraban a las víboras y cerca de allí había un asentamiento bajo el mando de una mujer. Eso fue lo que más extrañó a Saban, pues no era meramente una hechicera con gran influencia, como Sannas, sino la jefa de toda la tribu. «Siempre han tenido mujeres al mando desde que los conozco —le explicó Haragg—. Al

parecer, así lo ordenó su diosa». La jefa insistió en que Haragg durmiera una noche en su cama. «No comprará nada si me niego», explicó el hombrachón. Fue en ese asentamiento donde Haragg ordenó a Saban cortar una rama de tejo y hacerse un arco. Haragg le compró flechas, convencido de que Saban no utilizaría el arma contra su amo. «Pero no dejes que Cagan toque las flechas, porque se haría daño», le advirtió Haragg.

La cicatriz del dedo cortado de Saban se había convertido en un duro callo, pero Saban comprobó que podía utilizar el arco con la destreza de siempre. El dedo cercenado era una señal de su condición de esclavo, pero no suponía ninguna desventaja. El pelo había vuelto a crecerle en una buena mata, y había días en los que se sorprendía sonriendo o riendo; una mañana despertó y, para su sorpresa, cayó en la cuenta de que estaba disfrutando de la vida que llevaba con el austero Haragg. Al pensarlo sintió una punzada de remordimiento por Derrewyn, pero Saban era todavía joven y la novedad estaba diluyendo a marchas forzadas su aflicción.

En el asentamiento regido por una mujer aguardaron a que se reunieran más mercaderes. El siguiente viaje, advirtió Haragg, era peligroso y los hombres avezados no recorrían solos aquel sendero. La jefa recibió una pieza de bronce a cambio de cederles veinte guerreros como escolta, y una fría mañana los mercaderes se pusieron camino del norte a través de amplias e inhóspitas zonas pantanosas bajo el cielo encapotado. Allí no crecían árboles, y Saban no alcanzaba a comprender cómo podía vivir alguien en un lugar semejante, pero Haragg le explicó que en los pantanos había profundas grietas rocosas y en ellas cuevas que los proscritos utilizaban como vivienda. «Están desesperados», le explicó Haragg.

A última hora de ese mismo día sufrieron el ataque de un grupo de hombres. Salieron de entre el brezo para disparar algunas flechas, pero fueron pocas y las lanzaron a modo de aviso, y además los atacantes se mostraron muy pronto. Los lanceros contratados intentaron ahuyentar a los proscritos gritándoles y blandiendo las lanzas, pero el enemigo se mostró terco y continuó bloqueando el camino. «Tenéis que atacarles», arengó Haragg a los guerreros, pero no estaban dispuestos a morir por unos cuantos mercaderes. Cagan quiso cargar contra los harapientos malhechores aullando como una bestia, pero Haragg lo contuvo y dejó que Saban se lanzara al ataque. El joven disparó una flecha pero vio que no llegaba a su objetivo, así que avanzó unos pasos y lanzó otra. Pasó zumbando junto a su objetivo y Saban dedujo que el error tenía que deberse a que la flecha estaba mal alineada, y no al viento; así que disparó una tercera flecha para ver cómo se clavaba en el vientre de un hombre. Ahora todas las flechas del enemigo tenían a Saban como objetivo, pero no contaban con buenos arcos. Saban avanzó unos pasos más y volvió a tensar la cuerda de ligamento para soltarla y ver caer a otro enemigo. Les gritó mofándose de su coraje y su puntería y disparó otra flecha con punta de sílex contra un hombre de cabello revuelto que iba vestido con una sucia túnica de vellón. El joven se puso a bailar al verlos emprender la huida.

—¡Vuestras madres eran unas cerdas! —les gritó Saban—. ¡Vuestras hermanas se revuelcan con cabrones! Aunque hubieran estado lo bastante cerca para oír los insultos, ninguno de los enemigos los habría entendido. Haragg llegó a sonreír a Saban. Incluso le palmeó el hombro y rio.

—Tendrías que haber sido guerrero en vez de esclavo —le felicitó, y Cagan, siguiendo el ejemplo de su padre, meneó la cabeza y ofreció una sonrisa a Saban.

—Siempre quise ser guerrero —confesó Saban.

—Es lo que quieren todos los chicos. ¿Qué niño que se precie quiere ser otra cosa? —le preguntó Haragg—. Pero todos los hombres son guerreros, excepto los sacerdotes. —Las tres últimas palabras las pronunció con una intensa amargura, aunque se negó a explicar el motivo.

Al día siguiente, los mercaderes expusieron sus artículos en un asentamiento el norte de los pantanos. Habían llegado tribus de otros poblados y cientos de personas paseaban por la pradera, donde el regateo se prolongó del amanecer al anochecer. Haragg trocó la mayor parte de sus mercancías esa jornada, aceptando a cambio más hierbas y la promesa de un montón de pieles blancas que le serían entregadas al final del invierno. «Hasta entonces, nos quedaremos aquí», le dijo a Saban.

A Saban le parecía un lugar desolado, ya que no era sino un profundo valle entre altas colinas. Los pinos cubrían las laderas inferiores y un frío riachuelo corría sobre las rocas grises entre lóbregas arboledas. Valle abajo había un templo de piedra y un poco más arriba un racimo de chozas. Haragg y Saban se acomodaron en una cabaña maltrecha. Saban reparó los maderos que sostenían el tejado y luego cortó trozos de césped y los colocó a modo de techumbre.

—Me gusta este sitio —contestó Haragg cuando Saban le preguntó la razón de que no volvieran a Sarmennyn a pasar el invierno—. Y será un largo invierno —le previno Haragg—, largo y frío, pero cuando haya acabado te llevaré otra vez con tu hermano.

—¿Con Lengar? —preguntó Saban amargamente—. Preferiría que me mataras aquí mismo.

—Con Lengar, no —le aseguró Haragg—. Con Camaban. No era Lengar quien quería que fueses mi esclavo, sino Camaban.

—Camaban —exclamó Saban asombrado.

—Camaban —confirmó Haragg con calma—. Lengar quería matarte cuando regresó a Ratharryn, pero Camaban tenía el firme propósito de mantenerte con vida. Al parecer, en cierta ocasión protestaste cuando tu padre iba a matarlo, ¿no es así?

—¿Eso hice? —preguntó Saban, y entonces recordó el fallido sacrificio y su involuntario grito de horror—. Sí que lo hice —aseguró.

—De modo que Camaban convenció a Lengar de que matarte le traería mala suerte. Sugirió la esclavitud como alternativa, y para un hombre como Lengar la esclavitud es peor que la muerte. Pero no podías quedar al servicio de cualquiera, sino que tenías que ser mi esclavo, o al menos eso aseguró Camaban que se le había

comunicado en sueños. Todo esto lo planeamos tu hermano y yo. Pasamos noches enteras discutiendo cómo llevarlo a cabo. —Haragg le miró la mano a Saban allí donde la cicatriz del dedo cercenado se había convertido en una callosidad de piel reseca—. Había que hacerlo como era debido —explicó—, o Lengar no habría consentido y ahora estarías muerto. —Abrió la bolsa que llevaba al cinta y sacó de ella el precioso cuchillo que Hengall había regalado a Saban y con el que se había cortado el dedo del propio Saban. Le ofreció el cuchillo al joven—. Cógelo —dijo, y luego le devolvió el amuleto de ámbar.

Saban se colgó el trozo de ámbar de su madre al cuello y se metió el arma en el cinturón.

—¿Estoy en libertad? —preguntó confuso.

—Eres libre —confirmó Haragg con solemnidad—, y puedes irte, si eso deseas, pero tu hermano me encargó que cuidara de ti hasta que nos reuniéramos con él en Sarmennyn. No concebía otro modo de mantenerte con vida que condenarte a ser mi esclavo, pero me pidió que te protegiera porque te necesita.

—¿Camaban me necesita? —preguntó Saban, profundamente aturdido por todo lo que le estaba revelando Haragg sin atisbo de emoción. Saban seguía pensando en su hermano como un tullido tartamudo, un engendro del que compadecerse, y sin embargo había sido Camaban, objeto del desprecio general, quien había dispuesto que sobreviviera y quien había reclutado al amedrentador gigante para que llevara a cabo su voluntad—. ¿Por qué me necesita Camaban?

—Porque tu hermano está haciendo algo maravilloso —le explicó Haragg, y, por una vez, su voz reflejó lo que sentía—, algo que solo podría hacer un gran hombre. Tu hermano está renovando el mundo. —Haragg retiró la cortina de cuero que hacía las veces de puerta de la choza y echó un vistazo fuera para comprobar que la nieve estaba cayendo recia y pausada para cubrir el mundo—. Durante años —continuó Haragg sin apartar la vista de la nieve—, he estado viéndomelas con este mundo y sus dioses. Intentaba encontrarle una explicación a todo. —Dejó caer la cortina y lanzó a Saban una mirada casi desafiante—. Esa lucha continua no me proporcionaba ningún placer. Pero entonces conocí a tu hermano. No puede saberlo, pensé, es muy joven. Pero sí que lo sabía. Lo sabía. Ha descubierto el canon.

—¿El canon? —preguntó Saban, perplejo.

—Ha encontrado el canon —repitió Haragg con toda seriedad—, y todo se renovará, todo irá bien y todo cambiará.



CAPÍTULO 8

Una noche de invierno en la que la tierra estaba dura como el hielo y los árboles revestidos de una capa de escarcha que relucía bajo una Luna pálida y medio cubierta por la niebla, un hombre salió cojeando de entre los árboles al norte de Cathallo y cruzó los campos en barbecho. Era la noche más larga, la oscuridad de la muerte del Sol, y nadie le vio llegar. Las chozas del asentamiento desprendían pequeñas columnas de humo mientras las hogueras nocturnas se convertían en brasas, pero los perros de Cathallo dormían, y bueyes, ovejas, cabras y cerdos invernanaban a buen recaudo en las cabañas donde el forastero no podía molestarlos.

Los lobos habían visto al hombre y el anochecer anterior una docena de bestias pardas lo habían seguido con la lengua colgando mientras daban vueltas y más vueltas tras sus pasos, pero el hombre se había vuelto para aullarles y los lobos primero habían lanzado tenues gemidos, y después habían echado a correr hacia los árboles escarchados. El hombre siguió su camino. Ahora, en esos momentos previos al amanecer iluminados por la luz de las estrellas, llegaba a la entrada norte del gran santuario.

Las grandes piedras dentro del elevado terraplén relumbraban a causa de la escarcha. Durante un instante, parado ante la entrada, le pareció que el gran anillo de mojones destellaba como un círculo de bailarinas que se mecieran de un lado a otro. Las piedras danzantes. La ocurrencia le hizo sonreír y luego cruzó el césped hasta la choza de Sannas.

Apartó con cuidado la cortina de cuero que colgaba sobre la entrada y dejó entrar una ráfaga de aire frío que reavivó los rescoldos. Se agachó para entrar en la choza, dejó caer la cortina y se quedó muy quieto.

Apenas veía nada. La hoguera no era más que brasas y ceniza y a través del pequeño agujero en el tejado no entraba la luz de la luna, de modo que se puso en cuclillas y escuchó hasta que detectó el ruido de la respiración de tres personas.

Cruzó la choza de rodillas, lentamente para no hacer ruido, y cuando encontró al primero de los que dormían, una joven esclava, le puso una mano en la boca y le dio un tajo con el cuchillo que llevaba en la otra mano. Su respiración se convirtió en un

áspero burbujeo en su garganta abierta, se estremeció durante unos instantes, pero al cabo quedó inerte. La segunda chica murió del mismo modo, y entonces el hombre decidió que ya había guardado suficientes precauciones y se acercó al fuego para soplar sobre los rescoldos y alimentarlos con yesca de bejín desecado y ramitas, de modo que las llamas adquirieran intensidad e iluminasen los cráneos, las alas de murciélago, los haces de hierba y los huesos colgados. La sangre fresca brilló sobre las pieles y en las manos del asesino.

La última persona dormida se desperezó al otro lado de la choza.

—¿Ya ha llegado la mañana? —preguntó su anciana voz.

—No del todo, querida —respondió el hombre. Ahora estaba echando trozos de madera más grandes al fuego—. Casi ha amanecido —añadió en tono reconfortante—, pero será un día frío, muy frío.

—¿Camaban? —Sannas se incorporó en el montón de pieles que era su lecho. Su rostro cadavérico, enmarcado por una maraña de cabello blanco, delató sorpresa e incluso alegría—. Sabía que regresarías —le dijo. No vio la sangre recién vertida y el hedor a humo enmascaraba su olor—. ¿Dónde has estado? —inquirió quejumbrosa.

—He recorrido las colinas y rezado en templos más antiguos que el tiempo —respondió Camaban en voz queda, mientras echaba más madera al fuego reavivado—, y he hablado con sacerdotes, ancianas y hechiceras hasta secar el pozo de conocimiento de este mundo.

—Hasta secarlo —se mofó Sannas—. Apenas has lamido la superficie, necio imberbe, ¿cómo ibas a secarlo? —Lo cierto era que Sannas sabía que Camaban había sido su mejor alumno, un hombre que podía rivalizar con sus propias artes, pero no estaba dispuesta a reconocerlo ante él. Se inclinó hacia un lado y dejó al descubierto un pecho flácido y correoso al alargar el brazo para coger su miel. Se metió una porción en la boca y la chupó ruidosamente—. Tu hermano nos ha declarado la guerra —le dijo en tono áspero.

—A Lengar le encanta guerrear —contestó Camaban.

—Y le encanta concebir niños —añadió Sannas—. Derrewyn está preñada.

—Eso he oído.

—Ojalá su leche envenene al bastardo —deseó Sannas—, y a su padre también. —Se echó las pieles sobre los hombros—. Lengar hace prisioneros a nuestros hombres, Camaban, y los sacrifica a sus dioses.

Camaban se meció sobre los talones.

—Lengar cree que los dioses son como perros a los que se puede hacer entrar en razón a latigazos —dijo—, pero pronto descubrirá que sus látigos son mayores que el que blande él. Sin embargo, por el momento está dedicado a la obra de Slaol, de modo que imagino que las cosas le irán bien.

—Slaol —bufó Sannas.

—El gran dios —señaló Camaban con reverencia—, el dios que está por encima de todos los demás. El único dios que tiene poder para cambiar nuestro triste mundo.

Sannas se le quedó mirando mientras le caía de la boca un reguerillo de baba melosa.

—¿El único dios? —preguntó con descreimiento.

—Te dije que quería aprender —le recordó Camaban—, de modo que he aprendido, y he descubierto que Slaol es el dios que está por encima de todos los demás. Nuestro error ha sido alabar a otros, pero ellos ya tienen bastante con adorar a Slaol como para reparar en nosotros. —Sonrió al ver la expresión horrorizada de Sannas—. Soy un seguidor de Slaol, Sannas —dijo—, y siempre lo he sido, desde que era niño. Incluso cuando te oía perorar sobre Lahanna, yo adoraba a Slaol.

Su impiedad provocó un estremecimiento a la anciana.

—Entonces, ¿para qué has vuelto, necio? —exigió saber—. ¿Crees que adoro a Slaol?

—He venido para verte, querida, como es natural —le respondió Camaban con toda tranquilidad. Echó un último trozo de madera al fuego y luego se acercó a Sannas para sentarse y pasarle un brazo sobre los hombros—. Te pagué para que me enseñaras, ¿recuerdas? Ahora te reclamo mi última lección.

Camaban volvió el cuerpo para encararse a ella.

—Vas a darme esa última lección, Sannas —insistió dulcemente—. Te la pagué con el oro de Slaol.

—No —bufó ella.

—Sí —repitió Camaban en voz queda, y luego se inclinó hacia delante y la besó en la boca. Ella se resistió, pero Camaban se sirvió de su propio peso para hacerla caer. Siguió besándola, su boca pegada a la de ella, y durante unos instantes la anciana intentó zafarse del beso moviendo la cabeza, pero su fuerza no era rival para la de Camaban.

Sannas le atravesó con la mirada, y entonces el joven retiró las pieles que le cubrían los pechos, le rodeó el cuerpo con un brazo y empezó a apretar. La anciana volvió a resistirse y dejó escapar un pequeño gemido, pero Camaban impuso su boca con fuerza sobre la de ella, continuó apretándola con el brazo y le tapó las ventanas de la nariz con la mano izquierda sin apartar en ningún momento sus ojos verdes de los ojos negros de la vieja.

Le llevó un buen rato. Un rato mucho más largo de lo que había esperado, cosa que le sorprendió. La anciana lanzó un puntapié y se revolvió bajo las pieles, pero después de un rato los movimientos espasmódicos cesaron. Aun así, Camaban seguía besándola. El fuego había quedado reducido otra vez a rescoldos para cuando Sannas cejó en sus movimientos de pajarillo, pero la vieja seguía con los ojos abiertos y Camaban siguió mirándolos hasta que, al cabo, aunque con mucha precaución, como si esperara algún truco, retiró lentamente su rostro del de ella. Aguardó con sus labios a un dedo de los de Sannas, pero la anciana no hizo ningún movimiento. Y aun así siguió esperando, sin atreverse apenas a respirar; al fin, sonrió.

—Qué beso tan dulce ha sido —le dijo al cadáver, y le tocó la frente con un dedo

—. Te he quitado el último aliento, señora. Te he robado el alma.

Permaneció sentado durante un instante saboreando el triunfo. Con su último aliento le había robado el poder y había engullido su espíritu, pero entonces recordó que se acercaba el amanecer y cruzó a toda prisa la choza. Apartó las piedras que rodeaban el pequeño hogar y luego, con un trozo de madera, apartó los troncos quemados, las brasas y la ceniza caliente. Vio una cuerna rota y la utilizó para cavar en la zona caldeada bajo el hogar y ahondar en la tierra donde sabía que Sannas guardaba sus tesoros más preciados.

Desenterró una bolsita de cuero. La retiró con cuidado del lecho de tierra y apartó la cortina de cuero a la entrada de la choza, donde los primeros tonos grises de la mañana le ofrecieron una luz mortecina. Desató la bolsita y dejó caer el contenido sobre la palma de su mano. Había once de los pequeños rombos de Sarmennyn y uno de los grandes. Era el oro que Hengall había entregado a cambio de las piedras de Cathallo y los dos rombos que el propio Camaban había pagado a Sannas. Se quedó mirando el tesoro un instante y lo volvió a meter en la bolsa para atársela al cinto y salir al frío del amanecer.

Se dirigió hacia el norte y un niño le vio salir del santuario entre la bruma grisácea, pero no dio la alarma. Atravesó con su leve cojera los campos blanqueados por la escarcha en dirección a los tenebrosos bosques, en los que se adentró antes de que el Sol se alzara para iluminar el santuario de Cathallo donde Sannas la hechicera yacía muerta.

* * *

Haragg se hizo con tres esclavas para el invierno. Procedían de una tribu que vivía aún más al norte y hablaban una lengua que no entendía ni el propio Haragg, pero sabían cuáles eran sus deberes. La más joven dormía con Haragg, y Saban y Cagan compartían a las otras dos. «Un hombre debe dormir con una mujer —le dijo Haragg a Saban—. Es lo más natural, lo más adecuado».

Haragg no parecía obtener gran placer con su mujer. Su dicha se derivaba de la vida fría y frugal de aquel largo invierno. Todas las mañanas se iba al templo a rezar y después traía agua o hielo a la hoguera, mientras Cagan alimentaba con heno u hojas a los caballos con los que compartían la choza. El jefe del asentamiento trataba a Haragg como invitado de honor y les facilitaba comida, aunque Saban también aportaba su parte cazando. Prefería ir de caza solo, acechar a las escasas presas a través de la tierra cubierta de hielo, aunque en cierta ocasión en que encontraron un oso hibernando en una cueva, se unió a los hombres del asentamiento. Despertaron a la bestia con fuego y la mataron con sílex y bronce, y después Saban llevó un pedazo de carne sanguinolenta de regreso a la choza. Nunca había comida suficiente, al

menos para el gigantesco Cagan, pero ninguno pasó hambre. Comían bayas y nueces que guardaban en vasijas, sisaban de sus alforjas pequeñas cantidades de cereales y hierbas y de vez en cuando se daban un banquete de venado, liebre o pescado.

Y día tras día, la nieve destellaba sobre las colinas y el aire parecía impregnado de un escarcha resplandeciente, el Sol hacía acto de presencia durante un rato y las noches eran interminables. Quemaban turba, material que Saban no había visto nunca, pero a veces, para que la luz en el interior de la choza fuera más intensa, echaban troncos de un pino resinoso que al arder producía un humo espeso y acre. Las largas tardes acostumbraban a ser tranquilas, pero en ocasiones Haragg se ponía a hablar.

—Fui sacerdote —dijo el hombretón una noche, para sorpresa de Saban—. Fui sacerdote de Sarmennyn, y tuve esposa, hijo e hija.

Saban no respondió. La turba ardía con un resplandor rojizo. Los tres caballos hollaban el suelo con los cascos y Cagan, que adoraba los caballos, notó la vibración y les dirigió una especie de gorgoteo tranquilizador. Las tres mujeres miraban a los hombres guarecidas bajo la piel que compartían. Tenían matas ensortijadas de cabello moreno tras las que quedaba medio oculta la cicatriz de su frente, señal de que eran esclavas. Saban estaba aprendiendo su lengua, pero en ese momento Haragg y él hablaban en el idioma de los extranjeros.

—Mi hija se llamaba Miyac —rememoró Haragg con la mirada fija en el resplandor uniforme del fuego. Era casi como si hablara consigo mismo, pues monologaba en voz queda sin mirar a Saban—. Miyac —su voz acarició el nombre—, y era una criatura con un gran encanto. Un gran encanto. Estaba convencido de que crecería y se casaría con un jefe o un señor de la guerra, y eso me alegraba, porque la riqueza de su marido nos mantendría a mi esposa y a mí en nuestra vejez y mantendría a salvo a Cagan después de nuestra muerte.

Saban continuó en silencio. Se oyó un ruido de deslizamiento en el tejado al caer una masa de nieve desde la techumbre.

—Sin embargo, en Sarmennyn —continuó Haragg—, escogemos una prometida del Sol cada año. Es elegida en primavera y durante tres lunas —sacudió la mano adelante y atrás para indicar que el período de tres lunas era una aproximación—, se convierte en diosa. Y luego, en el solsticio, en plena gloria del Sol, la matamos.

—¿La matáis? —preguntó Saban, asombrado.

—Se la enviamos a Erek. —Erek era el nombre que daban los extranjeros a Slaol—. Y un año —siguió Haragg—, escogimos a Miyac.

Saban sintió un escalofrío.

—¿La elegiste tú?

—La elegimos los sacerdotes —explicó Haragg—, yo entre ellos. Mi esposa me lanzó improperios, me golpeó, pero yo estaba convencido de que sería un honor para nuestra familia. ¿A qué mejor marido podía aspirar Miyac que el mismísimo Erek? De modo que mi hija murió y mi esposa falleció esa misma luna. Yo me sumí en una

negra aflicción, y cuando se disipó la tristeza ya no quería ser sacerdote. Mis ideas no eran bien recibidas, de modo que empecé a vagar de aquí para allá. Me dediqué al mercadeo. —La tristeza se reflejó en su rostro y Cagan lanzó un gemido, de modo que Haragg se inclinó hacia él y le palmeó la mano para demostrarle que todo iba bien.

Saban se acercó al fuego, se puso la piel sobre los hombros y se preguntó si el mundo volvería a ser cálido alguna vez.

—Mi hermano gemelo era el sumo sacerdote de Sarmennyn —prosiguió Haragg—, y cuando le confesé que ya no creía en el sacrificio me permitió dejar el sacerdocio y pasar a ser mercader. Se llama Scathel. Ya lo conocerás, si es que sigue vivo.

La entonación de Haragg al decir el nombre de su hermano sugirió a Saban que más le valía no conocer a Scathel.

—¿Sigue siendo tu hermano sumo sacerdote? —preguntó.

Haragg se encogió de hombros.

—Perdió el juicio cuando robaron los tesoros y huyó a las montañas, de modo que no sé si está vivo o muerto.

—¿Quién robó los tesoros? —preguntó Saban.

—Nunca se pronuncia su nombre —respondió Haragg—, pero era hijo de nuestro jefe y él también aspiraba a ser jefe, solo que tenía tres hermanos mayores y todos eran más dignos que él, así que robó los tesoros de la tribu para que la suerte se volviera contra Sarmennyn. Había oído hablar de Sannas, y creía que ella podría servirse de los tesoros para lanzar un maleficio que acabara con su padre y sus hermanos y le permitiera alcanzar la jefatura. Eso lo sabemos porque se lo confesó a su mujer y ella nos lo dijo antes de que la matáramos. Después, Scathel ahuyentó la mala suerte dando muerte al jefe y a toda su familia. Según parece, el oro nunca llegó a manos de Sannas, pero Scathel perdió el juicio de todos modos. —Hizo una pausa—. Y tal vez no se ahuyentó del todo la mala suerte, no lo sé. De lo que sí estoy seguro es de que mi pueblo haría cualquier cosa, daría lo que fuera, por recuperar los tesoros.

—Deben ceder un templo —dijo Saban al recordar las palabras que le había dirigido Lengar la mañana en que fuera reducido a la esclavitud.

—Deben escuchar a Camaban —señaló Haragg en voz queda, y Saban volvió a maravillarse de que alguien desgarrado y tullido como su hermano hubiera adquirido, de la noche a la mañana, una reputación tan impresionante.

Pocas jornadas después, cuando el deshielo fundió parte de la nieve entre las colinas y Haragg hubo recibido sus preciosas pieles blancas, a medida que los días volvían a alargarse conforme Slaol recuperaba su fuerza, Haragg llevó a Saban y Cagan hacia el oeste. En apariencia iban a comprar hachas de piedra negra muy preciadas en las tierras del sur, pero Saban sospechaba que su viaje tenía otro objetivo. Transcurrió media jornada antes de que, casi sin darse cuenta, coronaran una alta colina que quedaba abruptamente cortada en unos acantilados que se

asomaban al mar. Era la primera vez que Saban veía el mar, y la sorpresa le hizo proferir un grito sofocado. No había imaginado algo tan tenebroso, gris, frío y maligno. Se mecía sin parar, como si bajo su superficie salpicada de blanco hubiera músculos en continuo funcionamiento, y allí donde entraba en contacto con la tierra, se rompía en una miríada de fragmentos azotados por el viento antes de retirar sus aguas y tomar impulso para resurgir y romper de nuevo. El aire estaba lleno de pájaros blancos que no cesaban de chillar. Podría haberse quedado mirándolo toda la eternidad, pero Haragg le hizo continuar su camino hacia el norte, siguiendo la costa. Las pequeñas playas que se formaban en los recodos de los acantilados estaban cubiertas de huesos de monstruos y, cuando llegaron al asentamiento donde vendían las hachas, Saban se encontró con que la techumbre de la choza en que dormía la formaban esos enormes huesos curvados que se arqueaban sobre su cabeza para sostener un techado bajo de madera y césped.

A la mañana siguiente, Haragg llevó a Cagan y Saban a una estrecha franja de tierra que sobresalía hacia el vasto océano. En el extremo de la tierra, sobre unos acantilados que parecían agitarse a causa del continuo atronar de las olas, se erigía un templo. Era un santuario bastante sencillo, un mero anillo de ocho piedras de gran tamaño, pero una de ellas estaba fuera del círculo.

—Erek de nuevo —explicó Haragg—, pues allí donde vayas te encontrarás con que adoran a Erek. Siempre Erek.

La piedra que sobresalía del círculo, supuso Saban, se erguía hacia el lugar por donde salía el Sol en el solsticio y su sombra horadaría el círculo a medida que el Sol insuflara vida a la Tierra. A los pies de las piedras había espigas secas de brezo, prueba de que allí se iba a rezar, y ni siquiera el bramante viento del mar era capaz de borrar por completo el hedor a sangre de algún animal sacrificado en el templo no mucho tiempo atrás.

—En Sarmennyn tenemos un templo como este —dijo Haragg en voz queda—, y lo llamamos el Templo del Mar, aunque no tiene nada que ver con Dilan. —Dilan, según había aprendido Saban, era el dios del mar de Sarmennyn—. Nuestro templo del mar no está orientado al Sol naciente —continuó Haragg—, sino que mira hacia donde se pone en el solsticio, y si de mí dependiera, haría que lo derribaran. Arrancaría sus piedras y las lanzaría al mar. Lo borraría de la faz de la Tierra. —Hablaban con una amargura poco común.

—¿La prometida del Sol? —aventuró Saban tímidamente.

Haragg asintió.

—Tiene que morir en el Templo del Mar. —Cerró los ojos durante unos instantes—. Acude al templo ataviada con el oro de Erek y allí se la desnuda, igual que una prometida que se presentara ante su marido, y se la envía a la muerte. —Haragg apretó los brazos en torno a las rodillas y Saban vio que le asomaban lágrimas a los ojos, o quizá no fuera más que el efecto del viento que moteaba de blanco el agua encrespada y zarandeaba a los pájaros en el cielo. Ahora Saban entendía por qué

había venido Haragg a ese lugar, y la razón era que desde allí se dominaba el vasto espacio por encima del mar donde el espíritu de su hija surcaba el cielo con los pájaros blancos—. El oro fue un regalo de Dilan —continuó Haragg—. Los tesoros llegaron a las costas en una embarcación medio hundida cerca de donde se alza el Templo del Mar, y nuestros antepasados decidieron que el oro era una ofrenda de un dios a otro; y tal vez estaban en lo cierto.

—¿Tal vez?

—A veces las embarcaciones naufragan —señaló Haragg—, y los mercaderes del otro lado del mar nos traen oro.

Saban frunció el entrecejo ante el escepticismo que destilaba la voz del hombrachón.

—¿Quieres decir que...? —empezó a preguntar.

Haragg se volvió hacia él con ferocidad.

—No quiero decir nada. Los dioses nos hablan, y quizá los dioses nos enviaron el oro. Tal vez Dilan hizo zozobrar la embarcación y la envió hacia aquella playa bajo los acantilados, pero ¿por qué? —Haragg volvió la cara al viento con el ceño fruncido—. No llegamos a preguntar por qué, sencillamente recubrimos a una chica en oro y la matamos, y seguimos haciéndolo un año y otro, y otro. —Ahora estaba furioso y escupió contra la piedra del templo, donde aún se veía la sangre del sacrificio mezclada con pelo de color castaño—. Y siempre son los sacerdotes quienes exigen sacrificios —prosiguió el mercader—. De cada bestia sacrificada se quedan con el hígado y los riñones, el cerebro y la carne de una pata. Cuando la prometida del Sol se convierte en diosa se le hace entrega de un tesoro, pero ¿quién se lo queda cuando ella muere? ¡Los sacerdotes! Haced sacrificios, dicen los sacerdotes, o si no la cosecha será escasa; y cuando de todos modos la cosecha es mala, se limitan a decir que el sacrificio fue insuficiente y piden más. —Volvió a escupir.

—¿Estás diciendo que no debería haber más sacerdotes? —inquirió Saban.

Haragg negó con la cabeza.

—Necesitamos sacerdotes. Necesitamos gente que sepa interpretar los designios de los dioses, pero ¿por qué elegimos a nuestros sacerdotes entre los más débiles? —Lanzó a Saban una mueca torcida—. Igual que en tu tribu, escogemos a los sacerdotes entre aquellos que no pasan las pruebas de virilidad. Yo no las pasé. No sé nadar y estuve a punto de ahogarme, pero mi hermano me salvó, y al hacerlo también perdió su oportunidad de superar las pruebas, pero Scathel siempre había querido ser sacerdote. —Se encogió hombros como para restar importancia a la anécdota—. Como consecuencia, la mayoría de los sacerdotes son pusilánimes, pero, al igual que cualquier otro, al acceder a cierto grado de autoridad, se convierten en tiranos. Y, puesto que una buena parte de los sacerdotes son necios, no piensan, sino que se limitan a repetir lo que han aprendido. Las cosas cambian, pero los sacerdotes no. Y ahora las cosas están cambiando muy deprisa.

—Ah, ¿sí? —se interesó Saban.

Haragg le lanzó una mirada compasiva.

—Nos han robado el oro. Tu padre ha sido asesinado. Todo eso son señales de los dioses, Saban. La dificultad estriba en saber qué significan.

—¿Y tú lo sabes?

Haragg negó con la cabeza.

—No, pero tu hermano Camaban sí lo sabe.

Durante un instante el alma de Saban se rebeló contra su destino, que lo había traído a un templo extraño sobre un mar implacable. Camaban y Haragg, pensó, le habían arrastrado a su locura, y le invadió un fuerte resentimiento contra el destino que le había arrancado de Ratharryn y de los brazos de Derrewyn.

—Yo solo quiero ser un guerrero —protestó.

—Lo que tú quieras no tiene la menor importancia —le espetó Haragg—, pero la voluntad de tu hermano está por encima de cualquier cosa, y te salvó la vida. Ahora estarías muerto, hecho pedazos bajo la lanza de Lengar, si Camaban no lo hubiera dispuesto de otro modo. Te ha dado la vida, Saban, y el resto de tus días debes pasarlos a su servicio. Has sido escogido.

«Para renovar el mundo», pensó Saban, y se vio tentado de echarse a reír. Solo que estaba atrapado en el sueño de Camaban y, tanto si quería como si no, se esperaba de él que estuviera a la altura de esa visión.

* * *

Camaban regresó a Sarmennyn a comienzos de la primavera. Había pasado el invierno en un antiguo templo de madera. Estaba cubierto de maleza y medio derruido, pero había limpiado las malas hierbas y observado al Sol retirarse por entre los postes del anillo y después volver a recuperar su plenitud estival, y todo el tiempo había estado hablando con Slaol; incluso discutió con el dios, pues a veces Camaban se rebelaba ante la carga que se le había puesto sobre los hombros. Era el único que entendía a los dioses y comprendía el mundo, y sabía que solo él podía devolver el mundo a su estado originario, pero en ocasiones, conforme iba poniendo a prueba sus ideas, lanzaba gritos agónicos y se mecía adelante y atrás. En cierta ocasión, una partida de caza de extranjeros en busca de esclavos había oído sus gemidos, lo había visto y, al comprender que era un santón, había huido de él. Estaba hambriento para cuando llegó a Sarmennyn; hambriento, amargado y desvaído, y llegó un día festivo al principal asentamiento de la tribu como un cuervo sarnoso que surgiera en medio de una bandada de cisnes. La puerta principal del asentamiento estaba adornada con guirnaldas de perejil y flores de peral, pues era el día en que la nueva prometida del Sol sería recibida por su pueblo.

Kereval, el jefe de Sarmennyn, acogió a Camaban efusivamente. A primera vista,

Kereval no era el jefe que cabría esperar para una nación guerrera como aquella, pues no era el hombre más alto ni el más fuerte de la tribu. Sea como fuere, se le consideraba un hombre muy sabio, y tras la pérdida de sus tesoros, eso era lo que habían buscado las gentes de Sarmennyn en su nuevo líder. Era un hombre menudo y fibroso con ojos oscuros que miraban desde el entramado de tatuajes grises que le cubría las mejillas; llevaba el cabello moreno adornado con raspas de pescado y el manto de lana teñido de azul. Su gente solo quería de él una cosa: que recuperara los tesoros, y eso era lo que buscaba Kereval a través de su alianza con Lengar. Se había llegado a un acuerdo según el cual una partida de los temidos guerreros de Sarmennyn ayudarían a Lengar a derrotar a Cathallo y se cedería a Ratharryn un templo de Sarmennyn. A cambio, los rombos de oro regresarían a su lugar de origen.

—Hay quienes creen que no se puede confiar en tu hermano —le dijo Kereval a Camaban. Los dos hombres estaban acucillados a la entrada de la choza de Kereval, donde Camaban devoraba un tazón de caldo de pescado y una dura torta de pan.

—Claro que lo creen —replicó Camaban, aunque en realidad le traía sin cuidado lo que pensara la gente, pues la gloria de Slaol ocupaba sus pensamientos hasta el punto de aturdirlo.

—Opinan que deberíamos ir a la guerra —dijo Kereval, y volvió la vista hacia la puerta para ver si había aparecido la prometida del Sol.

—Entonces, id a la guerra —respondió Camaban a la ligera, sin dejar de masticar—. ¿Crees que me importa si recuperaréis o no vuestros miserables tesoros?

Kereval no dijo nada. Sabía que era impensable dirigir todo un ejército hacia Ratharryn, pues estaba muy lejos y sus lanceros se topaban con infinidad de enemigos por el camino, a pesar de que estos lanceros eran famosos por su valor y, caracterizados por una dureza y crueldad similares a las de su tierra, temidos por todos sus vecinos. Sarmennyn era una tierra rocosa, un lugar implacable atrapado entre el mar y las montañas donde hasta los árboles crecían encorvados como ancianos, aunque muy pocos miembros de la tribu llegaban a ancianos. Los sinsabores de la vida encorvaban a la gente del mismo modo que el viento doblaba los árboles, un viento que rara vez dejaba de ulular entre las cimas rocosas de las montañas en cuyas laderas vivían las gentes de Sarmennyn en bajas chozas de piedra que cubrían de madera traída por el mar, algas, paja y césped. El humo de sus achaparradas cabañas se mezclaba con la niebla, la lluvia y el aguanieve. Era una tierra, según decía la gente, que nadie quería, de modo que la tribu de extranjeros la había ocupado y vivía del mar, de la talla de hachas a partir de las oscuras piedras de las montañas y de robar a sus vecinos. Habían prosperado en su baldía región, pero desde que desaparecieran sus tesoros nada había ido bien. Las enfermedades atacaban con más fuerza de la habitual, enfermedades de las que no se habían librado las reses ni las ovejas. Se había perdido en el mar una veintena de embarcaciones y los cadáveres de sus tripulaciones habían sido devueltos a la playa con el cuerpo blanco, abotargado y mordisqueado por los peces. Las tormentas habían dado al traste con las

escasas cosechas de la tierra y había aparecido el hambre. Los lobos descendieron de las colinas y sus aullidos eran como un lamento por los tesoros perdidos.

—Si tu hermano no respeta nuestro trato... —comenzó Kereval.

—Si mi hermano rompe su palabra —interrumpió Camaban al jefe—, yo me ocuparé de recuperar el oro. Yo, Camaban, te enviaré el oro. ¿Confías en mí o no?

—Claro que sí —dijo Kereval, y así era, pues Camaban había curado a la esposa preferida del jefe, aquejada de una grave enfermedad, cuando Camaban había ido por vez primera a Sarmennyn. Los sacerdotes y los curanderos de Kereval no habían obtenido ningún resultado, pero Camaban había dado a la mujer una poción, cuya receta había aprendido de Sannas, y poco después estaba recuperada por completo.

Camaban rebañó los restos del caldo en el tazón de arcilla con el último trozo de torta y se volvió hacia la puerta engalanada, donde el gentío de repente se había arrodillado.

—¿Acaba de llegar vuestra última prometida? —preguntó a Kereval en tono sarcástico—. ¿Otra niña con dientes torcidos y pelo enmarañado que arrojar al dios?

—No —respondió Kereval, que se había puesto en pie para unirse a la muchedumbre en la puerta—. Se llama Aurena, y los sacerdotes me han dicho que nunca hemos enviado al Sol una joven tan hermosa. Esta es preciosa.

—Eso dicen todos los años —comentó Camaban, y era cierto, pues a las prometidas del Sol siempre se las consideraba hermosas. La tribu entregaba lo mejor a los dioses, pero en ocasiones, en años anteriores, si unos padres tenían una hija hermosa, la escondían cuando los sacerdotes venían en busca de la prometida. Sin embargo, los padres de la prometida del Sol de este año no la habían ocultado, ni la habían casado con algún joven que, al quitarle la virginidad, la habría descartado como candidata a compartir el lecho con el dios del Sol. En vez de eso, la habían guardado para Ereka a pesar de que Aurena era una joven tan hermosa que algunos hombres habían llegado a ofrecer rebaños enteros de reses por su mano, e incluso un jefe del otro lado del mar, un hombre cuyos mercaderes traían oro y bronce a Sarmennyn, había dicho que haría entrega del peso de Aurena en metal si esta accedía a embarcar hacia su lejana isla. Su padre había rechazado a todos los pretendientes a pesar de que necesitaba riquezas con desesperación, pues no tenía reses, ovejas, campos ni embarcación. Picaba piedra todos los días. Él, su mujer y sus hijos picaban la piedra de color verde oscuro procedente de las montañas para hacer hojas de hacha, que sus hijos pulían con arena, y después venía un mercader que se llevaba las hojas y dejaba un poco de comida para la familia de Aurena. La joven era la única que no había picado ni pulido piedra. Sus padres no lo habrían permitido porque era hermosa y un sacerdote local había profetizado que se convertiría en prometida del Sol, y, en consecuencia, su familia la había protegido hasta que llegaron los sacerdotes para llevársela. Su padre había llorado y su madre la había abrazado cuando llegó el momento. «Cuando te conviertas en diosa, vela por nosotros», le rogó su madre.

Ahora la nueva prometida del Sol venía al asentamiento de Kereval, y el gentío que la aguardaba humilló la cabeza hasta tocar el suelo con la frente mientras los sacerdotes la acompañaban a su paso bajo la puerta engalanada de flores. Kereval se tumbó cuan largo era a la entrada del asentamiento y no se movió hasta que Aurena le dio permiso para ponerse en pie, y eso que uno de los sacerdotes hubo de indicárselo porque la joven no acababa de entender que estaba a punto de convertirse en diosa. Kereval se incorporó y sintió un gran alivio al comprobar que Aurena respondía a lo que se había dicho de ella. Su nombre significaba La Áurea en la lengua de los extranjeros, y era un nombre adecuado, pues su cabello brillaba como oro pálido. Tenía la piel más blanca y limpia que había visto Kereval en toda su vida, un rostro ovalado, mirada tranquila y un extraño aire de autoridad. Sin duda alguna era hermosa; a Kereval le hubiera gustado llevarla a su casa, pero habría sido de todo punto imposible. En vez de eso, la acompañó a la choza donde las esposas de los sacerdotes la lavarían, peinarían su largo cabello dorado y la engalanarían con el blanco vestido de lana.

—Es hermosa —reconoció Camaban a regañadientes ante Kereval.

—Mucho —convino Kereval, y se atrevió a confiar en que el dios del Sol recompensaría a la tribu por hacerle entrega de una prometida de belleza tan etérea.

—Hermosa —repitió Camaban entre dientes, y de pronto cayó en la cuenta de que Aurena debía formar parte de su gran plan. En un mundo donde la gente iba encorvada y llena de cicatrices, desdentada y sucia, incluso cuando no estaban aquejado; de estrabismo y tullidez o cubiertos de verrugas, Aurena era una presencia serena y deslumbrante, y Camaban comprendió que su sacrificio hacía que ese año fuera especial para Slaol—. Pero ¿y si el dios la rechazara? —preguntó.

Kereval se tocó la ingle con el mismo gesto que utilizaba el pueblo de Camaban para ahuyentar la mala fortuna.

—No lo hará —replicó Kereval con ferocidad, aunque en realidad era precisamente lo que temía. En años anteriores las prometidas del Sol se habían resignado con aire tranquilo a su muerte y habían sido arrebatadas por una luminosa llamarada, pero, desde la pérdida de los tesoros, todas las prometidas se habían resistido. La última había sido la peor, pues había chillado como un cerdo mal sacrificado. Se había retorcido entre gañidos y sus gemidos habían sido peores que el aullar de los lobos o el suspiro del mar perpetuamente frío al lamer las oscuras rocas que bordeaban las desoladas tierras de Sarmennyn. Kereval estaba convencido de que la forma de morir de Aurena constituiría la piedra de toque de su sabiduría. Si el dios daba su aprobación al trato con Lengar, Aurena moriría limpiamente; pero, en caso contrario, la joven perecería con una lenta agonía y los enemigos de Kereval dentro de la tribu pondrían en tela de juicio su liderazgo.

En el extremo sur del asentamiento, junto al río donde una veintena de embarcaciones habían sido varadas a salvo de la marea alta, se erigía un círculo de toscos pilares de piedra: el templo de la prometida del Sol. La tribu danzaba en torno

al círculo, entonando cánticos mientras esperaban a que la prometida saliera de la choza donde la aseaban y la vestían. Leckan, el sacerdote lisiado que había ido a Ratharryn cuando las gentes de Sarmennyn intentaran recuperar el oro por medio de un trueque, y que ahora se había convertido en el sacerdote de mayor edad en el asentamiento de Kereval, levantó la vista hacia el cielo y vio que las nubes estaban aclarando. Al parecer, aún había una oportunidad de que el Sol viera a la chica, y eso era un buen augurio. Entonces se interrumpieron los cánticos y los bailes y la tribu se postró.

Había aparecido Aureнна y, conducida por dos sacerdotes, entraba en su templo. Le habían peinado el cabello y se lo habían dispuesto en una trenza que llevaba atada con una tira de cuero y entreverada con prímulas y flores de endrino. El vestido, limpio y blanco, le caía recto desde los hombros. Por lo general, la habrían ataviado con oro, una cascada de rombos le colgaría del cuello y llevaría las piezas de mayor tamaño cosidas al vestido, pero el oro había desaparecido. Sin embargo, la doncella estaba resplandeciente. Era una chica alta y delgada y llevaba la espalda erguida, cosa que hizo pensar a Camaban, el único que la contemplaba conforme iba pasando entre la tribu postrada, que se movía con una elegancia sobrenatural.

Aureнна no estaba muy segura de lo que debía hacer. Dudó en entrar al círculo hasta que uno de los sacerdotes susurró que había llegado la hora en que iba a convertirse en diosa, ese era su templo y podía hacer lo que le placiese, pero era costumbre que la prometida fuera al centro del círculo y allí diera instrucciones a la tribu de alzarse y bailar. Aureнна hizo lo que se le indicaba, aunque su voz reflejó cierta inseguridad. Y, justo en ese momento, el Sol se abrió paso entre las nubes y los miembros de la tribu lanzaron un suspiro de dicha ante presagio tan halagüeño.

Kereval, el jefe, llevaba un macuto de cuero que entregó a Leckan, y este lo abrió para descubrir nuevos tesoros en su interior. Eran los tesoros que Kereval había ordenado forjar en las tierras allende el mar del oeste, y le habían costado un elevado precio en bronce, ámbar y azabache. A pesar de que no podían sustituir los tesoros perdidos, eran lo bastante valiosos para honrar a Erek y, su prometida. El sacerdote extrajo un rombo dorado de gran tamaño y tres cadenas de rombos más pequeños ensartados en tendones, que colgó al cuello de Aureнна. Después sacó un cuchillo con hoja de bronce que tenía fragmentos de oro incrustados en la empuñadura de madera. El cuchillo se lo guardó como símbolo de que el hilo de la vida de Aureнна se cortaría cuando llegara su hora.

Se hicieron regalos a la diosa. Había sacos de cereales, ostras, mejillones y pescado desecado en abundancia. Había hojas de hacha y lascas de bronce, y esas ofrendas se las guardaron los sacerdotes para uso propio, pero los alimentos los introdujeron en el templo y apilaron ante Aureнна hombres que osaron mirar de soslayo a la diosa antes de postrarse. Ella les dio las gracias uno a uno con encantadora timidez. Incluso se echó a reír cuando a uno de los que traía peces desecados ensartados en un palo por las agallas se le cayó uno de los presentes. Al

volverse el hombre para recogerlo, se le cayó otro del extremo opuesto del palo; y al hacer ademán de recuperar este, se le cayó un tercero. La risa de Aureнна tenía el mismo destello que su prometido, que seguía brillando por entre la abertura de las nubes.

—Es costumbre ofrecer la comida a las viudas —le dijo Leckan, el sacerdote, en voz queda.

—Los alimentos deben ofrecerse a las viudas —repitió Aureнна en voz alta.

Leckan le dio más instrucciones. Ahora era una diosa, de modo que nadie debía verla comer o beber: allí donde fuera en Sarmennyn dispondría de una choza donde estar a solas. Dos mujeres la servirían en todo momento y cuatro jóvenes lanceros serían su escolta.

—Ahora, gran señora, eres libre de ir adonde te plazca —le murmuró a Aureнна—, pero es costumbre recorrer la región para que la bendición de Slaol recaiga sobre ella.

—Y... —Aureнна empezó a plantear una pregunta, pero las palabras se le secaron en la garganta—. Cuando... —comenzó de nuevo, pero otra vez le fue imposible concluir.

—Y, al final —dijo Leckan con toda tranquilidad—, volverás aquí y te acompañaremos hasta tu marido. No padecerás. —Señaló hacia el Sol, que ahora brillaba entre las nubes—. Tu marido no querrá esperar ni un instante más de lo necesario. No sufrirás ningún dolor.

—¿Ningún dolor? —gritó de pronto una voz a sus espaldas—. ¿Ningún dolor? Debe haber dolor. ¿Qué prometida no padece? ¡Dolor y sangre! ¡Dolor y sangre! —El hombre que había gritado aquello entró en el templo, donde se dejó caer al suelo y extendió las manos hacia los pies de Aureнна—. Claro que debe haber dolor —gritó con el rostro contra la hierba—. Un dolor inimaginable. Te hervirá la sangre, se te quebrarán los huesos y la piel se te arrugará. Es una agonía. No podrías llegar a imaginar sufrimiento semejante aunque vivieras en un perpetuo tormento hasta el fin de los tiempos. —Volvió a ponerse en pie—. Tendrías que gritar de dolor —espetó a Aureнна—, porque eres una prometida.

El hombre había llegado con una docena de seguidores, desnudos como su líder y todos sacerdotes, pero quien gritaba era el único que se había acercado a Aureнна. Era una criatura alta y desvaída, con cara de privación y ojos brillantes, largos dientes amarillentos, una mata de pelo moreno ensortijado y la piel moteada de cicatrices. Su voz era como el graznido de un cuervo, sus fuertes huesos nudosos como el sílex y sus ennegrecidos dedos ganchudos como garras.

—El dolor es el precio que has de pagar —espetó a la aterrorizada joven. Llevaba una pesada lanza con punta de sílex que blandía con furia mientras hacía cabriolas entre las piedras—. Te reventarán los ojos, se te encogerán los tendones y tus gritos resonarán en los acantilados.

Camaban había presenciado la escena con una mueca distante, pero Kereval había

entrado en el templo a la carrera.

—¿Scathel? —gritó furioso—. ¡Scathel!

Scathel era el sumo sacerdote de Sarmennyn y ya ostentaba el cargo cuando se produjo el robo de los tesoros, pero se había culpado a sí mismo por la pérdida del oro y se había desterrado a las colinas, donde se había dedicado a aullar a las piedras e infligirse heridas con trozos de sílex. Algunos sacerdotes lo habían seguido y, una vez pasado el acceso de locura de Scathel, habían erigido un templo entre las rocas más altas para orar, ayunar hasta la extenuación y humillarse en penitencia por la desaparición de los tesoros. En la tribu, la mayor parte de la gente creía que Scathel se había ido definitivamente, pero ahora había regresado.

Hizo caso omiso de Kereval y apartó a Leckan de un golpe con su lanza para abrirse paso hasta la aterrada Aureнна. Si Scathel quedó impresionado ante su belleza, no dio ninguna señal de ello, sino que acercó el rostro despellejado al de ella.

—¿Eres tú la diosa? —exigió saber.

Aureнна no podía pronunciar palabra, pero movió levemente la cabeza en un nervioso ademán de asentimiento.

—Entonces tengo que hacerte una petición —dijo Scathel a voz en cuello, para que hasta la última persona del asentamiento alcanzara a oírle—. Hay que recobrar los tesoros. Hay que recuperarlos. —El sacerdote, con sus gritos, salpicó de saliva la cara de la doncella, que se apartó para evitarlo—. He construido un templo —bramó Scathel por encima del hombro de Aureнна, dirigiéndose a toda la muchedumbre, que lo miraba pasmada—. He levantado un templo con mis propias manos y derramado mi sangre por el dios, y él me ha hablado. Tenemos que recuperar nuestros tesoros.

—Recuperaremos los tesoros —terció Kereval.

—Tú —espetó Scathel al jefe dándose media vuelta, e incluso alzó la lanza hacia él, cosa que hizo acudir junto a Kereval a una docena de guerreros—. ¿Qué has hecho tú para recobrar los tesoros? —inquirió el sacerdote.

—Hemos cedido hombres a Ratharryn —replicó Kereval con toda corrección—, y les enviaremos un templo.

—Ratharryn —se mofó Scathel—. Un lugar pequeño y miserable, una ciénaga de gentes achaparradas, cerdos con bocio y serpientes retorcidas. Eres un jefe, no un mercader. No tienes que regatear por el oro, sino recuperarlo. Coge nuestras lanzas, coge nuestras flechas y recupera los tesoros. —Se hizo a un lado y alzó los brazos para captar la atención de la tribu—. Tenemos que ir a la guerra —gritó—. ¡A la guerra! —Empezó a batir la lanza contra las piedras—. Tenemos que blandir las lanzas, las espadas, los arcos, y tenemos que matar y mutilar hasta que los engendros de Ratharryn nos supliquen merced a gritos. —El asta de la lanza se partió y la tosca punta de piedra salió despedida sin alcanzar a nadie—. Tenemos que quemar sus chozas y arrasar sus templos, masacrar sus rebaños y lanzar a sus criaturas a las hogueras de Erek. —Se volvió de nuevo hacia Kereval y le amenazó con el asta quebrada de la lanza—. Lengar tiene a nuestros hombres para librar sus batallas y

tiene nuestro oro, y cuando haya ganado sus guerras se volverá contra nuestros hombres y los matará. ¿Y te atreves a llamarte jefe? ¡Un jefe ya estaría llevando a nuestros jóvenes a la guerra!

Kereval desenvainó la espada. Era una hoja de bronce perfectamente equilibrada, parte del tributo que cada mercader que llegaba de la isla al otro lado del mar del oeste tenía que pagar a las gentes de Sarmennyn antes de que se le permitiera continuar camino con sus mercancías. De pronto, el jefe lanzó un tajo al asta de lanza, y la ferocidad de la acometida hizo retroceder a Scathel.

—¿Guerra? —inquirió Kereval—. ¿Qué sabes tú de la guerra, Scathel? —Volvió a acometer contra el asta, haciéndola a un lado con violencia—. Para ir a la guerra, Scathel, tendré que cruzar con mis hombres las colinas negras y después las tierras del pueblo de Salar. ¿Te enfrentarías tú con ellos? —Lanzó un tercer tajo con la espada y una gruesa astilla se desgajó de la tosca asta de fresno—. Y cuando hayamos conseguido cruzar el río y subir las colinas que se alzan al otro lado, los aliados de Ratharryn nos esperarán con sus lanzas; cientos de lanzas.

—Entonces, ¿cómo llegó Vakkal a Ratharryn? —inquirió Scathel. Vakkal era el hombre que había ido a la cabeza de las fuerzas enviadas para ayudar a Lengar a hacerse con la jefatura.

—Fueron a través de senderos ocultos, guiados por tu hermano —le explicó Kereval—, pero solo eran cincuenta: ¿Crees que puedo llevar a todos nuestros lanceros en secreto? Y además, Scathel, para conquistar Ratharryn tendríamos que llevarnos a todos nuestros hombres y, ¿quién se quedaría para proteger a nuestras mujeres?

—Los dioses las protegerán —insistió Scathel.

Kereval asestó otro golpe con la espada. Esta vez Scathel dejó caer el asta y extendió los brazos como para invitar a Kereval a que le clavara la imponente espada en el vientre, pero el jefe se limitó a menear la cabeza.

—He dado mi palabra —dijo Kereval—, y daremos tiempo a Lengar de Ratharryn para que cumpla la suya. —Levantó la espada de modo que su punta desapareciera en la mugrienta maraña que era la barba de Scathel—. Guárdate de armar revuelo en esta tribu, sacerdote. El jefe sigo siendo yo.

—Y yo sigo siendo el sumo sacerdote —replicó Scathel con ira.

—¡Recuperaremos los tesoros! —gritó Kereval, y se volvió para mirar a su tribu—. Hemos escogido una prometida más hermosa que cualquier joven que hayamos enviado nunca al lecho de Ereka, —anunció Kereval—. Ella será portadora de nuestras plegarias.

—¿Y qué harás si el dios rechaza a su prometida? —dijo Scathel, parafraseando la insidiosa pregunta de Camaban; y de pronto se volvió y cogió el cuchillo de bronce que llevaba Leckan en la mano. Durante un instante los hombres creyeron que iba a atacar a Aurena, pero en vez de eso se cogió la barba con la mano izquierda y empezó a cortarla con el cuchillo, arrancándose gruesas guedejas de pelo

enmarañado. Después lanzó el pelo al centro del templo—. Con mi barba como prenda, maldigo a Kereval si el dios rechaza a esta prometida. Y en caso de que eso ocurra, tendremos guerra y nada más que guerra. Guerra, muerte, sangre y matanzas hasta que los tesoros estén aquí de nuevo. —Se fue a grandes zancadas hacia su antigua choza y la tribu se abrió para franquearle el paso mientras a su espalda, en su propio templo, Aurena temblaba aterrorizada.

Camaban presenció la escena, y después, cuando nadie miraba, recogió las guedejas de pelo de Scathel y trenzó con ellas un anillo a través del que alzó la vista hacia Slaol, que había quedado oculto tras una nube.

—Se enfrentará a mí —le dijo al dios—, a pesar de que te adora igual que yo. De modo que debes doblegar sus pensamientos del mismo modo que yo he doblegado su pelo. —Y con esas palabras lanzó el anillo de pelo al río que pasaba junto al asentamiento de Kereval. Dudaba de que el modesto encantamiento obrara el cambio por sí mismo, pero quizá sirviera de ayuda, y Camaban era consciente de que necesitaba ayuda, porque el dios le había encargado una tarea abrumadora. Por eso había regresado a Sarmennyn durante la regencia de la prometida del Sol, pues era entonces cuando la tribu extranjera resultaba más vulnerable a la sugestión, a la magia y al cambio. Y Camaban tenía todo un mundo por cambiar.



CAPÍTULO 9

Haragg, Saban y Cagan llegaron al asentamiento de Kereval el mismo día que Aureнна, pero para cuando accedieron al interior ya era bien entrada la tarde y el buen tiempo se había convertido en un fuerte chaparrón que castigaba la oscura tierra y empapaba el cabello y la túnica a Saban. Haragg descargó los caballos y condujo a las bestias cansadas a una decrepita choza, que a todas luces era su casa, antes de llevar a Saban y Cagan a una gran cabaña erigida dentro de la empalizada de madera del asentamiento. El agua caía a chorro desde el techado de paja de la choza, que era más grande que cualquiera que hubiera visto Saban en su vida, tanto así que la parhilera necesitaba el apoyo de cinco grandes maderos. El interior hedía a pescado, humo, piel y sudor, y estaba abarrotado de hombres que comían a la luz de dos grandes fuegos. Un hombre golpeaba las pieles de un tambor, mientras un músico tocaba una flauta de hueso de garza en el rincón.

Se hizo el silencio cuando entró Haragg, y Saban notó que los hombres recelaban del enorme mercader, pero Haragg no les hizo ningún caso y señaló hacia un hombrecillo sentado al fondo del recinto cerca de una hoguera humeante. Llevaba el ensortijado cabello sujeto con un pequeño aro de bronce y tenía el rostro cubierto de cicatrices de color gris ceniciento.

—El jefe —le susurró Haragg a Saban—. Se llama Kereval. Es un buen hombre.

Camaban estaba sentado al lado de Kereval, aunque, en un primer momento, Saban no reconoció a su hermano; solo vio un hechicero con las mejillas descarnadas y los ojos hundidos cuyo aterrador rostro estaba enmarcado por los huesos que llevaba entreverados en el cabello. Entonces el hechicero señaló con un largo dedo a Saban, lo dobló y le hizo gesto de que se acercara para tomar asiento entre el jefe y él mismo, y Saban cayó en la cuenta de que era su hermano.

—Te ha llevado mucho tiempo llegar —refunfuñó Camaban, sin más ceremonia, y luego, a regañadientes, presentó a su hermano a Kereval, que sonrió a modo de bienvenida y dio unas palmadas para que se hiciera silencio y así comunicar a los asistentes quién era el recién llegado. Los hombres se quedaron mirando de hito en hito a Saban al oír que era hermano de Lengar. Kereval ordenó a una esclava que le

trajera algo de comer a Saban.

—Dudo que quiera comer —señaló Camaban.

—Sí que quiero comer —le contradijo Saban. Tenía hambre.

—¿Quieres comer esta porquería? —inquirió Camaban, mostrando a Saban un cuenco de pescado cocido, algas y cordero lleno de fibras. Levantó un alga y le preguntó a Kereval—: ¿Esto se come?

Kereval hizo caso omiso de la repugnancia que mostraba Camaban y se dirigió a Saban:

—Tu hermano curó a mi esposa preferida de una enfermedad que nadie supo sanar. —El jefe ofreció una amplia sonrisa a Saban—. Está recuperada por completo. Tu hermano obra milagros.

—Sencillamente, le apliqué el tratamiento adecuado —señaló Camaban—, a diferencia de los necios que llamas curanderos y sacerdotes, que serían incapaces de curar una verruga.

Kereval cogió el alga que sostenía Camaban y se la comió.

—¿Has estado viajando con Haragg? —se interesó.

—Un buen trecho —contestó Saban.

—A Haragg le gusta viajar —dijo Kereval. Sus ojillos como cuentas iluminaban un rostro afable y de sonrisa fácil—. Haragg está convencido de que si viaja lo bastante lejos —continuó, acercándose a Saban—, encontrará a un mago que dé a su hijo lengua y oído.

—Lo que le hace falta a Cagan es un buen mamporro en la cabeza —se mofó Camaban—. Eso lo curaría.

—¿De veras? —preguntó Kereval con interés.

—¿Es eso licor? —preguntó Camaban, y cogió una vasija decorada que estaba al lado de Kereval. Se la llevó a los labios y bebió con avidez.

—¿Vas a quedarte? ¿A pasar el verano, tal vez? —preguntó Kereval a Saban con una sonrisa.

—No sé por qué estoy aquí —confesó Saban, al tiempo que miraba de soslayo a Camaban. La transformación de su hermano lo había desconcertado. Camaban, el tullido tartamudo, ocupaba ahora un puesto de honor.

—Estás aquí, hermanito —dijo Camaban—, para ayudarme a transportar un templo.

A Kereval se le borró la sonrisa.

—No todos están de acuerdo con que os cedamos un templo.

—Claro que no lo están —dijo Camaban, sin molestarse en bajar la voz—. En esta tribu hay tantos necios como en cualquier otra, pero da igual lo que crean. —Hizo un gesto con la mano en dirección a los presentes como para restarles importancia—. ¿Acaso piden los dioses opinión a estos necios antes de enviar la lluvia? Claro que no. Entonces, ¿por qué iba a hacerlo yo? Lo único que importa es que obedezcan.

Kereval cambió de tema enseguida y se puso a hablar del brusco empeoramiento del tiempo. Mientras tanto, Saban paseaba la mirada por la sala a la luz de las hogueras. La mayoría de los hombres habían bebido lo suficiente de ese licor de los extranjeros, famoso por su ferocidad, como para mostrarse vocingleros y alborotadores. Algunos discutían sobre proezas en la caza, mientras otros pedían silencio a gritos para poder oír al flautista cuyas tenues notas estaban quedando ahogadas por el barullo. Unas esclavas trajeron más comida y bebida, y entonces Saban vio quién estaba sentado al otro lado de la hoguera opuesta y su mundo cambió por completo.

Fue un momento en que le dio la impresión de que el corazón le dejaba de latir, en que el mundo y todos sus ruidos —la lluvia sobre la techumbre, las ásperas voces, el astillarse de la madera que ardía, las notas etéreas de la flauta y el tañer de los tambores— se desvanecieron. En ese instante todo quedó suspendido, como si no hubiera nada aparte de la chica con el vestido blanco que se sentaba sobre una plataforma de madera en el otro extremo del recinto. En un primer momento, cuando la vio a través del humo arremolinado, a Saban le pareció que alguien tan limpio no podía ser humano. Llevaba un vestido blanco recubierto de deslumbrantes rombos, su cabello caía en una cascada de oro enmarcando el rostro más pálido y hermoso que había visto en su vida. Notó un aguijonazo de remordimiento por Derrewyn, un aguijonazo que remitió al seguir mirando a la chica. La miró sin parpadear, inmóvil por completo, como si hubiera sido alcanzado por una flecha como la que había atravesado la luz del atardecer para matar a su padre. No comió, rechazó el licor que le ofrecía Camaban y se limitó a mirar a través del humo a la etérea joven, que parecía revolotear sobre el bullicioso banquete. Ella no comía, ni bebía, ni hablaba; sencillamente, permanecía sentada en su trono como una diosa.

La áspera voz de Camaban resonó en el oído de Saban:

—Se llama Aurena y es una diosa. Es la prometida de Erek y esta fiesta se celebra para darle la bienvenida al asentamiento. ¿A que es hermosa? Cuando hables con ella, debes arrodillarte. Pero si la tocas, hermano, morirás. Si sueñas siquiera con tocarla, morirás.

—¿Es la prometida del Sol? —preguntó Saban.

—Y arderá antes de tres lunas —le informó Camaban—. Así contraen matrimonio las prometidas del Sol. Saltan a una hoguera a la orilla del mar. Chisporrotea su grasa y se les astillan los huesos. Gritan envueltas en llamas y mueren. Ese es su destino. Para eso viven, para morir. De modo que no la mires como un cordero degollado, porque no puede ser tuya. Búscate una esclava con la que retozar, porque, si tocas a Aurena, morirás.

Sin embargo, Saban no podía apartar la mirada de la prometida del Sol. Merecería la pena morir, pensó temerariamente, solo por tocar a esa áurea joven. Supuso que tendría catorce o quince veranos, igual que él, una prometida en todo su esplendor, y Saban se vio repentinamente aquejado de una intensa sensación de pérdida. Primero

Derrewyn y luego esta chica. ¿Habría presidido Miyac, la hija de Haragg, una fiesta como esa? ¿Habría sido igual de hermosa? Y ¿la habría mirado anhelante algún joven antes de que ardiese en la hoguera junto al mar?

Sus pensamientos quedaron interrumpidos al hacerse a un lado la cortina de cuero en la amplia entrada, con tanta violencia que quedó separada de los ganchos de madera con que estaba sujeta al dintel. Una ráfaga de viento frío y húmedo hizo vacilar las dos hogueras en el momento en que un hombre alto, desvaído y con el pelo alborotado entraba a grandes zancadas en la choza.

—¿Dónde está? —gritó, cubierto por una piel de lobo que chorreaba agua de lluvia.

Haragg, convencido de que el hombre del pelo alborotado le buscaba, se puso en pie, pero el recién llegado escupió a Haragg y se volvió hacia Kereval.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar a voz en cuello. Otros tres hombres habían entrado en la cabaña detrás de él, sacerdotes todos ellos, pues llevaban huesos entre las barbas.

—¿Dónde está, quién? —preguntó Kereval.

—El hermano de Lengar.

—Aquí están ambos hermanos de Lengar —respondió Kereval, señalando con un gesto a Camaban y Saban—, y los dos son mis invitados.

—Invitados —bufó el furioso recién llegado. Abrió los brazos de par en par y se volvió hacia los convidados que habían quedado en silencio—. No debería haber invitados en Sarmennyn —gritó—, ni fiestas, ni música, ni bailes, ni alegría hasta que se nos devuelvan los tesoros. Y esos engendros —se volvió para señalar con un dedo huesudo a Saban y Camaban—, esos dos pedazos de escoria tienen en su mano devolvernos el oro de Ereik.

—Scathel —le reprendió Kereval—, son nuestros invitados.

Scathel se abrió paso entre los hombres sentados y se quedó mirando a Saban y Camaban. Al ver los huesos entreverados en el cabello de Camaban, frunció el ceño y preguntó:

—¿Eres sacerdote?

Camaban hizo caso omiso de la pregunta y se limitó a bostezar. De pronto Scathel se agachó, cogió a Saban por la túnica y, con una fuerza asombrosa en un hombre tan delgado y huesudo, le obligó a ponerse en pie.

—Usaremos la magia del hermano —le dijo a Kereval.

—Es un invitado —volvió a protestar Kereval.

—¿La magia del hermano? —preguntó Camaban en tono de genuino interés—. Háblame de esa magia.

—Lo que le haga a él —explicó Scathel, al tiempo que le hincaba un dedo en las costillas a Saban—, también lo sufrirá su hermano. Si le arranco un ojo, Lengar perderá un ojo. —Abofeteó a Saban—. Ahí lo tienes —se pavoneó—. Ahora a Lengar le estará escociendo la cara.

—Pues a mí no —señaló Camaban.

—Eres un sacerdote —adujo Scathel para explicar que Camaban no hubiera sentido el dolor de Saban.

—No —replicó Camaban—, no soy sacerdote, sino hechicero.

—¿Un hechicero que no conoce la magia del hermano? —se mofó Scathel—. ¿Qué clase de hechicero es esa? —Se echó a reír y después volvió a Saban hacia los presentes para que pudieran verlo—. Lengar de Ratharryn no nos entregará nunca los tesoros —gritó—. Aunque le cedamos hasta el último templo de Sarmennyn. Aunque recojamos todas las piedras de todos los campos y las pongamos a sus pies. Sin embargo, si le arranco los ojos, las manos, los pies y la virilidad, entonces cederá.

Los hombres batieron palmas contra el suelo para mostrar su aprobación y Camaban, que miraba en silencio, vio la fuerte oposición que había en la tribu de Kereval al acuerdo con Lengar. No creían que Ratharryn fuera a devolverles el oro. Habían accedido al acuerdo porque, en ese momento, no habían visto otra alternativa, pero ahora Scathel había bajado de las colinas como un torrente y dispuesto a servirse de la magia, la tortura y la hechicería.

—Cavaremos un hoyo —dijo Scathel—, y echaremos dentro a este canalla; y allí se quedará enterrado hasta que su hermano nos entregue los tesoros. Los convidados mostraron su aprobación a gritos.

—Si metes a mi hermano en un hoyo —dijo Camaban cuando se hizo el silencio—, te llenaré la vejiga de brasas para que, al mear, el dolor del fuego líquido te haga retorcerte. —Se inclinó y cogió un trocito de pescado del cuenco de Kereval para comérselo con toda parsimonia.

—¿Tú? ¿Un hechicero tullido? ¿Me amenazas? —Scathel señaló con un gesto el pie izquierdo de Camaban, que todavía resultaba deforme, aunque ya no pareciera un grotesco nudo—. ¿Crees que los dioses prestan oídos a engendros como tú?

Camaban se sacó una espina de la boca y la arqueó con delicadeza entre el pulgar y el índice.

—Haré bailar a los dioses en tus entrañas —le amenazó—, mientras las almas de los muertos te sorben el cerebro por las cuencas de los ojos. Echaré tu hígado a los cuervos y tus entrañas a los perros. —Partió en dos la espina—. Deja marchar a mi hermano.

Scathel se inclinó sobre Camaban, y Saban, que no les quitaba ojo, pensó en lo mucho que se parecían los dos hombres. El hechicero extranjero, el hermano gemelo de Haragg, era mayor, pero, al igual que Camaban, estaba muy delgado, tenía un carácter desabrido e irradiaba un gran poder.

—Irás al hoyo esta misma noche, tullido —anunció Scathel a Camaban entre dientes—, y me mearé encima de él.

—Vas a dejarle marchar —ordenó una voz femenina, y se oyó un grito sofocado cuando los hombres se volvieron para mirar a Aureнна, que se había puesto en pie y señalaba con un dedo al furioso sacerdote—. Vas a dejarle ir —insistió—. Ahora

mismo.

Scathel se estremeció, pero acto seguido tragó saliva y soltó a Saban a regañadientes.

—Te arriesgas a perderlo todo —le advirtió a Kereval.

—Kereval se pliega a los deseos de Erek —dijo Camaban en voz queda, respondiendo en vez del jefe, y se inclinó hacia delante para echar al fuego los dos trozos de espina—. Hace tiempo que quería conocerte, Scathel de Sarmennyn —continuó con una sonrisa—. Había oído hablar mucho de ti y pensé, necio de mí, que podría aprender algo de ti. Sin embargo, ya veo que voy a tener que enseñarte unas cuantas cosas.

Scathel bajó la vista hacia la hoguera, donde los dos trozos de espina yacían sobre un tronco ardiente. Durante un instante los miró fijamente y luego se agachó para recogerlos con cuidado, uno después del otro; el vello del brazo se le chamuscó con las llamas y el olor acre de la piel quemada hizo retroceder a los hombres, pero Scathel ni se inmutó. Escupió sobre los trozos de espina y señaló con uno de ellos a Camaban.

—No te llevarás ninguno de nuestros templos, tullido; nunca. —Lanzó los trozos de espina a Camaban, ciñó la empapada piel de lobo en torno a sus magras carnes y se marchó dejando el recinto del banquete en silencio.

—Bienvenido a Sarmennyn —le dijo Camaban a Saban.

—¿Qué hago aquí? —inquirió Saban.

—Ya te lo explicaré mañana. Mañana te daré una nueva vida. Pero esta noche, hermano, come si puedes. —Y no reveló nada más.

* * *

Al día siguiente, bajo el viento arremolinado que siguió a la lluvia nocturna, Camaban llevó a Haragg, Saban y Cagan al Templo del Mar. Se erigía hacia el oeste, a un buen trecho del asentamiento, sobre un promontorio bajo y rocoso donde el mar se tornaba blanco al romper. Cagan no quiso acercarse al templo donde había muerto su hermana, y se acurrucó sollozando en unas rocas cercanas. Haragg tranquilizó a su enorme hijo, lo acarició como si fuera una criatura y le cantó, a pesar de que Cagan no oía nada. Después Haragg dejó a su hijo en la hendidura de piedra y siguió a los hermanos al templo desierto, inundado por las llamadas quejumbrosas de los pájaros blancos.

El templo era un sencillo círculo de doce piedras, cada una de ellas de la altura de un hombre. A partir del círculo, un breve pasillo flanqueado por una docena de piedras más pequeñas conducía al borde del acantilado, que no era alto ni escarpado. Como prolongación de su reborde superior, no muy por debajo del mismo, había una

amplia repisa con un montón de madera.

—Ya han empezado a preparar la hoguera —señaló Haragg, sin disimular su repugnancia.

—Kereval me ha dicho que este año van a hacerla más grande —le informó Camaban—. Quieren asegurarse de que la chica muera rápido. —El viento le levantó el cabello e hizo tabletear los huesecillos que llevaba colgados del orillo de la túnica. Miró a Saban—. Se desnuda a la chica dentro del círculo y después se espera a que el Sol toque el mar, momento en que debe recorrer el sendero de piedra y saltar a las llamas. Lo vi el año pasado —continuó—, y la chica se asustó. Intentó atravesar la hoguera de un salto. —Lanzó una carcajada al recordarlo—. Vaya muerte la suya.

—Así que no lo hacen de buen grado, ¿eh? —preguntó Saban.

—Algunas sí —contestó Haragg—. Mi hija lo hizo. —El hombretón había empezado a sollozar—. Caminó al encuentro de su marido como una prometida, sin dejar de sonreír en ningún momento.

Saban se estremeció. Miró el borde del acantilado e intentó imaginar a la hija de Haragg saltando a la hoguera llameante. Le pareció oír sus gritos y ver su largo cabello ardiendo con un brillo más intenso que el del Sol con quien iba a desposarse, y de pronto sintió deseos de llamar a Aurrena a gritos. No podía alejar de su memoria el rostro de la joven.

—Y los huesos quemados de Miyac fueron reducidos a polvo y esparcidos por los campos —continuó Haragg—. ¿Y para qué? ¿Para qué? —Las dos últimas palabras las pronunció a voz en grito.

—Por el bien de la tribu —replicó Camaban con aspereza—. Entonces eras sacerdote y quemaste a las hijas de otros hombres sin ningún escrúpulo.

Haragg se estremeció como si le hubieran asestado un golpe. Era mucho mayor que Camaban, pero humilló la cabeza como si aceptara la autoridad del joven.

—Andaba errado —se limitó a decir.

—La mayoría de la gente anda errada —señaló Camaban—. El mundo está lleno de necios, y por eso debemos cambiarlo. —Hizo señal a Haragg y Saban de que se acuclillaran, pero él permaneció en pie como un maestro que se dirigiese a sus alumnos—. Lengar ha accedido a devolver el oro de Erek si Sarmennyn le hace entrega de un templo. Hizo un pacto semejante porque está convencido de que no se puede llevar un templo hasta Ratharryn, pero vamos a demostrar que se equivoca.

—Llévale este templo —propuso Haragg, al tiempo que señalaba con un gesto de la cabeza los rígidos pilares del Templo del Mar.

—No —le contradijo Camaban—. Encontraremos el mejor templo de Sarmennyn y nos lo llevaremos.

—¿Por qué? —preguntó Saban.

—¿Por qué? —le espetó Camaban—. ¿Por qué? Slaol envió su oro a Ratharryn. Eso, necio, es una señal de que quiere algo de nosotros. ¿Qué es lo que quiere? Quiere un templo, claro está, porque los templos constituyen el lugar donde los dioses

tocan la Tierra. Slaol quiere un templo y lo quiere en Ratharryn, y nos envió oro de Sarmennyn para darnos a entender la procedencia del templo. ¿Tan difícil de entender es eso? —Ofreció a Saban una mirada compasiva y empezó a caminar arriba y abajo por el breve espacio cubierto de hierba—. Quiere un templo de Sarmennyn porque aquí adoran a Slaol por encima de cualquier otro dios. Aquí la gente ha atisbado parte de la verdad y tenemos la obligación de llevar esa verdad a las tierras del interior. Pero hay una verdad superior. —Interrumpió su deambular y se quedó mirando a sus dos oyentes con expresión furibunda—. He visto el interior de todas las cosas —dijo en voz queda, y aguardó a que cualquiera de los dos le contradijera, pero Haragg lo miraba con cara de sumo respeto y Saban no tenía nada que decir—. Los sacerdotes creen que el mundo permanece estático —continuó Camaban con desdén—. Creen que nada cambia y que si obedecemos sus reglas y hacemos nuestros sacrificios, nada cambiará nunca. Sin embargo, el mundo está cambiando. Ha cambiado ya. Se ha roto el canon.

—¿El canon? —preguntó Saban. Haragg había mencionado el canon en la región del norte, pero no había querido dar más detalles. Ahora Camaban iba a explicárselo.

Con este objeto, Camaban se agachó y cogió una flecha del carcaj de Saban, pues Saban no iba a ninguna parte sin su arco de tejo, símbolo de que ya no era esclavo. Camaban se sirvió de la punta de sílex de la flecha para trazar un amplio círculo en el césped, removiéndolo para que la tierra de color marrón asomara entre la corta hierba.

—El círculo es el año del Sol —comenzó—. Ese círculo lo conocemos y lo conmemoramos. Aquí en Sarmennyn matan a una chica cada solsticio para señalar cuándo acaba un círculo y vuelve a comenzar otro. ¿Lo entiendes? —Se dirigía a Saban porque Haragg ya sabía de la ruptura del canon.

—Lo entiendo —aseguró Saban. En Ratharryn también conmemoraban el principio y el fin en el solsticio, pero lo hacían matando un ternero al amanecer, en vez de una joven al anochecer.

—Ahora veamos el misterio —continuó Camaban, y trazó en la hierba un círculo mucho más pequeño, colocándolo como una cuenta sobre un anillo de bronce en el círculo que había abierto antes en el suelo—. Esta es Lahanna —dijo mientras daba unos golpecitos encima del círculo pequeño—. Nace, crece —iba recorriéndolo con el dedo— y vuelve a morir. Después renace. —Trazó un nuevo círculo del mismo tamaño que el primero junto a este—. Crece y muere, y luego renace. —Abrió con la punta de la flecha un tercer círculo. Lo que había dibujado Camaban parecían tres cuentas que casi llenaban, aunque no por completo, un cuadrante del gran círculo del Sol—. Nace, muere —explicó una y otra vez, y trazó más círculos hasta que alcanzó las doce cuentas, y entonces se detuvo—. ¿Lo ves? —le preguntó, señalando con la punta de flecha el hueco entre la primera y la última.

Ahora el círculo contaba con doce cuentas.

—Cada año hay doce lunas —aseguró Camaban—, pero el misterio estriba aquí.

—Dio unos golpecitos sobre el pequeño espacio que quedaba entre el primero y el último de los círculos lunares.

Haragg se volvió hacia Saban, impaciente por que lo comprendiera.

—El año lunar es más corto que el año solar.

Saban lo entendía. Los sacerdotes de Ratharryn, de hecho los sacerdotes de todas partes, habían apreciado mucho tiempo atrás que el año lunar, en el que el astro se henchía y menguaba doce veces, era más breve que el gran trayecto del Sol por el cielo, pero Saban no le había dado muchas vueltas a la disparidad. Era uno de los constantes misterios de la vida, como por qué los ciervos solo tenían cornamenta parte del año, o adonde se iban las golondrinas en invierno. Aguardó mientras Camaban sacaba un fémur humano de su macuto.

—Cuando era niño —dijo Camaban—, contemplaba el cielo sentado en nuestro templo. Iba al Pabellón Funerario y robaba huesos, y hacía marcas en huesos como este. —Entregó el hueso a Saban—. Mira —le indicó, al tiempo que señalaba una serie de pequeñas muescas que había grabado en uno de los lados del hueso—, esas marcas son los días del año solar.

Saban tuvo que acercarse el hueso porque las marcas eran minúsculas, pero vio cientos de muescas, demasiadas para contarlas, y cada minúsculo corte indicaba un día y una noche, que en conjunto constituían un año.

—Y estas marcas —Camaban mostró a Saban una segunda serie de muescas paralela a la primera—, son los días en que crece y decrece la Luna. Indican doce nacimientos y doce muertes. —La segunda serie de marcas era ligeramente más corta que la primera.

Saban volvió a acercarse el hueso a los ojos y utilizó la uña para contar los días de más que había en la línea del Sol.

—¿Once días? —preguntó.

—Hasta donde yo sé —aseguró Camaban. Había desaparecido su tono desdeñoso, sustituido por una honesta humildad—. Pero es difícil contar los días. Utilicé muchos huesos a lo largo de muchos años, y a veces el cielo estaba cubierto de nubes y me veía obligado a adivinar los días de la Luna. Además, había años en que la diferencia era de más de doce días y años en los que era menor. —Le cogió el hueso de las manos—. Pero este hueso es el del mejor año, y me transmite el mismo mensaje que todos los demás. Me dice que el canon se ha roto.

—¿El canon?

—Los círculos deberían coincidir —exclamó Camaban con furia, y propinó unos golpes al diagrama que había abierto en el césped—. Ese hueco —puso el dedo sobre el espacio entre las cuentas—, tiene once días de duración. Pero no debería existir. —Volvió a ponerse en pie para caminar de aquí para allá—. En este mundo todo tiene un propósito —dijo—, pero sin propósito no hay significado. Y el significado está en el canon. Día y noche, hombre y mujer, cazador y presa, las estaciones, las mareas. ¡Todo sigue un canon! Las estrellas tienen un canon. El Sol sigue un canon y también

lo sigue la Luna, pero los dos cánones son distintos, y el mundo se está dividiendo en dos mitades. —Señaló hacia el mar—. Algunos cánones siguen al Sol, otros a la Luna. Las cosechas llegan y se siegan con el Sol, pero las mareas siguen a la Luna. ¿A qué se debe? ¿Y por qué envió Dilan el oro a Ereka? —Utilizó los nombres extranjeros de los dioses del mar y el Sol, y después respondió a su propia pregunta en tono furibundo—. Lo envió para que el Sol volviera a regir las mareas según su canon.

—Las mujeres siguen el canon de la Luna —señaló Haragg con pesimismo.

—Ah, ¿sí? —Camaban parecía sorprendido.

—En sus hemorragias —explicó Haragg, y se encogió de hombros—. O eso me han dicho.

—Pero todo —sentenció Camaban—, todo debería seguir al Sol. Todo debería seguir un ritmo regular, pero no es así. —Volvió a señalar el dibujo que había hecho sobre la hierba—. El misterio estriba en compensar el canon.

—Pero ¿cómo? —inquirió Saban.

—Dímelo tú —le instó Camaban, y Saban entendió que la pregunta no se le planteaba a la ligera.

Se quedó mirando el dibujo. Si se pensaba en ellas como si fueran cuentas en un alambre de bronce, se dijo, la respuesta resultaba evidente. Un hombre podía hacer más cuentas de menor tamaño e intentar ensartarlas hasta que colmaran el alambre por completo, pero sería una tarea laboriosa. El modo más sencillo de hacer que encajasen las cuentas consistía en acortar el alambre, tarea sencilla para cualquier herrero. Y si se acortara el alambre, el círculo grande se vería reducido y todas las cuentas entrarían en contacto unas con otras.

—Hay que acercar Slaol a la Tierra —sugirió Saban tímidamente.

—Bien hecho —le felicitó Camaban con efusión—. ¿Y qué se deduce de ello?

Saban pensó un buen rato, pero acabó por encogerse de hombros.

—No lo sé.

—Contamos historias acerca de cómo Slaol y Lahanna se amaban y después se distanciaron hasta convertirse en enemigos, pero no son más que historias. Se olvidan de algo: de nosotros. ¿Por qué estamos aquí? Sabemos que los dioses nos hicieron, pero ¿por qué? ¿Para qué hacemos las cosas? Uno hace un arco para matar, o hace una vasija para que contenga algo, o hace un broche para sujetar un manto. De modo que a nosotros nos hicieron con un propósito, pero ¿cuál? —Esperó una respuesta, pero ni Haragg ni Saban se pronunciaron—. ¿Y por qué somos imperfectos? —preguntó Camaban—. ¿Haríais un arco que fuera a romperse? ¿O una vasija agrietada? A nosotros no se nos creó imperfectos. Los dioses no nos hicieron imperfectos del mismo modo que un alfarero no haría una vasija agrietada ni un herrero haría un cuchillo despuntado, y sin embargo enfermamos, quedamos lisiados y tullidos. Los dioses nos hicieron perfectos y sin embargo no lo somos. ¿A qué se debe? —Hizo una pausa antes de ofrecer una respuesta—: A que ofendimos a Slaol.

—¿Eso hicimos? —preguntó Saban. Estaba habituado a la historia de que Lahanna había ofendido a Slaol al intentar menguar su brillo, pero ahora Camaban culpaba a la humanidad.

—Le ofendimos al adorar a los dioses menores con el mismo fervor que a él —aseguró Camaban—. Le insultamos, de modo que se apartó, y ahora tenemos que conseguir que se acerque adorándolo como debe ser, otorgándole el lugar que le corresponde por encima de todos los demás dioses y erigiéndole un templo que demostrará que hemos entendido sus designios. Entonces regresará, y cuando lo haga ya no habrá más inviernos.

—¿No habrá más inviernos? —preguntó Saban asombrado.

—El invierno es el castigo de Slaol —explicó Camaban—. Le ofendimos y por tanto nos castiga un año tras otro. ¿Cómo? Pues alejándose de nosotros. ¿Cómo lo sabemos? Porque cuanto más lejos está uno de una hoguera, menos calor tiene. En verano, cuando Slaol está cerca, notamos su calor, pero en invierno, cuando todo muere, su calor desaparece. Desaparece porque está lejos de nosotros, de modo que si conseguimos traerlo de vuelta no habrá más invierno —insistió—, ni más enfermedad, ni más sufrimiento, ni más niños llorando en plena noche. —Tenía los ojos arrasados en lágrimas, y Saban recordó la noche en que murió la madre de Camaban y el niño contrahecho aulló como un lobezno.

—Ni saltarán más jóvenes a las llamas —añadió Haragg en voz queda.

—Y tú —Camaban hizo caso omiso de las palabras de Haragg y se volvió hacia Saban—, dejarás de ser guerrero. —Le quitó el arco de tejo que llevaba colgado del hombro y, con un esfuerzo que le hizo torcer el gesto, lo rompió contra la rodilla. Lanzó el arco roto por el borde del acantilado para que cayera al mar—. Serás un constructor, Saban, y ayudarás a Haragg a desplazar el templo de Sarmennyn a Ratharryn para, de ese modo, traer de nuevo al dios a nuestro lado.

—Si mi hermano lo permite —le recordó Haragg, refiriéndose a Scathel.

—Con el tiempo —dijo Camaban sin asomo de duda—, Scathel se sumará a nosotros porque comprenderá que hemos visto la verdad. —Se hincó de rodillas y se humilló ante el Sol—. Hemos visto la verdad —repitió con humildad—, y cambiaremos el mundo.

Saban percibió la emoción. Cambiarían el mundo. En ese momento, en el promontorio encima del mar, supo que estaba en sus manos.

* * *

En el período comprendido entre su transformación en diosa y su muerte en la hoguera del Sol, Aureнна tenía la obligación de recorrer la región y prestar oídos a las oraciones de las gentes, que luego transmitiría a su marido. Partió del

asentamiento de Kereval escoltada por cuatro lanceros para protegerla, dos mujeres para atenderla, tres sacerdotes para guiarla y una docena de esclavos para servirla, así como de una muchedumbre de personas que solo deseaban seguir los pasos de la prometida del Sol.

Kereval regía sobre tierras más extensas que las de Ratharryn, aunque no tenían tantos asentamientos pues el suelo de Sarmennyn era poco fértil. Aurena contaba entre sus deberes el de mostrarse ante toda la tribu y ante los muertos de sus túmulos comunales. Cada noche una choza se vaciaba de gente y animales para que la prometida del Sol durmiera en la intimidad, y cada mañana había un gentío de suplicantes ante la cabaña. Las mujeres le rogaban que les concediera hijos, los padres le suplicaban que curara a sus descendientes, los guerreros le pedían que les bendijera las lanzas y los pescadores se inclinaban ante ella cuando imponía sus manos sobre embarcaciones y redes. Los sacerdotes la llevaron de un templo a otro y de un túmulo funerario a otro. Abrían las tumbas haciendo a un lado las enormes piedras de la entrada para que Aurena entrara encorvada en su cavernoso interior y hablase con los muertos, cuyos huesos yacían apilados entre las húmedas sombras.

Camaban y Saban también la acompañaban. Siguieron a la áurea joven hasta los cobijados valles de la costa sur de Sarmennyn, donde la gente cultivaba la tierra y salía a pescar en sus largas embarcaciones de madera, y luego a las tierras altas y peladas del norte, donde las vacas, las ovejas y la elaboración de hachas de piedra permitían ganarse la vida pobremente a los moradores de granjas dispersas. Y allí adonde iban, Camaban inspeccionaba los templos en busca del que quería trasladar a Ratharryn. Las gentes, al reconocer en él a un hechicero, le saludaba con una reverencia.

—¿Puedes hacer magia? —le preguntó Saban cierto día.

—Te convertí en esclavo, ¿no? —replicó Camaban.

Saban se miró la cicatriz en la mano.

—Eso fue una crueldad —aseguró.

—No digas tonterías —le espetó Camaban en tono de hastío—. ¿Cómo si no iba a mantenerte con vida? Lengar quería matarte, sin duda la opción más inteligente, pero yo tenía la esperanza de que me resultaras de utilidad. Así que le conté una historia absurda acerca de que los dioses se vengaban de aquellos que mataban a sus hermanastros, y le di la idea de que hiciera de ti un esclavo. Eso le gustó. Y yo quería que conocieras a Haragg.

—Me cae bien —aseguró Saban afectuosamente.

—A ti te cae bien la mayoría de la gente —le respondió Camaban con desdén—. Haragg es muy inteligente —continuó—, pero no se puede confiar en todas sus ideas. La muerte de su hija tiene una absurda influencia sobre él. Desconfía de los rituales, pero los rituales no tienen nada de malo. Demuestran a los dioses que reconocemos su poder. Si hiciéramos caso de las ideas de Haragg, no quemaríamos a Aurena, y ¿qué sentido tiene la existencia de la chica si no ha de morir en la hoguera?

Saban miró hacia donde Aurena caminaba entre los sacerdotes que la servían. En ese momento odió a Camaban, pero no dijo ni palabra, y Camaban, que sabía exactamente lo que pensaba su hermano, se echó a reír.

Esa tarde llegaron a otro templo, un sencillo círculo de cinco piedras, típico de los santuarios en la zona norte de Sarmennyn. Algunos, muy pocos, tenían hasta doce piedras, pero ninguno de los mojones era tan grande como los que había entre los muros de Cathallo. Las piedras de Sarmennyn rara vez eran más altas que un hombre o más gruesas que la cintura de un guerrero, pero prácticamente todas habían sido talladas hasta convertirlas en elegantes pilares.

A Camaban no le gustaba ninguno de los templos que había visto.

—Queremos un templo que cause asombro —le dijo a Saban—. Tenemos que encontrar un templo que haga saber a Slaol que hemos hecho un gran esfuerzo en su honor. ¿Qué proeza supone llevar cuatro o cinco pedruscos a Ratharryn?

Saban era de la opinión de que desplazar una sola piedra ya sería un logro, y había empezado a dudar de que Camaban encontrara el templo que quería.

—¿Por qué no escoges un templo cualquiera? —le preguntó una noche—. Slaol se dará cuenta del gran esfuerzo realizado para transportarlo.

—Si quisiera un trabajo hecho a la ligera y de inmediato —aseguró Camaban—, te habría dejado elegir el templo a ti en vez de malgastar mi tiempo en la búsqueda. No digas tonterías, Saban. —Estaban comiendo en una choza abarrotada donde se había dado la bienvenida a los acompañantes de Aurena con ofrendas de pescado, carne, pieles y vasijas de licor. Un vaso de licor podía privar a un hombre del uso de brazos y piernas, pero a Camaban no parecía afectarle. Lo bebía como si fuera agua, eructaba, bebía más, y nunca se le trababa la lengua ni tartamudeaba. Por la mañana, cuando a Saban le dolía la cabeza y notaba palpar el corazón en las sienes, Camaban estaba rebosante de energía.

Esa noche estaban en la choza del jefe de un clan, el señor de toda una comunidad cuyos miembros vivían al socaire de una montaña. El jefe era un anciano desdentado que, en honor a la llegada de Aurena, llevaba un aro de oro en torno a su descarnado cuello. Sus esposas habían atizado el humeante fuego para preparar una cena asquerosa consistente en algas y mariscos y, una vez hubieron comido, uno de sus hijos, tan anciano y desdentado como el padre, cogió el caparazón pulido de una tortuga marina que colgaba del techo y lo utilizó para marcar el ritmo mientras entonaba una canción, al parecer interminable, sobre las hazañas de su padre en las tierras allende el mar del oeste, donde había acabado con infinidad de enemigos, hecho abundantes esclavos y regresado con gran cantidad de oro.

—Probablemente, lo que significa —susurró Camaban a Saban—, es que el viejo estúpido paseó por la playa durante tres días y regresó con un par de guijarros a rayas y una pluma de gaviota.

Se acercaron gentes de otras chozas mientras continuaba la canción. Fueron entrando más y más personas, hasta que Camaban y Saban se vieron encajonados

contra la baja pared de piedra de la choza. La gente debía de haber oído el relato muchas veces, pues de tanto en tanto se sumaban al cántico y el anciano asentía satisfecho cuando se oía el coro, pero entonces, de repente, el tañido y la canción se interrumpieron. El anciano abrió los ojos y pareció indignado por el silencio hasta que reparó en que Aureнна, que había comido en la intimidad de su propia choza, acababa de entrar. El jefe del clan sonrió e indicó que la prometida del Sol podía sentarse a su lado, pero Aureнна negó con la cabeza, paseó la mirada por la choza y pasó con delicadeza por entre los cuerpos apiñados para sentarse junto a Saban. Hizo un gesto al intérprete para indicarle que podía continuar, y el hombre golpeó el caparazón de tortuga, cerró los ojos y retomó el hilo de su historia.

Saban eran perfectamente consciente de la proximidad de Aureнна. Había hablado con ella algunas veces mientras recorrían los accidentados senderos de Sarmennyn, pero ella nunca había buscado su compañía, y al verla sentarse a su lado se sintió torpe, tímido y confuso. Le dolía mirar a Aureнна porque pensaba en lo que iba a ocurrirle poco tiempo después. Su destino y el de Derrewyn se habían entrelazado de tal modo en sus fantasías, que tenía la impresión de que el alma de Derrewyn había entrado en el cuerpo de Aureнна y ahora iban a arrancarla otra vez de su lado. Cerró los ojos e inclinó la cabeza, en un intento de desterrar los pensamientos de la violación de Derrewyn y la muerte inminente de Aureнна.

Entonces la joven se ladeó hacia él para que pudiera oír su voz por encima de la canción.

—¿Habéis encontrado vuestro templo? —le preguntó.

—No —contestó, tembloroso de timidez.

—¿Por qué no? —se interesó Aureнна—. Debéis de haber visto un templo al día.

—Son muy pequeños —le explicó Saban, sonrojándose. No la miraba por miedo a que se le trabara la lengua.

—¿Y cómo tenéis pensado mover el templo? —le preguntó Aureнна—. ¿Haréis que el dios lo lleve por los aires hasta Ratharryn?

Saban se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Deberíais hablar con Lewydd —dijo, al tiempo que señalaba a uno de sus lanceros, que estaba acucillado junto al poste central de la choza—. Dice que tiene el método para hacerlo.

—Eso si Scathel llega a permitirnos que nos llevemos un templo —comentó Saban con pesimismo.

—Yo me impondré a Scathel —aseguró Aureнна, con plena convicción.

Saban se atrevió a mirarla a los ojos en ese momento. Eran oscuros, aunque el centelleo del fuego se reflejaba en ellos, y de pronto le entraron ganas de llorar porque estaba destinada a morir.

—¿Te impondrás a Scathel? —preguntó.

—Lo aborrezco —dijo en voz queda—. Me escupió la primera vez que entré en

mi templo. Por eso no le dejé que te metiera en el hoyo. De modo que, cuando vaya a la hoguera, le diré a mi marido que debe dejaros llevar un templo a Ratharryn. — Apartó la mirada de Saban en el momento en que otro hombre cogía el caparazón de tortuga e iniciaba otra canción, esta en honor a la prometida del Sol. Aureнна escuchó con atención por deferencia al intérprete cuando empezó a describir la soledad del dios del Sol y su anhelo de una prometida humana, pero al pasar a describir la hermosura de la prometida del Sol, Aureнна perdió interés y se volvió a inclinar hacia Saban—. ¿Es cierto que en Ratharryn no se envía una prometida al dios?

—Así es.

—¿Y en Cathallo tampoco?

—Tampoco.

Aureнна lanzó un suspiro y se quedó mirando el fuego. Bajo la atenta mirada de sus guardias, Saban no le quitaba ojo.

—Mañana —Aureнна se ladeó para acercar su cara a la de Saban—, tengo que emprender el camino de regreso al asentamiento de Kereval, pero tú deberías subir a la cima de la colina que se alza detrás de este lugar.

—¿Por qué?

—Porque allí hay un templo —le explicó—. Eso me han dicho las gentes de aquí. Es el nuevo templo de Scathel. El que construyó cuando se recuperaba de su locura. Asegura que lo consagrará cuando se recuperen los tesoros.

Saban sonrió, pensando en lo furioso que se pondría Scathel si supiera que su propio templo podía acabar en Ratharryn.

—Iremos a verlo —le prometió Saban, aunque preferiría haberse quedado con Aureнна; no habría sabido decir con qué objetivo. Pronto habría muerto y partido hacia su gloria en el cielo abrasador.

A la mañana siguiente, a medida que una espesa niebla se alzaba procedente del mar, Aureнна inició su viaje hacia el sur, pero Camaban y Saban se dirigieron hacia el norte, colina arriba a través de la densa blancura de la niebla.

—Será una pérdida de tiempo —rezongó Camaban—, otro indigno círculo de piedras. —Pero, aun así, fue por delante de Saban por la abrupta ladera cubierta de hierba y las pendientes sembradas de guijarros, hasta que, al cabo, salieron de la nube a la gloriosa luz del sol. Ahora estaban por encima de la niebla, que flotaba en torno a ellos como un mar blanco y silencioso en el que el pico de la montaña era una isla de roca astillada, tan escarpada y desigual como si un dios hubiera martilleado la cima en un acceso de ira. Saban entendía ahora por qué todos los pilares de los templos de Sarmennyn eran similares: la roca, al desgajarse del pico, caía en mojonos de por sí rectangulares, y lo único que tenían que hacer los hombres era transportar la roca desgajada montaña abajo.

No había ningún templo a la vista, pero Camaban supuso que estaba oculto por la espesa niebla a sus pies, y, por tanto, se sentó en una repisa de piedra a esperar. Saban se puso a deambular arriba y abajo, y luego preguntó a Camaban:

—¿Para qué íbamos a querer el templo de Scathel si es nuestro enemigo?

—No es enemigo mío.

Saban se mofó de la respuesta:

—Entonces, ¿qué es?

—Es un hombre como tú, hermano —respondió Camaban—, un hombre que odia que las cosas cambien. Pero es un buen siervo de Slaol y con el tiempo será nuestro amigo. —Se volvió y miró hacia el este, donde los picos de otras montañas se alzaban como una línea de islas por encima de la blancura—. Scathel desea la gloria de Slaol, y eso es bueno. Pero ¿tú qué quieres, hermano? Y no me contestes que a Aurena —puntualizó—, porque pronto habrá muerto.

Saban se azoró.

—¿Quién dice que la quiero?

—Se ve en tu rostro. Te quedas mirándola como una ternera sedienta mira la ubre.

—Es hermosa —señaló Saban.

—También lo era Derrewyn, pero ¿qué importa la belleza? En una choza oscura, por la noche, ¿cómo vas a percibir la diferencia? Da igual, dime lo que quieres.

—Una esposa —contestó Saban—, hijos. Buenas cosechas. Ciervos en abundancia.

Camaban se echó a reír.

—Eres igual que nuestro padre.

—¿Y qué tiene eso de malo? —replicó Saban en tono desafiante.

—No tiene nada de malo —dijo Camaban apesadumbrado—, pero, ¿qué falta de ambición. ¿Quieres una esposa? Pues búscala. ¿Hijos? Los tendrás tanto si quieres como si no, y la mitad te partirán el corazón y la otra mitad se morirán. ¿Cosechas y ciervos? Ya los tienes.

—Y tú, ¿qué es lo que tú quieres? —preguntó Saban, aguijoneado por el desdén de su hermano.

—Ya te lo dije —respondió Camaban con toda tranquilidad—. Quiero que todo cambie y después, una vez hayamos hallado el equilibrio, que todo permanezca inmutable. El Sol no se alejará de nosotros y no habrá más invierno, ni más enfermedad, ni más lágrimas. Pero para conseguirlo tenemos que erigir un templo como es debido a Slaol, y eso es lo que quiero. Un templo que le haga justicia. —Tras pronunciar esas palabras guardó silencio de repente y se quedó mirando con los ojos abiertos de par en par hacia la niebla. Saban se volvió para ver qué había llamado la atención a su hermano.

Al principio no vio más que niebla, pero luego, poco a poco, del mismo modo que aparece la tierra cuando la noche se aleja, emergieron unas formas de la blancura.

Y vaya formas. Era un templo, aunque en absoluto similar a nada que hubiera visto Saban. En vez de un círculo de piedras tenía dos, uno dentro del otro, y en un primer momento Saban solo alcanzó a ver las oscuras puntas de las piedras entre la bruma. Intentó contar los pilares, pero había muchos, y en el lado opuesto del doble

círculo, de cara al punto en el horizonte donde se pondría el Sol invernal, había una entrada constituida por cinco pares de pilares de piedra que tenían otras piedras colocadas al sesgo sobre sus ápices, de tal modo que formaban una serie de cinco entradas para el Sol poniente. Saban se quedó mirando de hito en hito, y, durante un instante mágico, le dio la impresión de que todo el templo flotaba en la bruma, y entonces la niebla abandonó el valle entre las montañas para dejar las piedras ancladas en la tierra umbría.

Camaban permaneció allí, quieto, con la boca abierta.

—Scathel no estaba loco —masculló, y luego lanzó un grito, saltó de las rocas y se precipitó colina abajo, dispersando en su carrera un rebaño de ovejas de lana oscura. Saban lo siguió a paso más lento y se adentró entre los dos círculos de piedra para encontrar a Camaban agazapado en el extremo noreste, donde miraba por el túnel que constituían las piedras adinteladas.

—Las puertas de Slaol —exclamó Camaban maravillado.

El templo se había erigido en un elevado valle de empinadas laderas que se asomaban a las tierras bajas hacia el sur y, en pleno invierno, cuando el Sol estuviera en el lejano horizonte, sus rayos atravesarían el mar y la tierra para traspasar las puertas de piedra.

—Todo lo demás quedaría en la oscuridad —señaló Camaban en voz queda—, todo quedaría ensombrecido por las piedras, pero en el centro de la sombra habría un haz de luz. ¡Es un templo de sombras! —Se llegó a la carrera hasta la entrada opuesta y allí, de cara a la puerta del Sol, abrió los brazos y se apoyó contra la roca como si la luz del Sol poniente lo hubiera clavado contra el mojón—. Scathel es magnífico —exclamó a voz en grito—. ¡Magnífico!

Los pilares, de por sí rectangulares, no eran muy grandes. Los que estaban en la puerta del Sol eran un poco más altos que Camaban, pero el resto no alcanzaban la altura de un hombre y algunos no eran más altos que un niño pequeño. Todas las rocas se habían arrancado con palanca o extraído por otros medios de la cima quebrada de la montaña, para luego deslizarse ladera abajo hasta este saliente llano, suspendido en las alturas, donde las habían clavado sin profundizar demasiado en la somera capa de tierra. Saban empujó una piedra y esta se movió peligrosamente. El mojón contra el que Camaban estaba apoyado constaba en realidad de dos pilares, ambos muy finos, que habían sido unidos por el procedimiento de tallar un entrante en uno de ellos y un saliente en el otro, de modo que las piedras encajaran del mismo modo que el hombre encaja en la mujer.

—Dos mitades del círculo —señaló Camaban con todo respeto, al reparar en las piedras unidas—. El lado del Sol —hizo un gesto hacia el sur para indicar las piedras sobre las que viajaría el Sol en su recorrido diario—, y el lado de la noche, que se unen aquí. Y la unión debe sellarse con sangre a la muerte del Sol.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Saban. Había estado contando las piedras y llevaba ya más de setenta.

—¿Cómo, si no? —respondió Camaban secamente—. Es evidente. —Se volvió impulsado por la emoción—. El Templo del Mar para el solsticio de verano y el Templo de las Sombras para el invierno. Scathel es maravilloso. Pero esto será nuestro. ¡Será nuestro! —Echó a andar por el círculo, golpeando el bastón contra las piedras, hasta que llegó a la puerta adintelada, donde se agachó para mirar a través del túnel de cinco arcos de piedra—. Un portal para Slaol —dijo maravillado, se incorporó y lanzó un varazo a la piedra más cercana. La humedad de la niebla había dejado sobre las rocas una pátina de color verde azulado que empezó a ennegrecerse a medida que el Sol primaveral y el viento marino las secaban. Camaban, para espanto de Saban, intentó empujar uno de los dinteles como si tuviera esperanza de derribarlo, pero no se movió—. ¿Cómo lo han fijado? —preguntó.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—No esperaba que lo supieras —le respondió Camaban sin ningún miramiento, y frunció el entrecejo—. ¿Te había dicho que Sannas ha muerto?

—No —Saban experimentó una extraña conmoción, no porque guardara ningún cariño a la anciana, sino porque durante toda su vida había formado parte de su mundo, y no una parte cualquiera, sino la de una presencia imponente—. ¿Cómo? —indagó.

—¿Y yo qué sé? —replicó Camaban—. Sencillamente, está muerta. Trajo la noticia un mercader, y era enemiga de Slaol, de modo que es una buena nueva. —Se volvió para contemplar de nuevo el templo. Ahora, una vez desaparecida la humedad de la niebla, era un doble círculo negro en un lóbrego valle agazapado en el tenebroso seno de roca de la montaña. Era espacioso y espléndido, el tributo de un sacerdote loco a su dios, y a Camaban le afloraron las lágrimas—. Es nuestro templo —afirmó en tono respetuoso—, y desterrará el invierno.

Debían encontrar el modo de convencer a Scathel de que les permitiera llevárselo y después acarrearlo a través de medio mundo hasta Ratharryn.



CAPÍTULO 10

La espesa niebla que había envuelto el Templo de las Sombras dio paso a días de cálido Sol y tenues vientos. Mientras que los mayores estaban maravillados ante un verano tan temprano y decían que no alcanzaban a recordar nada semejante, Kereval aseguró que la clemencia del tiempo era un indicio de la satisfacción del dios del Sol ante su nueva prometida. Algunos pescadores, dueños de una pequeña choza que hedía a sal junto al río, donde realizaban ofrendas a un dios del tiempo llamado Malkin, predijeron terribles tormentas, pero un día tras otro su pesimismo quedaba desmentido. La hechicera preferida de Kereval, una ciega que comunicaba su sabiduría mientras se veía aquejada de violentas sacudidas, también predijo tormentas, pero los cielos permanecían tercamente despejados y los vientos, suaves.

Kereval temía que los guerreros realizaran sus incursiones estivales en los territorios vecinos para hacerse con esclavos y reses; llegaron mercaderes de las tierras al otro lado del mar del oeste cargados de oro, y las cosechas en ciernes reverdecían la tierra. Todo iba bien en Sarmennyn, o así debería haber sido, solo que cuando Camaban y Saban regresaron al asentamiento de Kereval encontraron a las gentes taciturnas.

Era el regreso de Scathel lo que había agitado el ánimo de Sarmennyn. El sumo sacerdote predicaba iracundo contra el acuerdo de Kereval con Ratharryn, afirmando que Lengar no devolvería los tesoros a menos que se viera obligado a ello y, por tanto, mientras Camaban y Saban estaban de viaje con Aureнна, el sumo sacerdote había cavado un monstruoso hoyo delante de la choza de Kereval y lo había cubierto con un entramado de gruesas ramas de modo que sirviera de celda a Saban. Allí Scathel podría torturar a Saban, convencido de que cada mutilación redundaría mágicamente en las carnes de Lengar, pero las esperanzas de Scathel se vieron frustradas, al negarse Kereval a dar su permiso. Kereval insistió con terquedad en que Lengar devolvería los tesoros. Al jefe le gustaba señalar los luminosos cielos y preguntar qué mejor presagio podía desear la tribu. «El dios ya ama a su prometida —afirmaba Kereval—, y cuando vaya a su encuentro, nos recompensará. No hay necesidad de poner en práctica la magia del hermano».

Aun así, Scathel pregonaba la necesidad de sacar los ojos y cortar las manos a Saban. Recorrió las chozas dentro del asentamiento y visitó las comunidades que estaban a medio día de camino. Arengó a las gentes de Sarmennyn y estas le prestaron oídos. «Ratharryn nunca nos arrebatará un templo —despotricaba Scathel—, ¡nunca! Los templos son nuestros, los construyeron nuestros ancestros, los erigieron con nuestra piedra. Si Ratharryn quiere un templo, que apilen sus propios excrementos y se humillen ante ellos».

«Si tu hermano nos enviara parte del oro, sería una forma de mostrar su buena voluntad», le dijo Kereval a Camaban, acuciado por la preocupación, pero este meneó la cabeza y dijo que en ningún momento había tomado parte en el acuerdo. El oro sería devuelto, aseguró, cuando se trasladara el templo, aunque se cuidó mucho de decir que era el templo del propio Scathel el que quería, porque los ánimos de la tribu ya estaban bastante caldeados. Kereval hizo todo lo que estuvo en su mano para apaciguar las iras cada vez más a flor de piel. «La gente se calmará cuando vea ascender a su gloria a la prometida del Sol», aseguró a Saban el preocupado jefe.

Día tras día, Saban visitaba el templo de la prometida del Sol y observaba la sombra de la alta piedra que descollaba del círculo. La sombra le producía pavor, pues iba acercándose cada vez más a la piedra central, y cuando la sombra tocara la piedra, Aureнна tendría que lanzarse a las llamas. La propia Aureнна evitaba ir al templo, como si al hacer caso omiso de la sombra fuera a prolongar su vida; en vez de eso, en los días que faltaban para la ceremonia nupcial, trabó amistad con Haragg. «Cuando vayas al encuentro de tu marido —le decía el mercader—, debes convencerlo de que acabe con este derroche. ¡Tiene que rechazar a las prometidas!». Sin embargo, del mismo modo que Kereval vio frustrado su empeño de persuadir a sus súbditos de que Lengar mantendría la palabra, Haragg fracasó a la hora de convencer a la tribu de que renunciase al sacrificio anual, de modo que Aureнна tendría que morir. A medida que los días iban alargando, pasaba cada vez más tiempo con Haragg y Saban, y Haragg los dejaba a solas porque era consciente de que Aureнна se sentía atraída por el joven alto y moreno llegado de las tierras del interior, con un dedo de menos y un único tatuaje en el pecho. Otros jóvenes se jactaban de esos tatuajes indicativos de que habían dado muerte a un enemigo, pero en vez de alardear, Saban le contaba historias. Al principio le contó las mismas que le había contado a él su madre, como la de Dickel, el hermano de Garlanna, que había intentado robar la primera cosecha de la tierra, a raíz de lo cual Garlanna lo había convertido en ardilla como castigo. A Aureнна le gustaban las historias y no se cansaba de escucharlas.

Nunca estaban del todo a solas, pues la prometida del Sol siempre se encontraba bajo vigilancia. Al margen de la intimidad que le garantizaba su propia choza, no podía ir a ninguna parte sin que los cuatro lanceros siguieran sus pasos, y por tanto Saban se acostumbró a sus guardias e incluso trabó amistad con uno de ellos. Lewydd era hijo de un pescador y había heredado la constitución achaparrada de su padre.

Tenía el pecho fornido y brazos de una fuerza impresionante. «Desde que aprendí a andar —le había dicho a Saban—, mi padre me hizo halar las redes. Halar las redes y remar. Eso fortalece a cualquier hombre». Era Lewydd quien había ideado una forma de transportar las piedras de un templo a Ratharryn.

—Debéis llevarlas en barco —aseguró. Lewydd era tres años mayor que Saban y ya había participado en dos incursiones a los territorios del este para capturar esclavos—. Se puede realizar por el agua prácticamente todo el viaje hasta Ratharryn.

—Ratharryn está lejos del mar —le recordó Saban.

—Por mar no, por río —explicó Lewydd—. Se podría ir por mar hasta el río que nos llevaría al otro extremo de Drewenna, y desde allí tendríamos que transportar barcos y piedras a los ríos de Ratharryn. Pero está dentro de lo posible.

Los barcos en Sarmennyn, al igual que las embarcaciones fluviales en Ratharryn, se hacían con los troncos de viejos árboles de gran tamaño. Había pocos bosques en Sarmennyn, de modo que los sacerdotes marcaban ciertos árboles que debían preservarse hasta que fueran lo bastante grandes para los constructores de barcos, y cuando el tronco había crecido lo suficiente se cortaba y se vaciaba el árbol. Un día, Lewydd llevó a Saban al mar, pero este escondió la cabeza entre las manos cuando vio venir hacia él las grandes olas con su fragor, y Lewydd, entre carcajadas, viró el bote y dejó que volviera a la calma del río.

A Aureнна le gustaba cruzar el río en uno de los botes vaciados. Ella y sus lanceros se adentraban en los bosques de la ribera del este e, inevitablemente, ella buscaba una gran roca de color verde grisáceo salpicada de puntitos brillantes y pequeñas motas rosas. Se sentaba en la roca y contemplaba el fluir del río. Cuando Saban la acompañaba, le pedía que le contara más historias, y en cierta ocasión le relató cómo Arryn, el dios de su valle, había perseguido a Mai, la diosa del río, y cómo ella había intentado entorpecer sus pasos convirtiendo grandes extensiones de tierra en ciénagas, y cómo Arryn había derribado árboles para hacer un camino entre los pantanos y de ese modo la había acorralado en la fuente donde brotaba de la tierra. Mai había amenazado con convertirlo en piedra, pero Arryn acudió a Lakka, el dios del aire, y este envió una niebla para que Mai no pudiera ver a Arryn, que la cogió por sorpresa y la hizo su esposa. Aun así, le contó Saban, las mañanas de frío se alzaba una niebla desde el río de Mai para recordar a Arryn que si había encontrado la felicidad había sido por medio de malas artes.

—Los hombres se sirven de malas artes —comentó Aureнна.

—Los dioses también.

—No —insistió ella—. Los dioses son puros. —Saban no discutió, pues Aureнна era una diosa y él un simple mortal.

En ocasiones, Saban hablaba mientras se dedicaba a trabajar. Había encontrado en los bosques un tejo del que había cortado una rama, para posteriormente recortar la corteza y la mayor parte de la madera y darle la forma de un hermoso arco largo para sustituir el que Camaban había lanzado al mar. Colocó en los extremos del arco

cuernos acabados en punta, lubricó la madera con grasa de toro y Lewydd le facilitó fibras de ligamento con las que hacer la cuerda. Aureнна, por su parte, se cortó unas hebras de su dorado cabello, que Saban entretejió con las fibras para que la cuerda del arco brillara como la luz del Sol. «Toma —le dijo entre risas—, llevas el cabello de una diosa en el arco. No puedes fallar».

El primer día que utilizó el arco, disparó limpiamente por encima del río una flecha que fue a perderse en lo más profundo de los lejanos bosques. Aureнна intentó probar el arma, pero no tenía fuerza suficiente para tensar la cuerda ni siquiera hasta la mitad de su recorrido. Lewydd consiguió tensarla del todo, pero estaba acostumbrado al arco corto de los extranjeros y la flecha salió girando torpemente para ir a caer al río.

«Cuéntame otra historia», exigió Aureнна a Saban, y le contó la de Keri, la diosa de los bosques, de la que estaba enamorado Fallag, el dios de la piedra; pero Keri lo había desdenado y, a resultas de ello, Fallag había tomado la forma de las hachas que podían cortar los árboles de Keri. Y uno o dos días después, agotadas ya las historias sobre dioses, Saban le habló a Aureнна de Derrewyn y de cómo albergó esperanzas de casarse con ella antes de que Lengar surgiera de la oscuridad y disparase una flecha que le había cambiado la vida. Aureнна escuchó la historia sin apartar la mirada de las aguas del río, que pasaban haciendo cabriolas, y luego volvió la vista hacia él.

—¿Lengar mató a su propio padre?

—Sí.

Aureнна se estremeció y después permaneció un buen rato con el ceño fruncido.

—¿Devolverá Lengar los tesoros? —preguntó, rompiendo el silencio.

—Eso cree Kereval.

—¿Y tú?

A Saban le llevó un rato responder.

—Solo si se le obliga —confesó, al cabo.

Aureнна sintió un escalofrío al oír la respuesta, que a todas luces la había turbado.

—Erek le obligará —aseguró.

—O Scathel.

—Que quiere meterte en el hoyo.

Saban se encogió de hombros.

—Hará algo peor que eso. —Y entonces recordó la suerte que debía correr Aureнна en cuestión de días. De pronto, el corazón le dio un vuelco y no pudo pronunciar palabra. La miró, maravillado ante el brillo de su pelo, el contorno de su mejilla y la dulzura de su pálido rostro, y le asombró su serenidad. Tendría que ir a la hoguera muy pronto, pero se enfrentaba a su destino con una placidez que inquietaba a Saban en la misma medida que lo impresionaba. Al no ser capaz de hallar otra explicación, achacó su calma a la divinidad.

—Hablaré con Erek —le dijo Aureнна en voz queda—, y le convenceré de que

obligue a Lengar a mantener su palabra.

—Lengar dirá que Erek le envió el oro y que tiene derecho a quedárselo.

—Pero quiere un templo, ¿no es así? —preguntó Aureнна.

Saban meneó la cabeza.

—Quien quiere desplazar el templo es Camaban. Lengar me dijo que no cree que se pueda llevar a cabo. Lengar ansia poder. Quiere dominar una gran región y que le rindan pleitesía cientos de personas. Quien sueña con acercar al dios a la Tierra es Camaban, no Lengar.

—De modo que Erek debe matar a Lengar, ¿no es así?

—Ojalá lo hiciera —replicó Saban, tajante.

—Se lo pediré —aseguró Aureнна con voz dulce.

Saban se quedó mirando las aguas. Era mucho más ancho que el río Mai, y allí donde las mareas empujaban la corriente de aquí para allá se formaban oscuros remolinos.

—¿No estás aterrada? —indagó. No tenía intención de formular la pregunta, pero se le escapó de los labios.

—Claro —confesó Aureнна. Era la primera vez que hablaban del matrimonio de la joven y, ahora, también por primera vez, Saban veía lágrimas en sus ojos—. No quiero arrojarme a la hoguera en honor al dios —dijo en un susurro, para que los lanceros no la oyeran—. Todo el mundo dice que es muy rápido. La pira es tan grande y feroz que no hay tiempo para sentir nada aparte del abrazo de Erek, y después estaré en la gloria. Eso es lo que me dicen los sacerdotes, pero a veces me gustaría seguir con vida para presenciar la devolución de los tesoros. —Se interrumpió y ofreció a Saban una triste sonrisa—. Seguir con vida para ver a mis propios hijos.

—¿Ha sobrevivido alguna prometida del Sol? —preguntó Saban.

—Una sobrevivió —respondió Aureнна—. Saltó a través de las llamas y cayó al mar. De algún modo, evitó la muerte y llegó a una cala cerca del acantilado. Así que volvieron a subirla al promontorio y la arrojaron a la hoguera. Pero su muerte fue muy lenta porque, para entonces, el fuego ya había menguado. —Se estremeció—. No tengo elección, Saban. Debo saltar a la hoguera de Erek.

—Podrías... —comenzó Saban.

—¡No! —replicó bruscamente, atajándole antes de que tuviera oportunidad de decir nada más—. ¿Cómo iba a oponerme a los deseos de Erek? ¿En qué me convertiría si huyese? —Frunció el ceño al pensarlo—. Desde el momento en que empecé a pensar por mí misma, supe que estaba destinada a ser alguien especial. No importante, ni rica, sino especial. Los dioses me quieren, Saban, y yo debo querer lo mismo que ellos. A veces me atrevo a pensar que Erek se apiadará de mí y que podré realizar su obra aquí en la Tierra, pero, si me quiere a su lado, seré la persona más dichosa que haya nacido.

Saban se quedó con la mirada fija en la roca sobre la que estaban sentados.

Relucía bajo la luz vespertina como si en la piedra de color verde pálido hubiera atrapados fragmentos de luz de luna, mientras que los puntitos rojos daban la sensación de que en la roca había atrapada sangre. Se acordó de Derrewyn. Pensaba en ella a menudo, y eso le preocupaba porque no sabía cómo reconciliar esos recuerdos con el cariño que profesaba a Aurena. Camaban le había dicho que Derrewyn estaba embarazada y se preguntaba si ya habría dado a luz. Se preguntaba si se habría reconciliado con Lengar. Se preguntaba si recordaría el tiempo que pasaron juntos antes de la muerte de Hengall.

—¿En qué piensas? —preguntó Aurena.

—En nada —aseguró Saban—, en nada.

La tarde siguiente se sumó a los sacerdotes para Ver hasta dónde había llegado la sombra de la piedra en el templo de Aurena. Scathel le escupió y se agachó para comprobar que la sombra aún estaba a dos dedos de la piedra central. A Saban le habría gustado coger un martillo de piedra y arremeter contra el borde del pilar, pero en vez de eso se puso a rezar, aun a sabiendas de que sus oraciones eran en vano. Buscó con la vista algún presagio, pero no encontró nada bueno. Vio un mirlo que alzaba el vuelo y lo consideró un buen augurio, pero un gavián se abalanzó sobre él y surgieron una nube de plumas y una rociada de sangre.

Faltaba un día para el solsticio y el Sol seguía alumbrando con toda su intensidad, aunque los pescadores, que hacían sus ofrendas de musgo marino y laminaria ante el templo de Malkin, juraron que el dios de la tormenta empezaba a inquietarse. Camaban subió a una colina rebosante de polígala y orquídeas moteadas de color carmesí y afirmó haber visto una línea ocre en el horizonte hacia el oeste, aunque amenaza tan distante no causó ni mucho menos el mismo revuelo que el regreso de cinco jóvenes que habían formado parte del grupo de guerreros que acompañaron a Lengar a Ratharryn. Los cinco lanceros habían realizado un largo viaje, atravesando los bosques para eludir tribus hostiles, y para cuando llegaron al asentamiento estaban débiles y cansados.

Esa noche Kereval ordenó organizar un banquete de bienvenida, y cuando los cinco jóvenes guerreros hubieron comido, las gentes de la tribu acudieron a escuchar las noticias. Se reunieron a la entrada de la gran choza de Kereval, junto al hoyo que había cavado Scathel para Saban; los hombres de la tribu se acucillaron cerca de los narradores, mientras las mujeres permanecían de pie un poco más alejadas. Ya estaban al tanto de que Lengar había conseguido arrebatarse Ratharryn a su padre, pero ahora los cinco jóvenes hablaban de todo un año de batallas que se habían librado en las tierras altas entre Ratharryn y Cathallo. Contaron que las huestes de Ratharryn, con los refuerzos del grupo de guerreros de Sarmennyn, habían infligido una serie de derrotas a Cathallo. En las escaramuzas resultaron muertos ocho hombres de Sarmennyn y una veintena quedaron heridos. Algunos hombres de Ratharryn también habían salido mal parados, pero las bajas de Cathallo, según dijeron los jóvenes, fueron innumerables.

—Su gran hechicera había muerto durante el invierno —explicó uno de los guerreros—, y semejante presagio les mermó el ánimo.

—¿Y qué se sabe de Kital, su jefe? —se interesó Saban.

—Kital de Cathallo murió —respondieron los lanceros—. Acabó con él Vakkal en una de las batallas. —Los hombres que escuchaban golpearon la tierra seca con el cabo de la lanza para manifestar su satisfacción al oír que un héroe de Sarmennyn había matado al jefe enemigo—. Su sucesor nos envió abundantes regalos con la esperanza de llegar a un armisticio.

—¿Se aceptaron esos regalos? —quiso saber Kereval.

—A cambio de un asentamiento llamado Maden.

—¿Dónde están esos regalos? —preguntó Scathel.

—La mitad los hemos dejado a buen recaudo —respondió el guerrero—, y los traerán a Sarmennyn.

La tribu manifestó su contento ante la noticia, pero Scathel silenció las muestras de aprobación incorporándose en toda su estatura.

—¿Y qué hay de nuestro oro? —preguntó a los cinco guerreros—. ¿Nos ha hecho llegar Lengar de Ratharryn parte del oro con vosotros?

—No —confesó el líder de los jóvenes—, pero nos lo enseñó.

—Os lo enseñó. Qué amable por su parte. —Scathel hablaba en tono burlón. El sumo sacerdote había hecho honor a la celebración vistiéndose con un gran manto de lana entreverado con cientos de plumas de gaviota, de tal modo que parecía envuelto en tonos blancos y grises. Llevaba el cabello lanudo atado con una tira de cuero en la que había metido más plumas y en torno a su cuello colgaba una cadena de huesecillos—. En Ratharryn tienen expuesto el oro de Ereik —señaló con desdén—. ¿Todo el oro?

Esta última pregunta la había espetado con furia y el tono hizo que cundiera un silencio expectante entre la muchedumbre que escuchaba. Los cinco hombres estaban desconcertados.

—Todo no —confesó su líder instantes después—. Solo había tres de las grandes piezas.

—Y algunas de las pequeñas también habían desaparecido —añadió otro de los guerreros.

—¿Dónde han ido a parar? —inquirió Scathel con furia.

—Hengall se las había dado a alguien —dijo el primer hombre—, antes de que llegáramos.

—¿A quién? —preguntó Kereval, conmocionado.

—A los de Cathallo.

—Derrotasteis a Cathallo, ¿no? —rugió Scathel—. ¿No exigisteis que os devolvieran el oro?

—Aseguran que el oro ha desaparecido —se justificó el joven en tono lastimero.

—¿Que ha desaparecido? —gritó Scathel—. ¿Desaparecido? —Se volvió hacia

Kereval con una furia ciega. El jefe, dijo Scathel, había incurrido en un estúpido exceso de confianza. Había creído las promesas de Lengar, pero parte del precioso oro estaba ya disperso como excrementos de pájaro. ¿Y cuánto más oro repartirían todavía? Ahora toda la muchedumbre estaba de parte de Scathel—. Muy pronto Lengar se creará seguro —afirmó Scathel a voz en cuello—. Ha obligado a su enemigo a suplicar la paz, y de aquí a poco tiempo ya no necesitará de nuestros hombres. Los masacrará y se quedará el oro. ¡Pero nosotros lo tenemos a él! — Señaló a Saban—. En mi mano está que Lengar de Ratharryn pida clemencia a gritos. Le puedo hacer sudar por la noche, retorcerse de dolor, puedo hacer que le salgan llagas en la piel, le puedo cegar. Primero un ojo y luego el otro, más tarde las manos y después los pies, y, antes de arrancarle la vida, privarle de su virilidad. ¿No creéis que Lengar rezará para que las águilas vengan volando a devolvernos nuestro oro, conforme todas esas heridas vayan siendo infligidas en su carne putrefacta?

Los hombres vitorearon su discurso golpeando en el suelo con las lanzas.

Kereval levantó la mano para que se hiciera el silencio.

—¿Prometió Lengar devolvernos el tesoro? —preguntó a los cinco guerreros.

—Dijo que nos lo daría a cambio del templo —respondió su cabecilla.

—¿Habéis escogido ya un templo? —interpeló Kereval a Camaban.

Camaban pareció sorprenderse de que se dirigieran a él, como si no hubiera prestado ninguna atención a la caldeada discusión.

—Estoy seguro de que lo encontraremos —dijo, como si no tuviera mayor importancia.

—Pero si lo encontráis —inquirió Scathel con evidente sarcasmo—, y si conseguís trasladarlo, ¿nos devolverá tu hermano el oro?

Camaban asintió en dirección al sacerdote.

—Ha accedido a ello.

—Ha accedido —repitió Scathel—. Ha accedido. Pero en ningún momento nos dijo que se había deshecho de parte del oro. ¿Qué más nos oculta? ¿Qué más? —Y con esa pregunta, el adusto sacerdote se acuclilló repentinamente y apoyó la cabeza en las manos, dejando que su largo cabello cayera hasta el suelo polvoriento. Gimoteó durante unos instantes, sacudiéndose al parecer de dolor, y el gentío contuvo la respiración, sabedor de que estaba hablando con Erek. Saban lanzó una mirada ansiosa a Camaban, preguntándose por qué su hermano no hacía una exhibición similar, pero Camaban se limitó a lanzar otro bostezo.

Scathel echó atrás la cabeza y aulló hacia el despejado cielo de la tarde. El aullido se convirtió en un gemido no muy distinto de un maullido, y el sacerdote volvió los ojos de forma que solo quedara a la vista la parte blanca.

—El dios habla —anunció con voz áspera—, ¡habla! —Saban se encogió de terror al abrigar fundadas sospechas de cuál era el mensaje que iba a enviar el dios. Volvió a mirar a Camaban, pero este había cogido un gatito perdido y lo espulgaba con toda tranquilidad—. Debemos derramar sangre —aseguró Scathel a voz en grito,

y con esas palabras extendió una mano hacia Saban—. ¡Cogedlo!

Una docena de guerreros saltaron a la rebatiña para sujetar a Saban, que no tuvo tiempo de defenderse. Haragg intentó apartar a algunos de ellos, pero un golpe propinado con el cabo de una lanza le hizo caer. Cagan lanzó un gruñido y se precipitó en apoyo de su padre, con tal energía que hicieron falta seis hombres para echar al suelo al gigante mudo y mantenerlo boca abajo junto al hoyo. Saban forcejeó, pero los lanceros lo sujetaron con fuerza contra la pared de la choza de Kereval. Hicieron caso omiso de las protestas del jefe, porque las noticias recibidas acerca de que había desaparecido parte del oro les habían enfurecido.

El sumo sacerdote se despojó del manto de plumas de gaviota que llevaba sobre los hombros y quedó desnudo.

—Erek —gritó—. Lo que haga a este hombre, házselo a su hermano.

Saban no podía hacer otra cosa que observar a Scathel acercarse a él. Una expresión de triunfo le iluminaba el rostro de triunfo y exaltación, y Saban cayó en la cuenta de que Scathel disfrutaba con aquella crueldad. Camaban no hacía ningún caso de la confrontación, y se dedicó a rascarle la garganta al gatito mientras Scathel cogía un filo de sílex a uno de los sacerdotes.

—Arrebátale el ojo a Lengar —le gritó Scathel al dios, y alargó la mano izquierda para coger a Saban por un mechón de cabello. Los lanceros lo sujetaron con más fuerza y Saban no pudo hacer otra cosa que intentar volver el rostro al ver aproximarse la hoja.

—¡No! —ordenó la voz de Aureнна.

El cuchillo se estremeció como una sombra en el margen del campo de visión de Saban.

—¡No! —volvió a decir Aureнна—. No mientras esté yo viva.

Scathel lanzó un bufido y se volvió hacia ella.

—No mientras esté yo viva —repitió la joven con calma. Se había abierto paso por entre el gentío y ahora miraba a Scathel con todo descaro—. Baja el cuchillo.

—¿Qué te importa este necio? —inquirió Scathel.

—Me cuenta historias —contestó Aureнна. Se quedó mirando a Scathel a los ojos, y Saban, que creía que el sacerdote era alto, vio que la prometida del Sol tenía casi la misma estatura. Se enfrentaba a él en su esplendor blanco y dorado y tenía la espalda erguida y el mismo gesto de aplomo que siempre—. Y cuando me presente ante mi marido —le dijo al sacerdote—, él os enviará una señal acerca del oro.

Scathel hizo un rictus de amargura. Le estaba dando órdenes una joven, pero la joven era una diosa y no tenía otra opción que obedecer; hizo un esfuerzo por humillar la cabeza y retirarse.

—Metedlo en el hoyo —ordenó a dos lanceros.

Sin embargo, Aureнна volvió a intervenir.

—¡No! —se pronunció—. Todavía tiene muchas historias que contarme.

—Debe ir al hoyo —insistió Scathel.

—No hasta que yo me marche —dijo Aureнна, y se quedó mirando a Scathel a los ojos hasta que el sacerdote cedió e hizo señal a los lanceros de que soltaran los brazos a Saban.

Y al día siguiente el pilar en el templo de la prometida del Sol no proyectaba sombra alguna, porque había gruesas nubes hacia el oeste, pero los sacerdotes decidieron que, de todos modos, había llegado la hora. Al amanecer partirían hacia el Templo del Mar y por la tarde enviarían a Aureнна a las llamas.

Esa noche se levantó un viento que arremetía contra las techumbres y sacudía los árboles. Saban yacía sobre su pellejo sumido en la aflicción, y aunque habría jurado que no durmió en absoluto, no oyó a Camaban moverse en lo más profundo de la noche y salir a hurtadillas de la choza.

Camaban fue al templo de Malkin a rezarle al dios del tiempo. Rezó durante largo rato mientras el viento acometía contra la empalizada del asentamiento y coronaba de blanco las pequeñas olas del río. Camaban se humilló ante el dios, besó los pies ennegrecidos del ídolo y regresó a la cabaña de Haragg para abrigarse con un manto de piel de oso. Oyó los ronquidos de Cagan y los gemidos que profería Saban en sueños, y cerró los ojos pensando en el templo en lo alto de las colinas, el Templo de las Sombras: lo vio transportado como por arte de magia a la colina verde junto a Ratharryn, y vio al dios del Sol suspendido sobre la colina, abarcándolo todo en su enormidad resplandeciente; Camaban se echó a llorar porque sabía que en su mano estaba alcanzar la felicidad del mundo si no se lo impedían los necios. Y había muchos necios. Pero él también acabó por dormirse.

Saban fue el primero en despertar al amanecer. Salió a rastras por la puerta de la cabaña y vio que el buen tiempo había tocado a su fin. El viento azotaba las copas de los árboles y nubes de color gris negruzco surcaban el cielo a escasa altura sobre las colinas.

—¿Llueve? —preguntó Camaban.

—No.

—¿Has dormido bien?

—No.

—Yo sí —se jactó Camaban—. De un tirón.

A Saban le indignaba el buen humor de su hermano, de modo que salió al asentamiento donde la tribu recién levantada se preparaba para el día y la noche que tenían por delante. Llevarían sacas de comida y pellejos de agua al Templo del Mar porque la ceremonia iba a durar la mayor parte del día, y una vez que la prometida se hubiera lanzado a las llamas bailarían por el templo hasta que el fuego hubiera menguado lo suficiente para que pudieran recoger los huesos carbonizados de Aureнна y machacarlos hasta convertirlos en polvo.

Kereval, ataviado con un manto de piel de castor y pertrechado de una enorme lanza con punta de bronce pulido, ordenó a sus lanceros que abrieran la puerta del asentamiento. Los guerreros se habían embadurnado los rostros de almagre y atado el

largo cabello con tiras de piel. Hoy no iba a pescar nadie. Hoy prácticamente toda la tribu acudiría al Templo del Mar. Procedentes de todo Sarmennyn, las gentes se reunirían para enviar a la prometida del Sol a su viaje. Haragg observó los preparativos y luego, incapaz de soportar la escena, se alejó bruscamente.

—Ven a cazar conmigo —le dijo a Saban.

—Tu hermano no me lo permitiría —contestó Saban, al tiempo que señalaba con un gesto de cabeza a los lanceros que lo vigilaban, siguiendo las órdenes de Scathel. Hoy Saban iba a convertirse en rehén del sumo sacerdote. Se preguntó por qué no había huido hacia el este por la noche, y supo que había sido a causa de Aureнна. La amaba y no podía abandonarla, aun a sabiendas de que quedándose no podría hacer nada por ayudarla.

Haragg y Cagan cruzaron el río en un largo bote y desaparecieron entre los árboles. Un instante después Scathel salió de la enorme choza de Kereval. El sumo sacerdote llevaba el manto de plumas, que se encrespaba y vibraba al viento. Se había endurecido el cabello con fango rojo y llevaba al cuello una cadena de dientes de monstruo marino. Lucía un cinturón en el que llevaba envainados dos cuchillos. Leckan, el segundo sacerdote de más rango, iba ataviado con una capa hecha de piel humana curtida y los rostros de los dos hombres que habían sido desollados colgaban a su espalda de tal modo que sus largos cabellos iban a rastras. Otros sacerdotes llevaban cornamentas. Salieron danzando de la cabaña y la tribu empezó a mecerse de un lado a otro. Un tambor comenzó a golpear la piel de su instrumento y el movimiento adquirió ritmo, al tiempo que alguien empezaba a cantar. Camaban se sumó a la danza. Llevaba una túnica de piel de ciervo y se había decorado la cara con franjas de hollín.

Scathel señaló a Saban. «Cogedlo», ordenó, y una docena de guerreros pintados de rojo rodearon a Saban con sus lanzas. Lo condujeron al borde del hoyo, pero antes de que lo pudieran lanzar a sus profundidades apareció Aureнна.

Su blanco rostro estaba ojeroso y ensombrecido, pero llevaba el sublime cuerpo cubierto con una túnica de lana recién tejida y el oro renovado brillaba en su pecho y en torno a su cuello. Le habían peinado el cabello de forma que le cayera recto por la espalda, pero el viento se lo levantó de inmediato en su lento caminar hacia los sacerdotes danzantes. No miró a Saban, sino que mantuvo la vista baja, y cuando Scathel la llamó, se volvió sumisa hacia la puerta. El gentío profirió un hondo suspiro y los bailarines se sumaron a la procesión que la llevaría hasta el Templo del Mar.

Scathel hizo un gesto con la cabeza a los lanceros que custodiaban a Saban y dos de ellos le arrancaron el manto de los hombros. Un tercero sacó un cuchillo, le rasgó la túnica de arriba abajo y le arrancó la prenda de un tirón de modo que quedara desnudo. «Salta», le ordenó el lancero.

Saban echó un vistazo en derredor por última vez. Camaban no le miraba y Aureнна había cruzado la entrada. Uno de los impacientes lanceros le amenazó con su arma y, resignado, saltó al hoyo que había de ser su prisión. Era profundo y el

impacto de la caída fue doloroso. Al levantarse comprobó que no podía alcanzar el borde del hoyo. Se colocó el gran entramado de ramas encima de su celda y se fijó con estacas de madera, que clavaron a martillazos en la tierra.

Después solo quedó el suspiro del viento y el retumbar del tambor, que se fue perdiendo a medida que salía la tribu del asentamiento. Uno de los dos lanceros que se habían quedado para vigilar a Saban introdujo un pellejo de agua por entre las ramas y luego se alejó. Saban se acurrucó en una esquina con los brazos en torno a las rodillas y la cabeza enterrada en el antebrazo.

Aurena iba a morir. Él sería torturado, cegado y tullido. Y todo porque el oro había ido a parar a Ratharryn.

* * *

En Ratharryn los sacerdotes también habían decidido que ese día era el del solsticio de verano y, por tanto, conforme se acercaba el atardecer, la tribu encendió hogueras y se preparó para la danza del toro y el salto de las hogueras. Derrewyn permanecía ajena a la exaltación. Se había acurrucado en un rincón de la choza de Lengar, oculta de los hombres por una cortina de cuero. Estaba desnuda. Lengar insistía en ello porque le gustaba humillarla; se refería a ella como la puta de Cathallo. Era la mujer de Lengar, desposada con él a la fuerza en el templo de Slaol, pero en las últimas lunas cualquiera de los amigos de Lengar podía llamar a su choza a Derrewyn y ella se veía obligada a acudir, a menos que quisiera correr el riesgo de llevarse una paliza. Tenía cicatrices en el rostro, los hombros y los brazos allí donde los guerreros borrachos la habían zurrado. Jegar era el que más se había ensañado con ella, pues era de quien más se reía. Se mofaba de todos ellos porque no tenía mejor defensa que esa. Ahora permanecía agazapada junto a la cortina, escuchaba la conversación de los tres hombres y notaba moverse a la criatura dentro de su vientre. Sabía que era hijo de Lengar y estaba convencida de que sería un niño. Nacería dentro de dos o quizá tres lunas. Los hombres se interesaban menos por ella ahora que estaba embarazada, pero, aun así, la insultaban. Sin embargo, ninguno de ellos había detectado la furia que hervía en su interior. Estaban convencidos de que la habían doblegado. Los tres hombres dentro de la choza, Lengar, Jegar y Vakkal, hablaban de Cathallo. Vakkal era el cabecilla guerrero de Sarmennyn que había ayudado a Lengar a alzarse con la jefatura; ahora lucía cicatrices azules como los guerreros de Ratharryn, y también hablaba su idioma. Era uno más de los hombres que tenían permiso para llamar a Derrewyn a su lecho cuando quisieran; el privilegio de los amigos de Lengar. Ahora escuchaba mientras Lengar declaraba que Cathallo estaba a punto para la derrota. La tribu no se había llegado a recuperar de la muerte de Sannas y con ella había desaparecido la magia que, según creía Lengar, protegía a la tribu de Cathallo. De

modo que, a finales del verano, anunció Lengar, Ratharryn volvería a atacar Cathallo, solo que esta vez arrasarían el asentamiento de su enemigo. Derribarían su gran templo, hollarían el Túmulo Sagrado y se mearían en los túmulos funerarios de los ancestros de Cathallo.

—¿Lo oyes, puta? —le espetó Jegar. Derrewyn no respondió—. Mala zorra —la insultó Jegar, y al oír cómo se le trababa la lengua, Derrewyn cayó en la cuenta de que estaba bebiendo el licor de los extranjeros.

—Esta noche —decía Vakkal—, quemarán a la prometida del Sol en Sarmennyn.

—Tal vez deberíamos quemar a Derrewyn —sugirió Jegar.

—Slaol no la querría —señaló Lengar—. Si ofrecemos a Slaol una puta, nos volverá la espalda.

—No se mostrará agradecido —les recordó Vakkal—, si no contemplamos su ocaso esta noche. —Las hogueras ya ardían en los campos de Ratharryn y los hombres toro estaban preparados para bailar entre los postes de madera del templo de Slaol.

—Debemos irnos —anunció Lengar—. ¡Quédate aquí, puta! —le gritó a Derrewyn detrás de la cortina, y dejó a uno de sus jóvenes guerreros para que vigilara los tesoros enterrados en el suelo y ocultos bajos las grandes pilas de hermosas pieles—. Si esa puta te da algún problema —aconsejó Lengar al joven lancero—, dale un buen mamporro.

El lancero se acomodó junto al fuego. Era muy joven, aunque ya poseía dos cicatrices azules en conmemoración de los dos guerreros de Cathallo que había matado en una batalla en las lomas de Maden. Al igual que muchos jóvenes de la tribu, sentía un profundo respeto por Lengar debido a que el nuevo jefe había conseguido que sus lanceros fueran temidos y sus seguidores obtuvieran grandes riquezas. El joven soñaba con tener muchas reses y esposas. Soñaba con una gran cabaña de su propiedad y con que se entonaran canciones heroicas basadas en sus hazañas.

Un ruido le hizo volver la cabeza y vio que Derrewyn se había asomado por un lado de la cortina. Estaba arrodillada, y cuando el guerrero la miró humilló la cabeza en señal de sumisión. Se había peinado el largo cabello y se había puesto un colgante de ámbar al cuello, pero por lo demás estaba desnuda. Mantuvo la mirada baja y emitió un tenue gemido mientras avanzaba a cuatro patas. El lancero desvió instintivamente la vista hacia la puerta para ver si alguien miraba, pero no había nadie. Solo quedaban en Ratharryn los muy ancianos o los enfermos; el resto de la tribu estaba en el templo de Slaol, donde los hombres toro cubrían a las jóvenes en honor al dios del Sol.

El lancero observó acercarse a Derrewyn. La hoguera tornó lívidas las sombras de sus pequeños pechos e iluminó su vientre hinchado. Entonces levantó la vista hacia él y en sus grandes ojos se reflejó una inmensa tristeza. Lanzó un lastimero gemido y continuó avanzando hacia el calor de la hoguera. El guerrero frunció el ceño.

—Vuelve atrás —la instó, nervioso.

—Abrázame —le rogó ella—. Estoy sola. Abrázame.

—Tienes que volver a tu sitio —insistió. Temía que aquel vientre reluciente y henchido reventara si la obligaba por la fuerza a regresar detrás de la cortina.

—Abrázame —repitió ella, y con sumo cuidado le apartó la lanza y le rodeó el cuello con el brazo izquierdo—. Abrázame, por favor.

—No —se resistió él—, no. —Pero la mujer le asustaba demasiado como para apartarla, de modo que le permitió que acercara su rostro al de ella y le olió el cabello—. Debes volver ahí —insistió.

Derrewyn metió la mano derecha entre los muslos, donde tenía escondido el cuchillo con hoja de bronce, y con un fuerte golpe de abajo arriba se lo clavó en pleno estómago al joven lancero, que soltó un grito sofocado con los ojos abiertos de par en par, mientras ella removía el filo en sus entrañas y de un buen tajo atravesaba la franja de músculo bajo sus pulmones hasta llegar al entramado de tubos sanguíneos en torno a su corazón, para notar cómo al joven guerrero se le escapaba la vida a borbollones, que caían sobre sus muñecas y muslos. Intentó apartarla, pero se había quedado sin fuerzas. Derrewyn oyó el gorgoteo que emitía su garganta y vio que se le enturbiaban los ojos, y por primera vez desde el regreso de Lengar fue auténticamente dichosa. Era como si el desasosegado espíritu de Satinas hubiera vuelto para colmarla, y esa idea la hizo quedarse muy quieta; pero entonces el cadáver se desplomó sobre ella con todo su peso, y la joven arrancó el puñal ensangrentado y echó al muerto a un lado de modo que la cabeza cayera sobre el fuego. El cabello, grasiento debido a que se había limpiado los dedos en sus mechones después de comer, chisporroteó y llameó intensamente en la penumbra.

Derrewyn ya estaba al otro lado de la choza. Se acercó al montón de pieles que era el lecho de Lengar, hizo las pieles a un lado y empezó a cavar en el suelo con el filo ensangrentado. Abrió la tierra a tajos y ahondó hasta que el cuchillo chocó contra el cuero, y entonces retiró la tierra con las manos y sacó un zurrón a la luz de la hoguera.

El zurrón contenía uno de los rombos de mayor tamaño de Sarmennyn y dos de los pequeños. Esperaba que todo el oro estuviera allí, pero Lengar debía de haber dividido el tesoro y escondido las demás piezas en otros puntos de la cabaña. Durante un instante se planteó la posibilidad de poner patas arriba toda la choza, remover las pieles y escarbar en el suelo, pero ya había encontrado tres piezas y sin duda tendría más que suficiente.

Se puso una túnica de Lengar, se calzó unos zapatos de cuero y cogió la preciada espada de bronce de Lengar, que colgaba de uno de los postes de la choza. Se hizo con el zurrón que contenía las tres piezas de oro y fue hasta la puerta, donde hizo un alto. Aún no había oscurecido del todo, pero no vio a nadie, de modo que se remangó los pliegues de la túnica y se agachó para salir por debajo del dintel.

Había lanceros de vigilancia en los dos senderos elevados que atravesaban el gran

terraplén de Ratharryn, así que Derrewyn se llegó a la carrera hasta la zanja que había a medio camino entre las entradas. Ese verano había llovido y el fondo de la zanja estaba fangoso, pero se arrastró entre el barro y trepó el enorme terraplén. Avanzó lentamente para confundirse entre las sombras y, o bien los guardias de las entradas no la vieron, o Lahanna velaba por Derrewyn esa noche, porque llegó inadvertida a la cresta del terraplén. Se detuvo allí un instante y volvió la cabeza para ver que el Sol relumbraba con intensidad a través de una ranura en los oscuros nubarrones que tapaban el resto del horizonte hacia el sudoeste. Mientras la tribu bailaba en torno a los postes del templo, a lo lejos, en las tierras más elevadas, el nuevo Templo del Cielo se erguía otra vez vacío.

Lanzó un bufido al Sol como si fuera una gata. Lengar adoraba a Slaol, de modo que Slaol era enemigo de Derrewyn. Se agazapó sobre las calaveras que coronaban el terraplén y escupió contra el Sol, que había teñido todas las nubes amarrotadas de rojo y oro. Entonces, de pronto, se esfumó su esplendor. Y Derrewyn se desvaneció con él. Se deslizó por la ladera exterior del terraplén y por entre los oscuros árboles hasta alcanzar el río, donde viró hacia el norte, y al pasar junto a la isla donde yaciera por vez primera con Saban pensó en él, pero en su recuerdo no había ni rastro de cariño. Había desterrado de sí el cariño junto con la bondad, la risa y la compasión, que habían desaparecido disueltas en sus lágrimas. Se había convertido en la puta de Cathallo y ahora se iba a cobrar la venganza de Cathallo.

Cayó la breve noche del solsticio de verano, y ella continuó camino en dirección al norte.

Después, mucho más tarde, oyó los ladridos de los sabuesos tras sus pasos, pero iba vadeando el río y los perros no pueden seguir un espíritu a través del agua, de modo que Derrewyn se sabía segura. Aún tenía que eludir a los lanceros que guarneían Maden y atravesar los pantanos, pero se sentía llena de confianza y energía porque Lahanna brillaba en las alturas y en su mano tenía parte del preciado poder del dios del Sol, que entregaría a Lahanna.

Había escapado, llevaba en su vientre el hijo de Lengar, y ahora iba a hacer la guerra.

* * *

En Sarmennyn empezó a llover por la tarde. El viento ganaba fuerza, la lluvia caía con mayor intensidad y a través del entramado de ramas Saban alcanzó a ver que el cielo se había tornado de un turbulento color gris moteado de negro. El viento arrancaba ramitas de la techumbre de las chozas y la lluvia empezó a inundar el hoyo.

Cuando resonó el primer trueno, Saban echó la cabeza atrás y lanzó un grito al dios del trueno. Escarbó en los costados del hoyo por los que caía el agua a chorro

hasta que encontró una piedra afilada que utilizó para cavar un apoyo en la tierra. Cavó a tajos un segundo apoyo, un tercero, e intentó servirse de ellos para subir, pero los pies descalzos resbalaban sobre la tierra húmeda y caía una y otra vez contra el agua, cada vez más crecida.

Lloró de impotencia, volvió a encontrar la piedra e intentó agrandar los apoyos. El agua le llegaba ya a los tobillos. La lluvia azotaba el entramado y le caía sobre el rostro, el viento era un constante ulular y el ruido era tan intenso que no oyó astillarse el armazón de ramas cuando lo retiraron de la boca del hoyo. Solo entendió que lo rescataban cuando bajaron hasta su altura un manto empapado y la voz de Haragg le gritó que se agarrara.

Saban distinguió a Haragg y Cagan en la penumbra sobre su cabeza. Se aferró al manto y Cagan lo alzó como si fuera un niño, levantándolo por los aires para sacarlo del hoyo y posarlo desmadejado sobre la hierba. Se quedó allí mismo, empapado y tembloroso, mirando el ojo de la tormenta que había venido del mar para arremeter embravecida contra la costa. Los árboles se mecían bajo la fuerza de la imponente tempestad, mientras brazadas enteras de techumbre eran arrancadas de las chozas y arrastradas hasta más allá del río. No había ni rastro de los hombres que se habían quedado para vigilar a Saban.

—Debemos irnos —anunció Haragg, al tiempo que levantaba a Saban de la hierba, pero Saban se zafó de la mano del mercader. En vez de eso, fue a la choza de Kereval e hizo a un lado la cortina casi con la esperanza de encontrar allí a sus vigilantes, pero la cabaña estaba vacía. Se secó rodando sobre una gruesa piel y se puso una túnica de pellejo de ciervo.

Haragg le siguió al interior de la choza.

—Debemos irnos —repitió.

—¿Adónde?

—Lejos. La locura se ha desbordado. Debemos alejarte de Scathel.

—Esta es la locura de EreK —señaló Saban, mientras se ponía unas botas y un manto y se hacía con una de las lanzas con punta de bronce de Kereval—. Debemos ir al Templo del Mar —le dijo a Haragg.

—¿Para verla morir? —preguntó el mercader.

—Para ver qué señal envía EreK —aclaró Saban, y apartó de su camino la cortina de cuero para salir bajo la estrepitosa lluvia. Uno de los lanceros se encontraba ahora en el centro del asentamiento, donde miraba en el interior del hoyo vacío. Al volverse para alertar a su compañero, vio a Saban y echó a correr hacia él con la lanza en alto.

—Métete en el hoyo —le ordenó, aunque sus palabras se las llevó la furia del viento.

Saban blandió la lanza. El guardia meneó la cabeza como para indicar que no tenía intención de atacar a Saban, sino que solo quería que volviera de buen grado al hoyo de Scathel. En vez de eso, Saban echó a andar hacia la entrada del poblado y el guardia se precipitó a cortarle el paso, pero Saban le apartó la lanza de un golpe. De

pronto, se apoderó de él todo el sufrimiento de las últimas semanas, la indefensión que había sentido al ver que Aurena marchaba tan plácidamente a su muerte, y arremetió contra el guardia meciendo su propia lanza como un hacha, de tal modo que el filo le abrió un corte sesgado en el rostro. Empezó a manar sangre y el viento la dispersó en un surtidor rojizo. Sin dejar de proferir imprecaciones, le hincó la lanza en el vientre y siguió asestándole lanzazos hasta que el guardia cayó de espaldas sobre el barro, y Saban tuvo que apoyar sobre el vientre del guerrero agonizante la bota que llevaba calzada para sacarle el filo.

Entonces echó a correr y Haragg y Cagan le siguieron. Saban no huía por miedo al espíritu del hombre a punto de morir, sino porque el largo día ya tocaba a su fin, aunque supuso que la oscuridad se debía a las nubes de tormenta más que a la puesta de Slaol. Y, a su juicio, aquella era una tormenta como la que había traído el oro a Ratharryn, una tormenta provocada por una guerra entre los dioses. Una fuerte ráfaga de viento hizo tambalear a Saban y casi le arrancó el manto, que batía el aire sujeto a sus hombros como las alas de un monstruoso murciélago. Soltó el nudo que lo sujetaba a su cuello y observó alejarse el cuero aleteando sobre una tierra surcada de torrentes. Continuó su camino bajo la lluvia, prácticamente cegado y ensordecido por el viento.

Llegó a las pendientes que se asomaban al mar y observó sobrecogido cómo el océano intentaba quebrar en pedazos la Tierra. Las desordenadas olas de crestas blancas tenían el tamaño de colinas, y su espuma reventaba contra las rocas y salía disparada contra las negras nubes antes de cernerse hacia el interior empujada por la tormenta. Saban siguió adelante con la cabeza gacha, zaherido por la sal y abofeteado por el viento. El cielo estaba más oscuro que nunca. Haragg y Cagan iban a su lado. Sin duda Slaol no volvería a aparecer esa jornada, y tal vez, pensó Saban, no volviera a asomar nunca. Tal vez había llegado el fin del mundo, y al pensar en ello no pudo menos que lanzar un fuerte grito.

Un relámpago surcó el cielo con un siseo para perderse a lo lejos, en el mar, tornando el mundo entero blanco y negro, y a continuación se oyó el retumbar del trueno en las alturas, y Saban se estremeció temeroso de los dioses. Subía por una pequeña colina y otra descarga mellada se desprendió del cielo en el momento en que alcanzaba la cima, y bajo su cruel resplandor vio el Templo del Mar a sus pies. En un primer momento, le pareció que estaba vacío, pero luego reparó en la muchedumbre que se había dispersado por los campos, donde estaban acurrucados al abrigo de rocas ladeadas. Solo unos cuantos hombres permanecían dentro del círculo del templo y su presencia animó a Saban a continuar. Haragg y Cagan se quedaron en la cresta de la colina, refugiados entre las rocas.

Un mar imponente se desgajaba para sumirse en el olvido a los pies del precipicio, y la espuma salía proyectada por encima del borde del acantilado para empapar las piedras del templo. En la repisa, debajo de la cima del acantilado donde debería haber estado ardiendo una gran hoguera, no había más que jirones de vapor o

humo. Los sacerdotes y los lanceros permanecían agazapados en el círculo de piedra y, conforme Saban fue acercándose, vio el vestido blanco de Aureнна entre ellos.

Seguía con vida.

Algunos lanceros llevaban madera al borde del precipicio y lanzaban los troncos empapados sobre el fuego ya casi apagado. Scathel gritaba erguido, su manto despojado de las plumas por la furia del viento, y si vio la llegada de Saban no reparó en ella. Kereval parecía horrorizado, temeroso de lo que significaba aquel presagio.

Camaban vio a Saban, y fue entonces cuando el joven hechicero comenzó con los rituales. Arrastró a Aureнна hasta el inicio del sendero que desembocaba en la hoguera, y se sacó un cuchillo del cinturón para arrancarle las piezas de oro que había comprado Kereval para sustituir los tesoros perdidos de Erek. Daba la impresión de que Aureнна estaba sumida en un trance. Scathel arrostró el viento para proferir un bramido de protesta contra Camaban, pero este le gritó algo como respuesta y fue Scathel quien se hizo a un lado, y entonces Saban se encontró junto a su hermano.

—Debe ir a las llamas —afirmó Camaban a voz en cuello.

—No hay llamas.

—Debe ir a las llamas, necio —insistió Camaban. Asió el cuello del empapado vestido de Aureнна y le lanzó un tajo con el cuchillo.

Saban sujetó la mano de su hermano para detenerlo, pero Camaban se zafó de él.

—Así es como se hace —aulló Camaban por encima de la furia de la tempestad—. Y debe hacerse como es debido. ¿No lo entiendes? Debe hacerse como es debido.

Y de pronto Saban lo comprendió. Aureнна debía cumplir su cometido y lanzarse al fuego; y si no lo había, no era problema suyo. De modo que Saban se hizo a un lado y observó a su hermano rasgar el largo vestido de Aureнна. La pesada lana aleteó con fuerza al quedar desgarrada, y entonces Camaban tiró del paño empapado y volvió a tirar hasta que cayó a los pies de Aureнна dejándola en carnes vivas.

Estaba desnuda porque así era como acudía una prometida ante su marido, y ya era hora de que Aureнна se presentara ante Slaol. «¡Adelante, adelante!», la instó Camaban a voz en grito. Y Aureнна avanzó, aunque no le resultara fácil, pues los elementos arremetían contra su esbelta figura, pero, como si siguiese en trance, se esforzó por continuar adelante y Camaban fue tras sus pasos, urgiéndola a que continuara mientras los sacerdotes, aterrorizados, contemplaban la escena desde el círculo de piedra del templo.

Algún jirón de humo o vapor seguía asomando por el borde del acantilado para verse reducido a la nada al instante. Saban caminaba a la altura de Aureнна, pero se mantenía al otro lado de las piedras que marcaban el sendero sagrado. El viento incrementó su ferocidad al acercarse la joven al borde. Los pies le resbalaban sobre la hierba mojada y el cabello empapado ondeaba a sus espaldas, pero se encorvó y continuó su avance hacia la tormenta. «¡Adelante! —le gritaba Camaban—. ¡Adelante!».

Al borde del acantilado, Saban vio que quedaban algunas llamas acechando entre

la madera. La pila de troncos había sido enorme y debían haberla encendido al mediodía y alimentado con combustible para que el calor fuera más intenso si cabe, pero el viento, la espuma y la lluvia habían acobardado al fuego, habían arremetido contra él y lo habían reducido a un montón de troncos negros, chamuscados y húmedos, aunque en el centro, en lo más profundo, algunos rescoldos seguían luchando contra la tempestad.

«¡Venga! —gritaba Camaban exultante—. ¡Venga!». Y Saban y Aurena levantaron la cabeza para ver que hacia el sudoeste el horizonte no estaba negro por completo, sino que había una hendidura con una pequeña herida de color rojo. Allí estaba el dios del Sol. Observaba la escena y su sangre se veía reflejada en las nubes. «¡Salta, ahora!», le gritó Camaban a Aurena.

El martillazo de un trueno ensordeció el mundo. Los relámpagos zigzagueaban sobre los acantilados. «¡Salta!», volvió a gritar Camaban, y Aurena profirió un grito aterrorizado, o tal vez triunfal, al lanzarse desde el borde del acantilado para ir a caer entre los restos de la hoguera empapados de lluvia y agua de mar. Trastabilló al entrar en contacto con el suelo, su equilibrio perturbado por la tempestad y los troncos ennegrecidos que se partieron bajo sus pies, y a continuación se precipitó contra la pared del acantilado y Saban vio un último remolino de chispas; de pronto, se extinguió el fuego. Aurena había hecho lo que debía y el dios la había rechazado.

Saban saltó a la repisa. Se quitó la túnica y se la pasó a Aurena por la cabeza. Al parecer, la joven era incapaz de alzar los brazos, de modo que le enfundó la prenda para protegerle el cuerpo de la lluvia. Fue entonces cuando Aurena le miró a los ojos y el joven guerrero la rodeó con sus brazos desnudos y la estrechó con fuerza contra sí, y ella, agotada, rompió a llorar sobre su hombro al borde del mar azotado por la tormenta.

Pero Aurena seguía con vida. Había hecho lo que se esperaba de ella y el infortunio se había cernido sobre Sarmennyn.

* * *

La tempestad empezó a amainar. El mar seguía arremetiendo contra los acantilados para fundirse, convertido en blanca espuma, con el aire cada vez más oscuro, pero la tormenta mermó hasta quedar reducida a meras ráfagas y la lluvia caía fina en vez de volar al sesgo.

Saban ayudó a Aurena a subir al borde del acantilado. Había pasado los brazos por las mangas de la túnica, y ahora se aferraba a él como si estuviera en un sueño. «¡Se ha lanzado!», gritaba Camaban a los sacerdotes.

Haragg había descendido de la colina para sumar su voz a la de Camaban: «¡Se ha lanzado!».

Kereval estaba desolado. Todos sabían que la suerte de la prometida del Sol presagiaba la fortuna de la tribu durante el año venidero, y nadie había visto a una prometida lanzarse al fuego y salir caminando por su propio pie.

Scathel profirió un grito agónico y, empujado por la furia, arrebató la lanza a uno de los guerreros y avanzó hacia Camaban. «Has sido tú —le gritó—. Ha sido obra tuya. Tú has traído la tormenta. Te vieron en el templo de Malkin anoche. Tú has traído la tormenta». Al oír aquello, una docena de guerreros acudieron junto al sumo sacerdote y avanzaron hacia Camaban con expresión asesina.

Saban había dejado caer la lanza para ayudar a Aurena. En ese momento, la joven se aferró a él para que no pudiera hacer nada por ayudar a su hermano, pero Camaban no necesitaba ninguna ayuda.

Se limitó a levantar una mano. Con esa mano sujetaba un rombo de oro; el rombo de gran tamaño que había salido de la cabaña de Sannas.

Scathel se detuvo. Se quedó mirando el fragmento de oro y alzó una mano para que se detuvieran los lanceros.

—¿Quieres que lance el tesoro al mar? —amenazó Camaban. Abrió la otra mano para mostrar once rombos pequeños—. A mí me da igual. —De pronto rompió a reír con carcajadas de lunático—. ¿Qué me importa a mí el oro de Erek? ¿Qué te importa a ti? —preguntó a gritos—. Dejaste que te lo arrebataran, Scathel. Ni siquiera fuiste capaz de proteger tus tesoros. Despídete de él otra vez. Devuélveselo al mar. —Y se volvió para amagar que lanzaba los tesoros al viento, cada vez menos intenso.

—¡No! —suplicó Scathel.

Camaban volvió a mirarle.

—¿Por qué no? Lo perdiste, Scathel. Perdiste el oro de Erek, maldita boñiga reseca de lagarto. Y yo he traído parte del tesoro. —Alzó bien alto los fragmentos de oro—. Soy un hechicero, Scathel de Sarmennyn —afirmó con voz rotunda—. Soy un hechicero y tú no eres digno de la tierra que pisan mis pies. Hice que los espíritus del aire y los espíritus del viento viajaran hasta Cathallo para recuperar este oro, oro que ha regresado a Sarmennyn a pesar de que ibas a quebrantar el acuerdo que tu jefe estableció con mi hermano. Tú, Scathel de Sarmennyn, has desafiado a Erek. Quiere que traslademos su templo y le devolvamos la gloria que le corresponde, y ¿qué hace Scathel de Sarmennyn? Se cruza en el camino del dios como un cerdo baboso ante un ciervo. Te opones a los deseos de Erek. ¿Por qué iba a devolverte el oro que te arrebató Erek? Irá a parar al mar. —Se acercó al borde del acantilado sobre la hoguera consumida y volvió a amagar que lanzaba el oro a las encrespadas olas.

—¡No! —gritó Scathel de nuevo. Miraba el oro como si se tratara del propio Erek. Ahora le caían lágrimas por el rostro desvaído y había asomado a sus ojos una mirada de absoluta admiración. Se hincó de rodillas—. No, por favor —rogó a Camaban.

—¿Trasladarás un templo a Ratharryn? —le preguntó entonces Camaban.

—Trasladaré un templo a Ratharryn —respondió Scathel con humildad, todavía

de rodillas.

Camaban señaló hacia el norte.

—En tu locura, Scathel —dijo—, construiste en las montañas un doble anillo de piedra. Ese es el templo que quiero.

—Entonces, lo tendrás —aseguró Scathel.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó Camaban a Kereval.

—Estamos de acuerdo —convino Kereval.

Camaban seguía sosteniendo en alto el rombo de mayor tamaño.

—Erek ha rechazado a la prometida porque tú rechazaste su voluntad. Erek quiere que su templo se erija en Ratharryn. —Las gentes habían salido de sus refugios y escuchaban a Camaban, que se alzaba alto e imponente al borde del oscuro precipicio donde el viento le revolvía el largo cabello moreno y hacía tabletear los huesos atados a los extremos de sus guedejas—. Nada se hace sin una razón —explicó a voz en cuello—. La pérdida de vuestro oro fue una tragedia, pero una tragedia con significado, y ¿cuál es ese significado? Pues que Erek aumentará su poder. Propagará su luz hasta el centro del mundo. Reclamará a su auténtica prometida, la propia Tierra. Nos traerá vida y dicha, pero solo si cumples sus deseos. Y si trasladáis su templo a Ratharryn, todos vosotros seréis igual que dioses. —Se dejó caer, agotado—. Todos vosotros seréis igual que dioses —repitió.

—Gracias por salvarla —le dijo Saban, que rodeaba a Aurrena con un brazo.

—No digas tonterías —replicó Camaban apesadumbrado. Se adelantó y se hincó de rodillas ante Scathel. Dejó el oro, las doce piezas, sobre la hierba delante de él, y los dos hombres se abrazaron como hermanos que no se viesan desde mucho tiempo atrás. Ambos rompieron a llorar y juraron plegarse a la voluntad del dios del Sol.

Así que Aurrena sobrevivió; Camaban había triunfado y Ratharryn tendría su templo.



CAPÍTULO 11

Scathel no sabía qué hacer con Aureнна: había recorrido el sendero hasta la hoguera y sobrevivido, algo inusitado para una prometida. Mientras que la primera reacción de Scathel fue matarla, Kereval se propuso desposarse con ella, pero Camaban, cuya autoridad no tenía prácticamente rival en Sarmennyn, decidió que debía quedar libre. «Erek le ha permitido seguir con vida —anunció a la tribu—, y eso significa que debe tener un cometido para ella. Si la matamos o la obligamos a casarse, desafiaremos a Erek».

De modo que Aureнна se fue camino del norte, donde vivían sus padres, y se quedó allí a pasar el invierno, pero en primavera regresó al sur con dos de sus hermanos.

Los tres llegaron en una embarcación elaborada con ramas de sauce combadas para formar un concavidad y recubiertas de pieles. Aureнна iba vestida con pieles de ciervo y llevaba el cabello dorado atado en la nuca. Llegó al asentamiento de Kereval a última hora de la tarde, y el Sol poniente iluminó su rostro mientras caminaba por entre las cabañas, donde las gentes se apartaban a su paso. Algunos creían que seguía siendo una diosa, otros estaban convencidos de que el rechazo de Erek la había convertido en un espíritu maligno; sea como fuere, todos temían su poder.

Se agachó a la entrada de la choza de Haragg. Saban era el único que estaba dentro, tallando sílex para obtener puntas de flecha. Le gustaba la tarea porque le producía satisfacción ver salir lascas afiladas de los nudos de piedra amorfa, pero la luz bajo la que trabajaba quedó bloqueada, y levantó la vista irritado. No reconoció a Aureнна, pues no era más que una silueta en contraste con la luz menguante del exterior.

—Haragg no está aquí —dijo.

—He venido a verte a ti —respondió Aureнна, y fue entonces cuando Saban la reconoció, y de pronto notó el corazón demasiado henchido para hablar. Había soñado con volver a verla, pero temía que su sueño no llegaría cumplirse; ahora la tenía ante sí. Ella se agachó para entrar en la choza y tomó asiento delante de él, mientras sus dos hermanos se acuclillaban al otro lado de la puerta—. He rezado a

Erek —continuó en tono grave—, y me ha dicho que te ayude a trasladar el templo. Ese es mi destino.

—¿Tu destino? ¿Trasladar piedras? —Saban estuvo a punto de esbozar una sonrisa.

—Estar contigo —aclaró Aureнна, y le miró inquieta como si creyera que Saban fuera a rechazar su ayuda.

El joven no sabía qué decir.

—¿Estar conmigo? —preguntó nervioso, barruntando a qué se referiría exactamente.

—Si me aceptas —añadió, y se sonrojó, aunque en el interior de la choza no había luz suficiente para que Saban llegara a apreciarlo—. Estuve todo el invierno rezando a Erek —continuó Aureнна con voz tenue—, y le pregunté por qué no me había aceptado y había humillado a toda mi familia. Hablé con nuestro sacerdote y me dio a beber un cuenco de líquido que me provocó un violento sueño en el que Erek me comunicó que voy a ser madre del guardián de su nuevo templo en Ratharryn.

—¿Vas a ser madre? —inquirió Saban, sin atreverse apenas a dar crédito a lo que con tanta calma proponía la doncella.

—Si me aceptas —añadió de nuevo con humildad.

—No he soñado con otra cosa —confesó Saban.

Aureнна sonrió.

—Bien —dijo—, entonces me quedaré contigo, y mis hermanos trasladarán tus piedras. —Le explicó que sus hermanos, Caddan y Makin, estaban acostumbrados a transportar grandes trozos de roca de las accidentadas cimas de las montañas hasta las tierras bajas, donde las familias quebraban los cantos rodados y elaboraban hojas de hacha—. Y según he oído —continuó con toda franqueza—, la tarea de trasladar las piedras no os está resultando nada fácil, ¿verdad?

No era Saban quien estaba teniendo problemas con la tarea, sino Haragg. Kereval había encomendado al mercader el traslado del templo, y el hombretón parecía perplejo ante los problemas concomitantes. Había pasado todo el verano y el otoño anteriores yendo de aquí para allá, entre el templo de Scathel y el asentamiento del jefe, y todavía no había decidido cómo iban a transportarse las piedras o, de hecho, si realmente podían moverse. Se devanaba los sesos, escuchaba las sugerencias y después se sumía en la indecisión. Lewydd y Saban estaban convencidos de haber dado con el método más adecuado, pero Haragg temía aceptar su consejo.

—Puede hacerse —le dijo Saban a Aureнна—, pero solo cuando Haragg decida confiar en Lewydd y en mí.

—Le diré que confíe en vosotros —aseguró Aureнна—, le contaré mi sueño y obedecerá al dios.

El regreso de Aureнна inquietó a los sacerdotes porque temían que el poder de la joven rivalizara con el suyo, de modo que Saban le construyó una choza al otro lado del río, más cerca del mar, donde fueron a vivir él y Aureнна. Las gentes acudían

hasta allí desde todo Sarmennyn, e incluso desde las tierras que bordeaban las fronteras de la región, para que ella les impusiera las manos. Los pescadores traían sus barcos para que los bendijera, y las mujeres yermas acudían para que se les otorgara la bendición de los hijos. Aureнна negaba tener poder alguno, y sin embargo seguían viniendo e incluso algunos fueron construyendo sus propias chozas en torno a la de ella hasta que el lugar acabó por conocerse como el asentamiento de Aureнна. Lewydd, el lancero hijo de un pescador, también se trasladó a vivir allí con su esposa, y los hermanos de Aureнна construyeron sus chozas junto a la de este y tomaron esposa. Haragg y Cagan también acudieron. Haragg presentó sus respetos a Aureнна, y se le quitó un peso de encima cuando la joven le comunicó que Ereк había decretado que Saban y Lewydd trasladarían las piedras del templo. «Mis hermanos desplazarán las piedras montaña abajo —le dijo a Haragg—, Saban construirá embarcaciones para transportar las piedras y Lewydd llevará esas embarcaciones hasta Ratharryn».

Haragg aceptó la palabra de Aureнна y a partir de ese momento se sumó a Clamaban, que viajaba por todo Sarmennyn predicando la visión que había tenido, pues para la tarea de mover las piedras iba a hacer falta la ayuda de la tribu y, por tanto, había que convencer a todos sus miembros. Al principio de los tiempos, sermoneaba Camaban, los dioses habían bailado juntos y las gentes de la Tierra habían vivido bajo su dichosa sombra, pero los hombres y las mujeres empezaron a adorar a la diosa de la Luna y la diosa de la Tierra más que al propio Ereк y, como consecuencia, Ereк puso fin a la danza. Sin embargo, si conseguían traer de regreso a Ereк recuperarían la antigua dicha. No habría más inviernos, ni más enfermedad, ni más huérfanos llorando en la oscuridad. Haragg predicó las mismas creencias y las promesas fueron recibidas con asombro y esperanza. En apenas un año, la terca oposición de la tribu a trasladar un templo se tornó en apoyo entusiasta.

Una cosa era convencer a los súbditos de Kereval de que desplazaran las piedras y otra asegurarse de que Lengar aceptara el templo, de modo que Scathel, que ahora había jurado lealtad a Camaban, fue a Ratharryn en primavera.

—Dile a Lengar que el templo que enviamos es un templo de la guerra —aconsejó Camaban al sumo sacerdote.

—Pero no es así —protestó Scathel.

—Si cree que es un templo de la guerra —le explicó Camaban con flema—, se mostrará mejor dispuesto a aceptarlo. Dile que si cambia el oro por las piedras, sus lanceros se tornarán invencibles. Dile que el trueque lo convertirá en el mayor guerrero de todo el mundo. Dile que los cánticos de sus hazañas resonaran un año tras otro hasta el final de los tiempos.

De modo que Scathel fue a Ratharryn y contó a Lengar esas mentiras, y a Lengar le causó tal sensación el sacerdote alto y desvaído y sus promesas de imbatibilidad que le hizo entrega de media docena más de pequeños rombos, aunque no dijo nada acerca de los que había robado Derrewyn.

Cuando Scathel regresó de Ratharryn, se llevó al hijo de Galeth, Mereth, para ayudar a Saban. Mereth era un año menor que Saban, y había heredado la fuerza y los conocimientos de su padre. Sabía dar forma a la madera, levantar una piedra, alzar el poste de un templo o cincelar el sílex, y todo ello lo hacía con destreza, rapidez y pericia. Al igual que su padre, tenía grandes manos y un corazón generoso, aunque a su llegada a Sarmennyn ese corazón iba apesadumbrado por la noticia de que la madre de Saban había muerto.

Saban la lloró mientras Mereth le relataba cómo habían llevado su cadáver al Pabellón Funerario.

—Rompimos vasijas en su honor en el templo de Lahanna —le contó Mereth—. Lengar quiere derribar el templo.

—¿Quiere destruir el templo de Lahanna? —Saban estaba anonadado.

—Cathallo adora a Lahanna, de modo que Ratharryn ya no puede seguir haciéndolo —le explicó Mereth, y añadió que Derrewyn había replegado a las gentes de Cathallo.

Yeso también era nuevo para Saban. Derrewyn había escapado a Cathallo con una criatura en su vientre. Saban instó a Mereth a que le revelara tantos detalles como pudiese, pero este no sabía mucho más de lo que ya le había dicho. La noticia provocó una satisfacción arrebatadora a Saban, y eso, a su vez, le hizo sentirse culpable por Aureнна.

—Derrewyn ya debe de haber dado a luz a la criatura, ¿no? —indagó.

—No he oído nada —respondió Mereth.

Mientras Mereth y Saban construían narrias y embarcaciones, Caddan y Makin, los hermanos de Aureнна, fueron a la montaña para bajar las piedras del templo de Scathel del valle en las alturas. Utilizaron narrias, cada una del doble de longitud que la altura de un hombre y la mitad de ancha, compuesta por dos sólidos patines de roble sobre los que iban cruzadas vigas de madera. Ese primer año Saban construyó una docena de narrias, y Lewydd las transportó río arriba desde el asentamiento de Aureнна en una embarcación hecha con dos cascos unidos por travesaños de madera. El río serpenteaba por entre los bosques, pasando junto al asentamiento de Kereval para adentrarse en la parte más inhóspita de la región, donde los árboles eran escasos y estaban torcidos por acción del viento, y después dirigirse hacia el norte hasta que dejaba de ser lo bastante profundo para la embarcación de Lewydd; pero, para entonces, ya estaba a la sombra de la montaña, donde se erigía el templo.

Los hermanos de Aureнна necesitaban docenas de hombres para mover las piedras, pero Camaban y Haragg habían concienciado a las gentes de Sarmennyn, y no había escasez de ayudantes. Las mujeres cantaban mientras los hombres arrastraban las narrias montaña arriba. Se retiró la mezcla de guijarros y tierra que mantenían las primeras piedras encajadas en sus fosas y las fueron descolgando sobre las narrias. Los hermanos de Aureнна empezaron por las piedras más pequeñas, pues no hacía falta más de una docena de hombres para levantarlas y dos piedras de ese

tamaño cabían en una sola narria. Una docena de hombres arrastraron la primera narria hasta el inicio de la pendiente del valle. El peso de las piedras venció la narria e hicieron falta treinta hombres no para tirar de ella, sino para evitar que se precipitara desbocada pendiente abajo. Necesitaron toda una jornada para descender la ladera con las dos primeras piedras y otra jornada entera para arrastrar la narria desde las faldas de la montaña hasta la ribera del río. Les llevaría otros dos años trasladar todo el templo colina abajo, y en todo ese tiempo solo una narria se precipitó por la ladera fuera de control, para luego volcar y partirse con tal violencia que el pilar que transportaba acabó hecho mil pedazos. Las piedras de mayor tamaño, esas que hacía falta treinta o cuarenta hombres para levantar, se almacenaban junto al río, encima de sus respectivas narias, mientras los pilares más pequeños, los que podían manejar una docena de hombres, se dejaban sobre la hierba.

Puesto que el templo iba a ir por el río la mayor parte del trayecto y Lewydd era marinero, sería él el encargado de transportar las piedras a Ratharryn. El primer año, después de que hubieran traído las primeras piedras montaña abajo, cargó dos de las más pequeñas en la misma embarcación que había transportado las narias corriente arriba. Destinó una docena de remeros a los dos cascos e inició la travesía río abajo. La embarcación, arrastrada por la corriente, iba a buen ritmo, y Lewydd se confió lo bastante como para llevar las piedras hasta donde el cauce del río se ensanchaba al ir a morir al mar. Quería descubrir cómo respondía la embarcación con olas más fuertes, pero en cuanto las verdes aguas del mar arremetieron contra las proas, el peso de las piedras hizo que los cascos se separaran y la embarcación se partió en dos y se hundieron los dos pilares. Haragg se lamentó a voz en cuello, convencido de que la tarea se estaba realizando mal, pero Camaban aseguró a los hombres que miraban desde los acantilados que Dilan, el dios del mar, se había cobrado su tarifa y ya no se perderían más piedras. Se sacrificó un ternero en la playa dejando que su sangre corriera hasta el agua, y poco después se avistaron tres marsopas frente a la costa, indicio que llevó a Scathel declarar que Dilan había aceptado el sacrificio.

—Tres cascos, no dos —aconsejó Lewydd a Saban. Lewydd y su tripulación habían alcanzado la orilla sin novedad, y el joven marinero decidió que no había sido Dilan quien provocó el hundimiento de las piedras, sino lo desacertado de la embarcación—. Quiero que cada embarcación tenga tres cascos —explicó—, uno junto al otro. Y quiero diez embarcaciones; más, si encontráis árboles.

—Treinta cascos —exclamó Saban, preguntándose si habría árboles suficientes en los despoblados bosques de Sarmennyn para construirlos. Había sopesado la posibilidad de utilizar embarcaciones que ya tenía la tribu, pero Camaban insistió en que los barcos debían ser nuevos y dedicarse únicamente a la gloria de Erek. Una vez transportadas las piedras al este, se quemarían.

Ese verano fue a la hoguera la nueva prometida de Slaol y murió en una llamarada de gloria. Las gentes de Sarmennyn no habían visto nunca a Erek tan rojo, tan henchido y majestuoso como la noche del solsticio de ese verano, y la prometida

murió sin proferir un solo grito. Aureнна no fue al Templo del Mar para la ceremonia, sino que se quedó en su choza. Estaba embarazada.

La criatura nació a principios del año siguiente. Era un chico y Aureнна lo llamó Leir, que significa «El que fue salvado», y lo llamó así porque ella se había salvado de las llamas.

—Lo cierto es que nunca creí que fuera a morir —le confesó Aureнна a Saban, una tarde de invierno tras el nacimiento de Leir. Estaban sentados en su piedra, la roca verdosa con motas rosadas en la orilla del río cerca de su cabaña, y compartían una piel de oso para protegerse del frío.

—Yo estaba convencido de que morirías —admitió Saban.

Ella esbozó una sonrisa.

—Acostumbraba a rezar a Ereк todos los días, y, de algún modo, tenía el convencimiento de que me permitiría seguir con vida.

—¿Por qué?

Meneó la cabeza casi como si la pregunta de Saban no tuviera mayor importancia.

—Sencillamente, lo tenía —aseguró—, aunque apenas si me permitía a mí misma a creerlo. Como es natural, quería ser su prometida —añadió precipitadamente, con el ceño fruncido—, pero también quería servirle. Cuando era diosa tuve sueños, y en esos sueños Ereк me dijo que se acercaba la hora del cambio. Que los tiempos de su soledad estaban tocando a su fin.

A Saban le incomodaba que le hablara de que había sido diosa. No estaba seguro de creerla, pero también era cierto, se decía a sí mismo, que no había crecido en Sarmennyn, y por tanto no estaba acostumbrado a la noción de que una chica pudiera convertirse en diosa y mucho menos de que ese cambio pudiera revertirse.

—Recé para que sobrevivieras.

—Aún tengo esos sueños —aseguró Aureнна, haciendo caso omiso de sus palabras—. Creo que me cuentan el futuro, solo que es como mirar a través de la niebla. Es igual que como tú me contaste que viste el templo de Scathel por primera vez, como una forma entre la niebla, y así es como son mis sueños, pero creo que se irán aclarando. —Se interrumpió—. Espero que se aclaren —continuó—, pero al menos sigo oyendo la voz de Ereк en mi cabeza, y a veces creo que estoy casada con él, que tal vez soy la prometida que dejó en la Tierra para hacer su voluntad.

—¿Para trasladar el templo? —preguntó Saban, repentinamente celoso de Ereк.

—Para poner fin al invierno —aseguró Aureнна—, y para acabar con el sufrimiento. Por eso vino tu hermano a Sarmennyn y por eso te salvó de Lengar. Tú y yo, Saban, somos siervos de Ereк.

Ese invierno, Saban y Mereth recorrieron los bosques al sur de Sarmennyn y dieron con los robles y olmos más rectos y altos, más altos incluso que los postes más elevados de los templos de Ratharryn. Apoyaron la frente contra los troncos suplicando el perdón de los espíritus de los árboles y luego los talaron, cortaron las ramas y con una reata de bueyes arrastraron los troncos hasta el asentamiento de

Aurena. Allí dieron forma de cascos con doble proa a los imponentes árboles. Primero labraron la parte exterior de los cascos para después dar la vuelta a los troncos y vaciarlos con azuelas de sílex, piedra o bronce. Una docena de hombres trabajaban en la ribera del río, cantando sin dar descanso a los filos de sus hachas y sembrando el suelo de astillas de madera. A Saban le encantaba el trabajo, porque estaba acostumbrado a la talla y disfrutaba al ver tomar forma a la suave madera de color dorado con vetas blancas. Aurena y las demás mujeres trabajaban cerca, entonando cánticos mientras cortaban en tiras las pieles que se utilizarían para sujetar los travesaños a los cascos y las piedras a los travesaños. Aquellos fueron días felices para Saban. Lo habían aceptado como cabecilla del asentamiento de Aurena, y todo el mundo trabajaba con un objetivo común y disfrutaba al ver cómo progresaba su obra. Corrían buenos tiempos, rebosantes de alegría y trabajo honrado.

Cuando estuvieron terminados los tres primeros cascos, Lewydd talló un ojo en cada proa para que el dios que protegía los barcos se mantuviera ojo avizor ante tormentas y rocas, y luego hizo que colocaran los tres botes uno junto a otro. Cada embarcación tenía la longitud de tres hombres, y la anchura de los tres barcos juntos equivalía a la mitad de la longitud de los cascos, que Saban unió con dos grandes travesaños de roble, más o menos del grosor de la cintura de un guerrero. Rebajaron los travesaños con sílex y bronce y encajaron la mitad inferior de cada uno de ellos en hendiduras practicadas en las regatas de los tres cascos. Una vez estuvieron insertados los travesaños en los cascos, los ataron firmemente con largas tiras de piel. Aquel primer barco era algo monstruoso, y los pescadores sacudieron la cabeza y comentaron que no flotaría, pero no fue así. Veinte hombres lo empujaron ribera abajo hasta el fango cuando la marea estaba baja, y al subir otra vez la marea levantó sin dificultad el triple casco. Pusieron al barco el nombre de Molot, que significaba «monstruo», y Lewydd estaba convencido de que soportaría el peso de la piedra más grande sin sucumbir a la malevolencia del mar.

Camaban viajó hasta Ratharryn a finales del invierno y regresó a Sarmennyn justo en el momento en que se terminaba la construcción del Molot. Quedó admirado ante la enorme embarcación, echó un vistazo a los demás cascos que se estaban ultimando y se acuclilló a la salida de la choza de Saban para transmitirle noticias de su hogar. Lengar, le dijo, ostentaba más poder que nunca, pero Melak de Drewenna había muerto y se habían disputado la jefatura el hijo de Melak y un guerrero llamado Stakis. Había salido victorioso Stakis.

—Yeso no nos beneficia en absoluto —aseguró Camaban. Aceptó un cuenco de gachas que le ofrecía Aurena y asintió en ademán de agradecimiento.

—¿Qué tiene de malo ese Stakis? —preguntó Saban.

—Nuestras piedras deben pasar flotando por las aguas que surcan su territorio —le explicó Camaban—, y es posible que no se muestre amistoso. No obstante, ha accedido a recibirnos.

—¿Recibirnos?

—A todos nosotros —respondió Camaban vagamente, haciendo un gesto con la mano que podría haber abarcado todo el mundo—. Una reunión de las tribus. Nosotros, Ratharryn y Drewenna. Una luna antes del solsticio de verano. El problema es —se interrumpió para coger un puñado de gachas—, el problema —continuó con la boca llena—, es que a Stakis no le cae nada bien Lengar. No se lo echo en cara. Nuestro hermano tiene que tener ocupados a sus lanceros, de modo que ha estado realizando incursiones para robar el ganado de Drewenna.

—¿No lucha contra Cathallo?

—Continuamente, solo que se esconden tras sus pantanos y su nuevo jefe es un buen guerrero. Es uno de los hijos de Kital: Rallin.

—El primo de Derrewyn —señaló Saban al recordar el nombre.

—El cachorro de Derrewyn, más bien —replicó Camaban en tono vengativo—. Se llama a sí misma hechicera y vive en la antigua choza de Sannas, donde invoca a Lahanna entre gimoteos. Rallin no osa ni mear sin su permiso. Es raro —hizo un alto para comer más gachas—, lo mucho que a la tribu de Cathallo le gusta ser gobernada por una mujer, ¿verdad? Primero Sannas y ahora Derrewyn. Una hechicera, nada menos. Remueve la tierra en busca de hierbas y lanza amenazas. Eso no es hechicería.

—¿Dio a luz al hijo de Lengar? —preguntó Saban. De pronto recordó una cara morena enmarcada por una mata de cabello oscuro, recordó el rostro risueño de Derrewyn, y después ese mismo rostro llorando y gritando. Lo recorrió un escalofrío.

—El niño murió —respondió Camaban sin darle mayor importancia, y lanzó un bufido—. ¿Qué clase de hechicera es incapaz de mantener con vida a su propio hijo? —Dejó el cuenco vacío—. Lengar quiere que lleves a Aurena a la reunión de las tribus.

—¿Por qué?

—Porque le dije que es hermosa —contestó Camaban—, razón más que suficiente para dejarla aquí.

—Lengar no sería capaz de ponerle un dedo encima —aseguró Saban.

—Se hace con toda mujer que se le antoja —replicó Camaban—, y nadie se atreve a plantarle cara por miedo a sus lanceros. Nuestro hermano, Saban, es un tirano.

Kereval, Scathel, Haragg, Camaban y una docena de ancianos y sacerdotes acudieron a la reunión de las tribus. Hicieron falta siete embarcaciones para transportar a la delegación, y Saban fue con Lewydd en un barco de pesca impulsado por ocho remeros. El tiempo se anunciaba tempestuoso y la mar se presentaba crecida, pero eso no preocupaba a Lewydd. «Dilan velará por nosotros», prometió a Saban, que se enfrentaba a su primer viaje por mar a carta cabal con cierto nerviosismo.

La flota partió un alba de verano, remando río abajo hasta que alcanzaron el mar, donde esperaron al socaire de un promontorio.

—Las mareas —anunció Lewydd, como justificación de la pausa.

—¿Qué ocurre con ellas?

—Las mareas no solo suben y bajan, sino que son como vientos en el agua. Fluyen arriba y abajo por la costa, pero, a diferencia de los vientos, se ciñen a un ritmo. Iremos hacia el este con el viento acuático y cuando se vuelva contra nosotros descansaremos hasta que vuelva a sernos propicio.

Lewydd había sacrificado un cochinillo en el templo de Malkin y untado con la sangre del animal la proa del bote, y ahora lanzó el cadáver del animal por la borda. Las tripulaciones de las otras seis embarcaciones hicieron lo propio.

Cuando cambió la marea, Saban no se dio cuenta, pero Lewydd mostró su satisfacción y sus ocho remeros lanzaron un grito y llevaron la embarcación mar adentro. Se alejaron un buen trecho de la costa antes de virar hacia el este. Ahora que tenían el viento a sus espaldas, Lewydd ordenó izar una vela hecha con dos pieles de buey colgadas de una pequeña verga suspendida de la punta de un achaparrado mástil, y, una vez que el viento hubo henchido el cuero, a Saban le pareció que la embarcación volaba, a pesar de que las olas seguían siendo más rápidas. Los imponentes mares se levantaban tras ellos y Saban temía que fueran a arrollar el barco, pero entonces se alzaba la popa, los remeros redoblaban sus esfuerzos, y durante un instante aterrador la ola hacia avanzar la embarcación con una furiosa embestida antes de que la cresta pasara por debajo del casco y el barco volviera a caer al seno de las aguas y la vela restallara como un látigo. Las demás tripulaciones se mantenían a su altura, y remaban con tal fuerza que la espuma salía disparada hacia las alturas. Entonaban cánticos mientras remaban, rivalizando tanto en la música como en la velocidad, aunque en ocasiones los cantos se interrumpían mientras los tripulantes achicaban agua de las embarcaciones con conchas marinas.

A última hora de la mañana, los siete botes viraron hacia la costa. La marea, explicó Lewydd, estaba cambiando, y aunque con los remos y la vela aún podían sobreponerse a la fuerza de la corriente, su avance sería mínimo en comparación con el esfuerzo, de modo que buscaron refugio en una pequeña bahía. No desembarcaron, sino que se limitaron a fondear sirviéndose de una pesada piedra a la que se había practicado un agujero y que permanecía unida a la embarcación por un largo cabo de tiras de piel entrelazadas. Las siete embarcaciones pasaron la tarde en el refugio natural. La mayoría de los hombres de las tripulaciones se echaron a dormir, pero Saban permaneció despierto y vio aparecer en los acantilados de la pequeña ensenada hombres con lanzas y arcos que se quedaron mirando los barcos, pero no hicieron ningún intento de entrometerse.

Las tripulaciones despertaron bien entrada ya la tarde y se alimentaron con pescado desecado y agua. Luego levaron las piedras del lecho marino, izaron las velas y volvieron a hundir los remos en el mar. Slaol se puso en un resplandor rojo surcado de nubes veteadas, y todo el encrespado mar a sus espaldas estuvo brillando impregnado del mortecino matiz sanguinolento hasta que desapareció el último rastro

de color, el gris dio paso al negro y se encontraron navegando en plena noche. Al principio no había Luna, y la Tierra se veía oscura, pero daba la impresión de que el cielo nunca había albergado tantas estrellas. Lewydd mostró a Saban cómo iba siguiendo una estrella en el grupo que los extranjeros llamaban el Becerro de la Luna y las gentes de Ratharryn conocían como el Venado. La estrella surcaba el cielo, pero Lewydd, al igual que todos los pescadores, conocía su trayecto, del mismo modo que reconocía los oscuros contornos de las bajas colinas en la costa norte que, para Saban, no eran más que meros borrones. Más tarde, cuando Saban despertó del sopor en que se había sumido, vio que había tierra a ambos lados porque el inmenso mar se estaba estrechando. Había salido una Luna casi llena y Saban vio otras embarcaciones a los dos costados en cuyos remos se reflejaba rítmicamente la luz de Lahanna.

Volvió a dormirse y no despertó hasta el amanecer. Los remeros impulsaban sus botes hacia el Sol naciente. A ambos lados había grandes extensiones de fango reluciente y las gentes caminaban sobre los pliegues del fango y contemplaban las embarcaciones.

—Están pescando marisco —dijo Lewydd, y levantó la lanza porque de la orilla sur habían salido una docena de embarcaciones.

—Muéstrales tu arco —dijo Lewydd, y Saban enseñó el arma obedientemente. Todos los hombres en las embarcaciones de Sarmennyn blandieron lanzas o arcos y los botes de los desconocidos se apartaron de su rumbo.

—Probablemente no son más que pescadores —supuso Lewydd.

El mar se estrechó entre las amplias planicies de fango sobre las que complejas trampas de pesca, trenzadas con cientos de ramitas, constituían oscuros entramados. Saban, que miraba por la borda, vio estremecerse el lecho marino.

—Anguilas —le explicó Lewydd—, no son más que anguilas. Son muy sabrosas. —Pero no había tiempo para pescar porque la marea ya estaba cambiando, y los remeros cantaban a voz en cuello, mientras impulsaban las embarcaciones hacia la desembocadura de un río que iba a morir al mar entre las relucientes riberas. Lewydd dijo que era el río Sul, el mismo nombre que se le daba en Ratharryn. Multitud de pájaros alzaron el vuelo de las orillas fangosas como protesta ante la intrusión de los botes, y el cielo se llenó de alas blancas y chillidos estridentes.

Aguardaron a que cambiara la marea otra vez y luego dejaron que los adentrara en el río Sul. Esa noche durmieron en tierra, y a la mañana siguiente, libres ya del influjo de la marea, remaron corriente arriba pasando por debajo de enormes árboles que a veces se arqueaban sobre sus cabezas para dar lugar a un túnel verde.

—Esta es la tierra de Drewenna —anunció Lewydd.

—¿Has estado aquí alguna vez?

—Cuando iba a la caza de vuestros jóvenes en sus pruebas —respondió Lewydd con una mueca socarrona.

—Quizá te vi —aventuró Saban—, pero tú no me viste a mí.

—O tal vez te vimos —repuso Lewydd—, y decidimos que no merecía la pena

atrapar a un redrojo como tú. —Se echó a reír y sacó por la borda el asta de la lanza para comprobar la profundidad del río—. Este es el camino que seguiremos para llevar las piedras —dijo.

—¿Solo tres días de viaje? —preguntó Saban, contento de que el viaje hubiera sido tan corto.

—Con las piedras nos costará mucho más —le previno Lewydd—. Su peso hará que las embarcaciones vayan más lentas y tendremos que esperar a que haga buen tiempo. Seis días, tal vez siete. Y más para transportar las piedras río arriba. Tendremos suerte si conseguimos hacer un viaje al año.

—¿Solo uno?

—Si no queremos morir de hambre —replicó Lewydd, refiriéndose a que los remeros no podían abandonar sus tareas de pescadores o granjeros durante mucho tiempo—. Tal vez, en un buen año, podamos realizar dos viajes. —Utilizó el asta de la lanza no para medir la profundidad, sino para impulsar la embarcación. Ahora los siete barcos se enfrentaban a la intensa corriente del río y la mayor parte de las tripulaciones habían dejado los remos y estaban de pie sirviéndose de la lanza del mismo modo que Lewydd. De vez en cuando, alcanzaban a ver entre los árboles campos de trigo y cebada, o pastos con vacas. Los cerdos hozaban en la ribera del río, donde las garzas anidaban en las copas de los árboles. Los martines pescadores salían de ambas riberas en un zumbido resplandeciente.

—¿Y desde aquí a Ratharryn? —se planteó Lewydd—. No sé cuánto nos llevará.

Explicó que seguirían el Sul hasta que no hubiera profundidad suficiente para las embarcaciones, y, a partir de allí, habría que llevar las piedras a la orilla y arrastrarlas sobre narrias hasta otro río, quizás a un día de camino. Ese río desembocaba en el Mai, y una vez en sus aguas las embarcaciones podrían ir corriente arriba hasta llegar a Ratharryn.

—¿Más narrias? —preguntó Saban.

—Las construirán las gentes de Ratharryn. O las de Drewenna —aseguró Lewydd. Esa era la razón de que el jefe de Drewenna hubiera convocado la reunión de tribus. Las piedras debían pasar a través de sus tierras y la operación iba a requerir su ayuda. Sin duda, Stakis querría una buena recompensa por ordenar que sus lanceros permitieran el paso de los mojones sin ningún percance.

El río se iba estrechando bajo el verdor de los árboles, y ahora cada una de las embarcaciones llevaba una rama frondosa en la proa para demostrar que los hombres de Sarmennyn venían en son de paz, y, aun así, los pocos que los veían se escondían y emprendían la huida.

—¿Has estado en Sul? —le preguntó Saban a Lewydd.

—Nunca —respondió este—, aunque algunas veces realizamos incursiones en sus inmediaciones. —Explicó que el asentamiento de Sul era muy grande y estaba muy bien protegido, y por este motivo las algaras de Sarmennyn siempre se mantenían alejadas.

El asentamiento era famoso por ser la morada de una diosa, Sul, que extraía agua caliente del suelo, y, por tanto, habían dado su nombre al río que serpenteaba por la hendidura entre las rocas donde burbujeaba su maravilloso manantial. Drewenna gobernaba el asentamiento y lo protegía con ferocidad, pues Sul atraía docenas de personas en busca de curación y los suplicantes debían traer regalos si querían tener acceso a las aguas. Saban había oído muchas historias acerca de Sul; su madre le había contado que antaño había sido la guarida de un monstruo, una bestia inmensa, más grande que un uro, con la piel dura como el hueso, un enorme cuerno en la frente y tremendas pezuñas más pesadas que piedras. Cualquiera que quisiese llegar hasta el agua caliente tenía que eludir al monstruo, y nadie lo conseguía, ni siquiera el gran héroe Yassana, que era hijo de Slaol y de cuyas entrañas habían salido las gentes de Ratharryn, pero Sul entonó una nana y el monstruo apoyó su imponente cabeza en el regazo de la diosa, que entonces le había vertido un líquido en el oído, pero al convertirse la bestia en piedra la había atrapado. El monstruo y la diosa seguían allí, y por la noche, había relatado la madre de Saban, se oía su triste nana procedente de las rocas de las que fluía el agua caliente.

El famoso asentamiento se erigía en la ribera norte del río. Corriente abajo, talados los bosques que antaño cubrieran el fértil valle, se prolongaban los campos. En la orilla había varadas una docena de embarcaciones, y algo más allá Saban vio columnas de humo que se alzaban de las techumbres de paja. Las colinas se levantaban no muy lejos a ambos lados. Las laderas eran pronunciadas, pero tenían un aspecto verde y frondoso comparadas con las pendientes de Sarmennyn estregadas por el viento.

Las gentes de Sul habían oído que llegaban embarcaciones por el río, y un grupo de bailarinas aguardaba en la orilla para dar la bienvenida a Kereval y sus hombres. El sacerdote, que iba desnudo y blandía un enorme hueso curvado, la costilla de un monstruo marino, se puso a cuatro patas sobre el fango, olisqueó el aire en busca de peligro y dio tres vueltas antes de declarar que el lugar no revestía peligro.

Stakis, un joven guerrero cubierto de cicatrices que era el nuevo jefe de Drewenna, recibió a los extranjeros, y Saban se vio en la obligación de traducir las retóricas saluciones. Stakis abrazó a Saban y aseguró que le alegraba conocer al hermano del poderoso Lengar, aunque Saban notó que su placer era una pose. De hecho, se rumoreaba que Stakis se había hecho con la jefatura de Drewenna únicamente porque se le creía lo bastante fuerte como para resistir a las insistentes exigencias de Ratharryn, mientras que el hijo de Melak, que confiaba en suceder a su padre, se había mostrado irresoluto. Lengar no había llegado todavía, aunque un jirón de humo en el cielo despejado sobre las colinas del este era indicio de que su partida había sido avistada.

Las bailarinas acompañaron a los visitantes de Sarmennyn a unas nuevas chozas erigidas especialmente para la reunión de las tribus, y más allá de las cabañas, en los pastos al norte del asentamiento, había un tropel de refugios para las gentes que

habían acudido a presenciar la reunión. Había malabaristas entre la muchedumbre y gente que había domado fieras salvajes: lobos, martas y un oseño. Un oso de mayor tamaño, un macho grande y viejo con la piel surcada por cicatrices y las garras del color de la madera quemada, estaba encerrado en una jaula de troncos, y Stakis prometió que cuando llegaran los hombres de Lengar se celebraría un combate entre el oso y sus mejores perros. Una veintena de esclavas esperaban en las chozas. «Son vuestras. Disfrutadlas», anunció Stakis.

Lengar llegó esa tarde. Los tambores anunciaron su arribada y todo el gentío se desplazó hacia el este para dar la bienvenida a su procesión. A la cabeza iban seis bailarinas, todas desnudas de cintura para arriba, que barrían la tierra con ramas de fresno. Las seguía una docena de sacerdotes con la piel emblanquecida de creta y la cabeza coronada por una cornamenta. Neel, a quien Saban recordaba como el sacerdote más joven de Ratharryn, lucía ahora la cornamenta más vistosa como señal de que era el sumo sacerdote.

Detrás de los sacerdotes venía un grupo de guerreros, y fueron esos hombres los que provocaron la admiración de la muchedumbre, pues, a pesar del calor del día, llevaban mantos de piel de zorro y altos gorros de esa misma piel adornados con plumas de cisne. Portaban lanzas con punta de bronce y espadas del mismo material, y todos tenían un aspecto similar, cosa que les daba una apariencia extraña y formidable. Entre ellos iban los señores de la guerra de Ratharryn, sus caudillos de batalla, encabezados por su renombrado jefe. Lengar estaba más corpulento y llevaba una poblada barba, lo que le hacía guardar un gran parecido con su padre, pero la mirada de sus ojos con cuernos tatuados era igual de penetrante y taimada que siempre. Llevaba la túnica de cuero sobre la que relumbraban unas placas de bronce y se había tocado la cabeza con un yelmo de bronce del que Saban no había visto igual. Esbozó una sonrisa furtiva al ver a Saban y se fue a saludar a Stakis. Las bailarinas de Drewenna rodearon a los recién llegados, levantando una pequeña nube de polvillo con sus pies. Detrás de los guerreros iba un grupo de esclavos, algunos con pesados sacos a la espalda que Saban supuso debían ir cargados de regalos para Stakis.

Lengar se llegó hasta Saban cuando las saluciones hubieron concluido.

—Hermanito —le dijo—, ya no eres un esclavo.

—No ha sido gracias a ti —replicó Saban. No había abrazado ni besado a su hermano; ni siquiera le había ofrecido la mano, pero, al parecer, Lengar no esperaba un recibimiento cariñoso.

—Si estás vivo, Saban, es gracias a mí —le espetó Lengar, y se encogió de hombros—. Pero ahora podemos ser amigos. ¿Está aquí tu mujer?

—No podía viajar.

Lengar entornó los ojos amarillentos.

—¿Cómo es eso?

—Está embarazada —mintió Saban.

—Y qué. Si pierde un cachorro tendrías el placer de hacerle otro —se mofó

Lengar—. He oído que es preciosa.

—Eso dicen los hombres.

—Deberías haberla traído. Eso te ordené, ¿no es así? ¿Has olvidado acaso que soy tu jefe? —Se le iba encrespando el ánimo, pero meneó la cabeza como para controlarlo—. Tu mujer puede esperar a otra ocasión —aseguró, y dio una palmada al tatuaje azul que llevaba Saban en su pecho desnudo—. ¿Nada más que una cicatriz, hermanito? Y solo un hijo, según tengo entendido. Yo he reconocido a siete, pero hay muchos más por ahí. —Cogió a Saban por la túnica y lo condujo hacia las chozas levantadas aparte para las gentes de Ratharryn—. Ese templo —le preguntó en voz queda—, ¿es de veras un templo de la guerra?

—Es el gran templo de la guerra de Sarmennyn —le aseguró Saban—. Su templo secreto.

Lengar se mostró impresionado.

—¿Y nos traerá la victoria?

—Te convertirá en el señor de la guerra más grande de todos los tiempos —afirmó Saban.

Lengar parecía satisfecho.

—¿Y qué harán las gentes de Sarmennyn si me llevo su templo y me quedo con su oro?

—Es posible que no hagan nada —contestó Saban—, pero Slaol te castigará.

—¿Me castigará? —Se ofendió Lengar, y dio un paso atrás—. Pareces Camaban. ¿Dónde está?

—Ha ido a echar un vistazo al santuario de la diosa. —Saban señaló con un gesto de cabeza hacia la alta empalizada de madera que rodeaba el asentamiento y vio que Jegar se acercaba.

A Saban le asombró cómo el odio se volvía a apoderar de él al ver a Jegar y, por un instante, toda la aflicción que le había provocado la suerte de Derrewyn, y que ya creía olvidada, lo engulló. Debió reflejarse en su rostro, porque a Lengar lo alegró su reacción.

—Te acuerdas de Jegar, ¿verdad, hermanito? —le preguntó.

—Me acuerdo de él —contestó Saban, mirando a los ojos a su enemigo. Jegar se había enriquecido, pues iba ataviado con un elegante manto de piel de nutria, en torno a su cuello colgaba una cadena de oro y lucía una docena de anillos de oro en los dedos, pero, según advirtió Saban, los dedos de su mano derecha seguían retorcidos en un nudo inútil. Llevaba el cabello veteado de ocre y la barba trenzada.

—¿Solo una cicatriz de muerte, Saban? —se mofó Jegar.

—Podría tener otra si quisiera —respondió Saban en tono desafiante.

—¡Otra! —Jegar fingió estar impresionado, y a continuación se deshizo del manto de nutria para mostrar el pecho cubierto de tatuajes. Cada cicatriz azul era una hilera de puntos practicados en la piel con un martillo y un peine de hueso—. Todas y cada una de estas cicatrices son el espíritu de un hombre —se jactó Jegar—. Y cada

punto de cada una de las cicatrices es una mujer tumbada de espaldas. —Puso el dedo sobre una marca azul—. Esta mujer la recuerdo bien porque se resistió y gritó. —Miró a Saban con malicia—. ¿Te acuerdas de ella? —Saban permaneció callado y Jegar sonrió—. Y después, mientras lloraba, me prometió que la vengarías.

—Mantengo las promesas que se hacen en mi nombre —aseguró Saban con frialdad.

Jegar se echó a reír a carcajadas, y Lengar propinó un pequeño puñetazo a Saban en el pecho.

—Deja a Jegar en paz —le previno—. Mañana hablará por mí. —Hizo un gesto en dirección al amplio espacio despejado y marcado por un círculo de finos postes de madera donde se celebrarían las negociaciones entre las tres tribus.

—¿No vas a hablar por ti mismo? —preguntó Saban, sorprendido.

—Me han dicho que ronda un uro por los bosques al norte de aquí —comentó Lengar con despreocupación—, y tengo previsto darle caza. Jegar ya sabe qué decir a Stakis.

—Stakis se sentirá insultado —protestó Saban.

—Muy bien. Él representa a Drewenna y yo a Ratharryn. Se merece ese insulto. —Lengar empezó a alejarse y luego se volvió—. Siento que no trajeras a tu mujer, Saban. Me habría gustado descubrir si es tan hermosa como dice todo el mundo.

—Sin duda lo es —replicó Jegar, desafiando a Saban—. La última era hermosa. ¿Sabías que ahora es hechicera en Cathallo? Lanza maldiciones contra nosotros, pero, como ves, seguimos con vida. Y vivimos muy bien. —Hizo una pausa—. Tengo ganas de conocer a tu mujer, Saban. —Esbozó una sonrisa y se fue tras los pasos de Lengar, ambos riendo a carcajadas.

El oso mató siete perros y después murió. Tres hombres resultaron asesinados en peleas causadas por el fuerte licor que Stakis había repartido, y los sacerdotes, temerosos de que se crearan odios de sangre, mataron a sus asesinos. Luego cayó la noche y Lahanna vio desde un cielo rebotante de estrellas cómo, uno tras otro, todos los guerreros borrachos caían dormidos y la paz se cernía sobre el valle.

* * *

Camaban no asistió a la reunión de las tribus. En vez de eso se retiró con Neel, el nuevo sumo sacerdote de Ratharryn, y le dio instrucciones acerca de cómo debía llevarse a cabo la construcción del templo. Camaban había traído astillas de madera a las que Saban había dado forma para que representaran las piedras, y las hincó en el suelo para construir el doble anillo de piedras con el pasillo de entrada orientado hacia el lugar por donde salía el Sol en el solsticio de verano.

—En Sarmennyn las puertas del Sol estaban de cara a poniente —explicó

Camaban—, pero en Ratharryn deben mirar hacia su lugar de salida.

—¿Por qué? —indagó Neel.

—Porque queremos dar al bienvenida al Sol, no despedirlo.

Neel se quedó mirando las astillas de madera.

—¿Por qué no vienes y lo construyes por nosotros? —le preguntó con petulancia. No estaba a gusto con Camaban porque lo recordaba de cuando era un niño tullido, patético y mugriento, y Neel no era capaz de reconciliar aquel recuerdo con el hechicero tan seguro de sí mismo que ahora le daba órdenes—. No soy constructor —se quejó.

—Eres una sabandija —le reprendió Camaban—, que le cuenta a mi hermano lo que quiere oír en vez de lo que de verdad dicen los dioses, pero, si haces lo que te diga, quizá los dioses se avengan a soportar tu hedor. ¿Por qué habría de ir a Ratharryn? Cuentas con constructores suficientes sin necesidad de hacerme perder el tiempo. —Camaban quería visitar las tierras allende el mar del oeste porque había oído que sus sacerdotes y hechiceros sabían cosas que aún no habían sido reveladas a las gentes del continente, y le aburría lo indecible el aspecto práctico de trasladar o levantar piedras—. No será muy difícil construirlo —aseguró, y enseñó a Neel cómo se colocaban las piedras según su altura: las más altas a las puertas del Sol y las de menor tamaño en el lado opuesto. A continuación, sacó una bolsita de cuero que contenía una larga tira de tendón—. Cuídalo bien —le advirtió.

—¿Qué es?

—La medida del templo. Fija el tendón en el centro del Viejo Templo y traza un círculo con el otro extremo. Ese círculo señala el borde externo del círculo de piedra exterior. El anillo interior está un paso en dirección hacia el centro.

Neel asintió.

—¿Qué hacemos con el templo que hay ahora?

—Dejadlo —respondió Camaban sin darle mayor importancia—. No hace ningún daño.

A continuación instó a Neel a repetir todas sus instrucciones y luego a repetirlas una vez más porque quería tener la seguridad de que el nuevo templo se construiría exactamente igual que en el valle suspendido entre las montañas en Sarmennyn.

Mientras Camaban y Neel hablaban se reunieron las tres tribus. Lengar, tal como había prometido, se fue a cazar y llevó consigo una docena de hombres, unos cuantos esclavos y una veintena de perros, de modo que fue Jegar, pertrechado con su grueso manto de piel de nutria a pesar del calor del día, quien encabezó la comitiva de los hombres de Ratharryn hasta el lugar de encuentro.

Se realizó un intercambio de regalos. No es de extrañar que Stakis se mostrara generoso con sus invitados, pues tenía intención de pedir un alto precio por el privilegio de permitir el paso de las piedras de Sarmennyn por su territorio. Agasajó a Kereval con vellones, pieles, puntas de sílex, vasijas y una bolsa de precioso ámbar. Le entregó peines, broches y un hermoso hacha con una hoja de piedra verdosa

pulida, y a cambio recibió un caparazón de tortuga, dos hachas de bronce, ocho vasijas de licor decoradas y un collar de dientes afilados provenientes de una extraña criatura marina.

Stakis hizo entrega a Jegar exactamente de los mismos regalos que había ofrecido a Kereval, y si le ofendió que fuera Jegar quien los recibía en vez de Lengar, disimuló su ira. Una vez hechas sus ofrendas, y después de que Jegar hubiera pronunciado un retórico discurso de agradecimiento, Stakis volvió a tomar asiento en la parte sur del círculo y dos guerreros de Ratharryn llevaron los regalos de Lengar al nuevo jefe de Drewenna. Trajeron las ofrendas en un zarzo de ramas de sauce cubierto con una piel y lo posaron delante de Stakis, para después retirar la piel y mostrar toda una cesta llena de puntas de lanza de bronce. Después llevaron un segundo zarzo sobre el que, al ser descubierto, se vio que reposaban una espada de bronce, un manojo de flechas y más de una docena de hachas de piedra. Los hombres que presenciaban la entrega quedaron impresionados, pues los regalos de Lengar sobrepasaban las expectativas de cualquiera, pero aún no se había hecho entrega de todos los obsequios: los dos guerreros llevaban ahora un tercer zarzo sobre el que resultó haber seis hachas de bronce, dos cuernos de uro y un montón de pellejos de tejón y pieles de lobo. Stakis quedó encantado, sobre todo con el más grande de los cuernos de uro, que cogió en su regazo y observó con los ojos como platos mientras sacaban de las chozas de Lengar un cuarto zarzo, el más pesado de todos. Sin embargo, este último lo posaron en el suelo delante de Jegar y dejaron en su sitio la piel que lo cubría, dando a entender que el último presente solo se entregaría cuando Stakis ofreciera lo que quería Ratharryn.

A Saban le pareció que, para ser un hombre reacio a hacer regalos, su hermano se había mostrado notablemente generoso. Scathel, por una vez, estaba satisfecho; de hecho estaba radiante, porque, ¿cómo iba ahora el nuevo jefe de Drewenna a poner impedimentos al paso de las piedras? Y cuanto antes estuvieran las piedras en Ratharryn, antes regresaría el oro de Erek a Sarmennyn. Sin embargo, Stakis, a pesar de estar agradecido por los obsequios de Lengar, quería más. Quería contar con la ayuda de Ratharryn para dar caza al hombre que había sido su rival a la hora de hacerse con la jefatura de Drewenna. Se decía que el hijo de Melak era un proscrito oculto en los bosques, pero que se había llevado con él más de medio centenar de guerreros, y esos hombres realizaban constantes incursiones en los territorios de Stakis.

—Traedme la cabeza de Kellan en una cesta —propuso Stakis—, y podréis atravesar mis tierras con todas las piedras de Sarmennyn.

Haragg se acercó a Jegar y le instó a que aceptara la oferta, pero Jegar no las tenía todas consigo. Quería saber dónde estaba Kellan, exactamente cuántos hombres tenía y cuáles eran sus armas. Y cómo era que Stakis no podía dar caza a su rival.

Stakis explicó que lo había intentado, pero Kellan se replegaba una y otra vez hacia el sur de Ratharryn.

—Si vuestros hombres vienen hacia el oeste —aseguró—, y los míos van hacia el este, lo atraparemos.

Parecía una propuesta bastante sencilla, y sin embargo Jegar no lo veía claro. ¿Cómo podía estar seguro Stakis de que Kellan no había ido hacia el sur y luego hacia el oeste hasta la tribu de Duran? ¿Había hablado Stakis con el jefe de Duran?

—Claro —respondió Stakis—, y no ha visto a Kellan.

—Nosotros tampoco le hemos visto —aseguró Jegar—. Podríamos buscarle, pero si un hombre no quiere que lo encuentren, los bosques pueden ocultarlo indefinidamente. Mi amigo Saban —ofreció entonces una sonrisa burlona—, quiere trasladar las piedras pronto. Quizá pueda traer algunas este mismo verano. Pero si ha de esperar mientras registramos cada árbol y zarandeamos cada arbusto, las piedras no llegarán nunca. Además, es posible que Kellan haya muerto.

—Está vivo —aseguró Stakis—. Pero a mí me basta con que accedáis a dar caza a Kellan —cedió—. Prométemelo, Jegar, y permitiré que las piedras pasen por mi territorio.

—¿Sin ninguna otra retribución? —preguntó Jegar, sin dar una respuesta en firme acerca del asunto de Kellan.

—Un hombre debe ser retribuido por el paso de mercancías a través de sus tierras —le recordó Stakis, volviéndose hacia los emisarios de Sarmennyn—. Por cada piedra que entre en Drewenna debéis pagarme una pieza de bronce lo bastante grande como para hacer una punta de lanza, y por cada diez piedras me pagaréis otra punta de lanza.

—Te daremos una punta de lanza de bronce por cada diez piedras —ofreció Saban. No tenía derecho a hablar en nombre de Kereval, pero estaba seguro de que el precio de Stakis era exorbitante. Tradujo sus palabras al jefe de Sarmennyn, que asintió a modo de aprobación.

—¿Cuántas piedras hay? —preguntó Stakis.

—Diez veces siete —respondió Saban—, y dos.

Se oyó un grito sofocado proferido por los hombres de Drewenna. Habían supuesto que tal vez Sarmennyn fuera a hacer entrega de dos o tres docenas de piedras, pero no de más del doble de esa cantidad.

—Quiero una punta de lanza de bronce por cada piedra —insistió Stakis.

—Déjame que hable con Kereval —dijo Saban, que se inclinó hacia el jefe y pasó a hablar en la lengua de los extranjeros—. Pide demasiado.

—Le daré diez puntas de lanza —se plantó Kereval—, ni una más. —Desvió la mirada hacia los regalos al otro lado del círculo—. Ya tiene una cesta de puntas de lanza. ¿Es que quiere armar a todos sus hombres con lanzas de metal?

—Por cada diez piedras —propuso Saban a Stakis—, te daremos una punta de lanza. Eso es todo.

Jegar presenciaba el toma y daca con regocijo. Antes de que Stakis tuviera oportunidad de responder a la oferta de Saban, resonó un cuerno en las colinas

boscosas al norte del lugar donde se celebraba la reunión. Stakis frunció el ceño al oírlo, pero Jegar sonrió con toda calma.

—Lengar está de caza —explicó.

—No hay uros tan cerca de Sul —aseguró Stakis, mirando hacia los árboles.

—Quizá se ha visto obligado a huir hasta aquí —sugirió Jegar—, del mismo modo que quieres obligar a Kellan a huir hacia tus puntas de lanza de bronce.

—¿Estáis dispuestos a hacerlo? —inquirió Stakis con creciente impaciencia.

Justo en ese momento resonó el cuerno por segunda vez, y Jegar se inclinó hacia delante y retiró la cobertura de piel del cuarto zarzo. Este no contenía regalos, sino armas. Los hombres siempre acudían a las reuniones desarmados, pero en ese momento los guerreros de Ratharryn se precipitaron a recoger lanzas y arcos, y de pronto un horda de lanceros salió a la carrera de entre los árboles y las primeras flechas surcaron el aire sobre sus cabezas para ir a caer entre los hombres de Stakis.

—¡Atrás! —le gritó Jegar a Saban—. Regresad a vuestras chozas. No tenemos ninguna pendencia con Sarmennyn. —Se había despojado de su manto y Saban vio que blandía una espada de bronce con la mano tullida. La llevaba sujeta con tiras de cuero, lo que explicaba que hubiera permanecido toda la reunión arropado con el grueso manto de piel de nutria bajo el que escondía el arma—. ¡Atrás! —repitió.

Lengar no había salido de caza en absoluto, sino que había ido al encuentro del resto de sus lanceros en los bosques al norte de Sul, y ahora atacaba a los hombres desarmados de Drewenna, y con él iba Kellan y sus guerreros renegados. Stakis había sido traicionado, engañado y sorprendido, y ahora iba a morir.

Saban se precipitó hacia las cabañas junto con el resto de los guerreros desarmados de Sarmennyn. Cogió el arco y un carcaj lleno de flechas, pero Kereval le agarró por el brazo.

—Esta lucha no nos concierne —le previno el jefe.

No fue una lucha en absoluto, sino una matanza. Algunos hombres de Stakis habían huido hacia el río, donde intentaban botar unas embarcaciones, pero un grupo de arqueros de Lengar se cebaron con ellos desde un punto más elevado de la ribera y solo dejaron de disparar flechas cuando los lanceros de Ratharryn llegaron al río y acabaron con los pocos supervivientes. Los perros aullaban, las mujeres gritaban y los agonizantes lanzaban gemidos. El propio Stakis, con la mayoría de sus seguidores, había huido hacia el asentamiento de Sul con Jegar y Lengar tras sus pasos. Unos cuantos hombres de Drewenna, muy pocos, se precipitaron en dirección a sus atacantes y consiguieron escurrirse entre los grupos de agresores para alcanzar la arboleda. Cuando Lengar vio que escapaban, ordenó a Jegar que les diera caza. Lengar se encaramó de un salto a la cima de la empalizada que rodeaba el asentamiento y pasó ágilmente al otro lado. Un torrente de sus lanceros intentaron seguirle, y entonces a alguien se le ocurrió abrir la empalizada con un hacha y un número todavía mayor de hombres ensancharon la abertura y se desplegaron por entre las chozas con techado de paja que bordeaban el río sagrado. Kellan y sus

hombres se sumaron a la matanza en el interior de la cerca astillada.

Los hombres de Sarmennyn miraban inquietos desde sus chozas, donde Camaban se habían sumado a ellos.

—Eso es cosa de Lengar —dijo—, no nuestra. Lengar no tiene ningún asunto pendiente con Sarmennyn.

—Es una vergüenza —exclamó Saban, furioso. Oía las invocaciones a sus dioses de los hombres agonizantes, veía mujeres llorar sobre los muertos y las aguas del río teñidas por regueros de sangre. Algunos de los atacantes danzaban jubilosos mientras otros permanecían de guardia junto a los regalos que Jegar había hecho a Stakis con ánimo traicionero—. Es una vergüenza —repitió Saban.

—Si tus gentes rompen una tregua —comentó Scathel en tono desdeñoso—, no es asunto nuestro, aunque nos beneficia. Sin duda, Kellan nos permitirá atravesar sus tierras con nuestras piedras sin pagar tributo alguno.

Jegar se había perdido entre los árboles con una docena de lanceros en pos de los últimos fugitivos de Drewenna. Saban recordó la promesa que había hecho Derrewyn en su nombre y también sus juramentos de venganza, así que decidió tomar una lanza.

—¿Qué haces? —le espetó Lewydd, y cuando Saban intentó apartarse, Lewydd lo cogió por el brazo—. Esta lucha no te concierne —insistió Lewydd.

—Sí me concierne —afirmó Saban.

—No conviene enzarzarse en peleas con lobos —le advirtió Camaban.

—He hecho una promesa —dijo Saban, y apartó la mano a Lewydd para echar a correr hacia los bosques. Lewydd cogió su propia lanza y le siguió.

Entre los árboles yacían cadáveres y hombres agonizantes. Al igual que todos los que habían asistido a la reunión de las tribus, los guerreros de Stakis iban ataviados con todas sus galas y ahora los hombres de Jegar les estaban despojando de collares, amuletos y ropas. Levantaron la vista sobresaltados al ver aparecer a Saban y Lewydd, pero la mayor parte conocían a Saban y nadie temía a Lewydd, pues el extranjero con tatuajes grises no era su enemigo aquella jornada.

Saban subió la colina en busca de Jegar y, al oír un grito a su derecha, corrió entre los árboles para ver a su enemigo lanzar tajos con su espada a un hombre agonizante. Jegar llevaba la espada atada a la mano tullida, pero aun así la blandía con una fuerza sobrecogedora.

—¡Jegar! —gritó Saban, alzando la lanza. Le habría sido más fácil lanzar una flecha desde la dorada cuerda de su arco, pero eso habría sido una cobardía—. ¡Jegar! —volvió a gritar.

Jegar se volvió con los ojos encendidos de exaltación, y al ver la lanza de caza que Saban tenía en su mano cayó en la cuenta de que no era un aliado, sino un enemigo. En un primer momento pareció sorprendido, y luego se echó a reír. Se inclinó, recogió su pesada lanza de guerra y se irguió para enfrentarse a Saban con ambas armas.

—He matado a sesenta y tres hombres —se jactó—, y algunos tenían más cicatrices de muerte que yo.

—Yo he matado a dos, hasta donde sé —replicó Saban—, pero ahora serán tres. Sesenta y tres espíritus estarán en deuda conmigo en el más allá y Derrewyn me lo agradecerá.

—Derrewyn —repitió Jegar con desdén—. Vaya puta. ¿Morirías por una puta? —De pronto se abalanzó contra Saban, arremetió contra él con la lanza y profirió una carcajada al ver que Saban se apartaba torpemente—. Vete a casa, Saban —le aconsejó Jegar, bajando la punta de su lanza—. ¿Cómo iba a enorgullecerme de matar a un novillo castrado como tú?

Saban le amenazó con la lanza, pero el guerrero le apartó la punta con un gesto de desprecio. Jegar volvió a carcajearse, casi con indiferencia; Saban le apartó la lanza de un golpe, y al ver que la espada se le echaba encima desde el otro lado tuvo que dar un salto atrás para zafarse de la rápida acometida. Entonces volvió a arremeter contra él la lanza, y luego la espada, y se vio retrocediendo desesperadamente a través del manto de hojas, hipnotizado por los filos relucientes que con tanta destreza y seguridad manejaba Jegar. La lucha era la vida de Jegar y se entrenaba con armas todos los días, de modo que había aprendido mucho tiempo atrás a compensar la desventaja que suponía su mano tullida. Jegar volvió a acometerle con la lanza y luego, de pronto, interrumpió su hostigamiento para menear la cabeza de un lado a otro.

—No merece la pena matarte —se mofó. Algunos de sus hombres se habían acercado colina arriba para ver la lucha y Jegar les indicó con un gesto que se marcharan—. Esto es entre él y yo —les dijo—, pero ya ha acabado.

—No ha acabado —le contradijo Saban, y acometió con la lanza para retirarla en cuanto Jegar hizo amago de eludirla; luego volvió a atacarle con ella, esta vez con su garganta como objetivo, pero Jegar se hizo a un lado y desvió el arma con la espada.

—¿De veras quieres morir, Saban? —le preguntó Jegar—. Porque no lo vas a conseguir. Si te enfrentas a mí, no voy a matarte, sino que voy a obligarte a caer arrodillado ante mí y te voy a mear encima, tal como ya hice una vez.

—Seré yo quien mee sobre tu cadáver —le amenazó Saban.

—Necio —replicó Jegar. A la velocidad de una serpiente, lanzó un embate con la punta de la lanza que hizo retroceder a Saban, y luego volvió a arremeter contra él. Saban se subió de un salto a una roca para quedar por encima de Jegar, pero el guerrero le lanzó un tajo a las piernas con la espada y le obligó a subir más arriba todavía. Jegar se echó a reír cuando vio el miedo reflejado en el rostro de Saban, dio un paso adelante para ensartarlo en su lanza y entonces fue alcanzado por Slaol.

El haz de luz cayó por entre una miríada de hojas verdes mecidas por el viento. Fue un lanzazo de luz que se deslizó entre las ramas para ir a parar a los ojos de Jegar y deslumbrarlo. El destello solo duro un instante, pero Jegar vaciló y volvió la cara, y en ese momento Saban saltó de la roca y hundió la lanza en la garganta de Jegar.

Lanzó un grito mientras lo hacía, y ese grito era por el tormento que había sufrido Derrewyn y por su propia victoria, así como por el júbilo que sintió al ver brotar la sangre de su enemigo a lustrosos borbotones.

Jegar se desplomó. Había dejado caer la lanza y se cogía la garganta allí donde su respiración burbujeaba mezclada con sangre oscura. Le recorrió un espasmo, subió las rodillas hasta el vientre y se le pusieron los ojos en blanco mientras Saban hacía girar la hoja de bronce una vez y luego otra, provocando que cayera más sangre sobre las hojas. Sacó la lanza de la herida, y Jegar le miró con incredulidad. Saban hundió la hoja en el vientre de su enemigo.

Jegar se estremeció y luego quedó inmóvil. Saban, con los ojos abiertos de par en par y falto de aliento, se quedó mirando a su enemigo sin apenas atreverse a creer que Jegar estaba muerto. Se había creído superado por su contrincante, y así había sido, pero entonces había intervenido Slaol. Sacó la lanza del cadáver y se volvió para mirar a los conmocionados guerreros de Ratharryn.

—Id a decirle a Legar que Derrewyn ha sido vengada —les encomendó—, y escupió sobre el cadáver de Jegar.

Los hombres de Jegar se alejaron y Saban se agachó para desatar las tiras de cuero que sujetaban la espada a la mano inerte del guerrero.

—¿Cuánto te quedarás en Sul? —le preguntó a Lewydd, que había permanecido cerca de Saban durante la breve contienda.

—No mucho —respondió Lewydd—. Debemos estar de regreso para el solsticio de verano. ¿Por qué lo preguntas?

—Regresaré aquí dentro de cuatro días —dijo Saban—, e iré a Sarmennyn contigo. Espérame.

—Cuatro días —repitió Lewydd, y sintió un escalofrío al ver lo que hacía Saban—. ¿Adónde vas? —indagó.

—Regresaré dentro de cuatro días —insistió Saban, y no quiso decirle nada más. Después recogió su carga y se fue caminando colina arriba.

La matanza de Sul había tocado a su fin.



CAPÍTULO 12

Saban estaba cansado, hambriento y dolorido. Había caminado durante la mayor parte de una noche y un día, primero rumbo al este, hacia Sul, y después siguiendo un hollado sendero de mercaderes que llevaba hacia el norte a través de unos bosques interminables. Ahora, la segunda tarde tras su partida de Sul, subía por una colina de suave pendiente cuyos árboles habían sido talados, aunque hacía ya tiempo que el helecho había ocupado el lugar de las cosechas que crecieran sobre aquella ladera. No había cerdos, el único animal que comía helechos, ni ningún otro ser vivo a la vista. Incluso el aire de aquella tarde cálida y opresiva se había despoblado de aves, y cuando se detuvo a aguzar el oído no oyó nada, ni siquiera el viento entre los helechos, y supo que así era como debía haber sido el mundo antes de que los dioses crearan a los animales y al hombre. Las nubes, amoratadas y henchidas en torno al Sol en lontananza, ensombrecían toda la tierra tras él.

Saban había dejado a Lewydd el arco, el carcaj y la lanza, y solo llevaba consigo la túnica de Jegar manchada de sangre con su pesada carga. Estaba sucio y llevaba el pelo lacio. Desde que saliera de Sul había estado preguntándose por qué realizaba aquel viaje y no había dado con ninguna buena respuesta, aparte de los dictados del instinto y el deber. Tenía una deuda y la vida estaba llena de deudas que debían saldarse para que el destino se mostrara favorable. Todo el mundo lo sabía. Si a un pescador se le concedía una buena pesca, debía ofrecer algo a los dioses como compensación. Si una cosecha era abundante, había que sacrificar parte de ella. Un favor engendraba otro favor y una maldición era tan peligrosa para la persona que la pronunciaba como para la persona contra la que iba dirigida. Todo lo bueno y lo malo del mundo estaba equilibrado, y por eso las gentes prestaban tanta atención a los presagios; aunque ciertos hombres, como Lengar, hacían caso omiso del desequilibrio. Se limitaban a acumular mal sobre mal y como consecuencia desafiaban a los dioses, pero Saban no podía permitirse ser tan inconsciente. Le preocupaba que una parte de su vida estuviera descompensada, y por tanto había recorrido aquel largo camino hasta la colina cubierta de helechos donde nada se movía ni nada emitía sonido alguno. Había un bosque en la cima de la colina y le

arredró la posibilidad de adentrarse entre sus sombras cada vez más oscuras a medida que se cernía la noche. Su miedo se acrecentó al acercarse a los árboles, porque allí donde empezaba el bosque se erguían dos postes de escaso grosor con cabezas humanas, uno a cada lado del sendero como si fueran guardianes.

Ya no eran más que meras calaveras porque los pájaros habían arrancado a picotazos los ojos y la carne, aunque en una de ellas todavía quedaban restos de cabello unidos a un cráneo amarillento. Las cuencas de los ojos proyectaban una ominosa advertencia colina abajo. Da media vuelta, decían las cuencas, da media vuelta y vete.

Saban siguió adelante.

Entonaba un cántico mientras caminaba. Le quedaba poco aliento para cantar, pero no quería que una flecha saliera de entre las hojas con un silbido, de modo que era mejor anunciar su presencia a los lanceros que vigilaban aquel territorio. Cantaba la historia de Dickel, el dios de la ardilla. Era un cántico infantil con una animada melodía que narraba cómo Dickel quiso engañar al zorro para que le diera su fuerte mandíbula y sus afilados dientes, pero el zorro se había vuelto en el momento en que Dickel lanzaba su encantamiento y la ardilla solo consiguió la cola roja y espesa del zorro. «Cola inquieta, cola inquieta», cantaba Saban, recordando a su madre cantarle las mismas palabras a él; y entonces oyó un ruido a su espalda, una pisada entre las hojas, y se detuvo.

—¿Quién eres, cola inquieta? —preguntó una voz burlona.

—Soy Saban, hijo de Hengall —respondió. Oyó que el hombre a sus espaldas contenía la respiración y supo que estaba sopesando la posibilidad de darle muerte. Había anunciado que era hermano de Lengar, lo que en aquellas tierras era razón suficiente para condenarlo, de modo que, al tiempo que levantaba el bulto cubierto de sangre coagulada que llevaba en la mano, dijo—: Traigo un regalo.

—¿Un regalo para quién? —se interesó el hombre.

—Para tu hechicera.

—Si no le agrada el regalo —le previno el hombre—, te matará.

—Si no le agrada este regalo —contestó Saban—, merezco la muerte.

Se volvió para ver que no se trataba de un hombre, sino de tres, todos con cicatrices de muerte en el pecho, todos pertrechados con arcos y lanzas, y todos con la expresión amarga y recelosa de quien libra una batalla interminable pero la libra con apasionamiento. Vigilaban una frontera protegida por las calaveras, y Saban se preguntó si todo el territorio de Cathallo estaba rodeado por las cabezas de sus enemigos.

Los hombres vacilaron y Saban comprendió que aún se veían tentados de matarle, pero iba desarmado y no mostraba temor, de modo que, a regañadientes, le dejaron vivir. Dos guerreros lo acompañaron rumbo al este mientras el tercero se adelantaba para anunciar la llegada de un intruso. Los dos hombres apremiaron a Saban, pues la noche ya se les echaba encima, pero el crepúsculo estival era largo y aún quedaba una

tenue luz en el cielo cuando llegaron a Cathallo.

Rallin, el nuevo jefe, esperaba a Saban a la salida del asentamiento. Una docena de guerreros permanecían a su lado, mientras que toda la tribu se había reunido a sus espaldas para ver al hermano de Lengar que había osado ir a su casa. Rallin no era mayor que Saban, pero tenía un aspecto formidable porque era un hombre de gran estatura con anchos hombros y un rostro adusto recorrido por una cicatriz que iba desde la barba hasta el rabillo del ojo izquierdo.

—Saban de Ratharryn —saludó Rallin al recién llegado con parquedad.

—Ahora soy Saban de Sarmennyn —respondió Saban con una respetuosa inclinación.

Rallin no hizo caso de las palabras de Saban.

—Aquí matamos a los hombres de Ratharryn —aseguró—. Los matamos allí donde los encontramos y les arrancamos la cabeza para ensartarla en un poste. —Un murmullo recorrió la muchedumbre, y alguien manifestó que la cabeza de Saban debía sumarse a sus trofeos.

—¿De verdad es Saban? —preguntó otra voz, y Saban se volvió para ver a Morthor, el sumo sacerdote con las cuencas de los ojos vacías, de pie entre el gentío. Ahora tenía la barba cana.

—Me alegro de verte, Morthor —dijo Saban, y se arrepintió de haber recurrido a semejante expresión.

Sin embargo, Morthor sonrió.

—Me alegro de oírte —respondió, y volvió sus ojos de invidente hacia Rallin—. Saban es un buen hombre.

—Es de Ratharryn —respondió Rallin con frialdad.

—Esto me lo hizo la tribu de Ratharryn —respondió Saban, alzando la mano izquierda con el muñón del dedo—. Ratharryn me convirtió en esclavo y me desterró. No vengo de Ratharryn.

—Pero te criaron allí —insistió Rallin, obstinadamente.

—Si nace un ternero en tu choza, Rallin —preguntó Saban—, ¿se convierte por ello en tu hijo?

Rallin sopesó la pregunta durante un instante.

—Entonces, ¿a qué vienes aquí? —exigió saber.

—A traer un obsequio a la hija de Morthor.

—¿Qué obsequio?

—Esto —respondió Saban. Levantó el bulto pero se negó a desenvolverlo, y entonces resonó un grito como el chillido de una arpía, y Rallin se volvió para mirar en dirección al gran terraplén en torno al santuario.

Una figura pálida y delgada se alzaba en solitario entre la oscuridad del templo. Hizo una seña, y Rallin, sumiso a su requerimiento, se hizo a un lado para que Saban se dirigiera hacia la mujer que le esperaba donde las piedras emparejadas del sendero oeste iban a morir en el terraplén del templo. Era Derrewyn, y Lahanna brillaba sobre

ella para embellecerla. Llevaba una sencilla túnica de piel de ciervo que le caía hasta los tobillos y una cadena de huesos en torno al tobillo, y parecía casi blanca a la luz de la luna. Pero conforme se iba acercando, Saban vio que su belleza era poco más que el reflejo de la luna, pues estaba más delgada y su expresión era más airada y amarga, y su rostro tenía los rasgos más marcados. Llevaba el cabello moreno recogido en un tirante moño, y su boca, antaño de sonrisa fácil, era una hendidura de finos labios. Llevaba en la mano derecha el fémur que acostumbraba a blandir Sannas y lo levantó al llegar Saban a la altura del último par de piedras de la avenida.

—¿Te has atrevido a venir? —inquirió.

—Para traerte un regalo —respondió Saban.

Derrewyn miró el bulto, hizo un brusco gesto de asentimiento y Saban desató la túnica y dejó caer su contenido sobre la tierra desnuda iluminada por la luz de la luna entre ambos.

—Jegar —dijo Derrewyn, que reconoció la cabeza a pesar de la sangre que le tupía la barba y le manchaba la piel.

—Es Jegar —confirmó Saban—. Le corté la cabeza con su propia espada.

Derrewyn se quedó mirando la cabeza y torció el gesto.

—¿Por mi causa?

—¿Por qué, si no, iba a traerte la cabeza?

Miró a Saban y dio la impresión de que una máscara se desprendía de su rostro, pues esbozó una sonrisa hastiada.

—¿Ahora eres Saban de Sarmennyn?

—Así es.

—¿Y tienes una esposa? ¿Una devota de Slaol?

Saban hizo caso omiso de la acritud de la pregunta.

—Todos los extranjeros adoran a Slaol —respondió.

—Pero acudes a mí —señaló Derrewyn, con la máscara de furia otra vez en su sitio—, te arrastras hasta mí con un obsequio. ¿Por qué? ¿Porque necesitas protección de Lengar?

—No —protestó Saban.

—Pero la necesitas —insistió Derrewyn—. Mataste a su amigo. ¿No crees que te devolverá el favor? Toca a uno de esos gusanos de Ratharryn y el resto te perseguirán. —Frunció el entrecejo—. ¿No crees que Lengar te matará? ¿No crees que se hará con tu mujer del mismo modo que se hizo conmigo? ¡Le has hecho daño!

—He venido para traerte esto —dijo Saban, señalando con un gesto la cabeza de Jegar—, y nada más. —Lo cierto era que no había pensado mucho en la reacción de Lengar a la muerte de Jegar. Su hermano estaría furioso, de eso no le cabía duda, y probablemente querría vengarse, pero Saban suponía que estaría a salvo en Sarmennyn.

—De modo que me has traído tu regalo y ya está —le espetó Derrewyn—. ¿Qué esperabas, Saban? ¿Mi gratitud? —Cogió sus faldas de piel de ciervo y las levantó

casi hasta la cintura—. ¿Es esto lo que quieres?

Saban volvió la vista para mirar hacia los campos oscuros.

—Quería que supieras que no lo había olvidado.

Derrewyn dejó caer las faldas.

—Que no habías olvidado, ¿qué? —preguntó con acritud.

—Que fuimos amantes —respondió Saban—, y que contigo conocí la felicidad. Y que, desde entonces hasta el presente, no ha habido un solo día en que no haya pensado en ti.

Derrewyn le miró fijamente durante un buen rato y después lanzó un suspiro.

—Sabía que no lo habías olvidado —dijo—, y nunca perdí la esperanza de que regresaras. —Se encogió de hombros—. Ahora ya estás aquí. Y bien, ¿vas a quedarte? ¿Nos ayudarás a combatir contra tu hermano?

—Regresaré a Sarmennyn —respondió Saban.

Derrewyn lanzó un bufido.

—¿Para trasladar tu famoso templo? ¿Ese templo que atraerá al gran Slaol a Ratharryn abrasando el cielo al acudir a vuestra llamada? ¿De veras crees que vendrá?

—Sí —afirmó Saban—, lo creo.

—¿Con qué objeto? —Esta vez Derrewyn se manifestó con claro desdén.

—El que promete Camaban —señaló Saban—. No habrá más inviernos, ni más enfermedades, ni más tristeza.

Derrewyn se le quedó mirando, echó la cabeza atrás y estalló en carcajadas. Su burla resonó en el extremo más alejado del gran terraplén de creta, que relucía a la luz de la Luna.

—No habrá más inviernos. No habrá más tristeza. ¿Lo oyes, Sannas? ¿Lo oyes? ¡Ratharryn procribirá el invierno! —Había estado bailando mientras se mofaba, pero interrumpió la danza y señaló a Saban con el fémur—. No hace falta que se lo diga a Sannas, ¿verdad? Sabe lo que quiere Camaban porque él le arrebató la vida. —No esperó respuesta, sino que escupió con violencia y se adelantó para recoger la cabeza de Jegar por su ensangrentada coronilla—. Acompáñame, Saban de Sarmennyn —le invitó—, y averiguaremos si vas a conquistar el invierno con tus maravillosas piedras del oeste. Ojalá pudieras. Entonces todos volveríamos a ser felices. Seríamos jóvenes y dichosos, sin dolores que aquejasen nuestros huesos.

Le llevó hasta el interior del santuario. No había nadie más, solo la Luna en cuarto creciente que brillaba sobre los enormes mojones en los que parecía haber incrustados minúsculos flecos de luz de estrella. Derrewyn condujo a Saban hasta la antigua choza de Sannas, que seguía siendo el único edificio en el interior del terraplén, y una vez allí lanzó la cabeza de Jegar junto a la entrada antes de levantarse la túnica y sacársela por la cabeza. Dejó caer el collar de huesos sobre la prenda.

—Tú también —le instó, indicándole con un gesto que se quitase la túnica—. No voy a violarte, Saban, solo quiero hablar con la diosa. Le gusta que estemos

desnudos, del mismo modo que tus sacerdotes van desnudos para que nada se interponga entre ellos y sus dioses. —Se agachó y entró en la choza.

Saban se quitó la túnica y las botas y la siguió. Alguien, presumiblemente Derrewyn, había colocado un cráneo de niño encima de la puerta. Debía de haber muerto a muy corta edad, pues aún se apreciaba la fontanela en la bóveda del cráneo. El interior de la choza no había cambiado. Había los mismos bultos colgados de la techumbre en penumbra y los mismos montones de pieles, cestas de huesos y vasijas con hierbas y ungüentos.

Derrewyn se acomodó con las piernas cruzadas a un lado de la hoguera e indicó a Saban que se sentara frente a ella. Alimentó el fuego, que al arder con más fuerza empezó a proyectar ominosas sombras sobre las alas de murciélago y las cornamentas suspendidas del poste que sostenía la techumbre. Las llamas iluminaron el cuerpo de Derrewyn, y Saban advirtió que había adquirido una extrema delgadez.

—Ya no soy hermosa, ¿verdad? —preguntó.

—Sí lo eres —respondió Saban.

Ella sonrió al oírlo.

—Mientes, igual que tus hermanos.

Metió la mano en una vasija de gran tamaño y sacó unas hierbas secas que lanzó al fuego. Siguió alimentando el fuego con ellas, un puñado tras otro, de tal modo que las hojitas pálidas provocaron primero intensas llamaradas y luego empezaron a ahogar el fuego. Menguó la luz y la choza empezó a llenarse de un espeso humo.

—Inhala el humo —le ordenó Derrewyn, y Saban se echó hacia delante e inspiró. Estuvo a punto de atragantarse y la cabeza empezó a darle vueltas, pero hizo un esfuerzo por volver a inspirar y apreció algo dulce y empalagoso en el resquemor del áspero humo.

Derrewyn cerró los ojos y empezó a mecerse de un lado a otro. Respiraba por la nariz, pero de vez en cuando dejaba escapar un suspiro, y luego, de repente, se echó a llorar. Comenzaron a moverse espasmódicamente los descarnados hombros, se le desencajó el rostro y empezó a verter lágrimas. Era como si tuviera el corazón partido. Gemía, suspiraba y sollozaba, y las lágrimas le surcaban el rostro. Se dobló hacia delante como si fuera a vomitar y Saban temió que metiese la cabeza entre las brasas, pero entonces, con la misma brusquedad, arqueó el cuerpo hacia atrás y se quedó mirando hacia la techumbre acabada en punta mientras jadeaba intentando recuperar el aliento.

—¿Qué ves? —le preguntó a Saban.

—No veo nada —respondió este. Se sentía mareado, como si hubiera bebido mucho licor, pero no veía nada. Ni sueños, ni visiones, ni apariciones. Había temido ver a Sannas de regreso de entre los muertos, pero no había sino sombras, humo y el cuerpo blanco de Derrewyn con sus marcadas costillas.

—Veo muerte —susurró Derrewyn. Las lágrimas seguían cayéndole por las mejillas—. Habrá muchas muertes —dijo en un murmullo—. Estáis construyendo un

templo de muerte.

—No —protestó Saban.

—El templo de Camaban —continuó Derrewyn con una voz poco más intensa que el suspiro de un vientecillo al acariciar los postes de un templo—, el santuario del invierno, el Templo de las Sombras. —Se meció de lado a lado—. De sus piedras manará la sangre como una niebla.

—¡No!

—Y allí morirá la prometida del Sol —canturreó Derrewyn.

—No.

—Tu prometida del Sol. —Derrewyn miraba a Saban de hito en hito, pero esta no le veía porque se le habían quedado los ojos en blanco—. Morirá allí y su sangre se derramará sobre la piedra.

—¡No! —insistió Saban, y su vehemencia la sacó de su estado de trance.

Enfocó la mirada y compuso un gesto de sorpresa.

—Solo digo lo que veo —se justificó con toda tranquilidad—, y lo que Sannas me permite ver, y ella ve a Camaban con toda claridad, porque tu hermano le arrebató la vida.

—¿Le arrebató la vida? —preguntó Saban, perplejo.

—Le vieron, Saban —explicó Derrewyn con voz de hastío—. Un niño vio a un hombre que cojeaba salir del santuario al amanecer, y esa misma mañana encontraron muerta a Sannas. —Se encogió de hombros—. De modo que, hasta que Camaban la libere, Sannas no puede acudir a sus ancestros, y yo no puedo matar a Camaban porque mataría a Sannas con él y compartiría su suerte. —Puso gesto de estar acongojada y meneó la cabeza de lado a lado—. Quiero ir con Lahanna, Saban. Quiero estar en el cielo. En esta tierra no hay dicha.

—La habrá —la contradijo Saban con firmeza—. Traeremos a Slaol de regreso y no habrá más inviernos ni más enfermedades.

Derrewyn esbozó una triste sonrisa.

—No habrá más inviernos —repitió con melancolía—, y todo, simplemente, restableciendo el canon. —La sorpresa de Saban le produjo una enorme satisfacción—. Nos enteramos de todo lo que ocurre en Sarmennyn —le dijo—. Los mercaderes vienen a hablar con nosotros. Estamos al tanto de vuestro templo y vuestras esperanzas. Pero ¿cómo sabéis que se ha roto el canon?

—Sencillamente, lo sabemos.

—Sois igual que ratones —le espetó con desdén—, que creen que el trigo crece en provecho suyo y que por medio de rezos pueden evitar la cosecha. —Derrewyn contemplaba la incandescencia mate del fuego y Saban la miraba a ella. Intentaba reconciliar a aquella resentida hechicera con la chica que conoció; y quizás ella estaba pensado lo mismo, porque de repente levantó la vista hacia él—. ¿A veces no deseas que todo fuera como antes? —le preguntó.

—Claro —respondió Saban—, en todo momento.

Derrewyn sonrió al oír el fervor de su voz.

—Yo también —confesó en voz queda—. Éramos felices, ¿verdad?, tú y yo. Pero también éramos unos críos. Lo cierto es que no hace tanto tiempo, pero ahora tú trasladadas templos y yo dicto los actos de Rallin.

—¿Qué le dices?

—Que acabe con todo lo proveniente de Ratharryn, claro. Que mate y vuelva a matar. Nos atacan una y otra vez, pero los pantanos nos protegen, y si intentan rodearlos les cortamos el paso en los bosques y los matamos uno por uno. —Su voz rezumaba sed de venganza—. Y, ¿quién inició la matanza? ¡Lengar! Y, ¿a quién adora Lengar? ¡A Slaol! Regresó a Sarmennyn y se inició en la adoración de Slaol por encima de cualquier otro dios. Desde entonces no ha habido cese en las hostilidades. Se ha desatado la furia de Slaol, Saban, y trae sangre.

—Es nuestro padre —protestó Saban—, y nos ama.

—¡Nos ama! —le espetó Derrewyn—. Es cruel, Saban, y, ¿por qué iba a acabar un dios cruel con nuestro invierno? ¿O a librarnos de la tristeza? —Se estremeció—. Cuando se adora a Slaol como a cualquiera de las demás deidades, se le mantiene a raya, todo permanece en equilibrio. Pero le habéis puesto a la cabeza de los dioses y ahora va a utilizar su látigo contra vosotros.

—No —reiteró Saban.

—Y yo me opondré a él —le aseguró Derrewyn—, pues ese es mi cometido. Y ahora soy enemiga de Slaol, Saban, porque habrá que poner remedio a su crueldad.

—No es cruel —insistió Saban.

—Díselo a las chicas que quema año tras año en Sarmennyn —arguyó Derrewyn sin remilgos—, aunque a tu Aureнна la perdonó, ¿no es así? —Sonrió—. Sé su nombre, Saban. ¿Es una buena mujer?

—Lo es.

—¿Cariñosa?

—Sí.

—¿Y hermosa? —preguntó Derrewyn con intención.

—Sí.

—Pero se la mostraron a Slaol, ¿verdad? ¡Se la ofrecieron! —Pronunció las tres últimas palabras en un siseo—. ¿Crees que la olvidará? Está marcada, Saban, marcada por un dios. Camaban también fue marcado. Tiene una medialuna en el vientre. No confíes en aquellos marcados por los dioses.

—Aureнна no estaba marcada —protestó Saban.

Derrewyn sonrió.

—Su marca es la belleza, Saban. Lo sé porque una vez fui hermosa.

—Aún lo eres —señaló Saban con toda sinceridad, pero ella se rio en su cara.

—Más os valdría construir un centenar de templos a un centenar de dioses, o construir un templo a un millar de dioses, que construir ese templo. Más os valdría coger las piedras y lanzarlas al mar. —Meneó la cabeza como si supiera que su

consejo iba a caer en saco roto—. Tráeme el collar que he dejado fuera —le ordenó.

Saban obedeció y salió para recoger los huesos ensartados en un tendón. Se llevó un sobresalto al reparar que eran los huesos de un niño, costillas menudas y frágiles dedos. Se los entregó por encima de las ascuas incandescentes, y Derrewyn cortó el tendón de un mordisco y sacó una vértebra de la sarta. La hechicera se volvió para coger una vasija roja con una amplia abertura sellada con cera de abeja. Se sirvió de un cuchillo para retirar el tapón de cera y de inmediato se propagó por la choza un terrible hedor que enmascaró incluso los residuos del humo acre, pero a Derrewyn, que tenía la cabeza directamente encima de la horrible peste, no pareció importarle. Introdujo el huesecillo en la vasija, lo sacó y Saban vio que estaba untado de una cola pálida y pegajosa.

Dejó la vasija a un lado y arrastró hacia sí una cesta plana entre cuyos contenidos rebuscó hasta dar con las dos mitades de una cáscara de avellana. Metió el hueso dentro de la cascara y, con el ceño fruncido de concentración, cerró la cáscara y la envolvió con una fibra de tendón. Rodeó la cáscara de avellana una y otra vez con la fibra y luego cogió un cordón de cuero y convirtió la avellana envuelta en un amuleto que Saban pudiera llevar colgado del cuello. Se lo entregó y le instó a que se lo pusiera.

—¿Qué es? —preguntó Saban, al tiempo que aceptaba el amuleto con gesto nervioso.

—Un hechizo —contestó sin darle mayor importancia, mientras cubría la apestosa vasija con un trozo de cuero.

—¿Qué clase de hechizo?

—Lengar me dio un hijo —le explicó con toda tranquilidad—. El hueso que hay dentro de la cáscara es un hueso de ese niño y el ungüento es lo que queda de su piel.

Saban sintió un escalofrío.

—¿Un hueso de tu propio hijo?

—Del hijo de Lengar —puntualizó Derrewyn—. Lo maté del mismo modo que tú matarías una sabandija. Nació, Saban, lloró pidiendo leche y le corté el gáznate. —Se quedó mirando sin parpadear a Saban, que volvió a estremecerse e intentó imaginar el odio que había inundado el alma de Derrewyn—. Sin embargo, volveré a tener una criatura —continuó—. Tendré una hija y la educaré para que sea una hechicera como yo. Esperaré hasta que Lahanna me diga que ha llegado el momento adecuado, y entonces me acostaré con Rallin y alumbraré una niña que sirva de guía a esta tribu cuando yo haya muerto. —Lanzó un suspiro e indicó con un gesto de cabeza el amuleto de la cáscara de avellana—. Dile a Lengar que su vida está atrapada dentro de esa concha, y si te amenaza, te ataca o tan siquiera te ofende, destruye el amuleto. Aplástalo con una piedra o quémalo y morirá. Díselo.

Saban se colgó la cáscara de avellana al cuello junto al colgante de ámbar que le había regalado su madre.

—Si tanto le odias —dijo—, ¿por qué no aplastas el amuleto tú misma?

Derrewyn sonrió.

—También era hijo mío, Saban.

—Así que... —comenzó Saban, pero no fue capaz de continuar.

—Aplasta el amuleto —insistió—, y también me harás daño a mí. Quizá no me mates, pues la magia ha salido de mí y en mi mano está hacer encantamientos para contrarrestarla, pero me hará daño. Me hará daño. ¡No! —Había visto que iba a quitarse el amuleto—. Lo necesitarás, Saban. Me has traído un regalo y ahora debes llevarte el mío. Me has entregado la vida de Jegar, de modo que ahora te hago entrega de la vida de tu hermano porque, créeme, él quiere la tuya. —Se frotó los ojos y pasó por su lado para salir al aire libre. Saban la siguió.

Derrewyn se puso la túnica de piel de ciervo por la cabeza y se inclinó para observar de cerca de la cabeza de Jegar. Le dio la vuelta y escupió sobre sus ojos.

—La ensartaré en un poste delante de la entrada de esta cabaña —aseguró—, y un día, tal vez ponga la cabeza de Lengar junto a esta.

Saban se vistió.

—Me iré al amanecer —anunció—, con tu permiso.

—Con mi ayuda —señaló Derrewyn—. Ordenaré a algunos lanceros que te acompañen para que no sufras ningún contratiempo. —Metió la cabeza de Jegar dentro de la choza de un puntapié—. Volveremos a encontrarnos, Saban —dijo, y entonces, de repente, se volvió y lo abrazó, enterrando el rostro en su túnica y aferrándose a él con una fuerza inusitada. Saban la notó temblar y la rodeó con sus brazos.

De inmediato, ella se apartó.

—Te daré comida —le dijo con frialdad—, y un lugar donde dormir. Y por la mañana puedes partir.

Por la mañana, partió.

* * *

Lengar ya había vuelto a Ratharryn cuando Saban regresó a Sul.

—Creyó que habías huido —le dijo Lewydd a Saban.

—¿No le dijiste que iba a regresar?

—No le dije nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Pero cuanto antes regreses a tu hogar en Sarmennyn, mejor. Quiere verte muerto.

Saban se llevó la mano al bulto de la cáscara de avellana bajo su túnica, pero no dijo nada al respecto. No tenía la certeza de que fuera a funcionar ni sabía si llegaría a necesitarlo siquiera. Si permanecía en la lejana Sarmennyn, no le haría falta enfrentarse a Lengar nunca más, y por tanto se alegró cuando, un día después de su regreso de Cathallo, Kereval salió por fin del manantial de agua caliente en el que

había permanecido a remojo porque, según decía, le aliviaba el dolor de los huesos. El regreso por mar rumbo al oeste fue mucho más duro porque los barcos tenían el viento de cara y, aunque las mareas seguían impulsándolos la mitad del tiempo, el viaje requirió mucho más esfuerzo por parte de los remeros y les llevó una jornada más que a la ida. Sea como fuere, al cabo, los botes viraron al alcanzar el promontorio y las tripulaciones entonaron sus cánticos mientras la marea los empujaba río arriba hacia el asentamiento de Kereval.

Al día siguiente, Saban recogió glasto de una ladera y Aurena lo hirvió en agua, y cuando el tinte estuvo preparado, practicó un segundo tatuaje de muerte en el pecho de Saban. Grabó las marcas con un peine introduciendo bien adentro el tinte a golpe de martillo. Mientras realizaba la tarea, Saban le contó lo ocurrido en Sul y cómo le había llevado la cabeza de Jegar a Derrewyn. Después, mientras la sangre se secaba sobre su pecho, él y Aurena se sentaron a la orilla del río y ella empezó a jugar con la cáscara de avellana.

—Háblame de Derrewyn —le pidió.

—Ahora está delgada —le contó Saban—, y amargada.

—No se le puede culpar —se compadeció Aurena. Miró la cáscara y frunció el ceño—. No me gusta. Al dar rienda suelta a una maldición puede salir perjudicado quien la lanza.

—Es posible que me mantenga con vida —señaló Saban, al tiempo que se la cogía—. Conservaré el amuleto hasta que muera Lengar y después lo enterraré. —Se lo volvió a colgar al cuello. No se atrevía a enseñárselo a Camaban por miedo a que su hermano lo utilizara para hacer daño a Derrewyn, de modo que lo mantenía a buen recaudo. También temía que Camaban le preguntara por su viaje a Cathallo y le tildara de necio por haberlo llevado a cabo, pero Camaban estaba inmerso en la preocupación de encontrar un mercader que le llevara a la isla allende el mar del oeste. Acabó por dar con unos hombres que iban a emprender el viaje con un cargamento de puntas de sílex y se fue de Sarmennyn.

—Aprenderé los secretos de sus sacerdotes —le dijo a Saban—, y regresaré cuando haya llegado la hora.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando regrese, claro está —replicó Camaban, mientras subía a bordo de la embarcación. Uno de los mercaderes le entregó un remo, pero Camaban lo apartó desdeñosamente de un manotazo—. Yo no remo —anunció—. Me siento y vosotros remáis. Ahora, llevadme. —Se cogió a las regatas de la embarcación y la corriente lo llevó río abajo hacia el mar.

Había preparados diez barcos para transportar los pilares del templo, todos ellos con triple casco y bien trincados. Los remolcaron río arriba hasta donde crecía la alta hierba en torno a las pilas cada vez mayores de piedras para la construcción del templo. Una embarcación tenía espacio para dos de las piedras más pequeñas, las que alcanzaban la estatura de un hombre, pero las más grandes ocupaban todo un bote, y

Saban emprendió la carga de uno de aquellos inmensos mojonos. Durante la marea alta, remolcaron una de las embarcaciones hasta la orilla del río y amarraron firmemente la proa a la ribera. Saban ordenó alzar, por medio de una palanca, uno de los extremos de la piedra, que continuaba apoyada sobre la narria, y deslizó un travesaño debajo de ella. Alzaron el otro extremo para meter tres travesaños más debajo de la piedra, y acto seguido cuarenta hombres asieron los maderos y emprendieron el trayecto hasta la embarcación. Los hombres solo tenían que recorrer unos pasos cargados con el enorme peso, pero, aun así, cundió el nerviosismo cuando se adentraron en el agua y fue necesaria otra docena de hombres para estabilizar la piedra. Sudaban a raudales, pero poco a poco fueron avanzando hasta que la piedra quedó suspendida sobre los maderos cuadrados que abarcaban los tres cascos. Bajaron la carga y el barco se hundió tanto en el agua que uno de los cascos encalló en el lecho del río. Lewydd y doce hombres desencallaron la embarcación y Saban vio el escaso francobordo que tenía el casco. No obstante, Lewydd aseguró que sobrevivirían al viaje a Ratharryn si Malkin, el dios del tiempo, se mostraba propicio. Él y una docena de hombres subieron a bordo y remarón río abajo. Una horda exaltada los siguió por la orilla.

Les llevó tres días cargar los diez botes. Mientras cinco de las embarcaciones llevaban piedras de gran tamaño, otras cinco daban cabida a dos de las más pequeñas, y una vez estuvieron atadas las piedras a los maderos, los barcos se pusieron en camino río abajo. Había dos tramos del río en que el agua no tenía la profundidad suficiente, y los hombres tuvieron que acarrear los botes como si fueran narrias para vadearlos, pero dos días después todas las embarcaciones llegaban sanas y salvas al asentamiento de Aurena, donde las amarraron a árboles. Cuando bajaba la marea, los grandes cascos reposaban sobre el fango, y cuando volvía a subir flotaban en el agua y lanzaban inquietos tirones a sus amarras.

Era el tiempo adecuado lo que esperaban. Ya estaban a finales de verano, pero Lewydd rezaba en el santuario de Malkin todas las mañanas y luego subía a la cima de las colinas detrás del asentamiento para escudriñar el horizonte hacia el oeste. Esperaba a que amainara el viento y el mar se encalmase, pero esos últimos días estivales el viento parecía imparable y las olas grises rugían interminablemente desde el oeste para quebrarse en espuma blanca contra la costa rocosa.

Se recogieron las cosechas y comenzaron las lluvias, que, procedentes del océano, arremetían en aguaceros torrenciales de tal intensidad que Saban se veía obligado todos los días a achicar el agua de lluvia de los barcos amarrados. Los cielos continuaban encapotados y empezó a perder las esperanzas de que pudieran llegar a transportar las piedras, pero Lewydd no perdió el ánimo en ningún momento y su optimismo quedó justificado cuando una mañana Saban despertó para encontrarse con una extraña calma. El día era cálido, los vientos habían amainado y los pescadores aseguraban que el buen tiempo duraría. Ocurría a menudo, dijeron, que, entrado ya el año, justo antes de que el otoño trajera terribles tempestades, Malkin

enviaba largos días de bienaventurada calma. Así que cargaron las diez embarcaciones con pellejos de agua recién caída, sacos de pescado desecado y cestas de tortas de pan cocinado sobre piedras calientes, y Scathel roció cada uno de los barcos con la sangre de un novillo castrado que acababan de sacrificar. A mediodía, con una docena de remeros a bordo de cada embarcación, se hicieron a la mar las primeras piedras del templo.

Muchos hombres de la tribu estaban convencidos de que no volverían a ver a las tripulaciones. Una vez mar adentro, las embarcaciones se anegarían y el peso de las piedras las arrastraría hasta donde aguardaban los monstruos grises de las profundidades. Saban y Aureнна se acercaron a la costa para ver los diez botes, escoltados por dos pequeñas embarcaciones de pesca, volver el promontorio y adentrarse en el mar impulsados por la fuerza de los remos. Los pesimistas andaban errados. Las diez embarcaciones surcaron las pequeñas olas sin dificultad y luego se desplegaron las velas de cuero sobre las piedras, los remos arreciaron su cadencia y la pequeña flota permitió que el viento y la pleamar la arrastrara hacia el este.

Ahora Saban no podía sino aguardar el regreso de Lewydd. Esperó mientras las jornadas menguaban, el viento ganaba fuerza y el aire se volvía frío. Algunos días Saban y Aureнна iban caminando hasta el promontorio sur, donde escudriñaban el horizonte desde la cima del acantilado en busca de las embarcaciones de Lewydd, pero, aunque alcanzaban a ver barcos de pesca con hombres de pie sobre la cubierta que lanzaban al agua pequeñas redes, y aunque veían abundantes botes de mercaderes cargados de artículos, no atisbaban ninguno de los barcos de triple casco que se habían llevado las piedras. Día tras día, el viento iba encrespando el mar, hacía chocar el agua contra las rocas y coronaba de blanca espuma las crestas de las olas, y Lewydd seguía sin regresar. Había jornadas en las que los pescadores no salían porque el agua y el viento estaban demasiado encrespados, y esos días Saban temía por la suerte de Lewydd.

Llegaron las primeras heladas y después las primeras nieves. Aureнна estaba otra vez encinta y algunas mañanas se despertaba llorosa, aunque siempre negaba que sus lágrimas se debieran a Lewydd.

—Sigue con vida —insistía—, sigue con vida.

—Entonces, ¿por qué lloras? —le preguntó él un día.

—Porque es invierno —respondió—, y Ereк muere en invierno. Yo estoy tan próxima a él que siento su dolor. —Se estremeció cuando Saban le tocó la mejilla. Había ocasiones en que notaba que se estaba distanciando de él para ir en pos de Ereк. Se sentaba en su piedra junto al río, con las manos extendidas a ambos lados, y aseguraba estar escuchando a su dios, y Saban, que no oía ninguna voz en su cabeza, se ponía celoso.

—Llegará la primavera —la tranquilizó.

—Como siempre —dijo Aureнна, y se volvió.

Saban y Mereth construyeron más embarcaciones. Dieron con los últimos grandes

robles en los bosques más próximos y calcularon que con esos troncos podrían hacer como máximo cinco embarcaciones más. Si Lewydd regresaba y traía sus barcos consigo, tendrían quince en total, y con quince embarcaciones podrían transportar todas las embarcaciones hacia el este en cuatro viajes. Pero en el caso de que no regresara Lewydd, no tendrían posibilidad de trasladar el templo y, a medida que un día sucedía a otro, y conforme el invierno se cernía implacable sobre las tierras, seguía sin haber noticias ni atisbo de Lewydd.

La larga ausencia de Lewydd empezó a inquietar a las gentes de Sarmennyn. Se propagaron rumores. Un relato aseguraba que los diez barcos se habían ido a pique y sus tripulaciones se habían ahogado, arrastradas por las piedras porque Erekk no quería que cambiaran de lugar. Otros aseguraban que Lewydd y sus hombres habían sido asesinados por miembros de la tribu de Drewenna que, en vez de facilitarles narrias como había prometido su jefe después de la matanza de Sul, habían decidido quedarse las piedras para sí. Los rumores se alimentaban de otros rumores y, por primera vez desde que Aurenn saliera incólume del fuego, se empezó a murmurar que Camaban y Kereval se habían equivocado. Haragg intentó mantener la fe de la tribu, pero cada vez había más partidarios de la opinión de que el templo no debería haberse cedido. Más de un centenar de jóvenes se habían ido en las embarcaciones, y la tribu temía no volver a verlos. Habían dejado viudas y huérfanos, habían dejado Sarmennyn en una posición peligrosamente debilitada por la escasez de lanceros, y, puesto que muchos de los que se habían ido eran pescadores, ese invierno el hambre se cebaría en Sarmennyn; todo por culpa de los partidarios de transportar el templo a otro lugar. Scathel, Haragg y Kereval intentaron aplacar la ira aconsejando a las gentes que esperaran a recibir noticias, pero los rumores seguían cundiendo, y una tarde de invierno dieron lugar a un repentino estallido de furia, cuando un grupo de hombres resentidos salieron del asentamiento de Kereval y cruzaron el río con antorchas encendidas camino del sur, en dirección al asentamiento de Aurenn.

Scathel fue en un bote río abajo para advertir a Saban de que unos hombres iban a quemar el asentamiento y destruir los nuevos barcos. Kereval había intentado pararles los pies, dijo el sumo sacerdote, pero estaba achacoso y su autoridad se había visto debilitada.

—¿Quién los encabeza? —preguntó Haragg a su hermano, en un arrebato de furia. Scathel le dio los nombres de algunos de los que iban de camino y Haragg se estremeció de ira—. Menudos gusanos —bufó en tono desdeñoso, y cogió una lanza.

—Déjame que hable con ellos —le propuso Saban.

—No conseguirás detenerlos con palabras —respondió Haragg, que ya había echado a andar sendero adelante con la lanza en la mano y Cagan a su lado.

Saban ordenó a Mereth que desalojara a las mujeres del asentamiento y las llevara al bosque. Echó a correr tras los pasos de Haragg y dio alcance al hombrachón justo cuando se enfrentaba a la muchedumbre en el estrecho sendero iluminado por la luz de las antorchas. Haragg levantó la lanza. «Estáis contraviniendo los deseos de Erekk»,

les dijo a voz en cuello, pero, antes de que tuviera oportunidad de decir una sola palabra más, una flecha salió disparada de entre el gentío y le alcanzó en el pecho. Haragg retrocedió unos pasos para ir a caer contra un roble. Cagan lanzó un aullido angustiado, blandió la lanza de su padre y arremetió contra la muchedumbre, que lo recibió con más flechas y una lluvia de piedras, aunque los proyectiles podrían igualmente haber ido dirigidos a un uro. El gigante sordomudo blandió la lanza torpemente e hizo retroceder a los hombres con ella. Saban se apresuró a ayudarlo, pero alguien hizo tropezar a Cagan, que cayó al suelo. El gentío se abalanzó sobre el hombretón y sus lanzas empezaron a subir y bajar mientras él se retorció bajo las puntas. Saban cogió a Haragg por el brazo, hizo ponerse en pie al mercader y se lo llevó a rastras para que no presenciara la muerte de su hijo.

—¡Cagan! —gritó Haragg.

—¡Corre! —le apremió Saban. Una flecha pasó silbando junto a su oreja y otra se clavó en un árbol.

La muerte de Cagan no había hecho más que encender la sangre a la muchedumbre, que fue tras sus pasos. Les arrojaron una lanza que, tras caer al suelo, continuó deslizándose por el sendero y a punto estuvo de alcanzar a Saban en el tobillo. Entonces el joven vio a Aureнна en el camino.

—¡Atrás! —le gritó Saban, pero ella le indicó con un gesto que se apartara. Llevaba suelto el cabello dorado y, al estar encinta, su vientre henchía la túnica de piel de ciervo—. ¡Huye! —la instó Saban—. Han matado a Cagan. ¡Huye! —Intentó hacerla retroceder, pero Aureнна le apartó la mano y se negó a moverse. Aguardó en calma, con la misma placidez que cuando esperaba soportar el fuego destinado a la prometida del Sol, y entonces, cuando apareció la muchedumbre sedienta de sangre, les salió lentamente al paso.

No levantó las manos ni pronunció palabra, sino que permaneció en su sitio y los atacantes se detuvieron. Habían matado a un hombre, pero ahora se enfrentaban a una prometida de Erek, una mujer que era una diosa o una hechicera, una mujer poderosa, y nadie tuvo el coraje de atacarla, aunque un individuo salió de entre el gentío para plantarle cara. Se llamaba Kargan, era sobrino de Kereval y un afamado guerrero de Sarmennyn. Llevaba alas de cuervo en el cabello y plumas del mismo pájaro atadas al asta de una lanza, que era más larga y pesada que cualquier otra de Sarmennyn. Tenía una mandíbula protuberante, ojos amenazadores y gruesas cicatrices grises queregonaban las almas que había masacrado en el campo de batalla, pero humilló respetuosamente la cabeza ante Aureнна.

—No tenemos nada contra ti, señora —le dijo.

—Entonces, ¿contra quién, Kargan? —preguntó Aureнна pausadamente.

—Contra los hombres que se llevaron a nuestros jóvenes —respondió Kargan—. Contra los necios que se propusieron recorrer el mundo con un templo a cuestas.

—¿Quién se llevó a vuestros jóvenes, Kargan? —indagó entonces Aureнна.

—Ya sabes quién, señora.

Aurena esbozó una sonrisa.

—Nuestros jóvenes regresarán mañana —aseguró—. Llegarán en sus barcos y sus cánticos se oirán por el río. Mañana renacerá la dicha, de modo que, ¿por qué provocar más tristeza esta noche? —Hizo una pausa, a la espera, pero nadie la rompió—. Regresad —instó a la muchedumbre—. Nuestros hombres volverán mañana. Así lo ha prometido Erek. —Luego, con una última sonrisa serena, se volvió y se fue por donde había venido.

Kargan vaciló, pero el aplomo de Aurena había aplacado la ira de la muchedumbre y la obedecieron. Saban los vio marcharse y siguió los pasos de Aurena.

—Y cuando mañana no lleguen los barcos —le preguntó—, ¿cómo impediremos que nos maten?

—Los barcos llegarán mañana —le confirmó Aurena—. Erek me lo ha dicho en un sueño. —Estaba completamente segura, asombrada incluso de que Saban dudara de su revelación—. Las brumas de los sueños se han disipado —le dijo con satisfacción—, y veo el futuro de Erek. —Le sonrió y después llevó a Haragg a su cabaña, donde alivió la aflicción del mercader. Le costaba respirar porque la flecha se le había clavado muy adentro y le brotaba sangre rosada de la boca, pero Aurena le aseguró que sobreviviría y le dio a beber una poción antes de arrancarle el astil de la flecha.

A la mañana siguiente, tras incinerar el cadáver de Cagan en una pira, prácticamente toda la tribu se dirigió hacia el sur, camino del promontorio donde el río iba a morir al mar, y allí aguardaron sobre las aguas grises. Los pájaros blancos daban vueltas sobre sus cabezas y sus chillidos eran como los gritos de espíritus ahogados. Saban estaba en la cima del acantilado con Scathel y Mereth, y Kargan había venido con los hombres que le habían seguido la noche anterior, pero Aurena no acudió. «Llegarán las embarcaciones —le había dicho a Saban esa misma mañana—, y no tengo ninguna necesidad de verlas». Se quedó con Haragg.

Transcurrió la mañana y lo único que llegó fue un turbión. La lluvia caía a raudales sobre el mar y el frío viento azotaba los rostros del gentío que se había reunido. Scathel rezaba, Saban estaba sentado con el cuerpo doblado sobre el saliente de una roca y Kargan se paseaba arriba y abajo por la cresta del acantilado aplastando la pálida hierba con su pesada lanza. El Sol permanecía oculto tras las nubes.

Al cabo, Kargan se enfrentó a Saban:

—Tú y tu hermano habéis traído la locura a Sarmennyn —le acusó fríamente.

—Yo no he traído nada —respondió Saban—. Vuestra locura llegó cuando perdisteis el oro.

—El oro fue robado —respondió Kargan, iracundo.

—No fuimos nosotros quienes lo robamos.

—Y un templo no se puede trasladar.

—Habrá que trasladar el templo —replicó Saban en tono de hastío—, o tú y yo no

volveremos a conocer la felicidad.

—¿La felicidad? —bufó Kargan—. ¿Crees que los dioses desean nuestra felicidad?

—Si quieres saber lo que desean los dioses —dijo Saban—, pregúntaselo a Scathel, que es sacerdote —e hizo un gesto en dirección al hombre desvaído que había estado rezando al borde del acantilado, pero Scathel ya no tenía los brazos alzados hacia el cielo. En vez de eso, tenía la cabeza vuelta hacia el este y miraba las cortinas de lluvia grises y volubles, y, de pronto, profirió un grito. Volvió a gritar, señaló el horizonte con su bastón y todos los presentes se volvieron para mirar en la misma dirección que el sumo sacerdote. Vieron unas embarcaciones.

Vieron una flota de barcos: una flota que, enfrentándose a la lluvia y el viento, regresaba a casa a todo trapo ayudada por el último reflujo de la marea. Lewydd había dividido los grandes cascos de forma que cada triple embarcación era ahora tres, y los travesaños que habían utilizado como sostén de las piedras estaban almacenados en el interior de los cascos impulsados por remeros ateridos que ansiaban estar de nuevo en casa. La muchedumbre que la noche anterior había asesinado a Cagan y se había mostrado dispuesta a masacrar a todos los habitantes del asentamiento de Aurena, estalló en gritos de júbilo. Lewydd, en el bote que iba en primer lugar, movió el remo por encima de su cabeza. Saban contó los botes y vio que estaban todos, hasta el último. Llegaron sobre las olas encrespadas para refugiarse al socaire del promontorio, en la desembocadura del río, donde los agotados remeros esperaron a que cambiara la marea.

La marea vespertina trajo a la flota río arriba y, tal como había prometido Aurena, las tripulaciones entonaron cánticos mientras conducían las embarcaciones hasta su asentamiento. Entonaron la canción de Dilan, el dios del mar, moviendo los remos al ritmo de la melodía, y el gentío, que los había seguido corriente arriba, cantó con ellos.

Lewydd saltó a la orilla y fue recibido con efusión, pero se abrió paso a través de la muchedumbre para fundirse con Saban en un abrazo. «Lo hemos conseguido —farfulló exultante—, lo hemos conseguido».

Saban había hecho una gran hoguera en la zona despejada junto a los barcos medio acabados. Las mujeres habían molido raíces y cereales, y Saban había ordenado que se asara carne al fuego. Se entregó pieles secas a las tripulaciones y Kargan regresó del asentamiento de Kereval con vasijas de licor y más gente; tanta, que a Saban le dio la impresión de que todo Sarmennyn se había reunido en torno a su hogar para escuchar la historia de Lewydd. La contó con pericia y quienes escuchaban mascullaron, gimieron o jalearon conforme describía cómo los barcos habían llevado las piedras al río Sul al final del verano. No habían tenido dificultades durante el viaje, aseguró. Los barcos surcaron los mares sin problemas, las piedras no se desplazaron y alcanzaron el río sanos y salvos, pero entonces empezaron las desgracias.

Los seguidores de Stakis, que habían sido derrotados por Lengar, deambulaban todavía por Drewenna, y algunos de ellos exigieron un tributo que Lewydd no podía satisfacer. De modo que permaneció en la desembocadura del Sul, donde construyó una empalizada y aguardó a que acudieran hombres de Relian, el nuevo jefe de Drewenna, y expulsaran a los vagabundos.

Los lanceros de Kellan escoltaron los barcos río arriba, pero cuando llegaron a aguas poco profundas por las que los botes ya no podían navegar, no les estaban esperando con las narrias. Kellan les había prometido construir narrias, pero había roto la promesa, y Lewydd se vio obligado a ir a Ratharryn y discutir largo y tendido con Lengar, que, al cabo, accedió a convencer a Kellan. No obstante, para entonces los vientos otoñales soplaban ya fríos y la lluvia arreciaba, de modo que les llevó largas jornadas de trabajo agotador talar los árboles, desbastar los troncos y construir las grandes narrias sobre las que colocaron las piedras y después las embarcaciones.

Tiros de bueyes arrastraron barcos y narrias hasta cruzar las colinas para llegar al río que corría hacia el este, donde volvieron a botar las embarcaciones y a cargar las piedras, y entonces Lewydd llevó la flota hacia el este hasta que llegaron al río Mai, por el que avanzaron ayudándose de los remos a modo de pértigas con Ratharryn como punto de destino.

Y allí había dejado las piedras. Había dividido las grandes embarcaciones en sus tres cascos y desandado el trayecto, arrastrando los botes por la divisoria de aguas para volver a botarlos en el Sul, pero cuando alcanzó la desembocadura de ese río el invierno ya había adquirido crudeza. Al no osar emprender su regreso a casa a través de un mar profundamente turbulento, aguardó en la desembocadura del Sul a que mejorara el tiempo.

Ahora él y todos sus hombres estaban otra vez en casa. Las primeras piedras se encontraban en Ratharryn, y Saban rompió a llorar porque Cagan había fallecido y habían incinerado su cuerpo, pero también porque la dicha se propagaría por toda la Tierra. Estaban trasladando el templo.



CAPÍTULO 13

La segunda criatura de Aureнна fue una niña, y Aureнна la llamó Lalic, que significaba «La Elegida» en la lengua de los extranjeros. Al principio el nombre no agradó a Saban, pues le dio la impresión de que imponía un destino a la niña antes de que este hubiera tenido tiempo de decidir su vida, pero Aureнна insistió y Saban se acostumbró a llamarla así. Aureнна no volvió a concebir, y tanto su hijo como su hija crecieron fuertes y sanos. Vivían junto al río, y Leir aprendió a nadar casi antes que a andar. Aprendió a remar, lanzar con arco y pescar con arpón en aguas poco profundas. Y, a medida que hermano y hermana crecían, iban viendo pasar las piedras por delante de su choza en dirección al mar.

Les llevó cinco años trasladarlas todas. Lewydd había confiado en que les costaría menos, pero no estaba dispuesto a sacar al mar una flota tan difícil de manejar como la suya, a no ser que el tiempo fuera perfecto. Como consecuencia, un año no se trasladó ni una sola piedra, y el siguiente solo se pudo realizar un viaje; pero cuando los barcos se hicieron a la mar, los dioses se mostraron propicios y no se perdieron más piedras ni se ahogó un solo tripulante.

Lewydd trajo noticias de Ratharryn acerca de cómo se estaba rehaciendo el templo, y también sobre el desarrollo de la guerra entre Lengar y Cathallo.

—No puede ganar ninguno de los bandos —aseguró Lewydd—, y ninguno de los dos está dispuesto a ceder, pero tu hermano está convencido de que el templo le traerá buena fortuna. Todavía cree que es un templo de la guerra.

Un año vino con la noticia de que Derrewyn había alumbrado una criatura.

—Una hija —sentenció Saban.

—¿Te habías enterado? —le preguntó Lewydd.

Saban negó con la cabeza.

—Lo he supuesto. ¿Se encuentra bien?

Lewydd se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo he oído que los sacerdotes de tu hermano han lanzado una maldición contra madre e hija.

Esa noche Saban fue al templo de la prometida del Sol en el asentamiento de

Kereval y enterró el colgante de ámbar de su madre junto a una de las piedras. Se humilló ante Slaol y pidió al dios que levantase la maldición lanzada desde Ratharryn contra Derrewyn y su hija. Su madre, de eso estaba convencido, le perdonaría, aunque no estaba tan seguro de que Aureнна fuera a mostrarse igual de comprensiva: cuando le preguntó qué había ocurrido con el amuleto, fingió que el tendón se había roto y el ámbar había caído a las aguas del río.

Fue en la primavera del quinto año cuando las últimas piedras del Templo de las Sombras se llevaron río abajo. Solo quedaban once oscuros pilares, que se cargaron en los botes de triple casco y se trasladaron corriente abajo hasta un amarradero frente al asentamiento de Aureнна. Lewydd estaba ansioso por llevar el último cargamento al este, pero tanto Scathel como Kereval querían ir con las piedras porque, con el traslado sin incidencias de los últimos mojones, quedaría cumplida la parte del trato que correspondía a Sarmennyn, y Lengar tendría que hacerles entrega del resto del tesoro de Ereк. Scathel y Kereval deseaban estar presentes cuando devolviera los tesoros a su tribu. Insistieron en que les acompañara un pequeño ejército de treinta lanceros, y les llevó cierto tiempo recoger y cargar la comida que necesitarían tantos hombres.

En cuanto se hubieron provisionado las embarcaciones adicionales, el viento viró repentinamente hacia el este para traer fríos turbiones y mares embravecidos. Lewydd se negó a poner en peligro los barcos y, por tanto, aguardaron en el río, meciéndose en el amarradero bajo el embate del viento racheado y las mareas cambiantes. Día tras día el viento seguía siendo frío, y, cuando al fin viró hacia el oeste, soplaba con demasiada fuerza y Lewydd se mantuvo firme en su decisión de que la flota no se hiciera a la mar.

De modo que esperaron, y un día, hacia el final de la primavera, un día en que el viento ululaba entre las copas de los árboles y el mar rompía contra los acantilados convirtiéndose en espuma blanca, apareció una embarcación por el oeste, procedente de las tierras allende el mar. El bote iba tripulado por una docena de remeros que intentaban sortear la tormenta. Proferían gritos contra ella, achicaban el barco, volvían a remar, maldecían al dios del viento y rezaban al dios del mar y, no se sabe cómo, lograron atravesar con su frágil embarcación la encrespada línea de olas que rompían contra el promontorio y entrar en el río. Demasiado furiosos para aguardar el flujo, siguieron con su casco río arriba contra el refluo de la marea. Cantaban mientras remaban, jactándose de haber vencido a la tormenta.

El barco traía a Camaban de regreso a Sarmennyn.

Él era el único que no había mostrado ningún miedo al mar. Era el único que no había achicado, remado, maldecido ni cantado, sino que había permanecido silencioso y tranquilo, y ahora, al llegar el bote al asentamiento de Aureнна, saltó a tierra con aparente indiferencia. Trastabilló levemente, como si esperara todavía que el suelo fuera a mecerse de aquí para allá, y se dirigió hacia la choza de Aureнна.

Al principio Saban no reconoció a su hermano. Camaban seguía delgado como un

pimpollo y desvaído como un filo de sílex, pero ahora su semblante resultaba aterrador porque lucía en las mejillas y la frente profundos cortes verticales que había frotado con hollín para que las cicatrices le surcaran el rostro como barras negras. Llevaba el largo cabello arreglado en un centenar de finas trenzas que se agitaban como víboras e iban adornadas con los nudillos de un niño. Leir y Lallic se apartaron del desconocido, que tomó asiento junto a la hoguera de Saban sin decir palabra ni responder siquiera cuando Aurrena le ofreció comida.

Permaneció allí sentado toda la noche, sin pronunciar palabra ni comer, despierto.

Por la mañana, Aurrena atizó el fuego y calentó piedras para meterlas en el caldo, pero Camaban seguía sin hablar. El viento jugueteaba, con las techumbres de las chozas, mecía las embarcaciones amarradas y trajo lluvia al asentamiento, donde la tripulación del barco de Camaban había encontrado cobijo.

Saban ofreció comida a su hermano, pero Camaban se limitó a contemplar el fuego. Una única lágrima le cayó en una ocasión por una de las cicatrices negras, aunque tal vez se debiera a que el humo azotado por el viento le había irritado un ojo.

No fue hasta media mañana cuando volvió en sí. Primero frunció el entrecejo, se apartó luego el cabello del rostro y parpadeó como si se acabara de despertar de un sueño.

—En las tierras al otro lado del mar tienen un gran templo —dijo de repente.

Mientras que Aurrena se quedó mirando a Camaban como si hubiera entrado en trance, Saban se limitó a torcer el gesto, temeroso de que su hermano exigiera el traslado por barco de aquel nuevo santuario.

—Un gran templo —repitió Camaban con un deje de temor reverencial en la voz —, un templo de los muertos.

—¿Un templo en honor a la diosa Lahanna? —indagó Saban, ya que Lahanna siempre había sido considerada guardiana de los muertos.

Camaban negó con la cabeza. Un piojo le saltó del cabello a la barba, que llevaba trenzada igual que el pelo de la cabeza y decorada con más nudillos diminutos. Olía a mar.

—Es un templo en honor a Slaol —susurró—, a los muertos que se reúnen con Slaol. —Sonrió de pronto, y a los hijos de Saban aquella sonrisa les pareció tan lobuna que se alejaron más todavía de su extraño tío. Camaban imitó la forma de un túmulo de escasa altura con las manos—. El templo es una colina, Saban —continuó con entusiasmo—, rodeada de piedra y excavada, con un pabellón funerario de piedra en el centro. Y el día de la muerte de Slaol, el Sol se derrama por un pozo revestido de piedra hasta el centro del pabellón. Me senté en su interior. Estuve sentado entre las arañas y los huesos y Slaol me habló. —Frunció el ceño sin apartar la mirada del fuego—. Claro que no está construido en honor a Lahanna —dijo en tono irritado—. Nos ha robado nuestros muertos y debemos reclamarlos.

—¿Lahanna nos ha robado nuestros muertos? —preguntó Saban, perplejo al oír algo semejante.

—¡Claro! —gritó Camaban, volviendo el rostro con sus horripilantes cicatrices hacia Saban—. ¿Cómo no me apercibí antes? ¿Qué ocurre cuando morimos? Vamos a los cielos, claro, para vivir con los dioses, pero vamos con Lahanna. Nos ha robado nuestros muertos. Somos como niños sin padres. —Se estremeció—. En cierta ocasión conocí a un hombre que creía que los muertos quedan reducidos a la nada, que se pierden en el abismo entre las estrellas, y me reí de él. Pero quizá tiene razón. Cuando tomé asiento en el pabellón funerario, rodeado de huesos por todas partes, oí que me llamaban los cadáveres de Ratharryn. Quieren ser rescatados, Saban, quieren reunirse con Slaol. ¡Tenemos que salvarlos! ¡Debemos devolverlos a la luz!

—Tienes que comer —le instó Aureнна.

—Debo irme —replicó Camaban. Volvió a mirar a Saban—. ¿Han empezado a construir el templo en Ratharryn?

—Eso dice Lewydd —le confirmó Saban.

—Debemos cambiarlo —anunció Camaban—. Es necesario un pabellón funerario. Tú y yo lo reconstruiremos. Sin túmulo, claro. Las gentes del otro lado del mar se equivocan a ese respecto. Pero debe ser un lugar que arrebathe los muertos a Lahanna.

—Tú puedes reconstruirlo —replicó Saban—, pero yo me quedaré aquí.

—¡Irás! —gritó Camaban, y Aureнна fue a toda prisa a consolar a Lalic, que se había echado a llorar. Camaban señaló con un dedo huesudo a Saban—. ¿Cuántas piedras hay que llevar todavía?

—Once —le informó Saban—. Solo esas que ves en el río.

—Y tú irás con ellas —afirmó Camaban—, porque es tu deber para con Slaol. Lleva las piedras a Ratharryn y me reuniré allí contigo. —Fruunció el ceño—. ¿Se encuentra aquí Haragg?

Saban hizo un gesto con la cabeza para indicar que el hombretón estaba en su cabaña.

—Su hijo murió —le informó Saban.

—Lo mejor que podía pasarle —replicó Camaban.

—Y Haragg resultó herido —continuó Saban—, pero se recuperó, aunque sigue llorando a Cagan.

—Entonces hay que darle algo que hacer —contestó Camaban, que se levantó y salió por la puerta al viento y la lluvia—. Tienes el deber de regresar a Ratharryn, Saban. Conseguí que Aureнна conservara la vida. Me encargué de que la conservaras tú también. No lo hice para que te pudieras en esta ribera, lo hice por Slaol, y le devolverás el favor construyendo su templo. —Se dirigió hacia la choza de Haragg y golpeó con el puño la techumbre mohosa—. Haragg —gritó—. Te necesito.

Haragg salió con expresión de alarma. Ahora estaba calvo por completo y tenía una delgadez fuera de lo normal, tanto así que parecía haber envejecido antes de hora. La flecha le había dejado postrado durante una buena temporada y hubo días en los que Saban estuvo convencido de que el aliento iba a estancarse en la garganta del

gigante, pero Haragg había sobrevivido. Sin embargo, Saban se daba cuenta de que su espíritu había sufrido una herida mucho más grave que su cuerpo. Haragg se quedó mirando a Camaban y, por un instante, no reconoció al hombre con el rostro listado, pero luego sonrió.

—Has regresado —dijo.

—Claro que he regresado —saltó Camaban—. Siempre dije que regresaría, ¿no es así? No te quedes ahí pasmado, Haragg, ven conmigo. Tú y yo tenemos mucho de que hablar y un largo viaje que hacer.

Haragg vaciló un instante, pero luego asintió bruscamente y, sin siquiera volver la vista hacia su choza, y mucho menos coger nada que fuera a necesitar, siguió a Camaban hacia los árboles.

—¿A dónde vais? —gritó Saban a sus espaldas.

—A Ratharryn, claro —replicó Camaban.

—¿Andando? —se extrañó Saban.

—No quiero volver a ver un barco en mi vida —respondió Camaban de todo corazón, y sin más, continuó su camino. Para hacer su nuevo templo más grande incluso. Para amarrar a Slaol a los vivos y los muertos a Slaol. Para construir un sueño.

* * *

—Camaban tiene razón —dijo Aureнна esa tarde.

—Ah, ¿sí?

—Erek nos salvó —razonó—, de modo que debemos ir adonde él quiera. Es nuestro deber.

Saban se mecía adelante y atrás sobre los talones. Era de noche, los niños dormían y la hoguera ardía con escasa llama llenando la choza de humo. El viento había amainado y, aunque la lluvia había escampado, de los aleros de la techumbre seguían cayendo gotas.

—Camaban no ha dicho nada de que tú fueras a Ratharryn —señaló Saban.

—Erek me quiere allí —replicó Aureнна.

Saban gruñó para su coleteo porque sabía que ahora iba a tener que discutir con el dios.

—El mayor deseo de mi hermano Lengar es que te lleve a Ratharryn. Te verá, se encenderá su lascivia y se hará contigo. Lucharé por ti, claro, pero sus guerreros me someterán y tú te verás tumbada boca arriba sobre sus pieles, y violada.

—Erek no lo permitirá —respondió Aureнна con toda tranquilidad.

—Además —respondió Saban con petulancia—, no quiero ir a Ratharryn. Soy muy feliz donde estoy.

—Pero tu trabajo aquí ha concluido —señaló Aureнна—. Ya no hay que construir más barcos ni trasladar más piedras montaña abajo. La tarea de Ereк se traslada ahora a Ratharryn. Él salvó nuestras vidas, de modo que allí iremos. —Sonrió—. Iremos a Ratharryn y haremos que el mundo retroceda hasta sus inicios.

Era una discusión que Saban no tenía ninguna posibilidad de ganar porque Ereк estaba en su contra, de modo que Aureнна se preparó y dispuso a los niños para el viaje. Sin embargo, los vientos marinos no amainaban y las grandes olas seguían rompiendo blancas y furiosas contra el promontorio. Un día sucedió a otro hasta que el verano trajo la flor de la zarza y la brionia, la enredadera y la verónica, y Lewydd seguía sin decidirse a correr el riesgo de emprender el viaje.

—Los dioses —se lamentó Lewydd una noche—, nos retienen.

—Son las piedras que faltan —aseguró Aureнна—. Las dos que perdimos en el río y la que se rompió en la montaña. Si no sustituimos esas piedras, el templo no quedará completo.

Saban no dijo nada, aunque miró a Lewydd de soslayo para ver cómo respondía a la perspectiva de coger más piedras de las montañas.

Aureнна cerró los ojos y se meció adelante y atrás.

—Es un templo en honor a Ereк —dijo en voz queda—, pero lo estamos construyendo para atraerlo de modo que regrese junto a Modron. —Modron era el nombre que daban los extranjeros a Garlanna—. Creo que deberíamos enviar una piedra para ella. Una gran piedra para sustituir las tres que perdimos.

—Podríamos coger otra piedra de la montaña —accedió Lewydd a regañadientes.

—De la montaña, no —replicó Aureнна—, sino de aquí mismo.

Por la mañana mostró a Lewydd la piedra verdosa junto al río donde ella y Saban acostumbran a sentarse, la gran piedra con motas relucientes y brillos rosados incrustados en su corazón. La piedra madre, la llamaba Aureнна, pues yacía en el oscuro regazo de la madre Tierra mientras los demás mojones le habían sido arrancados al valle suspendido en los cielos de Ereк.

La piedra madre era inmensa, con el doble de peso que el mayor de los pilares del templo, y estaba profundamente incrustada en la ribera cubierta de hierba. Saban contempló la piedra durante dos días en un intento de dilucidar cómo arrancarla del suelo, y luego Mereth y él se adentraron en los bosques y dieron con seis altos árboles que talaron. Tallaron los troncos hasta convertirlos en postes pulidos y los dividieron en dieciocho maderos más cortos.

Al día siguiente, desgajaron la piedra madre de la tierra con palancas de roble. Saban cavó hondo a ambos lados de la piedra hasta conseguir agujeros como madrigueras de tejón bajo la roca. Después introdujeron las palancas en la tierra y levantaron el extremo delantero de la piedra con seis hombres a cada lado. Salió a duras penas, y los hombres tuvieron que escarbar la tierra debajo de la roca para liberarla de las garras del suelo, pero al cabo se alzó y Mereth pudo insertar uno de los rodillos de menor longitud bajo el mojón.

Durante tres días tiraron de palanca hasta que la piedra reposó sobre los dieciocho rodillos y Lewydd pudo traer uno de los barcos de triple casco vacíos a la orilla. Amarró la embarcación con las proas de cara a la piedra y aguardó a que se retirara la marea, de modo que el barco quedara varado en el barro. Una vez estuvo el barco situado, los hombres de Saban desplazaron la roca hacia delante, ayudándose de palancas, mientras otros permanecían entre el fango de la ribera y tiraban de sogas para arrastrar la piedra madre sobre los rodillos. El mojón tenía casi tres veces la altura de un hombre, pero era estrecho, y rodó sin mayores problemas. Los hombres cogían los rodillos a medida que iban emergiendo por detrás de la roca y los colocaban al paso de la misma, y de tal guisa, palmo a palmo, arrastraron y empujaron la gran losa hasta que un extremo de la misma sobresalió de la ribera quedando suspendida sobre el barco varado.

—Ahora con cuidado —advirtió Lengar. Habían colocado uno de los rodillos sobre el barco y un par de hombres lo sujetaban en su sitio mientras otros doce hacían palanca en el otro extremo de la piedra.

—Otra vez —ordenó Saban, y la gran losa avanzó un poco y empezó a inclinarse hacia delante—. Dejad que caiga. Dejad que caiga, —gritó Saban, y vio cómo un extremo de la piedra se precipitaba para ir a caer sobre el barco. Los tres cascos produjeron un alarmante crujido bajo el peso de la piedra. Se colocaron más rodillos sobre el bote y los hombres volvieron a aplicarse con las palancas y, mientras la lluvia moteaba el río, las mujeres observaban y subía la marea, la inmensa lengua de piedra subió a lomos de la embarcación. La piedra madre era tan larga que casi ocupó toda la eslora del barco.

—Ahora veremos si flota —advirtió Lewydd, y tanto él como Saban y Aurena aguardaron en la ribera del río mientras caía la noche y la marea continuaba subiendo. Encendieron una hoguera, y a su luz vieron subir el nivel del agua oscura en torno a los tres cascos de la embarcación. El nivel del río fue creciendo poco a poco hasta que Saban creyó que iba a superar las regalas del barco e inundar los cascos, pero entonces el fango debajo de la embarcación lanzó un ruido de ventosa y los tres cascos quedaron a flote en la corriente.

—Estaba convencido de que no conseguiríamos mover esa piedra —confesó Lewydd con perplejidad.

—Aún tenemos que llevarla hasta Ratharryn —le recordó Saban.

—Erek nos ayudará —terció Aurena sin atisbo de duda.

—La línea de flotación del barco está muy baja —señaló Lewydd con cierta preocupación, y explicó que en el mar las olas superaban inevitablemente las regalas de los cascos e inundaban los botes. Los cascos exteriores en los que iban los remeros se podían achicar sin mayores problemas, pero la piedra madre era tan larga que difícilmente había sitio para un hombre agazapado en el casco central.

«Mete un chico», sugirió Saban, y por la mañana descubrieron que había justo el espacio suficiente para un niño agazapado delante de la piedra y otro detrás, y

Lewydd calculó que si los dos chicos achicaban agua de mar sin parar tal vez la piedra madre sobreviviera al viaje. «Siempre y cuando el tiempo se muestre clemente», añadió.

Sin embargo, el tiempo seguía siendo intempestivo. Los barcos esperaban y los guerreros estaban listos para viajar, pero los vientos encrespaban los mares y traían más lluvias torrenciales. Pasó otra luna, el verano estaba concluyendo, y Saban empezó a albergar temores de que no podrían hacerse nunca a la mar. O a albergar esperanzas de que no podrían partir nunca, ya que en realidad no tenía ningún deseo de regresar a Ratharryn. Su hogar estaba en Sarmennyn, junto a aquel río, donde había creído que transcurriría su vida, vería crecer a sus hijos y se convertiría en miembro de la tribu de Kereval. Llevaría las cicatrices de Sarmennyn en su rostro y las frotaría con ceniza para que se vieran grises. Solo que ahora Camaban y Aureнна insistían en que regresara al interior y Saban no quería ir, de modo que recibía con agrado el mal tiempo que lo mantenía junto al río de Sarmennyn, donde él y Mereth pasaban el tiempo de espera vaciando y dando forma a un tronco que habían descartado por corto para convertirlo en uno de los cascos para el transporte de piedras, pero que sería un buen bote de pesca. Tenían pensado ofrecer la embarcación a Lewydd como recompensa por trasladar el templo.

Mereth había tomado por esposa a una mujer de Sarmennyn y también se debatía entre ir o quedarse.

—Me gustaría volver a ver a mi padre y Rai quiere ver Ratharryn —aseguró. Rai era su esposa.

Saban vertió una bolsa de arena de playa en el interior del nuevo bote y la restregó arriba y abajo con una piedra para pulir la madera.

—Será una alegría ver de nuevo a Galeth —reconoció Saban, y pensó que también le gustaría visitar la tumba de su padre, pero no consiguió dar con ninguna otra razón para regresar al hogar de su infancia. Palpó la cáscara de avellana bajo su jubón, se meció adelante y atrás sobre los talones y se preguntó por qué tenía tan pocas ganas de regresar. Como es natural, había que tener en cuenta el temor que le producía Lengar, pero Saban poseía el amuleto de la cáscara y estaba convencido de que daría resultado, así que, ¿por qué temía tanto regresar a casa? Si se construía el templo, Slaol regresaría y todo iría bien. Echó un vistazo hacia el río, donde flotaban las piedras en sus embarcaciones. Cuando aquellas piedras alcanzaran el Templo del Cielo, el sueño se habría cumplido, y luego, ¿qué? ¿Cambiaría todo? ¿Abrasaría Slaol los cielos con sus rayos para acabar con el invierno y la enfermedad? ¿O cambiaría el mundo poco a poco? ¿Llegaría acaso a ocurrir algo?

—Pareces preocupado —observó Mereth.

—No es nada —contestó Saban, a pesar de que lo estaba. Le preocupaba su propio escepticismo. Camaban creía, Scathel creía y Aureнна también, de hecho la mayor parte de los miembros de la tribu de Kereval no albergaban la más mínima duda de que estaba cambiando el mundo, pero Saban no estaba seguro de compartir

su fe. Tal vez, decidió, se debía a que él era el único que había conocido a Camaban cuando era un niño tullido, un paria balbuciente, el hijo rechazado. O quizá se debía a que se había enamorado de aquel río y sus riberas—. Estaba pensando —dijo—, que tal vez podría compartir este bote con Lewydd y dedicarme a la pesca.

—Lo único que cogerías es un resfriado —se mofó Mereth. Cepilló una viruta de madera para que la curva ascendente de la proa quedara perfecta—. No —continuó—. Creo que tú y yo vamos a regresar a casa, Saban, y más vale que nos vayamos haciendo a la idea. Es lo que quieren nuestras mujeres, y las mujeres acostumbran a conseguir lo que desean.

Transcurrió el verano y los vientos no amainaron. Saban dudaba que las piedras fueran a abandonar el río ese año, pero entonces, tal como había ocurrido el primer año, el otoño en ciernes trajo un remanso de mares en calma y vientos suaves. Lewydd aguardó dos días, habló con los pescadores, rezó en el santuario de Malkin y declaró que la pequeña flota podía hacerse a la mar. Aprovisionaron los botes con comida y agua, los guerreros ocuparon sus lugares y Mereth y Saban acomodaron a sus familias en dos de las largas embarcaciones de un solo casco que escoltarían las piedras rumbo al este. Scathel sacrificó un ternero y roció con su sangre las piedras firmemente amarradas, Kereval besó a sus muchas esposas y llegó el momento de partir.

Los botes fueron corriente abajo con su pesada carga hasta quedar al socaire del promontorio en la desembocadura del río, mientras los remeros entonaban un cántico en honor a Erek. Las gentes que quedaban atrás permanecieron en la orilla del río y oyeron perderse las fuertes voces. Escucharon hasta que no hubo otro sonido que el correr del agua del río y el suspiro del viento. Sarmennyn había cumplido su palabra. Había enviado su templo a Ratharryn, y lo único que podían hacer los miembros de la tribu era aguardar el regreso de su jefe, su sumo sacerdote y sus tesoros.

El tiempo era plácido, y así debía ser, pues el barco que llevaba la piedra madre era lento y torpe. La primera vez que Saban realizó aquel trayecto le había parecido corto, pero en aquella ocasión había ido a bordo de un barco de un solo casco que había surcado las aguas como un cuchillo que cortara carne. Sin embargo, los grandes botes de triple casco avanzaban a trompicones sobre las olas. La marea los arrastraba y los remeros se empleaban hasta la extenuación, pero el viaje seguía su curso a un ritmo agónicamente lento. Saban y su familia compartían uno de los botes que transportaban a los guerreros de Kereval, cosa que era motivo de frustración porque, aunque el barco podría haberse adelantado al resto de la flota, tenía que permanecer con las parsimoniosas embarcaciones cargadas de piedras. La piedra madre era la más lenta, y los dos muchachos en el casco central tenían que achicar agua sin descanso. Si se hundiera el barco, les había advertido Scathel, serían considerados culpables y abandonados a las aguas, y la advertencia les hacía aplicarse con todas sus fuerzas a achicar agua con conchas. Aureнна tenía cogida a Lallíc con todas sus fuerzas, y Leir iba amarrado por la cintura para que, en caso de caer al agua, lo pudieran halar como

a un pez. El Sol brillaba, prueba de que Erek aprobaba su viaje.

Fondeaban cada vez que cambiaba la marea y se ponían en marcha cuando el agua volvía a fluir rumbo al este. Daba igual que el cambio se produjera de día o de noche, que durmieran entre mareas y, las más de las veces, viajaran bajo las estrellas. La Luna era una hoz a escasa altura en el cielo, de modo que no parecía haber gran peligro de que los celos de Lahanna desbaratasen el viaje. Un día tras otro, una noche tras otra, las piedras avanzaban hacia el este hasta que, al cabo, tras nueve días con sus respectivas noches, el Sol salió para iluminar las verdes colinas próximas a cada una de las riberas, con las enormes y relucientes marismas, que se iban secando lentamente a medida que se retiraba el río. Remaron con todas sus fuerzas, apresurándose para mantenerse a la altura de la marea a punto de cambiar, y rivalizando unos con otros conforme se acercaban las riberas y quedaba a la vista la desembocadura del Sul. Los remeros introdujeron las embarcaciones por el brazo más estrecho entre las amplias marismas y dejaron atrás trampas para peces y anguilas antes de llegar adonde un pequeño asentamiento de pescadores tenía erigidas sus cabañas, cerca de la empalizada que había construido Lewydd en su primer viaje con piedras, y por fin tuvieron oportunidad de descansar. Scathel hizo entrega de un hacha con la hoja de piedra al jefe del asentamiento a cambio de una raquítica cabra que sacrificó a Erek para agradecer que ya habían acabado la parte más peligrosa del trayecto. Los habitantes del asentamiento de pescadores observaron perplejos la danza de los guerreros extranjeros a la puesta del Sol. En otros tiempos no habría habido otra cosa que enemistad entre ambos grupos, pero el asentamiento había jurado lealtad a Drewenna y las gentes del río se habían acostumbrado al paso de las piedras.

Lewydd envió a uno de los pescadores con un mensaje para Kellan, el jefe de Drewenna, con la petición de que enviara hombres para arrastrar las narrias que esperaban al cabo del trayecto por el primer río, y a la mañana siguiente se pusieron en marcha por el cauce del río Sul con la marea ascendente. Esa primera jornada transcurrió sin mayores contratiempos, pero, a partir de entonces, la marea fue de escasa ayuda y tuvieron que continuar río arriba usando los remos como pértigas. Les llevó tres días alcanzar Sul, donde Kereval decretó que descansarían un par de días. Aureнна y Saban llevaron a los niños a chapotear en el manantial de agua caliente que burbujeaba sobre las rocas en un remanso entre helechos y musgo. Las rocas que se asomaban al remanso estaban sembradas de jirones de lana donde los suplicantes habían dejado sus ruegos a la diosa, y, a lo largo de todo el día, fue llegando al templo una sucesión de lisiados, tullidos y enfermos para rogar la ayuda de Sul. Aureнна se lavó el pelo en el manantial y Saban se lo peinó mientras las gentes de Sul contemplaban con asombro su estatura, pulcritud y serenidad. Un hombre preguntó a Saban si era una diosa, y otro le ofreció siete bueyes y dos hojas de hacha, una lanza de bronce y tres de sus hijas si le entregaba a Aureнна para que se convirtiese en su esposa.

Pasaron esa noche en una de las chozas que había construido Stakis para la reunión de las tribus. Saban encendió una hoguera sobre la que asaron truchas y después contempló a Aurena hasta que ella se cansó de su mirada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¿Eres una diosa? —inquirió Saban.

—¡Saban! —le contestó en tono de reproche.

—Creo que eres una diosa.

—No —contestó ella con una sonrisa—, pero Ereik me quiere para un fin especial. Por eso viajamos. —Sabía que su marido se preocupaba por ella, de modo que se inclinó hacia él y le acarició la mano—. Y Ereik nos protegerá, ya lo verás.

Saban despertó al amanecer para encontrarse con que durante la noche había llegado al santuario una partida de guerreros de Ratharryn. El cabecilla del grupo era Gundur, uno de los compañeros más fieles de Lengar y el hombre que había sacado a rastras a Saban de su choza la mañana que fue entregado a Haragg como esclavo. Gundur había venido del sur del río procedente de Drewenna, y Saban vio que Gundur y sus hombres se pavoneaban entre las cabañas de Sul. Aquel era territorio de Kellan, pero los lanceros de Ratharryn se comportaban como dueños y señores. Saban comió con los hombres de Gundur y escuchó sus relatos sobre las guerras de Lengar: cómo se había hecho con un rebaño de bueyes de Cathallo, cómo se había internado en las tierras de la tribu al este de Ratharryn y cómo había exigido un fuerte tributo a las gentes que vivían junto al mar en la desembocadura del río Mai. Ahora, dijo Gundur, mientras hablaban, Lengar estaba en Drewenna. Había ido, explicó Gundur, al encuentro de los lanceros de Kellan.

—Ya se ha recogido la cosecha —explicó Gundur—, de modo que, ¿qué mejor momento para atacar Cathallo? Acabaremos con ellos de una vez por todas. Te puedes unir a nosotros, Saban, y compartir el botín, ¿eh? —Gundur sonrió mientras le dirigía la invitación. Se mostró amable como forma de dar a entender que la antigua enemistad entre Saban y Lengar había caído ya en el olvido.

—¿Qué te trae a Sul? —indagó Saban.

—Tú —respondió Gundur—. Llegó a oídos de Lengar que habían llegado las últimas piedras y nos envió para averiguar si era cierto.

—Lo es —le aseguró Saban, al tiempo que hacía un gesto hacia las embarcaciones—, y deberías decirle a Lengar que Kereval de Sarmennyn ha venido con ellas para recibir los tesoros.

—Así se lo diré —prometió Gundur, y se volvió para contemplar a Aurena caminar de las chozas al río. Iba provista de un pellejo de agua que se agachó para llenar y después acarreó de regreso, y Gundur no perdió detalle—. ¿Quién es esa? —preguntó con voz de admiración.

—Mi esposa —respondió Saban con frialdad.

—Le diré a Lengar que estáis aquí los dos. Se alegrará de saberlo. —Gundur se incorporó. Vaciló un instante y Saban se preguntó si estaba a punto de mencionar la

muerte de Jegar, que se había producido muy cerca de donde habían comido, pero Gundur se limitó a preguntar a Saban si tenía intención de llevar las piedras río arriba ese mismo día.

—Así es —le aseguró Saban.

—Entonces, os veremos en Ratharryn —dijo Gundur, y llevó a sus hombres hacia el sur, mientras Saban y su familia volvían a las piedras y continuaban su fatigoso viaje, impulsando a contracorriente los pesados botes con los remos. De modo que ahora Lengar estaba al tanto de que Aurrena había ido al interior, y le constaba que era hermosa; Saban palpó a hurtadillas la cáscara de avellana que llevaba colgada del cuello.

El viaje empezó a resultar mucho más sencillo media jornada después de su partida de Sul, porque ahora el río era lo bastante poco profundo como para que los hombres lo pudieran vadear y tirar de las embarcaciones. Al día siguiente llegaron a un lugar donde un río de menor caudal, procedente del sur, se unía al Sul, y Lewydd hizo que los barcos virasen hacia ese cauce más estrecho. La corriente era menos fuerte, casi plácida, y avanzaron a tan buen ritmo que esa misma tarde llegaron al lugar en que el agua perdía definitivamente la profundidad necesaria para seguir por barco y donde aguardaban las grandes narrias. Al día siguiente llegaron hombres de Drewenna, que trasladaron las once piedras de menor tamaño de los botes a las narrias, y después acomodaron las propias embarcaciones sobre narrias más grandes incluso.

Solo quedaba la piedra madre, y les llevó toda una jornada alinear el bote con una narria en la orilla y talar más rodillos. Al día siguiente, sirviéndose de bueyes para arrastrar el mojón, trasladaron la piedra madre de la embarcación a la narria. El barco lo sacaron del agua un día después, y para entonces las primeras piedras ya iban camino del este.

Les llevó tres días cruzar la divisoria de aguas. Siguieron un sendero cubierto de hierba que ascendía en suave pendiente y después descendía, con la misma suavidad, hasta la ribera del río que corría en dirección al este. Una vez allí alzaron las embarcaciones de las narrias y las botaron de nuevo para volver a colocar las piedras sobre ellas. Lewydd y sus hombres llevaban haciéndolo cinco años. Cinco años de levantar y tirar de palanca, de arrastrar y sudar, y ahora la gran tarea estaba a punto de ser culminada. Les llevó tres días trasladar las piedras de las narrias a las embarcaciones, pero al cabo concluyeron el trabajo y ya no tendrían que volver a hacerlo nunca más.

A la mañana siguiente llevaron las embarcaciones río abajo; los hombres entonaron cánticos mientras se dejaban arrastrar por la corriente. No se apresuraron, y el único esfuerzo que llegaron a necesitar fue el empujón ocasional con un remo para que un bote sorteara algún obstáculo. El Sol brillaba y se filtraba por entre las últimas hojas verdes, a medida que el río serpenteaba lentamente entre riberas rebosantes de plumosas adelfas. Los guiones de las codornices lanzaban su áspera llamada en los

campos y los pájaros carpinteros emitían su entrecortado repiqueteo entre los árboles. Cuando pasaron por Cheol, el asentamiento de Ratharryn situado más al sur, las gentes abarrotaron la ribera del río para bailar y cantar como acto de bienvenida a las piedras. «¡Mañana! —les aseguró Saban—. ¡Llegaremos a Ratharryn mañana! ¡Anunciadles nuestra llegada!».

Una vez hubieron dejado Cheol atrás, el río volvió a internarse entre los árboles. La corriente corría ahora con más fuerza, tanto así que los hombres que habían optado por ir andando por la orilla tuvieron que ir al trote para mantenerse al ritmo de la flota. Había un ambiente de exaltación. La gran obra estaba cerca de su culminación y Saban ansiaba anunciar a gritos su triunfo al Sol. Todo se había hecho en honor a Slaol, y sin duda la enemistad de Lengar palidecería frente a lo glorioso de la aprobación de Slaol. Saban no estaba seguro del modo en que se manifestaría esta aprobación, pero sus dudas acerca del sueño de Camaban se estaban despejando. Era el propio viaje lo que le había devuelto la fe, pues había visto por sí mismo el enorme esfuerzo necesario para trasladar las embarcaciones y las piedras, y se resistía a creer que cinco años tan duros estuvieran exentos de un propósito. Slaol debía responder. Del mismo modo que una corta palanca de madera podía mover una gran roca, los humildes hombres eran capaces de propiciar la actuación de un inmenso dios. Sin duda, Camaban estaba en lo cierto.

«No dejéis que se las lleve la corriente», gritaba Lewydd, y Saban se vio arrancado de su feliz ensimismamiento para ver que el cauce casi había llegado a la confluencia con el río Mai, de mayor caudal, y que era hora de llevar las embarcaciones hacia la orilla y amarrarlas para pasar la noche. A la mañana siguiente tendría que arrastrar las piedras río arriba, enfrentándose a la corriente del Mai hasta Ratharryn, de modo que pasarían la última noche del viaje entre los árboles que crecían en el delta que se formaba entre los dos ríos.

Amarraron los barcos a la orilla y encendieron hogueras. Era una noche cálida y seca, no había necesidad de refugios, pero levantaron un cordón de hogueras de una ribera a otra con objeto de mantener alejados a los espíritus malévolos, y los guerreros de Kereval se apostaron junto a las hogueras para alimentar las llamas mientras durase la oscuridad. El resto de los viajeros se reunieron y cantaron hasta que el cansancio los dejó rendidos, y entonces se envolvieron en sus mantos y se echaron a dormir bajo los árboles. Saban escuchó los sonidos del río hasta que llegaron los sueños. Soñó con su madre: la vio intentando clavar un estaca en el poste de su choza, y cuando le preguntó por qué lo hacía, esta no supo qué responderle.

Y, de pronto, el sueño se vio invadido de nuevos ruidos, de gritos de terror, y al despertar cayó en la cuenta de que no era un sueño en absoluto; se incorporó para oír aullidos provenientes del otro lado del cordón de fuego y un extraño sonido que se desgajaba sobre sus cabezas. Algo se clavó en un árbol; vio que era una flecha y el sonido que se desgajaba eran otras flechas que atravesaban las hojas con un destello. Cogió el arco y el carcaj y se precipitó hacia el cordón de fuego. De inmediato, dos

flechas salieron silbando de la oscuridad y rozándole al pasar, y cayó en la cuenta de que las llamas lo habían convertido en un blanco, de modo que se escondió detrás de unos arbustos donde habían buscado cobijo Mereth y Kereval.

—¿Qué ocurre? —preguntó Saban.

Ninguno de los dos lo sabía. Dos guerreros de Kereval habían caído heridos, pero nadie había visto al adversario ni sabía de qué enemigo se trataba; pero entonces, Kargan, el sobrino de Kereval, llegó corriendo y llamando a gritos a su tío, y su voz provocó la salida de la oscuridad de otra andanada de flechas.

—Están robando una de las piedras —aseguró Kargan.

—¿Roban una piedra? —Saban no daba crédito a lo que oía.

—Se llevan uno de los barcos río arriba —informó Kargan.

Se oyó la voz de Scathel:

—Tenemos que seguirles —gritó.

—¿Y qué hay de las mujeres y los niños? —inquirió Kereval—. No podemos dejarlos aquí.

—¿Por qué iban a robar una piedra? —preguntó Mereth.

—¿Por su poder? —sugirió Saban.

Remitieron los ruidos en el bosque y no salieron más flechas de la oscuridad.

—Deberíamos seguirlos —insistió Scathel, pero cuando Saban y Kargan se aventuraron hacia la oscuridad más allá del cordón de fuego, no encontraron nada. El enemigo había desaparecido, y por la mañana, con una espesa niebla suspendida sobre los ríos, descubrieron que se habían llevado una de las embarcaciones de triple casco. Iba cargada con una de las piedras más pequeñas, pero había desaparecido. Uno de los dos heridos falleció esa mañana.

Saban vio que la Luna permanecía en el cielo después del amanecer y recordó que había soñado con su madre, que adoraba a Lahanna. La diosa, se temió, contraatacaba, pero entonces encontró algunas flechas y reparó en que llevaban plumas de cuervo. Plumas negras, como las que usaban los hombres de Ratharryn; no dijo nada de sus sospechas porque la gran obra casi estaba concluida.

* * *

La última parte del viaje consistía en remontar el Mai. El Sol brillaba y caldeaba el ambiente, pero el ánimo era sombrío y el recuerdo de las flechas en plena noche les provocaba escalofríos. Los hombres observaban con recelo las riberas arboladas, mientras tiraban de las embarcaciones por un cauce que les llegaba a la cintura con el cadáver del lancero acostado sobre la larga piedra madre. Scathel había insistido en que llevaran el cadáver a Ratharryn porque quería colocar los tesoros apoyados contra la piel del muerto para que su difunto espíritu supiera que su viaje y su muerte

no habían sido en vano.

Saban caminaba por la orilla del río de la mano de Leir. Aureнна llevaba a Lalic y escuchaba a Saban hablar de las colinas que atravesaban. Allí era donde habían matado un gran oso, y allí donde Rannos, el dios del rayo, había alcanzado a un ladrón, y ahí, decía al tiempo que señalaba una boscosa ladera a su izquierda, donde estaba el Pabellón Funerario.

—¿El Pabellón Funerario? —preguntó Leir.

—En Ratharryn no quemamos a nuestros muertos —le explicó Saban—, sino que los dejamos en un pequeño templo para que los pájaros y los animales puedan comerse su carne. Después enterramos los huesos, o, si no, los ponemos en un túmulo.

Leir torció el gesto.

—Preferiría arder a que me devoraran.

—Mientras te reúnas con los antepasados —le dijo Saban—, ¿qué más da?

Volvieron el recodo de la colina y, un poco más adelante, en la ribera del río, encontraron una gran muchedumbre que empezó a entonar cánticos de bienvenida cuando apareció el primero de los barcos.

—¿Cuál es Lengar? —indagó Aureнна.

—No le veo —respondió Saban, y a medida que fue acercándose constató que Lengar no se encontraba allí. Estaban los hermanastros menores de Mereth y las hermanas de Saban, así como multitud de personas que recordaba y que cuando se aproximaba salieron a su encuentro y tendieron los brazos para tocarlo como si tuviera el poder de un hechicero. La última vez que lo habían visto era poco más que un chico, pero ahora se había convertido en todo un hombre, alto, barbado y erguido, de rostro endurecido y con un hijo propio. Se quedaron mirando a Aureнна con admiración, impresionados por su cabello dorado y su dulce rostro, milagrosamente incólume de las cicatrices de cualquier enfermedad. Lengar, le dijeron las gentes a Saban, seguía en Drewenna, y entonces se apartó la muchedumbre para dejar paso a Galeth. Ya estaba viejo y canoso. Tenía un ojo de color blanco lechoso, la espalda encorvada y la barba poco poblada. En primer lugar abrazó a Mereth, su primogénito, y después tomó entre sus brazos a Saban.

—¿Has regresado de una vez por todas? —preguntó Galeth a Saban.

—No lo sé, tío.

—Deberías quedarte —le dijo Galeth en voz queda—, quedarte y ser jefe.

—Ya tenéis jefe.

—Tenemos un tirano —replicó Galeth ferozmente, con las manos apoyadas en los hombros de Saban—. Tenemos un hombre al que le gusta más la guerra que la paz, un hombre que cree que toda mujer le pertenece. —Miró a Aureнна—. Llévatela, Saban —añadió—, y no la traigas hasta que te hayas convertido en jefe de esta tribu.

—¿Ha construido Lengar el templo?

—Está en proceso de construcción —respondió Galeth—, pero Camaban llegó en

primavera y se enzarzó en una discusión con Lengar. Camaban vino con Haragg y ambos dijeron que había que cambiar el templo, pero Lengar insistió en que debía terminarse tal como es porque le dará poder, de modo que Camaban y su compañero se marcharon. —Galeth volvió a mirar a Aureнна—. Llévate la, Saban. Llévate la. La verás y la tomarás para sí.

—Primero quiero ver el templo —replicó Saban, y llevó a Aureнна colina arriba, por un amplio sendero hollado en el prado con el paso de las narrias que transportaban las piedras desde el río. Kereval y sus hombres les siguieron, deseosos de ver el aspecto del templo en su nuevo hogar.

—Lengar nos asegura que es un gran templo de la guerra —contó Galeth, que cojeaba junto a Saban—. Cree que Slaol no es solo el dios del Sol, sino también el dios de la guerra. Le dije que ya teníamos un dios de la guerra, pero Lengar asegura que Slaol es el gran dios de la guerra y las matanzas. Cree que acabará su templo, Saban, y después someterá el mundo entero.

Saban sonrió.

—Es posible que el mundo no esté de acuerdo.

—Lengar consigue lo que desea —señaló Galeth, ceñudo, al tiempo que miraba de soslayo a Aureнна una vez más.

Saban palpó la cascara de avellana.

—Estaremos a salvo, tío —aseguró—, estaremos a salvo.

El sendero llevaba primero hacia el norte, ascendiendo entre campos cosechados, para pasar junto a los altos árboles tras los que estaba oculto el Pabellón Funerario, y después viraba hacia el oeste. Saban vio el gran muro de tierra de Ratharryn hacia su derecha. Mostró el terraplén a Leir y le explicó que allí era donde había crecido. Ahora había túmulos funerarios de antepasados a ambos lados, y Saban se hincó de rodillas y humilló la cabeza hasta tocar la hierba, en ademán de agradecimiento por la protección que le habían brindado a lo largo de los años.

Una vez pasados los túmulos, el sendero se dirigía hacia el sur para descender hacia un pequeño valle y luego iba a morir al sendero sagrado que Gilan había ordenado construir cuando llegaron las primeras piedras de Cathallo. La colina se pandeaba y, tal como ocurría en el sendero sagrado de Cathallo, se constituía en una doble encorvadura que ocultaba el templo hasta el último momento. Saban sintió que crecía la emoción en su interior a medida que ascendía entre la zanja y los márgenes de creta. Había visto por última vez el Templo de las Sombras en las alturas del valle de Sarmennyn, pero ahora iba a volverlo a ver, aunque trasladado como por arte de magia a través de un extenso territorio y un mar verde y frío. Aferró la mano a Aureнна y ella le devolvió una sonrisa de expectación compartida.

Lo primero que vieron del templo fue la única piedra solar restante, que se erigía cuan alta era en el sendero sagrado, y después aparecieron ante sus ojos los pilares emparejados en la entrada del santuario encarada al Sol, y cuando culminaron la pendiente de la colina vieron el templo ante sí.

La obra iba bastante avanzada. El pasillo de entrada con piedras adinteladas estaba acabado y también se había concluido la construcción de dos terceras partes del doble círculo de pilares, que rodeaba el centro del templo y estaba flanqueado por las cuatro piedras lunares. Saban calculó que solo habría que erigir unas treinta piedras más y vio que ya se habían cavado los huecos para esos pilares. A un lado del templo, a cierta distancia más allá de la zanja y los márgenes, aguardaban su colocación un montón de piedras de Sarmennyn. Lo único que faltaba para dar por terminada la construcción del templo era arrastrar aquellos pilares por el sendero elevado de la entrada y traer las últimas piedras desde el río. Pero ya estaba lo bastante próximo a su conclusión como para ver el aspecto que tendría el templo cuando se plantara la última piedra. Saban se detuvo junto a la piedra solar cubierta de líquen y contempló lo que él y Lewydd y tantos otros habían logrado a lo largo de los cinco años anteriores.

—¿Y bien? —le preguntó Galeth.

Saban no contestó. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento y estaba recordando el temor reverencial que le invadió al ver por vez primera el doble círculo tomar forma entre la niebla de Sarmennyn, y sin embargo, allí, en Ratharryn, no sentía ninguna clase de admiración. Creía que la visión del templo lo abrumaría, que tal vez cayera de rodillas en un espontáneo ademán de adoración, y sin embargo, en aquel emplazamiento, los dos anillos parecían más pequeños y sus piedras menguadas. En Sarmennyn, acunado por el tenebroso valle y asomado a una sima, las piedras cobraban un poder impresionante gracias al cielo ventoso, encaradas como estaban hacia un vasto territorio donde el Sol se ponía hundiéndose en la lejanía del mar. En Sarmennyn las piedras constituían una trampa para atrapar a un dios, pero aquí los pilares quedaban empuñados por los amplios pastos, y también por las siete piedras, más pálidas y de mayor altura, de Cathallo.

—¿Y bien? —volvió a indagar Galeth.

Saban no quería responder a la pregunta.

—Anoche nos atacaron —dijo en vez de hacerlo.

Galeth se llevó la mano a la ingle.

—¿Proscritos?

—No sabemos quién —aseguró Saban, y recordó las flechas con plumas negras.

—Los proscritos cada vez son más osados —dijo Galeth. Posó una mano sobre el brazo de Saban y bajó la voz—. Muchos han huido.

—¿De los proscritos?

—De Lengar —Galeth se inclinó hacia él—. Corren rumores, Saban, de que los espíritus de los muertos se han dado cita para matar a Lengar. La gente está asustada.

—Anoche no vimos ningún muerto —replicó Saban, y se adelantó para colocarse entre los pilares de la entrada llegados de Cathallo. Mientras que las piedras más altas de los nuevos círculos no eran más altas que el propio Saban, y algunas alcanzaban incluso menor altura, tuvo que echar la cabeza atrás para mirar la cima de aquellas

piedras—. ¿Qué dijo Camaban del templo? —le preguntó a Galeth.

—Quería que lo rehiciéramos —respondió Galeth, y meneó la cabeza de lado a lado—. No sé qué más quería, pero desde luego no parecía satisfecho. Lengar le gritó, se enzarzaron en una discusión, y Camaban y su compañero se fueron.

—Así es como estaba en Sarmennyn —dijo Saban, contemplando todavía las piedras.

—¿Estás desilusionado? —indagó Aureнна.

—No es mi desilusión lo que importa —contestó Saban—, sino lo que piense Slaol. —Ahora miraba más allá del templo, hacia los túmulos funerarios al sur arracimados en la cresta de la colina. Había algunos de nueva planta, con sus flancos de creta blancos bajo la luz del Sol, y supuso que una de aquellas tumbas más recientes pertenecía a su padre—. ¿Dónde está ahora Camaban? —preguntó a su tío.

—No le hemos visto en todo el verano —respondió el anciano.

—Me instó a que viniera para acabar el templo —le informó Saban.

—¡No! —insistió Galeth con vehemencia—. Debes irte, Saban. Coge a tu mujer, y marchaos. —Se volvió hacia Aureнна—. No dejes que os retenga aquí, te lo ruego.

Aureнна sonrió.

—Es nuestro deber estar aquí. Erek... —se corrigió—, Slaol quiere que estemos aquí.

—Camaban insistió en que viniéramos —recalcó Saban.

—Pero ahora no está —apuntó Galeth—. Hace cuatro lunas que no está aquí. Deberíais seguirle.

—¿Adónde? —inquirió Saban.

Llevó a Aureнна en torno al margen del templo, siguiendo el pequeño ribazo en la parte exterior de la zanja, hasta que llegaron al lugar donde se sentara sobre la hierba con Derrewyn en aquel lejano día tras sus pruebas. Recordó que la joven había trenzado una guirnalda de margaritas, y de pronto lo abrumó la tristeza propiciada por la sensación de que aquellos cinco años de trabajo habían sido en vano. Habían trasladado el templo, pero Slaol nunca se sentiría atraído por aquellos pedruscos. La mayor parte apenas si alcanzaban la estatura de un niño. El templo tenía como objetivo atraer al dios a la Tierra, pero aquel conjunto de piedras pasaría desapercibido a la mirada de Slaol igual que una hormiga al ojo del águila. No era de extrañar, pensó Saban, que Camaban se hubiera ido, pues todo su trabajo había sido en vano.

—Tal vez deberíamos regresar a casa —le dijo a Aureнна.

—Pero Camaban insistió en que... —comenzó esta.

—¡Camaban se ha ido! —replicó Saban con aspereza—. Se ha ido, y no hay necesidad de que nos quedemos si no está aquí. Regresaremos a nuestro hogar en Sarmennyn. —La música de Sarmennyn se había convertido en su música, las historias de su tribu en las suyas, su idioma en su lengua, y no sentía ningún vínculo con aquel arredrado lugar y su raquíptico templo. Dio media vuelta y regresó hacia

donde estaba Kereval junto a la piedra solar—. Con tu permiso —le dijo Saban al jefe—, regresaré a casa contigo.

—Me entristecería que no lo hicieras —respondió Kereval con una sonrisa. El jefe tenía ya el cabello entrecano y andaba encorvado, pero había vivido lo suficiente para cumplir su palabra y eso lo llenaba de satisfacción.

—Pero no regresaremos —terció Scathel—, hasta que nos devuelvan el oro y los demás tesoros.

—Mi hermano está al tanto de ello —aseguró Saban, y justo en ese momento un grito de advertencia le hizo darse la vuelta para ver que habían aparecido seis jinetes entre los túmulos funerarios al sur. Todos blandían lanzas y llevaban colgados a la espalda los arcos cortos de los extranjeros, y todos eran guerreros que, tiempo atrás, habían acudido a Ratharryn para ayudar a Lengar a hacerse con la jefatura. El cabecilla era Vakkal. Su rostro presentaba las cicatrices cenicientas de Sarmennyn, pero sus brazos lucían ahora las marcas azules de Ratharryn. Era un hombre de elevada estatura, con un rostro curtido y una barba negra y rala con un veta canosa. Vestía una túnica de cuero reforzada con tiras de bronce, llevaba una espada de bronce al cinto y colas de zorro entreveradas en su largo cabello trenzado. Desmontó al llegar a la altura de Kereval y se hincó de rodillas en señal de sumisión.

—Lengar te envía saludos —anunció Vakkal al jefe.

—¿Viene tras tus pasos? —preguntó Kereval.

—Llegará mañana —aseguró Vakkal, y luego se hizo a un lado mientras sus cinco guerreros extranjeros se acercaban a saludar a su jefe. Saban vio apartarse a las gentes de Ratharryn para dejar paso a los hombres, y reparó en que retiraban precipitadamente como si de pronto trajera mala suerte estar cerca de un lancero. Vakkal miraba de hito en hito a Aurena, que, incomoda ante su escrutinio, se acercó a Saban—. No te conozco —le dijo Vakkal a Saban en tono de desafío.

—Nos vimos en una ocasión —respondió Saban—, la primera vez que viniste a Ratharryn.

Vakkal sonrió, aunque sus ojos oscuros no reflejaron ninguna alegría.

—Eres Saban —afirmó—, el asesino de Jegar.

—Y mi amigo —dijo Kereval en tono bien audible.

—Todos somos amigos —aseguró Vakkal, sin apartar la mirada de Saban.

—¿Nos trae Lengar el oro? —exigió saber Scathel.

—Así es —contestó Vakkal, desviando por fin la mirada de Saban—. Trae el oro, y hasta que llegue no pide sino que tú y tus hombres seáis sus huéspedes. —Se volvió e hizo un gesto en dirección a Ratharryn—. Dice que sois bienvenidos en su casa y que se celebrará una fiesta en vuestro honor.

—¿Y recibiremos el oro? —preguntó Kereval con claros signos de ansiedad.

—En su totalidad —prometió Vakkal con una sonrisa sincera—, en su totalidad.

Kereval se hincó de rodillas en ademán de gratitud. Había enviado un templo y mantenido la promesa a su dios, y ahora los tesoros iban a ser devueltos a la tribu.

—Mañana —anunció satisfecho—, mañana cogeremos nuestro oro y regresaremos a casa.

A casa, pensó Sabán, a casa. Mañana. Habría acabado todo y podrían regresar a casa.



CAPÍTULO 14

Ratharryn había crecido. Había más del doble de chozas que cuando partió Saban. De hecho, había tantas que ahora ocupaban más de la mitad del espacio dentro del muro circundante y se había construido todo un nuevo asentamiento al otro lado del terraplén, en las tierras altas cerca del templo de madera de Slaol. Sin embargo, el cambio más impresionante era que el templo de Lahanna había sido sustituido por un gran edificio con techumbre de paja.

—Antes era el templo —le dijo Galeth a Saban—, pero ahora es la residencia de Lengar.

—¿Su residencia? —Saban estaba indignado. Le parecía un escándalo transformar un templo en una residencia.

—Derrewyn adora a Lahanna en Cathallo —explicó Galeth—, de modo que Lengar decidió insultar a la diosa. Abatió la mayor parte de los postes, lo cubrió y ahora celebra allí sus banquetes. —Galeth había hecho pasar a Saban a través de la inmensa entrada de la cabaña hasta un interior cavernoso mucho más alto y amplio que el gran edificio de Kereval en Sarmennyn. Quedaban una docena de los postes del Viejo Templo, solo que ahora sostenían una alta techumbre de paja que ascendía hacia un agujero en el ápice por donde salía el humo, aunque la abertura apenas resultaba visible debido a la multitud de lanzas y calaveras ennegrecidas por el humo que colgaban de las vigas—. Las lanzas y los cráneos de sus enemigos —le dijo Galeth a Saban en voz queda—. No me gusta este lugar.

A Saban le pareció abominable y sin duda pensó, Lahanna, buscaría vengar la profanación de su santuario. La residencia era tan grande que podía albergar a todos los hombres de Kereval, un centenar largo, sobre el suelo recubierto de juncos y helechos. Aquella noche cenaron todos allí y se dieron un banquete de cerdo, trucha, lucio, pan, acedera, champiñones, peras y moras. Saban y Aurrena comieron en la choza de Galeth, donde escucharon relatos acerca del mandato de Lengar. Oyeron historias sobre incursiones interminables, la matanza de forasteros, el enriquecimiento de los guerreros y la reducción a esclavos de innumerables miembros de tribus vecinas, y Cathallo, dijo Galeth, había resistido en todo momento.

«Quienes aborrecen Ratharryn —aseguró—, se alían con Cathallo». De modo que Cathallo y Ratharryn seguían luchando, aunque era la tribu de Ratharryn la que más se adentraba en territorio enemigo. Ningún muchacho se convertía en hombre en Ratharryn a menos que trajera una cabeza que sumar a las que tenía Lengar en su gran cabaña.

—Hoy en día, no basta con sobrevivir en los bosques —le informó Galeth—. Un chico también debe demostrar su valor en la batalla, y, si se le considera un cobarde, pasará todo un año vestido de mujer. Deberá acuclillarse para mear e ir a por agua con las esclavas. Hasta sus propias madres los desprecian. —Meneó la cabeza de lado a lado y profirió un lamento.

—Y, sin embargo, Lengar está construyendo el templo, ¿no es así? —preguntó Aureнна, asombrada de que un hombre al que tanto apasionaba la guerra erigiera un templo que tenía como objetivo dar comienzo a una era de paz y dicha.

—Es un templo de la guerra —le recordó Galeth—. Proclama que Kenn y Slaol son uno y el mismo.

—¿Kenn? —inquirió Aureнна.

—El dios de la guerra —le aclaró Saban.

—Slaol es Kenn y Kenn es Slaol —explicó Galeth, negando con la cabeza—. Pero Lengar también asegura que un gran líder debe tener un gran templo, y por tanto se jacta de que ha arrebatado un templo que se encontraba en el otro extremo del mundo.

—¿Que lo ha arrebatado? —preguntó Aureнна con el ceño fruncido—. Lo ha trocado por el oro.

—Lo está construyendo para glorificarse a sí mismo —señaló Galeth—, aunque corren rumores de que el templo no se terminará nunca.

—¿Qué rumores son esos?

El anciano se meció adelante y atrás. La hoguera le iluminaba el rostro desvaído y proyectaba su sombra en el envés de la techumbre de paja.

—Se han observado presagios —dijo en un susurro—. Hay más proscritos que nunca entre los árboles y cada vez son más osados. Lengar dirigió a todos sus lanceros en una batida contra ellos, pero no encontraron sino cadáveres colgados de los árboles. Dicen que los proscritos tienen un jefe, y ahora nuestros lanceros no se atreven a enfrentarse a ellos a menos que les acompañe un sacerdote para obrar encantamientos y hechizos. —Lidda, la esposa de Galeth, que ahora estaba achacosa y desdentada, lanzó un grito e introdujo la mano debajo de la piel que vestía para tocarse la ingle—. Han muerto niños sanos —continuó Galeth—, y un rayo alcanzó el templo de Arryn y Mai. Uno de sus postes ha quedado ennegrecido y astillado.

Lidda lanzó un suspiro.

—Se han visto cadáveres andando más allá del Templo del Cielo —gimió—, y no tenían sombra.

—Ahora no es un Templo del Cielo —señaló Saban con amargura. El

achaparrado círculo de los mojones de Sarmennyn había acabado con la levedad etérea de las primeras piedras. No era siquiera un Templo de las Sombras, sino un engendro arrumbado fuera de lugar.

—Talaron un fresno en el bosque y lloró igual que un niño agonizante —les contó Galeth—. Aunque yo no lo oí —añadió—. Las hachas están desafiladas antes de utilizarlas.

—La Luna salió con un color como el de la sangre —perseveró Lidda en su lamento—, y un tejón mató un perro. Nació una criatura con seis dedos.

—Hay quien dice —Galeth bajó la voz y miró cauteloso a Aureнна—, que el templo de los extranjeros ha traído la mala fortuna. Y cuando vino Camaban en primavera, dijo que había que reconstruir el templo, que todo estaba equivocado.

—¿Y Lengar se mostró en desacuerdo? —preguntó Saban.

—Lengar dice que Camaban ha perdido la cabeza —aseguró Galeth—, y que los enemigos de Slaol intentan evitar que se culmine la construcción del templo. Llamó a Camaban enemigo de Slaol. De modo que Camaban se fue.

—¿Y los sacerdotes? —indagó Saban—. ¿Qué dicen?

—No se manifiestan. Temen a Lengar. Mató a uno de ellos.

—¿Mató a un sacerdote? —preguntó Saban, escandalizado.

—El sacerdote intentó impedir que convirtiera el templo de Lahanna en una choza, de modo que Lengar acabó con él.

—¿Y Neel? —se interesó Saban—. ¿Qué hizo?

—¡Neel! —bufó Galeth al oír el nombre del sumo sacerdote—. No es sino un acólito de Lengar. —Galeth se volvió hacia Aureнна—. Tienes que marchar, señora, antes de que regrese Lengar.

—Lengar no se atreverá a tocarme —replicó Aureнна en la lengua de Ratharryn, que había aprendido de Saban.

—Estamos en compañía de guerreros de Sarmennyn —le explicó Saban—, y la protegerán. —Palpó la cascara de avellana que llevaba debajo de la túnica.

Galeth recibió la afirmación con un gesto de duda.

—Cuando mi hermano era jefe —le dijo a Aureнна—, reinaba la felicidad.

—Reinaba la felicidad —repitió Lidda como un eco.

—Vivíamos en paz —aseguró Galeth—, o al menos lo intentábamos. Había hambre, claro, siempre la hay, pero mi hermano sabía distribuir los alimentos. Sin embargo, ha cambiado todo; ha cambiado todo.

A la mañana siguiente, bajo un cielo despejado y un cálido Sol, un centenar de hombres trasladaron la piedra madre a la orilla y la subieron haciendo palanca a una narria a la que iban atados dieciséis bueyes. Mientras las bestias arrastraban la piedra desde la ribera del río, Galeth llevó a Saban y Aureнна al Templo del Cielo y les preguntó dónde debía colocarse el pilar. Fue Aureнна quien decretó que debía erigirse solo en el centro del doble anillo y frente a la puerta dintelada del Sol. De ese modo, dijo, el Sol naciente del solsticio de verano tocaría la piedra madre como símbolo de

la unión entre la Tierra y el Sol. No había otra persona para tomar esa decisión, de modo que Galeth ordenó a una docena de hombres que cavaran un hoyo donde había indicado Aureнна.

Galeth observó cómo retiraban la hierba y arremetían con picos de cuerna contra la capa de creta que yacía debajo.

—Ya no puedo cavar —confesó a Saban—. Me duelen los huesos. Ni siquiera puedo utilizar el hacha.

—Ya has trabajado bastante —le animó Saban.

—Un hombre que no trabaja, no debería comer, ¿eh? —dijo Galeth, y se volvió para seguir con la vista a los bueyes que arrastraban la piedra madre, cuya longitud era tal que sobresalía de la narria por ambos extremos. Detrás iban tres piedras de menor tamaño en narias tiradas por hombres—. Son todos esclavos —le dijo a Saban—. Nuestros hombres realizan constantes incursiones en busca de esclavos y comida. Ahora traficamos con esclavos para que Lengar se enriquezca.

Resonó un cuerno hacia el sur. El ruido era atronador pero trémulo, debido al cálido viento otoñal. Saban lanzó una mirada penetrante a Galeth, que asintió.

—Tu hermano —dijo en tono hastiado.

Saban cruzó los márgenes y la zanja en dirección a Aureнна. La rodeó con un brazo y colocó la otra mano sobre el hombro de su hijo. Resonó otra vez el cuerno y se produjo un largo silencio. Saban observó la creta más próxima, cuya superficie se veía interrumpida por los lomos de las tumbas. Más allá, borrosos debido a la calina, los árboles oscurecían el lejano horizonte.

Aguardaron sin que apareciera nada en la cima. Una ráfaga de viento levantó el largo cabello de Aureнна e hizo que la hierba se combara, como recorrida por una ola, volviéndola pálida durante un momento para después recobrar su tono pardo. Lalic se meneaba en los brazos de su madre, y Aureнна tranquilizó a la criatura. Los hombres que cavaban el hoyo para la piedra madre habían dejado caer los picos de cuerna y miraban en dirección al sur. Hasta los bueyes que tiraban del mojón se habían detenido con la cabeza gacha y los flancos sangrantes a causa de los agujadas con que los hostigaban. Un halcón planeó sobre el sendero sagrado y su negra sombra se proyectó nítida y fugaz a un tiempo sobre los ribazos de creta.

—¿Viene un hombre malo? —le preguntó Leir a su padre.

Saban esbozó una sonrisa.

—Es tu tío —le dijo, revolviéndole el cabello—, y debes dirigirte a él con respeto.

Resonó una vez más el cuerno de buey, mucho más fuerte y próximo, y Leir se estremeció bajo la mano de su padre ante el estruendo, del toque, aunque en la cima de la colina seguía sin asomar nada. El cuerno de buey resonó por cuarta vez y un hombre subió a la carrera a uno de los túmulos funerarios. Llevaba una larga asta de la que colgaba un estandarte de rabos de zorro y colas de lobo. El portaestandarte llevaba un manto de piel de lobo sin recortar y el hocico del lobo asomaba por

encima de su cabeza como un segundo rostro. Se irguió, perfilado en contraste con el cielo, y meció el estandarte. Un instante después toda la cima se llenó de hombres.

Habían llegado en una larga hilera, y, si su intención había sido causar impresión, lo habían logrado. La cresta estaba despoblada, y en un abrir y cerrar de ojos la había tomado toda una línea de batalla de lanceros; tantos que Saban cayó en la cuenta de que debía de tener ante sí una combinación de los ejércitos de Ratharryn y Drewenna. Sus lanzas constituían un seto mellado y su repentino griterío amedrentó a Lalic. Era una demostración de inmenso poderío, solo que este ejército no se encontraba formado frente a un enemigo, sino ante el hogar del propio Lengar. Lengar debía de saber que Cathallo oiría a su horda y quería que temiesen su fuerza.

El propio Lengar, alto y cubierto con un manto, lanza en mano y con una espada al cinto, apareció en el centro de su ejército. Lo rodearon una docena de hombres, sus jefes guerreros, y a su lado, bajo y rechoncho en comparación, se encontraba Kellan, jefe de Drewenna y siervo de Lengar. El caudillo permaneció un instante inmóvil, y a continuación dio a su escolta orden de avanzar.

—¿Cómo alimentan a todos esos hombres? —Se maravilló Aureнна en voz alta.

—En verano es fácil —explicó Saban—. Hay ciervos y cerdos. Más cerdos de los que puedas imaginar. La región nada en la abundancia. En invierno —continuó—, saquea a los vecinos.

Lengar vio a Saban y se desvió bruscamente hacia él. El jefe de Ratharryn vestía su larga túnica de cuero reforzada con placas de bronce, un manto de lana colgaba de sus hombros y llevaba en la mano una enorme lanza con punta de bronce pulido. Del asta de la lanza colgaban tiras de piel de zorro, y llevaba bandas semejantes enrolladas en torno a piernas y brazos. Lucía plumas de águila entreveradas con el cabello untado de aceite, de forma que le quedara pegado al cráneo, lo que a Saban le trajo a las mientes aquel lejano día en que había muerto el forastero y Lengar le había perseguido hasta el asentamiento. Mientras las cicatrices de muerte se prolongaban ahora para cubrir el dorso de las manos y los dedos de Lengar, los cuernos tatuados en el raballo de ambos ojos dotaban su mirada de una intensidad aterradora. Saban notó que Leir se estremecía involuntariamente y le palmeó la cabeza con suavidad para tranquilizarlo.

Lengar se detuvo a unos pasos de ellos. Durante un instante, se quedó mirando fijamente a Saban, y después dijo en tono burlón:

—Hermanito, creía que no ibas a atreverte a volver a casa.

—¿Por qué iba alguien a tener miedo de regresar a casa? —replicó Saban.

Sin embargo, Lengar ya no le escuchaba, sino que miraba a Aureнна de hito en hito. Seguía siendo tan alta, delgada y garbosa como el día que la conociera Saban, una mujer que aún podría haber hecho cruzar los mares a jefes de tribus, y devolvió la mirada a Lengar con toda tranquilidad mientras este parecía auténticamente asombrado, como si no diera crédito a lo que veían sus ojos. No apartaba la mirada de Aureнна, la devoró con los ojos de abajo arriba y después en sentido contrario.

—¿Es esta Aureнна? —preguntó.

—Mi esposa, Aureнна —respondió Saban, sin apartar el brazo que rodeaba a su mujer.

—Gundur me dijo la verdad —masculló Lengar.

—¿Sobre qué? —inquirió Saban.

Lengar seguía con los ojos clavados en Aureнна.

—Sobre tu mujer, claro —respondió sin miramientos.

Sus jefes guerreros estaban a su espalda, como mastines atados, todos ellos de gran estatura y con largas lanzas, largos mantos, largas melenas trenzadas y luengas barbas, y ellos también miraban con avidez a la alta y rubia mujer de Sarmennyn. Al cabo, Lengar hizo un esfuerzo por desviar la mirada de Aureнна.

—¿Es tu hijo? —preguntó Angar, al tiempo que indicaba con un gesto de cabeza a Leir.

—Se llama Leir, hijo de Saban, hijo de Hengall.

—¿Y esa criatura es hija tuya? —Lengar asintió en dirección a Lallic, que seguía en brazos de Aureнна.

—Se llama Lallic —respondió Saban.

Una sonrisa burlona iluminó el rostro de Lengar.

—¿Solo un hijo, Saban? Yo tengo siete. —Miró otra vez a Aureнна—. Podría darte muchos hijos.

—Estoy satisfecha con el hijo de tu hermano —replicó con firmeza Aureнна.

—El hijo de mi hermanastro —respondió Lengar, en tono de mofa—; y si el chico muriera, tu vida habrá sido en vano. ¿De qué sirve una mujer que solo alumbró un hijo? ¿Alimentarías a una cerda que solo pariera un cochinito? Y los hijos mueren. —Seguía con la mirada fija en Aureнна; de hecho, parecía incapaz de mirar a otra parte. La repasó de arriba abajo sin molestarse en disimular su admiración—. ¿Recuerdas, Saban —preguntó sin desviar la mirada de Aureнна—, que nuestro padre siempre nos decía que nos casáramos con chicas amplias de caderas? Las mujeres son como las reses, solía decir. No merece la pena conservar las delgadas. Sin embargo, tú la escogiste a ella. Tal vez tendrías más hijos si sigueses el consejo de Hengall.

—No quiero ninguna otra esposa —respondió Saban.

—Ahora que estás en Ratharryn, harás lo que se te ordene, hermano —le espetó Lengar. Se volvió y señaló con la lanza hacia una tumba reciente en la apaisada cima—. Ese es el túmulo de Jegar. ¿Crees que le he olvidado?

—Un hombre debe recordar a sus amigos —aseguró Saban.

Ahora la lanza señalaba a Saban.

—Debes a la familia de Jegar el precio de una muerte. Serán muchos bueyes, muchos cerdos. Se lo tengo prometido.

—¿Y cumples tus promesas? —le interpeló Saban.

—Tú cumplirás esta —afirmó—, o te arrebataré algo de gran valor, hermano. —Miró a Aureнна e hizo un esfuerzo por sonreír—. Pero no discutamos. Hoy es un día

para regocijarse. Has regresado, has traído las últimas piedras y se pondrá fin a la construcción del templo.

—Y tú devolverás los tesoros robados a nuestra tribu —le recordó Aureнна.

A Lengar se le torció el gesto. No le gustaba que una mujer le dijera lo que tenía que hacer, pero dio su conformidad con un asentimiento.

—Devolveré los tesoros —afirmó secamente—. ¿Se encuentra aquí Kereval?

—Está en el asentamiento —le informó Saban.

—Entonces, no deberíamos hacerle esperar. Vamos. —Lengar extendió los brazos para invitar a Aureнна a seguirle, pero ella se negó a apartarse de Saban, y Lengar prefirió no darse por airado.

Los lanceros pasaron en tropel por delante de Saban y su esposa.

—Creo que deberíamos irnos ahora —murmuró Saban—. Deberíamos marcharnos sin más ni más.

Aureнна negó con la cabeza.

—Tenemos que permanecer aquí —le recordó.

—Únicamente porque Camaban nos dijo que viniéramos —protestó Saban—. Pero se fue. Huyó. Deberíamos seguir su ejemplo.

—Erek... Slaol nos ordenó que viniéramos. Con Camaban o sin él, es aquí donde debo estar. —Desvió la mirada hacia las achaparradas piedras del templo inacabado—. Slaol se ha manifestado con más claridad en mis sueños —dijo en un susurro—, y quiere que me quede aquí. Por eso me perdonó la vida, para traerme aquí. —Saban quería discutir, pero era inútil contravenir los deseos de un dios. Él no hablaba a ninguna deidad en sueños Aureнна se volvió y torció el gesto con la mirada puesta en la muchedumbre de lanceros que marchaban hacia el asentamiento—. ¿Para qué necesita tu hermano tantos hombres? —preguntó.

—Para atacar Cathallo —aseguró Saban—. Hemos llegado a tiempo de ver una guerra.

Regresaron paseando al asentamiento. Unos chicos conducían una piara de cerdos desde el bosque a un claro cercano al antiguo templo de Slaol, donde estaban dando muerte a las bestias. Las mujeres y los niños separaban la carne de los huesos, mientras los perros merodeaban agazapados entre ellos con la esperanza de hacerse con las asaduras, pero las estaban majando en morteros para mezclarlas con cebada y embutirlas en los intestinos de los cerdos que luego asarían sobre las brasas. Los chillidos de los animales agonizantes eran constantes, y la sangre, con su intenso olor acre, suficiente para correr pendiente abajo en pequeños riachuelos que los perros hambrientos acudían a lamer. En el interior del asentamiento la fetidez era peor incluso, porque las mujeres estaban mezclando en vasijas el veneno glutinoso con que irían untadas las puntas de las lanzas de los guerreros en su ataque a Cathallo. Otras mujeres preparaban el banquete de la noche. Desplumaban gansos, asaban cerdos y pulverizaban cereales en molinillos de mano. Los fosos de los curtidores, rebosantes de heces y orina, aportaban su hediondez. Los hombres ataban puntas de sílex a los

astiles de las flechas y martillaban los filos de las lanzas para hacerlos más cortantes.

Aurena se fue a la choza de Galeth para dar de comer a los niños, mientras Saban se paseaba por el asentamiento en busca de viejos amigos. Fue a visitar el templo de Arryn y Mai, donde se maravilló ante el poste ennegrecido y astillado que había resultado alcanzado por un rayo, y se topó con Geil, la viuda más anciana de su padre, que posaba un montoncillo de plumosas flores de helecho a la entrada del templo. La anciana abrazó a Saban y se echó a llorar.

—No deberías haber regresado —sollozó—. Mata todo lo que le desagrada.

—Habría merecido la pena volver —aseguró Saban—, solo para verte.

—No sobreviviré al próximo invierno —se lamentó la anciana, mientras se enjugaba las lágrimas con la punta de un mechón de pelo blanco—. Tu padre era un buen hombre. —Se quedó mirando las flores que había posado junto a los mojones de la entrada—. Mueren todos nuestros hijos —añadió apesadumbrada; suspiró, y se fue cojeando hacia su choza.

Saban entró en el templo y apoyó la frente contra un poste que Galeth y él habían levantado muchos años antes. Entonces ni siquiera era un hombre todavía. Cerró los ojos y tuvo una fugaz visión de Derrewyn saliendo del río desnuda y con el cabello empapado. ¿Acaso le había enviado la visión Mai, la diosa del río? ¿Y qué significaba? Rogó a Mai que librara a su familia de todo peligro, y golpeó el poste con los nudillos para llamar la atención de la diosa sobre el ruego que acababa de hacer, cuando un grito le hizo darse media vuelta.

—¡Saban! —Era la voz de Lengar—. ¡Saban!

Lengar se acercaba a largas zancadas por entre las cabañas, con dos lanceros que a todas luces eran sus guardias.

—¡Saban! —volvió a gritar Lengar. En ese momento vio a su hermano en el templo y apresuró el paso hacia él. Las gentes que estaban en las inmediaciones del templo se hicieron a un lado.

Lengar estaba furioso. Su mano derecha reposaba sobre la empuñadura de madera de la espada de bronce que llevaba al cinto.

—¿Por qué no me dijiste que robaron una de las piedras por la noche? —exigió saber.

Saban se encogió de hombros.

—Fue obra de hombres que lanzaban flechas con plumas negras —respondió—. ¿Por qué iba a decirte lo que ya sabes?

Lengar reaccionó como si la noticia lo cogiera de improviso.

—¿Insinúas que...?

—Ya sabes lo que insinúo —le interrumpió Saban.

Lengar le hizo callar de un grito.

—He hecho un trato con Sarmennyn —bufó—. Y ese trato consistía en que me trajeran todo un templo. No una parte del mismo.

—Fueron tus hombres quienes se llevaron la piedra —le acusó Saban.

—¡Mis hombres! —replicó con desprecio—. Mis hombres no hicieron nada. La piedra la perdiste tú. —Propinó un puñetazo en el pecho a Saban—. ¡La perdiste tú, Saban!

Los dos lanceros observaban a Saban con recelo por si respondía a la ira de su hermano con la suya propia, pero Saban se limitó a menear la cabeza apesadumbrado.

—¿Crees que te han engañado porque falta una piedra? —preguntó—. ¿Una piedra entre tantas?

—Si te corto la polla, hermano, ¿no la echarías de menos? Sin embargo, no es más que un trocito de carne —le espetó Lengar—. Dime, cuando te atacaron esos hombres de las flechas con plumas negras, ¿mataste alguno? ¿Cogiste algún prisionero?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes quiénes eran?

—No lo sé —confesó Saban—, pero solo se utilizan flechas con plumas negras en Ratharryn. En Cathallo mezclan las plumas azules de los arrendajos con las negras de los cuervos, y en Drewenna confeccionan las flechas con una mezcla de plumas blancas y negras.

—No lo sabes —se mofó Lengar—, porque no les plantaste cara, ¿no es así? —Apartó de un tirón el dobladillo superior de la túnica de Saban—. ¿Solo dos cicatrices, Saban? ¿Sigues siendo un cobarde?

—Una cicatriz es la de Jegar —respondió Saban en tono desafiante—, y a él no le parecí cobarde.

Sin embargo, Lengar no mordió el anzuelo. En vez de eso, había encontrado la cáscara de avellana colgada del cordel de cuero y, antes de que Saban tuviera oportunidad de detenerlo, se la sacó de debajo de la túnica.

—Cathallo esconde sus hechizos en el interior de cáscaras de avellana —dijo en una voz peligrosamente queda, y levantó la mirada hacia los ojos de Saban—. ¿Qué amuleto es este?

—Representa una vida.

—¿La de quién?

—Es el hueso del hueso de alguien —continuó Saban—, y la carne de su carne.

Lengar vaciló mientras sopesaba la respuesta, y a continuación dio un fuerte tirón al cordel de cuero. Saban se vio arrastrado hacia delante, pero la cáscara se separó de su cuello.

—He preguntado de quién es esta vida —insistió.

—Tuya, hermano —respondió Saban.

Lengar sonrió.

—¿Creías, hermanito, que esta cascara de avellana protegería a tu mujer?

—A Aurenna la protegerá Slaol.

—Pero este hechizo, hermanito —dijo Lengar, alzando la cascara delante de los ojos de Saban—, no proviene de Slaol, sino de Lahanna. ¿Volviste a rastras a

Derrewyn?

—No volví a rastras —replicó Saban—. Regresé con un regalo para ella.

—¿Un regalo a mi enemigo?

—Le entregué la cabeza de Jegar —continuó Saban. Era consciente del peligro que encerraba provocar a Lengar, sobre todo teniendo en cuenta que no iba armado, pero no pudo evitarlo.

Lengar dio un paso atrás y llamó a Neel, el sumo sacerdote, a voz en grito.

—Neel. Ven aquí. ¡Neel!

El sacerdote salió agachado por la puerta de su choza. Cojeaba debido al flechazo que había recibido en el muslo la noche que Lengar matara a Hengall. Llevaba el cabello emplastado con barro seco, un collar de huesos en torno al cuello y de su cinturón colgaban bolsitas de cuero en las que guardaba hierbas y amuletos. Hizo una reverencia ante Lengar, que le entregó la cáscara de avellana.

—Es un hechizo contra mi vida —le explicó Lengar—, obra de Derrewyn. Dime cómo lo hizo.

Neel lanzó una mirada nerviosa a Saban y luego sacó una pequeña hoja de sílex de un saquete y cortó las fibras de tendón que mantenían cerrada la cáscara. Separó las dos mitades y olió el contenido. Torció el gesto debido al hedor y tocó el minúsculo hueso con la yema de un dedo.

—Debe de pertenecer a la criatura de Derrewyn —decidió.

—También era mi hijo —señaló Lengar.

—Derrewyn lo mató —dijo Neel—, y utilizó sus huesos y su carne para lanzar una maldición contra ti.

—¿Una maldición de Lahanna?

—No recurriría a ningún otro dios —confirmó Neel.

Lengar volvió a coger la cáscara y juntó minuciosamente sus dos mitades.

—¿Funcionará? —le preguntó al sacerdote.

Neel vaciló.

—Lahanna no tiene ningún poder en nuestro territorio —respondió azogado.

—Eso me dices una y otra vez —replicó Lengar—. Ahora podremos poner a prueba tu opinión. —Miró a Saban—. Para matarme, hermanito, ¿qué debes hacer? ¿Aplastarlo?

Saban no dijo nada y Lengar rompió a reír.

—Algún día echaré tu carne a los cerdos y utilizaré tu cráneo como orinal.

Las palabras eran desafiantes, pero su rostro delató cierto nerviosismo mientras colocaba la cáscara entre la base de ambos pulgares y empezaba a ejercer presión. Se detuvo, a toda luces preguntándose si su desafío a la diosa era lo más adecuado, pero Lengar no había convertido Ratharryn en una tribu temida a base de ser cauto. Un hombre debía correr riesgos si quería alcanzar la grandeza, y Lengar estaba dispuesto a apostar su vida por una recompensa lo bastante grande, de modo que volvió a apretar. Le hizo falta más fuerza de lo que esperaba, pero al cabo cedió la cáscara y el

amuleto quedó aplastado. Mantuvo los fragmentos pegajosos entre las manos y contuvo la respiración, a la espera. No ocurrió nada.

Lanzó una tenue risilla y juntó cuidadosamente los restos del amuleto sobre la palma de una mano para entregárselos a Neel.

—Échalos a la hoguera más cercana —ordenó, y siguió con la vista al sacerdote, que se llegó obediente al fuego de cocina más próximo y lanzó el amuleto a las llamas. Se produjo una pequeña llamarada y la grasa chisporroteó un instante. Lengar seguía con vida.

—¿Por qué iba a preocuparme la maldición de Lahanna? —inquirió Lengar a gritos—. Vivo en su templo y no hace nada al respecto. ¡Somos el pueblo de Slaol! ¡El pueblo de Kenn! —Lo dijo a voz en cuello, lo que hizo que los presentes le miraran con nerviosismo, mientras se frotaba las palmas de las manos—. Mira lo que me importa la maldición de Derrewyn —se jactó ante Saban—. ¿O acaso estoy muerto?

A Neel le hizo gracia la chanza.

—No estás muerto —gritó el sumo sacerdote.

Lengar se palpó el cuerpo a fuertes manotazos.

—Me parece que sigo vivo.

—Lo estás —afirmó el sacerdote entre risotadas.

—Pero Derrewyn sufre, ¿no es así? —le preguntó Lengar al sacerdote.

—Desde luego —respondió Neel—. Claro que sí. Sufre. —Se contorció para demostrar el dolor que debía estar atormentando a Derrewyn—. ¡Sufre!

—Y Saban se ha llevado una decepción —señaló Lengar en tono lastimero, y lanzó a su hermano una mirada tan aterradora que Saban temió que sacara la espada y se la enterrara en el vientre. Sin embargo, sorprendentemente, Lengar sonrió—. Voy a hacerte una propuesta, hermanito. Tengo razones para matarte, pero ¿qué mérito hay en matar a un cobarde? Por tanto, voy a dejarte regresar a Sarmennyn con el rabo entre las piernas; pero si vuelvo a verte la cara, te cortaré el cuello.

—No hay nada que desee más que regresar a Sarmennyn —dijo Saban.

—Pero te irás sin tu esposa —matizó Lengar—. Y para que no te quede mal sabor de boca, hermano, te la compraré. Su precio es el coste de la vida de Jegar.

—Aurena no está en venta —respondió Saban—, y su gente es el pueblo de Sarmennyn. ¿Crees que se avendrán a desprenderse de ella para saciar tu apetito?

Lengar recibió la pregunta con una mueca burlona.

—Lo que creo, hermanito, es que esta noche tu esposa será mía, y que tú mismo la traerás ante mí. —Lengar le hincó un dedo en el pecho—. ¿Me has oído? La traerás ante mí. Olvidas, Saban, que te encuentras en Ratharryn, donde yo ostento el mando y soy el favorito de los dioses. —Hizo ademán de darle la espalda, pero luego se volvió con una sonrisa en los labios—. O podrías erigirte en jefe. Lo único que tienes que hacer es matarme. —Esperó un instante, como si esperara que Saban fuese a atacarle, y luego alargó el brazo y palmeó el rostro a Saban antes de marcharse a la

cabeza de sus sonrientes lanceros.

Saban echó a correr en busca de Aureнна y sintió un profundo alivio al encontrarla sana y salva.

—Debemos irnos —le dijo, pero Aureнна se burló de su terror.

—Mi deber es estar aquí —le recordó—. Ereк quiere que permanezca aquí. Hemos venido para hacer algo grande.

La cascara de avellana no había dado resultado, Aureнна seguía inmersa en su sueño del dios del Sol y Saban estaba atrapado.

* * *

Esa noche Lengar organizó un gran banquete para los hombres de Sarmennyn. Fue un opíparo festín de ostras, ganso, trucha, cerdo y venado. Sus esclavos lo sirvieron en la residencia del jefe, y este surtió a sus invitados con generosas vasijas de un licor embriagante.

Los propios hombres de Lengar, al igual que los guerreros de Drewenna, comieron fuera porque no había sitio suficiente para tantos en la residencia y, además, se estaban preparando para entrar en batalla y se habían reunido primero en el viejo templo de Slaol, donde sacrificaron un ternero y se consagraron a la masacre en ciernes. Luego cogieron sus vasijas de licor y bebieron con ganas porque estaban convencidos de que la ardiente bebida infundía valor. Las mujeres se reunieron en el templo de Arryn y Mai, donde rezaron por los hombres.

Aureнна y Saban comieron con Kereval y sus hombres. Scathel se quejó de que entrara una mujer en la residencia donde se estaba celebrando un banquete, pero Kereval calmó los ánimos al quejumbroso sacerdote. «Es de los nuestros —aseguró—, de los nuestros, y solo será por esta noche. Además ¿no va unida la suerte de Aureнна al regreso de los tesoros?».

Lengar llegó a la residencia después de oscurecer. El cavernoso edificio estaba iluminado por dos grandes hogueras que enviaban su humo hacia los cráneos teñidos de rojo por la luz de las llamas. El humo serpenteaba y formaba espirales en torno a las calaveras antes de salir por el agujero en la cúspide del tejado. La comida había sido abundante, el licor, fuerte, y los hombres de Kereval estaban de un humor inmejorable cuando llegó Lengar escoltado por seis lanceros. El jefe de Ratharryn iba vestido para entrar en batalla, con el brillo del bronce sobre su túnica y plumas de águila colgando de la punta de la lanza. Golpeó el poste de la puerta con el asta de la lanza para que se hiciera el silencio.

—Hombres de Sarmennyn —bramó en la lengua de los extranjeros—. Habéis venido en busca de vuestro oro, de vuestros tesoros, y yo los tengo en mi poder.

Se oyeron murmullos de aprobación. Lengar dejó que continuaran y esbozó una

sonrisa.

Sin embargo, accedí a devolver los tesoros cuando me hubierais traído un templo.

—¡Te lo hemos traído! —señaló Scathel a voz en cuello.

—Habéis traído la mayor parte —puntualizó Lengar—, pero aún falta una piedra. Os robaron una piedra.

Los murmullos se tornaron furiosos, tanto así que los lanceros detrás de Lengar se adelantaron para proteger al jefe, pero Lengar les hizo retroceder con un gesto.

—¿Tendrá poder el templo si falta una piedra? —preguntó Lengar—. Cuando enterramos el cadáver de un enemigo le cortamos una mano, o el pie, para que quede incompleto. ¿Por qué? Pues para que el espíritu del muerto carezca de poder. Y ahora mi templo está incompleto. Es posible que Ereke no lo reconozca, ¿no es cierto?

—¡Lo reconocerá! —insistió Scathel. El desvaído sacerdote se había puesto en pie, tenso de ira—. Nos ha visto trasladarlo. Ha visto nuestro trabajo.

—Pero supón que está furioso porque falta una piedra —sugirió Lengar, y meneó la cabeza de un lado a otro con tristeza—. Le he dado muchas vueltas y he hablado con mis sacerdotes, y juntos hemos dado con la respuesta que os permitirá llevaros el oro de regreso a vuestra región. ¿No es esa la razón de que hayáis venido? ¿Llevaros el oro a casa y ser felices allí?

Hizo una pausa. Scathel estaba perplejo y no dijo nada, de modo que Kereval se puso en pie.

—¿Cuál es esa respuesta? —indagó Kereval cortésmente.

Lengar sonrió.

—Debe atraer a Ereke a su templo. A un templo que no está completo. Y, ¿qué mejor modo de atraerle que su prometida? —Señaló a Aurena—. Dadme esa mujer —propuso—, y os devolveré el oro. Os daré incluso más. Os enviaré de regreso con más riquezas de las que teníais antes de que os robaran el oro, esta misma noche. Os daré el oro, pero solo si mi hermano me cede su prometida. —Señaló a Saban con la lanza y sonrió—. Debes hacerme entrega de Aurena.

—¡No! —gritó Saban. Ahora entendía la razón de que Lengar hubiera enviado a sus hombres a robar la piedra, y sabía también que nadie creería su versión—. ¡No! —repitió.

—Entrégamela —le dijo Lengar a Kereval—, y te devolveré los tesoros —y sin más, volvió a salir, arrancando a su paso la cortina de cuero que colgada del sobrecejo de la puerta.

—¡No! —gritó Saban por tercera vez.

—¡Sí! —gritó Scathel con voz más fuerte incluso—. ¡Sí! ¿Por qué, si no, le perdonó la vida Ereke en el Templo del Mar? En toda la historia de nuestra tribu no ha sido rechazada ninguna prometida, ni una sola. Aquel rechazo tenía un propósito, y ahora lo conocemos.

—No la quiere para Ereke —replicó Saban a voz en cuello—, sino para sí mismo. —Ahora Lewydd se encontraba junto a Saban y había sumado su voz a la protesta.

Algunos de los remeros de Lewydd, los hombres que habían trabajado durante cinco años para cruzar mar y tierra con las piedras, empezaron a golpear los juncos del suelo como muestra de apoyo a Saban, pero los guerreros, los hombres que habían venido para escoltar los tesoros de regreso a casa, no miraban a Saban ni a Aureнна. Habían bajado la vista al suelo.

Scathel escupió.

—Durante cinco años —gritó—, hemos trabajado como esclavos para recuperar nuestros tesoros. Hemos derramado nuestra sangre y sufrido penurias. Hemos conseguido lo que la mayoría de los hombres creía imposible, ¿y ahora se nos niega nuestra recompensa? —Señaló a Saban con un dedo huesudo—. ¿Por qué le perdonó la vida Erek a Aureнна? ¿Qué propósito tenía, si no era este momento?

—Buena pregunta —reconoció Kereval en voz queda.

—El motivo no reside en la gloria de Erek, sino en la lujuria de mi hermano —gritó Saban, pero los gritos de los guerreros acallaron su protesta. Lo que les importaba era el oro, nada más.

Aureнна se puso en pie con Lallic en uno de sus brazos, y le tocó la mano a Saban.

—No importa —le susurró—, mira. —Levantó la vista más allá de las calaveras que relumbraban a la luz del fuego, hasta donde el humo desaparecía por el agujero en la techumbre.

—¿Qué? —preguntó Saban.

Aureнна le ofreció una de sus hermosas sonrisas.

—Es de noche —dijo en voz queda—, y una maldición de Lahanna no puede funcionar bajo la luz del Sol, ¿no es así? —Sabía que Lengar había destruido el amuleto de Derrewyn y se le había torcido el gesto al enterarse. «Caerá en desgracia», había dicho en ese momento, y ahora intentaba tranquilizar a Saban—. Se ha enfrentado a los dioses, y a los dioses no les gusta que les desafíen.

—¡Sacadla de aquí! —gritó Scathel, impaciente a causa de la demora, y Kargan, el cabecilla de los lanceros de Kereval, hizo una seña a sus compañeros más próximos.

—¡Dejadla! —ordenó Kereval.

Aureнна seguía mirando a Saban a los ojos.

—Todo irá bien —le aseguró, y se dirigió hacia la puerta de la residencia con Lallic en brazos. Lewydd recogió a Leir, cuando Saban echó a andar tras los pasos de su esposa y la agarró por el brazo para retenerla. Aureнна le frunció el ceño—. Ahora no me puedes detener —dijo, zafándose de él.

—Preferiría matarte antes que entregarte a él —reconoció Saban. Nunca se había perdonado la suerte que corrió Derrewyn, y ahora no estaba dispuesto a permitir que Aureнна acudiera sin más ni más al lecho de su hermano.

—Erek quiere que me quede aquí —afirmó Aureнна.

—¿Quiere Erek que te violen? —le preguntó Saban con furia.

—Confío en Erek —respondió Aureнна con toda placidez—. ¿No es mi vida entera regalo suyo? ¿Cómo puede ser malo nada de lo que me ocurra? No me violarán. Erek no lo permitirá.

Kereval se adelantó para cortarles el paso, pero el jefe no tenía nada que decir. Profesaba un gran cariño tanto a Saban como a Aureнна, pero su tribu había hecho grandes sacrificios para recuperar el oro y ahora debía debían seguir haciéndolos. Le habría gustado decir que lo sentía, pero no le salieron las palabras, de modo que se dio media vuelta. Scathel estaba en lo cierto, pensó el jefe. Aureнна siempre había estado destinada a morir por Erek y había ganado unos años de vida al escapar en el Templo del Mar. Quizá no fuera tan trágico como parecía. El propósito del dios había permanecido oculto, había resultado misterioso incluso, pero ahora quedaba claro. El destino era inexorable.

Reinaba el silencio en la residencia del jefe cuando Aureнна hizo a un lado la cortina. Se agachó para pasar por debajo del cuero y Lewydd y Saban la siguieron hacia la noche para ver a Lengar, que esperaba a unos pasos de allí. Estaba flanqueado por sus guerreros revestidos de bronce, que rodeaban la cabaña donde se había celebrado el banquete pertrechados de lanzas y arcos. Algunos llevaban antorchas encendidas para iluminar la oscuridad sin Luna. Se mofaron con voz ebria de Saban, que levantó la vista hacia el cielo.

—No hay Luna —señaló.

—Todo irá bien —insistió Aureнна en voz queda—. Lo sé. Erek no me ha abandonado.

—Tráemela —ordenó Lengar.

Saban vaciló, pero Aureнна tiró de él y se dirigió con toda tranquilidad hacia la imponente figura de Lengar, cuyo rostro era la viva imagen del triunfo.

—Dije que me la traerías, Saban —le recordó Lengar—. Qué borrego estás hecho. —Hizo un gesto con la cabeza y cuatro de sus hombres apartaron a Aureнна de Saban con las lanzas. Mientras estos la empujaban hacia Lengar, otros hombres, con el hedor de la bebida en el aliento, cogieron a Lewydd y a Saban y se los llevaron a través del cordón de guerreros. Saban volvió la vista para ver que Aureнна estaba entre dos guardias justo a espaldas de Lengar.

Sin embargo, de momento Lengar no le hacía ningún caso. Tenía la mirada fija en la cabaña donde se había celebrado el banquete y levantó la lanza. «¡Ahora! —gritó con júbilo—. ¡Ahora!», y unos cuantos guerreros provistos de antorchas las arrojaron sobre la techumbre de la cabaña, mientras otros introducían los palos rematados en bolas de paja ardiente entre las amplias vigas de la residencia del jefe. Las llamas cundieron por la techumbre inclinada con pavorosa rapidez, y en cuestión de instantes los primeros hombres alertados intentaron huir de las llamas, pero en cuanto asomaron por la puerta los recibieron con flechazos que los tumbaron de espaldas con una fuerza brutal. La paja del techado empezó a caer al interior del recinto, cada vez más lleno de humo. Hacía tiempo que no había llovido y la residencia ardía como un

pajar. Lanzaron más antorchas sobre el techo inclinado, que ahora era un entramado de llamas y oscuridad, y los diversos focos se propagaron hasta unirse en resplandecientes llamaradas, mientras los hombres aullaban bajo las calaveras colgadas de las vigas. Algunos hicieron intento de abrirse paso a través de las paredes, pero las flechas se lo impidieron. Un hombre logró escapar, pero fue alcanzado por media docena de flechas y el filo de un hacha de bronce puso fin a su huida.

Aurena contemplaba la escena con ojos de terror y una mano sobre la boca, y mantenía a su hija asida bien fuerte contra su propio cuerpo para que Lallic no viera la carnicería. Los muros también estaban envueltos en llamas. El largo cabello de un hombre muerto que había quedado atrapado en un hueco de la pared ardió de repente. Parte de la techumbre se vino abajo, lanzando un reguero de chispas hacia la noche. Las calaveras se desplomaron, al tiempo que briznas de paja ardientes ascendían hacia las estrellas. Los guerreros de Lengar observaban la escena embelesados. Entre los espectadores se encontraban los hombres de Kereval, los guerreros que habían seguido a Vakkal hasta Ratharryn y que ahora juraban fidelidad a su tenebroso jefe, y esos extranjeros lanzaban vítores con los demás. A través de aberturas festoneadas de llamas, veían hombres trastabillar envueltos en fuego. Un chico, uno de los dos que se había dedicado a achicar el casco sobre el que iba la piedra madre, lanzaba gritos frenéticos. Saban alcanzaba a oler la carne quemada. Los gritos fueron muriendo poco a poco, aunque de vez en cuando se apreciaban las sacudidas de alguna figura ennegrecida entre el humo y el fuego, pero apenas instantes después no se veía otro movimiento que el desplome de las vigas y los últimos coletazos de chispas, fuego y humo. Se derrumbó toda la techumbre, con lo que solo quedaron en pie los doce postes del templo. Las llamas lamían los gruesos troncos. Una calavera humeante rodó sobre la hierba. Lewydd había dejado en el suelo a Leir y se retorció entre los brazos de dos lanceros, pero de pronto se vino abajo, se hincó de rodillas y enterró la cabeza entre las manos. Saban se acuclilló a su lado.

—Lo siento —dijo, al tiempo que pasaba el brazo sobre los hombros de su amigo. Atrajo a Leir hacia sí—. Debería haberlo sabido. Debería haberme dado cuenta.

—¿Siguen vivos esos dos? —resonó la voz de Lengar, a espaldas de Saban—. Estranguladlos. No, mejor lanzadlos a las llamas.

Los lanceros se abalanzaron sobre Saban y Lewydd. La Luna acababa de aparecer hacia el oeste, asomando entre los árboles en las tierras altas. Era casi llena, vasta, aplanada y roja, una Luna henchida, monstruosa en la noche asesina, pero su luz palidecía ante las llamas que se elevaban hacia las alturas. Sin embargo, a la luz de Lahanna, allí donde atravesaba la oscura franja de árboles, Saban vio de pronto siluetas en la cresta del terraplén. Vio deslizarse sombras entre las calaveras blancas que protegían el asentamiento de los espíritus, y esas sombras cruzaban el muro de tierra; se volvió hacia el este, forcejando con los lanceros que intentaban mantenerlo erguido, y vio más siluetas en movimiento, pero en Ratharryn nadie más se había

apercibido de su presencia porque todos tenían la vista puesta en el infierno donde un centenar de hombres de Sarmennyn se habían ahogado y ahora ardían bajo un manto de cráneos carbonizados y techumbre en llamas.

Los lanceros consiguieron al fin poner en pie a Saban y Lewydd, y justo entonces relumbraron las primeras flechas a la luz de las llamas. Un hombre se desplomó cerca de ellos con el oscuro astil de una flecha clavado en la garganta. Saban echó el codo atrás con todas sus fuerzas y, al oír que el guerrero que lo mantenía preso se quedaba sin aliento, se zafó de él. Más flechas alcanzaron sus objetivos, mientras Saban se acuclillaba y protegía a Leir entre sus brazos. Apenas oía nada por encima del fragor del fuego, pero vio que las flechas surcaban el aire iluminadas por la luz de las llamas. Lewydd había quedado libre al alcanzar una flecha al guerrero que lo tenía asido. Los lanceros de Lengar habían perdido reflejos a causa del licor ingerido y aún no habían visto a los atacantes que descendían desde la cresta del terraplén hacia las sombras, donde ahora disparaban una flecha tras otra. Las puntas de sílex se clavaban en la carne. Algunas alcanzaron las chozas y otras tantas se perdieron entre las llamas.

Saban tiró de Lewydd. «¡Venga!». Cogió a Leir y corrió hacia Aureнна, que todavía no se había apercebido del peligro. Los hombres de Lengar, borrachos, apenas empezaban a reparar en el ataque y aún no sabían cuál era su procedencia. Saban extendió el brazo hacia Aureнна, pero uno de los guardias de esta lo vio y se cruzó en su camino; sin embargo, al abrir la boca para alertar a Lengar, una flecha se ensartó en su gaznate. El hombre trastabilló hacia atrás, ahogándose mientras le caía sangre a borbollones por la barba, y se desplomó. Lengar se volvió de todos modos y Saban le propinó un puñetazo con la mano libre. Fue un golpe furioso y desesperado, pero alcanzó a Lengar en la mejilla y lo tumbó. Saban cogió a Aureнна con la mano dolorida y la arrastró hacia las sombras, entre las chozas donde gritaban las mujeres y aullaban los perros. «¡Corre! —la urgió Saban a voz en grito—. ¡Corre!».

Sin embargo, no había adonde huir. Los enemigos habían cruzado el flanco norte del terraplén y ya estaban en los fosos de los curtidores. Sus flechas se clavaban en las techumbres cercanas a Saban, que, frenético, viró bruscamente hacia la choza de Galeth. Hizo entrar a Aureнна y Lallic, después a Leir, y por último entró él mismo. «Un arma», urgió a Galeth, que se había negado a presenciar el sanguinario incendio.

Cogió la vieja lanza de Galeth, aquella lanza grande y pesada, y entregó otra a Lewydd. Fuera se oían gritos. Pasaron unos lanceros a la carrera en el momento en que Saban salía bajo la luz de la Luna sin que nadie reparara en él. Lewydd y Saban no eran más que otros dos lanceros en el caos de la noche. Un puñado de gente intentaba sofocar los numerosos fuegos que habían empezado a arder en las techumbres de las chozas allí donde el viento había arrastrado briznas de paja encendidas desde la gran residencia devorada por el incendio, pero la mayor parte de la muchedumbre, amedrentada y ebria, buscaba al enemigo, y cuando los guerreros de Ratharryn descubrieron a los arqueros y arremetieron contra ellos, los atacantes

saltaron el terraplén en sentido inverso y se replegaron en la oscuridad.

—¿Quiénes son? —le preguntó Lewydd a Saban a gritos.

—¿La tribu de Cathallo? —aventuró Saban. No se le ocurría ningún otro enemigo, pero dedujo que Rallin, sabedor de que iban a atacarle al día siguiente, había enviado a sus arqueros al abrigo de la noche para azuzar y humillar a los hombres de Lengar.

Habían desaparecido todos los arqueros. Habían llegado, se habían dedicado a herir y matar, y ahora se habían esfumado, pero el pánico no menguó. Algunos guerreros de Ratharryn atacaron a los hombres de Drewenna tomándolos por el enemigo, y los lanceros de Drewenna contraatacaron mientras Lengar deambulaba entre ellos gritándoles que se detuvieran. Saban fue tras sus pasos.

La lucha fue amainando poco a poco. Hombres y mujeres intentaban sofocar las llamas en las techumbres de las chozas con mantos y pieles, o retiraban la paja ardiente del techado de sus cabañas. Los heridos se arrastraban o yacían sangrantes. Los doce postes del templo se erguían chamuscados y humeantes por encima del fuego que todavía consumía el recinto donde se había celebrado el banquete. Lengar separó a dos guerreros enzarzados en una pelea cuerpo a cuerpo y se volvió cuando uno de los postes del templo cayó, provocando intensas llamaradas que iluminaron todo el asentamiento. En ese momento vio a Saban, reparó en la lanza que llevaba entre las manos y sonrió.

—¿Quieres ser jefe, hermanito? ¿Quieres acabar conmigo?

—Deja que lo mate —le pidió Lewydd, en tono vengativo—. ¡Déjame!

—No. —Saban hizo a Lewydd a un lado y avanzó.

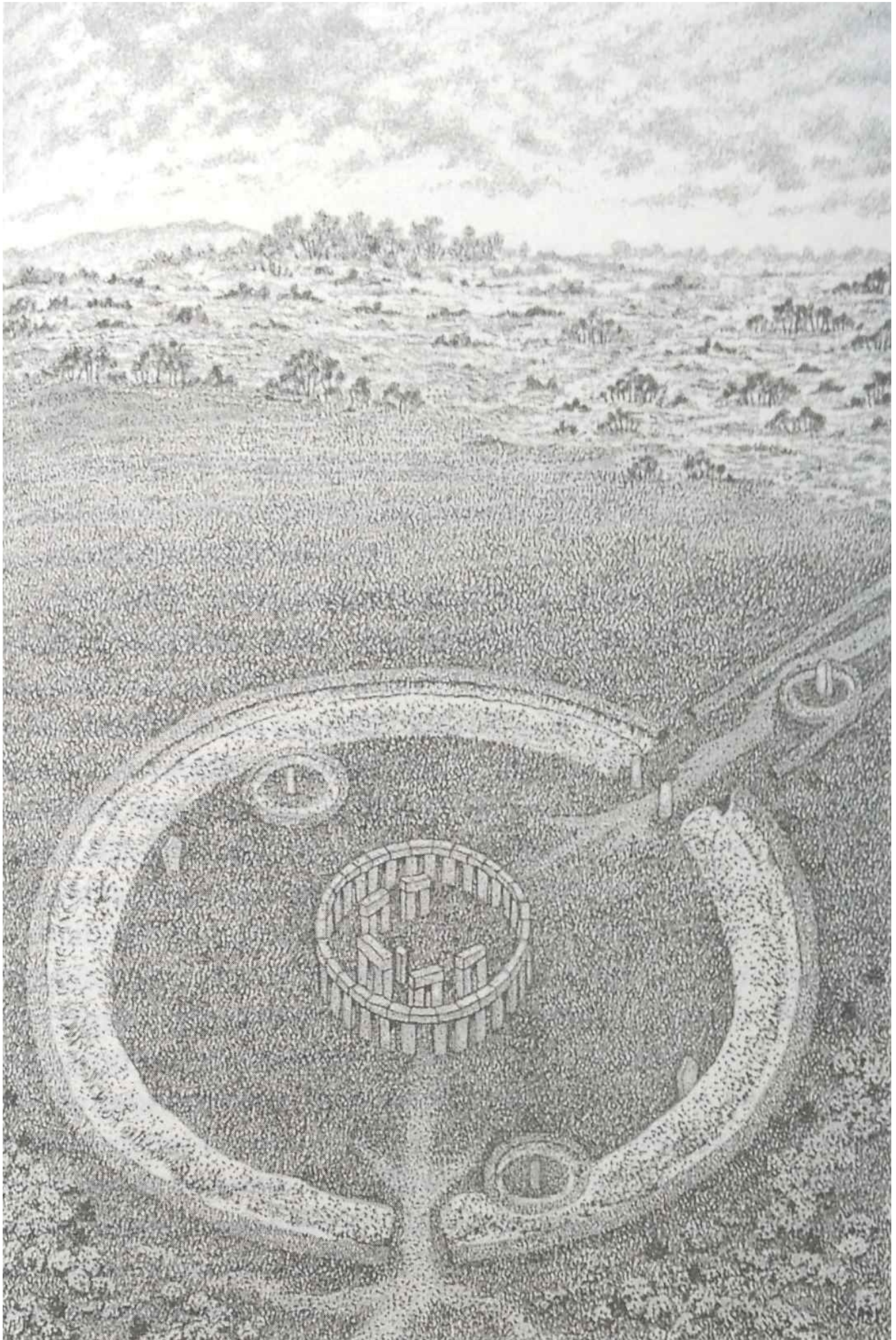
Lengar tiró la lanza que llevaba y desenvainó la espada. Parecía hastiado, como si la tarea de matar a Saban no tuviera mayor importancia. La seguridad de su hermano debería haber hecho que Saban se mostrara precavido, pero estaba demasiado furioso para andarse con miramientos. Sencillamente, quería matar a su hermano, y Lengar lo sabía, del mismo modo que sabía que su furia lo convertiría en un contrincante desmañado y una presa fácil.

—Venga, hermanito —le azuzó.

Saban blandió la lanza, respiró hondo y se dispuso a realizar un furioso embate alimentado por la ira, pero entonces un hombre lanzó un grito y señaló hacia la entrada sur del asentamiento. Tanto Lengar como Saban se volvieron en aquella dirección. Ambos se quedaron mirando con la boca abierta de par en par y ambos, durante un instante, olvidaron su pendencia, pues un muerto caminaba bajo la noche.

TERCERA PARTE

EL TEMPLO DE LOS MUERTOS





CAPÍTULO 15

Un muerto caminaba bajo la luz de la Luna y las gentes de Ratharryn profirieron un sonoro gemido al pensar en los horrores que se cernían sobre su tribu.

El cadáver andante estaba desnudo por completo y tenía una delgadez esquelética. Sus ojos eran agujeros negros en una máscara pálida, su piel de una blancura fantasmagórica, los rebordes de sus costillas eran negros y tenía el pelo lacio y entrecano. De su piel y su cabello se desprendían retazos que se llevaba el aire como si se estuviera descomponiendo en plena marcha. La Luna estaba más alta, más alta, pequeña, pálida y luminosa, y un lancero cerca de Lengar gritó aterrado: «¡No tiene sombra! ¡No tiene sombra!». Los guerreros que habían estado batiéndose ebrios huyeron o se echaron al suelo y escondieron los rostros. Lengar fue el único que se atrevió a avanzar hacia el engendro muerto que no proyectaba sombra, y hasta él mismo temblaba.

Entonces Saban, que había permanecido clavado de miedo en el suelo, vio que el fantasma tenía una sombra proyectada por la luz de la Luna. También vio que cada vez que el cadáver echaba el peso de su cuerpo sobre el pie izquierdo, daba un pequeño tumbo. Y los retazos blancos y grises que se desprendían no eran trozos de piel, sino ceniza que el suave viento le arrancaba. El hombre se había empapado en el río, rebozado en ceniza y ennegrecido ojos y costillas con hollín, y conforme se iban secando las cenizas, se le desprendían en escamas del cabello y la piel.

—¡Camaban! —bufó Lengar. Él también había reconocido la cojera y pronunció el nombre con furia, avergonzado de que le hubiese arredrado la fantasmal figura.

—¡Hermano! —exclamó Camaban. Abrió los brazos a Lengar, que respondió al gesto alzando la espada—. ¡Hermano! —le sosañó Camaban—. ¿Serías capaz de matarme? ¿Cómo derrotaríamos a Cathallo si me mataras? ¿Cómo someteremos a Cathallo sin la hechicería? —Ejecutó unos desmañados pasos de baile mientras aullaba a la Luna—: ¡Hechicería! ¡Superchería! ¡Hechizos en la oscuridad y encantamientos a la luz de la Luna! —Se desgañitaba y estremecía como si los dioses se hubieran apoderado de su cuerpo, y después, cuando pasó el acceso, lanzó a Lengar una mirada interrogadora con el ceño fruncido—. ¿No necesitas mi ayuda

para desbaratar las maldiciones de Derrewyn?

Lengar mantuvo en alto el filo de su espada.

—¿Tu ayuda? —inquirió.

—He venido —dijo Camaban en voz lo bastante alta como para que la oyeran los guerreros que se habían refugiado en las cabañas—, para derrotar a Cathallo. He venido para reducir Cathallo a polvo, pero primero, hermano, tú y yo debemos hacer las paces. Debemos fundirnos en un abrazo. —E hizo otro intento de aproximarse a Lengar, que se apartó y miró de soslayo a Saban—. Ya habrá tiempo para su muerte —aseguró Camaban—, pero, primero, haz las paces conmigo. Lamento nuestra pependencia. No está bien que seamos enemigos.

Lengar mantuvo a raya a Camaban con la espada.

—¿Has venido para derrotar a Cathallo?

—Ratharryn no será grande mientras Cathallo siga prosperando —gritó Camaban—, y no sabes cómo ansío que Ratharryn recupere la grandeza. —Apartó la espada de Lengar con precaución—. No hay necesidad de que luchemos, hermano. Mientras sigamos peleados tú y yo, Cathallo seguirá sin ser conquistada. Así que abrázame, hermano, en la causa de la victoria. Y yo caeré a tus pies para demostrar a tus gentes que andaba errado y tú estabas en lo cierto.

La perspectiva de derrotar a Cathallo era más que suficiente para convencer a Lengar de que pusiera fin a su disputa con Camaban, de modo que abrió los brazos para dejar que Camaban se acercase a él.

Saban, que estaba junto a sus dos hermanos, recordó el día que Hengall había puesto fin a las hostilidades con Cathallo abrazando a Kital, pero entonces cayó en la cuenta de que Camaban no había regresado para hacer las paces. Al colocar el brazo derecho en torno al cuello de Lengar, escapó un pálido destello negro de su mano y Saban vio que escondía un cuchillo en ella, un cuchillo de sílex con una hoja negra lo bastante corta como para haber estado oculta en la palma de la mano de Camaban. El cuchillo rodeó la cabeza de Lengar por detrás y le cortó el cuello, haciendo brotar de repente la sangre cálida y oscura. Lengar intentó zafarse, pero Camaban lo sujeto con inusitada fuerza. Sonrió a través de su máscara negra y blanca e hincó más adentro la hoja de sílex, desplazándola adelante y atrás como una sierra para que el reborde de piedra, ahora en sentido horizontal, sesgase el recio músculo y las palpitantes arterias. La sangre de Lengar cayó a borbotones, arrastrando consigo las cenizas que recubrían el esquelético cuerpo de Camaban. Lengar se estaba ahogando y le brotaba sangre del gástrico, pero Camaban no lo soltaba. Le asestó otro tajo y, al cabo, Camaban liberó el cuerpo de su hermano para que cayera de rodillas. El hechicero le propinó una patada en la boca para obligarle a echar atrás la cabeza, y luego lo acuchilló una vez más con la pequeña hoja abriéndole de par en par la garganta.

Lengar se vino abajo. Durante unos instantes, sufrió espasmos y la sangre continuó saliendo a borbotones de la garganta desgajada, pero el flujo fue debilitándose y acabó por detenerse por completo. Saban lo miraba fijamente. Apenas

se atrevía a creer que Lengar estuviera muerto y Aurena libre. El brillo de la Luna de Lahanna daba lustre al negro charco de sangre junto al cabello aceitado de Lengar.

Camaban se agachó y recogió la espada de bronce de Lengar. Los guerreros habían contemplado la muerte de su jefe sin dar crédito a lo que veía, pero ahora unos cuantos lanzaron furiosos gruñidos y avanzaron sobre Camaban, que levantó la espada para mantenerlos a raya.

—Soy hechicero —les advirtió—. En mi mano está meteros gusanos en el vientre, convertir vuestras entrañas en fango y hacer que vuestros hijos mueran aquejados de intensos dolores.

Los guerreros se detuvieron. Estaban dispuestos a dirigir sus lanzas contra enemigos humanos, pero la hechicería daba al traste con todo su valor.

Camaban se volvió hacia el cadáver de Lengar y le asestó un tajo tras otro con la espada, hasta decapitarlo con una serie de desmañados golpes. Solo entonces se volvió y miró a Saban.

—No accedía a reconstruir el templo —explicó Camaban con voz pausada—. Insistí, pero no quería hacerlo. Está mal de arriba abajo. Las piedras de Sarmennyn no son lo bastante altas. Es culpa mía; mía por completo. Escogí aquel templo, pero no era el más adecuado. Haragg siempre me ha dicho que aprendemos a medida que nos hacemos mayores, y yo he aprendido, pero Lengar no estaba dispuesto a escuchar. De modo que decidí regresar y empezar de nuevo. —Se desprendió de la espada—. ¿Quién va a ser jefe aquí, Saban, tú o yo?

—¿Jefe? —indagó Saban, sorprendido por la pregunta.

—Creo que debería ostentar el cargo yo —afirmó Camaban—. Después de todo, soy mayor que tú y mucho más listo. ¿No estás de acuerdo?

—¿Quieres ser jefe? —preguntó Saban, todavía confuso por los acontecimientos de la noche.

—Sí —aseguró Camaban—. Eso quiero. También quiero otras cosas. Que no haya más inviernos, ni más enfermedad, ni más niños llorosos en plena noche. Eso es lo que quiero. —Se había ido acercando a Saban mientras hablaba—. Ansío la comunión con los dioses —continuó en voz queda—, un verano eterno. —Abrazó a Saban y este alcanzó a oler la sangre de Lengar en la piel de su hermano. Notó que los brazos de Camaban le rodeaban el cuello y se quedó rígido al notar que el cuchillo negro le rozaba el gaznate—. ¿Está Aurena? —preguntó Camaban en un susurro.

—Sí.

—Bien —dijo Camaban, y mantuvo el cuchillo contra la piel de Saban mientras mascullaba—: Lo que quiero, hermano, es construir un templo que no se parezca a ningún otro sobre la faz de la Tierra. Un templo que reúna a todos los dioses, que lleve a los muertos de regreso al seno de Slaol. Un templo que renueve el mundo. Eso es lo que quiero. —Camaban tomó el pelo a Saban, apretando de repente la afilada hoja de sílex contra su piel, y acto seguido, con la misma brusquedad, retiró el filo y se apartó de él—. Será un templo que permanecerá eternamente —aseguró—, y tú,

hermano mío —dirigió la punta del cuchillo hacia Saban—, lo construirás. — Camaban se volvió para mirar los postes de madera restantes y las intensas llamas que quemaban la residencia de Lengar. Olisqueó el hedor de la carne carbonizada—. ¿Quién estaba ahí dentro?

—Tus amigos de Sarmennyn.

—¿Kereval? ¿Scathel?

—Los dos, y cerca de un centenar más. Lewydd es el único que sigue con vida.

—Lengar siempre fue concienzudo en sus masacres —comentó Camaban con evidente admiración, y luego se volvió para mirar a los lanceros—. Soy Camaban — anunció en un grito—. Hijo de Hengall, hijo de Lock, salido del vientre de una zorra extranjera capturada en una incursión. Slaol me ha enviado aquí. Me envía para ser vuestro jefe. ¡Yo! ¡El lisiado! ¡El niño tullido! Y si algún hombre no está de acuerdo, que se enfrente a mí ahora, y le hincaré ortigas en los ojos, le convertiré las entrañas en un caldero de orina ardiente y enterraré su cráneo en los fosos de mierda. ¿Quiere alguno enfrentarse a mí? —Nadie se movió, nadie habló siquiera, se limitaron a mirar la figura desnuda y cubierta de ceniza que vociferaba—. Slaol está en contacto conmigo —clamó Camaban—. Siempre me ha hablado. Y ahora Slaol quiere que esta tribu cumpla su mandato, y su voluntad es la mía. ¡La mía!

Un guerrero señaló más allá de Camaban en dirección a la entrada norte del asentamiento, y Saban se volvió para ver una muchedumbre de hombres que atravesaba el terraplén. Llevaban arcos, y Saban cayó en la cuenta de que eran los hombres que antes habían atacado Ratharryn para que cundiera el pánico entre los guerreros que se regodeaban en la furibunda masacre de Kereval y sus hombres. Después de todo, los atacantes no procedían de Cathallo, sino que eran proscritos del bosque de los que se rumoreaba que tenían como cabecilla a un muerto: a Camaban. Los recién llegados, de barbas y melenas desaseadas, eran fugitivos de la autoridad de Lengar que se habían refugiado entre los árboles, donde, durante el verano, Camaban había hablado con ellos, les había infundido valor y reclutado. Ahora regresaban a casa siguiendo a Haragg, cuya calva relucía a la luz de la Luna. El hombretón llevaba una lanza y se había embadurnado el rostro con negras franjas de hollín.

—¡Esos hombres también vienen conmigo! —gritó Camaban, señalando a los proscritos—. Son amigos míos y vuelven a formar parte de la tribu. —Levantó las manos y lanzó una mirada de desafío a los aterrados guerreros de Ratharryn—. ¿Quiere retarme alguien? —les desafió de nuevo.

Ninguno estaba dispuesto a hacerlo, porque le temían y temían su magia. Regresaron en silencio a sus cabañas mientras la pira funeraria de Sarmennyn se consumía durante la noche.

—¿Habrías convertido sus entrañas en orina ardiente? —le preguntó Saban a su hermano esa noche.

—Lo único cierto que aprendí de Sannas —replicó Camaban apesadumbrado—, es que la hechicería estriba en nuestros miedos, que nuestros miedos están en nuestra

cabeza y que solo los dioses son reales. Pero ahora soy jefe en lugar de mi padre, y tú, Saban, me construirás un templo.

* * *

Los hombres de Drewenna regresaron a casa por la mañana. Su jefe declaró que Camaban había perdido el juicio y que no quería tomar parte en la locura de Camaban, de modo que sus guerreros recogieron las lanzas y se marcharon con aire desanimado a través de los pastos.

Los lanceros de Ratharryn se quejaron de que su mejor oportunidad de derrotar a Cathallo se había ido al traste con la desertión de Drewenna. Rallin, aseguraron, no tardaría en atacar Ratharryn. Tal vez Camaban fuera un hechicero, rezongaban, pero desde luego no era un líder guerrero. Cathallo contaba con hechiceros cuya magia contrarrestaría sin duda los hechizos de Camaban, y, por tanto, los hombres de Ratharryn no anticipaban otra cosa que oprobio y derrota.

—Claro que sí —respondió Camaban, cuando Saban le advirtió del mal ánimo que reinaba entre los hombres de la tribu. Era la mañana siguiente al regreso de Camaban y el nuevo jefe había convocado a los sacerdotes y hombres destacados de la tribu para pedirles consejo. Estaban sentados con las piernas cruzadas en el templo de Arryn y Mai, cerca de los restos humeantes del recinto donde se había celebrado el banquete, de los que sobresalían once postes chamuscados. —Los lanceros son supersticiosos— explicó Camaban—. Además, tienen el cerebro entre las piernas, razón por la que hay que mantenerlos ocupados. ¿Cuántos hijos tiene Lengar?

—Siete —respondió Neel, el sumo sacerdote.

—Entonces, que los lanceros se pongan manos a la obra con su ajusticiamiento —decretó Camaban.

Lewydd se opuso.

—No son más que niños —protestó—, y no hemos venido para empapar esta tierra de sangre.

Camaban frunció el entrecejo.

—Hemos venido para cumplir la voluntad de Slaol, y no es su voluntad que vivan los hijos de Lengar. Si encuentras un nido de víboras, ¿acaso matas las grandes y dejas vivir a sus crías? —Se encogió de hombros—. No me resulta más grato que a ti, amigo mío, pero Slaol me habló en un sueño.

Lewydd miró a Haragg buscando el apoyo del hombrachón, pero el mercader dijo que las muertes de los chicos eran probablemente necesarias si se quería garantizar la seguridad del jefe.

—No tiene nada que ver con los dioses —aseguró.

—Tiene mucho que ver con ellos —saltó Neel, que había sido un acérrimo

seguidor de Lengar, pero de la noche a la mañana había transferido su lealtad a Camaban—. Slaol también me habló en un sueño anoche —afirmó—, y la decisión de Camaban es la más acertada.

—Eso me tranquiliza —respondió Camaban en tono guasón, y miró a Gundur, de quien los hombres decían que era el mejor guerrero de Ratharryn—. Ocúpate de la ejecución de los niños —le ordenó Camaban, e instantes después las madres se lamentaban a gritos mientras se llevaban a los hijos de Lengar. Los condujeron a la zanja en el interior del terraplén, y allí los mataron y echaron sus cadáveres a los cerdos.

—Era la voluntad de Slaol —aseguró Neel a Camaban con entusiasmo.

—También es la voluntad de Slaol que Haragg sea el nuevo sumo sacerdote de esta tribu.

Neel se estremeció como si le hubiera alcanzado un golpe, abrió la boca para quejarse, pero no le salieron las palabras. Se quedó mirando a Camaban y luego a Haragg, que parecía igualmente perplejo. Haragg fue el primero en volver en sí.

—Hace años que dejé de ser sacerdote —adujo sin mucha convicción.

—Y el sumo sacerdote soy yo —protestó Neel, de modo estridente.

—No eres nada —respondió Camaban con toda tranquilidad—. Eres menos que nada. Eres el cieno debajo de una piedra, y si no te exilias al bosque te enterraré vivo en los pozos de excrementos. —Señaló con un dedo huesudo hacia la entrada sur, dando a entender que Neel estaba desterrado—. Vete —le ordenó. Neel no se atrevió a decir nada más; se limitó a obedecer—. Era un hombre débil de carácter —aseguró Camaban cuando Neel se hubo marchado—, y quiero que mi sumo sacerdote tenga brío.

—No soy sacerdote —insistió Haragg—. Ni siquiera soy miembro de tu tribu.

—Eres miembro de la tribu de Slaol —afirmó Camaban—, y serás nuestro sumo sacerdote.

Haragg respiró hondo y miró por encima de la cresta del terraplén, mientras pensaba en lejanos lugares, acantilados al borde del mar, bosques inexplorados, extrañas tribus y en todos los senderos del mundo aún por recorrer.

—No soy sacerdote —volvió a protestar.

—¿Qué quieres? —le preguntó Camaban.

—Una tierra donde las gentes hagan el bien —respondió Haragg, que frunció el ceño mientras sopesaba sus palabras—, donde vivan tal como los dioses nos dieron a entender. Una tierra sin guerra, sin crueldad.

—Hablas como un sacerdote —señaló Camaban.

—Los hombres son débiles —aseguró Haragg—, y las exigencias de los dioses son duras.

—Entonces, ¡haznos fuertes! —insistió Camaban—. ¿Cómo vamos a atraer a los dioses a la Tierra si somos débiles? Quédate, Haragg, ayúdanos a construir el templo, ayúdanos a ser dignos. Tú serías mi sacerdote y Aurrena mi sacerdotisa.

—¡Aureнна! —exclamó Saban.

Camaban lanzó una mirada amenazadora a Saban.

—¿Crees que Slaol perdonó la vida a Aureнна para que diera a luz a tus hijos? ¿Quieres que sea una cerda? ¿Una oveja con las ubres hinchadas? ¿Para eso atizamos el trueno en Ratharryn? —Meneó la cabeza de lado a lado—. No basta con mantener ocupados a los hombres —continuó—, debemos también infundirles esperanza, ¿y quién mejor que Aureнна para eso? Tiene visiones y es la preferida de Slaol.

—Slaol debe querer algo de ella —convino Haragg—. ¿Por qué, si no, le perdonó la vida?

—También te la perdonó a ti —replicó Camaban, tajante—, la noche que murió tu hijo. ¿Crees que aquello fue fortuito? Sé un padre para mi tribu. Sé mi sumo sacerdote.

Haragg permaneció en silencio un rato, el implacable rostro inescrutable, pero después asintió a regañadientes.

—Si es la voluntad de Slaol... —accedió.

—Lo es —dijo Camaban con toda seguridad.

Haragg lanzó un suspiro.

—Entonces, seré sumo sacerdote.

—Bien. —Camaban sonrió, aunque la sonrisa apenas restó severidad a su desvaído rostro. Se había lavado la mayor parte de la ceniza del cabello y enrollado las largas trenzas en torno a la cabeza antes de sujetárselas con unas largas astillas de hueso, pero su rostro aún presentaba los indelebles tatuajes negros que lo surcaban—. Haragg será sumo sacerdote, Aureнна será una sacerdotisa, Gundur dirigirá a nuestros lanceros y Saban construirá el templo. ¿Qué harás tú, Lewydd?

Lewydd miró de reojo los restos humeantes del recinto donde se había celebrado el banquete.

—Enterraré a mis muertos —dijo con gran solemnidad—, y me iré a casa.

—Entonces, debes llevarte esto contigo —dijo Camaban, y entregó a Lewydd una bolsa de cuero que, al abrirla, resultó contener los rombos de oro de Sarmennyn—. Faltan tres —explicó Camaban—. Anoche me enteré de que los robó Derrewyn, pero recuperaremos esas piezas y te las devolveremos. —Camaban se acercó a Lewydd y le palmeó el hombro—. Llévate el tesoro a casa —le dijo—, y ocupa el puesto de jefe de Sarmennyn. Engorda, enriquéete, adquiere sabiduría y no nos olvides.

De pronto, Saban se echó a reír y Camaban le lanzó una mirada de interrogación. Saban se encogió de hombros.

—Hace ya años —dijo—, que todo lo hemos hecho por causa de ese oro. Y ahora ha tocado a su fin.

—No ha tocado a su fin —le contradijo Camaban—, no ha hecho más que empezar. El oro nos deslumbró y fuimos en busca de nuestro destino a Sarmennyn, pero en ningún momento estuvo allí. Estaba en Cathallo.

—¿En Cathallo? —preguntó Saban, asombrado.

—¿Cómo puedo construir un templo digno de Slaol si no dispongo de piedras? —preguntó Camaban—. ¿Y quién tiene piedras, sino Cathallo?

—La tribu de Cathallo te entregará las piedras —dijo Saban—, o las trocará por algo.

—No lo hará —replicó Camaban con ferocidad—. Me reuní con Derrewyn el verano pasado. ¿Sabías que tiene una hija? Merrel, se llama la desdichada criatura. Derrewyn compartió lecho con Rallin porque quería tener una criatura del jefe y la educará, según me dijo, para ser una hechicera como ella. ¡Una hechicera! Frota unos huesos contra otros, murmura encima de conchas de caracol, moja linaria y mantequilla hasta reducir las a una pasta, mira fijamente orinales y cree que influye en los dioses. Sin embargo, a pesar de todo, fui a verla este verano. Acudí en secreto, al abrigo de la oscuridad de la noche, y me incliné ante ella. Me humillé. Dame piedras, le rogué, y te garantizaré la paz entre Ratharryn y Cathallo, pero no se avino a cederme ni un mísero guijarro. —Se resentía del humillante recuerdo—. Sannas me dijo en una ocasión que rezaba al dios del lobo cuando caminaba por donde merodeaban los lobos, pero ¿por qué? ¿Por qué dirigirle siquiera una oración? ¿Por qué habría de prestar oídos el dios del lobo? La naturaleza del lobo es matar, no perdonar. Al suplicar a Derrewyn estaba cometiendo el mismo error que Sannas. Rezaba al dios equivocado.

—Entrégale la cabeza de Lengar —sugirió Saban—, y es posible que te dé hasta la última piedra de Cathallo.

—No nos dará nada —replicó Gundur, cuyas manos seguían ensangrentadas tras matar a los hijos de Lengar.

Camaban miró al guerrero.

—Si asaltara mañana Cathallo, ¿tendría posibilidades de salir victorioso?

Gundur vaciló y luego miró de soslayo a Vakkal, el líder guerrero de los extranjeros que ahora había jurado fidelidad a Ratharryn. Ambos se encogieron de hombros.

—No —admitió Gundur.

—Entonces, si no podemos conseguir nuestro fin por medio de la guerra, lo obtendremos por medio de la paz —reflexionó Camaban, y se volvió hacia Saban—. Lleva la cabeza de tu hermano a Derrewyn —dijo—, y ofrécele la paz. Di que lo único que queremos de ellos son unas cuantas piedras.

—¿Rezas al dios del lobo? —sugirió Haragg.

—Amenazo al dios del lobo —aclaró Camaban—. Dile que debe entregarnos las piedras o les declararemos una guerra sin parangón.

Así que Saban cogió la cabeza de su hermano mayor, la metió en un saco, y a la mañana siguiente se puso camino del norte.

* * *

Saban no llevaba arma ninguna porque iba en son de paz, pero, aun así, el nerviosismo se apoderó de él mientras cruzaba los arroyos junto a Maden y subía las colinas en dirección al territorio de Cathallo delimitado por las calaveras. Nadie se acercó a él, aunque más de una vez tuvo la sensación de que lo estaban observando y se encogió como si una flecha fuera a surcar el aire entre las hojas para clavarse en su espalda.

Ya había caído la tarde cuando cruzó el riachuelo para subir la ladera que iba a morir en el pequeño templo y el sendero sagrado. No había recorrido más de treinta pasos desde el río, cuando una docena de lanceros salieron de entre los árboles dispersos a sus espaldas, atravesaron el riachuelo a la carrera y se colocaron a ambos lados de Saban como una silenciosa escolta. No solo le habían seguido a través de los bosques, sino que, al parecer, le esperaban, ya que no pusieron en tela de juicio su derecho a estar allí, sino que se limitaron a acompañarlo por entre las piedras emparejadas del sendero sagrado para luego sortear el doble recodo y pasar al interior del santuario donde, a la entrada de la choza de Sannas, ardía una gran hoguera bajo la luz del crepúsculo en ciernes; le esperaban tres personas. Se encontraba allí Rallin, el jefe de Cathallo, que a un lado tenía a Derrewyn y al otro a su padre, el ciego Morthor. Detrás de este grupo estaban los guerreros de Cathallo, embadurnados de azul para la guerra y con lanzas en las manos.

Rallin se puso en pie para recibir a Saban.

—Nos traes noticias, ¿verdad? —dijo con frialdad.

Morthor también se incorporó. Llevaba la piel blanqueada con creta y las cuencas de los ojos vacías bordeadas de rojo.

—¿Eres tú, Saban?

—Lo soy.

Morthor sonrió.

—¿Estás bien?

—Se arrastra sobre la sombra de su hermano igual que un gusano —masculló Derrewyn, que permanecía sentada. Estaba más delgada que nunca y tenía la pálida piel tirante sobre los pómulos, lo que hacía que sus ojos oscuros parecieran muy grandes. Llevaba el cabello moreno anudado en la nuca, pero Saban vio que se había deshecho del collar de huesos de su hijo muerto. Quizá fuera porque ahora tenía otra criatura, la hija que llevaba en brazos y que era morena y no mayor que Lallic—. Saban ha venido, padre —continuó Derrewyn—, para decirnos que Lengar ha muerto, que Camaban se ha convertido en jefe y que Ratharryn nos amenaza con la guerra si no les permitimos mansamente que cojan piedras de nuestras colinas.

—¿Es eso cierto? —preguntó Rallin.

—¡Claro que es cierto! —le bufó Derrewyn—. Sentí la muerte de Lengar aquí mismo. —Se dio una palmada en el vientre, lo que hizo que Merrel rompiera a llorar. Con sorprendente dulzura, Derrewyn acarició la frente a su hija y pronunció unas palabras para calmar a la niña—. Sentí su muerte cuando se rompió la cascara. ¿Me

traes su cabeza, Saban?

Alzó el saco.

—Aquí la tienes.

—Hará compañía a la de Jegar —dijo, al tiempo que indicaba a Saban que dejara caer el saco. Este obedeció, y la cabeza ensangrentada de Lengar rodó sobre la hierba. Después miró la choza de Derrewyn y reparó en que la calavera de Jegar estaba ensartada en un palo junto a la entrada.

Rallin y Morthor se sentaron y Saban siguió su ejemplo.

—¿A qué has venido, Saban? —preguntó Rallin.

—Lo que dice Derrewyn es cierto —aseguró Saban—. Ahora Camaban es el jefe de Ratharryn, y no ansia ir a la guerra contra vosotros. Desea la paz y quiere coger piedras de vuestras colinas. Eso es todo lo que venía a decir.

—¿De veras está muerto Lengar? —preguntó el ciego Morthor.

—Muerto de una vez por todas —confirmó Saban.

—Eso es obra de Lahanna —aseguró Morthor, y levantó las cuencas de los ojos hacia el cielo—. Si pudiera llorar —añadió—, derramaría lágrimas de alegría.

Derrewyn no hizo ningún caso de la dicha de su padre.

—Y, ¿para qué queréis piedras? —inquirió.

—Queremos construir un templo. Será un gran templo que nos traerá la paz. No queremos más que la paz.

—Aquí ya tenemos un gran templo —aseguró Rallin—, y tu gente puede venir a rezar.

—Vuestro templo no ha traído la paz a estas tierras —señaló Saban.

—¿Y el vuestro la traerá? —preguntó Derrewyn con acritud.

—Traerá paz y felicidad —aseguró Saban.

—Paz y felicidad —repitió Derrewyn entre risas—. Hablas igual que un niño, Saban. Camaban ya estuvo aquí. Se arrastró ante mí el verano pasado y me rogó que le cediera piedras. Ahora voy a darte la misma respuesta que le di a él. Podrás llevarte las piedras, Saban de Ratharryn, cuando devuelvas el espíritu de Sannas a sus ancestros.

—¿El espíritu de Sannas?

—¿Quién le arrebató el último suspiro? —le interrogó Derrewyn con ferocidad—. ¡Camaban! Y no descansará en paz mientras Camaban tenga su aliento en el vientre. Tráeme la cabeza de Camaban, Saban, y te la cambiaré por una piedra.

Saban miró a Rallin con la esperanza de que le diera una respuesta más comprensiva.

—No tenemos ninguna pendencia con Cathallo —le hizo ver Saban.

—¡Ninguna pendencia! —gritó Derrewyn, espantando otra vez a su hija—. La tribu de Ratharryn trajo extranjeros al interior, y lo que es peor, trajo un templo extranjero. ¿Cuánto tiempo transcurrirá antes de que empecéis a enviar prometidas a la hoguera? ¿Y en aras de qué? ¡De Slaol! Slaol, que nos abandonó; Slaol, que trajo a

las alimañas extranjeras a nuestra tierra; Slaol, que nos envía el invierno; Slaol, que nos destruiría si no tuviéramos a Lahanna y Garlanna para protegernos. ¿Ninguna pendencia? Yo tengo una pendencia. —De pronto dejó sin ningún miramiento a su desconsolada hija en los brazos de una esclava y se despojó de la parte superior de la túnica para mostrar a Saban los tres rombos, uno grande y dos pequeños, que colgaban entre sus esmirriados pechos—. Me quema —aseguró, al tiempo que palmeaba el trozo de oro de mayor tamaño—. Me quema noche y día, pero me recuerda la maldad de Slaol —se lamentó mientras mecía el cuerpo de un costado a otro—. Sin embargo, Lahanna nos ha prometido la victoria. Nos ha prometido que os destruiremos. Enjaularemos a vuestro Slaol y quemaremos vuestros cadáveres para que se le llenen las nances de porquería. —Se puso en pie, dejando el manto en el suelo, y cogió el fémur humano que antaño blandiera Sannas—. No os daremos las piedras —aseguró—, ni tendréis la paz.

Saban lo intentó por última vez:

—Desearía que mis hijos crecieran en una tierra donde reinase la paz.

—Yo también lo deseo —respondió Rallin, que miró de soslayo a Merrel en brazos de la esclava—, pero no habrá paz mientras Camaban siga en posesión del espíritu de Sannas.

—Nuestros ancestros están apenados —explicó Morthor—. Quieren que Sannas se reúna con ellos. Envíanos a Camaban, Saban, y te daremos las piedras.

—O dile a Camaban que nos declare la guerra —se mofó Derrewyn—. ¿Te parece que es un guerrero? Deja que se enfrente a nuestras lanzas. Y dile, Saban, que cuando venga le arrancaremos la piel de los huesos jirón a jirón y le haremos aullar durante tres días y tres noches, y en su hora final le arrebataré su alma y la de Sannas. —Escupió con desdén al fuego y recogió el manto del suelo para cubrir su desnudez—. Te agradezco que me hayas traído la cabeza de Lengar —dijo sin atisbo de emoción—, pero no tengo nada que darte a cambio. —Volvió a coger a su hija y se fue a grandes zancadas hacia su choza.

Saban miró a Rallin.

—¿Es que aquí dictan la ley las mujeres?

—La dicta Lahanna —le atajó Rallin. Se puso en pie y ayudó a Morthor a incorporarse—. Deberías irte —le dijo a Saban.

—Si me voy, habrá guerra.

—Habrá guerra tanto si te vas como si te quedas —replicó Rallin—. Desde que murió tu padre, no ha habido otra cosa que guerra entre Ratharryn y nosotros. ¿Creías que íbamos a hacer las paces sin más ni más? —Rallin meneó la cabeza—. Vete —le aconsejó—. Más vale que te vayas.

Así que Saban se marchó. Y la guerra continuaría.

* * *

Camaban no se mostró sorprendido ni decepcionado al enterarse del fracaso de la misión de Saban.

—Quieren la guerra —dijo. Camaban se encontraba en el Templo del Cielo, donde Saban lo encontró meditando sobre los dos círculos de piedras de Sarmennyn—. En Cathallo creen que, una vez muerto Lengar, seremos presa fácil de sus lanzas —continuó Camaban—. Estiman que no soy capaz de llevar a mis hombres a la lucha.

—Eso dijeron —confesó Saban.

—Bien —exclamó Camaban con alegría—. Prefiero un enemigo que me subestime: hace que su humillación resulte mucho más fácil. —Alzó la voz para que le oyeran Gundur y Vakkal, los líderes guerreros de Ratharryn que estaban entre su séquito—. Los hombres creen que la guerra consiste en la aplicación de la fuerza, pero no es así. La guerra es la aplicación del raciocinio, de la inteligencia. Y creo que mañana mismo cruzaremos las marismas y las colinas en dirección a Cathallo.

Gundur esbozó una media sonrisa.

—Eso ya lo hemos intentado antes —dijo en voz queda—, y fracasamos.

—Lo intentasteis todo y fracasasteis —replicó Camaban.

—Y hemos oído que Cathallo está lleno de lanceros —terció Vakkal—. Tienen previsto enfrentarse a nuestras fuerzas y a los hombres de Drewenna, y por tanto, han recurrido a sus aliados.

—Pero averiguarán que Drewenna nos ha abandonado —señaló Camaban—, y no creerán que vayamos a atacarles. ¿Qué mejor momento para hacerlo?

—Probablemente, planean atacarnos a nosotros —aventuró Gundur en tono pesimista.

—Siempre veis dificultades —les gritó Camaban, dejando a ambos perplejos—. ¿Cómo vais a ganar una guerra si solo os preocupa perderla? ¿Acaso sois mujeres? —Se llegó cojeando hasta los guerreros—. Partiremos mañana a primera hora, atacaremos al amanecer del día siguiente y venceremos. Slaol lo ha prometido. ¿Lo entendéis? ¡Slaol lo ha prometido!

Gundur inclinó la cabeza, a pesar de que, a todas luces, estaba en desacuerdo con la decisión de Camaban.

—Partiremos mañana —accedió a regañadientes. Luego cogió a Vakkal por el codo y se fueron de regreso al asentamiento para poner sobre aviso a los lanceros.

Camaban siguió con la vista a los dos guerreros que se dejaban y se echó a reír.

—Más vale que nos alcemos con la victoria, porque si no esos dos querrán mi cabeza.

—No será fácil vencer —señaló Saban con tiento—: Al parecer, Cathallo conoce todos nuestros movimientos. Deben de tener espías entre nosotros, y estarán al tanto de tu llegada.

—¿Qué otra opción tengo? —indagó Camaban—. Ahora he de luchar, y no solo para recuperar las piedras, sino también para convencer a Gundur y Vakkal de que no

me maten a hachazos igual que a un perro. Si voy a ser jefe, debo demostrar que soy mejor líder que Lengar. Es fácil ser más listo que Lengar, pero los hombres no admiran la inteligencia. Admiran el poder. De modo que, con la derrota de Cathallo, alcanzaría algo que Lengar nunca consiguió. El problema, claro está, estriba en qué hacer con todos estos lanceros una vez hayamos alcanzado la paz. A los guerreros no les gusta la paz.

—¿Crees que alcanzaremos la paz? —preguntó Saban.

—Lo que creo, hermano, es que Slaol nos dará la victoria —dijo Camaban—, y creo que me construirás un templo y que tu primera tarea será arrancar estas piedras. —Señaló con un gesto los pilares que habían cruzado el mar para hundirse en el suelo de Ratharryn—. En Sarmennyn tenían un aspecto espléndido —continuó Camaban con el ceño fruncido—. ¿Lo recuerdas? Y se sentía la presencia de Slaol. Amenazadora. Siempre cerca. Atrapada en la piedra. Aquí, sin embargo, no ocurre lo mismo. Muertas, así es como están aquí, muertas. —Empujó una piedra en un intento de derribarla, pero estaba muy bien arraigada—. Habrá que arrancarlas, hasta la última. ¿Cuántos hombres necesitarás para sacarlas?

—Unos treinta —aventuró Saban—. Tal vez cuarenta.

—Te harán falta más —le aseguró Camaban—. Y necesitarás hombres y bueyes para arrastrar las nuevas piedras de Cathallo. —Guardó silencio, con la mirada fija en los círculos inacabados de piedra—. Ojalá no tuviera que ir a la lucha —dijo al cabo, y se volvió hacia su hermano—. ¿Has visto alguna vez una batalla entre dos tribus enteras?

—No.

—Deberías verla. Antes de empezar, todo hombre es un héroe; pero en cuanto las flechas comienzan a surcar el aire, la mitad resultan tener el tobillo torcido o el estómago revuelto. —Sonrió—. Creo que tú serás un auténtico héroe, Saban.

—Creía que iba a dedicarme a la construcción.

—Primero harás la guerra y luego construirás —respondió Camaban—. No iría a la batalla sin ti, hermano.

Hacía mucho tiempo que Saban no veía guerreros pertrechándose para entrar en batalla, pero al amanecer del día siguiente contempló a los hombres desnudarse y embadurnar sus cuerpos con una pasta elaborada a base de agua y glasto y untar los filos de sus armas y las puntas de flecha en una mezcla viscosa de heces y jugo de hierbas. Cuando el Sol estaba en lo más alto, los lanceros bailaron en torno al templo de Mai y Arryn y un cautivo de Cathallo, que había permanecido bajo vigilancia desde la última escaramuza entre las tribus, fue llevado a rastras hasta el templo y asesinado. A Camaban le llamó la atención el ritual consistente en matar a sus prisioneros antes de entrar en batalla que había puesto en práctica Cathallo y que, según le informó Gundur, Lengar había decidido imitar en Ratharryn. Haragg protestó por la matanza, pero Gundur le aseguró que no era ningún sacrificio, de modo que el sumo sacerdote accedió a mantener en alto el poste con la calavera

mientras Gundur, desnudo y untado de azul, con el cabello suelto y despeinado por el viento, cogía un cuchillo de bronce y abría al desgraciado desde la horcajadura hasta el esternón. Los lanceros de Ratharryn metieron la mano derecha en la sangre de la víctima, cuyo largo grito de agonía había sido un mensaje a los dioses de que la tribu iba a entrar en combate.

Saban no se mojó la mano ni danzó en torno a los postes del templo mientras los tambores tocaban un ritmo frenético sobre sus aros de piel de cabra. En vez de eso, se acuclilló junto a Aureнна, que había presenciado impasible la muerte del prisionero.

—Ganaréis la batalla —le aseguró—. He visto la victoria en un sueño.

—Últimamente tienes muchos sueños —señaló con acritud.

—Eso es porque estoy aquí —replicó Aureнна—, donde Slaol quiere que esté.

—Ojalá regresáramos a casa con Lewydd —dijo Saban. Había ayudado a Lewydd a sacar a rastras de entre las cenizas del recinto los cadáveres retorcidos y carbonizados de Kereval y sus hombres. Los muertos iban a ser enterrados en la ladera cubierta de hierba que se elevaba sobre el viejo templo de Slaol, y después Lewydd se llevaría el oro de vuelta a Sarmennyn.

—Ahora mi hogar está aquí —aseguró Aureнна. Observaba a los guerreros inclinarse uno tras otro sobre el cadáver destripado—. Todo esto tenía que ocurrir —señaló con alegría—. No sabíamos las intenciones de Slaol cuando vinimos de Sarmennyn. Creíamos que nuestro cometido eran traer piedras. Sin embargo, quiere que estemos aquí para obrar en aras de su gloria.

—¿De modo que los últimos siete años han sido una pérdida de tiempo? —le preguntó Saban con amargura. Había dedicado los mejores años de su vida a trasladar las piedras desde Sarmennyn para que las rechazaran en cuanto la tarea estuvo terminada.

Aureнна negó con la cabeza.

—Estos años no han sido una pérdida de tiempo —respondió con toda tranquilidad—. Se los dedicamos a Slaol como prueba de que podíamos hacer grandes sacrificios en su honor, pero ahora debemos hacer más. El templo de Scathel era un santuario consagrado a la muerte, un templo como el Templo del Mar, y nuestro nuevo santuario debe ser un templo consagrado a la vida.

Saban se estremeció.

—En cierta ocasión, Derrewyn profetizó que nuestro templo rezumaría sangre. Dijo que la prometida del Sol moriría allí. Dijo que tú morirías allí.

Aureнна rio sin estridencia.

—Saban, Saban... Derrewyn es nuestra enemiga. No sería capaz de hablar bien de lo que hacemos. Y no se derramará sangre. Haragg aborrece los sacrificios, los detesta. —Le tocó el brazo—. Confía en nosotros —le instó—. Slaol está en nuestro interior. Lo siento como si fuera un niño en el vientre.

Haragg iba a acompañar a la partida guerrera. Era lo que se esperaba del sumo sacerdote, aunque Saban se extrañó de que Haragg se mostrara tan entusiasta.

—Nunca he sido partidario de las matanzas —confesó el austero sumo sacerdote—, pero la guerra es arena de otro costal. Si no les hubieras ofrecido la paz, Saban, me apenaría, pero se les ha dado su oportunidad y la han rechazado, de modo que ahora debemos cumplir la voluntad de Slaol.

Haragg portaba el estandarte de la tribu con la calavera. Lo llevó al templo de Arryn y Mai, donde se reunieron los guerreros. Camaban se había puesto una de las antiguas túnicas de Lengar, con placas de bronce cosidas al pecho, y llevaba una espada de bronce al cinto. Había metido la mano en la sangre del cadáver y se había embadurnado el rostro tatuado de tal forma que, con la melena morena suelta, parecía un engendro salido de una pesadilla. Hizo señal a Haragg de que bajara la calavera y colocó la mano ensangrentada sobre la bóveda amarillenta antes de gritar:

—Juro sobre las almas de nuestros antepasados que destruiremos Cathallo.

Más de doscientos guerreros fueron testigos del solemne juramento. Mientras que la mayoría eran veteranos de las guerras de Lengar y había unos cuantos jovencitos que habían superado sus pruebas, pero aún no lucían tatuajes porque no habían matado a nadie en batalla, los lanceros más feroces eran los proscritos que habían llegado de los bosques con Camaban.

—Nos pondremos en marcha de inmediato y llegaremos a Cathallo al amanecer del día de mañana —anunció Camaban a voz en cuello—, y entonces atacaremos. Slaol ha hablado conmigo. Siempre me ha hablado. Acudía a mí incluso cuando no era más que un crío, pero ahora se manifiesta con más claridad y me asegura que nos alzaremos con una gran victoria. ¡Conquistaremos Cathallo! Mataremos muchos lanceros y haremos infinidad de prisioneros. Acabaremos de una vez por todas con la amenaza de Cathallo, y vuestros hijos crecerán en una tierra donde reine la paz.

Vitorearon sus palabras y las mujeres de la tribu sumaron sus gritos de aprobación, los tambores empezaron a golpear sus pieles y la partida de guerra se adentró en los bosques en dirección al norte con Camaban a la cabeza. Caminaron toda la tarde, y ya casi había oscurecido para cuando llegaron a las marismas en torno a Maden, pero su trayecto por las tierras pantanosas fue iluminado por una Luna alta y blanca que imprimía lustre a los arroyos y brillaba sobre las fantasmagóricas calaveras blanquecinas que la tribu de Cathallo había plantado en los márgenes de las boscosas colinas para desalentar a los lanceros de Ratharryn. Camaban arrancó una calavera de su poste y la lanzó al suelo. El resto de la partida de guerra le siguió hacia las profundidades del bosque. Los proscritos de Camaban, que estaban en su elemento entre los tenebrosos árboles, iban a la cabeza como exploradores, pero no encontraron ni rastro del enemigo.

Su avance por entre los bosques era lento, pues las hojas oscurecían la luz de Lahanna, y los lanceros se conducían con precaución. Hicieron un alto al alcanzar la cima y allí aguardaron bajo el frío de la noche. Gundur y Vakkal estaban nerviosos porque Cathallo no había permitido nunca que los guerreros de Ratharryn cruzasen las marismas sin oponer ninguna resistencia: se habían adentrado en territorio

enemigo y temían una emboscada, pero de la oscuridad no salía flecha ni lanza alguna. En otras ocasiones, dijo Gundur, Cathallo había obligado a los guerreros de Ratharryn a abrirse paso con la espada hasta estas colinas donde caían una y otra vez en las emboscadas que les tendían los arqueros, pero ahora los bosques estaban despejados, lo que tentaba a los guerreros a creer que Cathallo no estaba advertido de su llegada. A medida que se acercaba el amanecer, se levantó una neblina entre los árboles. Unas crías de zorro pasaron corriendo por un claro al retomarse la marcha, y los hombres interpretaron la presencia de los cachorros como un buen presagio, pues las bestezuelas no habrían salido de su madriguera de haber estado al acecho entre los árboles los guerreros de Cathallo; pero entonces, justo cuando empezaba a calar en ellos el ánimo de una victoria fácil, un terrible estruendo hizo agachar a los hombres, e incluso el rostro listado de Camaban reflejó un repentino temor. Se produjo una agitación entre los arbustos que no fue fugaz, como el movimiento de un ciervo, ni deliberado, como el de un hombre, sino algo enorme y pesado que resonó entre la niebla e hizo estremecer a toda la partida de guerra.

El terrible estruendo se fue acercando. Saban había colocado una flecha en la cuerda de su arco, a pesar de que dudaba que ninguna punta de sílex pudiera ser de utilidad contra la hechicería de Cathallo, y entonces apareció un monstruo con una enorme cabeza coronada por cuernos que se ramificaban retorcidos hacia delante. Saban tensó la cuerda del arco, pero no soltó la flecha. No era hechicería, ni un monstruo, sino un uro el doble de grande que el mayor buey que hubiera visto Saban: una criatura de imponente musculatura, piel negra, afilados cuernos y ojos pequeños y brillantes. Se detuvo al ver a los hombres, meneó el rabo emplastado de heces y holló el suelo con una enorme pezuña antes de volver a mugir su desafío. Levantó la testa y de su cavernosa boca salió un chorro de baba. Sus ojos menudos eran rojos bajo la luz neblinosa. Durante un instante, Saban creyó que el animal iba a embestir contra los guerreros, pero les volvió la espalda y se dirigió al trote hacia el norte.

—¡Un presagio! —anunció Camaban—. ¡Seguidlo!

Saban no había visto nunca tan exaltado a Camaban. La burlona seguridad de su hermano se había visto sustituida por un entusiasmo infantil, resultado de un nerviosismo que le hacía mostrarse bullicioso y estridente. En esas mismas circunstancias, sospechó Saban, Lengar se habría mantenido en silencio; sin embargo, los hombres siguieron a Camaban de buena gana. Tal vez fuera vestido de guerrero, pero los lanceros estaban convencidos de que era un hechicero que podía derrotar a Cathallo con encantamientos en vez de lanzas, y la ausencia de un enemigo en los bosques les había convencido de que sus hechizos funcionaban.

El Sol salió poco después de que llegaran al margen del bosque. La neblina blanca y húmeda embozaba el mundo. Los hombres, que tan seguros de sí mismos estaban por la noche, se veían ahora asaltados por el nerviosismo. Nunca habían penetrado tanto en territorio de Cathallo y semejante logro debería haberlos animado, pero la niebla los amedrentaba porque, una vez dejaron atrás los árboles, les daba la

impresión de caminar por una nada blanquecina. En ocasiones el Sol se mostraba como un pálido disco entre la bruma, pero luego se volvía a desvanecer al cerrarse la húmeda niebla. Algunos hombres dispararon flechas contra sombras más allá de donde alcanzaba la vista, pero no apareció ningún proyectil como respuesta ni gritó ningún enemigo herido.

—Deberíamos regresar —recomendó Gundur.

—¿Regresar? —preguntó Camaban. La sangre sobre su rostro se había secado hasta formar una máscara cuarteada.

Gundur hizo un gesto hacia la niebla, dando a entender que no tenía sentido seguir adelante, pero justo entonces un hombre, en el flanco izquierdo de la desordenada partida de guerra, se topó con un antiguo túmulo funerario, un monumento que se había construido con la forma de una elevación larga y estrecha en vez de la de un montículo redondo. Camaban se dirigió hacia allí y reunió a sus hombres en el atrio de la tumba, que estaba en un lecho formado por una medialuna de enormes piedras.

—Ya sé dónde estamos —les informó Camaban—. Cathallo se encuentra en aquella dirección —señaló hacia la bruma—, y no está lejos.

—Cualquier distancia es mucha en esta niebla —se lamentó Gundur, y los lanceros gruñeron en señal de que compartían su opinión.

—Entonces, dejaremos que la niebla despeje un poco —propuso Camaban—, y hostigaremos al enemigo mientras esperamos.

Ordenó a una docena de hombres que arrancaran las dos piedras más pequeñas de la medialuna de grandes mojones y, una vez hubieron apartado las losas, quedó a la vista un túnel flanqueado por más pilares de piedra. Camaban se metió a cuatro patas en el túnel, murmuró un encantamiento para proteger su alma de los muertos y empezó a lanzar fuera huesos y calaveras. Aquellos eran los antepasados de Cathallo, los espíritus que protegerían a sus descendientes en cualquier batalla, y Camaban ordenó que apilaran los huesos a los pies de la fachada de la tumba y luego, uno por uno, los guerreros se subieron al túmulo y mearon sobre sus enemigos. El gesto les levantó el ánimo de tal modo que empezaron a reír y a fanfarronear igual que la noche anterior.

Saban fue el último en subir al túmulo. Tenía la vejiga vacía y temió que la partida de guerra se mofara de él, pero entonces miró hacia el norte y vio a otra persona que ascendía sobre la bruma. La silueta estaba muy lejos, y por un instante sintió pavor, convencido de que era un espíritu que caminaba sobre la superficie de la niebla, pero luego cayó en la cuenta de que no era más que una persona que había subido al Túmulo Sagrado de color blanco gredoso y miraba en dirección al sur. La figura se quedó mirando a Saban y este le devolvió la mirada. ¿Era Derrewyn? Le pareció que era ella y sintió una punzada de dolor al pensar que ahora era su enemiga. A su derecha, mucho más lejos, surgían entre la niebla las colinas donde yacían las grandes piedras, pero allí solo estaban Derrewyn y Saban mirándose el uno al otro a

través del valle blanco y silencioso.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Camaban.

—Ven aquí —le dijo Saban, y Camaban rodeó el flanco del túmulo y trepó por su pronunciada pendiente de hierba.

La lejana figura dejó caer el manto que llevaba y empezó a subir y bajar los brazos.

—Son maldiciones —señaló Camaban, y escupió en dirección a ella.

—¿Es Derrewyn? —quiso saber Saban.

—¿Quién, si no? —respondió Camaban. Derrewyn estaba encima de la colina de Lahanna e invocaba a la diosa para que hiciera daño a los enemigos de Cathallo.

Saban se tocó la ingle.

—Así que saben que vamos en camino, ¿no?

—Provocaron la niebla —respondió Camaban—, con la esperanza de que nos perdiéramos en ella. Pero no nos hemos extraviado. Sé cómo seguir a partir de aquí. —Levantó un puño amenazante hacia la lejana figura, y después arrastró a Saban túmulo abajo—. Tenemos que seguir un camino hacia el norte —le explicó—, y ese camino atraviesa un bosque, y luego cruza la corriente antes de ir a morir al sendero sagrado. —El sendero les llevaría hasta el santuario de Cathallo.

El gesto de orinar sobre los huesos había devuelto los ánimos a la partida de guerra, y ahora estaban deseosos de seguir rumbo al norte a Camaban, que les conducía a buen paso siguiendo un camino hollado en los pastos por innumerables pies. El camino descendía suavemente a través de espesas hileras de robles y, mientras los lanceros pasaban entre los árboles en una larga hilera, el viento susurraba entre las hojas. Ese mismo viento zarandeo la niebla y la despejó, dejando ante los ojos de los guerreros de Ratharryn que iban en vanguardia el sendero sagrado al otro lado del pequeño valle, donde, apostado formando una imponente barrera junto a las rocas grises, estaba el ejército de Cathallo.

Rallin, el jefe de Cathallo, les estaba esperando. Estaba preparado. Se encontraban allí todos los guerreros de Cathallo, y no solo los hombres de Cathallo, sino también sus aliados, los lanceros de las tribus que aborrecían Ratharryn por causa de las incursiones de Lengar. La horda enemiga ocupaba todo el sendero y lanzó un inmenso grito al ver aparecer a los hombres de Camaban entre los robles. Sin embargo, la niebla volvió a espesarse y los dos ejércitos quedaron ocultos el uno del otro.

—Son más numerosos que nosotros —dijo Gundur con agitación.

—Están tan nerviosos como nosotros —aseguró Camaban—, pero nosotros contamos con Slaol.

—Nos han permitido llegar tan lejos para aplastarnos aquí —conjeturó Gundur—, y después perseguir a los supervivientes a través de las colinas y matarnos uno a uno.

—Lo que quieren —reconoció Camaban—, es una batalla que ponga fin a la guerra.

—Así es —aseguró Gundur—, y la ganarán. Deberíamos retirarnos. —Se manifestó con brío, y Vakkal asintió para dar a entender que estaba de su parte.

—Slaol no quiere que nos retiremos —les advirtió Camaban. Le brillaban los ojos de emoción—. Todos nuestros enemigos están reunidos —dijo—, y Slaol desea que los destruyamos.

—Son demasiados —insistió Gundur.

—Nunca hay demasiados enemigos que matar —replicó Camaban. El espíritu de Slaol había calado en él y no le cabía la menor duda de que se alzarían con la victoria, de modo que rechazó el consejo de Gundur con un gesto de cabeza y desenvainó la espada—. Lucharemos —anunció a voz en cuello, y todo su cuerpo se estremeció al infundirle poder el dios—. ¡Lucharemos por Slaol —gritó—, y venceremos!



CAPÍTULO 16

La niebla se levantó poco a poco, mecida por un viento intermitente y cediendo a regañadientes al poder de Slaol, que se alzaba en el cielo. Dos cisnes remontaron el vuelo sobre el río, y de pronto el batir de sus alas se convirtió en el ruido más intenso en todo el valle flanqueado por los dos ejércitos. Hacía tiempo que había desaparecido el uro, que, supuso Saban, había ido a refugiarse en las profundidades de los bosques del oeste, y sin embargo se aferraba al convencimiento de que la aparición de la bestia había sido un buen augurio. Ahora todos y cada uno de los lanceros de los ejércitos rivales observaban a los cisnes a la espera de que viraran hacia su flanco, pero los pájaros siguieron su rumbo en línea recta entre las dos fuerzas militares para perderse entre las nieblas del este. «Han ido al encuentro del Sol naciente —vociferó Camaban—. Eso significa que Slaol está de nuestra parte».

Podría haberlo dicho igualmente para su coletto, pues en el bando de Ratharryn nadie reaccionó a su grito. Miraban hacia el otro lado del valle, donde las fuerzas de Cathallo constituían una formidable barrera pertrechadas con lanzas, hachas, arcos, mozas, garrotes, azuelas y espadas. La línea de batalla comenzaba cerca del pequeño templo en la colina, seguía el sendero de piedras emparejadas en dirección al oeste y luego continuaba hacia el Túmulo Sagrado. En las pequeñas colinas, tras la formación de batalla, había grupos de mujeres y niños que habían venido para ver cómo sus hombres arrollaban a la tribu de Ratharryn.

—¿Unos cuatrocientos hombres? —Mereth había estado contando y ahora hablaba con Saban en voz queda.

—No todos son hombres —respondió Saban—, algunos apenas si llegan a muchachos.

—Un muchacho puede matarte con una flecha —murmuró Mereth. Iba armado con una de las preciosas hachas de bronce de su padre y tenía un aspecto formidable, ya que había heredado la altura y el fornido pecho de Galeth, pero Mereth estaba nervioso, como también lo estaba Saban. Todos los hombres de ambos ejércitos estaban nerviosos; todos excepto los curtidos guerreros que soñaban con ocasiones

como esa. Eran los hombres sobre los que se cantaban canciones, de quienes se contaban historias en las largas noches de invierno; eran los héroes de las matanzas, luchadores como Vakkal el extranjero, que ahora se adelantaba a las fuerzas de Camaban para gritar insultos a través del valle. Llamó al enemigo excremento de gusano, aseguró que sus madres eran cabras con bocio, los rebajó a la condición de niños que mojaban las pieles por la noche y desafió a dos cualesquiera a enfrentarse con él a la orilla del río. Los guerreros más renombrados de Cathallo vociferaban pullas y desafíos similares. Adornados con plumas y colas de zorro, con la piel surcada por tatuajes de muerte, se pavoneaban forrados de bronce. Hubo un tiempo en que Saban había soñado con llegar a ser un guerrero semejante, pero se había convertido en una persona dedicada a construir en vez de a destruir, y en un hombre que se mostraba cauto, si no abiertamente amedrentado, al ver al enemigo.

—Desplegaos —ordenó Gundur a los hombres de Ratharryn. Gundur no había sido partidario de presentar batalla aquella misma mañana, temeroso de que Cathallo y sus aliados resultaran demasiado numerosos, pero Camaban se lo había llevado aparte y le había devuelto milagrosamente la confianza en sí mismo con una charla, y ahora obligaba a los hombres a formar en línea—. Desplegaos —repetía—. Formad una hilera. Nos os amontonéis como críos. Desplegaos.

La partida de guerra se había dispersado a regañadientes a lo largo del margen de los robles para constituir una hilera que, al igual que la línea enemiga, era discontinua. Los hombres permanecían cerca de sus parientes o amigos, y había amplias brechas entre unos grupos y otros. Ahora se habían adelantado los sacerdotes de ambos bandos, que blandían huesos y zaherían al enemigo con maldiciones. Haragg portaba el estandarte con la calavera para que los antepasados vieran lo que se hacía entre la niebla que ya casi había levantado del todo. Morthor, el sumo sacerdote ciego de Cathallo, llevaba un estandarte similar. Lo mecía con ademanes tan amenazadores que la calavera de Cathallo se desprendió de su extremo superior, lo que provocó vítores entre los hombres de Ratharryn al interpretar la caída de la calavera como un ominoso presagio para el enemigo. Derrewyn seguía en el Túmulo Sagrado, donde, escoltada por media docena de lanceros, profería más maldiciones contra Camaban.

—¡Quiero muerta a la hechicera! —arengó Camaban a su ejército—. ¡Un obsequio de oro para el hombre que me traiga la cabeza de esa perra! ¡Llenaré su cráneo de oro y se lo entregaré al hombre que la mate!

—Está convencido de que ganaremos, ¿verdad? —preguntó Mereth con acritud.

—Slaol está de nuestra parte —respondió Saban, y de hecho el Sol se había abierto paso a través de los restos de niebla para reverdecer el valle y hacer que su resplandeciente luz hiciera cabrillar la corriente entre los dos ejércitos.

—Más vale que esté de nuestra parte —masculló Mereth. Las fuerzas enemigas superaban en magnitud a las de Ratharryn en una proporción de dos a uno.

—¡Quiero muerto a su jefe! —enconaba Camaban a sus hombres—. A él y a sus

hijos. Encontrad a sus hijos y matadlos. Si sus esposas están embarazadas, matadlas también. Y matad al cachorro de la hechicera, matadlo. Matadla, matad a su hija, matadlos a todos.

Rallin se paseaba entre su propia línea de hombres, sin duda enardeciendo a sus lanceros para que se abandonaran a una matanza del mismo carácter. Los sacerdotes de ambos bandos se habían adelantado hasta sus respectivas orillas del río hasta quedar tan cerca que casi podían escupirse, y allí cruzaron insultos y se lanzaron maldiciones, dieron saltos, se contorsionaron como si estuvieran en manos de algún dios y convocaron a gritos a los espíritus invisibles para que acudieran y destriparan al enemigo. Haragg era el único que no había bajado a la ribera. En vez de eso, estaba unos pasos por delante de la línea y había alzado el estandarte de la calavera hacia el Sol.

Los guerreros más valientes habían seguido a los sacerdotes para proferir más insultos, pero ninguna de las líneas de batalla iniciaba el avance. Algunos grupos de hombres danzaban como si estuvieran en trance mientras se armaban del coraje necesario para atacar, otros entonaban himnos de guerra o salmodiaban los nombres de sus dioses. La bruma había levantado del todo y el día iba tornándose más cálido. Mereth retrocedió hasta el bosque que estaba detrás de la línea de Camaban y se puso a recoger moras, pero Camaban, que regresaba del ala izquierda de sus fuerzas, lo sacó de entre los arbustos y lo obligó a ocupar su lugar en la formación. «Todo hombre que disponga de arco tiene que retroceder hacia los árboles y abrirse paso hasta el centro de la línea. ¿Me oís?», dispuso Camaban, que continuó caminando mientras repetía la orden. Los arqueros se retiraron a hurtadillas entre los árboles y, ocultos a la vista del enemigo, llegaron a la carrera hasta el centro de la desordenada formación de Ratharryn. Saban, reacio a abandonar la compañía de Mereth, fue el único que desobedeció la orden.

Empezó a sonar un tambor en la línea de Cathallo, y el pesado tañer infundió a los hombres de Rallin el valor necesario para que algunos grupos reducidos se lanzaran hacia delante para azuzar a las fuerzas de Camaban. Los más valerosos vadearon el río y enseñaron el pecho cubierto de azul como si invitaran a los arqueros de Ratharryn a disparar sus dardos. Vakkal y algunos de sus lanceros extranjeros se precipitaron a desafiar a esos enemigos con más agallas, que se replegaron de inmediato dando pie a las chanzas de los hombres de Ratharryn. Los sacerdotes permanecían en medio de esas acometidas y contraacometidas sin hacer ningún caso a los guerreros, que tampoco les prestaban a ellos ninguna atención.

Algunos arqueros dispersos se salieron de la formación de Cathallo para lanzar sus flechas hacia el otro lado del valle. La mayoría se quedaron cortas, aunque unas pocas pasaron silbando por encima de la cabeza del enemigo para perderse entre las hojas en el bosque. Los chiquillos se apresuraron a recuperar las flechas y se las llevaron a los arqueros de Ratharryn, un puñado de los cuales avanzó desde el centro de la línea de batalla para obligar a retroceder a los arqueros enemigos. Todavía no

había resultado nadie herido, y mucho menos muerto, y aunque los insultos que se arrojaban eran contundentes, ninguno de los ejércitos parecía inclinado a cruzar el río y dar comienzo a la carnicería. Rallin volvía a pasear arriba y abajo entre su formación, lanzando exhortaciones y gritos, y las mujeres llevaban vasijas llenas de licor a los hombres.

—Vamos a dejar que vengan a nosotros —Camaban recorría la retaguardia de su línea—. Vamos a quedarnos aquí —indicó—, y a dejar que nos ataquen. —Parecía animado—. Cuando ataquen, permaneced en vuestra posición y esperadles.

Había empezado a cantar toda la formación de Cathallo, las potentes voces unidas en un cántico de batalla en honor a Lahanna.

—Están haciendo acopio de valor, ¿verdad? —observó Mereth, que tenía los labios manchados de jugo de moras.

—Preferiría estar construyendo barcos en Sarmennyn —dijo Saban.

—Preferiría estar construyendo barcos en cualquier parte —señaló Mereth. No tenía ni una sola cicatriz de muerte en el pecho—. Me temo que si atraviesan ese río —continuó—, echaré a correr y no pararé hasta llegar al mar.

—Están tan asustados como nosotros —le hizo ver Saban.

—Tal vez sea así —observó Mereth—, pero allí hay dos hombres asustados por cada uno de nosotros.

Resonó un estruendoso grito procedente de la formación de Cathallo, y Saban vio que un nutrido grupo de guerreros había echado a correr hacia la corriente de agua. Salieron del centro de la línea de batalla de Rallin e invocaron el nombre de Lahanna en su avance, pero después miraron a derecha e izquierda, y, al ver que el resto de su formación se había detenido en el sitio, se detuvieron y se contentaron con proferir insultos a Camaban, que había regresado al centro de la línea de Ratharryn. Derrewyn, según apreció Saban, había descendido del Túmulo Sagrado y ahora recorría a largas zancadas la reacia formación de ataque de Cathallo. Llevaba suelto el largo cabello moreno, que el suave viento levantó al igual que el pálido manto que vestía. Saban vio que estaba gritando e imaginó que infundía valor a sus hombres, insultaba a Ratharryn y urgía a los lanceros a avanzar. Llevaron más cuencos de licor a los hombres de Rallin. El tambor tocaba su instrumento de piel de cabra con redobladas fuerzas, y los hombres se arrastraban en una grotesca danza mientras se armaban de coraje. Los sacerdotes de ambos bandos, con las gargantas doloridas de tanto gritar, se amontonaron junto a la corriente, donde bebieron sirviéndose de las manos y hablaron unos con otros.

—Lengar no habría luchado así —rezongó un hombre cerca de Saban.

—¿Cómo lo habría hecho? —inquirió Saban.

—Tu hermano siempre estaba dispuesto a atacar —le explicó el guerrero—. Nada de esperar como ahora. Se gritaba bien fuerte y se arremetía contra el enemigo en una clamorosa embestida —bufó—. Siempre salían victoriosos.

Saban se preguntó si era eso lo que tenía planeado Gundur, pues había reunido a

sus mejores guerreros en el centro de la línea, donde se erguía el estandarte de la calavera. Los hombres reunidos habían sido la flor y nata del ejército de Lengar, los lanceros con más cicatrices de muerte, que llevaban colas de zorro entreveradas en el cabello y colgadas del asta de la lanza. Gundur les arengaba, aunque Saban estaba muy lejos para oír lo que decía. Vakkal y su selección de guerreros extranjeros se unieron a ellos, y justo detrás de aquel pavoroso grupo estaban los arqueros de Camaban.

El Sol fue alzándose en el cielo. Rallin y Derrewyn se paseaban arriba y abajo por sus formaciones, pero ningún bando se decidía a atacar, aunque algunos arqueros de Cathallo se envalentonaron y cruzaron el río para lanzar unas cuantas flechas. Alcanzaron a un hombre en la pierna, y el enemigo estalló en vítores. Camaban envió media docena de sus arqueros como respuesta para obligar a retroceder al enemigo, y entonces prorrumpió en befas el bando de Ratharryn.

—Tal vez no llegue a haber batalla —comentó Mereth esperanzado—. Quizás estemos aquí todo el día, gritemos hasta quedarnos roncos, y luego volvamos a casa y fanfarroneemos de lo valientes que hemos sido todos. Me conformaría con eso.

—O tal vez Rallin esperaba que atacásemos como Lengar —sugirió Saban...

—¿Pensaba que atacaríamos?

—Probablemente —supuso Saban—, y ahora que no hacemos lo que esperaba, tiene que venir a nosotros si quiere ganar.

A todas luces, Rallin había llegado a la misma conclusión, porque él y Derrewyn exhortaban a su ejército para que avanzase, asegurando que las alimañas de Ratharryn eran muy tímidas para atacar y muy tercas para retirarse sin presentar batalla, y por tanto esperaban a ser masacradas. Rallin vociferaba que la gloria aguardaba a Cathallo y que cualquier hombre que muriera durante esa jornada iría directamente a la bienaventuranza en brazos de Lahanna. Los primeros hombres que acometieran contra la formación de Ratharryn, prometió el jefe de Cathallo, podrían elegir las mujeres y los rebaños del enemigo antes que nadie, y esa perspectiva infundió ánimos a sus hombres. El licor también estaba haciendo efecto. El tañer del tambor inundaba el cielo, y las mujeres que observaban desde las colinas urgían a sus hombres a que avanzaran y mataran al enemigo. El ruido era constante: gritos y alaridos, tañidos y salmodias, cánticos y pataleos. Los caudillos guerreros de Rallin se habían distribuido por la formación y empujaban a los hombres una y otra vez, y su ejemplo, así como las promesas de Rallin, lograron al fin poner en movimiento a toda la masa exaltada.

—Manteneos en vuestra posición y esperad —gritó Camaban—. Manteneos en posición y esperad.

—Que los dioses nos ayuden —musitó Mereth, al tiempo que se tocaba la ingle.

El enemigo se fue aproximando lentamente. Ninguno estaba dispuesto a ser el primero en llegar a la barrera formada por las tropas de Ratharryn, y por tanto se acercaban paso a paso, animándose a gritos unos a otros, y los arqueros eran los únicos que se adelantaban a la carrera, pero hasta ellos se cuidaban de no avanzarse

en exceso. Rallin estaba en el centro de la formación, donde tuvo éxito en su empeño de poner en marcha a sus mejores guerreros. Quería que el resto de sus fuerzas vieran a aquellos héroes abrirse paso por el centro de la línea de batalla de Ratharryn y dar comienzo a la matanza, que se convertiría en una masacre cuando los hombres de Camaban se desperdigasen y huyeran. Los guerreros vociferaban sus cánticos de guerra, blandían las espadas, y aun así ni un solo hombre de Ratharryn les salió al paso para contener el ataque.

—Manteneos en posición y esperad —insistió Camaban—. Slaol nos concederá la victoria.

Los arqueros enemigos habían llegado a la orilla del río y vacilaron un instante entre las espesas matas de helechos antes de saltar al agua.

—Cuidado con las flechas —gritó un hombre cerca de Saban.

Habían disparado las primeras flechas, y Saban las vio centellear en el cielo. No llegó ninguna hasta donde él estaba, pero en otros lugares los hombres tuvieron que apartarse de un salto al ver que una flecha se precipitaba directamente contra ellos. Los arqueros de Cathallo se habían distribuido por toda la línea de batalla, y como consecuencia sus flechas salían en pequeñas andanadas, pero lograron alcanzar a un puñado de hombres y las heridas infligidas animaron a los lanceros a avanzar detrás de los arqueros. Vadearon el río al trote sin prestar atención a los sacerdotes que seguían hablando con sosiego.

—¿Vas a utilizar ese arco? —le preguntó Mereth a Saban, y este cogió una flecha del carcaj y la apoyó contra la cuerda, aunque sin tensarla. Hubo un tiempo en el que no soñaba sino con convertirse en un héroe de los cánticos de su tribu, pero ahora no estaba sediento de sangre en absoluto. No podía odiar a Derrewyn y su pueblo, y en consecuencia contemplaba el avance enemigo y se preguntaba cómo tenía planeado Camaban repeler semejante embestida.

—Dejad que se acerquen —vociferó Camaban.

Ninguno de los arqueros de Ratharryn había respondido a las flechas enemigas, cosa que animó a los arqueros de Rallin, que ahora que estaban más cerca disparaban sus flechas en línea recta y con mucha más fuerza; tanto así que resultaba imposible esquivarlas, y los hombres proferían alaridos al ser alcanzados, trastabillaban hacia atrás y caían de espaldas. La visión de los hombres heridos animó al grupo de guerreros más curtidos de Rallin a arremeter a la carrera y manifestar su desafío a grito limpio mientras ascendían por la leve pendiente.

—¡Ahora! —gritó Camaban, y sus mejores lanceros se hicieron a un lado para dejar que los arqueros que se habían reunido en el centro lanzaran una mortífera nube de flechas directamente contra la carga de Rallin. Cayeron una docena de enemigos, uno con una flecha clavada en la cuenca del ojo, y el resto de los lanceros de Cathallo se detuvieron de inmediato, perplejos ante la repentina granizada de astiles con punta de sílex; en ese momento sufrieron el azote de otra bandada de proyectiles con plumas negras, y luego de otra, y fue entonces cuando Gundur profirió el grito de

guerra de Ratharryn, y la flor y nata de sus guerreros, con las colas de zorro al viento, prorrumpieron en aullidos y cargaron. Los arqueros de Camaban se estaban dispersando a derecha e izquierda para obligar a retroceder a los arqueros enemigos. Habían tenido la impresión de que los hombres de Ratharryn esperaban plácidamente, y su repentino contraataque, súbito como la acometida de una víbora, dejó aturdido al enemigo.

Gundur y Vakkal encabezaron la carga contra las fuerzas diezmadas de Rallin. Vakkal, con lustrosas plumas de cisne en el cabello, lanzaba tajos con un hacha de larga empuñadura, mientras Gundur se servía de una pesada lanza con mortífera eficacia. Durante un buen rato, el centro del campo fue una maraña de hombres que lanzaban hachazos y tajos, pero los arqueros de Camaban habían infligido un grave menoscabo al enemigo, y ahora los mejores guerreros de Ratharryn se abrían paso a través del centro de la formación de Rallin. Mataron a los más renombrados héroes de Cathallo en el cauce del río, donde Rallin intentaba replegarlos hasta que Vakkal le lanzó el hacha. La sólida hoja alcanzó a Rallin en la cabeza y el jefe enemigo se desplomó entre los helechos. Gundur lanzó un aullido y se precipitó cauce adelante para hundir la lanza en el pecho de Rallin. En ese momento, Camaban pasó a su lado blandiendo la espada y lanzando amplios tajos al aire que suponían tanto peligro para el enemigo como para sus propias filas. La desaforada aparición de Camaban con el rostro listado, los huesos colgados del cabello y la piel embadurnada de sangre, aterrorizó a los hombres de Cathallo, que retrocedieron y volvieron a retroceder, y luego retrocedieron con mayor presteza al acometer los guerreros de las colas de zorro en una clamorosa embestida.

«¡Ahora!», arengó Camaban al resto de su formación. «¡Adelante, matadlos! ¡Venid a matarlos! ¡Sus vidas están en vuestras manos!». Los hombres de Ratharryn, tan asombrados como el enemigo ante el éxito del grueso de su formación, y al ver que los hombres de Cathallo se batían en retirada aterrados, prorrumpieron en un fuerte griterío y cargaron hacia el río. «¡Matadlos!», se desgañitaba Camaban. «¡Matadlos!». Su arenga replegó al victorioso centro de la formación, y el grupo de guerreros se lanzó con él a la cabeza en una estruendosa carga que se convirtió en una persecución de enemigos que seguían superando en magnitud a las fuerzas de Camaban, pero entre los que, a la muerte de su jefe, había cundido el pánico. Los hombres de Ratharryn manifestaban su triunfante exaltación a grito herido, mientras mermaban desde atrás al enemigo en retirada. Hachas y mazas aplastaban cráneos, astillaban huesos y se alzaban ensangrentadas. Los hombres mataban en un frenesí de miedo desatado, aullaban y acuchillaban, tajaban y magullaban, y el pánico se transformó en derrota cuando Vakkal se hizo con el estandarte de la calavera de Cathallo. Atravesó al ciego Morthor con una espada, le arrebató el estandarte y aplastó la calavera con la hoja de su arma; al ver destruida la calavera, cundió un desolado lamento entre las descabaladas filas del enemigo. Las mujeres de Cathallo huyeron hacia el gran santuario, y los lanceros en retirada las siguieron aterrados. Se

había desatado el caos, y los hombres de Camaban daban caza a la masa que huía en rebaños. La tribu de Cathallo había caído derrotada, se batía en retirada, y los hombres de Ratharryn empapaban sus armas en la sangre de la matanza.

Saban fue el único que no se precipitó en pos del enemigo. Mereth había llevado su gran hacha a la colérica matanza que había teñido de sangre el sendero entre las piedras sagradas, pero Saban se había quedado observando a Derrewyn, que se encontraba en el extremo oeste de su formación cuando Gundur y Vakkal se abalanzaron sobre los hombres de Rallin y presenció horrorizada el derrumbe de su tribu. Saban reparó en que dos guerreros de Cathallo intentaban llevarla a rastras hacia el asentamiento, pero Derrewyn debió de suponer que el ejército de Camaban se dirigiría hacia allí, porque dio unas cuantas zancadas hacia el oeste y, cuando vio que los enemigos cruzaban el río a la carga e iban a desembocar al sendero sagrado, se dirigió hacia los árboles que poco antes estaban detrás de la formación de batalla de Camaban. No había ningún otro lugar donde cobijarse. A Saban le dio la impresión de que iba a alcanzar la arboleda sin ningún contratiempo, pero, justo en ese momento, dos arqueros de Ratharryn la vieron dirigirse hacia el sur a la carrera y dispararon sus flechas. Uno de los proyectiles se clavó en la pierna de Derrewyn y la hizo trastabillar, pero sus dos lanceros la recogieron y la llevaron casi en volandas hacia los árboles, mientras los arqueros, sedientos del oro que Camaban les daría como recompensa, corrían tras ella.

Saban se adentró en el bosque tras los pasos de los arqueros. Había perdido de vista a Derrewyn y a sus perseguidores, pero entonces oyó cómo soltaban la cuerda de un arco y Derrewyn profería a voz en cuello un insulto. Saban se volvió hacia el revuelo, y atravesó una espesura de avellanos para llegar a un pequeño claro, donde vio que uno de los lanceros de Cathallo yacía muerto con una flecha de plumas negras ensartada en la garganta. Derrewyn, con el rostro pálido y el gesto descompuesto de dolor, estaba recostada contra el enmohecido tronco de un roble, mientras su último protector plantaba cara a los dos arqueros de Ratharryn. Sonreían al ver lo fácil que se les presentaba la victoria, pero fruncieron el entrecejo al ver aparecer a Saban en el claro.

—La hemos encontrado nosotros —le dijo un arquero, para que no quedara ninguna duda.

—La habéis encontrado vosotros —reconoció Saban—, así que la recompensa es toda vuestra. No la quiero. —No conocía a ninguno de los dos jóvenes, que apenas eran poco más que muchachos. Sonrió al que más cerca tenía y puso una flecha en el arco—. ¿Tenéis un cuchillo? —les preguntó.

—¿Un cuchillo? —repitió a su vez uno de ellos.

—Tendréis que cortarle la cabeza a la hechicera —explicó Saban, al tiempo que tensaba la cuerda del arco y dirigía la larga punta de sílex contra la cabeza del lancero enemigo—. ¿Recordáis la recompensa por su muerte? Consiste en su cráneo lleno de oro, de modo que debéis llevarle a mi hermano su cabeza si queréis ser ricos. —Miró

de soslayo a Derrewyn, que le observaba sin atisbo de emoción—. Pero ¿ya sabéis cómo salvaguardaros de la mortal maldición de la hechicera? —preguntó Saban a los dos arqueros.

—¿Su maldición? —indagó con inquietud el más próximo.

—Es una hechicera —le recordó Saban en tono ominoso.

—¿Tú lo sabes? —inquirió el arquero.

Saban sonrió.

—Con el hechizo se acaba así —dijo, y se volvió de repente de modo que su flecha apuntara al arquero que tenía más cerca. La disparó, vio brotar la sangre de un rojo intenso entre las sombras verdes, y acto seguido se deshizo del arco y saltó por encima del cuerpo del guerrero agonizante para tumbar al segundo arquero sobre las hojas caídas. Le propinó un fuerte golpe en la cara y gruñó al recibir un golpe de su contrincante, pero entonces vio que al hombre se le ponían los ojos como platos de dolor y oyó el crujido de sus costillas al hundir el lancero de Derrewyn su hoja de bronce en el pecho del arquero.

Saban se puso en pie. El corazón le latía con fuerza y le había entrado sudor en los ojos.

—Creía que iba a aguantar toda la batalla sin matar a nadie.

El primer arquero, que tenía la flecha de Saban clavada en la garganta, basqueó de dolor y luego se quedó inmóvil.

—¿No querías matar? —le preguntó Derrewyn con desdén—. ¿Acaso tu mujer extranjera te ha vuelto en contra de matar?

—No tengo ninguna pendencia contigo —contestó Saban—. Nunca la he tenido.

El lancero superviviente sujetaba su lanza ensangrentada en una pose amenazadora, pero Derrewyn le hizo bajar el arma con un gesto de mano.

—No alberga malas intenciones —le dijo a su protector—. Saban va por la vida dando palos de ciego sin ninguna mala intención, aunque acabe por causar mucho dolor. Vete a vigilar al margen del bosque. —Siguió al lancero con la vista, pidió a Saban que se acercara, y al doblar la pierna herida lanzó un bufido de dolor. La flecha le había atravesado limpiamente el músculo del muslo derecho. La punta de sílex se veía a un lado y las negras plumas de cuervo de Ratharryn, al otro. Quebró el extremo emplumado, torció el gesto de dolor y partió el otro extremo. Al haberse cerrado la carne en torno al astil, no manó mucha sangre.

—Puedo sacarte el resto de la flecha —se ofreció Saban.

—Lo haré yo misma —respondió Derrewyn. Cerró los ojos un instante y prestó oídos a los lejanos gritos que veían del norte—. Gracias por matarlos —dijo, al tiempo que señalaba con un gesto a los dos arqueros muertos—. ¿De veras ha ofrecido tu hermano una recompensa por mí?

—Por tu cadáver.

—De modo que ahora podrías hacerte rico matándome, ¿no? —preguntó con una sonrisa.

Saban le devolvió la sonrisa.

—No —respondió mientras se acuclillaba delante de ella—. Ojalá no hubiera ocurrido nada de esto. Ojalá todo fuera como antes.

—Pobre Saban —se compadeció Derrewyn. Apoyó la cabeza contra el árbol—. Deberías haber sido jefe de Ratharryn. Entonces no habría ocurrido nada de esto.

—Si te diriges hacia el sur —dijo Saban—, probablemente estés a salvo.

—Dudo que llegue a estar a salvo nunca —replicó ella, y se echó a reír—. Debería haber dado a Camaban las piedras cuando me las pidió. Vino a verme el verano pasado, por la noche, en secreto, y me suplicó que se las entregara. —Esbozó una sonrisa burlona—. ¿Sabes qué me ofreció por las piedras?

—¿La paz? —sugirió Saban.

—La paz —Derrewyn pronunció la palabra como si escupiese—. Me ofreció más que paz, Saban, se ofreció a sí mismo. Quería casarse conmigo. Él y yo, dijo, éramos los dos grandes hechiceros, y entre los dos dominaríamos Ratharryn y Cathallo y haríamos bailar a los dioses como liebres en primavera.

Saban se quedó mirándola mientras se preguntaba si decía la verdad, pero decidió que sin duda así era, y sonrió.

—Hay que ver cómo te quieren los hijos de mi padre —comentó Saban.

—Tú me quisiste —replicó Derrewyn—, pero Lengar me violó y Camaban me teme.

—Todavía te quiero —farfulló Saban, y sus palabras le sorprendieron a él mismo más que a Derrewyn. Se sonrojó y sintió vergüenza al pensar en Aurena, pero reconoció que había dicho la verdad, una verdad que no se había atrevido a reconocer durante años. Se quedó mirando a Derrewyn y no vio el rostro severo y desvaído de la hechicera de Cathallo, sino el de la hermosa joven, cuya risa había embelesado a toda una tribu.

—Pobrecillo Saban —se compadeció Derrewyn, y se estremeció al recorrerle la pierna una punzada de dolor—. Deberíamos haber acabado juntos, Saban, solos tú y yo. Habríamos tenido hijos, habríamos vivido y muerto sin que nada hubiese cambiado. Pero ahora... —Se encogió de hombros—. Slaol se alza con la victoria y su crueldad se propagará por el mundo.

—Slaol no es cruel.

—Ya lo veremos, ¿no? —indagó Derrewyn, y abrió el manto para enseñar a Saban los tres rombos de oro que colgaban de un cordel de oro en torno a su cuello. Se llevó una de las pequeñas piezas de oro a la boca, rompió con los dientes la fibra de tendón que la sujetaba y entregó el reluciente rombo a Saban—. Toma —le dijo.

Saban sonrió.

—No lo necesito.

—Acéptalo —insistió, y esperó a que obedeciera—. Guárdalo a buen recaudo.

—Se lo debería devolver a la tribu de Sarmennyn —dijo.

—Por una vez —le aconsejó ella con hastío—, no seas necio, porque en su

momento me pedirás ayuda. ¿Recuerdas la isla de Mai?

Saban asintió:

—Claro que la recuerdo.

—Yacimos bajo un sauce —rememoró Derrewyn—, y en el tronco hay una horcadura que queda casi al alcance de la mano. Deja la pieza de oro en esa horcadura y acudiré en tu ayuda.

—¿Me ayudarás? —preguntó Saban no sin cierto tono de burla, pues Ratharryn se había alzado con la victoria y Derrewyn no era más que una fugitiva.

—Necesitarás mi ayuda —le aseguró—, y te la ofreceré cuando me la pidas. Ahora me voy a convertir en un fantasma, Saban, y rondaré Ratharryn. —Hizo una pausa—. Supongo que Camaban también quiere que muera mi hija, ¿no es así?

Saban asintió de nuevo:

—Así es.

—Pobre Merrel —musitó Derrewyn—. Camaban no la encontrará, pero ¿qué vida le puedo ofrecer ahora? —Guardó silencio y Saban vio que estaba llorando, aunque no sabía si de aflicción o de dolor. Se acercó a ella y la rodeó con sus brazos para que llorara en su hombro—. Cómo odio a tus hermanos —dijo poco después, y tras respirar hondo se apartó de él con suavidad—. Viviré igual que una proscrita —aseguró—, y construiré un templo a Lahanna en lo más profundo del bosque, donde Camaban no lo encuentre nunca. —Extendió la mano hacia a Saban—. Ayúdame a levantarme.

La incorporó y Derrewyn lanzó un gemido al apoyar el peso de su cuerpo sobre la pierna herida, pero rechazó la ayuda de Saban con un gesto y llamó a su lancero. Hizo ademán de marchar sin despedirse, pero luego, repentinamente, se volvió y besó a Saban. No dijo nada, solo le besó una segunda vez y se fue cojeando rumbo al sur por entre los árboles.

Saban la siguió con la vista hasta que las hojas la ocultaron y cerró los ojos porque temía romper a llorar.

* * *

Ese día se derramarían muchas lágrimas. El sendero de piedras estaba recubierto de cadáveres, muchos con el cráneo quebrado por hachas o garrotes, y más aún sin cabeza. Pero habían quedado tantas cabezas que coger como trofeo que, después del primer momento, los perseguidores dejaron de decapitar cadáveres e incluso descartaron algunas cabezas. Algunos guerreros enemigos seguían con vida, aunque terriblemente mutilados. Al recorrer el campo de batalla, Saban vio a un hombre con el cabello empapado en sangre que permanecía aferrado a un pilar de piedra. Qué canciones compondrían en Ratharryn sobre esta batalla, pensó Saban con acritud.

Descendían los cuervos y los perros acudían a darse un atracón de carne de cadáver. Dos niños que habían seguido a los hombres de Camaban a la guerra intentaban decapitar a una mujer. Saban los ahuyentó del cadáver aun a sabiendas de que encontrarían otro. El sendero de piedras estaba cubierto de sangre y recordó la profecía de Derrewyn de que el nuevo templo de Ratharryn rezumaría sangre. Andaba errada, se dijo a sí mismo, errada.

Los primeros jirones de humo se desprendían de las techumbres en el asentamiento donde los guerreros de Camaban, tras haberse hecho con todos los objetos de valor que habían encontrado en las cabañas, lanzaban teas sobre la paja. Mientras las chozas quedaban destruidas, los miembros supervivientes de la tribu derrotada buscaban refugio en el gran santuario. Fue allí donde Saban encontró a Camaban. Estaba solo en la cresta del muro de piedra que circundaba el asentamiento, donde arrojaba a la zanja sistemáticamente las calaveras protectoras, propinándoles fuertes puntapiés.

—¿Dónde has estado? —exigió saber.

—Buscaba a Derrewyn —respondió Saban.

—¿La has encontrado?

—No —mintió Saban.

—Probablemente haya muerto —comentó Camaban en tono vengativo—. Ojalá haya sido así. Pero todavía quiero mearme en el cadáver de esa perra. —Envió al fondo de la zanja de una patada el cráneo de un lobo. Tenía el largo cabello y los huesos que le colgaban de las trenzas manchados de sangre, pero no era suya. La espada de bronce, suspendida de un aro en su cinturón, estaba también cubierta de sangre—. Espero que ya hayan encontrado a los hijos de Rallin —continuó—, porque los quiero muertos.

—No representan ningún peligro para nosotros —protestó Saban.

—Son la familia de Rallin y quiero que los maten a todos. Y que maten también al cachorro de Derrewyn. —Hizo caer del terraplén otra calavera de una patada—. Se atreve a llamarse hechicera. ¡Qué desvergüenza! Mira el efecto que ha tenido su hechicería en la tribu. —De pronto le ofreció una amplia sonrisa—. Me encanta la guerra.

—Yo la aborrezco.

—Eso es porque no se te da bien, pero no tiene mayor dificultad. Gundur era partidario de la retirada porque no había pensado lo suficiente en el problema, pero yo sabía que Rallin atacaría a la cabeza de sus mejores guerreros, de modo que ha sido sencillo prepararles una trampa. Gundur ha tenido su merecido al ver que daba resultado. Sin embargo, ha luchado con valor. ¿Has luchado tú con valor?

—He matado a un hombre —respondió Saban.

—¿Solo uno? —replicó Camaban, burlón—. Qué envidia te tenía de niño. Eras igual que Lengar, alto y fuerte, y estaba convencido de que te convertirías en un guerrero y yo siempre sería un tullido. Pero es el tullido quien ha conquistado

Cathallo. Ni Lengar ni tú, sino yo. —Se echó a reír, orgulloso del resultado de la jornada, y se volvió para mirar hacia la muchedumbre de Cathallo que se había reunido en torno a la vieja cabaña de Sannas—. Creo que es hora de meterles miedo en el cuerpo —comentó Camaban, y recorrió el sendero elevado en dirección al centro del templo.

No habían entrado en el templo más de una docena de lanceros de Ratharryn, de modo que Camaban estaba prácticamente sin protección, pero no dejó entrever ni el más mínimo atisbo de miedo mientras se acercaba al mismo centro del templo, en el espacio entre los círculos de piedra paralelos que estaban circundados por el anillo, más grande, de mojonos; y una vez allí, alzó los brazos hacia el cielo y los mantuvo en alto hasta que el amedrentado gentío hubo guardado silencio.

—Ya me conocéis —gritó—. Soy Camaban. Camaban el niño tullido. Camaban el lisiado. Camaban de Ratharryn. Y ahora soy Camaban, jefe de Cathallo. ¿Alguien tiene algo en contra? —Se quedó mirando a la muchedumbre de hito en hito. Había al menos una cuarentena de hombres, la mayor parte todavía armados, pero ninguno movió un dedo—. Soy más que Camaban —vociferó el propio hechicero—, porque hace muchos años vine aquí una noche y le arrebaté el alma a Sannas con su último aliento. Yo, Camaban, llevo a Sannas en mi interior. ¡Yo soy Sannas! —Hizo el anuncio a grito herido, y luego, de repente, empezó a entonar un cántico con la antigua voz de Sannas, exactamente su misma voz, ancestral y áspera como los viejos huesos; tanto así, que si Saban cerraba los ojos era como si la anciana hechicera siguiera viva—. Soy Sannas, que he regresado, he vuelto a la Tierra para salvaros del castigo. —Y empezó a contorsionarse y bailar, a dar saltos y retorcerse, lanzando gritos de desespero como si el alma de la anciana luchase contra su propio espíritu, y el espectáculo hizo que los niños, aterrorizados, escondieran el rostro entre las ropas de sus madres—. ¡Soy Sannas! —vociferó Camaban—. Y Slaol me ha conquistado. Slaol me ha tomado. Ha yacido entre mis muslos y estoy llena de él. —Volvió a proferir gritos desgarrados y a mover la cabeza de aquí para allá, de forma que su largo cabello ensangrentado se agitara como un látigo—. Debéis obedecer, debéis obedecer —les instó, todavía con la voz de Sannas.

—Matadlos... —Ahora hablaba con su propia voz, y desenvainó la espada ensangrentada para avanzar hacia el gentío mientras entonaba la amenaza—. Matadlos, matadlos, matadlos. —La muchedumbre retrocedió.

—¡Cogedlos como esclavos! —Había vuelto a adoptar la voz de Sannas—. Serán buenos esclavos. Azotadlos si no se portan bien. ¡Azotadlos! —Empezó a contorsionarse otra vez, y a aullar, y luego, de pronto, se quedó quieto.

—Slaol habla por mí —dijo en su propia voz—. Me habla y habla a través de mí. El gran dios acude a mí y me pregunta cómo es que no estáis muertos. ¿Por qué no cogemos a vuestros hijos y les estrellamos la cabeza contra las piedras del templo? —Las mujeres profirieron un grito quejumbroso—. ¿Por qué no lanzamos a vuestros hijos a la hoguera de Slaol? —inquirió Camaban—. ¿Por qué no ofrecemos a vuestras

mujeres para que las violen y enterramos vivos a vuestros hombres en los fosos de excrementos? ¿Por qué no? —Las dos últimas palabras sonaron casi como un chirrido.

—Porque yo no lo permitiré. —Era Sannas una vez más—. Mi pueblo obedecerá a Ratharryn. Obedecerá. De rodillas, esclavos, ¡hincaos de rodillas! —Y las gentes de Cathallo cayeron arrodilladas ante Camaban. Algunos extendieron los brazos hacia él. Las mujeres se aferraron a sus hijos y rogaron por sus vidas, pero Camaban les dio la espalda, se acercó a la piedra más próxima y apoyó la cabeza contra ella.

Saban dejó escapar un largo suspiro que no había sido consciente de estar conteniendo. Las gentes de Cathallo permanecieron arrodilladas con el gesto desencajado de terror, y así fue como las encontraron los lanceros de Gundur cuando accedieron en una hilera por la entrada oeste.

Gundur se acercó a Camaban.

—¿Los matamos?

—Son esclavos —respondió Camaban con toda tranquilidad—. Los esclavos muertos no trabajan.

—Entonces, ¿matamos a los viejos?

—Matad a los viejos —accedió Camaban—, pero dejad que vivan los demás. —Se volvió y sostuvo la mirada al gentío arrodillado—. Pues yo soy Slaol y estos son los esclavos que construirán mi templo. —Alzó los brazos hacia el Sol—. Pues yo soy Slaol —gritó de nuevo, triunfante—, y van a construir mi santuario.

* * *

Camaban dejó a Gundur al frente de Cathallo. «Mantén con vida a la gente —le ordenó—, porque en primavera necesitaremos sus brazos». Gundur también tenía orden de registrar los bosques en busca de Derrewyn, cuyo cadáver no se había encontrado, y de la hija de esta, que también continuaba desaparecida. Habían descubierto a los hijos y las esposas de Rallin y sus cadáveres se pudrían ahora en una tumba de escasa profundidad. Morthor estaba enterrado bajo un túmulo y se había nombrado un nuevo sumo sacerdote, pero solo después de que el hombre se hubiera avenido a besar el pie deforme de Camaban y a jurarle fidelidad.

De modo que Camaban regresó victorioso a Ratharryn, donde durante todo el invierno se dedicó a jugar con bloques de madera. Había mandado a Saban que le hiciera los bloques, insistiendo en que diera a los trozos de madera forma de pilares, y le iba pidiendo cada vez más para luego desaparecer en el interior de su choza, donde colocaba y recolocaba los bloques obsesivamente. Al principio los ordenó en dos círculos concéntricos, uno anidado dentro del otro como el templo inacabado que Saban estaba retirando ahora, pero después Camaban descartó la idea de los círculos

concéntricos y en vez de eso planeó un templo a imagen del santuario de Slaol ya erigido a la salida de Ratharryn. Ideó un bosque de pilares, pero, tras observar la maqueta durante días, la echó por tierra. Hizo prueba de reconstruir el canon de Slaol y Lahanna en piedra: doce círculos impuestos sobre un círculo de mayor tamaño; pero, al tumbarse para ver los bloques a ras de tierra, no apreció más que desorden y confusión y por tanto también descartó esta disposición.

Fue un invierno frío en el que cundió el hambre. Lewydd volvió a casa con el oro de Erek y se llevó con él media docena de hombres de Vakkal que querían pasar el resto de sus días en Sarmennyn, pero aun así quedaba una multitud de bocas que alimentar en Ratharryn y Lengar nunca se había mostrado tan precavido como su padre a la hora de almacenar comida, lo que suponía que los pozos de cereales andaban escasos. Camaban no se preocupó porque no prestaba gran atención a otra cosa que no fuera su templo. Era jefe de dos tribus y, sin embargo, no desempeñaba ninguna de las tareas de su padre. Dejaba que otros hombres encabezaran las partidas de guerra, insistía en que Haragg impartiera justicia y se daba por satisfecho con que Saban se ocupara de hacer acopio de los alimentos suficientes para que Ratharryn sobreviviese al invierno. Camaban no tomaba esposas, no engendraba hijos ni amasaba tesoros, aunque empezó a vestirse con las galas que encontró en la choza de Lengar. Lucía la gruesa hebilla de oro que llevaba el forastero cuando entró en el Viejo Templo mucho años antes, se ponía sobre los hombros un manto de pieles de lobo orillado con piel de zorro y portaba una pequeña maza que Lengar había arrebatado al sacerdote de una tribu sometida. Hengall había llevado una maza como símbolo de poder y a Camaban le hacía gracia remedar a su padre y mofarse de su memoria, pues, mientras que la maza de Hengall había sido un trozo de tosca piedra que tenía como función aplastar los cráneos de sus enemigos, la maza de Camaban era un objeto precioso y delicado. La empuñadura de madera estaba adornada con aros de hueso labrados en forma de relámpagos y la punta era un huevo de piedra negra con vetas ocres perfectamente tallado y pulido con primor, cuya elaboración debía de haber llevado a un artesano días y días de meticuloso trabajo. Se había dado un minucioso acabado al extremo superior y luego practicado un agujero circular en la empuñadura, y, una vez terminada la tarea, el artista había creado un arma que solo era apropiada para las ceremonias, pues la testa de la maza no era lo bastante pesada para infligir daños apreciables a ningún cráneo que no fuera de una extrema delicadeza. A Camaban le gustaba blandir la maza como prueba de que la piedra se podía trabajar con el mismo primor que la madera. «No utilizaremos toscos mojonos como los de Cathallo —le dijo a Haragg—. Les daremos forma. Los esculpiremos». Acariciaba la testa de la maza.

Saban acumuló el cereal de la tribu en una choza, adquirió más a la tribu de Drewenna, y lo fue repartiendo con mesura a lo largo de los fríos días de invierno. Los guerreros iban de caza y regresaban con venados, osos y lobos. Nadie murió de hambre, aunque fenecieron numerosos ancianos y enfermos. Durante aquella gélida

estación, Saban también arrancó todos los oscuros pilares que habían traído de Sarmennyn. No fue una tarea ardua. Sacaron los mojonos de sus agujeros, los dejaron caer sobre la hierba y los arrastraron hasta el pequeño valle que se extendía al este del templo. Los hombres extraían cascotes de creta de la zanja y llenaban los agujeros de las piedras para que el centro del templo quedara otra vez llano y despejado. Solo permanecían en pie las piedras lunares dentro del espacio delimitado por la zanja y los tres pilares al otro lado de esta, pero entonces Saban hizo alzar la piedra madre que estaba cerca del centro del templo. Hicieron falta sesenta hombres, un trípode de roble y siete días para levantar la piedra situada frente a la entrada del templo de modo que el día del solsticio de verano la luz del Sol se derramara por el sendero hasta el pilar. La piedra madre alcanzaba una gran altura, una altura mucho mayor que la que alcanzarían los demás pilares de Sarmennyn, y el Sol invernal, suspendido en el cielo a escasa altura, proyectaba una sombra larga y negra sobre la pálida hierba.

Camaban pasaba días enteros en el templo, cavilando la mayor parte del tiempo y sin apenas reparar en los hombres que trabajaban en el desmantelamiento del Templo de las Sombras. A medida que fueron acortando los días y el aire era cada vez más frío, acudía más a menudo, y luego empezó a llevar al templo lanzas cuyas puntas clavaba en el duro suelo para después contemplar los cabos de las astas. Utilizaba las lanzas para juzgar la altura que quería tuviesen sus pilares de piedra, pero estas armas no le satisfacieron, y ordenó a Mereth que cortara una docena de largos postes y a Saban que los clavara en la hierba. Los postes eran largos pero livianos, y la tarea se realizó en una jornada. Camaban pasaba días enteros contemplando los postes mientras imaginaba distintas disposiciones.

Al cabo, solo quedaron dos postes en pie. Uno era el doble de alto que un hombre y el otro tenía dos veces la longitud del primero, y se erguían alineados con la salida del Sol en el solsticio de verano, el poste más alto detrás de la piedra madre y el más bajo cerca de la entrada del templo. A medida que el invierno se acercaba a su época más cruda, Camaban iba cada tarde al templo y contemplaba los delgados postes, que parecían temblar ante la acometida del gélido viento.

Llegó el solsticio de invierno. Hubo un tiempo en que las reses mugían al ser sacrificadas para poner remedio a la debilidad del Sol, pero Haragg no estaba dispuesto a que se celebraran matanzas semejantes en sus templos, de modo que la tribu danzaba y cantaba sin el olor a sangre recién vertida. Algunos eran de la opinión de que los remilgos de Haragg enfurecerían a los dioses, y afirmaban que los sacrificios eran necesarios para que el nuevo año no trajera plagas consigo; pero Camaban apoyaba a Haragg, y esa tarde, después de que la tribu hubiera entonado una elegía en honor al Sol poniente, Camaban afirmó en un sermón que las antiguas costumbres estaban destinadas al fracaso y que, si Ratharryn mantenía la fe, el nuevo templo garantizaría que el Sol no volviera a morir. Esa noche celebraron un festín con venado y cerdo, y después encendieron las grandes hogueras que atraerían a Slaol al

amanecer del día siguiente al solsticio de invierno.

Ese amanecer vino acompañado de nieve: no mucha, pero sí la suficiente para cubrir las alturas con un manto blanco en el que Camaban dejó sus huellas al acudir al templo. Había insistido en que Saban le acompañara. Ambos hermanos iban embozados en pieles, porque el frío era intenso y un viento cortante barría un cielo pálido surcado por sutiles nubes rosadas. Las nubes más espesas, que venían preñadas de nieve habían despejado a mediodía, y el Sol vespertino estaba lo bastante bajo como para proyectar sombras desde los montecillos que formaban los agujeros de las piedras rellenos de tierra y cascotes. Camaban miraba los dos postes, pero meneó la cabeza irritado cuando Saban le preguntó por su utilidad, y se volvió para contemplar las cuatro piedras lunares de Gilan, los pilares emparejados y las losas que señalaban los puntos más alejados del trayecto de Lahanna.

—Ha llegado la hora —anunció Camaban—, de perdonar a Lahanna.

—¿De perdonarla?

—Luchamos contra Cathallo para alcanzar la paz —dijo Camaban—, y Slaol querrá que reine la paz entre los dioses. Lahanna se rebeló contra él, pero ha perdido la batalla. Hemos ganado nosotros. Es hora de perdonarla. —Miró hacia los lejanos bosques—. ¿Crees que Derrewyn sigue con vida?

—¿Quieres perdonarla? —indagó Saban.

—Ni pensarlo —replicó Camaban con acritud.

—El invierno la matará —señaló Saban.

—Hará falta más que un invierno para acabar con esa perra —respondió Saban sin atisbo de ironía—. Y mientras trabajamos en aras de la paz, ella debe estar rezando a Lahanna en algún lugar oscuro, y yo no quiero que Lahanna se oponga a nuestros propósitos. Quiero que una fuerzas con nosotros. Es hora de que vuelva con Slaol, y por eso debemos respetar sus cuatro piedras: porque demuestran que Lahanna pertenece a Slaol.

—Ah, ¿sí? —preguntó Saban.

Camaban sonrió.

—Si te pones junto a cualquiera de los dos pilares —le explicó, señalando la piedra lunar más próxima—, y miras hacia la losa al otro lado del círculo, ¿verías el trayecto que realiza Lahanna?

—Sí —aseguró Saban, que recordaba el criterio seguido por Gilan para colocar las cuatro piedras.

—Pero ¿y si miraras hacia la otra losa? —preguntó Camaban.

Saban frunció el ceño porque no entendía a qué se estaba refiriendo, de modo que Camaban lo llevó cogido por el brazo hasta el pilar y señaló hacia la gran losa que se alzaba al otro lado del círculo.

—Lahanna va hacia allí, ¿verdad?

—Así es.

Camaban hizo volverse a Saban para que quedara mirando hacia la segunda losa.

—Y ahora, ¿qué verías si miraras en esa dirección?

Saban tenía tanto frío que le resultaba difícil pensar, pero el día iba tocando a su fin y el Sol estaba bajo entre las nubes rosadas, y vio que Slaol tocaría el horizonte alineado con las piedras lunares.

—Vería la muerte de Slaol en el solsticio de invierno —dedujo.

—¡Exacto! ¿Y si miraras hacia el otro lado? ¿Si te pusieras junto a aquel pilar —Camaban señaló en diagonal hacia el otro lado del círculo—, y miraras hacia la otra losa?

—La salida de Slaol en verano.

—Eso es —exclamó Camaban—. ¿Qué se deduce de ello? Pues se deduce que Slaol y Lahanna están unidos. Están unidos, Saban, igual que la pluma al ala o el cuerno a la cabeza. Tal vez Lahanna sea rebelde, pero debe regresar. Toda la tristeza del mundo se debe a que Slaol y Lahanna se enemistaron, pero nuestro templo los reconciliará. Eso nos dicen las piedras. Las piedras de Lahanna son las de Slaol, ¿lo entiendes?

—Sí —respondió Saban, y se preguntó por qué nunca se le había pasado por la cabeza que las piedras lunares podían señalar igualmente los límites del trayecto de Slaol o los del de Lahanna.

—Lo que vas a hacer, Saban —anunció Camaban con entusiasmo—, es cavar una zanja y levantar un terraplén en torno a los dos pilares. Son las piedras de observación. Construirás dos anillos de tierra para que los sacerdotes puedan subirse a ellos y observar a Slaol a través de las losas. Muy bien. —Y echó a andar a buen paso hacia el asentamiento, pero se detuvo junto a la piedra solar que más lejos estaba del santuario—. Y otra zanja y otro terraplén en torno a esta piedra. —Palmeó el mojón—. Tres círculos en torno a tres piedras. Tres lugares que solo podrán hollar los sacerdotes. Dos lugares para contemplar la muerte del Sol y los errabundeos de Lahanna, y un lugar desde el que contemplar la salida de Slaol en toda su gloria. Ahora, lo único que tenemos que decidir es lo que pondremos en el centro.

—Tenemos más cosas que decidir —señaló Saban.

—¿Qué?

—Cathallo anda escaso de comida.

Camaban se encogió de hombros como si no tuviera mayor importancia.

—Los esclavos muertos —Saban reprodujo con acritud las palabras de Camaban—, no trabajan.

—Gundur se ocupará de ellos —aseguró Camaban, irritado por la discusión. No quería pensar en nada que no fuera su templo—. Por eso envié a Gundur a Cathallo. Que los alimente él.

—A Gundur solo le interesan las mujeres de Cathallo —replicó Saban—. Tiene una veintena de las más jóvenes en su choza y el resto del asentamiento se muere de hambre. ¿Quieres que se alce contra ti lo que queda de la tribu? ¿Quieres que sean proscritos en vez de esclavos?

—¿Por qué no vas tú a regir Cathallo? —le azuzó Camaban sin mostrar mayor interés, mientras se alejaba a través de la fina capa de nieve.

—¿Cómo voy a construir tu templo si estoy en Cathallo? —le preguntó Saban a su vez.

Camaban profirió un aullido de frustración con la cabeza alzada hacia las alturas, se detuvo y contempló el cielo cada vez más oscuro.

—Aureнна —murmuró.

—¿Aureнна? —repitió Saban, perplejo.

Camaban se volvió.

—Cathallo ha estado siempre bajo el mando de una mujer —le recordó—. Primero, Sannas; luego, Derrewyn, ¿por qué no Aureнна?

—La matarán —protestó Saban.

—Les encantará, hermano. ¿No es la preferida de Slaol? ¿Acaso no le perdonó la vida? ¿Crees que las gentes de Cathallo se atreverían a asesinar a quien el mismísimo Slaol perdonó la vida? —Camaban ejecutó unos desmañados pasos de baile, arrastrando de aquí para allá los pies sobre la nieve—. Haragg relatará al pueblo de Cathallo que Aureнна fue la prometida del Sol, y se harán a la idea de que es la propia Lahanna.

—Es mi esposa —le espetó Saban.

—No tenemos esposas, hermano, no tenemos maridos, no tenemos hijos, no tenemos hijas, no tenemos nada hasta que el templo esté construido.

Saban meneó la cabeza al oír semejante necedad.

—La matarán —insistió.

—Les encantará —replicó Camaban de nuevo. Se acercó cojeando a Saban, y luego, en un ademán grotesco, se hincó de rodillas en la nieve y alzó las manos—. Permite que tu esposa vaya a Cathallo, Saban. Te lo ruego. Déjala ir. Slaol lo desea. —Levantó la vista hacia Saban—. ¡Por favor!

—Es posible que Aureнна no quiera ir —señaló Saban.

—Es la voluntad de Slaol —volvió a decir Camaban, y frunció el ceño—. Intentamos que el mundo vuelva a sus comienzos. Que acabe el invierno. Queremos desterrar la tristeza y el descontento de la Tierra. ¿Sabes lo difícil que es? Un paso en falso, y podríamos hundirnos en la oscuridad para siempre. Pero a veces, de pronto, Slaol me señala el camino. Y me ha dicho que envíe a Aureнна a Cathallo. Te lo ruego, Saban. Te lo ruego. Déjala ir.

—¿Quieres que rija Cathallo?

—Quiero que atraiga a Lahanna. Aureнна es la prometida del Sol. Si queremos que haya dicha en el mundo, Saban, debemos hacer que Slaol y Lahanna se reúnan de nuevo. Aureнна es la única que lo puede conseguir. Slaol me lo ha dicho y tú, hermano mío, debes dejarla ir. —Adelantó una mano para que Saban le ayudara a erguirse—. Por favor —suplicó Camaban.

—Si Aureнна desea ir —dijo Saban, convencido de que su mujer no tendría

ningún deseo de estar aislada tan lejos del nuevo templo; pero, para su sorpresa, Aureнна no rechazó la idea. Por el contrario, habló largo y tendido con Camaban y Haragg y después fue al viejo templo de Slaol, donde se sometió al rito de la viuda, dejando que le cortaran al rape el largo cabello dorado con un cuchillo de bronce. Haragg quemó el pelo, las cenizas se pusieron en una vasija y la vasija se quebró contra uno de los postes de madera.

Saban observó horrorizado salir a Aureнна del templo con el cabello, antes tan hermoso, reducido a desiguales mechones cubiertos de sangre allí donde el cuchillo le había rozado el cuero cabelludo; su rostro, sin embargo, reflejaba alegría. Se arrodilló ante Saban.

—¿Me dejarás ir? —preguntó.

—Si de veras lo deseas —respondió a regañadientes.

—Lo deseo —dijo Aureнна con fervor—. Lo deseo.

—Pero ¿por qué? —indagó Saban—. Y, ¿a qué viene el rito de la viuda?

—Mi antigua vida ha tocado a su fin —replicó Aureнна, al tiempo que se ponía en pie—. Fui entregada a Slaol, y, a pesar de que me rechazó, siempre fui su más fiel servidora. Pero a partir de hoy, Saban, soy una sacerdotisa de Lahanna.

—¿Por qué? —volvió a preguntar con un deje de dolor en la voz.

Ella le ofreció una sonrisa sosegada.

—En Sarmennyn ofrecíamos al dios una prometida humana cada año, pero al año siguiente el dios exigía otra prometida. Una chica tras otra, Saban, que acababan en las llamas. Sin embargo, las muchachas no satisfacían a Slaol. ¿Cómo iban a satisfacerlo? Quiere una prometida para siempre, una prometida que esté a la altura de su gloria en los cielos, y esa solo puede ser Lahanna.

—Los extranjeros nunca han adorado a Lahanna —protestó Saban.

—Andábamos errados —confesó Aureнна—. Lahanna y Slaol. Están hechos el uno para el otro, del mismo modo que un hombre está hecho para una mujer. ¿Por qué evitó Slaol que muriera abrasada en el Templo del Mar? Debía de tener un propósito, y ahora sé cuál es. Rechazó una prometida humana porque desea a Lahanna, y mi tarea será atraerla hasta él. Lo haré por medio de las oraciones, la danza, la ternura. —Volvió a sonreír a Saban y luego tomó el rostro de su marido entre las manos—. Tú y yo estamos destinados a hacer algo grande. Estamos destinados a concertar el matrimonio de los dioses. Tú y yo construiremos el santuario y yo traeré a la prometida al lecho de Slaol. No me prohibirás llevar a cabo tarea semejante, ¿verdad?

—Te matarán en Cathallo —rezongó Saban. Aureнна negó con la cabeza.

—Les consolaré, y con el tiempo rezarán en nuestro nuevo templo y participarán de su dicha. —Sonrió—. Para eso nací.

Partió al día siguiente, y se llevó con ella a Leir y Lallic. Gundur regresó a Ratharryn, pero dejó una veintena de guerreros detrás. Aureнна envió a esos hombres a los bosques a cazar osos y ciervos para alimentar al asentamiento.

Saban se quedó en Ratharryn. Camaban, absorto en el diseño de su templo y necesitado de consejo, lo quería a su lado. ¿Cuál era la mayor piedra que podía alzarse como pilar? ¿Podía amontonarse una piedra sobre otra? ¿Cabía dar forma a la piedra? A pesar de que Saban no siempre tenía respuestas, la lista de preguntas era interminable. El invierno tocó a su fin y la primavera tiñó los árboles de verde, pero Camaban seguía obsesionado. Sin embargo, llegó un día en el que cesaron las preguntas porque el umbral de la choza de Camaban permaneció con la cortina echada y se prohibió el paso a todo el mundo, incluidos Haragg y Saban. Se había levantado sobre Ratharryn una bruma que ocultaba las calaveras en la cresta del terraplén. Ese día no hacía viento y el mundo estaba silencioso y blanco. La tribu, al percibir que los dioses rondaban las inmediaciones del asentamiento, hablaba en voz baja.

Al anochecer, Camaban anunció a voz en cuello: «Lo he encontrado». Y el viento se llevó las brumas.



CAPÍTULO 17

Haragg y Saban fueron convocados a la choza de Camaban, donde se había barrido y alisado un pedazo del suelo de tierra. Saban esperaba ver la maqueta terminada, pero, en vez de eso, los bloques de madera formaban un montón desordenado junto al que Camaban estaba acucillado con los ojos tan brillantes y la piel tan lustrosa de sudor que Saban se preguntó si su hermano tenía fiebre; pero esa fiebre no se debía a ninguna enfermedad, sino a la emoción.

—Construiremos un templo —dijo Camaban a modo de saludo a Saban y Haragg—, distinto a todos los que se han construido o vayan a construirse en el futuro. Haremos danzar de alegría a los dioses. —Camaban estaba desnudo y su cuerpo parecía rojizo a la luz de la hoguera que caldeaba e iluminaba la choza. Esperó a que se hubieran acomodado Saban y Haragg, y entonces colocó un único pilar de madera muy cerca del centro del espacio despejado—. Esa es la piedra madre —señaló Camaban—, que nos recuerda que todos venimos de la tierra y que la tierra está en el meollo de todo lo que existe. —Los huesos que le colgaban del cabello y la barba tintinearón al echarse atrás, apoyado sobre los talones—. Y en torno a la piedra madre —continuó—, construiremos un pabellón funerario, solo que este pabellón también será la casa de Slaol. Nos recordará que la muerte es el paso a la vida, y construiremos la morada de Slaol con piedras tan altas como cualquier poste de madera del templo. —Cogió los dos bloques de madera más largos y los colocó justo detrás de la piedra madre—. Tocaremos el cielo —dijo con reverencia, y cogió otro trozo de madera más pequeño para colocarlo sobre las puntas de los dos pilares, de modo que las tres piedras formaran un arco alto y muy estrecho—. El arco de Slaol —anunció con sumo respeto—, un hendidura a través de la que puedan ir hasta él los muertos.

Saban se quedó mirando el elevado arco.

—¿Qué altura tienen estas piedras? —inquirió.

—La misma que el poste más elevado del templo —respondió Camaban, y Saban se encogió al recordar la altura de las estilizadas varas que había plantado su hermano en el espacio despejado del templo.

Lo que pedía Camaban era que el arco tuviera más de cuatro veces la estatura de un hombre, que fuera más alto que cualquier piedra que Saban hubiese visto, tan alto que no alcanzaba a imaginar cómo iban a levantarse semejantes pilares y mucho menos cómo se iba a colocar el dintel sobre sus cúspides, pero no dijo nada. Se limitó a mirar, mientras Camaban colocaba ocho pilares más para flanquear los dos primeros, aunque no en una línea recta, sino formando una cerrada curva hacia delante con la forma de los cuernos de un buey para erigirse en una ensenada que arrojara a la piedra madre. Puso bloques de madera encima de cada uno de los cinco pares de pilares, para que la morada del Sol estuviera constituida por cinco arcos. El arco central era el más elevado, pero los otros cuatro se alzarían a gran altura sobre el nivel del suelo.

—Estos arcos —Camaban tocó con las yemas de los dedos los cuatro más bajos—, están orientados hacia las piedras lunares. Permitirán que los muertos escapen de las garras de Lahanna. Allí donde vaya la diosa de la Luna, al norte o al sur, al este o al oeste, los muertos encontrarán una entrada a la casa de Slaol.

—Y desde la casa de Slaol —continuó Haragg—, los muertos escapan a través del arco más elevado, ¿no es así?

—Y de ese modo arrebatemos los muertos a Lahanna y se los entregaremos a Slaol —asintió Camaban—; es Slaol quien da la vida.

—Las puertas de la Luna —murmuró Haragg en tono de aprobación—, y un arco del Sol.

—No está acabado —dijo Camaban, y cogió treinta bloques de madera y los colocó en un amplio círculo de pilares en torno a la morada del Sol. Todas las piedras excepto una tenían el mismo tamaño, todas eran primorosamente cuadrangulares y todas más bajas que cualquiera de los arcos centrales, pero el último de los pilares, aunque era igual de alto que los demás, solo tenía la mitad de anchura—. Estos pilares indican los días de la Luna —explicó Camaban, y Haragg asintió porque entendía que las treinta piedras representaban los veintinueve días y medio en que la Luna pasaba de la nada a la plenitud—. Para que Lahanna vea que la respetamos.

—Pero Slaol... —comenzó Haragg, con la intención de mostrar su desacuerdo a que Camaban hubiera rodeado la casa de Slaol con un anillo dedicado a la Luna.

Camaban le hizo callar y cogió treinta bloques de madera más, que colocó uno a uno sobre el círculo de pilares, hasta que hubo completado un anillo de dinteles.

—Construiremos un anillo de piedra —explicó—, que represente a Slaol. Lahanna soportará el peso del anillo y entenderá que su deber consiste en someterse a Slaol.

—Un anillo del cielo —musitó Saban. No estaba seguro del método más adecuado para hacerlo, pero al mirar los bloques de madera sintió una repentina punzada de emoción. Sería suntuoso, pensó, y acto seguido se dijo a sí mismo que aquellos bloques no eran más que meros juguetes, y que el templo tenía que hacerse

de mojones que, Camaban daba por sentado, podían moverse y trabajarse como si de madera se tratase.

Camaban cogió un último bloque que había colocado lejos de los otros y lo colocó donde se había excavado el sendero sagrado en la ladera de la colina.

—Esa —explicó, dando un toque con la yema del dedo al último bloque—, es nuestra piedra solar. En el solsticio de verano, su sombra entrará en la morada del Sol; y en el solsticio de invierno, la luz del Sol atravesará el arco más alto y caerá sobre la piedra. De modo que, cuando Slaol muera, su última luz tocará la piedra que marcó su momento de mayor esplendor.

—Y Slaol recordará —añadió Haragg.

—Recordará —confirmó Camaban—, y querrá recobrar su poder, de modo que luchará contra el invierno y se acercará a nosotros. Más y más cerca cada vez hasta que su anillo —tocó el círculo de piedras del cielo—, coincida con las doce estaciones de Lahanna. Y entonces Slaol y Lahanna se desposarán y viviremos en la gloria. Alcanzaremos la gloria. —Guardó silencio y siguió con la mirada fija en la maqueta del templo de madera, pero se lo estaba imaginando de piedra y erigido en la verde ladera de la colina, donde estaría rodeado por un terraplén y una zanja de la más blanca creta. Un círculo de creta, un anillo de piedra y una casa de arcos para convocar a los lejanos dioses de regreso a casa.

Saban se quedó mirando los bloques de madera. Sus sombras conformaban un complejo entramado que brillaba a la luz mortecina de tonos negros y rojos. Camaban tenía razón, reconoció Saban. No había nada parecido en toda la Tierra, nada parecido bajo el cielo o entre los mares grises. Saban no había soñado nunca con un templo tan espléndido, tan elegante y tan difícil de levantar.

—¿Se puede construir? —preguntó Camaban, con una huella de nerviosismo en la voz.

—Si así lo quieren los dioses —respondió Saban.

—Así lo quiere Slaol —aseguró Camaban sin asomo de duda—. Slaol exige que se construya. Quiere que se construya en tres años.

¡Tres años! Saban no pudo reprimir un mal gesto al pensarlo.

—Llevará más tiempo —dijo sin mucha convicción, esperando una respuesta airada.

Camaban restó importancia a su pesimismo con un gesto de la cabeza.

—Pide lo que necesites —le instó—. Hombres, madera, narrias, bueyes, lo que quieras.

—Harán falta muchos hombres —le previno Saban.

—Nos serviremos de esclavos —afirmó Camaban—, y cuando esté acabado, te reunirás con Aurena.

Así que Saban se puso manos a la obra. Lo hizo de buena gana, porque la visión de Camaban le había inspirado y ansiaba la llegada del día en que los dioses volvieran a ceñirse a su adecuado canon y, de ese modo, pusieran fin a las desdichas

del mundo. Hizo que Mereth llevara un grupo de hombres a talar robles en los bosques que circundaban Maden, porque era en aquel asentamiento donde los árboles serían cortados, desbastados y convertidos en narrias. Cada narria tendría dos amplios patines unidos por tres enormes travesaños sobre los que pudiera descansar el peso de una piedra, y un cuarto travesaño en la parte anterior al que atar los bueyes. Tal vez los hombres fueran capaces de arrastrar las piedras más pequeñas, pero para las grandes, los diez pilares más altos que constituirían la morada del Sol y los treinta que sostendrían el peso del anillo del cielo, harían falta reatas de bueyes, de modo que había que tener en cuenta a las bestias. Y las reatas de bueyes necesitarían cuerdas y arneses, lo que suponía que habría que matar más bueyes, curtir sus pieles, cortarlas y trenzarlas en resistentes sogas. No había bueyes suficientes en Ratharryn y Cathallo, de modo que Gundur y Vakkal realizaron largas incursiones a la cabeza de sus guerreros para encontrar más. Saban elaboró otras cuerdas por el método de poner a remojo, en fosos llenos de agua, corteza de tila cortada a tiras para luego, cuando las fibras se separaban, trenzarlas en largas sogas que se almacenaban enrolladas en un depósito.

Camaban trazó la planta del templo en la superficie cubierta de hierba donde se habían erigido las piedras de Sarmennyn. Dibujó un círculo en la tierra con el timón de un arado atado con una cuerda a una estaca en el centro del santuario. La figura descrita serviría como referencia para la colocación de las piedras del anillo del cielo. Marcó los emplazamientos de los treinta pilares, y después clavó estacas en el suelo donde se erigiría la eminente morada del Sol. Ahora el centro del santuario había quedado sin hierba debido a los muchos pies que hollaban aquel trecho todos los días. Los cascotes de creta que se utilizaron para llenar los agujeros donde se introdujeran las piedras de Sarmennyn habían quedado esparcidos por todo el círculo.

Camaban había entregado a Saban seis varas de sauce, cada una de una longitud predeterminada, y le había dado minuciosas instrucciones acerca de cuántas piedras de cada medida se necesitaban. El poste más largo tenía cuatro veces la estatura de un hombre, y eso solo representaba la parte de la piedra que debía sobresalir de la hierba. Saban era consciente de que un pilar debía tener al menos un tercio de su longitud hundido en la tierra para resistir el embate de las tormentas y los vientos. Camaban exigía que se colocaran dos piedras de semejante tamaño, y cuando Saban visitó Cathallo no pudo encontrar más que un mojón lo bastante grande. El que le sucedía en envergadura era muy corto, aunque, si no se enterraba demasiado, tal vez diera la talla. No le resultó difícil escoger las piedras de menor tamaño, porque las había en abundancia esparcidas por las verdes colinas, pero Saban regresó una y otra vez a la monstruosa roca que constituiría uno de los pilares del enorme arco del Sol.

Era, sin duda alguna, monstruosa, un trozo de piedra tan enorme que parecía una costilla de la mismísima Tierra. No era gruesa, pues su cúspide cubierta de líquen apenas le llegaba a la rodilla, aunque, eso sí, una buena parte del volumen de la roca estaba hundido en la tierra. Sin embargo, en su parte más ancha se prolongaba más de

cuatro pasos y tenía una longitud superior a trece pasos. Trece, nada menos. Si se pudiera alzar, pensó Saban, sin duda tocaría el cielo, pero ¿cómo hacerlo? ¿Y cómo desenterrarla y llevarla a Ratharryn? Acarició la piedra y percibió el calor del Sol en su superficie cubierta de líquen. Alcanzaba a imaginar el modo de arrancar de sus lechos de tierra las piedras más pequeñas y descolgarlas suavemente sobre los travesaños de una narria de roble, pero dudaba que hubiera hombres suficientes en todo el territorio para sacar aquel enorme mojón del suelo.

Sin embargo, al margen del método que utilizase para levantar la piedra, necesitaría una narria tres veces más grande que cualquier otra construida con anterioridad, y decidió que dicha narria debía hacerse en Cathallo con troncos de roble que almacenaría en una choza larga y estrecha para que curaran. La madera seca tenía la misma fortaleza que los troncos verdes, pero pesaba mucho menos, y Saban estaba convencido de que, para trasladar el gran mojón ladera abajo, las narias tendrían que ser tan livianas como fuera posible. Dejaría que los troncos se secan durante un año como mínimo, y durante ese tiempo abordaría el problema de cómo levantar la piedra.

Encontró a Aurena en el santuario de Cathallo. Llevaba una extraña túnica hecha de piel de ciervo con un sinfín de minúsculas hendiduras en las que había introducido plumas de arrendajo, de modo que la prenda alternara los colores blanco y azul cuando soplaba la brisa.

—La gente espera que una sacerdotisa sea diferente —dijo a modo de justificación del vestido, y Saban pensó en lo hermosa que estaba. Mientras que su piel pálida seguía siendo inmaculada y su mirada firme y tierna, el cabello estragado estaba volviendo a crecer y le enmarcaba el rostro como una cofia de suave color dorado. Parecía dichosa, radiante, y restó importancia con una carcajada a las preocupaciones de Saban con respecto a que las gentes de Cathallo quemaran los troncos que había almacenado para que se secan—. Trabajarán con ahínco para que nuestro templo sea todo un triunfo —prometió.

—Ah, ¿sí? —preguntó Saban, sorprendido.

—Cuando el templo esté terminado —explicó Aurena—, recuperarán la libertad. Se lo he prometido.

—¿Les has prometido la libertad? —indagó Saban—. ¿Y qué dice Camaban?

—Camaban obedecerá a Slaol —afirmó Aurena. Paseó con Saban por el asentamiento y, aunque había proclamado su confianza sin fisuras en la bondad del pueblo de Cathallo, a Saban le parecieron taciturnos y resentidos. Su jefe había muerto, su hechicera les había dejado en la estacada y vivían sometidos por las lanzas de los guerreros de Ratharryn. Saban temía que prendieran fuego a los largos troncos. También temía por la vida de Aurena, así como por la de sus dos hijos, pero Aurena no daba mayor importancia a sus recelos. Le explicó que había rechazado la protección de los guerreros de Ratharryn y que se paseaba sin vigilancia por el asentamiento humillado—. Les caigo bien —se limitó a decir, y le contó a Saban

cómo había luchado a brazo partido para evitar que profanaran el templo. Haragg se había empeñado en derribar los mojones del templo y trasladarlos a Ratharryn, pero Aureнна había convencido a Camaban de que dejara las piedras en paz—. Nuestra tarea consiste en atraer a Lahanna, no en ofenderla —aseguró, y, como consecuencia, el templo siguió donde estaba, lo que en cierta medida consoló a las gentes de Cathallo.

A todas luces, su mayor consuelo era Aureнна. Se había proclamado sacerdotisa de Lahanna y, aunque obediente a Haragg, no permitía el sacrificio de seres vivos, se había cuidado de aprender los rezos rituales de la tribu. Todas las noches cantaba a la Luna y cada amanecer se volvía tres veces para lamentar la marcha de Lahanna. Consultaba a los sacerdotes de Cathallo, racionaba la comida del asentamiento para que nadie muriera de hambre y, por encima de todo, estaba resultando ser una curandera tan efectiva como Sannas o Derrewyn. De hecho, se la tenía en mayor estima que a Derrewyn, porque Aureнна adoraba los niños, y cuando las mujeres le llevaban sus hijos Aureнна les calmaba los dolores con un cariño y una paciencia que Derrewyn nunca había demostrado. Ahora vivían en la choza de Aureнна una docena de niños, todos ellos huérfanos a los que alimentaba, vestía y educaba, y la cabaña se había convertido en un lugar de encuentro para las mujeres de Cathallo.

—Me gusta este lugar —aseguró Aureнна, mientras regresaba al santuario junto con Saban—. Aquí soy feliz.

—Y yo seré feliz a tu lado —dijo Saban con alegría.

—¿A mi lado? —replicó Aureнна sobresaltada.

Saban sonrió. No había visto a su mujer desde el solsticio de invierno y la había echado de menos.

—Empezaremos a trasladar las piedras muy pronto —le informó—. Primero las más pequeñas, luego las de mayor tamaño, de modo que pasaré tiempo aquí. Mucho tiempo.

Aureнна frunció el ceño.

—Aquí no —se plantó—, no en mi choza. —Salió de la cabaña una manada de niños, con Leir a la cabeza. Saban levantó a su hijo en volandas, le dio una vuelta en torno a sí e hizo ademán de lanzarlo a lo alto, pero Aureнна, una vez tuvo Leir los pies en el suelo, apartó al chico y cogió a Saban por el brazo—. No podemos estar juntos como antes. No es apropiado.

—¿Cómo que no es apropiado? —rezongó Saban.

Aureнна caminó unos pasos en silencio. Los niños la siguieron; sus pequeños rostros observaban ansiosos a los adultos.

—Tú y yo nos hemos convertido en siervos del templo que construirás —anunció Aureнна—, y ese templo es el santuario nupcial de Lahanna.

—¿Qué tiene eso que ver contigo y conmigo?

—Lahanna se opondrá a nuestro matrimonio —explicó Aureнна—. Ha intentado erigirse en rival de Slaol, pero ahora vamos a dejarla en su custodia para siempre y se

resistirá. Mi cometido consiste en alentarla. Para eso fui enviada aquí. —Hizo una pausa con el ceño fruncido—. ¿Has oído el rumor de que Derrewyn sigue viva?

—Lo he oído —gruñó Saban.

—Animará a Lahanna a que se oponga a nosotros, de modo que yo debo oponerme a Derrewyn. —Sonrió con placidez, como si su explicación hubiera de satisfacer por fuerza a Saban, que desvió la vista hacia la zanja ensombrecida, donde las orquídeas de color rosa y ocre crecían en espesos setos. Los niños se arracimaron en torno a Aureнна, que desgajó trozos de un panal para ponerlos en sus golosas manos. Saban se volvió para mirarla y, como siempre, su asombrosa belleza lo turbó.

—Podría alojarme ahí —le propuso, señalando con un gesto la antigua choza de Sannas—. Sería mejor que vivir en Ratharryn, al menos mientras dure el traslado de las piedras.

—Ay, Saban —protestó ella con una amplia sonrisa—. ¿No has entendido ni una palabra de lo que he dicho? Me corté el pelo. Di la espalda a mi otra vida. Y ahora me he consagrado a Lahanna, única y exclusivamente a Lahanna. No a Slaol, ni a ti, ni a nadie, sino a Lahanna. Cuando el templo esté construido, volveremos a estar juntos, pues será entonces cuando, por medio de halagos, arrancaremos a Lahanna de su soledad; pero, hasta entonces, debo compartir ese aislamiento.

—Estamos casados —protestó Saban con furia.

—Y volveremos a estarlo —le hizo ver Aureнна sin crisparse—, pero, por el momento, soy la sacerdotisa de Lahanna y ese es mi sacrificio.

—¿Eso te aconsejó Camaban? —indagó Saban amargamente.

—Lo soñé —replicó Aureнна con tesón—. Lahanna acude a mí en sueños. Lo hace a regañadientes, claro, pero me muestro paciente con ella. La veo como una mujer vestida con una larga túnica que relumbra. Qué hermosa es, Saban. Es tan preciosa que hace daño. La veo en el cielo y la llamo, y a veces me escucha. Cuando traigamos a Slaol al templo, ella vendrá a nosotros. Estoy convencida. —Sonrió, confiada en que Saban compartiría su dicha—. Pero hasta ese día —continuó—, debemos mostrarnos tranquilos, obedientes y sumisos. —Se volvió y planteó la pregunta a sus niños—: ¿Cómo debemos ser?

—Tranquilos, obedientes y sumisos —respondieron todos a una.

Volvió a mirar a Saban.

—No puedo evitar que vengas a la choza —le dijo en voz queda—, pero, de hacerlo así, ahuyentarás a Lahanna y el templo carecerá de sentido; carecerá de sentido por completo.

A su regreso a Ratharryn, Saban fue a ver a Haragg y transmitió al sumo sacerdote lo que había dicho Aureнна. Haragg le escuchó, lo sopesó durante un rato y se encogió de hombros.

—Es el precio que hay que pagar —sentenció—, y todos debemos pagar un precio por el templo. A tu hermano lo torturan las visiones, yo he vuelto a ser sacerdote y tú pasarás una temporada sin Aureнна. Sin sacrificio no se consigue nada.

—¿Así que no debo insistir en compartir su lecho?

—Hazte con una esclava —le aconsejó Haragg con su firme voz—. Olvida a Aureнна. Por el momento, debe compartir la soledad de Lahanna, pero tú tienes un templo por construir. Así que, hazte con una esclava, y olvida a tu esposa. Y construye, Saban, dedícate a construir.

* * *

Antes de que Saban pudiera dar comienzo a la construcción, tenía que trasladar las piedras de Cathallo. Era consciente de que no podía llevarlas por la vía más directa hasta Ratharryn, porque cruzaba los pantanos a las afueras de Maden y ascendía la empinada colina justo al sur de ese asentamiento, y los enormes mojones no habrían superado semejantes obstáculos; de modo que pasó el verano dedicado a la búsqueda de una ruta más adecuada. Insistió en que le acompañara Leir porque, como le dijo a Aureнна, ya era hora de que el chico aprendiera a sobrevivir lejos de cualquier asentamiento. Él y Leir recorrieron las tierras del oeste en busca de un camino que evitara los pantanos y las colinas de pendiente más pronunciada. La exploración les llevó la mayor parte del verano, pero, al cabo, Saban descubrió una vía por la que salir de Cathallo con las piedras en dirección a poniente, para luego trazar un amplio arco de modo que se acercaran al Templo del Cielo desde el oeste.

Saban disfrutaba de la compañía de Leir. Se mantenían atentos a la aparición de proscritos, pero no vieron ninguno, porque los territorios del oeste eran muy transitados por los guerreros de Ratharryn. Saban enseñó a Leir a utilizar el arco y, el último día, después de que Saban abatiera un ciervo de un solo flechazo, dejó que Leir matara la bestia con la lanza. El chico mostró muy buena disposición, pero pareció sorprendido ante la fuerza necesaria para atravesar la piel del ciervo. Se las arregló para evitar los golpes que lanzaba el animal con las pezuñas y hundir la hoja de bronce en su carne. Y, puesto que era la primera pieza que cobraba su hijo, Saban le embadurnó el rostro con la sangre de la presa.

—¿Volverá el ciervo a la vida? —preguntó Leir a su padre.

—No lo creo —respondió Saban con una sonrisa. Arrancó la piel del vientre del animal y después sacó un cuchillo para cortar los músculos que le recubrían las entrañas—. Nos habremos comido la mayor parte.

—Madre dice que todos volveremos a la vida —dijo Leir sin asomo de ironía.

Saban se volvió sobre los talones. Tenía manos y muñecas cubiertas de sangre.

—¿Eso dice?

—Asegura que las tumbas quedarán vacías una vez esté construido el templo —continuó Leir, con la mayor seriedad—. Todos aquellos a los que hayamos querido volverán a la vida. Eso es lo que dice.

Saban se preguntó si su hijo no habría malinterpretado las palabras de Aureнна.

—¿Cómo los alimentaremos? —se planteó en tono jocos—. Si ya es difícil alimentar a los vivos, imagina a los muertos.

—Nadie caerá enfermo nunca más —siguió Leir—, ni nadie volverá a estar afligido.

—Esa es sin duda la razón de que estemos construyendo el templo —afirmó Saban, mientras regresaba al cadáver todavía caliente y hendía la carne con el cuchillo para dejar al descubierto las enroscadas entrañas del ciervo. Llegó a la conclusión de que Leir debía de andar equivocado, porque ni Camaban ni Haragg habían proclamado en ningún momento que el templo sojuzgaría a la muerte, pero esa noche, después de que él y Leir hubieran llevado la mayor parte de la carne del ciervo a Ratharryn, Saban preguntó a Camaban por las palabras de Aureнна.

—Así que no habrá más muerte, ¿eh? —parafraseó Camaban. Él y Saban estaban en la antigua choza de su padre, donde Camaban tenía ahora media docena de esclavas que cuidaban de él. Los hermanos habían compartido una bandeja de cerdo y Camaban mondaba una de las costillas con los dientes—. ¿Eso dice Aureнна?

—Al menos, eso me ha dicho Leir.

—Y es un chico espabilado —comentó Camaban, al tiempo que miraba de soslayo el rostro embadurnado de sangre de su sobrino, que dormía en un costado de la choza—. En mi opinión, es posible —dijo con circunspección.

—¿Volverán los muertos a la vida? —indagó Saban, perplejo.

—¿Quién sabe lo que puede ocurrir cuando se reúnan los dioses? —se lamentó, rebuscando otra costilla en la bandeja—. El invierno desaparecerá, de eso no me cabe duda. En cuanto a la muerte..., ¿por qué no? —Frunció el ceño en ademán pensativo—. ¿Por qué rezamos?

—Para obtener buenas cosechas, para que nuestros hijos estén sanos —aventuró Saban.

—Rezamos —le corrigió Camaban—, porque la vida no es el fin. La muerte no es el fin. Después de la muerte volvemos a la vida, pero ¿dónde? En la noche, con Lahanna. Sin embargo, Lahanna no da la vida, es Slaol quien la da, y nuestro templo arrebatará los muertos a Lahanna para dárselos a Slaol. Así que tal vez Aureнна esté en lo cierto. Come moras, son las primeras de la temporada y están muy sabrosas. —Una de sus esclavas había traído las moras y se sentó al lado de Camaban. Era una delgada joven de Cathallo, con ojos grandes y atentos y una buena mata de cabello moreno y rizado. Apoyó la cabeza sobre el hombro de Camaban y este le introdujo distraídamente una mano por debajo de la túnica para acariciarle un pecho—. Mientras yo andaba enfrascado en el templo, Aureнна lleva mucho tiempo hablando de cosas así —continuó Camaban—. Debe de creer que los dioses nos recompensarán por reunirlos, cosa que parece bastante probable, ¿no crees? Y, ¿qué mejor recompensa que el fin de la muerte? —Le puso una mora en la boca a la chica—. ¿Cuándo estarás listo para trasladar las primeras piedras?

—En cuanto las heladas endurezcan la tierra.

—Te harán falta esclavos —señaló Camaban, mientras daba otra mora a la joven. Ella, juguetona, le mordisqueó las yemas de los dedos, y Camaban le propinó un pellizco que la hizo quejarse entre risas—. Este invierno voy a enviar varias partidas de guerra a la captura de esclavos.

—No son esclavos lo que necesito —replicó Saban, un tanto distraído. La chica de su hermano le daba celos. No había seguido el consejo de Haragg, aunque en ocasiones se veía tentado—. Me hacen falta bueyes.

—Te proporcionaremos bueyes —le prometió Camaban—, pero también necesitarás esclavos. Vas a tallar las piedras, ¿recuerdas? Los bueyes no pueden llevar a cabo semejante tarea.

—¿Tallarlas? —protestó Saban, con tal fuerza que despertó a Leir.

—Claro —exclamó Camaban, y señaló con la mano libre los bloques de madera de su maqueta del templo, que esa misma tarde habían servido de juguetes a Leir—. Las piedras deben estar tan pulidas como esos bloques. Cualquier tribu puede erigir toscas piedras como las de Cathallo, pero las nuestras estarán talladas. Se caracterizarán por su hermosura. Serán perfectas.

Saban torció el gesto al oír la irreflexiva exigencia de su hermano.

—¿Sabes lo dura que es esa piedra? —le preguntó.

—Sé que las piedras deben tallarse y que lo harás tú —replicó Camaban obstinadamente—, y sé que, cuanto más tiempo pases hablando de ello, más te costará.

Saban y Leir regresaron a pie a Cathallo al día siguiente. La sangre del ciervo, seca y cuarteada, embadurnaba todavía el rostro del chico cuando corrió a los brazos de su madre, y esta se horrorizó. Escupió sobre sus propios dedos para limpiarle la sangre y reprendió a Saban.

—No necesita aprender a matar —protestó.

—Es la primera habilidad que debe adquirir todo hombre —afirmó Saban—. Si no se aprende a matar, no se come.

—Los sacerdotes no cazan lo que comen —replicó Aureнна furiosa—, y Leir está destinado a ser sacerdote.

—Es posible que no quiera serlo.

—Lo he soñado —insistió Aureнна en actitud desafiante, apelando de nuevo a una autoridad que Saban no podía poner en tela de juicio—. Los dioses lo han decidido —afirmó, y apartó a Leir de su padre.

Fue después de la cosecha cuando Saban arrancó la primera piedra de la ladera de la colina. Era una de las más pequeñas, y aun así necesitaron veinticuatro bueyes para arrastrar la narria pendiente abajo. Los bueyes iban dispuestos en tres hileras de a ocho, y detrás de cada reata de bestias, igual que una enorme barra tras sus rabos, iba un tronco de árbol al que se habían amarrado los arneses. Cada tronco iba sujeto a la narria por medio de dos largas sogas de piel de buey. Ya en los primeros pasos, Saban

observó que los bueyes de la reata posterior mostraban tendencia a pisar las sogas cuando desfallecían los animales que iban delante, de modo que dejaron reposar la piedra mientras reclutaban una docena de niños del asentamiento y les enseñaban a alzar las sogas cada vez que se destensaban. Se proveyó a los chicos de palos acabados en punta para que azuzaran a los bueyes, mientras otra docena de chicos y hombres precedían a la piedra para retirar las ramas caídas o aplastar montículos de hierba que pudieran estorbar el paso de los patines de la narria. Detrás de la piedra avanzaban otros diez bueyes. Mientras que unos estaban destinados a sustituir a cualquier bestia que cayera maltrecha en su arnés, el resto llevaban pienso y cuerdas de repuesto.

Les llevó todo un día arrastrar la piedra colina abajo y a través del santuario de Cathallo, donde, conforme pasaban los bueyes con sus pesados andares, Aurena entonaba al frente de un coro de mujeres un cántico en honor a Lahanna. Haragg había venido de Ratharryn y sonrió al ver pasar la primera piedra entre los mojones. Adornó los cuernos de los bueyes con guirnaldas de violetas, mientras los sacerdotes de Cathallo esparcían reinas de los prados sobre la piedra. Esos sacerdotes habían sido los primeros en reconciliarse con la conquista de Ratharryn, quizá porque Camaban se había cuidado de pagarles bien con bronce, ámbar y azabache.

Los arneses de los bueyes eran grandes yugos de cuero, pero, ya el primer día, los yugos rozaron los cuellos de los animales hasta dejárselos desollados y ensangrentados, de modo que Saban hizo que los chicos lubricaran el cuero con grasa de cerdo. Al día siguiente arrastraron la piedra hasta perder de vista Cathallo. La mayoría de los hombres y niños regresaron al asentamiento para comer y dormir, pero un puñado se quedaron con Saban para vigilar la piedra. Hicieron una hoguera y cenaron carne desecada con peras y moras que habían recogido en un bosque cercano. Además de Saban, había tres hombres y cuatro muchachos en torno al fuego; todos eran de Cathallo y al principio no se sentían cómodos con Saban, pero poco después, cuando hubieron terminado la cena y el fuego lanzaba chispas hacia las estrellas, uno de los hombres se volvió hacia Saban.

—Tú fuiste amigo de Derrewyn, ¿verdad? —le preguntó.

—Lo fui.

—Todavía vive —le informó el hombre en tono desafiante. Le surcaba el rostro una cicatriz allí donde una flecha le había atravesado la mejilla durante la batalla que había dado al traste con el poder de Cathallo.

—Eso espero —respondió Saban.

—¿Eso esperas? —El hombre se mostró sorprendido.

—Tal como has dicho, fui amigo suya. Y si es cierto que sigue viva —le aconsejó Saban con firmeza—, harías bien en mantenerlo en secreto; a menos que quieras que vengan más lanceros de Ratharryn a rastrear los bosques en su busca.

Otro hombre interpretó una breve melodía con una flauta hecha con el hueso de la pata de una grulla.

—Ya pueden rastrear todo lo que quieran —dijo al terminar—: No la encontrarán nunca. Ni a ella ni a su hija.

El primer hombre, cuyo nombre era Vennar, atizó el fuego, provocando una espesa ráfaga de chispas, y lanzó a Saban una mirada de soslayo.

—¿No te amedrenta estar aquí con nosotros?

—Si me amedrentara —respondió Saban—, no estaría aquí.

—No tienes nada que temer —musitó Vennar—. Derrewyn ha dado orden de que no se atente contra tu vida.

Saban esbozó una sonrisa. Durante todo el verano había albergado sospechas de que Derrewyn andaba cerca, y de que, a espaldas de los conquistadores de Cathallo, se mantenía en contacto con su tribu. Le conmovió que hubiera dado orden de que se respetara su vida.

—Sin embargo, si intentáis evitar que las piedras lleguen a Ratharryn —dijo—, os plantaré cara y tendréis que matarme.

Vennar negó con la cabeza.

—Si no trasladamos las piedras —murmuró—, algún otro lo hará.

—Además —apostilló el flautista—, nuestras mujeres temen la ira de Lahanna en el caso de que murieras.

—¿La ira de Lahanna? —inquirió Saban con perplejidad—. La venganza de Ratharryn, tal vez, pero seguro que la ira de Lahanna, no.

Vennar frunció el entrecejo.

—Entre nuestras esposas las hay que aseguran que Aureнна es la mismísima Lahanna.

—Es hermosa —comentó el segundo hombre, con cierta melancolía.

—Y, además, Slaol le perdonó la vida —le secundó Vennar—, ¿no es cierto?

—No es Lahanna —les atajó Saban con firmeza, temeroso de lo que pudiera hacer Derrewyn en el caso de que llegara a sus oídos semejante cuento.

—Las mujeres dicen que lo es —insistió Vennar, y Saban dedujo, por el tono de su voz, que Vennar no sabía con certeza qué creer, porque estaba dividido entre su antigua lealtad a Derrewyn y el pavor que le inspiraba Aureнна. Saban dudaba que la propia Aureнна hubiera propagado el rumor, pero se preguntó si no habría sido obra de Camaban. De hecho, parecía más que probable. El pueblo de Cathallo había perdido una hechicera, y, ¿qué mejor sustituía para una hechicera que una diosa?—. ¿Acaso no la adoraban los extranjeros como a una diosa? —inquirió Vennar.

—Es una mujer —insistió Saban—, nada más que una mujer.

—También lo era Sannas —señaló Vennar.

—Tu hermano afirma ser Slaol —adujo el flautista—, así que, ¿por qué Aureнна no habría de ser Lahanna?

Sin embargo, Saban no estaba dispuesto a seguir hablando. En vez de eso, se echó a dormir, o más bien se arropó con su manto y se puso a observar las brillantes estrellas que formaban un Hipido dosel más allá del humo trémulo, y empezó a

preguntarse si Aurena no se estaría convirtiendo de veras en una diosa. Su hermosura no se ajaba, mostraba una serenidad que nunca se veía alterada y tenía una seguridad imperturbable.

Les llevó once días transportar la primera piedra hasta Ratharryn, y, una vez allí, Vennar y sus hombres llevaron los bueyes y la narria de regreso a Cathallo para cargar otra piedra, mientras Saban se quedaba en el Templo del Cielo. La primera piedra era una de las más pequeñas, destinada a constituir la trigésima parte del anillo del cielo alzado sobre sus pilares. Camaban había señalado el círculo en el suelo por el procedimiento de trazar un par de círculos concéntricos, y ahora insistía en que la piedra se colocara exactamente en esa franja. «Hay que tallar la piedra para que las curvas de su cara externa encajen con el círculo de mayor tamaño y las curvas de su lado interior, con el más pequeño», le había dicho Camaban a Saban.

Saban se quedó mirando el bloque de piedra. Era bulboso y sobresalía ampliamente por ambos lados de las líneas trazadas, y sin embargo Camaban insistía en que se puliera hasta convertirlo en un pequeño segmento del amplio círculo. «Las treinta piedras del anillo del cielo deben tener la misma longitud, pero no debes dejar sus cúspides romas», le advirtió Camaban. Cogió un trozo de creta y empezó a dibujar sobre la superficie lisa de la piedra. «Un extremo debe tener un saliente y en el otro tallarás una hendidura, de modo que el saliente de una piedra encaje en la hendidura de la siguiente, y así sucesivamente hasta dar la vuelta al círculo».

Un empeño semejante a tallar el mismísimo Sol, pensó Saban, o a secar el lecho marino con flor de cardo, o a contar las hojas de un bosque. Y no solo estaban por tallar las piedras del anillo del cielo, sino las treinta piedras que lo auparían en el aire, y los quince enormes mojones de la morada del Sol, que se erigirían más altos incluso. Camaban había desarrollado las dimensiones de cada piedra y cortado varas de sauce para registrar sus mediciones. Saban guardaba las varas en una choza que había construido cerca del templo y que se había convertido en su hogar. Disponía de esclavos que le traían madera para el fuego, iban a coger agua y cocinaban, y de más esclavos para tallar las primeras seis piedras, que habían llegado para el solsticio de invierno.

Los seis mojones grises, al igual que todas las piedras procedentes de las colinas de Cathallo, eran losas. Sus superficies superior e inferior eran paralelas y prácticamente lisas, y todas las piedras tenían más o menos el mismo grosor, de modo que para obtener un pilar o un dintel solo hacía falta tallar la losa hasta que las esquinas fueran cuadradas y los lados coincidieran con las longitudes de las varas de sauce de la cabaña de Saban. Sin embargo, la piedra era de una dureza rayana en la crueldad, mucho más dura que los mojones de Sarmennyn, y al principio los esclavos no consiguieron otra cosa que romper los martillos de piedra contra ella, así que Saban se vio obligado a buscar piedras más duras. Los martillos de madera eran bolas del tamaño de un cráneo, que los esclavos levantaban y dejaban caer, y cada golpe provocaba una nubécula de polvo y lascas de piedra. Así, pedazo a pedazo, lasca a

lasca, veta a veta, se fueron esculpiendo las piedras.

Los esclavos aprendían a medida que iban trabajando. Descubrieron que era más rápido practicar hendiduras de escasa profundidad en la superficie de la piedra para después acabar a golpes con las protuberancias que quedaban entre ellas. Algunas piedras venían con una línea de color marrón pálido discernible sobre sus grises faces, y Saban observó que la decoloración revelaba una debilidad en los mojones a la que se podía sacar partido, siempre y cuando delimitara la parte de piedra que debían eliminar. La fuerza de una docena de martillos contra un lado de la línea marrón conseguía en ocasiones desgajar un buen trozo de piedra, pero, cuando eso fallaba, Saban encendía un fuego a lo largo de toda la mancha, lo alimentaba hasta que ardía con intensidad, y luego volvía a atizarlo con un poco de grasa de cerdo para que el intenso calor pasase al interior de la piedra. Dejaba que la grasa chisporroteara y provocara llamaradas hasta que la roca estaba casi al rojo vivo, y luego sus obreros echaban agua fría sobre el fuego. La mayoría de las veces, la piedra se partía siguiendo la línea de color ocre. A veces los mojones ya estaba agrietados, y los esclavos introducían cuñas en las hendiduras y partían la roca a martillazos o, en las noches más frías, llenaban las grietas de agua y dejaban que se congelara, para que los espíritus del agua, atrapados en el hielo, desgajaran la roca en su huida. Sin embargo, la mayoría de las piedras tuvieron que tallarlas por medio de una combinación de trabajo duro, rutina diaria y continuos golpes, y el batir de los martillos y el chirrido de las piedras de afilar era incesante. Hasta en sueños oía Saban el rechinar, crujir y restregar de unas piedras contra otras. La piel se le volvió tan gris como los mismos mojones y llevaba el cabello y la barba impregnados del polvo arenoso.

El segundo año llegaron ocho piedras, y once el tercero. Saban se vio obligado a encontrar más trabajadores para pulverizar, martillar, quebrar y quemar la piedra, y el incremento del número de trabajadores conllevó la necesidad de más esclavos para traer comida y agua al templo, de modo que ahora Camaban tenía partidas de guerra deambulando permanentemente por la región en busca de cautivos. Algunas de esas incursiones las encabezó él mismo. Llevaba una espada y encargó que le hicieran una túnica forrada de placas de bronce y un ceñido casco de pequeñas chapas de bronce hábilmente ribeteado para darle forma de cuenco. Los hombres lo tenían por un gran guerrero, a la altura del mismísimo Lengar, y por un hechicero con más poderes que Sannas, pues a quien no lograba sojuzgar con sus lanzas, amedrentaba con su reputación hasta tornarlo sumiso.

Sin embargo, no había magia que pudiera tallar las piedras, y Camaban, entre una y otra incursión, iba impacientándose debido al lento progreso. Veía a sus esclavos cantar mientras trabajaban y la música le irritaba.

—¡Haz que trabajen con más empeño! —le ordenó un día a Saban.

—Trabajaban con todo el empeño que pueden —respondió este.

—Entonces, ¿cómo es que les queda aliento para cantar?

—El cántico hace que su trabajo siga un ritmo —le explicó Saban.

—Con un látigo irían a mejor ritmo —refunfuñó Camaban.

—No haremos uso de látigos —dijo Saban—. Si quieres que trabajen con más ahínco, dales más comida. Envía pieles para que se vistan. No son nuestros enemigos, hermano, sino las gentes que construirán nuestro sueño.

Tal vez Camaban no estuviera satisfecho con el progreso del templo, pero eso no le impedía dar más trabajo todavía a los esclavos. Quería que los pilares fueran unidos a sus dinteles para que el anillo del cielo no pudiera venirse abajo nunca. Saban había creído que bastaría con colocar las piedras sobre sus respectivos pilares, pero Camaban insistió en que debían fijarse, y, por tanto, a cada pilar habría que tallarle dos protuberancias en la parte superior. En su debido momento habría que labrar agujeros en el envés para encajar las protuberancias, pero Saban no quería llevar a cabo semejante tarea hasta que los pilares estuvieran colocados y se pudiera medir con precisión dónde labrar las cavidades.

Camaban no dejaba de pulir el diseño del templo. Visitaba Cathallo y hablaba durante horas con Aurrena; tantas, que la gente empezó a murmurar sobre su relación, pero Haragg restó importancia a las maledicencias aduciendo que solo hablaban del templo. Saban temía esas conversaciones, porque provocaban invariablemente alguna exigencia nueva e imposible. El cuarto año de trabajo, Camaban preguntó a Saban si no había reparado en que algunos postes del templo en Ratharryn daban la impresión de tener la misma anchura de arriba abajo.

Saban estaba ocupado en la tarea de apilar ramas sobre el flanco de un mojón, pero se incorporó con el ceño fruncido.

—Parecen rectos y regulares porque crecen así.

—No —replicó Camaban—. Aurrena presencié la construcción de una choza en Cathallo y dijo que el poste central era ahusado, pero, una vez en su sitio, daba la impresión de ser recto. Hablé con Galeth al respecto y me dijo que era una ilusión.

—¿Una ilusión? ¿Te refieres a que es cosa de magia? —indagó Saban.

—¡Slaol me libre de los idiotas! —Camaban cogió un trozo de creta y apartó la hilera de ramas que con tanto cuidado había apilado Saban—. Los troncos son más anchos en un extremo que en el otro —le explicó, mientras dibujaba una figura exageradamente ahusada en la áspera superficie de la piedra—. Sin embargo, en ocasiones, Galeth encontraba un tronco que tenía más o menos la misma anchura en toda su extensión, y esos, según dice, parecen más anchos en la parte superior. Son los que tienen la punta más estrecha los que parecen rectos, mientras que los rectos dan la impresión de ser deformes. Así que quiero que des forma ahusada a las piedras. Haz que sean levemente más estrechas en la parte superior. —Camaban tiró el trozo de creta y se limpió las manos frotándolas una con otra—. No es necesario que las rebajes mucho. Digamos el ancho de una mano por cada lado, ¿de acuerdo? De ese modo todas parecerán rectas.

Una luna después, Camaban dijo que Aurrena había tenido un sueño en el que los

lados de las piedras estaban tan pulidos que destellaban, y para entonces Saban estaba tan abstraído en la inmensidad de la tarea que se limitó a asentir. No intentó siquiera informar a Camaban del enorme esfuerzo necesario para girar cada piedra acabada de forma que sus cuatro costados se pudieran pulir hasta obtener una superficie lustrosa. En vez de eso, se limitó a ordenar a seis de los esclavos más jóvenes que comenzaran a pulir uno de los pilares acabados. Se dedicaron a restregar arriba y abajo los pilares con los martillos de piedra, arriba y abajo, y de vez en cuando vertían trocitos de sílex, arena y polvo de piedra sobre la superficie y friccionaban la mezcla abrasiva contra la testaruda roca. Pasaron el verano entero empujando los martillos de aquí para allá, y se despellejaron las manos hasta que la piel se les cayó a tiras de tanto estregar el polvo arenoso, pero, al cabo del estío, un pedazo de la piedra del tamaño del pellejo de una oveja estaba pulido y brillaba al mojarse.

—Más —exigió Camaban—, ¡más! ¡Que brille!

—Tienes que traerme más trabajadores —reclamó Saban.

—¿Por qué no usas el látigo con los que ya tienes? —exclamó Camaban.

—No hay que maltratarlos —terció Haragg. Ahora el sumo sacerdote cojeaba, tenía la espalda encorvada y los músculos flojos, pero su voz grave todavía conservaba una tremenda potencia—. No hay que maltratarlos —repitió con dureza.

—¿Por qué no? —quiso saber Camaban.

—Este templo tiene como fin acabar con las penalidades del mundo —contestó Haragg—. ¿Quieres que se construya a base de sangre y dolor?

—¡Quiero que se construya! —replicó Camaban a voz herida. Durante unos instantes, dio la impresión de que iba a golpear uno de los mojones con su preciosa maza, y Saban retrocedió expectante ante la posibilidad de que el pulido extremo del arma se quebrara en un millar de fragmentos, pero Camaban controló su ira—. Slaol quiere que se construya —insistió—, me asegura que puede hacerse y, sin embargo, aquí no se ven resultados. ¡No se ve nada! Para lo que avanzáis, podríais estar meando sobre las piedras.

—Facilita más trabajadores a Saban —sugirió Haragg, de modo que Camaban encabezó partidas de guerra que se internaron en las regiones del norte y trajeron cautivos que hablaban lenguas desconocidas, esclavos que se tatuaban los rostros de rojo, esclavos que adoraban a dioses de los que Saban no había oído hablar; pero todavía eran necesarios más esclavos, porque el trabajo era duro hasta la crueldad y dolorosamente lento, y Saban aún tenía que desplazar los largos mojones que constituirían los pilares de la morada del Sol en el centro del templo. Había talado y dado forma a los grandes patines de las narrias, y los postes resultantes se habían dejado curar en Cathallo, pero aún no se había atrevido a mover las gigantescas piedras.

Acudió a Galeth en busca de consejo. Su tío estaba viejo y achacoso, se le había vuelto blanco el escaso cabello que le quedaba y su barba era una mera greña. Lidda, su mujer, había muerto, y Galeth se había quedado ciego, pero en su ceguera todavía

era capaz de imaginar piedras, palancas y narrias.

—Desplazar una gran piedra no es distinto de mover una pequeña —aleccionó a Saban—. Lo que ocurre es que todo es más grande: la narria, las palancas, la reata de bueyes. —Galeth sintió un escalofrío. Era una noche cálida, pero había una gran hoguera encendida dentro de su choza y se había echado un manto de piel de oso sobre los hombros.

—¿Estás enfermo? —se interesó Saban.

—Una fiebre estival —respondió Galeth sin darle mayor importancia.

Saban frunció el ceño.

—Puedo construir la narria —dijo—, y hacer palancas, pero no veo cómo colocar las piedras sobre las narrias. Su tamaño es excesivo.

—Entonces, construye la narria debajo de la piedra —sugirió Galeth. Se interrumpió, su cuerpo atormentado por los temblores—. No es nada —dijo—, nada, solo una fiebre estival. —Aguardó a que hubiera remitido el acceso de temblores y le explicó cómo, en su lugar, él cavaría primero una zanja siguiendo cada uno de los lados más largos de la piedra. Una vez hubieran alcanzado las zanjas el lecho de roca, prosiguió, se podrían colocar los grandes patines en cada flanco. A continuación habría que levantar la piedra utilizando los patines de las narrias como fulcro—. Ocúpate primero de un extremo y luego del otro —le aconsejó Galeth—, e introduce los travesaños bajo la piedra. De ese modo, no tendrás que colocar la piedra sobre la narria, sino construir la narria debajo de la piedra.

Saban sopesó la propuesta y llegó a la conclusión de que funcionaría; funcionaría mejor que bien. Habría que construir una rampa delante de la narria y dicha rampa tendría que ser larga y poco profunda para que los bueyes pudieran arrastrar el mojón desde el lecho de roca hasta la hierba. Galeth no sabía cuántos bueyes harían falta, pero supuso que Saban necesitaría más bestias de las que nunca habían sido enganchadas a una narria. Más cuerdas, más travesaños para repartir la carga de las cuerdas y más hombres para conducir los bueyes.

—Pero puedes hacerlo —le aseguró el anciano. Volvió a recorrerle el cuerpo un estremecimiento y lanzó un gemido.

—Estás enfermo, tío.

—No es más que fiebre, muchacho —Galeth se cubrió mejor los viejos hombros con la piel de oso—. Sin embargo, será un alivio ir al Pabellón Funerario —afirmó—, y reunirme con mi querida Lidda. ¿Me llevarás tú, Saban?

—Claro que sí —le prometió Saban—, pero aún faltan años para eso.

—Y Camaban me asegura que volveré a vivir en la Tierra —continuó Galeth, sin hacer el más mínimo caso del optimismo de Saban—, aunque no veo cómo puede ser eso.

—¿Qué te ha dicho?

—Que regresaré. Que mi alma utilizará las puertas de su nuevo templo para regresar a la Tierra. —El anciano permaneció en silencio un rato. Las llamas de su

hoguera acentuaban las arrugas de su rostro, que adquirieron aspecto de cortes de cuchillo—. En toda mi vida debo de haber construido una veintena de templos —dijo, rompiendo el silencio—, y no he visto que ninguno de ellos mejorara nada. Pero este será distinto.

—Este será distinto —convino Saban.

—Eso espero —aseguró el anciano—, aunque no puedo quitarme de la cabeza que las gentes de Cathallo dijeron lo mismo cuando construyeron su gran santuario. —Galeth lanzó una risilla y Saban pensó que su tío no tenía ni mucho menos tan mermadas las facultades mentales como pensaba la gente—. ¿O crees que movieron las piedras porque no tenían nada mejor que hacer? —preguntó Galeth. Sopesó lo que acababa de decir, y después extendió la mano para tocar una bolsa de piel de ciervo en la que guardaba los huesos mundos de Lidda. Quería que sus propios huesos se unieran a los de ella antes de ser enterrados. Volvió a estremecerse e hizo un gesto con la mano para ahuyentar la expresión de inquietud que tenía Saban—. La piedra más larga, ¿es estrecha? —preguntó un rato después.

Saban rebuscó un trozo de leña entre un montón arrinconado en la choza y se la puso a Galeth en la mano.

—Así —le explicó.

Galeth palpó el alargado trozo de madera.

—¿Sabes qué deberías hacer?

—Dímelo.

—Ponía en el agujero de costado —le aconsejó el anciano, y le demostró lo que quería decir tumbando el estrecho pedazo de madera—. Una piedra larga y lisa podría partirse al intentar alzarla —le explicó. Volvió el trozo de madera de lado y, a pesar de ejercer una gran presión, no consiguió partirlo; pero cuando volvió a ponerlo plano, se quebró fácilmente—. Métela en el agujero de costado —repitió, al tiempo que lanzaba los pedazos de madera a un lado.

—Así lo haré —aseguró Saban.

—Y lleva mi cadáver al Pabellón Funerario. Prométemelo.

—Te llevaré, tío —se comprometió Saban por segunda vez.

—Ahora voy a dormir —anunció Galeth a modo de despedida, y Saban salió de la choza y fue en busca de Camaban para decirle que Galeth estaba enfermo. Camaban dijo que le llevaría una infusión de hierbas, pero cuando Saban regresó a la choza de su tío no pudo despertar al anciano. Galeth estaba tumbado boca arriba. Tenía los labios entreabiertos, pero de ellos no brotaba aliento ninguno que le moviera los pelos del bigote. Saban le palmeó suavemente la mejilla y los ojos invidentes del anciano se abrieron, pero no había vida en ellos. Había muerto sin armar ningún revuelo, con la docilidad de una pluma al caer.

Las mujeres de la tribu lavaron el cadáver de Galeth, y después Mereth, su hijo y Saban lo pusieron sobre unas angarillas de ramas de sauce. A la mañana siguiente las mujeres acompañaron con cánticos al cadáver hasta la entrada del asentamiento, antes

de que Mereth y Saban lo llevaran hasta el Pabellón Funerario. Haragg iba delante de la comitiva y un joven sacerdote iba detrás interpretando una lúgubre tonada con una flauta de hueso. El cadáver iba cubierto con una piel de buey sobre la que Saban había esparcido hiedra. Camaban no acudió, y los únicos asistentes fueron los dos hijos menores de Galeth, hermanastros de Mereth.

El Pabellón Funerario se encontraba al sur de Ratharryn, no muy lejos del Templo del Cielo, aunque estaba separado de este por un amplio valle y escondido entre un bosque de hayas y avellanos. El Pabellón Funerario era en sí un templo dedicado a los antepasados, aunque nunca se usaba para la oración ni para la danza del toro o las bodas. Era para los muertos, y por tanto se había dejado desatendido y cubierto de malas hierbas. Apestaba, sobre todo en la canícula, y en cuanto el rancio hedor alcanzó las fosas nasales de la comitiva funeraria, el joven sacerdote se adelantó para ahuyentar los espíritus que, como todo el mundo sabía, se arracimaban en torno al templo. Se llegó hasta la puerta de entrada del Sol y aulló a las almas invisibles. Los cuervos le respondieron con aspereza y extendieron sus negras alas a regañadientes para volar hasta los árboles más cercanos, aunque los pájaros más osados se posaron sobre los restos de un anillo de postes de madera de escasa altura que se alzaba en el interior del modesto terraplén del templo. Oculto entre las ortigas que poblaban la zanja, un zorro gruñó a los hombres que se aproximaban y luego huyó entre los árboles. «Ya no hay peligro», anunció el joven sacerdote.

Mereth y Saban introdujeron a Galeth en el templo por la entrada encarada al Sol naciente en el solsticio de verano, y después sortearon las pequeñas estacas de los espíritus que estaban repartidas por todo el templo. Haragg encontró un espacio vacío y los dos hombres posaron allí las angarillas. Mereth retiró la pesada piel de buey que cubría el cadáver desnudo, y a continuación él y Saban dejaron caer a Galeth sobre la tupida hierba, que tan abundante crecía entre los muertos. El anciano quedó de costado y con la boca abierta, de modo que Saban lo volvió, tirándole del hombro, para que sus ojos miraran hacia el cielo encapotado. Una esclava de Camaban que había muerto pocos días antes yacía cerca de él; las bestias ya le habían desgarrado el vientre preñado y los picos de los cuervos se habían ensañado con su rostro. En el Pabellón Funerario había una docena más de cadáveres, dos de ellos casi reducidos ya a esqueletos. A uno le crecían hierbajos entre las costillas y el joven sacerdote se inclinó sobre los huesos para juzgar si había llegado la hora de retirarlos. Los espíritus de los muertos permanecían en el siniestro lugar hasta que desaparecían los últimos restos de su carne, y solo entonces ascendían a los cielos para reunirse con los ancestros.

Los hijos menores de Galeth habían traído una estaca afilada y un martillo de piedra que entregaron a Mereth. Este se acuclilló junto al cadáver de su padre y clavó la estaca en la hierba a martillazos hasta que se topó con el lecho de creta, y entonces le propinó otros tres fuertes golpes para hacer saber a Garlanna que otra alma había abandonado sus dominios. Saban cerró los ojos y se enjugó una lágrima con el puño.

—¿Qué es esto? —preguntó Haragg, y Saban se volvió para ver que el sumo sacerdote miraba con el ceño fruncido la hierba que crecía junto a un cadáver medio podrido. Saban pasó por encima del cadáver para ver que alguien había dibujado un rombo sobre la hierba amarillenta—. Es el símbolo de Lahanna —dijo Haragg con el gesto torcido.

—¿Qué importancia tiene? —indagó Saban.

—Este no es su templo —contestó Haragg, y pisó el símbolo para borrar la figura romboidal de la hierba—. Tal vez no sea más que una chiquillada —aventuró—. ¿Suelen venir niños?

—No deberían venir —respondió Saban—, pero lo hacen. Yo acostumbraba a venir.

—Una chiquillada. —Haragg restó importancia al rombo—. ¿Hemos acabado?

—Hemos acabado —confirmó Saban.

Mereth miró a su padre por última vez, y después se alejó del templo y lanzó la hiedra que había cubierto el cadáver al profundo agujero que llevaba a la mansión de Garlanna. Él y sus hermanastros se adentraron por entre los avellanos y las hayas, y entonces Mereth cayó en la cuenta de que Saban seguía a la vera del cadáver.

—¿No vienes? —le gritó.

—Quiero rezar —dijo Saban—, a solas.

De modo que Mereth y los demás se marcharon, y Saban aguardó en medio del horrible hedor. Sabía quién había estampado el rombo en la tupida hierba del Pabellón Funerario, de modo que se quedó junto al pálido cadáver de su tío hasta que oyó un susurro entre los árboles.

—Derrewyn —dijo entonces, al tiempo que se volvía hacia el ruido, sorprendido él mismo por la ansiedad que había delatado su voz.

Y Derrewyn lo sorprendió al sonreír mientras salía de entre los árboles, y luego lo sorprendió todavía más, porque cuando Saban hubo cruzado el terraplén y la zanja, le puso las manos sobre los hombros y le besó.

—Pareces mayor —observó Derrewyn.

—Lo soy —reconoció Saban.

—Tienes canas. —Le tocó las sienes. Estaba extremadamente delgada y llevaba el cabello enredado y sucio. Había estado viviendo como una proscrita, perseguida de bosque en bosque, y sus pellejos estaban mugrientos y cubiertos de barro y hojas secas. Los pómulos se le marcaban a través de la piel, lo que hizo pensar a Saban en el rostro cadavérico de Sannas—. ¿Te parezco yo mayor? —le preguntó.

—Estás igual de hermosa que siempre —contestó Saban.

Ella esbozó una sonrisa.

—Mentira —le reprendió suavemente.

—No deberías estar aquí —le previno Saban—. Los lanceros de Camaban te están buscando. —Nunca habían llegado a remitir los rumores acerca de que Derrewyn había sobrevivido, así que Camaban enviaba partidas de guerreros y perros

para rastrear los bosques.

—Los veo —respondió Derrewyn desdeñosa—. Desmañados lanceros que andan a ciegas entre los árboles en pos de sus sabuesos, pero ningún sabueso es capaz de ver mi espíritu. ¿Sabías que Camaban me envió un mensajero?

—Ah, ¿sí? —Saban estaba sorprendido.

—Soltó en los bosques a un esclavo que llevaba en la cabeza las palabras de Camaban: «Ven a Ratharryn, arrodíllate ante mí y dejaré que vivas y rindas culto a Lahanna», me dijo. —Derrewyn se echó a reír al recordarlo—. Envié al esclavo de regreso a Camaban. O, mejor dicho, dejé su cabeza en el terraplén de Ratharryn con la lengua cortada. El resto se lo eché a los perros. ¿Aún tienes el rombo?

—Claro —Saban palpó la bolsa donde guardaba el pedazo de oro de Sarmennyn.

—Guárdalo con celo —le aconsejó Derrewyn, y se alejó hacia la zanja del Pabellón Funerario para contemplar los cadáveres—. He oído —le dijo por encima del hombro—, que tu esposa se ha convertido en una diosa, ¿no es así?

—Nunca ha afirmado tal cosa —insistió Saban.

—Pero no se acuesta contigo.

—¿Has venido desde tan lejos para decirme eso? —le espetó Saban, molesto.

Derrewyn rompió a reír.

—No sabes desde dónde vengo, como tampoco sabes que tu esposa se acuesta con Camaban.

—¡Eso no es cierto! —replicó Saban furibundo.

—Ah, ¿no? —preguntó Derrewyn, al tiempo que se daba la vuelta—. Sin embargo, los hombres dicen que Camaban es Slaol y las mujeres aseguran que Aureнна es Lahanna. ¿Acaso no tenéis como objetivo reunirlos con vuestras piedras en un matrimonio sagrado? Tal vez están ensayando la noche nupcial, ¿no crees?

Saban se llevó la mano a la ingle para ahuyentar el mal.

—Inventas historias —dijo con amargura—, siempre has inventado historias.

Derrewyn se encogió de hombros.

—Si tú lo dices, Saban. —Cayó en la cuenta de lo mucho que le había perturbado, de modo que se acercó a él y le acarició la mano—. No voy a discutir contigo —le aseguró con humildad—, y menos un día en el que vengo a pedirte un favor.

—Lo que has dicho no tiene ni pies ni cabeza.

—Tienes razón, invento historias —reconoció Derrewyn con la cabeza gacha—. Lo siento.

Saban respiró hondo.

—¿Un favor? —indagó a la defensiva.

Derrewyn señaló con un brusco gesto hacia los árboles, y a Saban le pareció que entre las hayas umbrías había seis o siete personas, pero solo salieron dos. Una de ellas era una mujer alta y rubia con una andrajosa túnica de piel de ciervo medio cubierta por un manto de piel de oveja, y la otra una niña, quizá de la edad de Lalic o un año menor. Era una chica de cabello moreno con grandes ojos y cara de miedo.

Miraba fijamente a Saban, pero permanecía aferrada a la mano de la mujer e intentó esconderse bajo el faldón del manto de piel de oveja.

—El bosque no es lugar para una niña —dijo Derrewyn—. La vida es dura, Saban. Robamos y matamos para conseguir comida, bebemos agua de los ríos y dormimos allí donde encontramos un lugar seguro. La niña ha estado enferma últimamente. Teníamos otra criatura con nosotros, pero murió el invierno pasado y temo que esta también muera si se queda.

—¿Quieres que críe a la niña? —preguntó Saban.

—La criará Kilda —le explicó Derrewyn, señalando a la mujer—. Kilda era una de las esclavas de mi hermano y conoce a Merrel desde que nació. Lo único que quiero es que encuentres un lugar seguro para Kilda y Merrel.

Saban se quedó mirando a la niña, aunque apenas podía verle el rostro, porque lo tenía oculto bajo el faldón de la esclava.

—¿Es tu hija? —le preguntó a Derrewyn.

—Es mi hija —admitió Derrewyn—, y Camaban no debe llegar a enterarse de que está viva; de modo que, de hoy en adelante, tendrá otro nombre. —Se volvió hacia Merrel—. ¿Lo has oído? Y sácate el dedo de la boca.

La niña apartó la mano de la boca de inmediato y se quedó mirando solemnemente a Derrewyn, que se agachó de modo que su rostro quedara a la altura del de la niña.

—Te llamarás Hanna porque eres hija de Lahanna. ¿Quién eres?

—Hanna —respondió la niña con voz tímida.

—Y Kilda es tu madre. Vivirás en una cabaña, como está mandado, Hanna, y tendrás ropa, comida y amigos. Y un día regresaré a por ti. —Derrewyn se incorporó—. ¿Me harás ese favor, Saban?

Saban asintió. No sabía cómo iba a explicar la llegada de Kilda y Hanna, pero tampoco le importaba mucho. Se sentía solo y el trabajo en el templo parecía no tener fin. Echaba de menos a su hija, así que la criatura de Derrewyn sería bienvenida.

Derrewyn se agachó y abrazó a la niña. Permaneció con la criatura entre los brazos durante un buen rato; luego se incorporó, se sorbió las lágrimas y regresó hacia los árboles.

Saban se quedó con Kilda y la niña. La mujer tenía la piel cubierta de mugre y su cabello era una maraña grasienta, pero su rostro era amplio, con fuertes huesos y una expresión desafiante.

—Venid —les ordenó sin miramientos.

—¿Qué vas a hacer con nosotras? —le preguntó Kilda.

—Os encontraré un lugar donde vivir —dijo Saban, mientras caminaban entre los árboles en dirección hacia la despejada ladera de la colina. Al otro lado del achaparrado valle vio el Templo del Cielo, donde los esclavos pulían, martillaban y restregaban las testarudas piedras. Más cerca, hacia el este del sendero sagrado, había un racimo de chozas de esclavos de las que salían jirones de humo.

—¿Vas a fingir que somos esclavas? —exigió saber Kilda.

—Todo el mundo se dará cuenta de que no sois parientes —respondió Saban—, y no formáis parte de la tribu. ¿Qué otra cosa podríais ser en Ratharryn? Claro que seréis esclavas.

—Pero en ese caso —continuó Kilda—, tus lanceros se servirán de nosotras.

—Nuestros esclavos están bajo la protección de los sacerdotes —adujo Saban—. Estamos construyendo un templo, y cuando esté acabado los esclavos quedarán libres. No hay látigos, ni lanceros que vigilen el trabajo.

—¿Y no huyen vuestros esclavos? —se extrañó Kilda.

—Algunos sí —admitió Saban—, pero la mayor parte trabaja de buen grado. —Ese había sido el logro de Haragg. Había hablado con los esclavos, les había entusiasmado con la perspectiva de la construcción del templo y, aunque algunos se fueron a los bosques, la mayoría quería ver el templo acabado. Quedarían en libertad cuando estuviese terminado, en libertad para quedarse o marchar, y en libertad para disfrutar de las bendiciones de Slaol. Se organizaban a sí mismos y no llevaban ninguna marca de esclavitud como el dedo cortado de Saban.

—Y por la noche —indagó Kilda—, en las chozas de los esclavos, ¿crees que pueden estar a salvo una mujer y una niña?

Saban era consciente de que solo había un modo de mantener a salvo a Hanna.

—Viviréis las dos en mi choza —le dijo—, y diré que sois mis esclavas. Venid. —Las llevó ladera abajo hacia el valle, que apestaba porque era allí donde los esclavos habían cavado sus letrinas, y luego hacia el círculo de creta donde resonaba en el aire el clamor de los martillos contra la piedra.

Se llevó a Kilda y Hanna a su choza, y esa noche oyó que la mujer rezaba a Lahanna. Rezó, tal como acostumbraba a rezar en Cathallo, para que Lahanna protegiera a sus fieles de la crueldad de Slaol y del azote de Ratharryn. Si Camaban llegara a oír semejantes rezos, pensó Saban, sin duda Kilda y Hanna morirían. Supuso que debía reprender a Kilda y exigirle que se retractara en sus oraciones, pero pensó que los dioses eran lo bastante poderosos para distinguir una oración de otra sin su ayuda.

Al día siguiente, Camaban acudió al templo y preguntó a Saban cuándo pensaba traer las piedras más grandes de Cathallo.

—Pronto —masculló Saban por toda respuesta.

—¿Quién es esa? —Camaban había visto a Kilda en el umbral de la choza de Saban.

—Mi esclava —respondió Saban secamente.

—Da la impresión de que la hubieras encontrado en el bosque —señaló Camaban con mordacidad, pues Kilda seguía sucia y su largo cabello estaba enredado—. Pero da igual dónde la hayas encontrado, hermano: llévala a Cathallo y tráeme las piedras.

Saban no quería llevar a Kilda a Cathallo. Sin duda, la reconocerían y la vida de Hanna correría peligro, pero Kilda no estaba dispuesta a apartarse de su lado. Temía a

la tribu de Ratharryn y solo confiaba en Saban.

—Derrewyn dijo que no estaría a salvo más que contigo —insistió.

—¿Y qué pasa con la seguridad de Hanna?

—Está en manos de Lahanna —aseguró Kilda.

Así que los tres marcharon camino de Cathallo.



CAPÍTULO 18

— **N**o deberías venir a Cathallo —advirtió Saban a Kilda. Llevaba en brazos a Hanna, que se aferraba a su cuello y observaba el mundo con los ojos abiertos de par en par—. Te reconocerán y la niña morirá.

Kilda escupió hacia la maleza. Se había detenido en un arroyo para lavarse la cara y pasarse un poco de agua por el pelo, que ahora llevaba atado en la nuca. Tenía un rostro fuerte y huesudo, ojos azules y nariz larga. Era, pensó Saban no sin cierto remordimiento, una mujer muy atractiva.

—¿Crees que me reconocerán? —preguntó Kilda, en tono desafiante—. Tienes razón, me reconocerán. Pero ¿qué importa? ¿Crees que las gentes de Cathallo nos traicionarán? ¿Qué sabes de Cathallo, Saban? ¿Acaso puedes ver en el interior de sus corazones? Las gentes de Cathallo añoran los días de antaño, añoran Derrewyn, los tiempos en que se adoraba a Lahanna como es debido. Nos darán la bienvenida, pero también guardarán silencio. La niña está tan segura en Cathallo como en los brazos de la mismísima Lahanna.

—Eso es lo que esperas —señaló Saban con acritud—, pero no lo sabes a ciencia cierta.

—Hemos estado en Cathallo muchas veces —replicó Kilda—. Tu hermano rastreaba los bosques en nuestra busca, pero algunas noches llegamos a dormir en Cathallo y nadie nos traicionó. Sabemos lo que ocurre en Cathallo. Alguna noche te lo mostraré.

—¿Qué me mostrarás?

—Espera —le atajó Kilda.

Aurena los recibió con amabilidad. Lanzó a Kilda una mirada de soslayo, hizo carantoñas a Hanna y ordenó que prepararan una choza a Saban.

—¿La compartirá contigo tu mujer? —preguntó.

—Es mi esclava, no mi mujer.

—¿Y la niña?

—Es suya —respondió Saban, con aspereza—. La mujer cocina para mí mientras trabajo aquí. Dentro de unos días necesitaré una veintena de hombres, después más.

—Tras la cosecha puedes contar con todos los que hay —le aseguró Aureнна.

—Con veinte tendré suficiente, por el momento.

Saban había decidido que trasladaría primero la piedra más grande. Si se lograba desplazar una gran roca clavada en la tierra, el resto sería tarea fácil, de modo que convocó a los veinte hombres y les ordenó que cavaran la tierra que rodeaba el mojón. A pesar de que se negaban a creer que una piedra semejante se pudiera levantar, los hombres trabajaban de bastante buen grado. No obstante, Galeth había explicado a Saban el mejor modo de hacerlo, y este iba facilitando la tarea por el procedimiento de martillar, restregar y calentar el enorme mojón para menguar su amplitud y de ese modo reducir su peso. Les llevó toda una luna y, una vez acabado el trabajo, la gran piedra empezó a parecerse al elevado pilar que estaba destinada a ser.

A Leir le gustaba ir a ver cómo tallaban la piedra y Saban recibía a su hijo con alegría, porque a lo largo de los últimos años no había visto mucho al chico. Mientras los hombres se esforzaban por dar forma a la piedra, los niños de Cathallo se peleaban encima de ella disputándose un lugar sobre la larga superficie pétreo. Utilizaban las agujadas a modo lanzas. A veces sus simulacros de batallas se tornaban feroces, y Saban reparó con orgullo de padre en que Leir no se quejaba cuando le pinchaban en el brazo hasta hacerle sangrar. El muchacho se mofaba de la herida, blandía su lanza de juguete y cargaba contra el chico que le había agredido.

Una vez hubieron restado peso a la piedra, cavaron dos zanjas a ambos costados. Eso les llevó seis días, y necesitaron otros dos para traer desde el asentamiento los patines de la narria ya curados. Colocaron los enormes patines en las zanjas y luego, sirviéndose de una docena de hombres y palancas de una longitud tal que tenían que tirar de su extremo superior por medio de sogas de cuero, Saban alzó un extremo de la gran roca de modo que se pudiera colocar debajo de la misma un travesaño. Izar el otro extremo les llevó todo un día, y otra jornada la dedicaron a alzar la parte posterior del mojón y a colocar debajo tres travesaños más. Saban sujetó los travesaños a los patines y a continuación cavó una rampa larga y uniforme a partir del lecho de creta.

Ahora tenía que esperar, pues ya casi había llegado el momento de la cosecha y las gentes de Cathallo estaban ocupadas en los campos o aventando en las eras, pero aquellos días de cosecha dieron a Saban la oportunidad de pasar más tiempo con Leir. Enseñó al chico a lanzar con arco, castrar un novillo y pescar a lanzazos en el río. No veía mucho a su hija, una niña nerviosa a la que asustaban arañas, polillas y perros y que cuando aparecía Saban se escondía detrás de su madre.

—Es delicada —le dijo Aureнна un día.

—¿Está enferma? —Se preocupó Saban.

—No, es una niña preciosa; delicada. —Aureнна acarició a Lallic con cariño. A ojos de Saban, la niña tenía sin duda aspecto delicado, pero también era hermosa. Tenía la piel blanca y limpia, sus doradas pestañas eran largas y suaves y su cabello

tenía el mismo lustre que el de su madre—. Ha sido elegida —añadió Aureнна.

—¿Elegida para qué? —indagó Saban.

—Ella y Leir serán los guardianes del nuevo templo —anunció Aureнна con orgullo—. Él será sacerdote y ella sacerdotisa. Ya están consagrados a Slaol y Lahanna.

Saban recordó el entusiasmo de su hijo en los juegos bélicos que libraban los niños en torno a la piedra.

—Creo que Leir preferiría ser guerrero.

—Son las ideas que le metes tú —respondió Aureнна, con desaprobación—, pero Lahanna lo ha escogido.

—¿Lahanna? ¿No Slaol?

—Aquí rige Lahanna —le recordó Aureнна—, la auténtica Lahanna, no la falsa diosa que una vez adoraron.

Cuando acabó la cosecha, las gentes de Cathallo danzaron en su templo, cimbreadose entre los mojones para hacer ofrendas de trigo, cebada y fruta a los pies del anillo de piedra. Esa noche se celebró una fiesta en el asentamiento, y a Saban le extrañó que sus dos hijos y todos los huérfanos que vivían con Aureнна estuviesen convidados y, sin embargo, la propia Aureнна se quedara en el templo. Lallic echaba de menos a su madre, y cuando Saban fue a hacerle fiestas, la niña estuvo a punto de romper a llorar.

En el templo había encendida una hoguera cuyo resplandor perfilaba la cresta del terraplén coronada de calaveras, pero, cuando Saban se dirigió hacia el muro de creta, un sacerdote le cortó el paso.

—Esta noche está maldito.

—¿Esta noche?

—Solo esta noche. —El sacerdote se encogió de hombros y tiró suavemente de Saban para que regresase a la fiesta—. Los dioses no quieren que estés aquí —le aseguró.

Kilda vio regresar a Saban y, tras dejar a Hanna con otra mujer, se acercó a él y le cogió por el brazo.

—Dije que te lo mostraría —le recordó.

—Que me mostrarías, ¿qué?

—Lo que hemos visto Derrewyn y yo. —Le llevó hacia las sombras y luego rumbo al norte—. Te dije que nadie nos traicionaría.

—Pero ¿te han reconocido?

—Claro.

—¿Ya Hanna? ¿Saben quién es?

—Probablemente —dijo Kilda sin darle mayor importancia—, pero ha crecido desde la última vez que estuvo aquí, y a la gente le digo que es hija mía. Fingen creerme. —Saltó una zanja y se dirigió hacia el este—. Nadie traicionará a Hanna.

—¿No eres de Cathallo? —inquirió Saban. Aún no sabía mucho de Kilda, pero su

voz delataba que había aprendido tarde la lengua de Cathallo. Sabía que tenía poco más de veintidós veranos, pero por lo demás era una desconocida.

—Me vendieron como esclava cuando era niña —le contó—. Mi pueblo vivía junto al mar del este. Allí la vida es dura, y las hijas resultan más valiosas si se venden. Adorábamos Crommadh, el dios del mar, y Crommadh escogía qué niñas serían vendidas.

—¿Cómo?

—Nos llevaban a las marismas y nos hacían competir con la marea. Las más rápidas se quedaban para casarse y las más lentas eran vendidas. —Se encogió de hombros—. Las más lentas de todas se ahogaban.

—¿Tú fuiste lenta?

—Lo hice a posta —dijo sin asomo de emoción—, porque mi padre se aprovechaba de mí por las noches. Quería escapar de él.

Se desvió hacia el sur, camino del templo. Ningún sacerdote o guardia les había visto dar el rodeo por los campos, y ahora solo alumbraba la maleza un estrecho gajo de Luna.

—Guarda silencio —dijo Kilda—: Si nos ven, nos matarán.

—Si nos ven, ¿quiénes?

—Calla —le previno, y los dos subieron la pronunciada pendiente de creta del terraplén bajo la siniestra mirada de los cráneos de lobo. Kilda llegó a la cima primero y se tumbó cuan larga era. Saban se dejó caer a su lado.

En un primer momento no vio nada en el amplio templo. La gran hoguera ardía cerca de la choza de Aurena, y sus violentas llamas proyectaban las trémulas sombras de los mojones sobre la negra zanja hasta la pendiente interior de creta. El penacho de humo de la hoguera, cuya parte inferior teñían de rojo las llamas, ascendía hacia las estrellas.

—Tu hermano ha venido a Cathallo esta tarde —le susurró Kilda al oído, señalando hacia el extremo opuesto del templo, donde Saban vio una sombra negra que se desgajaba de un mojón.

Supo que era Camaban porque, incluso a aquella distancia y a pesar de que el hombre estaba embozado en un manto como los que llevaban quienes ejecutaban la danza del toro, alcanzó a ver que la figura cojeaba levemente. Mientras la imponente piel le colgaba de los hombros y la testa del toro le caía sobre el rostro, las pezuñas y la cola de la bestia muerta pendían inertes o le seguían a rastras. El hombre toro empezó a renquear en una desmañada danza. Se mecía de un lado a otro, se detenía y luego comenzaba de nuevo mirando en derredor. Lanzó un mugido y Saban reconoció la voz.

—En tu tribu —susurró Kilda—, el toro es Slaol, ¿verdad?

—Eso es.

—Así que tenemos ante nuestros ojos a Slaol —comentó Kilda con desdén.

Entonces Saban vio a Aurena. O más bien, vio una reluciente figura blanca que

salía de las sombras de la choza y cruzaba el templo de una grácil carrera. Tras ella flotaba una estela blanquecina.

—Plumas de cisne —dijo Kilda, y Saban cayó en la cuenta de que su esposa llevaba un manto semejante a su capa de plumas de arrendajo, solo que este estaba adornado con plumas de cisne. Daba la impresión de arder vivamente y le daba un aspecto etéreo. Se alejó danzando de Camaban, que rugió con fingida ira y se precipitó hacia ella, pero Aureнна se zafó sin dificultad y echó a correr siguiendo el margen del templo.

Saban era consciente de cómo acabaría la danza, y enterró el rostro entre las manos. Le habría gustado lanzarse terraplén abajo y matar a su hermano, pero Kilda le había puesto una mano sobre la espalda.

—Es su sueño —dijo sin atisbo de ironía—, el sueño que sustenta el templo que estás construyendo.

—No —replicó Saban.

—El templo tiene como fin reunir a Slaol y Lahanna —dijo sin compadecerse de él—, y los dioses necesitan que les muestren el camino. Hay que enseñar sus deberes a Lahanna.

Saban levantó la cabeza para ver que Camaban había cejado en su persecución, y ahora estaba de pie junto a la cosecha apilada dentro del anillo de piedra. Aureнна lo observaba. A veces daba un saltito hacia un lado y se le acercaba con tiento antes de alejarse de nuevo con celeridad y coquetería, pero, aun así, sus caprichosos pasos la llevaban cada vez más cerca del monstruoso toro.

Ese era el sueño, comprendió Saban, y sin embargo la ira hervía en su interior. Si matara a Camaban en ese momento, pensó, el sueño moriría, pues solo Camaban tenía el empuje necesario para construir el templo. Y el templo reuniría a Slaol y Lahanna. Pondría fin al invierno, acabaría, con los males del mundo.

—¿Te dijo Derrewyn que me traieras aquí? —le preguntó a Kilda—. ¿Con el fin de que matara a mi hermano, tal vez?

—No —respondió ella, sorprendida de que se lo hubiera preguntado—. Te he traído para que vieras el sueño de tu hermano.

—Y el sueño de mi esposa —dijo con amargura.

—¿Es tu esposa? —inquirió Kilda con desprecio—. Me dijeron que se cortó el pelo como una viuda.

Saban volvió a mirar hacia el interior del templo. Aureнна se encontraba cerca de Camaban, pero parecía reticente a unirse a él; dio unos rápidos pasos hacia atrás y después se hizo a un lado bailando con frescura y garbo. A continuación, poco a poco, se puso de rodillas y la oscura figura del toro avanzó pesadamente. Saban cerró los ojos sabedor de que Aureнна se rendía a la lujuria de su hermano, del mismo modo que Lahanna habría de rendirse a Slaol una vez estuviera construido el templo. Cuando volvió a abrir los ojos, vio que había quedado a un lado el manto de plumas, y la espalda desnuda de Aureнна se perfilaba esbelta y pálida a la luz de la hoguera.

Saban lanzó un bufido, pero Kilda lo sujetó firmemente con la mano.

—Juegan a ser dioses —le dijo.

—Sí lo mato —se planteó Camaban—, no habrá templo. ¿No es eso lo que quiere Derrewyn?

Kilda negó con la cabeza.

—Derrewyn cree que los dioses utilizarán su templo como quieran ellos y no según la voluntad de tu hermano. Y lo que Derrewyn quiere de ti es que protejas la vida de su hija. Por eso te confió a Hanna. Si los matas ahora, ¿crees que no habrá represalias? ¿Seguirás tú con vida? ¿Sobrevivirán tus hijos? ¿Sobrevivirá Hanna? La gente cree que esos dos son dioses. —Señaló al templo con un gesto de cabeza, pero Saban no alcanzó a ver sino la forma corcovada del manto de toro, y debajo, lo sabía, su esposa y su hermano ayuntados. Cerró los ojos y lo recorrió un escalofrío. Kilda lo cogió entre sus brazos y lo apretó contra su seno—. Derrewyn ha hablado con Lahanna —susurró—, y tu tarea consiste ahora en criar a Hanna.

Se colocó encima de él, manteniéndolo en el suelo con el peso de su cuerpo, y al abrir los ojos Saban, la vio sonreír y cayó en la cuenta de lo hermosa que era.

—No tengo esposa —reconoció.

Kilda le besó.

—Estás obrando la voluntad de Lahanna —dijo en un susurró—, y para, eso me envió Derrewyn.

Por la mañana no había más que rescoldos en el templo, pero la cosecha se había recogido y por fin podían reanudar el trabajo con las largas piedras.

* * *

Se había construido la narria debajo de la piedra más larga, la rampa estaba terminada, se colocaron las sogas sobre la hierba y se dispuso en la ladera de la colina la mayor reata de bueyes que Saban había visto en su vida. Contaba con un centenar de bestias; ni él ni ninguno de los vaqueros había llevado nunca una reata tan numerosa y, en un primer momento, cuando intentaron enganchar los bueyes a la piedra, las bestias se enmarañaron. Les llevó tres días descubrir cómo llevar las cuerdas hasta troncos de los que salían más sogas que iban a parar a los arreos de los bueyes.

Camaban se había ido de Cathallo con el mismo sigilo con que había llegado, dejando a Saban en un estado de confusión mezcla de ira y alegría. Ira porque Aurena era su esposa; alegría porque Kilda se había convertido en su amante, y Kilda no hablaba con los dioses, no sermoneaba a Saban acerca de cómo debía comportarse sino que lo amaba con una franqueza feroz que mitigó años de soledad. Sin embargo, esa alegría no sojuzgó la ira que torturaba a Saban, ira que sintió al ver

a Aurena subir la colina para observar cómo arrastraban la larga piedra desde su lecho. Llevaba su manto de plumas de arrendajo e iba lanzando destellos blancos y azules conforme avanzaba con Lallic de la mano. En vez de ir a recibirla, Saban le dio la espalda. Leir estaba a su lado con una agujada en la mano, y el chico miró a Kilda y Hanna, ambas con fardos.

—¿Vas a regresar a Ratharryn? —le preguntó Leir a su padre.

—Tengo que acompañar a la piedra —respondió Saban—, y no sé cuánto me llevará, pero sí, voy a regresar a Ratharryn. —Hizo bocina con las manos—. ¡Adelante! —gritó a los vaqueros a cargo de los bueyes, y una veintena de hombres y chicos azuzaron a las bestias, que avanzaron pesadamente hasta tensar todas las sogas.

—No quiero ser sacerdote —saltó Leir—. Quiero convertirme en un hombre.

Transcurrieron unos instantes antes de que Saban asimilara lo que había dicho el chico. Estaba concentrado en las sogas de cuero, las veía cada vez más tensas y se preguntaba si serían lo bastante gruesas.

—¿No quieres ser sacerdote? —le preguntó.

—Quiero ser guerrero.

Saban volvió a formar bocina con las manos.

—¡Ahora! —ordenó a voz en cuello—. ¡Adelante!

Pincharon las agujadas, corrió la sangre de los bueyes, las bestias hollaron la hierba para encontrar apoyo y las cuerdas se estremecieron debido a la tensión.

—Adelante —gritó Saban—, ¡adelante!

Hundieron la cabeza los bueyes, y de pronto la narria rechinó al dar un primer tumbo. Saban temió que las sogas se rompieran, pero en vez de eso, la piedra inició su avance. Se movía. La enorme piedra se zafaba de las garras de la tierra y la gente empezó a lanzar vítores.

—No quiero ser sacerdote —insistió Leir con la vocecilla impregnada de tristeza.

—Quieres ser guerrero —repitió Saban. La narria ascendía por la rampa, dejando al paso de los amplios patines una estela de creta machacada.

—Pero mi madre dice que no debo enfrentarme a las pruebas porque no me hará falta. —Leir levantó la vista hacia su padre—. Dice que tengo que ser sacerdote. Lahanna lo ha ordenado.

—Todo muchacho debería enfrentarse a las pruebas —dijo Saban. La narria había llegado a ras de tierra y ahora se deslizaba uniformemente sobre los excrementos de buey y la hierba.

Saban siguió la narria y Leir echó a correr tras él con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Quiero superar las pruebas! —gimoteó.

—Entonces, ven conmigo —dijo Saban—, y te someterás a ellas en Ratharryn.

Leir se quedó mirando a su padre.

—¿De veras? —preguntó con la voz teñida de incredulidad.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—¡Sí!

—Entonces, que así sea —accedió Saban, y cogió en volandas a su hijo para ponerlo encima de la piedra, de modo que Leir cabalgara sobre el mojón en movimiento.

Saban dirigió la engorrosa narria hacia el norte rodeando el santuario de Cathallo, porque la reata de bueyes era muy grande para atravesar las oquedades en el terraplén del templo. Aureнна iba a su lado seguida por la muchedumbre, y una vez la piedra hubo dejado atrás el templo, instó a Leir a que se bajara de la narria y fuera con ella a casa.

—¡Leir! —le llamó Aureнна a grito limpio.

—Leir viene conmigo —le dijo Saban—. Viene a Ratharryn y vivirá allí conmigo.

Aureнна se mostró sorprendida, pero luego la sorpresa se tornó ira.

—¿Vivirá contigo? —Su voz sonaba temible.

—Y aprenderá lo que yo aprendí de niño —continuó Saban—. Aprenderá a utilizar el hacha, la azuela y la lezna. Aprenderá a hacer un arco, a matar ciervos y a blandir la lanza. Se hará un hombre.

Los bueyes mugían, y el aire apestaba a causa de sus excrementos y su sangre. El avance de la piedra no alcanzaba la velocidad del paso de un hombre, pero al menos se movía.

—¡Leir! —volvió a vociferar Aureнна—. ¡Ven aquí!

—Quédate donde estás —instó Saban a su hijo, y se apresuró para ponerse a la altura de la narria.

—Va a ser sacerdote —gritó Aureнна. Echó a correr tras Saban seguida por la trémula estela de plumas de arrendajo.

—Antes se convertirá en un hombre —replicó Saban—, y si después de hacerse hombre quiere ser sacerdote, que así sea. Pero mi hijo será hombre antes que sacerdote.

—No puede ir contigo —gritó Aureнна. Saban nunca la había visto tan furiosa; de hecho, no creía que albergara una emoción de ferocidad semejante, pero ahora le gritaba con la cara desencajada y el cabello revuelto—. ¿Cómo quieres que viva contigo? Tu lecho lo ocupa una esclava. —Señaló con el dedo a Kilda y Hanna, que seguían la narria mezcladas con la muchedumbre de Cathallo. Las gentes no perdían detalle de la discusión. Leir seguía encaramado a la piedra, desde donde miraba a sus padres mientras Lallic escondía su carita bajo el faldón de su madre—. Mantienes a una puta esclava y a su bastarda —vociferó Aureнна.

—Al menos, no me visto con un manto de piel de toro para cubrirla —replicó Saban—. Es mi puta, no la puta de Slaol.

Aureнна se detuvo, y la furia que reflejaba su rostro se convirtió en una gélida ira. Levantó la mano para abofetear a Saban, pero él le cogió la muñeca.

—Te alejaste de mi cama, mujer, porque decías que un hombre asustaría a Lahanna. Entonces me plegué a tu voluntad, pero ahora no voy a dejar que niegues a tu hijo el derecho a la virilidad. Es hijo mío, y será un hombre.

—¡Será sacerdote! —Aurena tenía los ojos arrasados en lágrimas—. ¡Lahanna lo quiere así!

Saban vio que le hacía daño al tenerla cogida por la muñeca, de modo que se la soltó.

—Si la diosa quiere que sea sacerdote —dijo—, lo será; pero primero se convertirá en un hombre. —Se volvió hacia los vaqueros que habían abandonado a los animales para seguir la confrontación—. ¡Cuidado con las líneas de arrastre! —les gritó—. No dejéis que aminoren la marcha. ¡Leir! Baja de ahí y utiliza la agujada. ¡Ponte a trabajar! —Se alejó de Aurena, que permaneció llorosa donde estaba. Saban estaba tembloroso, en parte porque temía una terrible maldición, pero Aurena dio media vuelta y se llevó a Lallic de regreso a casa.

—Querrá vengarse —le advirtió Kilda.

—Intentará recuperar a su hijo, eso es todo. Pero Leir no se irá. No se irá.

Les llevó veintitrés días trasladar la larga piedra hasta Ratharryn y Saban acompañó a la gran narria durante la mayor parte del trayecto, pero cuando estaban a uno o dos días del Templo del Cielo se adelantó con Kilda, Hanna y Leir porque sabía que habría que ampliar la entrada del templo si la piedra había de pasar por ella. Habría que rellenar la zanja frente a la entrada y retirar las piedras del portal, y quería acabar ambas tareas antes de la llegada del largo mojón.

La piedra llegó dos días después, y Saban hizo que cuarenta esclavos empezaran a esculpirla para hacer de ella un pilar. Aunque en Cathallo la habían tallado agrandes rasgos, ahora había que alisarla, pulirla y darle forma ahusada. Una docena de esclavos empezaron a cavar el agujero para la piedra ahondando en el lecho de creta que había debajo de la tierra.

Saban no bajó al asentamiento, como tampoco acudió Camaban al templo durante los primeros días tras la llegada de la gran piedra, pero Saban husmeó el conflicto en el aire igual que el hedor del foso de un curtidor. Las gentes que llegaban desde el asentamiento evitaban a Saban, o hablaban de minucias y fingían no reparar en que Leir vivía ahora con su padre. Los esclavos trabajaban, Saban aparentaba que no había ningún peligro, y la piedra fue mermando hasta alcanzar su pulido aspecto definitivo.

Llegaron las primeras heladas. El cielo ofrecía un semblante pálido y desleído, y fue entonces cuando Camaban acudió por fin al templo. Llegó con una veintena de lanceros, todos pertrechados para entrar en batalla y encabezados por Vakkal, cuya lanza estaba decorada con los cueros cabelludos de hombres que había matado en el enfrentamiento que tuvo lugar en Cathallo. Camaban, envuelto en el manto de oso de su padre, llevaba una espada de bronce al cinto. Tenía el cabello tupido y revuelto, sus guedejas entreveradas con huesos de niño, que también colgaban de una poblada

barba surcada por una línea entrecana parecida a la de un tejón. Hizo seña a sus lanceros de que esperaran junto a la piedra solar y se acercó cojeando a Saban. Le acompañaba un joven sacerdote que portaba el estandarte de la calavera.

Se hizo el silencio mientras Camaban cruzaba el sendero elevado de entrada entre los dos pilares derribados para que las piedras más largas pudieran introducirse en el círculo. Su rostro delataba ira. Los esclavos más próximos a Saban se hicieron atrás y lo dejaron solo junto a la piedra madre, donde Camaban se detuvo para pasear la mirada por el templo, seguido de cerca por el sacerdote con el estandarte.

—No se ha levantado ninguna piedra. —Su voz era templada, pero miró a Saban con el ceño fruncido—. ¿Cómo es que no se ha levantado ninguna piedra?

—Primero hay que darles forma.

—Esas ya la tienen —señaló Camaban, e indicó con la maza unos pilares destinados a formar parte del círculo del cielo.

—Si las levantamos —se justificó Saban—, estorbarán el paso a las piedras más grandes. Hay que levantar antes las otras.

Camaban asintió.

—Pero ¿dónde están las piedras más grandes? —Su tono era razonable, como si no tuviera ninguna cuenta pendiente con Saban, pero la reserva no hacía más que acentuar la amenaza que constituía su presencia.

—La primera ya ha llegado —le hizo ver Saban, señalando con el dedo el monstruoso mojón que yacía entre montones de lascas y polvo—. Mereth ha llevado la gran narria de regreso a Cathallo y debe de estar de camino con otra. Pero esa —movió la cabeza en dirección a la piedra de mayor longitud—, la levantaremos antes del solsticio de invierno.

Camaban volvió a asentir, aparentemente satisfecho. Desenvainó la espada, se llegó hasta la larga piedra y empezó a afilar la hoja sobre el borde de la roca.

—He hablado con Aurena —dijo en un tono todavía contenido—, y me ha contado una extraña historia.

—¿Acerca de Leir? —indagó Saban, ofendido y a la defensiva, en un intento de disimular su nerviosismo.

—Me contó lo de Leir, claro. —Camaban se interrumpió para palpar el filo de su hoja, lo encontró romo y continuó restregando la espada contra la piedra. El roce producía una especie de tintineo—. Estoy de acuerdo contigo en lo que a Leir respecta, hermano —continuó, con la mirada clavada en Saban—: debe hacerse un hombre. No lo veo como sacerdote. No tiene sueños como su hermana. Se parece más a ti. Pero no creo que deba vivir contigo. Necesita aprender las costumbres del guerrero y las artes del cazador. Puede vivir con la familia de Gundur.

Saban asintió con recelo. Gundur no era cruel y sus hijos se estaban convirtiendo en hombres hechos y derechos.

—Puede vivir en la choza de Gundur —accedió.

—No —continuó Camaban, antes de fruncir el ceño al reparar en una minúscula

melladura en el filo de la espada—, la extraña historia que me contó Aurena tiene que ver con Derrewyn. —Levantó la mirada hacia Saban—. Sigue viva, ¿lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo?

—Sin embargo, su hija no está con ella —prosiguió Camaban. Se había incorporado de la piedra y miraba a Saban a los ojos—. Al parecer, envió a su hija a vivir en un asentamiento porque temía que enfermara y muriese en el bosque. De modo que la mandó a otro lugar. Tal vez a Cathallo, ¿no crees? O tal vez aquí, a Ratharryn. En las chozas de Cathallo se cuenta la historia entre susurros, hermano, pero Aurena se entera de todo. ¿Ha llegado a tus oídos esa historia, Saban?

—No.

Camaban esbozó una sonrisa, hizo un gesto con la espada y Saban se volvió para ver que dos lanceros habían dado con Hanna y la sacaban a rastras de la choza. Kilda les increpaba, pero un tercer guerrero le cortó el paso mientras llevaban ante Camaban a la aterrada niña. Saban hizo ademán de arrebatarse la criatura a los lanceros, pero uno de ellos le amenazó con el arma mientras el otro entregaba la pequeña a Camaban, que, en cuanto la tuvo en su poder, le puso la espada recién afilada contra la garganta.

—Su madre, si es que esa mujer tuya es su madre —señaló Camaban—, tiene el cabello rubio. El de esta niña es moreno.

Saban se llevó la mano a su propio cabello moreno.

Camaban negó con la cabeza.

—Es muy mayor para ser hija tuya, Saban, a menos que conocieras a su madre antes de que empezáramos a construir el templo. —Ejerció más presión sobre el cuello de la niña y Hanna lanzó un grito sofocado—. ¿Es la hija bastarda de Derrewyn, Saban? —le interrogó Camaban.

—No —aseguró Saban.

Camaban lanzó una tenue risilla.

—Hubo un tiempo en que fuiste amante de Derrewyn —le recordó—, y quizás aún sigues enamorado de ella. Lo bastante enamorado para ayudarla.

—Tú quisiste casarte con ella, hermano —protestó Saban—, pero eso no significa que ahora estuvieras dispuesto a ayudarla. —Saban percibió el asombro de Camaban al saberlo enterado de la oferta de matrimonio que había hecho a Derrewyn, y verlo pasmado le hizo sonreír—. ¿Te gustaría que lo proclamase a los cuatro vientos?

Hanna lanzó un grito al estremecerse de ira Camaban.

—¿Me estás amenazando, Saban?

—¿Yo? —Saban se echó a reír—. ¿Amenazarte a ti, el hechicero? Pero ¿cómo construirás este templo si te enfrentas a mí? ¿Sabes levantar un trípode? ¿Eres capaz de revestir un agujero con madera? ¿Puedes poner arreos a los bueyes? ¿Sabes cómo quebrar las piedras según su naturaleza? Tú, que alardeas de no haber cogido un martillo en tu vida, ¿podrías construir este templo?

Camaban rompió a reír ante la pregunta.

—Podría encontrar un centenar de hombres para levantar las piedras —replicó con desdén.

Saban sonrió.

—Entonces, que esos hombres te digan cómo se las arreglarán para colocar una piedra sobre otra. —Señaló el mojón de mayor longitud—. Una vez alzado ese pilar, hermano, tendrá cuatro veces la estatura de un hombre. Cuatro veces, nada menos. ¿Cómo alzarás otra piedra para que repose sobre su cúspide? ¿Lo sabes? —Miró más allá de Camaban y planteó la pregunta a voz en cuello—. ¿Lo sabe alguien? —Se dirigió a los lanceros—: ¿Vakkal? ¿Gundur? ¿Sabríaís decírmelo? ¿Cómo levantaríais un dintel hasta la punta de ese pilar? Y no solo un dintel, sino todo un círculo de piedras. ¿Cómo lo haríais? Respondedme.

Nadie dijo ni palabra. Se limitaron a mirarle, y Camaban se encogió de hombros.

—Con una rampa de tierra, claro —les explicó.

—¿Una rampa de tierra? —rezongó Saban—. Tienes treinta y cinco dinteles que colocar, hermano, ¿vas a construir treinta y cinco rampas? ¿Cuánto te llevaría eso? Y, ¿cómo ibas a levantar rampas semejantes en un suelo con tan poca tierra? Si levantas las piedras sirviéndote de tierra, nuestros bisnietos no verán este templo terminado.

—Entonces, ¿cómo lo harías? —preguntó Camaban iracundo.

—Como es debido —respondió Saban.

—¡Dímelo! —le urgió Camaban.

—No —se negó Saban—, y sin mí, hermano, nunca tendrás el templo que deseas. No tendrás más que un montón de rocas. —Señaló a Hanna—. Si matas a esa niña, me marcharé de este templo y nunca volveré la vista atrás. Es la criatura de una esclava y le tengo cariño. ¿Crees que es hija de Derrewyn? —Saban escupió sobre el largo pilar para demostrar su desprecio—. ¿Crees que Derrewyn enviaría a su hija a una tribu de la que tú eres jefe? Rastrea toda la región, hermano, registra hasta la última choza, pero no busques aquí a la hija de Derrewyn.

Camaban le miró de hito en hito durante un buen rato.

—¿Juras que esta niña no es hija de Derrewyn?

—Lo juro —dijo Saban, y notó que lo recorría un escalofrío, pues un juramento en falso no podía tomarse a la ligera; pero, en el caso de que hubiera vacilado, o si hubiese dicho la verdad, Hanna habría muerto al instante.

Camaban lo atravesó con la mirada y luego hizo señal al sacerdote de que se adelantara y colocara la calavera del estandarte a la altura del rostro de Saban. El hechicero todavía tenía su espada contra la garganta de la pequeña.

—Posa una mano sobre la calavera —ordenó a Saban—, y jura sobre tus ancestros que esta niña no es el cachorro de Derrewyn.

Saban adelantó la mano con lentitud. Se trataba del juramento más solemne que cabía hacer, y mentir a los antepasados era como traicionar a toda su tribu, pero puso los dedos sobre el cráneo y asintió.

—Lo juro.

—Sobre la vida de tu hija —le conminó Camaban.

Saban había empezado a sudar. Tenía la impresión de que el mundo temblaba en derredor, pero Hanna tenía los ojos puestos en él y percibió que asentía de nuevo.

—Sobre la vida de Lalic —dijo, consciente de que había incurrido en una grave mentira. Tendría que enmendar el desaguizado para que Lalic siguiera con vida, y no sabía cómo se las compondría.

Camaban apartó de su lado a Hanna, y la pequeña echó a correr hacia Saban y se aferró a él llorosa. Saban la cogió en brazos y la apretó contra su pecho.

—Constrúyeme un templo, hermano —dijo Camaban, y envainó la espada en su cinturón de cuero—, constrúyeme un templo, ¡pero deprisa! —Cada vez alzaba más la voz—. Siempre estás con excusas. Que si la piedra es dura, que si la tierra está demasiado húmeda para las narrias, que si a los bueyes se les quiebran las pezuñas. ¡Y nunca llegas a ninguna parte! —Las últimas palabras las pronunció a grito herido. Le temblaba el cuerpo, y Saban se preguntó si su hermano estaba a punto de poner los ojos en blanco y entrar en un furioso trance que colmaría el templo de sangre y miedo, pero Camaban se limitó a aullar como si estuviera aquejado de un intenso dolor y luego, sin más ni más, dio media vuelta y se marchó—. ¡Constrúyeme un templo! —gritó, y Saban abrazó a Hanna con fuerza, porque la niña gimoteaba de pavor.

Mientras Camaban cruzaba el sendero elevado del templo, seguido por sus guerreros, Saban se apoyó contra la larga piedra y lanzó un profundo suspiro. El día era frío, pero seguía sudoroso. Kilda se abalanzó hacia él y tomó a Hanna entre sus brazos.

—Creía que os iba a matar a los dos —confesó.

—He jurado sobre la vida de mi hija para salvar la de Hanna —reconoció Saban con voz apagada—. Camaban sabía quién era Hanna y he jurado que se equivocaba. —Cerró los ojos con el cuerpo trémulo—. He hecho un juramento en vano.

Kilda guardó silencio. Los esclavos no quitaban ojo a Saban.

—He puesto a Lalic en peligro —continuó Saban, y derramó lágrimas que abrieron surcos en el polvo blanco de piedra que le cubría las mejillas.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Kilda en voz queda.

—Deben perdonarme los dioses —dijo Saban—, nadie más puede absolverme.

—Si construyes un templo a los dioses —señaló Kilda—, te perdonarán. Así que constrúyelo, Saban, constrúyelo. —Extendió la mano y le enjugó una lágrima del rostro—. ¿Cómo levantarás los dinteles? —indagó.

—No lo sé —reconoció Saban—, lo cierto es que no lo sé. —Pero si encontrara el modo, pensó, tal vez los dioses le perdonarían y Lalic seguiría con vida. Ahora solo podía salvarla el templo, de modo que se volvió hacia los esclavos—. ¡Al tajo! —les instó—. Cuanto antes acabemos, antes seremos libres.

Trabajaron con ahínco. Se aplicaron con los martillos, redujeron a polvo trozos enteros de piedra, cavaron tierra y lecho rocoso y pulieron la piedra hasta tener los

brazos doloridos, las fosas nasales llenas de polvo y los ojos escocidos. Los más fuertes se ocuparon de la piedra larga y, tal como había prometido Saban, antes del solsticio de invierno estaba lista. Llegó el día en que ya no cabía pulirla más. Había dejado de ser una roca para convertirse en un estilizado monolito con forma de huso, y Saban comprendió que debía alzarlo en el sitio que le correspondía. Recordó el consejo de Galeth y propuso alzar la piedra de canto, pues temía que el peso del estrecho pilar lo partiese en dos. Pero primero había que llevar la piedra hasta el borde de su agujero, y la operación llevó seis días de tirar de palanca, sudar y maldecir, y a continuación tuvieron que volverla sobre uno de sus largos y estrechos cantos, y eso les llevó otra jornada entera; pero al fin quedó colocada sobre los troncos que hacían las veces de rodillos y Saban pudo amarrar las cuerdas, siguiendo toda la longitud de la piedra, y atarlas a los sesenta bueyes que arrastrarían la monstruosa roca hasta su agujero.

Aquel agujero era el más hondo que había cavado Saban en toda su vida. Tenía una profundidad equivalente a dos veces la estatura de un hombre, e hizo que protegieran la rampa y el costado opuesto a la rampa con tablas de madera lubricadas a base de grasa de cerdo. A partir de la piedra, las cuerdas se prolongaban por encima del agujero y hasta el otro lado de la zanja y los terraplenes, donde la reata de sesenta bueyes constituía una nube. Saban dio la señal, los vaqueros azuzaron a las bestias y las sogas de cuero trenzado se levantaron del suelo, se pusieron tensas, las recorrió un estremecimiento, se atirantaron más todavía, y luego, al cabo, la piedra dio un tumbo hacia delante. «¡Con cuidado! ¡Con cuidado!», gritaba Saban. Temía que la losa volcara, pero, aunque lentamente, avanzó con firmeza suficiente sacando astillas de los rodillos. Los esclavos retiraron los troncos de la parte posterior del pilar a medida que su extremo anterior empezaba a asomar sobre la rampa. Entonces se rompió una de las cuerdas, lo que dio lugar a una algarabía y una larga espera, mientras se traía otra cuerda y se amarraba al arnés.

Se volvió a azuzar a los bueyes y, palmo a palmo, la enorme piedra fue avanzando hasta que la mitad sobresalía por encima de la rampa y la otra mitad seguía apoyada sobre los rodillos. Los bueyes tiraron otra vez, y Saban ordenó a grito limpio a los vaqueros que detuvieran a los animales porque la piedra por fin empezaba a volcar. Durante un instante, dio la impresión de que quedaba en equilibrio sobre el borde de la rampa, pero luego la mitad delantera se precipitó sobre las maderas. La tierra retembló debido al impacto, y el gran mojón se deslizó rampa abajo para quedar alojado contra el lado opuesto del agujero.

Saban dejó reposar la piedra aquella noche. Un extremo del pilar se alzaba hacia el cielo formando un ángulo con el suelo, y la protuberancia tallada en su parte superior, que serviría de sujeción al dintel del arco más alto, se perfilaba ceñuda contra las estrellas invernales.

Al día siguiente ordenó a cincuenta esclavos traer cestas llenas de cascotes de creta y piedras de río hasta el borde del agujero, y después rodeó la piedra sesgada

con diez sogas. Pasó las cuerdas por encima de un trípode que alcanzaba cuatro veces la altura de un hombre y las ató a los bueyes que esperaban al otro lado de la zanja. El corte en la cúspide del trípode sobre el que se deslizarían las cuerdas estaba pulido y engrasado, y también se lubricaron las sogas. Camaban y Haragg habían acudido a presenciar la operación, y el sumo sacerdote no fue capaz de contener su emoción.

—Creo que nunca se ha levantado una piedra de tamaño semejante —exclamó Haragg.

Si la piedra se quebrara ahora, pensó Saban, el templo no llegaría a construirse nunca, pues no había losa lo bastante grande para sustituir aquel primer gran pilar.

Les llevó la mayor parte de la mañana disponer la reata de bueyes, asegurar las patas del trípode en pequeños agujeros cavados en la tierra justo al otro lado del terraplén y atar las cuerdas, pero, cuando todo estuvo listo, Saban hizo una señal con la mano a los vaqueros y las diez sogas se alzaron del suelo. El trípode se afianzó en la tierra, crujió y las sogas adquirieron la tensión de barras de bronce. Los hombres al otro lado de la zanja azuzaron a los bueyes con aguijadas hasta el punto de hacer que les manara sangre de los cuartos traseros. Dio la impresión de que las cuerdas se atascaban en la cúspide del trípode, porque se produjo una sacudida y un temblor, pero entonces continuaron deslizándose, se abrió de pronto una ranura entre el pilar y la rampa, y los esclavos empezaron a rellenarla con las piedras cogidas del río.

«¡Aguijadlos! —gritaba Saban—. ¡Aguijadlos!». Los bueyes agacharon la cabeza y el tembloroso trípode crujió a medida que iba alzándose la piedra, cuyo extremo anterior recaía con todo su peso sobre los maderos que revestían el profundo agujero, pero cuanto más alto llegaba la piedra, más fácil resultaba la tarea, porque las cuerdas que descendían desde la cúspide del trípode ejercían tensión, ahora formando un ángulo recto con la piedra. Saban supervisaba la operación con el aliento contenido, y sin embargo la piedra iba levantándose, su base recaía sobre el lado opuesto del agujero y los esclavos lanzaban frenéticamente cestas de cascotes de creta y piedras sobre la rampa, de modo que si el pilar volvía a descender no regresara hasta su posición inicial.

—¡Aguijadlos! ¡Aguijadlos! —gritó Camaban, y se emplearon a fondo con las aguijadas, las cuerdas se estremecieron, sangraron los bueyes y la piedra fue irguiéndose a trompicones—. ¡Ahora con cuidado! ¡Con cuidado! —les previno Saban. El pilar ya había alcanzado prácticamente toda su altura, y si los bueyes tiraban con demasiada fuerza había peligro de que se pasaran de la raya y sacaran el poste de su agujero por el lado contrario—. Un paso más —les instó Saban. Azuzaron a los animales por última vez y la piedra avanzó un poco más. En ese instante tomó posesión del movimiento su propio peso, y el pilar se enderezó de golpe, arremetiendo su parte anterior contra los maderos que servían de protección, con un tremendo estrépito. Saban contuvo la respiración, pero la piedra permaneció donde estaba; les gritó a los esclavos que colmaran los bordes del agujero y apretaran el relleno. Camaban saltaba torpemente y Haragg lloraba de alegría. La primera, la

piedra más alta del templo, había quedado erigida.

Se retiraron las cuerdas, se rellenó el agujero y, por fin, Saban tuvo oportunidad de tomar distancia para contemplar lo que había conseguido.

Lo que vio fue una maravilla que superaba a cualquiera de las de Cathallo, una maravilla como ningún hombre había visto antes en el mundo.

Vio una piedra erguida de la altura de un árbol.

El corazón se le hinchó al contemplarla y le asomaron lágrimas a los ojos. La piedra ofrecía un aspecto estilizado, alto y elegante en contraste con el grisáceo cielo invernal. Era, pensó Saban, hermosa. Era lisa, proporcionada e impresionante; de pronto, dominaba el vasto paisaje. Descollaba sobre la piedra madre que tan alta parecía antes. Era suntuosa.

—Es espléndida —reconoció Camaban, con los ojos abiertos de par en par.

—Es obra de Slaol —señaló Haragg con humildad.

Hasta los esclavos estaban impresionados. Lo habían logrado con su esfuerzo y contemplaban el pilar maravillados. En ninguna de las tribus, en ninguno de sus templos, en ninguna de sus regiones ni en ninguno de sus sueños había una piedra tan grande, tallada y pura. En ese momento, Saban cayó en la cuenta de que los dioses debían reconocer lo que estaba haciendo Camaban. Incluso Kilda estaba admirada.

—¿Pensáis colocar otra piedra encima de esa? —le preguntó a Saban al final de la jornada.

—Así es —afirmó—. No es más que uno de los pilares de un arco.

—Pero aún no sabes cómo hacerlo, ¿verdad?

—Tal vez me lo digan los dioses —señaló. Estaban solos junto a la gran piedra. Caía la noche, tornando negra la roca gris. Saban levantó la vista hacia el monolito y volvió a sentirse abrumado, asombrado de que hubiera llegado a moverla, a darle forma, a alzarla, y en ese mismo instante tuvo el convencimiento de que acabaría el templo. Había quienes decían que era tarea vana, y ni siquiera el propio Camaban sabía cómo conseguirlo, pero Saban estaba seguro de que lo lograría. Y tuvo la repentina certeza de que con la construcción del templo apaciguaría a los dioses, que, en consecuencia, le perdonarían el juramento que había hecho con la vida de Lalic como prenda.

—A veces me parece que, en realidad, ninguno sabemos por qué estamos construyendo este templo. Camaban dice que lo sabe, y Aurrena está segura de que atraerá a los dioses a un lecho nupcial; pero yo no sé qué quieren los dioses. Lo único que sé es que desean que se construya. Creo que nos sorprenderá a todos cuando esté terminado.

—Eso es lo que siempre ha dicho Derrewyn —convino Kilda.

Llegó el solsticio de invierno y la tribu encendió sus hogueras para celebrar la fiesta. Los esclavos comieron junto al templo y, una vez pasada la fecha, cuando llegaron las primeras nieves, empezaron a dar forma al segundo pilar del enorme arco. Ese pilar era la segunda piedra más grande, pero era más corta porque Saban no

había logrado dar con una piedra de igual longitud que la primera, de modo que había dejado que la base del segundo pilar conservara su forma retorcida y bulbosa, como el pie de Camaban antes de que Sannas lo quebrara para enderezarlo, y confiaba en que la ancha y pesada base afianzara el pilar en la tierra. Lo colocaría en un agujero que sabía poco profundo, pero así debía ser para que el segundo poste alcanzara la altura del primero.

Levantó la piedra en primavera. Se colocó el trípode, se pusieron los arcos a los bueyes y, cuando las bestias alzaron el peso del mojón, Saban oyó que la amplia base del pilar aplastaba la creta y los troncos; pero finalmente quedó erguida y pudieron rellenar el agujero. Los dos pilares clavados en la tierra, uno junto al otro, estaban tan próximos en la base que un gatito a duras penas habría podido pasar entre ambos; sin embargo, a medida que iban ascendiendo, su forma ahusada daba lugar a una abertura a través de la que brillaría el Sol invernal.

—¿Cuándo colocarás la piedra transversal? —le preguntó Camaban.

—De aquí a un año —respondió Saban—, o quizá dos.

—¡Un año! —protestó Camaban.

—Las piedras tienen que asentarse —explicó Saban—. Pasaremos todo el año afianzándolas y rellenando los agujeros.

—¿De modo que cada pilar debe permanecer instalado un año antes de continuar? —indagó Camaban, aterrado.

—Sería más conveniente un plazo de dos años.

Camaban se volvió más impaciente aún. Era presa de una intensa frustración cuando los bueyes se mostraban testarudos, las sogas se rompían o, como ocurrió en un par de ocasiones, se astillaba un trípode. Aborrecía que las piedras quedaran ladeadas e hicieran falta jornadas enteras de duro trabajo para enderezarlas antes de afianzar su base con piedras y tierra.

Les llevó tres años dar forma y alzar los diez altos pilares de la morada del Sol. El alzamiento de las piedras fue la parte más sencilla; lo más difícil acabó siendo el desbastado y la talla, que continuaban colmando el templo de ruido y polvo. Las protuberancias en la parte superior de los pilares que servirían de sujeción a los dinteles resultaron ser los acabados más complejos, ya que cada una tenía dos palmos de anchura y para tallarlas los esclavos tenía que rebajar el resto de la cúspide de la piedra, operación que llevaron a cabo lasca a lasca. Saban también les encargó que dejaran una ceja en torno al reborde de la piedra para que los dinteles contaran no solo con el apoyo de las protuberancias, sino también con un soporte lateral.

Leir se convirtió en hombre el año en que se erigieron los últimos pilares de la morada del Sol, el mismo año en que se clavaron en tierra seis de las piedras del anillo del cielo. El muchacho superó las pruebas de iniciación y aplastó con júbilo la bola de creta que contenía su espíritu. Saban le hizo entrega de una lanza con punta de bronce y después, a pequeños martillazos, realizó los tatuajes característicos de los hombres que adornarían el pecho de su hijo.

—¿Irás a enseñárselos a tu madre? —le preguntó a Leir.

—No querrá mirarlos.

—Se enorgullecerá de ti —le aseguró Saban con firmeza, aunque hasta él mismo dudó de sus palabras.

Leir forzó una sonrisa.

—Se llevará una decepción conmigo.

—Entonces, ve a ver a tu hermana —le recomendó Saban—, y dile que la echo de menos. —No había visto a Lallic desde que apartara a Leir de su madre, ni desde que jurara sobre el estandarte de la calavera con su vida como prenda.

—Lallic no ve a nadie —le informó Leir—. Está muy asustada. Tiembla al refugio de la choza y llora si su madre se va.

Saban temió que el falso juramento hubiera desatado una terrible maldición sobre su hija, y decidió que iría a ver a Haragg, exigiría al sumo sacerdote que guardara silencio, confesaría la verdad y cumpliría la penitencia que Haragg le impusiese.

Sin embargo, no tuvo oportunidad de hacerlo, pues la noche en que terminaron las pruebas de iniciación, antes de que Saban pudiera dar con él, Haragg profirió un grito horripilante y expiró. Y Camaban perdió la razón.



CAPÍTULO 19

Camaban aulló igual que a la muerte de su madre. Aulló con desolación incontenible, asegurando que Haragg había sido su padre. «Fue mi padre y mi madre mi única familia», gritaba. Echó a las esclavas de su choza y se infligió tales cortes con hojas de sílex que cuando salió a la luz del día su cuerpo estaba bañado en sangre. Se lanzó sobre el cadáver de Haragg y aseguró entre gemidos que, en realidad, el sumo sacerdote no estaba muerto en absoluto, sino dormido; aunque, cuando intentó insuflarle su propia vida al alma de Haragg, el cadáver se empeñó en seguir muerto. Entonces Camaban se volvió hacia Saban.

—Si hubieras terminado el templo, hermano, no habría muerto.

Camaban temblaba y de su cuerpo caían gotas de sangre sobre el cadáver de Haragg. Arrancó unos terrones del césped y se los tiró a Saban.

—Vete —le gritó—. Vete. Nunca me apreciaste. Nunca me apreciaste. Vete.

Gundur se apresuró a apartar a Saban de la vista de Camaban tras una choza.

—Te matará si te quedas. —El guerrero frunció el ceño mientras escuchaba los aullidos de Camaban—. Los dioses anidan en su interior —murmuró Gundur.

—Esa fue la desgracia de Haragg —respondió Saban secamente.

—¿Su desgracia?

Saban se encogió de hombros.

—A Haragg le encantaba ser mercader. Le encantaba. Era curioso y recorría las tierras en busca de respuestas, pero después conoció a Camaban y creyó haber encontrado la verdad. Sin embargo, echaba de menos su vida de mercader. No debería haberse quedado como sumo sacerdote. Nunca fue el mismo.

Camaban insistió en que no se llevara a Haragg al Pabellón Funerario, sino que se le dejara reposar en el pabellón del nuevo templo, y por tanto su cadáver fue transportado en unas parihuelas y colocado entre la piedra madre y los pilares más altos todavía a la espera de su dintel. La tribu entera acompañó al sumo sacerdote. Camaban lloró todo el camino. Seguía desnudo, su cuerpo una membrana de sangre reseca, y en ocasiones se tiraba sobre la hierba y tenían que convencerlo de que siguiera adelante. Aureнна, que había venido de Cathallo al recibir la noticia de la

muerte de Haragg, lucía una túnica de piel de lobo gris sobre la que había restregado ceniza. Llevaba el pelo desmelenado. Lallic, que casi era ya adulta, iba a su lado. Se había convertido en una chica triste y escuálida con ojos pálidos y expresión asustada. Se llevó un sobresalto al acercarse a ella Saban.

—Te enseñaré las piedras —le dijo a Lallic—, y cómo les damos forma.

—Ya lo sabe —le espetó Aureнна—. Lahanna le enseña las piedras en sueños.

—¿De veras? —preguntó Saban a Lallic.

—Todas las noches —respondió la niña con timidez.

—Lallic —la llamó Aureнна, y atravesó con la mirada a Saban—. Ya has arrebatado una criatura a la diosa. No te llevarás otra.

Ese día los esclavos permanecieron en sus chozas, mientras las mujeres de la tribu bailaban en torno a la zanja y el terraplén del templo entonando el lamento de Slaol. Los hombres danzaban dentro del templo, enhebrando sus desmañados pasos entre los mojones aún por acabar y las narrias descargadas. Camaban, algunas de cuyas heridas se habían vuelto a abrir y sangraban, se arrodilló junto al cadáver y clamó al cielo, mientras Aureнна y Lallic, las únicas mujeres a las que se había dado permiso para cruzar el sendero elevado del templo, lloraban a voz en cuello, una a cada lado del difunto.

Lo que sorprendió a Saban fue que en ese momento dos sacerdotes hicieron entrar un buey al templo. Haragg aborrecía el sacrificio de cualquier ser vivo, y aun así, Camaban insistía en que el alma de un muerto necesitaba sangre. Desjarretaron a la bestia, le levantaron la cola para que agachara la cabeza, y Camaban le asestó un golpe con el hacha de bronce, pero el hachazo chocó contra uno de los cuernos y salió desviado hacia el cuello del animal, que lanzó un bramido. Camaban le asestó otro golpe, volvió a errar, y cuando el sacerdote intentó arrebatarse el hacha, lo blandió trazando un peligroso arco que a punto estuvo de alcanzar a este, y después empezó a lanzar tajos al animal con un frenesí demencial. La sangre salpicó la piedra madre y el cadáver, salpicó a Aureнна, Lallic y Camaban, pero, al cabo, la bestia coja se vino abajo y Camaban le propinó un fuerte hachazo en la espina dorsal para poner fin a su tormento. Lanzó el arma lejos de sí y se hincó de rodillas.

—¡Vivirá! —gritó—. ¡Volverá a la vida!

—Volverá a la vida —repitió Aureнна como un eco. Rodeó con sus brazos a Camaban y le ayudó a incorporarse—. Haragg volverá a la vida —insistió en voz queda acariciando a Camaban, que lloraba sobre su hombro.

Se llevaron a rastras el ternero muerto, y Saban, furioso, esparció polvo de creta sobre las manchas de sangre.

—No tendría que haberse celebrado ningún sacrificio —susurró a Kilda.

—¿Quién lo dijo? —preguntó ella.

—Haragg.

—Y Haragg ha muerto —respondió apesadumbrada.

Haragg había muerto y su cadáver fue llevado a la morada del Sol, donde, al ir

descomponiéndose, empezó a despedir un hedor que en todo momento colmaban las fosas nasales de los hombres que cavaban agujeros y tallaban las piedras. Los cuervos se cebaron con el cadáver y los gusanos se retorcían entre sus carnes podridas. Hubo de pasar todo un año para que el cadáver quedara reducido a puro hueso, e incluso entonces Camaban se negó a permitir que lo enterraran. «Debe quedarse aquí», decretó, y, por consiguiente los huesos permanecieron donde estaban. Algunos se los llevaron los animales, pero Saban intentó mantener el esqueleto entero. Camaban recobró las luces a lo largo de ese año y declaró que él mismo sustituiría a Haragg, lo que suponía que ahora iba a ostentar los cargos de jefe y sumo sacerdote. Insistió en que los huesos de Haragg necesitaban la sangre de los sacrificios y trajo ovejas, cabras, cerdos e incluso aves al templo y los sacrificó sobre los huesos resecos, que fueron tornándose negros debido a los constantes baños de sangre. Los esclavos evitaban los huesos, aunque, un día, Saban reparó con sorpresa en que Hanna estaba acucillada sobre el esqueleto empapado.

—¿De verdad volverá a la vida? —le preguntó a Saban.

—Eso dice Camaban —respondió.

Hanna se estremeció al imaginar cómo el esqueleto del sacerdote recobraba carne y piel y a continuación se ponía torpemente en pie y echaba a andar como un borracho de rígidas piernas entre los altos mojones.

—Y cuando mueras —volvió a preguntarle a Saban—, ¿yacerás en el templo?

—Cuando muera —le contestó Saban—, entiérrame donde no haya piedras. Ninguna piedra en absoluto.

Hanna le miró con el ceño fruncido y, luego, de repente, rompió a reír. Crecía deprisa y en uno o dos años se la tendría por una mujer. Estaba al tanto de quién era su auténtica madre y sabía también que su vida dependía de que no lo admitiese, de modo que llamaba madre a Kilda y padre a Saban. En ocasiones preguntaba a Saban si su auténtica madre seguía con vida, y Saban no podía contestarle sino que eso esperaba, aunque en realidad se temía lo contrario. Hanna le recordaba cada vez más a Derrewyn de joven: tenía la misma belleza atezada, el mismo vigor, y los jóvenes de Ratharryn se fijaban mucho en ella. Saban consideraba que en un año tendría que colocar un falo de arcilla y una calavera sobre la techumbre de su cabaña. Leir estaba entre los admiradores de Hanna, y ella, a su vez, sentía fascinación por el hijo de Saban, que había crecido hasta alcanzar una buena altura, llevaba el cabello moreno en trenzas que le caían a la espalda y ahora lucía las primeras cicatrices de muerte en el pecho. Se rumoreaba que Camaban quería que Leir fuera el siguiente jefe, y la mayoría lo consideraba una buena opción, porque Leir ya se estaba ganando reputación de audaz. Luchaba en el grupo de Gundur y se mantenía ocupado defendiendo los anchos límites de Ratharryn o participando en incursiones que iban más allá de esas difusas fronteras para traer reses y esclavos. Saban estaba orgulloso de su hijo, aunque apenas lo veía, pues Camaban, en los años que siguieron a la muerte de Haragg, exigió que se apresuraran los trabajos de construcción del templo.

Se buscaron más esclavos, y para alimentar tanto a esos esclavos como a la tribu se enviaron más partidas guerreras en busca de cerdos, bueyes y cereales. El templo se había convertido en una enorme boca que alimentar y las piedras continuaban llegando de Cathallo para ser talladas a base de martillazos, sudor y fuego. La inquietud seguía consumiendo a Camaban.

—¿Por qué lleva todo tanto tiempo? —inquiría constantemente.

—Porque la piedra es dura —respondía Saban con la misma constancia.

—Emplea el látigo con los esclavos —le exigía Camaban.

—Así llevará el doble de tiempo —le advertía Saban, y entonces Camaban se ponía hecho una furia y juraba que Saban era su enemigo.

Cuando estuvieron colocados la mitad de los pilares del anillo del cielo, Camaban reclamó un nuevo perfeccionamiento.

—El anillo del cielo será uniforme, ¿verdad? —le preguntó a Saban.

—¿Uniforme?

—¡Plano! —le aclaró Camaban con furia, al tiempo que hacía el gesto de alisar algo con la mano—. Plano como la superficie de un lago.

Saban frunció el entrecejo.

—El templo está sesgado —adujo, señalando la leve pendiente que hacía el terreno—, de modo que si los pilares del anillo del cielo son de la misma altura, el círculo de piedra seguirá esa pendiente.

—El anillo debe quedar plano —insistió Camaban—. ¡Debe quedar plano! —Se interrumpió para seguir con la vista a Hanna, que salía de la choza, y le cruzó el rostro una sonrisa maliciosa—. Cómo se parece a Derrewyn.

—Es joven y morena —respondió Saban, sin darle mayor importancia—; eso es todo.

—Pero la vida de tu propia hija atestigua que no es hija de Derrewyn —señaló Camaban sin borrar la sonrisa de su cara—, ¿no es así?

—Ya oíste mi juramento —se reafirmó Saban, y a continuación, para distraer la atención de Camaban, prometió conseguir que el anillo del cielo fuese plano, aunque era consciente de que eso le llevaría todavía más tiempo. Colocó travesaños sobre el extremo superior de los pilares y encima de cada travesaño posó un cuenco de arcilla; al llenar de agua el cuenco se apreciaba si los pilares adyacentes estaban o no equilibrados. Algunos mojones descollaban más de lo debido, y los esclavos tuvieron que subirse a escalas de madera y rebajar a martillazos las cúspides de los pilares. Después de eso, para evitar incurrir en el error de erigir una piedra que resultase corta en exceso, Saban hizo que los nuevos pilares fueran deliberadamente demasiado largos y, por tanto, una vez erguidos hubo que rebajarlos y pulirlos hasta que tuvieran la misma altura que los demás.

Una piedra estuvo a punto de quebrarse cuando la colocaban. Se deslizó de los rodillos y se incrustó contra las maderas que revestían el costado del agujero. Tras el impacto, apreciaron que una grieta surcaba la superficie de la piedra en sentido

diagonal. Saban ordenó que la alzarán de todos modos y, milagrosamente, no se partió al quedar alojada en su hueco, aunque la grieta seguía resultando visible. «Cumplirá su cometido —aseguró Camaban—, cumplirá su cometido».

Dos años después habían llegado de Cathallo todas las piedras y estaban en su lugar la mitad de los pilares del anillo del cielo, pero antes de que se pudieran colocar los mojones restantes, Saban era consciente de que había que trasladar los dinteles de la morada del Sol hasta el centro del templo, de modo que llevó a cabo la tarea durante el verano. Las piedras fueron arrastradas por grupos de veinte esclavos que maniobraron las narrias de forma que cada dintel quedara directamente junto a los pilares emparejados sobre los que sería erigida.

Saban había dedicado noches y días enteros a dilucidar la colocación de los dinteles. Había que alzar hacia los cielos un total de treinta y cinco, treinta para el anillo del cielo y cinco sobre los arcos de la morada del Sol, y fue a altas horas de una noche de invierno cuando halló la respuesta.

Esa respuesta era la madera. Una gran cantidad de madera que habría de ser talada en los bosques y arrastrada hasta el templo, donde, con una cuadrilla de dieciséis esclavos, Saban intentaría llevar su idea a la práctica.

Empezó con el arco más elevado. La narria con el dintel del arco estaba colocada en paralelo con respecto a los pilares emparejados y a unos dos pasos de ellos. Saban ordenó a los esclavos que colocasen maderos apaisados en torno a la narria, de tal modo que, cuando hubieron acabado, daba la impresión de que la piedra reposaba sobre una plataforma de madera. Los esclavos se sirvieron de palancas de roble para alzar un extremo del dintel y Saban introdujo un largo madero debajo del mismo, en cruz con los travesaños de la hilera inferior. Hizo la misma operación en el otro extremo de la piedra y el dintel quedó apoyado sobre dos troncos, a un codo de altura sobre la plataforma apaisada.

Se trajeron más troncos y se colocaron en torno a las dos vigas que servían de soporte, hasta que, una vez más, dio la sensación de que la piedra reposaba sobre una plataforma; entonces, se volvió a alzar la piedra haciendo palanca y se apoyó sobre dos bloques de madera. Se construyó una nueva plataforma en torno a los bloques utilizando troncos que se colocaron en paralelo a los travesaños de la hilera más baja. Ahora la plataforma tenía tres hileras de altura y era lo bastante ancha y larga para que los hombres pudieran hacer palanca bajo la piedra en cada sucesivo alzamiento.

Hilera tras hilera, se levantó la piedra hasta que llegó a la altura de la cúspide de los pilares emparejados como coronación de un monstruoso montón de maderos apilados. Sostenían el dintel veinticinco hileras de madera, pero aún no se podía desplazar hasta quedar encima de los pilares, porque Saban tenía que medir las protuberancias emparejadas en la parte superior de estos y trazar marcas de creta sobre el dintel allí donde habría que perforar los agujeros correspondientes. Les había llevado once días alzar la piedra, y necesitaron otros veinte para abrir a martillazos los agujeros y pulirlos. A continuación hubo que girar la piedra con palancas y añadir

dos hileras más de maderos antes de que, sirviéndose de palancas, los esclavos pudieran alzarla dedo a dedo de la plataforma a las dos vigas que soportaban el peso del dintel, hasta que las cuencas quedaron suspendidas directamente sobre las protuberancias en las cúspides de los pilares.

Tres hombres izaron un extremo de la piedra a base de hacer palanca, Saban apartó de una patada el tronco que sostenía el mojón, y los esclavos retiraron la palanca para que el dintel se precipitara sobre el pilar. La plataforma se estremeció, pero no se quebraron el dintel ni el pilar. Se retiró la segunda viga, la piedra volvió a precipitarse con gran estruendo y el primero y más alto de los cinco arcos quedó acabado.

Desmantelaron la plataforma y la trasladaron hasta el segundo par de pilares y, mientras los esclavos empezaban a colocar la primera hilera de maderos en torno al segundo dintel, Saban tomó distancia y contempló el primero.

Lo que le acometió fue una profunda sensación de humildad. Sabía mejor que nadie el trabajo, los muchos días de pulir y martillar, el sudor y la aflicción que se habían invertido en esas tres piedras. Era consciente de que uno de los pilares era demasiado corto y se sostenía sobre una base grotescamente nudosa en un agujero que no alcanzaba la profundidad suficiente, pero, aun así, el arco era suntuoso. Le dejó sin aliento. Era como si se alzara hasta los cielos. Y el dintel, un mojón de tal peso que se habían necesitado dieciséis bueyes para arrastrarlo desde Cathallo, había quedado suspendido en las alturas fuera del alcance del hombre. Permanecería allí por siempre jamás, y Saban se estremeció al plantearse si algún hombre volvería a levantar una carga tan pesada a tal altura. Se volvió y contempló el Sol, que se estaba poniendo tras las pálidas nubes del horizonte hacia el oeste. Sin duda, Slaol les observaba, pensó. Slaol recompensaría su trabajo con la vida de Lallic, y semejante atisbo de esperanza hizo que le asomaran lágrimas a los ojos. Se hincó de rodillas y humilló la frente hasta tocar el suelo.

—¿Cuántos días os ha llevado? —inquirió Camaban.

—Toda una luna y algunos más —respondió Saban—, pero los siguientes se concluirán con mayor presteza porque los pilares son más bajos.

—Quedan treinta y cuatro dinteles más por colocar —estalló Camaban—. ¡Eso son tres años! —Manifestó su decepción a grito herido y se volvió para mirar a los esclavos que martillaban y desbastaban los restantes pilares del anillo del cielo—. No hace falta que estén perfectamente talladas todas las piedras —dijo Camaban—. Con que tengan una forma aproximadamente recta, ya es suficiente. Olvídate de los lados exteriores, se pueden dejar sin pulir.

Saban se quedó mirando a su hermano.

—¿Quieres que haga eso? —preguntó. Camaban llevaba años exigiendo la perfección, y sin embargo ahora estaba dispuesto a permitir que se levantaran piedras a medio tallar.

—¡Hazlo! —le espetó Camaban, y se volvió hacia los esclavos que le escuchaban

—. Ninguno regresará a casa hasta que haya concluido el trabajo, ¡ninguno! Así que a trabajar, ¡a trabajar!

Ahora que se estaban erigiendo los últimos pilares y desde el norte y el este el círculo de mojones parecía completo, se intuía ya el aspecto que tendría el templo acabado. La morada del Sol estaba construida y descollaba sobre el anillo de piedra, cada vez más grande. A menudo Saban se distanciaba un centenar de pasos o más y contemplaba asombrado lo que había hecho. El templo le había llevado años, pero era hermoso. Sobre todo le gustaba el entramado de sombras que proyectaba, uniformes y rectilíneas, diferentes de cualesquiera otras sombras que hubiese visto, y era consciente de que lo que tenía ante sus ojos era la enmendadura del canon quebrado del mundo sobre la ladera de aquella colina. En esos momentos se maravillaba del sueño de su hermano. En otras ocasiones se colocaba en el centro del templo y se sentía empequeñecido por los pilares y oprimido por sus sombras. Hasta en los días más soleados había una penumbra amenazante en el interior del monumento que le impedía librarse del temor a que se precipitara al suelo uno de los dinteles. Sabía que era imposible. Los dinteles habían quedado encajados y las cúspides de los pilares se habían tallado de modo que sujetaran las losas con firmeza, pero aun así, y sobre todo cuando estaba junto a los huesos de Haragg en el estrecho espacio entre el arco más alto y la piedra madre, sentía que la tenebrosa pesadez del templo lo abrumaba. Y sin embargo, si se alejaba, cruzaba la zanja y volvía a mirar, la oscuridad se difuminaba.

Este templo no resultaba insignificante, en el sentido en que lo fueran las piedras de Sarmennyn. Ocupaba el espacio que le correspondía y tío se veía empequeñecido por el cielo y la larga pendiente de hierba. No era raro que los visitantes, algunos procedentes de tierras desconocidas allende los mares, cayeran de rodillas al ver las piedras por primera vez. Ahora los esclavos hablaban en voz queda mientras trabajaban. «Está cobrando vida», le dijo Kilda a Saban un día.

El último pilar del anillo del cielo, que solo era la mitad de ancho que los demás porque representaba el día demediado del ciclo lunar, se erigió el día del solsticio de invierno. Se izó sin mayores dificultades, y Camaban, que había acudido para presenciar la colocación del último pilar, permaneció en el templo mientras se ponía el Sol. Hacía un día agradable, fresco y despejado, y el cielo del sudoeste estaba surcado por delicadas franjas de finas nubes que pasaban del blanco al rosa. Una bandada de estorninos, con el mismo aspecto que puntas de flecha de sílex, revoloteó sobre el templo. Los pájaros destacaron innumerables y oscuros en contraste con la vaciedad de las alturas, y se agruparon para cambiar de dirección como uno solo; la visión hizo sonreír a Camaban. Hacía mucho tiempo que Camaban no sonreía satisfecho. «Todo estriba en el canon», musitó.

El Sol, al ponerse, fue alargando las sombras del templo, y Saban empezó a notar la conmoción que recorría las piedras. Ahora le parecían negras. Estaba junto a Camaban al lado de la piedra solar, en el sendero sagrado, y las sombras se prolongaban imperceptiblemente hacia ellos. Conforme descendía el Sol, daba la

impresión de que el templo iba encumbrándose hasta semejar sus piedras inmensas y tenebrosas. Entonces desapareció el Sol tras el dintel del arco más alto y las primeras sombras de la noche engulleron a los hermanos. A sus espaldas, en Ratharryn, se estaban encendiendo las grandes hogueras del solsticio de invierno, y Saban dio por sentado que Camaban regresaría para presidir las celebraciones del día, pero en vez de eso aguardó, observando con expectación las piedras umbrías.

—Pronto —dijo en voz queda—, pronto.

Instantes después, el borde inferior del dintel más alto quedó impregnado de un rojo lívido y el Sol resplandeció a través de la hendidura entre los dos pilares más altos. Camaban batió palmas de pura alegría.

—¡Funciona! ¡Funciona! —gritó.

A su alrededor, toda la tierra había quedado oscurecida debido a que las sombras de los pilares del anillo del cielo se aunaban para proyectar un inmenso palio sobre el sendero sagrado, pero en el centro de esa gran sombra pétrea había un haz de luz. Era la luz del Sol poniente, la última luz del año, y destellaba sobre el horizonte por encima de los bosques y la hierba y a través del arco para deslumbrar a Camaban, que estaba de pie junto a la piedra solar.

—¡Aquí! —gritó, golpeándose el pecho con los puños como si quisiera llamar la atención de Slaol—. ¡Aquí! —volvió a vociferar tras una pausa, y se quedó mirando extasiado cómo el Sol se ocultaba tras las piedras y las sombras de los mojones se fundían en una gran línea negra que hendía la pradera—. ¿Ves lo que hemos hecho? —preguntó luego exaltado—. El Sol poniente verá la piedra que señala su momento de mayor intensidad y ansiará recobrarla, de modo que se sacudirá su debilidad invernal. Funcionará. ¡Claro que funcionará! —Se volvió y asió a Saban por los hombros—. Quiero que esté acabado para el próximo solsticio de invierno.

—Lo estará —prometió Saban.

Camaban se le quedó mirando a los ojos y frunció el ceño.

—¿Me perdonas, hermano?

—¿Qué tengo que perdonarte? —preguntó a su vez Saban, a pesar de que sabía perfectamente a lo que se refería su hermano.

Camaban esbozó una sonrisa.

—Slaol y Lahanna deben ser uno. —Soltó los hombros a Saban—. Sé que te resulta difícil, pero los dioses nos ponen pruebas muy duras. Son inflexibles. Hay noches en las que rezo para que Slaol abandone su látigo, pero me hace sangrar. Me hace sangrar.

—Y Aurena, ¿te colma de dicha? —indagó Saban.

Camaban vaciló un instante, pero asintió.

—Me colma de dicha, y lo que tú has hecho, hermano —asintió en dirección al templo—, nos colmará de dicha a todos. Acáballo. Acaba la obra. —Se alejó.

Los pilares de la entrada se llevaron hasta el sendero elevado de acceso y se volvieron a colocar en sus agujeros. Todo lo que quedaba por hacer era levantar los

últimos dinteles del anillo del cielo. Saban temía que los pilares instalados más recientemente no hubieran tenido tiempo de asentarse en el suelo, pero Camaban no estaba dispuesto a aguantar ninguna dilación. «Hay que terminarlo —insistía—. Tiene que estar listo».

Pero listo, ¿para qué? A veces, cuando Saban contemplaba durante largo rato las piedras umbrías, le daba la impresión de que tenían vida propia. Si estaba cansado y la luz era escasa, le daba la impresión de que las piedras se mecían como pesados bailarines, aunque si levantaba la cabeza y miraba directamente hacia los pilares, constataba que seguían quietos. Sin embargo, los dioses moraban en las piedras, de eso no le cabía duda. El templo no estaba consagrado, y aun así, los dioses lo habían encontrado y se cernían sobre las altas piedras. Había noches en que les rezaba. Una noche, Kilda se lo encontró orando, se sentó a su lado para esperar a que acabara y después le preguntó qué había rogado a los dioses.

—Lo que siempre les ruego —contestó Saban—, que perdonen la vida a mi hija.

—Ahora tu hija es Hanna —señaló Kilda—, y también la mía.

—¿Crees que Derrewyn ha muerto?

—Creo que vive —aseguró Kilda—, pero creo que tú y yo seremos siempre unos padres para Hanna.

Saban asintió, y sin embargo seguía rezando por el bien de Lallic. Sería un sacerdotisa y él era el constructor del templo, de modo que, a su debido momento, supuso, le perdería el miedo y llegaría a confiar en él, porque sin duda reconocería que aquel era un lugar hermoso, un hogar para los dioses, y sabría que su padre lo había construido.

Y ahora ya casi estaba terminado.

* * *

Los hombres toro se abandonaron a su danza en el solsticio de verano. Las hogueras ahuyentaron a los espíritus malignos y al amanecer del día siguiente, por vez primera, el Sol naciente proyectó la sombra de la piedra solar a través del anillo de pilares hasta el corazón del templo, donde yacían los huesos de Haragg.

Se tallaron los últimos dinteles. Las cavidades en el envés de una de esas losas estaban demasiado juntas porque Camaban había insistido en que se perdería menos tiempo si se hacían antes de alzar los dinteles, de modo que Saban tuvo que ordenar que se horadase una tercera cavidad. Rogó a los cielos que fuese el último contratiempo.

Se recogió la cosecha. Las mujeres danzaron en las eras hasta dejarlas lisas y los sacerdotes desvainaron los primeros granos. No vinieron más esclavos de Cathallo porque apenas había trabajo suficiente para los que ya estaban en el templo, pero

Camaban se negó a dejarles marchar. «Podemos alimentarlos hasta que se haya consagrado el templo —dijo—. Lo han construido y deberían verlo acabado; entonces quedarán libres».

Llegó el invierno y las gentes albergaban la esperanza de que sería el último que viera la Tierra. Kilda perdió el hijo que esperaba, y pasó días llorando.

—Siempre he querido un hijo —confesó a Saban—, pero los dioses no me lo conceden.

—Tienes a Hanna —le recordó Saban, en un intento de consolarla, tal como ella le había consolado.

—Casi es una mujer —señaló Kilda—, y su sino está a punto de cumplirse.

—¿Su sino?

Kilda se encogió de hombros.

—Es hija de Derrewyn. Lleva la sangre de Sannas. Tiene un sino, Saban, y se cumplirá pronto.

Se cumplió al día siguiente. Era un día frío y las piedras del templo estaban recubiertas de una blanca pátina de escarcha. Apenas quedaban dos dinteles por colocar, y Saban estaba levantando la plataforma para el primero de ellos cuando llegó Leir procedente del asentamiento. Lucía las galas de un guerrero de Ratharryn, con colas de zorro entreveradas en el cabello, su pecho estaba cubierto de tatuajes azules y llevaba la lanza adornada con las plumas de un extraño águila marino que el jefe de una lejana costa, llevado por su admiración, había ofrecido a Ratharryn como parte de un tributo mucho más cuantioso. Leir cruzó el sendero elevado y contempló las piedras.

—¿Estará listo el templo para el solsticio de invierno?

—Sin ningún problema —aseguró Saban.

Leir esbozó una media sonrisa y asintió hacia el sendero sagrado como para sugerir que caminaran en aquella dirección. Saban, perplejo, siguió a su hijo por el sendero elevado.

—Camaban dice que el cadáver de Haragg necesita sangre —dijo Leir sin asomo de emoción.

Saban asintió.

—Siempre dice lo mismo.

Esa misma mañana, Camaban había acudido con un cisne atado por las patas que había lanzado gañidos a las piedras antes de que le cortaran el cuello. El templo apestaba a sangre, pues en cuanto se secaba la de un sacrificio, se llevaba otra res o ave para sacrificarla sobre los huesos de Haragg.

—Y cuando esté consagrado —continuó Leir con el mismo semblante serio—, se nos ha prometido que todos los muertos, y no solo Haragg, alcanzarán una nueva vida a través de las piedras.

—¿Eso se nos ha prometido? —indagó Saban. Creía que los muertos le serían arrebatados a Lahanna y quedarían bajo la tutela de Slaol, pero los efectos que

produciría el templo estaban sujetos a continuos rumores e historias. De hecho, cuanto más próxima estaba la consagración, menos certeza tenía nadie de lo que se conseguiría con el templo. Todos estaban al tanto de que desaparecería el invierno, pero se esperaba mucho más. Mientras unos aseguraban que los muertos echarían a andar, otros afirmaban que solo recobrarían la vida aquellos muertos que estuvieran enterrados en el templo.

—Y para insuflar vida a los muertos —continuó Leir—, Camaban quiere más sangre. —Se detuvo junto a la piedra solar y volvió la vista. Unos esclavos pulían las piedras ya erguidas, mientras una veintena de mujeres desyerbaban la zanja—. Esos esclavos no regresarán a casa cuando el templo esté acabado.

—Algunos se quedarán —reconoció Saban—. A todos se les ha prometido la libertad, pero la mayor parte querrán volver a casa, si es que recuerdan dónde está su hogar.

Leir meneó la cabeza de lado a lado.

—Camaban se emborrachó anoche —le contó—, y le dijo a Gundur que quiere un sendero de cabezas que vaya desde el asentamiento hasta el templo. Debe ser un sendero dedicado a los muertos para demostrar cómo se regresa de la muerte a la vida. —Miraba a Saban a la cara—. Dice que lo soñó y que Slaol lo exige. Los hombres de Gundur deben matar a los esclavos.

—¡No! —protestó Saban.

—Serán sacrificados en el templo para que su sangre empape la tierra. Después se les cortarán las cabezas y se dispondrán en los márgenes del sendero —continuó Leir en tono implacable—, y quienes debemos llevar a cabo la matanza somos los lanceros.

Saban se encogió de miedo. Miró hacia su choza, donde Kilda alimentaba el fuego, y vio que Hanna atravesaba la achaparrada entrada con una brazada de troncos secos. La chica vio a Leir, pero debió de advertir que quería estar a solas con su padre, porque se quedó en la cabaña con Kilda.

—Ya ti, ¿qué te parece la idea de Camaban? —le preguntó Saban a Leir.

—Si estuviera de acuerdo, padre, ¿habría acudido a ti? —Leir se interrumpió y miró de soslayo a Hanna—. Camaban quiere matar a todos los esclavos, padre, a todos ellos.

—¿Y qué crees que debería hacer yo al respecto?

—¿Hablar con Camaban?

Saban negó con la cabeza.

—¿Crees que me escucha? Sería como hablar con un jabalí en plena acometida. —Acarició la piedra solar. Con el tiempo, suponía, todas las piedras del templo perderían su prístina tonalidad gris y oscurecerían recubiertas de líquen—. Podríamos hablar con tu madre —sugirió.

—No quiere hablar conmigo —confesó Leir—. Se comunica con los dioses, no con los hombres. —Parecía dolido—. Y Gundur dice que hay otra razón para matar a

los esclavos. Dice que si se les permite regresar a su casa, se llevarán con ellos los secretos de la construcción del templo, y entonces se construirán otros similares y Slaol no acudirá a nosotros, sino a ellos.

Saban se quedó mirando el polvo gris que cubría la tierra.

—Si les digo a los esclavos que huyan —dijo en voz queda—, los lanceros traerán más.

—¿No puedes hacer nada? —Leir parecía indignado.

—En tú mano sí está hacer algo —le hizo ver Saban. Se volvió y llamó a Hanna, y al verla correr de buena gana hacia Leir le recordó tanto a su madre que Saban se quedó sin aliento. Una docena de lanceros habían pedido a Saban que se les permitiera desposarse con Hanna, y la negativa del constructor había provocado resentimientos. Hanna, decían, no era más que una esclava, y una esclava debería estar orgullosa de que la cortejara un guerrero; pero solo había un guerrero que placiese a Hanna, y ese guerrero era Leir. Le ofreció una tímida sonrisa, después miró obediente a Saban y agachó la cabeza como haría cualquier chica ante su padre—. Quiero que llesves a Leir a aquella isla en el río —le ordenó Saban—. La isla que te enseñé el año pasado.

Hanna asintió, aunque no ocultó su sorpresa, ya que nunca le habían permitido ir al bosque con un joven. Saban se palpó la bolsa que llevaba al cinto y sacó el retal de cuero desgastado que envolvía el rombo de oro.

—Cógelo —le dijo a Leir mientras retiraba la envoltura del rombo—, y colócalo en la horcadura de un sauce. Hanna te mostrará cuál. —Le puso el oro en la mano a su hijo.

Leir frunció el ceño al ver el brillante fragmento.

—¿Qué conseguiré con ello?

—Cambiar las cosas —le aseguró Saban, y confió en que así fuera, porque ni siquiera sabía si Derrewyn seguía con vida; no obstante, el oro siempre había cambiado las cosas. Su llegada a Ratharryn lo había cambiado todo, y ahora iba a permitir que el metal colmado de Sol volviera a obrar su magia—. Hanna te dirá lo que se conseguirá con el oro —le dijo Saban a su hijo—. Ya es hora de que Hanna te lo cuente todo. —Besó a la chica en la frente, pues Saban era consciente de que con esas últimas palabras la hija de Derrewyn había dejado de estar a su cuidado. Les estaba haciendo entrega a ella y a Leir de la verdad, y esperaba que su hijo no se horrorizara cuando Hanna le confesase que era hija de la más encarnizada enemiga de Ratharryn—. Hanna te lo contará todo —concluyó—. Ahora, marchad.

Les vio caminar hacia el río y recordó cómo, muchos años antes, había recorrido aquel mismo camino con Derrewyn. Entonces estaba convencido de que su dicha no tendría fin, y más tarde había tenido la seguridad de que nunca recobraría la felicidad. Vio que Hanna cogía de la mano a Leir y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se volvió para mirar hacia el templo, y al ver la intrincada mezcla de sombras y luz entre las altas piedras tuvo la certeza de que su hermano había soñado algo maravilloso,

pero comprendió también que aquel sueño tan ambicioso estaba degenerando en locura.

Regresó hacia las piedras. Ya solo quedaban dos por levantar antes de que estuviera acabado el templo, y ajuicio de Saban sería entonces, y solo entonces, cuando se descubriría por qué habían querido los dioses que se construyera.

* * *

La última piedra se colocó apenas tres días antes del solsticio de invierno. Era el dintel que reposaba sobre el pilar más pequeño del círculo exterior. A Saban le había preocupado aquel pilar porque Camaban insistió en que fuera solo la mitad de ancho que los otros, pues representaba el día demediado del trayecto lunar y dejaba también una abertura más amplia en las piedras exteriores a través de la que las gentes accederían al centro del templo, pero apenas quedaba espacio en su estrecha cúspide para tallar las protuberancias en que encajarían los dos dinteles, que Saban temía quedasen en un precario equilibrio.

Andaba errado en sus temores. No era el espacio lo inadecuado, sino la propia piedra, ya que cuando estuvo construida la plataforma de maderos, después de que, hilera a hilera, se hubiera levantado hasta la altura adecuada el último dintel, y una vez fue desplazado hasta que su solapa quedó suspendida justo encima de la hendidura del dintel adyacente, al dejar que encajase en su lugar, el pilar se resquebrajó.

Los dinteles siempre se desplomaban hasta su sitio con una estruendosa sacudida, y Saban aguardaba el momento con aprensión, temeroso de que el propio dintel y los pilares que debían sostenerlo se quebraran a causa del impacto. La dura piedra tenía imperfecciones de las que a veces Saban se había servido para tallar los mojones y sabía que en lo más profundo de la roca debía de haber ocultas grietas semejantes, aunque hasta el momento no se hubiera puesto ninguna en evidencia. Los cinco dinteles de la morada del Sol y los veintinueve del anillo del cielo se habían colocado sin grandes contratiempos. Uno a uno se habían desplazado por medio de palancas hasta su posición, de modo que los agujeros del envés quedasen alineados con las protuberancias de los pilares, y después se habían soltado para que cayeran en medio de un gran estruendo, y aun así todas las piedras habían aguantado el golpe hasta que se dejó caer el último dintel, que no se desplomó con un estruendo, sino acompañado de un sordo resquebrajamiento que resonó como un ominoso eco en el otro extremo del círculo.

Saban se quedó de una pieza a la espera de un desastre, pero el silencio se prolongó. El dintel estaba en el lugar que le correspondía y el pilar aguantó, pero al descender de las hileras apiladas de troncos vio que el estrecho pilar tenía una

profunda grieta que recorría su superficie en diagonal. La grieta comenzaba en la parte superior de la piedra y descendía hasta la mitad de un flanco. Un esclavo bajó de un salto hasta donde se encontraba Saban e introdujo un dedo en la grieta.

—Si se prolonga... —dijo, pero no llegó a acabar la frase. En caso de que se prolongara, Saban era consciente de que el dintel se vendría abajo—. Ni lo toques —ordenó al esclavo, y cuando llegó Camaban esa tarde, Saban le contó las tristes nuevas.

Camaban escudriñó pensativo la grieta y levantó la vista hacia el dintel.

—La piedra se sostiene, ¿no? —declaró.

—Se sostiene, aunque no sabemos hasta cuándo —reconoció Saban—. Deberíamos sustituirla.

—¿Sustituirla? —repitió a voz en grito Camaban, que no salía de su asombro.

—Habría que traer otra piedra de Cathallo.

—Y, ¿cuánto llevaría eso? —exigió saber Camaban.

—¿Entre transportar la piedra, darle forma y quitar esta? —Saban lo calculó unos instantes—. Y tendremos que quitar los dos dinteles del pilar estrecho —añadió—, que para eso dejé la plataforma donde está. —Se encogió de hombros—. Podría estar terminado para el verano que viene.

—¿El verano que viene? —vociferó Camaban—. Vamos a consagrar este templo dentro de tres días. ¡Tres días! ¡No puede esperar! Ya está acabado. ¡Está acabado! No caerá, eso seguro. —Golpeó con la palma de la mano el pilar agrietado y Saban dio un paso atrás instintivamente, pero la piedra no se vino abajo. Entonces Camaban golpeó la losa con su pequeña maza, y después, al ver que Saban se arredraba, cogió uno de los pesados martillos redondos que se habían utilizado para dar forma a los mojones y arremetió con todas sus fuerzas contra el pilar resquebrajado. Golpeó la piedra una y otra vez mientras profería gruñidos y sudaba. Colmó el templo con el eco de cada tremendo martillazo, y aun así la piedra no se partió.

—¿Ves? —señaló Camaban al tiempo que dejaba caer el martillo, ya continuación, con el ánimo igual de encendido que cada vez que su templo se topaba con un obstáculo, se colocó entre la piedra agrietada y el pilar más cercano y empezó a dejar caer todo su peso sobre la piedra resquebrajada saltando de una losa a la otra—. ¿Ves? —repitió a grito limpio, y los esclavos, azogados, miraron a Saban.

El pilar no se rompió. Camaban se dejó caer por última vez sobre la piedra y luego intentó sacudirla con ambas manos.

—¿Lo ves? —volvió a preguntar Camaban, mientras se ajustaba el manto—. Está acabado. Ha quedado terminado. —Se alejó del anillo del cielo y contempló los dinteles—. Está terminado. —Las últimas palabras las pronunció en un grito triunfal, y luego, de pronto, se volvió y abrazó a Saban—. Has hecho un buen trabajo, Saban, lo has hecho bien. Has construido el templo. Está acabado. ¡Está acabado! —Profirió la última palabra a voz en cuello y ejecutó unos desmañados pasos de baile, para después hincarse de rodillas y quedar postrado en el suelo.

Y era cierto, estaba terminado. Solo quedaba dismantelar la última plataforma y limpiar los escombros de aquellos largos años. Mientras que las piedras de Sarmennyn permanecerían en las tierras bajas al este del templo, la madera de las narrias ya se había apilado para quemarla en la consagración del templo. Faltaban tres días para la ceremonia, y Camaban, una vez hubo concluido sus oraciones, dijo que era hora de que se derribasen las chozas de los esclavos y se añadiera su madera a los montones de las hogueras.

—Las chozas arden bien —comentó con avidez.

—Si derribo las chozas —preguntó Saban—, ¿dónde dormirán?

—Quedan en libertad, claro —dijo Camaban, sin darle mayor importancia.

—¿En este mismo momento?

—Todavía no —puntualizó Camaban con el ceño fruncido—. Quiero darles las gracias. Deberíamos celebrar un banquete, ¿no crees?

—Se lo merecen —reconoció Saban.

—Entonces, daré orden de que así se haga —dijo Camaban a la ligera—. Celebrarán su banquete la víspera del solsticio de invierno. Un banquete por todo lo alto. Y la mañana de la ceremonia podrás derribar sus chozas. —Se alejó, aunque cada pocos pasos iba volviéndose para contemplar las piedras.

Ahora Leir y Hanna vivían en la choza de Saban. La pareja había regresado de la isla donde Leir había dejado el rombo, aunque no había habido respuesta de Derrewyn, y Saban temía que hubiese muerto. A Leir, lejos de escandalizarle el parentesco de Hanna, pareció emocionarle, y pedía que le contaran viejas historias de Cathallo y Ratharryn, de Lengar y Hengall, y de Derrewyn y Sannas.

—Derrewyn no ha muerto —insistió Kilda con testarudez la noche en que se acabó la construcción del templo. Las piedras habían quedado desiertas y Saban y Kilda caminaban cogidos de la mano por entre los oscuros pilares. Bañados por la luz de la Luna, los minúsculos puntos incrustados en la roca gris destellaban como reflejos de las incontables estrellas. De algún modo, las piedras parecían más altas esa noche, más altas y más juntas; tanto así, que cuando Saban y Kilda pasaron por entre los dos pilares de la morada del Sol tuvieron la sensación de estar rodeados de piedra. Los huesos de Haragg estaban entre las sombras, pero el olor acre de la sangre flotaba en el aire frío.

—Parece más pequeño una vez estás dentro —observó Kilda.

—Igual que una tumba —comentó Saban.

—Tal vez es un templo de la muerte —sugirió Kilda.

—Eso es lo que quiere Camaban —dijo una áspera voz, desde las sombras que cubrían los apestosos huesos de Haragg—. Cree que dará vida, pero es un templo de la muerte.

Al interrumpirles la voz, Kilda lanzó un grito sofocado y Saban la rodeó con un brazo, al tiempo que se volvían para ver una figura encapuchada que se incorporaba junto a los huesos y caminaba hacia ellos. Por un instante, Saban tuvo la impresión de

que era Haragg que volvía a la vida, pero entonces Kilda se apartó de repente de él, echó a correr hacia la sombría figura y se dejó caer a sus pies.

—Derrewyn —gritó—. ¡Derrewyn!

La figura se echó atrás la capucha y Saban comprobó que, en efecto, era Derrewyn. Una Derrewyn mayor, con el cabello cano y un rostro tan demacrado y cadavérico que se parecía a Sannas.

—¿Dejaste tú el rombo, Saban? —indagó.

—Lo dejaron mi hijo y tu hija —respondió Saban.

Derrewyn sonrió. Kilda la tenía asida por las piernas y Derrewyn se desembarazó delicadamente de ella para acercarse a Saban. Todavía tenía una leve cojera, legado de la flecha que le había atravesado el muslo.

—Tu hijo y mi hija —preguntó—, ¿son amantes?

—Lo son.

—Tengo entendido que tu Leir es un buen hombre —señaló Derrewyn—. Entonces, ¿por qué me has llamado? ¿Es porque tu hermano va a matar a todos los esclavos? Eso ya lo sabía. Estoy al tanto de todo, Saban. No se profiere un susurro en Ratharryn o Cathallo que yo no oiga. —Miró en derredor con la vista alzada hacia las enormes piedras—. Ya hiede a sangre, pero Camaban verterá más. Verterá sangre hasta que ocurra el milagro que espera. —Lanzó una carcajada desdeñosa—. ¿El fin del invierno? ¿El fin de la enfermedad? ¿El fin, incluso, de la muerte? Supón que no ocurriese el milagro, Saban, ¿qué haría tu hermano entonces? ¿Construir otro templo? ¿O tal vez verter sangre en este, más y más sangre, hasta que la tierra sea roja?

Saban permaneció callado. Derrewyn palmeó el flanco de la piedra madre, que reflejaba la luz de la Luna con mayor intensidad que las piedras de Cathallo.

—Aunque, tal vez se produzca su milagro —continuó Derrewyn—. Tal vez veamos a los muertos caminar por aquí. Todos los muertos, Saban, sus cadáveres blancos y desvaídos, caminando entre las piedras con las articulaciones chirriantes. —Escupió—. Ya no cavaréis más tumbas en Ratharryn, ¿eh? —Cruzó hasta las piedras exteriores, y allí se quedó mirando los fuegos de las chozas de los esclavos en el pequeño valle—. Dentro de dos días, Saban —le advirtió—, tu hermano tiene previsto acabar con esos esclavos. Fingirá celebrar un banquete en su honor, pero sus guerreros rodearán las chozas con lanzas, los conducirán hasta estas piedras y los matarán. ¿Que cómo lo sé? Lo he oído, Saban, de boca de las mujeres de Cathallo, donde tu hermano va a acostarse con tu mujer. Retozan juntos, aunque, claro, ellos no lo llaman así. Retozar es lo que hicimos tú y yo, lo que hacéis tú y Kilda, lo que tu hijo probablemente hace con mi hija mientras tú estás ahí con la boca abierta. No, Camaban y Aurrena ensayan el matrimonio de Slaol y Lahanna. Es su sagrado deber —se mofó—, pero sigue siendo retozar, por mucho que se disimule con oraciones, y cuando han acabado, hablan. ¿Crees que las mujeres de Cathallo no me transmiten hasta la última palabra que llega a sus oídos?

—Envíe el rombo para que me ayudes —dijo Saban—. Quiero que los esclavos

vivan.

—¿Aunque eso conlleve que el milagro de Camaban no dé resultado?

Saban se encogió de hombros.

—Creo que Camaban teme que no dé resultado, y por eso ha hecho mella en él la locura —respondieron voz queda—. Esa locura no cesará hasta que haya consagrado su templo. Y, después de todo, tal vez acuda Slaol. Ojalá lo hiciera.

—¿Y si no es así? —preguntó Derrewyn.

—Entonces, he construido un gran templo —respondió Saban con firmeza—. Y cuando la locura haya terminado, vendremos aquí a bailar y a rezar, y los dioses se servirán de las piedras como mejor les plazca.

—¿Eso es todo lo que has hecho? —indagó Derrewyn con acritud—. ¿Construir un templo?

Saban recordó lo que Galeth le había dicho poco antes de su muerte.

—¿Qué creían estar haciendo las gentes de Cathallo cuando sacaron aquellos grandes mojones de las colinas? —le preguntó a Derrewyn—. ¿Qué milagro iban a obrar aquellas piedras?

Derrewyn se le quedó mirando un instante, pero no tenía respuesta. Se volvió hacia Kilda.

—Mañana —ordenó—, les dirás a los esclavos que van a asesinarlos la víspera del solsticio. Díselo en mi nombre. Y diles que mañana por la noche un sendero de luz los conducirá hasta lugar seguro. Y tú, Saban —se volvió hacia él y lo señaló con un dedo huesudo—, mañana por la noche dormirás en Ratharryn y enviarás a Leir y a mi hija de regreso a la isla. Si Hanna se queda en Ratharryn probablemente morirá, pues, aunque retoce con tu hijo, sigue siendo una de las esclavas de este templo.

Saban frunció el ceño.

—¿Volveré a ver a mi hijo?

—Regresaremos —confirmó Derrewyn—. Regresaremos, y voy a hacerte una promesa con mi propia vida como prenda. Tu hermano lleva razón, Saban. El día que se consagre este templo, los muertos se alzarán. Ya lo verás. De aquí a tres días, cuando la noche caiga sobre Ratharryn, los muertos se alzarán.

Se caló la capucha y, sin volver la vista atrás, se marchó.



CAPÍTULO 20

Kilda no quería ir con Saban al asentamiento.

—Soy una esclava —le dijo—. Si me quedo en Ratharryn, me matarán.

—No lo permitiré —le aseguró Saban.

—El templo ha vuelto loco a tu hermano —respondió Kilda—, y aquello que tú no permitas, lo hará él con sumo placer. Me quedaré aquí y recorreré el sendero de luz de Derrewyn.

Saban aceptó su decisión, aunque a regañadientes.

—Me estoy haciendo viejo —le dijo—, y me duelen los huesos. No soportaría perder una tercera mujer.

—No me perderás —le prometió Kilda—. Cuando haya terminado la locura, volveremos a estar juntos.

—Cuando haya terminado la locura —se comprometió Saban—, me casaré contigo.

Con esa promesa partió camino de Ratharryn. Estaba nervioso, pero, según descubrió, también reinaba el nerviosismo en el asentamiento, que se había visto invadido por una desasosegada expectación. Todo el mundo estaba a la espera de la consagración del templo, aunque, aparte de Camaban, nadie sabía a ciencia cierta qué cambios se producirían una vez transcurridos los dos días, y hasta el propio Camaban se mostraba impreciso. «Slaol regresará al lugar que le corresponde —era todo lo que decía—, y nuestras penalidades desaparecerán con el invierno».

Esa noche Saban cenó en la choza de Mereth, donde se había reunido una docena de personas. Trajeron comida, cantaron y relataron viejas historias. Era la clase de velada que Saban había disfrutado a lo largo de toda su juventud, y sin embargo esa noche los cánticos no tenían brío porque toda la choza estaba pensando en el templo.

—Tú puedes decirnos lo que ocurrirá —exigió un hombre a Saban.

—No lo sé.

—Por lo menos, vuestros esclavos estarán felices —señaló otro hombre.

—¿Felices? —repitió Saban.

—Van a celebrar un banquete.

—Un banquete con licor —terció Mereth—. Han encargado a todas las mujeres de Ratharryn que destilen tres jarras y mañana lo llevaremos al templo como recompensa para los esclavos. Ya no queda miel en Ratharryn.

A Saban le habría gustado creer que Camaban tenía intención de celebrar una fiesta en honor a los constructores del templo, pero sospechaba que el licor tenía como único objeto sumir en el sopor a los esclavos antes de que los lanceros asaltaran su campamento. Cerró los ojos pensando en Leir y Hanna, que en esos mismos instantes debían de estar siguiendo el curso del río Mai hacia el norte. Los había abrazado a los dos y los había visto partir sin otro equipaje que las armas de Leir. Saban aguardó a que desaparecieran entre los árboles invernales y pensó en lo sencilla que era la vida cuando su padre adoraba a Mai, Arryn, Slaol y Lahanna, y cuando los dioses no hacían peticiones extravagantes. Después llegó el oro, y con él las ambiciones de Camaban de transformar el mundo.

—¿Estás enfermo? —se interesó Mereth, preocupado al ver a Saban pálido y ojeroso.

—Estoy cansado —reconoció Saban—. Eso es todo —y se recostó contra la pared de la choza mientras los presentes entonaban el cántico de la victoria de Camaban sobre Rallin. Escuchó el cantar y sonrió cuando la esposa extranjera de Mereth desgranó las primeras notas de una tonada de Sarmennyn. Era la historia de un pescador que había atrapado un monstruo y había luchado con él para arrastrarlo a través de las olas coronadas de espuma hasta la orilla, y le recordó a Saban los años que había vivido junto al río de Sarmennyn. La esposa de Mereth cantaba en su propia lengua y las gentes de Ratharryn escuchaban movidas más por amabilidad que por interés, pero Saban recordaba los días felices en Sarmennyn, cuando Aureнна no aspiraba a ser una diosa sino que se deleitaba con la construcción de embarcaciones y el traslado de las piedras. Estaba recordando cómo aprendió Leir a nadar, cuando un repentino grito procedente de la oscuridad en el exterior de la choza le hizo volverse hacia la entrada para ver a unos lanceros que corrían hacia el sur, en dirección a un destello en el horizonte. Se quedó mirando y, por un disparatado instante, le pareció que el vasto destello ígneo suponía que las piedras estaban envueltas en llamas. Advirtió a Mereth que ocurría algo extraño en el templo y se precipitó hacia la oscuridad.

Derrewyn, no podía ser nadie más, había calado fuego a los grandes montones de leña y troncos de narria que aguardaban la consagración. No se había contentado con ello, pues cuando Saban llegó al sendero sagrado, vio que las chozas de los esclavos también estaban en llamas. De hecho, ardía su propia choza y las piras crepitantes iluminaban las piedras y las embellecían en la oscuridad.

Entonces un guerrero anunció a gritos que los esclavos habían desaparecido. O, al menos, la mayoría. Algunos, demasiado asustados para huir o incrédulos ante el rumor que Kilda se había ocupado de propagar durante todo el día, se apiñaron en torno a la piedra solar, pero el resto había escapado hacia el sur por el sendero de luz

de Derrewyn. Saban subió a la cresta al sur del templo para ver el sendero señalado por el expediente de clavar antorchas en la hierba y después encenderlas para que sus llamas indicaran el camino hacia la salvación. Las antorchas ardían ya medio apagadas en un sinuoso descenso entre las colinas, para desaparecer entre los árboles más allá del Pabellón Funerario. El sendero de luz estaba vacío, pues hacía ya tiempo que los esclavos se habían marchado. A estas alturas, pensó Saban, estarían en las profundidades del bosque y, mientras miraba, las antorchas a punto de consumirse empezaron a parpadear y apagarse.

Camaban estaba furioso en medio del asombro general. Pidió a gritos agua para extinguir los fuegos, pero el río estaba muy lejos y los incendios eran muy intensos.

—¡Gundur! —llamó—, ¡Gundur! —Y cuando acudió el guerrero, Camaban ordenó que todo lancero y hasta el último sabueso de Ratharryn se pusieran tras la pista de los fugitivos—. Y mientras tanto, llévalos al templo y mátalos. —Señaló con su espada en dirección al puñado de esclavos supervivientes.

—¿Que los mate? —preguntó Gundur.

—¡Mátalos! —insistió Camaban, y dio ejemplo derribando con su espada a un hombre que intentaba explicarle lo que había ocurrido una vez hubo anochecido. El infeliz, un esclavo que se había quedado en el templo esperando gratitud, mostró asombro durante un instante, y luego cayó de rodillas mientras Camaban le lanzaba tajos con ciega ferocidad. Para cuando hubo acabado, Camaban estaba salpicado de la sangre del esclavo, y entonces, lejos de quedar apagada su sed, miró en derredor en busca de otro esclavo que matar, pero su vista topó con Saban—. ¿Dónde estabas? —exigió saber Camaban.

—En el asentamiento —respondió Saban, sin apartar la vista de su choza en llamas. Las escasas posesiones que tenía estaban en esa cabaña. Sus armas, ropas y vasijas—. No hay necesidad de matar esclavos —protestó.

—Yo decidiré si la hay o no —vociferó Camaban, y levantó la espada ensangrentada—. ¿Qué ha ocurrido aquí? —inquirió—. ¿Qué ha ocurrido?

Saban hizo caso omiso de la amenazante espada.

—Dímelo tú —le desafió fríamente.

—¿Que te lo diga? —Camaban mantuvo la espada en alto—. ¿Cómo iba a estar yo al tanto de esto?

—Aquí, hermano, no ocurre nada a menos que tú lo decidas. Este es tu templo, tu sueño, tu obra. —Saban hacía esfuerzos por contener su ira, cada vez más caldeada. Miró hacia las oscilantes llamas rojizas, cuya luz se proyectaba sobre las piedras y colmaba el interior del templo con un trémulo entramado de sombras ensortijadas—. Todo esto es obra tuya, hermano —dijo con acritud—. Yo no he hecho sino lo que me has ordenado.

Camaban se le quedó mirando y Saban creyó que la espada iba a cernerse sobre él, porque los ojos de su hermano, lustrosos a causa de la luz de las llamas, delataban una ira terrible; pero entonces, de pronto, Camaban rompió a llorar.

—Ha de correr la sangre —sollozó—. No lo entendéis ninguno. Ni siquiera Haragg lo entendía. ¡Ha de correr la sangre!

—El templo está bañado en sangre —señaló Saban—. ¿Para qué hace falta más?

—Ha de correr la sangre. Sin sangre, el dios no vendrá. ¡No acudirá! —Camaban lo dijo a voz herida. Los hombres lo observaban cariacontecidos, porque ahora se sacudía como si estuviera aquejado de dolorosos espasmos—. No deseo la muerte —aulló—, pero es la voluntad de los dioses. Debemos ofrecerles sangre o no nos darán nada a cambio. ¡Nada! ¡Y ninguno de vosotros lo entiende!

Saban le apartó la espada de un manotazo y cogió a su hermano por los hombros.

—Cuando empezaste a soñar con el templo —musitó—, no veías sangre. No hay necesidad de que corra la sangre. El templo ya ha cobrado vida.

Camaban lo miró con una expresión de profunda perplejidad en su rostro listado.

—Ah, ¿sí?

—Lo he sentido —aseguró Saban—. Ha cobrado vida. Y los dioses te recompensarán si dejas marchar a los esclavos.

—¿Lo harán? —indagó Camaban con voz arredrada.

—Lo harán —afirmó Saban—. Te lo prometo.

Camaban se apoyó contra Saban y lloró sobre su hombro como un niño. Saban lo consoló hasta que, al cabo, Camaban se incorporó.

—¿Se arreglará todo? —preguntó mientras se enjugaba las lágrimas con los puños.

—Todo se arreglará —le garantizó Saban.

Camaban asintió, hizo ademán de decir algo, pero en vez de eso echó a andar. Saban lo siguió con la mirada, lanzó un suspiro y se dirigió hacia el templo para comunicar a Gundur que los esclavos que se habían quedado podían seguir con vida.

—Pero huid —les dijo a los esclavos en tono inexorable—, huid sin dilación y marchaos lejos.

Gundur escupió sobre las sombras de las piedras.

—Está loco —masculló.

—Siempre lo ha estado —dijo Saban—, ha estado loco desde el día que nació tullido. Y nos hemos dejado arrastrar por su locura.

—Pero ¿qué ocurrirá cuando el templo quede consagrado? —indagó Gundur—. ¿Hasta dónde llegará su locura?

—Es eso precisamente lo que agrava su demencia —aseguró Saban—. Pero si le hemos seguido hasta aquí, bien podemos concederle dos noches más.

—Si los muertos no se levantan —dijo Gundur apesadumbrado—, otras tribus se volverán contra nosotros como lobos.

—Entonces, mantén afilada la lanza —le aconsejó Saban.

El viento cambió durante la noche y empujó el humo hacia el norte. Ese mismo viento trajo una intensa lluvia que apagó los fuegos y arrastró el polvo de piedra que quedaba en el círculo. Cuando los cielos se despejaron, antes del amanecer, se vio un

búho que daba vueltas en torno al círculo y luego se dirigía hacia el Sol naciente. No podría haber habido mejor augurio.

El templo estaba listo y los dioses merodeaban en las inmediaciones. El sueño se había hecho piedra.

* * *

Aurena se dirigió a Ratharryn por la mañana y llevó consigo a Lalic y una docena de esclavos. Fue a la choza de Camaban y se quedó allí. Era un día de una calidez extraordinaria, tanto así que hombres y mujeres paseaban sin mantos y se maravillaban del nuevo viento del sur que había traído semejante bonanza. Slaol ya restaba crudeza al invierno, decían, y la calidez reafirmaba a las gentes en su convencimiento de que el templo albergaba auténticos poderes.

Habían llegado muchos forasteros a Ratharryn. Ninguno había sido invitado, pero todos acudían aguijoneados por la curiosidad. Llevaban días viniendo, la mayor parte de tribus vecinas, de Drewenna y las tribus a lo largo de la costa sur, pero algunos venían desde el lejano norte y otros habían arrostrado un viaje por mar para ver el milagro de las piedras. Buena parte de los visitantes procedían de tribus que habían sufrido la crueldad de las incursiones de Ratharryn en busca de esclavos, pero todos acudían en son de paz y traían sus propios alimentos, de modo que se les permitió erigir refugios entre los arbustos colmados de bayas de los bosques vecinos. El día después de que los esclavos huyeran, llegó Lewydd con una docena de lanceros de Sarmennyn y Saban abrazó a su viejo amigo y le hizo sitio en la choza de Mereth.

Lewydd era ahora jefe de Sarmennyn y lucía una barba entrecana y dos nuevas cicatrices sobre sus mejillas tatuadas de gris.

—Cuando murió Kereval —le dijo a Saban—, nuestros vecinos creyeron que podrían conquistarnos sin problema. Así que llevo años librando batallas.

—¿Y las has ganado?

—He ganado las suficientes —respondió Lewydd lacónicamente. Luego le preguntó por Aurena y Haragg, se interesó por Leir y Lalic y meneó la cabeza al oír las noticias de Saban—. Deberías haber regresado a Sarmennyn —comentó.

—Es lo que siempre deseé.

—Pero te quedaste a construir el templo.

—Era mi deber —reconoció Saban—. Para eso me pusieron los dioses en este mundo, y me alegro de ello. Nadie recordará las batallas de Lengar, es posible que incluso se olvide la derrota de Cathallo, pero siempre verán mi templo.

Lewydd sonrió.

—Lo has construido bien. No he visto nada parecido en toda la Tierra. —Acercó las manos a la hoguera de Saban—. ¿Qué ocurrirá mañana?

—Debes preguntárselo a Camaban, si es que se digna hablar contigo.

—¿Acaso contigo no habla? —preguntó Lewydd.

Saban se encogió de hombros.

—No habla con nadie, aparte de Aurrena.

—Las gentes dicen que Erek regresará a la Tierra —aventuró Lewydd.

—Las gentes hablan mucho —señaló Saban—. Dicen que todos nos convertiremos en dioses, que los muertos se alzarán y que el invierno desaparecerá, pero no creo que vayan a ocurrir cosas semejantes.

—Lo averiguaremos muy pronto —dijo Lewydd en tono tranquilizador.

Las mujeres prepararon comida durante todo el día. Camaban no había revelado planes para la consagración del templo, pero el solsticio de invierno siempre había sido un día de celebraciones, y por consiguiente las mujeres cocinaron, majaron y atizaron los fuegos hasta que todo el interior del vasto terraplén quedó colmado de los olores de la comida. Camaban permaneció en su choza y Saban se alegró de ello, pues temía que su hermano echara en falta a Leir y exigiera saber adonde había ido, pero ni Camaban ni Aurrena repararon en su ausencia.

Pocos durmieron a pierna suelta esa noche, ya que la expectación era mucha. Los bosques estaban iluminados por los fuegos de los visitantes y en el oeste había, suspendida una Luna nueva, aunque, al amanecer, la Luna palideció tras una niebla mientras las gentes de Ratharryn se ataviaban con sus mejores galas. Se peinaron y se engalanaron con collares de hueso, azabache, ámbar y conchas. El tiempo seguía siendo extraordinariamente benigno. Despejó la bruma y un repentino aguacero hizo que todos corrieran en busca del refugio de sus chozas, pero al escampar, un suntuoso arco iris cruzaba el cielo del oeste. Un extremo del arco iris descendía hasta el templo y las gentes subieron a la cresta del terraplén para maravillarse ante augurio tan halagüeño.

Las nubes se desplazaron lentamente hacia el norte para dejar un cielo despejado y pálido. A mediodía había cientos de personas de docenas de tribus en la pradera en torno al templo y, aunque había docenas y docenas de vasijas llenas de licor, nadie se emborrachó. Unos bailaban, otros cantaban y los niños estaban enfrascados en sus juegos. Nadie osaba cruzar la zanja y los terraplenes, a excepción de una docena de hombres que ahuyentaron las reses que pacían entre las piedras y después limpiaron los excrementos que habían dejado en el interior del círculo sagrado. La gente permanecía junto al terraplén exterior más bajo y contemplaba las piedras, que, limpias, plácidas y rebosantes de misterio, ofrecían un aspecto espléndido. Saban recibió toda clase de halagos y hubo de contar una y otra vez las historias de la construcción del templo: cómo algunos pilares resultaron muy cortos, cómo había levantado los dinteles y cuánto sudor se había derramado con cada piedra.

Amainó el viento y el día cobró una quietud extraordinaria que no hizo más que acrecentar el ambiente de expectación. El Sol se ponía en el cielo del sur y seguía sin llegar procesión ninguna de Ratharryn, aunque las gentes decían que, en torno al

templo de Mai y Arryn, se estaban reuniendo bailarinas y músicos. Saban hizo pasar a Lewydd a través de la entrada del Sol y le explicó cómo había clavado las piedras en el suelo y las había alzado hacia los cielos. Acarició el flanco de la piedra madre, el único pilar de Sarmennyn que quedaba en todo el anillo, y recogió unas lascas de roca que yacían sobre la hierba en torno a los huesos de Haragg. La lluvia había limpiado la sangre del último sacrificio y el templo emanaba un dulce olor. Lewydd contempló los arcos de la morada del Sol y se quedó sin palabras.

—Es... —dijo, pero no fue capaz de continuar.

—Es hermoso —reconoció Saban. Conocía hasta la última piedra. Sabía cuáles habían sido más difíciles de levantar y cuáles habían entrado en sus agujeros sin problema. Sabía dónde había caído un esclavo de una plataforma y se había roto una pierna, y dónde otro había quedado aplastado bajo una piedra cuando la giraban para tallarla, y osó desear que todas las penalidades de la vida tocaran a su fin ese día, al abrirse paso Slaol hasta su nueva morada.

Entonces alguien gritó que los sacerdotes se acercaban, y Saban instó a Lewydd a abandonar el templo para que quedase vacío. Se abrieron camino entre el gentío para ver que la procesión venía por fin desde el asentamiento.

Venían en vanguardia una docena de bailarinas que arrastraban por el suelo ramas de fresno sin hojas, y detrás de ellas los tambores y más bailarinas, y luego los sacerdotes con la piel desnuda cubierta de creta y adornada con dibujos y la cabeza engalanada con cornamentas de ciervo o cuernos de carnero. En último lugar apareció un gran grupo de guerreros, todos con colas de zorro entreveradas en el cabello y colgadas de las lanzas. Saban no había visto nunca llevar armas a la consagración de un templo, pero supuso que esa tarde nada sería igual, porque el niño tullido iba a enderezar el mundo.

Uno de los sacerdotes que se acercaban portaba el estandarte de la tribu, con la calavera, y Saban vio que el cráneo blanco se mecía adelante y atrás mientras los sacerdotes aplacaban a los espíritus. Oraron en el lugar donde había caído muerto un hombre, clamaron al dios del oso donde un niño había fenecido destrozado y se detuvieron ante las tumbas para, contarles a los ancestros el gran acontecimiento que se celebraba ese día en Ratharryn. Al ver la calavera, a Saban le vino a las mientes el falso juramento y se tocó la ingle mientras oraba para que los dioses le perdonaran. Más allá de los sacerdotes, el humo del asentamiento ascendía en vertical hacia el cielo, que seguía despejado, aunque las primeras tenues sombras de la noche habían comenzado a mermar el norte.

La procesión volvió a ponerse en marcha, descendió hacia el valle y luego inició el ascenso entre los márgenes del sendero sagrado. La muchedumbre había empezado a bailar al ritmo de los tambores que se acercaban, a mecerse a derecha e izquierda, a avanzar y retroceder, dando comienzo al baile que no terminaría hasta que los tambores callaran.

Camaban y Aurena no habían venido con los sacerdotes, que ahora se disponían

formando un anillo en torno a la zanja del templo, mientras las bailarinas barrían con sus ramas el círculo de creta para alejar los espíritus malévolos que pudieran rondar por allí. Una vez limpio el círculo, los guerreros constituyeron un anillo defensivo en torno a la zanja de creta.

Las mujeres de Ratharryn entonaron el cántico nupcial de Slaol. Danzaban al son de sus propias voces, se detenían cuando cesaba la canción y volvían a bailar cuando se reanudaba el hermoso lamento. La música reflejaba tal padecimiento y era tan bella que Saban notó que le asomaban lágrimas a los ojos y empezó a mecerse al percibir el espíritu reinante en su interior. En torno a él, la nutrida muchedumbre se cimbrea conforme las voces crecían y se detenían, ascendían y se coreaban. El Sol ya se encontraba bajo en el horizonte, pero aún lucía con intensidad sin estar impregnado todavía del rojo sanguinolento de su muerte invernal.

Se oyó un murmullo al fondo del gentío, y Saban se volvió para ver que tres figuras habían salido de Ratharryn. Una iba vestida de negro de la cabeza a los pies, otra de blanco y la tercera ataviada con una túnica de piel de ciervo. Era Lallic la que llevaba la túnica, y caminaba entre Camaban y Aureнна, que iban engalanados con mantos de plumas. El manto de Camaban estaba profusamente adornado de plumas de cisne, y el de Aureнна, cuyo cabello brillaba con la misma intensidad que el día que la conociera Saban, iba recubierto de plumas de cuervo. Blanco y negro, Slaol y Lahanna. Una expresión de placer extático transfiguraba el rostro de Aureнна. Era ajena a la muchedumbre expectante y a los sacerdotes en silencio, e incluso a las gigantescas piedras, porque su espíritu ya había sido transportado al nuevo mundo que traería el templo. El gentío guardó silencio.

Camaban había ordenado que se levantaran dos nuevas pilas de madera, una a cada lado del templo pero bien lejos de las piedras, y un centenar de hombres habían trabajado toda la jornada anterior para reconstruir lo que había quemado Derrewyn. Se prendió fuego a las nuevas pilas de maderos. Las llamas se propagaron con avidez por los enormes montones a los que se habían echado árboles enteros para que las hogueras se mantuviesen encendidas durante toda la larga noche del solsticio de invierno. El siseo y el crepitar de las hogueras constituyeron el ruido más intenso de la tarde, pues el tañer de los tambores, los cánticos y los bailes habían tocado a su fin al llegar las tres figuras por el sendero sagrado.

Camaban se detuvo junto a la piedra solar, y Lallic, obediente a la orden que este musitó, se colocó delante de la piedra con la mirada puesta en el templo.

—¿Es tu hija? —le preguntó Lewydd entre susurros.

—Sí, es mi hija —confirmó Saban—. Va a ser una sacerdotisa del templo. —Le habría gustado acercarse a Lallic, pero dos lanceros le salieron al paso de inmediato.

—Debes permanecer en tu lugar —le advirtió uno, y bajó la punta de la lanza de modo que quedara a la altura del pecho de Saban—. Camaban ha insistido en que todos permanezcamos en nuestro sitio —le explicó el lancero. Aureнна se adentró en la larga sombra de las piedras y desapareció en el interior del templo.

La muchedumbre aguardó. El Sol ya estaba muy bajo, pero las sombras del templo no se prolongaban todavía hasta la piedra solar. Había un tenue matiz rosáceo en el cielo y, mientras que las piedras colocadas más al sur estaban impregnadas de ese color, el interior del templo ya se encontraba en tinieblas. El entramado de sombras iba perfilándose a medida que las piedras adquirían profundidad. En el umbrío corazón del templo, se oyó la voz de Aurenna.

Cantó durante largo rato y el gentío aguzó el oído para escucharla, porque su voz no era muy fuerte y quedaba amortiguada por la barrera que constituían los altos pilares, pero los que más cerca se encontraban de los lanceros oían sus palabras y se las susurraban a los que estaban detrás.

—Slaol creó el mundo —cantaba Aurenna—, y creó a los dioses para que preservaran el mundo, y creó a la gente para que viviese en el mundo, y creó las plantas y los animales para dar cobijo y alimento a la gente; y al principio, una vez hubo creado todo ello, no había sino vida, amor y alegría, pues hombres y mujeres eran compañeros de los dioses. Pero algunos dioses tenían envidia a Slaol porque ninguno era tan brillante y poderoso como su creador. Lahanna fue la que se mostró más celosa, e intentó mermar el resplandor de Slaol deslizándose delante de su rostro; al fracasar en su empeño, convenció a la humanidad de que acabaría con la muerte si la adoraban a ella en vez de a Slaol. Fue entonces —continuó Aurenna—, cuando comenzaron las desdichas del hombre. La desgracia y la enfermedad, el trabajo y el dolor, y la muerte no fue derrotada porque Lahanna había mentido. Slaol se apartó del mundo para dejar que el invierno se cebara en la Tierra con objeto de que la humanidad se apercibiera de su poder.

»Pero ahora —cantó Aurenna—, el mundo regresará a sus orígenes. Lahanna se humillará ante Slaol y este regresará y pondrá fin al sufrimiento. No habrá más inviernos ni más pesar, pues Slaol ocupará su lugar adecuado y los muertos acudirán a Slaol en vez de a Lahanna y caminarán en su inmenso resplandor. —La voz de Aurenna, débil y sibilante, parecía emanar incorpórea de entre las rocas—. Moraremos en la gloria de Slaol y gozaremos de sus favores. —Y con esas palabras, la sombra del arco superior se prolongó para posarse sobre la piedra solar y Slaol, deslumbrante, inmenso y terrible, quedó suspendido justo por encima de su templo. La tarde refrescaba y la primera ráfaga del viento nocturno agitó los penachos de humo de las hogueras.

»Slaol es quien otorga la vida —continuó Aurenna—, el único que la otorga, y nos la otorgará si se la otorgamos a él. —La sombra ascendía por la piedra solar. Mientras que ahora toda la extensión entre la base de esa piedra y el templo estaba ensombrecida, el resto de la ladera se veía verde bajo la última luz del año—. Esta noche —anunció Aurenna—, ofreceremos a Slaol una prometida de la Tierra y él nos la devolverá.

Transcurrieron unos instantes antes de que Saban entendiera el significado de esas palabras, y entonces cayó en la cuenta del destino que aguardaba a Lallic, el mismo

destino que había eludido Aureнна en el Templo del Mar en Sarmennyn, y comprendió que su juramento se le estaba cobrando en sangre.

—¡No! —gritó Saban, rompiendo la solemne quietud de la muchedumbre, y uno de los lanceros lo golpeó en la sien con el cabo de su lanza. Saban cayó al suelo y otro guerrero le puso la hoja de su arma en el cuello. Camaban no se volvió al oír el revuelo, como tampoco se movió Lallic; Aureнна, ajena a todo, siguió adelante:

—Ofreceremos una prometida al Sol —salmodió—, y al ver regresar a nosotros con vida a esa prometida tendremos la certeza de que el dios nos ha escuchado y nos ama, y de que todo irá bien. Los muertos se alzarán —cantó Aureнна—, los muertos bailarían, y cuando la prometida regrese a la vida ya no habrá más llanto en plena noche, ni más sollozos por los muertos, pues la humanidad vivirá con los dioses y será como ellos. —Saban hizo intento de levantarse, pero lo sujetaban los dos lanceros y vio que el Sol estaba oculto tras el arco superior y derramaba su resplandor sobre el contorno del templo.

Camaban se volvió hacia Lallic y le ofreció una sonrisa. Sacó las manos de debajo del manto de plumas blancas y le desató con cuidado el lazo del cuello de su túnica. La joven tembló levemente y escapó de su boca un gemido.

—Vas a emprender un viaje —la tranquilizó Camaban—, pero no será muy largo. Saludarás a Slaol cara a cara y nos traerás de vuelta su salutación.

Lallic asintió y Camaban abrió la túnica de piel de ciervo que le cubría los hombros y la dejó caer para que su cuerpo blanco y desnudo se recortara trémulo ante la mole gris de la piedra solar.

—Aquí viene —susurró Camaban, y de debajo de su manto sacó un cuchillo de bronce con la empuñadura de madera tachonada con un millar de puntas doradas—. Aquí viene —repitió al tiempo que se volvía hacia las piedras.

En ese instante el Sol atravesó el arco más alto del templo para enviar un haz de luz brillante hacia la piedra solar. El rayo de luz, estrecho, puro y resplandeciente, se deslizó sobre el dintel en el lado opuesto del anillo del cielo, atravesó el arco más alto y pasó bajo el dintel más próximo para ir a caer sobre Lallic, que se estremeció al ver alzarse el cuchillo. La hoja de bronce resplandeció al Sol.

—¡No! —volvió a gritar Saban, y los lanceros apretaron las hojas de bronce contra su cuello, mientras el gentío contenía la respiración.

Pero el cuchillo no se movió.

La muchedumbre aguardó. El haz de luz no duraría mucho. Ya estaba menguando, conforme el Sol se hundía en el horizonte más allá del templo, pero la hoja seguía en alto y Saban la veía temblar. Lallic se estremeció de miedo y alguien instó a Camaban en un siseo a que asestara la cuchillada antes de que se ocultara el Sol, pero, del mismo modo que Hirc quedara paralizado al ver el oro en la lengua de Camaban, el propio Camaban había quedado inmóvil.

Pues los muertos se habían alzado.

Tal como prometiera Derrewyn, los muertos se habían alzado.

Había un pequeño grupo de personas al cabo del sendero sagrado. Al tomarlos por gente que llegaba tarde a la ceremonia, nadie había reparado en su presencia, pero habían permanecido en las tierras bajas mientras Aureнна cantaba la historia del mundo. Una única figura se adelantó del grupo y ascendió el sendero sagrado entre las blancas zanjas de creta. Caminaba a paso lento, vacilante, y fue su presencia lo que agarrotó la mano de Camaban. El sacerdote seguía sin poder moverse y miraba fijamente a la mujer que se adentraba en la larga sombra del templo. Iba arropada con un manto de pieles de tejón y un chal de lana le cubría a modo de capucha el cabello largo y blanco; los ojos que miraban desde la capucha eran malévolos, astutos y aterradores. Se acercaba lentamente debido a que era vieja; tanto, que nadie sabía hasta qué punto. Era Sannas y había venido para recuperar su alma. Camaban, de pronto, le ordenó a voz en grito que se marchara de allí. El cuchillo le temblaba en la mano.

—¡Ahora! —gritó Aureнна desde el templo—. ¡Ahora!

Pero Camaban no podía moverse. Tenía la mirada fija en Sannas, que se acercó a la piedra solar. Una vez allí, le ofreció una sonrisa con el único diente de su boca.

—¿Tienes mi alma a salvo? —le preguntó, en una voz reseca como los huesos que llevaban generaciones enterrados en el oscuro corazón de sus túmulos funerarios—. ¿Está a salvo mi alma, Camaban? —inquirió.

—N-n-no me mates, p-p-por favor, n-n-no me mates —suplicó Camaban. La anciana le sonrió, le echó los brazos al cuello y le besó en la boca. La muchedumbre miraba asombrada; muchos reconocieron a la anciana y se tocaron la ingle estremecidos de miedo. Fue entonces cuando Lewydd apartó de un golpe a los aterrados guerreros que sujetaban a Saban contra el suelo y este pudo ponerse en pie, se hizo con una de las lanzas de los guardias y echó a correr hacia la piedra solar donde mermaba el último rayo de luz de Slaol.

—¡Ahora! —volvió a gritar Aureнна, y el gentío empezó a proferir gemidos y lamentos por miedo a la hechicera muerta con su manto blanco y negro.

Los lanceros no se atrevieron a interferir porque habían reparado en el terror de Camaban y se les había contagiado. Sannas apartó la boca de los labios de Camaban.

—¡Lahanna! —rogó con su áspera voz—, devuélveme mi último aliento —y volvió a besarle.

En ese momento, Saban clavó la lanza con todas sus fuerzas en la espalda de su hermano. No vaciló, pues era su propio juramento lo que había puesto en peligro la vida de su hija y él era el único que podía salvarla, y apuntó hacia la parte superior de la espalda de Camaban para que la pesada hoja le quebrara las costillas y se le clavase en el corazón. Saban gritó al asestar el lanzazo, y la fuerza de la mortal embestida hizo venirse abajo a Camaban, ya agonizante, aunque con los labios de la mujer

todavía contra los suyos. Sannas se aferró a Camaban en su caída y aguardó a comprobar que su enemigo estaba de veras muerto antes de quitarse la capucha. Entonces Saban vio que, tal como había supuesto, era Derrewyn, y se quedaron mirándose. Entre ellos la hierba estaba manchada de sangre y la luz casi había desaparecido de la piedra solar.

—Me he llevado su alma —susurró Derrewyn a Saban. Se había emblanquecido el cabello con ceniza y aún tenía las encías ensangrentadas tras haberse arrancado casi todos los dientes—. Me he llevado su alma —repitió exultante.

Justo en ese momento, Aureнна salió a la carrera del templo gritando a pleno pulmón, y al llegar a la altura de Saban sacó una daga de cobre de debajo del manto de plumas negras. Aún caía un tenue haz de luz sobre el rostro de Lallic. La luz brillaba sobre la prometida del Sol y la piedra que había a su espalda, la piedra que señalaba el nacimiento de Slaol en el solsticio de verano y servía al dios del Sol como recordatorio de su fuerza. Slaol vería la piedra, reconocería su poder y al ver la ofrenda depositada ante la piedra sabría los deseos de sus amadas gentes. Y, sin duda, se lo otorgaría. O al menos, con ese convencimiento clavó Aureнна el verde filo en la garganta de su hija para que la sangre manara a borbotones y tiñera de escarlata el manto de blancas plumas de Camaban.

—¡No! —gritó Saban, pero ya era tarde—. ¡Ahora! —Aureнна se volvió hacia el Sol—. ¡Ahora!

Saban la miró aterrado. Había supuesto que Aureнна corría al rescate de Lallic, no con intención de matarla, pero la chica se había derrumbado a los pies de la piedra y su cuerpecillo blanco estaba cubierto de sangre. Profirió un gemido ahogado y sus ojos miraron a Saban, pero a continuación expiró y Aureнна dejó caer el cuchillo e invocó una vez más a Slaol.

—¡Ahora, ahora!

Lallic no se movió.

—¡Ahora! —vociferó Aureнна. Tenía los ojos arrasados en lágrimas—. Lo prometiste. ¡Lo prometiste! —Trastabilló hacia el templo con el cabello enmarañado, los ojos abiertos de par en par y las manos enrojecidas por la sangre de su hija—. ¡Erek! ¡Ahora, ahora!

Saban se volvió para seguirla, pero Derrewyn levantó una mano.

—Deja que encuentre la verdad —dijo, todavía con la voz de Sannas.

—¡Ahora! —aulló Aureнна—. ¡Nos lo prometiste! ¡Por favor! —Había roto a llorar y los sollozos le provocaban fuertes espasmos—. ¡Por favor! —Estaba otra vez entre las piedras y el rayo de luz había desaparecido, de modo que el templo estaba cubierto por las sombras pero rodeado todavía por la claridad del Sol poniente. Aureнна, entre sollozos y gemidos, se volvió para ver que su hija no vivía y echó a correr entre las piedras, sorteando los pilares hasta el lado sur del anillo del cielo, donde se hincó de rodillas en el amplio hueco junto al esbelto pilar, unió las manos y volvió a invocar al Sol, que ahora se veía rojo, vasto e impávido en el horizonte—.

¡Lo prometiste! ¡Lo prometiste!

Saban no lo vio pero alcanzó a oírlo. Oyó el crujido y el inmenso chirrido, y luego el estrépito que hizo temblar la tierra, y supo que el último pilar del anillo de Lahanna se había quebrado y había caído el dintel. El grito de Aurenna quedó interrumpido.

Slaol se ocultó detrás de la Tierra.

Todo quedó en silencio

* * *

A pesar de que Saban no deseaba ser jefe de Ratharryn, la tribu lo escogió y no aceptó una negativa. Adujo que Leir era más joven y Gundur un guerrero experimentado, pero los hombres de Ratharryn estaban hartos de tener por jefes a lanceros o visionarios y querían a Saban. Querían que fuera como su padre, así que Saban rigió Ratharryn tal como había hecho su progenitor. Impartió justicia, almacenó cereales y dejó que los sacerdotes le comunicaran a través de qué señales manifestaban los dioses sus deseos.

Derrewyn regresó a Cathallo y fue elegida jefa de su tribu, pero Leir y Hanna se quedaron en Ratharryn, donde Kilda se desposó con Saban. El templo de Slaol, el que estaba a las puertas del asentamiento, se consagró a Lahanna.

El mundo continuó como siempre. El invierno fue tan gélido como otros años. Nevó. Los ancianos, los enfermos y los malditos murieron. Saban repartió cereales, envió cazadores a los bosques y guardó los tesoros de la tribu. Algunos ancianos comentaban que era como si Hengall, en vez de morir, hubiera renacido en Saban.

Y sin embargo, en la colina se erigía un círculo quebrado de piedra dentro de un anillo de creta.

Los cadáveres de Camaban, Aurenna y Lallic se llevaron al Pabellón Funerario, y allí, a la sombra de la piedra madre, los cuervos se regalaron con su carne hasta que, a finales de la primavera, ya solo quedaban huesos blancos sobre la hierba. Los huesos de Haragg hacía ya tiempo que se habían enterrado.

El templo no quedó desierto en ningún momento. Ya ese primer crudo invierno acudieron gentes a las piedras. Iban con sus enfermos en busca de curación, con sus sueños en busca de hacerlos realidad y con regalos para que continuara el esplendor de Ratharryn. Saban estaba sorprendido, pues, a su modo de ver, con la muerte de Camaban y el desplome del dintel, el templo había sido un fracaso. Slaol no había regresado a la Tierra y el invierno seguía cubriendo de hielo el río, pero las gentes que iban al templo estaban convencidas de que las piedras habían obrado un milagro.

—Y así fue —aseguró Derrewyn a Saban, la primavera siguiente a la muerte de Camaban.

—¿Qué milagro? —indagó Saban.

Derrewyn hizo una mueca.

—Tu hermano estaba convencido de que las piedras controlarían a los dioses. Creía que él mismo era un dios y Aurrena una diosa, ¿y qué ocurrió?

—Murieron —respondió Saban secamente.

—Los mataron las piedras —puntualizó Derrewyn—. Esa noche los dioses acudieron al templo, mataron al hombre que afirmaba ser un dios y aplastaron a la mujer que se creía diosa. —Se quedó mirando el templo—. Es una morada de los dioses, Saban. De veras lo es.

—También mataron a mí hija —recordó Saban con amargura.

—Los dioses exigen sacrificios. —La voz de Derrewyn era áspera—. Siempre los han exigido. Y siempre los exigirán.

Aurrena y Lallic fueron enterradas en una tumba conjunta y Saban levantó un túmulo sobre ellas. Erigió otro túmulo para Camaban, y fue esa segunda tumba la que trajo a Derrewyn a Ratharryn. Presenció la colocación de los huesos de Camaban en el agujero central del túmulo.

—¿No vas a llevarte su mandíbula? —le preguntó a Saban.

—Deja que hable con los dioses como hizo siempre. —Saban colocó la pequeña maza junto al cadáver de su hermano y añadió el cuchillo de cobre, la pesada hebilla de oro y, por último, un hacha de bronce—. En el más allá —le explicó Saban—, podrá trabajar. Siempre se jactó de no haber blandido un hacha, pues que la blanda ahora. Podrá talar árboles, como hice yo.

—Y, después de todo, quedará al cuidado de Lahanna —señaló Derrewyn con una sonrisa desdentada.

—Eso parece —reconoció Saban.

—Entonces le puede llevar un regalo de mi parte. —Derrewyn subió hasta el agujero y colocó los tres rombos sobre el pecho de Camaban. Puso el más grande en el centro y los dos pequeños a los lados. Un petirrojo se posó en el borde del agujero, y Saban interpretó la presencia del pájaro como señal de que los dioses daban su aprobación a la ofrenda.

Saban ayudó a Derrewyn a descender de la tumba. Lanzó una última mirada a los huesos de su hermano y les volvió la espalda. «Llenadlo», ordenó a los hombres que aguardaban, y estos empezaron a cubrir de tierra y creta el cadáver de Camaban para acabar el túmulo, que quedaría entre las demás tumbas de antepasados, en la cresta cubierta de hierba por encima del templo.

Saban regresó a casa.

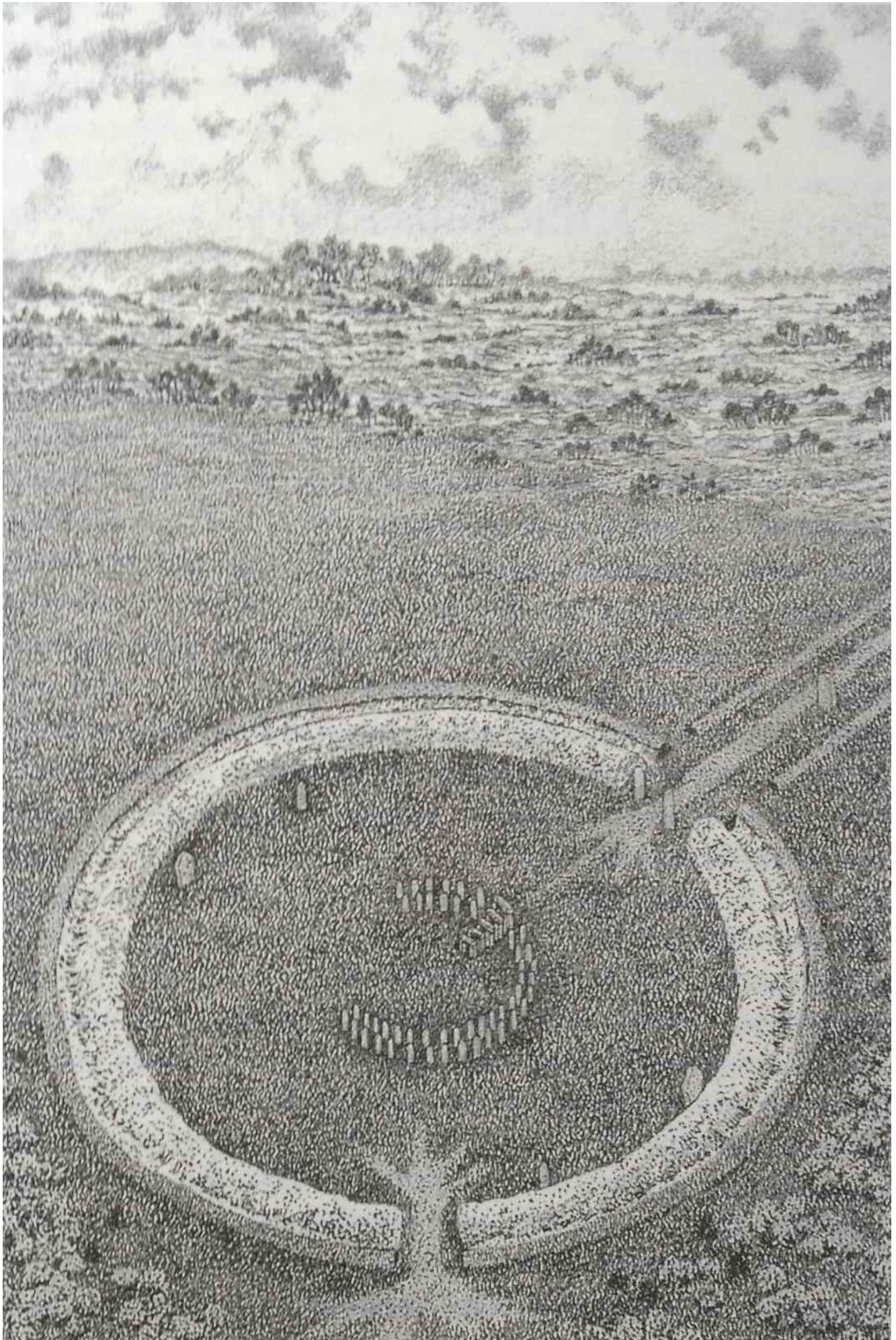
Caía la tarde y la sombra de las piedras se prolongaba hacia Ratharryn. Los mojones se levantaban grises y desvaídos, quebrados e imponentes, distintos a cualquier otra cosa erigida sobre la Tierra, pero Saban no volvió la mirada. Era consciente de que había construido algo grande y que las gentes acudirían a adorar a los dioses hasta el final de los tiempos, pero no volvió la vista. Tomó a Derrewyn por

el brazo y se alejaron hasta quedar fuera de la sombra que proyectaba el templo.

Había trampas de pesca por reparar, tierras por arar, cereales que sembrar y disputas que dirimir.

A espaldas de Saban y Derrewyn, el Sol poniente relumbró sobre el arco superior del templo. Destelló durante un rato, dotando a las piedras de una luz deslumbrante, y luego se hundió, y en el crepúsculo el templo se tornó negro como la noche. El día dio paso a la oscuridad y las piedras quedaron a merced de los espíritus.

En cuyo poder continúan.



NOTA HISTÓRICA



CAPÍTULO 21

Sin duda resulta evidente que todos los personajes y deidades de esta novela son ficticios. El Stonehenge que conocemos lo constituyen las ruinas de un monumento erigido a finales del tercer milenio a. C., el inicio de la Edad de Bronce en Gran Bretaña, y no tenemos documentos de reyes, jefes, cocineros o carpinteros de esa era. No obstante, ciertos detalles de la novela se basan en investigaciones arqueológicas. Se encontró a un arquero con una lámina de piedra atada a la muñeca para protegerla de la cuerda del arco, enterrado junto a la entrada noreste de Stonehenge, y había muerto a causa de tres flechazos, evidentemente disparados a corta distancia. Los tres rombos de oro, la hebilla del cinturón, los cuchillos, el hacha y la maza ceremonial se descubrieron en uno de los túmulos funerarios más próximos al monumento, y hoy en día están expuestos en el Devizes Museum. Ratharryn es lo que en la actualidad llamamos Durrington Walls, y su enorme terraplén constituye una de las grandes hazañas del hombre neolítico, aunque actualmente sea poco más que una sombra en el suelo. Probablemente hubo dos templos dentro del terraplén, y un tercero, que hoy en día se llama Woodhenge, justo al otro lado, y todos esos santuarios estaban cerca de Stonehenge, que aquí hemos denominado Viejo Templo o Templo del Cielo. Cathallo es Avebury, el gran túmulo donde los guerreros de Camaban ultrajaron los huesos, está en West Kennet; el pequeño templo al cabo del sendero sagrado es el Santuario, y el Túmulo Sagrado, claro está, es la colina de Silbury; todos estos lugares pueden visitarse todavía. Drewenna es Stanton Drew, Maden es Marden y Sarmennyn es el sudoeste de Gales. En Stonehenge las «piedras lunares» se denominan ahora Piedras de Posición y la «piedra solar», Piedra Angular. El término *henge*, que en inglés hace referencia a una piedra suspendida o colgante, se ha evitado deliberadamente en la novela porque en aquellos tiempos no habría tenido significado alguno. En un principio, los sajones aplicaron esta palabra únicamente a Stonehenge porque solo este monumento tenía piedras colgantes, o lo que es lo mismo, dinteles; pero con el paso del tiempo se ha ampliado su significado para incluir cualquier monumento que se conserve del neolítico y los comienzos de la edad del bronce.

¿Qué es Stonehenge? Esa es la pregunta que se plantean la mayoría de los visitantes, y el emplazamiento no ofrece muchas pistas para dar con una respuesta diferente de la que propuso R. J. C. Atkinson en su impresionante libro *Stonehenge*. «Hay una respuesta breve, sencilla y perfectamente correcta: no lo sabemos, y probablemente no lo sepamos nunca». Tal afirmación es más bien desalentadora, pues, sin la más mínima idea de su uso y propósito, no es posible apreciar las piedras en todo su esplendor. Podemos reconocer el inmenso trabajo que supuso transportar y erigir el monumento, cabe maravillarse ante el hecho de que se construyera algo semejante, pero si no somos capaces de atisbar la mentalidad de sus constructores, en cierto modo resulta carente de sentido.

Sin duda alguna es un lugar de culto, pero ¿culto a qué? La respuesta más generalizada es que el templo de Stonehenge está alineado con el punto por el que sale el Sol en el solsticio de verano, y tal convencimiento ha dado pie a que se haga uso del monumento de un modo completamente erróneo. La Orden de los Druidas, recientemente resucitada, celebra allí sus ceremonias cada solsticio, a pesar de que Stonehenge no tuvo nada que ver con los druidas, cuya cultura floreció mucho después de que el monumento hubiera caído en desuso y que, en cualquier caso, probablemente preferían llevar a cabo sus rituales en santuarios protegidos por la oscuridad del bosque. Sin duda, la alineación con el Sol naciente del solsticio existe, pero no es la única en Stonehenge. John North, en su sugerente libro *Stonehenge, Neolithic Man and the Cosmos*, defiende con argumentos arrolladores la teoría de la alineación con el Sol poniente del solsticio de invierno, y resulta que en Stonehenge el Sol sale en el solsticio de verano por un punto del horizonte nororiental casi diametralmente opuesto al punto del horizonte suroccidental por donde se pone el Sol en el solsticio de invierno (en el 2000 a. C. la diferencia entre las dos alineaciones era de menos de medio grado), de modo que cualquier monumento alineado con uno señalará forzosamente el otro; y, ya que ambos acontecimientos son importantes en el ciclo anual de las estaciones, cabe sospechar que ambos se conmemoraban con sus correspondientes rituales.

El profesor North también sugiere que los acontecimientos celestes no se observaban mirando hacia fuera desde el interior del monumento, sino más bien mirando hacia dentro desde fuera. Sin duda, ambos métodos de observación eran posibles; cualquiera que quisiese la mejor perspectiva de la salida del Sol en el solsticio de verano desearía estar en el centro del monumento, pero en el solsticio de invierno el observador preferiría hallarse fuera del templo y mirar a través de su centro. El eje principal, la línea que se prolonga desde el sendero a través del monumento, parece ser la característica astronómica fundamental que señala la salida del Sol en verano y el ocaso en invierno. Las cuatro Piedras de Posición, de las que quedan dos, estaban alineadas con acontecimientos lunares primordiales, pero constituyen un rectángulo y sus dos lados más cortos son paralelos al principal eje solar del monumento.

Lo que plantea la pregunta acerca de la necesidad de un monumento tan complejo. Después de todo, si lo único que hacía falta era señalar los extremos observados de los trayectos de la Luna y el Sol, se podría haber hecho con cuatro o cinco piedras. Pero lo mismo ocurre con religiones más recientes. A Dios, se nos asegura, se le puede adorar con la misma eficacia en torno a una mesa de cocina que en una iglesia, pero argumento semejante difícilmente justificaría la demolición de la catedral de Salisbury. Y las catedrales nos dicen algo respecto a Stonehenge. Si, de aquí a cuatro mil años, los arqueólogos descubrieran los restos de una catedral, es posible que hicieran toda clase de deducciones a partir de las ruinas del edificio, pero su primera y más obvia conclusión sería que está encarada al Sol naciente, de lo que colegirían, razonablemente, que la cristiandad adoraba a un dios del Sol. En realidad, la alineación de este a oeste de la mayoría de las iglesias cristianas no tiene nada que ver con el Sol. Aun así, se propugnaría la teoría de que el cristianismo era una religión solar (mientras que la profusión de crucifijos sin duda convencería a nuestros arqueólogos del futuro de que los cristianos llevaban a cabo horrendos sacrificios humanos), y lo que nunca se sospecharía es el amplio abanico de actividades (bodas, coronaciones, funerales, misas, oficios, conciertos) que se celebraran en el edificio. Lo mismo ocurre con Stonehenge. Vemos las alineaciones solar y lunar con claridad suficiente (y confiamos en que, a diferencia de nuestros hipotéticos arqueólogos del futuro, no estemos del todo equivocados al respecto), pero no alcanzamos a dilucidar qué otras actividades se llevaban a cabo entre las piedras.

Stonehenge, por tanto, debió de haber sido un centro de culto utilizado para distintas actividades espirituales, pero que, no obstante, guardaba relación con acontecimientos solares de gran relevancia, acontecimientos que debían ser importantes para la religión que allí se practicaba, fuera cual fuese. Sin embargo, Stonehenge no salió de la nada. El monumento que vemos no es más que la última etapa de un proceso muy largo que llevó cientos de años. Y los restos de ese proceso están dispersos por toda Gran Bretaña. La mayor parte de estas edificaciones denominadas *henges* son recintos formados por terraplenes y zanjas. Se trata de un concepto bastante sencillo que sugiere la delimitación de un espacio sagrado, pero se fue complicando por medio de la adición de postes de madera dentro de los círculos que, casi con toda seguridad, se utilizaban para la observación de fenómenos astronómicos. Con el tiempo, esos círculos de postes de madera fueron haciéndose más habituales hasta que hubo por toda Gran Bretaña numerosos monumentos circulares de troncos: auténticos bosques de postes arracimados en anillos concéntricos dentro de terraplenes de tierra. En el mismo Stonehenge había un templo de madera de esta clase, otro al norte, en lo que se conoce como Woodhenge, al menos dos más en la cercana región de Durrington Walls y un cuarto, Conebury Henge (el «Pabellón Funerario»), apenas kilómetro y medio al sudeste de Stonehenge.

Más adelante se sustituyeron algunos postes de madera por piedras, y esos

círculos de piedra son los que vemos hoy en día. Van del norte de Escocia al sur de Inglaterra, pasando por el oeste de Gales. Algunos son círculos dobles, otros tienen senderos de acceso y otros cuentan con «nichos» como los de Avebury; no hay dos iguales, y sin embargo, dos de ellos, apenas a treinta kilómetros de distancia el uno del otro, destacan por su complejidad: Avebury y Stonehenge. Por tanto, no es de sorprender que esos monumentos constituyan el punto culminante de la tradición de construcción de templos en el sur de Gran Bretaña (en el norte y el oeste se harían nuevos templos durante otro millar de años), y esa tradición no cuesta tanto trabajo entenderla. El hombre neolítico construía sus templos sobre todo como círculos y los utilizaba para observar fenómenos astronómicos íntimamente relacionados con sus creencias religiosas. La diferencia entre, pongamos por caso, las Piedras de Rollright en Oxfordshire y Stonehenge en Wiltshire es evidente, un monumento es sencillo y el otro una exquisita e impresionante obra de ingeniería, y sin embargo, en el fondo, ambos son iguales.

¿Por qué se construyeron con forma de círculo? La respuesta más fácil sería decir que el momento de su aparición constituye el fin de una larga tradición de construcción de templos, aunque eso sería una petición de principio. En ocasiones el hombre neolítico prefería erigir hileras de piedra, como la de Carnac en Francia o las hileras más pequeñas de Dartmoor. A veces construía misteriosos terraplenes que se prolongan a lo largo de kilómetros en el campo (el Stonehenge Cursus, justo al norte del monumento, constituye un buen ejemplo). Sin embargo, en un número abrumador de ocasiones, se decidía por un templo circular, y lo que habitualmente se aduce es que el círculo reflejaba los cielos, el horizonte o la naturaleza de la propia existencia. Sea como fuere, no parece muy probable que una tradición tan sólida se base únicamente en la metáfora; sin duda, es más verosímil que la metáfora reforzara un fin pragmático, como podría ser que los primeros adoradores de las religiones de los *henge* querían observar los fenómenos que ocurrían en los cielos. John North sugiere que empezaron con los largos túmulos, esas extrañas tumbas que todavía se ven por muchos lugares de Gran Bretaña, y que los constructores de los túmulos utilizaban la cresta de los montículos como un horizonte artificial a través del que contemplaban estrellas, planetas, el Sol y la Luna. Los postes de madera fijaban sus observaciones. Sin embargo, un túmulo solo es útil para actividades de observación semejantes desde cualquiera de los dos lados de su largo eje, mientras que un terraplén circular, un *henge*, se puede utilizar a placer para cada cuadrante del cielo y el interior del *henge* constituye un lugar muy apto para colocar los postes que indican los fenómenos observados, de modo que así se inició la tradición de los templos circulares. Por tanto, cuando los constructores erigieron Avebury y Stonehenge, trabajaban en el marco de una tradición, solo que estaban llevando esa tradición a nuevos niveles de excelencia. Sin duda, buscaban causar impresión. Es posible que a Dios se le pueda adorar alrededor de una mesa de cocina, pero es más probable que quien entra en una catedral se vea imbuido de un temor reverencial, ya que los constructores realizaron

una obra maravillosa que trasciende lo cotidiano; lo mismo ocurre con Stonehenge y Avebury. Son templos proyectados para hacerse eco del pavoroso misterio de lo desconocido. Es cierto que el hombre neolítico podría haber señalado la posición del ocaso en el solsticio de invierno con un par de postes de madera de escasa altura, pero los postes no habrían producido el mismo efecto que se experimenta al acceder a Stonehenge por su sendero de entrada y ver la negrura amenazante de los mojones adintelados en el horizonte. Luego llegaría el escalofriante momento en que la tierra quedaba cubierta por la larga sombra proyectada por las piedras, y en el centro de esa sombra había un último rayo de sol que iba a caer sobre la Piedra Angular. La sombra y el lívido haz de luz constituyen el mayor logro de los constructores de Stonehenge.

Pero del mismo modo que la catedral (término que se deriva de la palabra latina *cathedra*, que hace referencia al cargo o la dignidad de los caudillos de la iglesia) no está construida para un evento tan poco frecuente como la entronización de algún obispo, Stonehenge no se construyó solo para los momentos supremos del año solar. Debió de servir de escenario a muchos ritos, una buena cantidad de ellos derivados de la tradición milenaria de la construcción de *henges*. No sabemos cuáles eran esos ritos, pero, teniendo en cuenta que lo que la humanidad pide a los dioses no cambia gran cosa, podemos suponerlo. Habría ritos de muerte (funerales), de sexo (bodas), rituales de paso (bautismo, primera comunión o confirmación), para la celebración del poder secular (coronaciones o grandes acontecimientos), así como los servicios habituales que siguen conmemorando el año ritual. Sin duda, algunas de esas actividades tenían más relevancia entonces que ahora, los ritos curativos, por ejemplo, o las ceremonias relacionadas con el año agrícola. El mejor estudio que he encontrado acerca de lo que podía haber detrás de dichos ritos está en el libro de Aubrey Burl *Prehistoric Avebury*, ya que ese monumento también se construyó para satisfacer todas las necesidades religiosas de una comunidad. Stonehenge realizaba la misma función, pero, a diferencia de Avebury, también acentúa la puesta de sol en el solsticio de invierno, y eso sugiere que el templo abordaba asimismo la muerte: la muerte del viejo año y las esperanzas de resurgimiento con el nuevo.

La muerte parece estar íntimamente ligada a los *henges*. Cerca del centro de Woodhenge se enterró a un niño con el cráneo partido de un hachazo. En Avebury hay tumbas (como la de la enana tullida en la zanja), del mismo modo que las hay en Stonehenge. La existencia de dichas tumbas, por no hablar de las evidentes alineaciones celestiales, constituyen un argumento en contra de esa teoría tan de moda de que la diosa de la Tierra era la deidad central y que regía una pacífica sociedad matriarcal ajena a la corrupción de los violentos dioses masculinos. Hay pruebas más que suficientes de la asociación de violencia y muerte con los monumentos como para que esa ingenua argumentación resulte cierta. Los monumentos no son cementerios, aunque el hecho de que, durante parte de su historia, Stonehenge se utilizó como depósito para cenizas de cadáveres incinerados pudiera dar esa impresión; pero los entierros que se realizaban en los *henges* ofrecen

todos los indicios de haber sido rituales: tal vez sacrificios inaugurales o otras muertes (como la del arquero en Stonehenge) que coincidieron con algún momento crítico en la historia del templo. Todo parece indicar que se dejaban los cadáveres dentro de los monumentos para que los procesos naturales se encargaran de la carne y que luego se recogían los huesos y se enterraban en otro lugar. En la Europa medieval se creía que cuanto más cerca era uno enterrado de las reliquias de un santo, que por lo general se guardaban en los altares de las iglesias, menos tardaría en llegar al cielo el día del Juicio (especulación que dependía de que uno se viera atrapado en la estela ascendente del santo); es posible que algo similar ocurriera con los grandes *henges* que, como Stonehenge, se encuentran entre formaciones de túmulos funerarios. Esta congruencia de templo y tumbas reafirma la idea de que los megalitos circulares se veían como una conexión entre este mundo y el otro al que iban los muertos, un mundo que, casi con toda seguridad, se creía que era el cielo, porque, mucho antes de que hubiera ninguna edificación como los *henges*, las tumbas estaban alineadas con el Sol, la Luna o estrellas importantes. El mejor ejemplo lo constituye la magnífica tumba neolítica de Newgrange, en Irlanda, donde en el solsticio de invierno penetraban en la cámara mortuoria. Este asombroso monumento, que ha sido esplendorosamente restaurado, se construyó al menos doscientos años antes de que se erigieran el terraplén y la zanja más sencillos en Stonehenge, lo que indica que la relación entre los muertos y el cielo ya estaba consolidada para el cuarto milenio a. C.

Pero la historia de Stonehenge se remonta al octavo milenio a. C. Por aquel entonces no había círculo ni piedras, solo una hilera de enormes postes de pino, tal vez maderos totémicos, erigidos en el claro de un bosque (el emplazamiento de tres de los cuatro postes lo marcan hoy en día unos círculos blancos pintados en el aparcamiento, pero en el futuro, si se logra presentar Stonehenge como es debido, tal vez se conmemoren de un modo más adecuado). No sabemos prácticamente nada de los postes, aparte de que parecen muy grandes para haber formado parte de un edificio, y nada en absoluto acerca de las fuerzas utilizadas para alzarlos, ni de por qué se escogió aquel lugar en concreto. Tampoco sabemos cuánto duraron. Cinco mil años después, en torno al 3000 a. C., se inició la construcción del megalito que conocemos. Al principio no era más que una zanja circular con un alto terraplén dentro de la misma y un terraplén de menor altura en torno a ella, y dentro de este terraplén de mayor altura había un círculo de agujeros al que se dio nombre en honor a su descubridor, el anticuario del siglo XVII John Aubrey. Los Agujeros de Aubrey constituyen otro de los misterios de Stonehenge. Hay cierta controversia en torno a si los agujeros sostenían o no postes, pero, en caso de que fuera así, hace ya tiempo que desapareció cualquier rastro de ellos y todo indica que los cincuenta y seis agujeros se rellenaron poco después de su excavación, lo que no hace más que complicar el misterio. Algunos agujeros contienen los restos de incineraciones, pero no todos, y lo cierto es que no tenemos muchas pistas acerca de su fin. Cabría culpar a los Agujeros de Aubrey de la popular teoría de que Stonehenge era un «dispositivo de predicción

de eclipses»; es cierto que se pueden predecir los años de los eclipses a través de complejas combinaciones de estacas en torno a los cincuenta y seis agujeros, pero parece una hipótesis muy poco probable. Si funcionaba, ¿por qué se abandonaron los agujeros? Y, ¿cómo es que no se copió el sistema en otros monumentos?

Poco después de hacerse el círculo, aparecieron los primeros postes de madera en su centro y en la entrada noreste que está encarada hacia el lugar por donde sale el Sol en el solsticio de verano. Este *henge* de madera, semejante a los que hay cerca de Durrington Walls o al recién descubierto templo de madera que se alzaba en Stanton Drew, duraron cientos de años, aunque algunos eruditos creen que hacia mediados o finales del tercer milenio antes de Cristo el templo cayó en desuso. Después, tal vez doscientos años más tarde, se recuperó. Las Piedras de Posición y unas cuantas más en la entrada principal se colocaron primero. Casi con toda seguridad, la Piedra Angular (la piedra solar) se contaba entre esos primeros mojones erigidos y todavía está en pie, aunque ladeada. Los visitantes no reparan mucho en ella, y sin embargo probablemente era la piedra clave de todo el templo. Durante un breve espacio de tiempo, el templo no fue más que una sencilla disposición de piedras erguidas poco más notable que infinidad de templos semejantes, pero entonces ocurrió algo excepcional. Se trajeron piedras azules (así denominadas por su tenue matiz azulado) del lejano oeste de Gales que se erigieron en un doble círculo, y parece muy probable que algunas de esas piedras llevaran dinteles.

Las piedras azules constituyen otro misterio. No hay mojones adecuados en la llanura de Salisbury, razón por la que las piedras del monumento hubieron de trasladarse desde puntos muy lejanos, pero ¿por qué desde las montañas de Preseli en Pembrokeshire? En las colinas cerca de Avebury, unos treinta kilómetros hacia el norte, había una fuente casi inagotable de mojones, y sin embargo los constructores de Stonehenge trajeron piedras que estaban a 215 kilómetros de distancia (en realidad, más lejos incluso, pues la topografía les obligó a seguir una tortuosa ruta hasta su emplazamiento). Fue una hazaña asombrosa, aunque algunos teóricos han intentado restarle importancia, aduciendo que la acción de los glaciares depositó las piedras azules en la llanura de Salisbury durante una era glacial. Es una teoría muy conveniente, pero para confirmarla habría que encontrar otras piedras azules en algún otro punto de la llanura o sus inmediaciones, y eso no ha llegado a ocurrir. La explicación más sencilla, por asombrosa que pueda parecer, es que los constructores querían precisamente esas piedras y fueron a por ellas.

El viaje habría sido casi imposible de realizar por tierra, ya que la ruta desde las montañas de Preseli hasta la llanura de Salisbury está plagada de pronunciados valles que habrían tenido que cruzar, de modo que los arqueólogos coinciden casi con unanimidad en que las piedras se transportaron principalmente por mar. También coinciden en que las piedras (que pesan entre dos y siete toneladas) se trasladaron sobre canoas de troncos ahuecados, unidos por una plataforma también de madera sobre la cual iría amarrada la piedra. Se sugieren dos rutas: la primera, rumbo al sur

hacia Lands End y luego hacia el este siguiendo la costa sur hasta la ensenada de Christchurch, desde donde las piedras habrían remontado el Hampshire Avon (el «río de Mai») hasta algún lugar cerca de Stonehenge. La ruta alternativa, que yo prefiero, es un viaje marítimo más breve por el canal de Bristol para después remontar el Somerset Avon (el «río Sul»), cruzar una divisoria de aguas y continuar por río. Cualquiera que haya navegado por el Canal de la Mancha, y específicamente por las aguas entre Cornwall y Hampshire, sabrá de los muchos peligros que presenta esa costa, entre los que destacan las imponentes corrientes rápidas que se producen al comprimirse las mareas debido a la angostura de promontorios como Start Point o Portland Bill. Mientras que un viaje en torno al sudoeste de Gran Bretaña sin duda se toparía con obstáculos de cariz tan formidable, un trayecto por el canal de Bristol contaría con la ventaja de una fuerte marea y vientos favorables. No hay pruebas de que los britanos neolíticos poseyeran velas, pero sabemos que dicha tecnología ya se utilizaba en el Mediterráneo en torno al 4000 a. C., de modo que parece probable que dos milenios después ya hubiera llegado a Gran Bretaña. Un viaje por el canal de Bristol, con la ayuda de velas y la ventaja de las mareas primaverales, podría haberse llevado a cabo con presteza y sin ninguno de los imponentes peligros de la ruta más larga hacia el sur en torno a la península cómica.

Pero, fuera como fuese, el impresionante viaje se llevó a cabo y después ocurrió algo más extraordinario incluso. Los constructores, tras haberse tomado el inmenso trabajo de realizar el transporte de las piedras entre las poblaciones que corresponden a las actuales Pembrokeshire a Wiltshire, decidieron que su nuevo templo, todavía inacabado, no les satisfacía. Se quitaron todas las piedras (excepto, probablemente, la Piedra del Altar, que he llamado piedra madre, y que también llegó de Pembrokeshire, de la ribera del río Clewydd cerca de Milford Haven) para sustituirlas por los mojones más prominentes que vemos hoy en día: las piedras sárcenas. «Sárcena» no es un nombre técnico, sino un sobrenombre, tal vez derivado de «sarraceno», que denota lo extraño de aquellas grandes losas de piedra arenisca de tono gris. Las piedras que constituyen Stonehenge llegaron de las colinas al este de Avebury y hubieron de trasladarse a rastras a lo largo de más de treinta kilómetros hasta la posición que ocupan hoy en día. No fue un trayecto tan notable como el de las piedras azules, pero aun así constituye un logro increíble, ya que las sárcenas eran mucho más grandes y pesadas (la de más peso alcanzaba las cuarenta toneladas). También están entre las piedras más duras de la naturaleza, y sin embargo los constructores tallaron los inmensos mojones para erigir cinco altísimos trilitos y el círculo de sárcenas con su impresionante anillo de treinta dinteles levantados hacia el cielo. También reorganizaron las piedras en la entrada principal, de las cuales solo queda una, la llamada Piedra de Sacrificio, que está en posición yacente y es probable que no tuviera nada que ver con ninguna clase de sacrificio. Se le dio este nombre debido a una mancha rojiza en la su superficie que se atribuyó a sangre de otros tiempos, pero no es nada de mayor dramatismo que metal oxidado disuelto por agua

de lluvia. Es en este punto donde termina la novela.

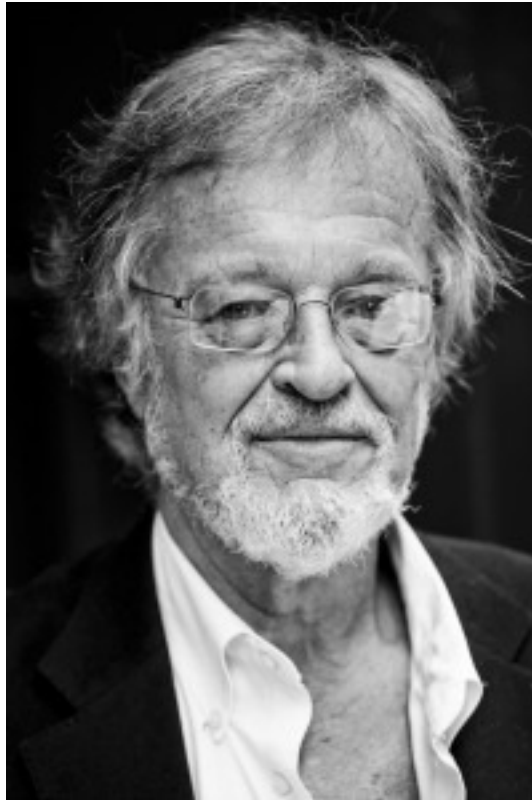
¿Podría haberse culminado todo el proceso durante la vida de un hombre? Es posible, y las fechas que reflejan los análisis por radiocarbono (derivados en su mayor parte de los fragmentos de picos de cuerna abandonados en los agujeros de las piedras) son lo bastante escasas y confusas como para no descartar esa posibilidad, pero la mayor parte de los estudiosos considerarían más verosímil un período mucho más largo. Sea como fuere, yo no comparto la opinión de que la construcción de Stonehenge fuera una tarea pausada. Hay pruebas de que algunas piedras se erigieron con prisa (están colocadas en agujeros sin profundidad suficiente para sostenerlas, mientras que un proceso concienzudo habría exigido ir a la busca de otra piedra como sustitución), y la inalterable naturaleza humana sugiere que, cuando se aborda una gran tarea, cunde la impaciencia por verla terminada. Estoy convencido asimismo de que la distribución de las piedras sárcenas de Stonehenge delata la presencia de un arquitecto. Es posible que los dinteles y trilitos fueran copias de originales de madera, pero el monumento es no obstante único y osado, lo que sugiere que alguien lo diseñó, y sin duda ese diseñador debía estar ansioso por ver su proyecto terminado. Por todas estas razones, sospecho que la construcción se realizó en menos tiempo de lo que se supone habitualmente.

Sin embargo, Stonehenge no quedó acabado con la colocación de las grandes sárcenas. En un momento dado, no sabemos a ciencia cierta cuándo, se realizaron a golpe de martillo grabados de hachas y dagas en algunos pilares. Más adelante, poco después del 2000 a. C., volvieron a traerse las piedras azules descartadas. Mientras que algunas se colocaron en un círculo dentro del anillo de sárcenas, el resto se dispusieron en forma de herradura dentro de los trilitos. Con eso acabó el proceso de edificación, y las ruinas que vemos hoy en día son los restos de aquel Stonehenge, aunque doscientos o trescientos años después del regreso de las piedras azules se cavaron nuevos agujeros para un doble anillo de piedras nuevo por completo que habría rodeado el círculo de piedras sárcenas adinteladas. Pero esas piedras no llegaron a erigirse. Fue más o menos por aquel entonces cuando el sendero sagrado, la avenida de entrada que en su mayor parte ha quedado reducida a la nada por la acción de los arados, se prolongó en una amplia curva hasta la ribera del río. Entonces, en torno al 1500 a. C., parece ser que se abandonó el templo definitivamente, y desde entonces ha ido erosionándose y decayendo.

He mencionado la considerable deuda de gratitud que tengo con el libro de John North *Stonehenge, Neolithic Man and the Cosmos* (HarperCollins, 1997), de cuyas teorías tomé prestada la configuración del abandonado *henge* de piedras azules. Los libros de Aubrey Burl me han resultado igualmente útiles, sobre todo *The Stonehenge People* M. Dent, 1987) y *Prehistoric Avebury* (Yale University Press, 1979). La mejor introducción al monumento la constituye la minuciosa y profusamente ilustrada obra de David Souden *Stonehenge, Mysteries of the Stones and Landscape* (English Heritage, 1997). También estoy en deuda con *The Making of Stonehenge* (Routledge,

1993), de Rodney Castleden, y con la suntuosa, engorrosa y carísima *Stonehenge in its Landscape, Twentiethcentury Excavations*, editada por R. M. J. Cleal, K. E. Walker y R. Montague (English Heritage Archaeological Report 10, 1995). *War Before Civilization* (Oxford University Press, 1996), de Lawrence Keely, me resultó de inmensa ayuda. Se dice que una imagen vale más que mil palabras, pero las imágenes de Rex Nicholls que ilustran las portadillas de los capítulos de este libro valen mucho más. Quiero darle las gracias a él y a Elizabeth Cartmale-Freedman, que me aportó su valiosa investigación acerca de cosechas y condiciones de vida a finales del neolítico, así como sobre hallazgos de otras excavaciones arqueológicas. Los errores de juicio y las majaderías se me deben atribuir exclusivamente a mí.

¿Qué hace que Stonehenge sea tan especial? Hay quien se lleva un chasco al ver las ruinas. Nathaniel Hawthorne, al acudir desde su Nueva Inglaterra natal a visitar las ruinas a mediados del siglo XIX, escribió que Stonehenge «no merece la pena verse [...] es un espectáculo de extrema pobreza; y cuando estaba entero debía de ser menos pintoresco incluso que ahora». Tal vez, aunque la mayoría de quienes lo visitan encuentran las piedras impresionantes. Para algunos constituyen el nexo, a través de diez mil años, de un punto de nuestro planeta con los anhelos espirituales de toda la humanidad. Para otros es el prodigio de los dinteles, único para su época y aún pasmoso en su osadía arquitectónica. Que haya sobrevivido el monumento constituye en sí un milagro; con el paso de los años, mientras que algunas piedras se rompieron o fueron trasladadas a otros lugares para utilizarse en proyectos de construcción, a otras, insuficientemente sepultadas, las derribaron las tormentas. Sin embargo, el templo se mantiene en pie en la actualidad. Los nombres de sus dioses se han olvidado y la naturaleza de sus rituales sigue siendo un misterio, pero, aun así, constituye todavía un santuario consagrado a aspiraciones que no podemos argumentar por medio de la tecnología o el esfuerzo humano. Que así sea por mucho tiempo.



Bernard Cornwell (Londres, 1944) es un novelista y periodista inglés. Perdió a sus padres a muy corta edad, un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico. El apellido Cornwell es el de su madre. Adoptado por los miembros de una estricta secta protestante, cursó diversos estudios y llegó a ser empleado como maestro tras pasar por la Universidad.

Tras esta experiencia, pasó a trabajar para la cadena inglesa de televisión BBC, donde comenzó como investigador para el programa Nationwide, y permaneció en ella durante los siguientes 10 años, llegando a ser Jefe de la sección de Actualidades de la cadena en Irlanda del Norte.

Fue trabajando en Belfast cuando conoció a Judy, una turista americana, de la que se enamoró y con la que se trasladó a Estados Unidos, donde comenzó las sagas históricas por las que se ha hecho famoso. Según Cornwell, la decisión de escribir procede de una necesidad estrictamente económica: al no tener tarjeta de residente (Green Card), solo la actividad intelectual le estaba permitida para ganarse la vida dentro de la legalidad.

Como reconocimiento a su labor como escritor, en junio de 2006 fue nombrado Caballero del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.